


“SEMINATOR CASTI CONSILII”

Publicación periódica de la
“Alianza en Jesús por María”.

Años 1939 – 1954

SEMINATOR CASTI CONSILII



Noviembre-Diciembre
Año 1939

Boletín de A. J. M. exclusivo para sus Pastores
Con licencia eclesiástica

Número 1
Año 1

Excmo. y Rvdmo. Sr. Administrador Apostólico de Vitoria.

Excmo. y Rvdmo. Sr.

Con profunda humildad y respeto, y en señal de la más completa sumisión, obediencia y acatamiento a la Suprema Jerarquía de la Iglesia, a V. E. I., Legítimo Representante de Ella, se presenta hoy y se ofrece incondicionalmente, este modesto boletín que la «Alianza en Jesús por María», dedica a sus Directores, Vice-directores y colaboradores, el cual, conforme a los fines que pretende, llevará por título «SEMINATOR CASTI CONSILII», rogando a V. E. R. se digne benígnamente conceder a todos sus lectores su santa y paternal bendición.

San Sebastián a 8 Sebpre, fiesta de la Natividad de María 1939

ANTONIO AMUNDARAIN

NUESTRO SALUDO

No es ninguna revelación lo que aquí vamos a decir para nuestros hermanos sacerdotes (regulares y seculares) a quienes tuvimos la satisfacción de abrazar en los memorables actos que la

«ALIANZA EN JESÚS POR MARÍA», celebró el pasado Agosto en Burlada y Seminario de Pamplona.

Venimos cabalmente a ensayar, con la mira en Dios y

en las almas selectas, y con la bendición y especial ayuda de la siempre Purísima Virgen María, a cuya sombra en el bendito cerro de Estíbaliz (Álava) hemos querido escribir estas primeras páginas y modestísimas cuartillas, a ensayar decimos, lo que en una de las últimas e interesantes charlas de aquella humilde Asamblea, resolvimos llevar a cabo todos los allí reunidos, a saber: Estrechar la fraternal caridad, celo y vida en Cristo, las relaciones sacerdotales a Directores, Vice-Directores y Colaboradores de la Obra de la «Alianza en Jesús por María», en mutuo y común apostolado, para bien de las almas, en quienes queremos esculpir a fuego divino el lema que la Obra lleva en los pliegues de su blanca bandera.

La experiencia de catorce años que lleva de vida la Alianza, nos ha demostrado claramente, que en la prosperidad, aumento y perfección de esta Obra ejerce poderosísima influencia la acción sacerdotal, evangélica y espiritual de un ministro del Señor.

El verdadero «homo-Dei», empapado bien, no a la

ligera, sino a fondo en el espíritu y puntos cardinales del reglamento de la Alianza, es la mejor garantía de la prosperidad y afianzamiento de cada Centro.

Ejemplos edificantes pudiéramos aducir de abnegados operarios y cultivadores de esta escogida viña, que lleva hace ya tiempo y sin interrupción, rica cosecha de almas para el Divino Rey.

No todo sin embargo es obra suya; gran trabajo queda para los miembros de consejos respectivos y hasta para las mismas asociadas que han de ser celosos apóstoles de otras almas. Y aún con todo sucederá muchas veces, que los frutos no responderán con plena satisfacción a los esfuerzos realizados, porque no todas las tierras y todas las latitudes reúnen condiciones ventajosas para esta clase de flores y frutos.

Pero no importa. Las necesidades son graves y urgentes. España y su Iglesia necesitan hoy de estas almas. Jesucristo nos llama a su conquista y su cultivo.

¿Que no las hay? ¡Oh, sí! Las hay, hermanos queridos, las hay como lirios entre espinas,

en poblado y en soledad, luchando entre un ambiente de corrupción que las quiere asfixiar; las hay al calor de un Sagrario solitario y al arrimo de una Virgen amorosa que las protege; las hay esperando con ansia vehemente la llegada de un enviado de Dios que las guíe, las oriente, las sostenga, las arrime y las una en fraternal intimidad con otras como ellas.

En su busca hemos recorrido largo espacio de años, y, dicho sea con franqueza, no nos parece haber errado el camino; antes al contrario tanto de ello estamos convencidos, que ahora nos parece necesario acudir a nuestros amigos de buena voluntad a que nos sigan en la empresa, seguros de que han de encontrar al final de la jornada la misma consoladora satisfacción que nosotros.

Y ¿para eso una revistilla más? Sí; entre cientos y miles una más, y con un fin especial, y con su objetivo concreto y señalado, y sus lecturas predilectas no para todo el mundo, ni siquiera para todos los sacerdotes, sino solo para vosotros, los que entendéis o queréis entender algo o mucho de la «Alianza en Jesús por María».

A vosotros, pues y solo a vosotros, desde el regazo de la Virgen de Estíbaliz, os dirigimos un afectuoso y cordial saludo.

Ella Mater Purísima, Mater Castísima, Mater Inmaculata, Ella, Regina Virginum. Ella nos impulsa con gracia, para que, sin acobardarnos ante nuestra infinita pequeñez, insuficiencia y gran miseria, fiados solo en su poder y en su querer, nos lancemos a este nuevo trabajo por la Alianza en Jesús `por María.

Y aquí nos tenéis...

Con apariencia de maestrillos; pero de hecho discípulo y siervo de todos.

Sobre vosotros ningún título nos encumbra; si en algo os lleváramos ventaja, sería en la audacia, y quizás, quizás... en la chifladura por estas almas.

No os fijéis jamás en la firma que nada os dará; pero descubrir con piedad debajo de ella una rúbrica invisible: es de la Señora. Todo por Ella; y por Ella a Jesús y a las almas selectas.

Estíbaliz, 30 Agosto de 1939. Antonio Amundarain

¿CÓMO SERÁ?

Pues poco más o menos, como este número en tamaño, forma y materia...

Llevará su FONDO por cuenta del Director y Vice-Director General.

Llevará trabajos de COLABORACIÓN, a cargo de los colaboradores que quieran PROPTER AMOREM.

Llevará PLANES APOSTÓLICOS para los celosos apóstoles...

Llevará CRÓNICAS, siempre que haya materia para el Cronista...

Llevará AMENIDADES, y entre col y col...

SALDRÁ cada dos meses.

Su coste, pues, unos céntimos cada ejemplar, y el deber de leerlo.

Y, que les aproveche a Ustedes...

VIVA JESÚS

EN NUESTROS CORAZONES



¿PARA QUÉ...?

Existe razón suficiente para que un grupo de entusiastas de la «Alianza en Jesús por María», sacerdotes seculares y regulares, emprendan la publicación de un boletín de ocho páginas, todos los meses o cada dos o tres.

Sí, y no es nuestra esta apreciación, sino que así lo creyeron conveniente todos los reunidos en la Asamblea de Pamplona el pasado agosto. Y tan es así, que, como lo dice nuestro querido cronista en «LILIUM...» de Septiembre, este solo acuerdo hubiera perfectamente bien justificado la reunión de los Directores en aquella Asamblea, aun cuando nada más hubieran acordado.

Es cierto que allí no se trazó ningún programa, ni siquiera punto alguno de orientación. Una necesidad, la de conservar íntimas y estrechas las mutuas relaciones entre los hermanos de la «Alianza»...fué el motivo principal apuntado por todos.

A eso, nosotros, con el permiso de todos, vamos a añadir puntualizados otros varios aspectos conforme a los cuales se puede orientar el fondo doctrinal de esta hoja, dejando a la libre elección otros aspectos accidentales. Y sea el primero:

Nuestra formación

Fijando ante todo nuestra atención en el lema de la Obra, se nos ocurre preguntar: ¿No sería conveniente que ese mismo fuese NUESTRO LEMA?

La Alianza VIVE, como su programa resumido, el triple lema de pureza, amor y sacrificio. Esas tres virtudes esenciales de toda hermanita, deben ser objeto preeminente de nuestras continuas instrucciones a ellas, es nuestra primera labor con las hermanitas. Pero entendemos que antes de darlo a las almas, debemos poseer lo más perfectamente aquello que tratamos de darles. Si queremos formar a ellas es preciso que estemos bien formados en el

mismo espíritu en que queremos formarlas. Triste cosa es tomar estas cosas de un libro y dar a las almas, sin que nos importe ni poco ni mucho el poseerlas para nuestro propio provecho y perfección.

¿Será atrevimiento, diré un disparate, si os decimos que para crear y formar «aliadas» en el mundo, debemos primero hacernos «aliados»

¿Acaso no son muy propios y esenciales a todo sacerdote (secular y regular) la pureza de virgen, el amor de serafín y el sacrificio de mártir?

¡Oh! Si todos viviéramos perfectamente este lema...! Nosotros creemos y esperamos en aquellos directores que VIVEN intensamente este lema: estos son los que DICEN y DAN lo que DICEN y VIVEN.

Y esto supuesto... ¡qué campo tan abundante y fecundo para nuestra revistilla este de la formación en el espíritu de la «Alianza...» de los que de una u otra manera quieren cooperar a esta empresa!

¡Cuánto de bueno e interesante se puede escribir, aplicando a cada sacerdote todo aquello que es característico a la

Obra de la «Alianza...!»; Qué temas tan importantes y sugestivos: la castidad angélica del sacerdote; el amor y la caridad del sacerdote; el sacrificio por sí y por las almas del sacerdote; el Sagrario del sacerdote; la Virgen Inmaculada del sacerdote; la soledad y el «retiro» del sacerdote; el mundo del sacerdote, etc. etc. etc.

Una legión de sacerdotes y religiosos formados en un molde, en el espíritu de la «Alianza en Jesús por María»... ¡qué palanca y qué potencia para levantar un nuevo mundo de almas blancas...! y ¡qué resorte este para establecer entre nosotros la

Verdadera unión

A eso tiende este boletín: a estrechar más y más la unión de los directores, vice-directores y cuantos quieran colaborar con nosotros en la Obra. Y que esta unión no sea una simple comunicación de relaciones mutuas sino algo más substancial, algo que llega al fondo de nuestro espíritu, formándonos en el espíritu característico y esencial de la Obra de la Alianza y en todo cuanto aquella es adaptable al espíritu propio del sacerdote.

Una agrupación de sacerdotes, y abundemos en la misma idea, unidos en el mismo espíritu, formados en el mismo molde, viviendo un mismo lema, amando los mismos ideales, trabajando por la misma causa, llamados a un mismo apostolado ¿Es esto un sueño infantil? ¿Puede ser una magnífica realidad? Probémoslo; unámonos así; pongamos en eso la base y el fundamento principal de nuestra unión eficaz de hermanos; unión que arranca de la misma alma, de la misma vida, del mismo espíritu de cada uno; esto consolidará todos los demás elementos de unión que se quieran establecer más accidentales y externos. Hagámonos *uno* en el espíritu, y nos uniremos en el cuerpo, en el corazón, en la amistad, en los entusiasmos, en los ideales...

En el criterio

Si todos vivimos de un modo semejante e idéntico el espíritu de la Alianza, fácil será unificar el criterio necesario sobre el mismo, cuando queramos transmitirlo a las hermanitas.

Y es de suma trascendencia este punto. La

legítima jerarquía ha de dar su verdadera fisonomía a la Obra pero téngase en cuenta que esta fisonomía no es algo externo a la misma, sino que está dentro de ella. En los moldes del reglamento y del lema está perfectamente dibujado y hasta grabado la verdadera y auténtica fisonomía de la Alianza. De allí y no de su propio capricho ha de tomarla rigurosamente el Director. De ahí la necesidad de que predomine un solo único criterio sobre los puntos básicos y fundamentales de la Obra.

La formación de este único criterio entre los que colaboramos en la Obra, puede ser con preferencia objeto adecuado de lo que ha de tratarse en esta revista.

La «Alianza ha de ser la **mina** en todas partes, aquí como en Andalucía o en Cataluña o en las Américas; y esto imperiosamente exige la unidad de criterio en todos nuestros trabajos que con ella se relacionen y

Unidad de doctrina

La formación de las hermanitas no afecta **únicamente** a su modo externo de modestia, y relaciones con el

mundo. Hay que formarlas principalmente en su vida íntima, vida del alma, vida espiritual. Hay que determinar bien y clasificar esta formación en esencial, integral, de complemento, de cultura, o de apostolado parroquial, catequístico, etc.

Y aquí sí que conviene que vayamos unidos. Cada maestrillo su librito, nos decía en la escuela y eso no reza aquí; sería un desaire, tendríamos tantas «alianzas» cuantos fuesen los maestrillos.

Nuestro boletín ha de hacer una labor enorme de orientación y de unificación doctrinal.

Todo director o simple colaborador es en la Obra un verdadero

Seminador

(sembrador) pero todos hemos de sembrar una misma semilla, que para que tenga unidad la designamos como la común denominación de «casti consilii», con lo que queremos significar la completa fisonomía de la aliada, haciendo que predomine en ella marcadamente los delicados matices de la virtud y vida

virginal y angélica. Y sembrando todos la misma semilla, tendremos en todas partes las mismas plantas, las mismas flores y los mismos frutos.

Ya de un plumazo hemos señalado un inmenso campo para esta modesta hoja, que lanzamos por esos rinconcitos, en la que podrán colaborar, como escritores, solo aquellos de nuestros hermanos que, llevando en la Obra suficiente número de años, estén sólidamente formados en el espíritu y doctrina de ella, y que, sobre su competencia, tengan caudal bastante de humildad, para sufrir que sus cuartillas en día menos pensado parezcan descuartizadas, o desaparezcan para siempre en el fondo del cesto de los desperdicios.

Es que aquí no hemos de buscar más que el bien de la Alianza, por ella el bien de las hermanitas y por ellas la gloria de Dios. Lo demás debajo de los pies.

Hay, pues, razón para que la «Alianza en Jesús por María» imprima una hojita exclusiva para sus pastores.

San Sebastián, fiesta de la
Natividad de María, 1939.

EL DIRECTOR GENERAL



SEMINATOR *Casti Consilii*

| | | |
|---------------------|--|-------------------|
| Febrero Año 1940 | Suplemento de "Lilium inter spinas" (Exclusivo para los Pastores de A.J.M.) | Número 1 Año I |
|---------------------|--|-------------------|

NUESTRA FORMACIÓN

Franca sinceridad Siempre al coger la pluma para emborronar unas cuartillas, se entabla en nuestro interior una lucha entre el deseo vehemente de hacer el bien a quienes escribimos y la convicción de nuestra enorme insuficiencia para cualquier cosa que valga la pena.

Esta lucha hoy llega a ser casi una batalla, al vernos obligados a dirigir nuestras humildes palabras a tan respetables, venerables e ilustres lectores de SEMINATOR CASTI CONSILII cuyo primer número que salió por vía de propaganda ha llegado a interesar, con gran sorpresa nuestra, a quienes nosotros no hubiéramos nunca sospechado.

Ante esta asamblea, que, aunque diseminada, tenemos muy presente, estamos en verdad perplejos e indecisos, de un modo parecido, aunque con harta más razón, a como lo estuvo San Bernardo, cuando comentó su gran epístola al Papa Eugenio III.

«Ha venido a nacerme en el corazón un deseo grande de escribiros algo, beatísimo Padre Eugenio, con que poderos de alguna manera edificar y agradar y consolar. Pero he aquí que, sin saber cómo, tan pronto se presta alegremente la pluma a copiar cuanto yo

le quiera decir, como se recata y retrocede con timidez; y, cual si fuera combatida de diversos movimientos, ora quiere, ora no quiere obedecer; y es que de un lado le impulsa el amor y de otro la cohibe el respeto que debe a vuestra majestad...»

He ahí ni más ni menos nuestra situación, de la que vamos a salir decididamente, porque como dice el santo Doctor en el lugar citado, «vuestra majestad cede de este modo a su humildad y se abaja hasta mí, ¿cómo podrá resistirse el pudor mío sin ceder a su voz para complaceros?»

Deseamos y pedimos que a nuestra insuficiencia se una «la suficiencia que viene de Dios» y vamos a sembrar, con libertad evangélica, en los corazones de este selecto CENÁCULO de sacerdotes, nombre con el cual abrazamos en una sola familia a los diferentes grados y representaciones de la Jerarquía que quiere leer cuanto sepamos y nos inspire Dios, sobre nuestra formación como sacerdotes y como apóstoles de la «Alianza en Jesús por María». En ello tendréis vosotros el gran mérito de la humildad y paciencia que practicaréis, leyendo a un pobrecito colega que ha tenido la audacia de subirse a la cátedra de Moisés.

Somos sacerdotes Este es el nombre que nos une y nos encumbra, y esta es la realidad más estupenda que nos rodea, nos envuelve y nos penetra a todos.

Somos sacerdotes, no por voluntad nuestra, sino por elección divina. No somos nosotros los que nos hemos adelantado a elegir a Dios y este nuestro estado sino que es Dios quien primero se inclinó a nosotros y nos eligió con predilección amorosa. Nuestra vocación es la gracia más sublime y cúmulo de otras gracias que en ella se encierran, con que el Señor nos ha distinguido libre y gratuitamente.

Somos sacerdotes, «tomados de entre los hombres», elegidos entre mil iguales a nosotros y mil mejores que nosotros, que vivieron en la misma población, barrio, calle, vecindad y casa tal vez.

Y sacerdote, nos dice Santo Tomás, equivale a estar divinamente colocado entre Dios y los hombres para la reconciliación del cielo con la tierra, en cuanto el sacerdote da al pueblo los bienes divinos.

Ningún hombre pudiera entrar por sí mismo en este oficio de intermediario, de sacerdote; es Jesús, quien siendo mediador por derecho propio, quiere hacernos por gracia partícipes de aquella su mediación. El por amor nos hace participar de su sacerdocio, no sólo con una de sus palabras, que, por ser suya, nunca pasaría, sino imprimiendo en nuestra alma un signo divino, el carácter sacerdotal, el cual no es un documento firmado con tinta, es una marca divina indeleble, impresa en el alma. Somos sacerdotes para *toda la eternidad*.

Y para que nuestra vida esté en armonía y a la altura que tal oficio reclama, para ejercitar santamente tan sublime ministerio, el sacerdote recibe, juntamente con el carácter, la gracia sacramental. Y esta gracia sacramental, según Santo Tomás y muchos otros teólogos, no se limita a auxiliarnos con socorros transitorios, sino que consiste en algo estable que penetra en el alma, para quedar allí y verificar profundas transformaciones. Es una forma y un vigor espirituales que toman en el sacerdote, por la ordenación, la gracia santificante, las virtudes divinas y los dones del Espíritu Santo.

Es, en resumen, una especie de *divinización del sacerdote*, que requiere asimismo especiales gracias actuales. (Cf. Sauvé. El A. Div. 3ª elv.)

Seamos santos Lo dicho nos da una idea clara del esfuerzo que debe hacer el sacerdote, para ser un gran santo.

Un hombre elegido por especialísima vocación, sublimado a la dignidad más excelsa, señalado y sellado con carácter divino, revestido de gracias especiales y *divinizado* por la gracia del sacramento... debe sin descanso trabajar para ser santo.

Con solo ojear las epístolas de San Pablo a Timoteo y a Tito, comprenderemos de una manera contundente cómo el Espíritu Santo quiere que el sacerdote sea santo y se lo intima «Haec est voluntas Dei, sanctificatio vestra».

Todos estamos llamados a la santidad, pero unos más que otros; y aquellos más que a más alta dignidad y más altos destinos han sido elevados.

«Teniendo nosotros, dice Dubois (Sacerd. Sant., cap 1) con Dios relaciones más íntimas... ejerciendo funciones que los ángeles mismos

no pueden desempeñar, estando por razón de nuestro estado encargados de santificar a los pueblos, recibiendo de Dios diariamente gracias de elección y predilección, ¿no es evidente que debemos ser más santos que los simples fieles? »

«Pensando siempre en lo más perfecto... Proponed mucho, que todavía haréis muy poco, pero menos, haríais, si nada propusieseis... El hombre fervoroso andará en un momento la carrera, que apenas podrá recorrer el tibio en muchos años». (Valuy. Direct. Del sacerdot.)

El gran S. Ignacio de Loyola decía: «Más se adelanta con un acto perfecto que con mil acciones vulgares».

«Vosotros habéis sido llamados primero *para ser*, después para *enseñar*. Debéis, pues, santificaros vosotros mismos en la verdad». (P. M. Sulamitis. A los Sacerdotes).

Seamos instrumentos de Dios; seamos adecuados para el fin a que somos elegidos. Dios nos dará lo que de divino nos haga falta para este fin; pero nosotros no destruyamos lo que de humano nos estorba y perjudica.

Seremos santos a la medida que nos vaciemos de lo que *no lo es*.

A. Amundarain.

CONSULTORIO

¿Con la Obra o con los suyos?

Conste, ante todo, que esta sección la ha provocado uno de nuestros buenos Directores, que, en el seno de la confianza que tanto agradecemos, y en momento muy oportuno, nos dirige una pequeña consulta.

Y como la respuesta interesa por igual a todos nuestros hermanos en la Obra, se la damos a todos en este boletín que es para todos. Y he aquí sencillamente abierto un pequeño «consultorio» para todos los que quieran seguir preguntando.

La consulta de referencia es:

La aliada ¿debe estar dispuesta, no sólo *afectiva* sino *efectivamente*, a dejar su familia con quien vive, en el caso de que su familia la necesite (por enfermedad u otras causas) y también la necesite o requiera la Alianza?

La respuesta es un NO rotundo. Ni el reglamento

general de la Obra, ni tampoco el especial de las internas, dispone tal cosa, ni directa ni indirectamente.

Expliquémoslo un poco.

Cierto es que el Reglamento de la Alianza propugna y predica en todos los tonos el *desprendimiento* del corazón de todo lo terreno, para darse con generosidad y plenamente a Dios.

La hermanita, a pesar de vivir en medio del mundo, vive sin participar del mundo mundano, vive de espaldas al mundo; su corazón ha renunciado de *hecho* a las locas vanidades, exhibiciones, atracciones y solicitudes al lujo, al regalo excesivo, a las diversiones y espectáculos peligrosos, etc. del mundo.

La hermanita está *obligada* a reprimir todo excesivo apego a las criaturas, objetos, cosas, personas, amistades, parientes, familiares; lo cual debe estar regulado por

aquella sabia regla de San Ignacio acerca del uso de las criaturas.

Todo esto es cierto; mas también es **ciertísimo** que la hermanita no deja de ser *nunca* hija de su casa. Después de Dios, el primer deber de la hermanita es el deber de asistir a los suyos.

Sea menor o mayor de edad, la aliada queda en el mundo para ser modelo perfecto en todos los órdenes de la vida cristiana, social y *doméstica*.

Por lo tanto: *a)* Si la hermanita no es necesaria en su casa, la Alianza, aunque la necesite, no puede obligarla, ni siquiera *rogarla*, a que deje a los suyos por el bien de la Obra, sino que su *obligación* es asistirles.

b) Si la hermanita no es necesaria en su casa, ni tampoco en la Obra ésta no puede obligarla ni aun rogarla a que de hecho se aparte de los suyos, sino dejarla *obrar libremente*, según el Espíritu Santo la mueva.

c) Si la hermanita no es necesaria en su casa, sino que se encuentra desligada de todo compromiso familiar, la Alianza, aun cuando la necesitara, no puede *obligarla* a dejar a los suyos, sino tan sólo *rogarla o invitarla* a que acepte la separación *efectiva* de los suyos, para ponerse a disposición de los Superiores de la Alianza.

D. G.

SEMINATOR *Casti Consilii*

| | | |
|-------------------------|--|-------------------|
| Marzo-Abril Año 1940 | Suplemento de "Lilium inter spinas" (Exclusivo para los Pastores de A.J.M.) | Número 2 Año I |
|-------------------------|--|-------------------|

NUESTRA FORMACIÓN

(SEGUNDA CHARLA)

Permitid, mis queridos Hermanos en el Sacerdocio, que, para tomar el hilo de nuestra anterior conversación, insistamos sobre lo dicho, con unas palabras que se atribuyen a San Bernardo: *¡quantam dignitatem contulit vobis Deus! ¡Quanta est praerogativa ordinis vestri! Praetulit vos Deus regibus et imperatoribus; praetulit vestrum ordinem ómnibus ordinibus, immo, ut altius loquar, praetulit vos angelis, et archangelis, thronis et dominationibus. Sicut enim non angelos, sed semen Abrahae apprehendit ad faciendam redemptionem, sic non angelis, sed hominibus, solisque sacerdotibus corporis et sanguinis sui commixit consecrationem.*

Por eso, el sacerdocio, según San Ignacio mártir, es el punto culminante de todas las grandezas creadas, *omnium apex.*

Y si el Señor nos ha dado esta tan grande dignidad, ¡cuál será la santidad que nos dará también, si nosotros no ponemos óbice a sus amorosos designios, con nuestras culpables infidelidades!

Somos apóstoles Pero el sacerdote no es preferentemente sacerdote sino para las almas; somos los que tenemos la altísima misión de *dar* a las almas el *don sagrado*. Nuestro carácter, nuestra carrera, nuestra dignidad, nuestra vocación, nuestros poderes, nuestros ministerios, nuestra vida y hasta nuestra santidad son para beneficio de las almas. *Pro hominibus constituitur... ut offerat dona et sacrificio.* (Hebr. V, 1).

No podemos cumplir nuestro oficio y ministerio de sacerdote, si no nos damos a las almas o a Dios por las almas. Es esta la única manera de entender y de cumplir a la letra aquella magnífica expresión de San Pablo: *Ego autem libentissime impendam, et superimpendam ipse pro animabus vestris; liceo plus vos diligens, minus diligar.* (II Cor. XII, 5).

Nos debemos a las almas y las almas tienen derecho a nuestros trabajos, a nuestros sudores, a nuestros sacrificios, a nuestra oración y a nuestros tesoros sobrenaturales.

Y aun cuando lo que damos no es propiamente nuestro, sino don de Dios, para darlo por nuestro ministerio, es necesario que nos hagamos útiles y aptos para el bien de las almas. El sacerdote dará lo que tiene y lo que es; seamos *alter Christus* y daremos a Cristo; he ahí todo el ser del sacerdote.

«La vida de Cristo en las almas, aunque no está tan rigurosamente sujeta a la voluntad del sacerdote, depende, sin embargo, mucho de él y de su celo. ¿Quién difundirá esta vida en las almas? ¿quién reparará sus quebras? ¿quién la conservará y desarrollará en ellas? Función sublime, cuestión de vida o de muerte eterna, que Jesús ha confiado a sus amigos los sacerdotes». (Sauvé, A. Div. Elev. 10.)

Somos apóstoles, instruidos y formados en la escuela de Cristo Jesús por las almas, lo mismo que lo fueron los primeros discípulos del Maestro Divino. Ya no nos es permitido ir al cielo solos; hemos de ir acompañados de nuestros trofeos y de nuestras conquistas. Nuestra corona serán las almas, y cuanto más ricas y santas éstas, más brillará nuestra corona.

No sabemos cómo se las arreglarán aquellos que tomaron el sacerdocio por un *modus vivendi*.

Nuestro programa Y notad aquí un fenómeno, en el cual tal vez algunos de nuestros Hermanos no habrán caído. Nuestro apostolado en las almas es tanto más intenso y más profundo cuanto más intensa y más profunda es nuestra vida de sacerdote.

Se habla mucho de programas mínimos y máximos. Los partidarios de los mínimos hallan grandes dificultades para emprender un máximo; los otros, en cambio, en un programa mínimo se *pierden*, como una gota de esencia dejada caer en la superficie del mar.

Lo cierto es - y exceptuamos los casos especiales en los que es conveniente y hasta necesario adoptar concretamente uno de estos programas - que los sacerdotes que *viven para sí* un programa *mínimo* de *sacerdote*, adoptan este mismo para las almas que a ellos se encomiendan; y en cambio, los que *viven para sí* un programa *máximo* de *sacerdote*, no hallan dificultad alguna para aplicarlo a las almas, por lo menos a aquellas que, después de un prudente ensayo en la vida espiritual, creen capaces de emprender este camino.

Que hay almas vulgares, a quienes por el momento sea imposible proponer un programa máximo, es tristemente cierto; que éstas constituyen la generalidad y turba-magna entre las llamadas *piadosas*, también es cierto; pero también lo es que existen almas, y bastantes, que viven estancadas en una vida vulgar y rutinaria, porque *nadie las ha convidado a poner sus ojos en la posibilidad de un bello ideal*. ¡Qué energías latentes hay en las almas! ¡Si atináramos con el resorte adecuado y propio para ponerlas en movimiento! ¡qué jardín de rosas y azucenas sería la Iglesia de Cristo, si los jardineros atináramos con el verdadero secreto!

Sabemos, y lo decimos con verdadera satisfacción, que los sacerdotes de la «Alianza en Jesús por María» han abrazado para sí un programa MÁXIMO de vida sacerdotal, y la prueba es que, si no fuera así, no les interesaría gran cosa esta Obra de almas selectas, puesto que es MÁXIMO el programa que la Alianza adoptó desde su

fundación, para todas las hermanitas que en ella han de vivir: vida de perfección la más escogida que cabe dentro de la vida seglar en medio del mundo.

Así lo ha entendido un gran Prelado español, el cual, al visitar uno de nuestros florecientes Centros, en fervorosa plática ha dicho a las hermanitas asistentes al acto: Que en los grados de perfección espiritual no debe contentarse con evitar el pecado mortal, ni siquiera el venial, sino toda imperfección voluntaria; esforzándose por todos los medios en evitar lo que gráficamente llamó «groserías espirituales».

Concretemos, pues: la Alianza se ha propuesto un PROGRAMA MÁXIMO, para todos los que en ella viven y actúan.

Programa máximo para sus Directores; programa máximo para sus dirigidas; programa máximo para todos los sacerdotes que directa o indirectamente cooperan en esta Obra. ¡A *vivir* nosotros, y a infundir en las almas de las aliadas este programa máximo de vida cristiana, la más perfecta que sea posible en el mundo!

A. Amundarain

SEMINATOR

Casti Consilii

| | | |
|------------------------|---|-------------------|
| Mayo-Junio Año 1940 | Suplemento de "Lilium inter spinas" (Exclusivo para los Pastores de AJM) | Número 3 Año I |
|------------------------|---|-------------------|

PROGRAMA MÁXIMO

=====

¿Qué programa es éste? Un programa máximo, pero no extraordinario, porque nada extraordinario encierra, ni en sus fines, ni en sus medios y procedimiento.

Es aquel programa que, con encantadora sencillez y divina elevación, promulgó un día, sentado sobre el césped de una montaña de Cafarnaúm, el Maestro Jesús: «Bienaventurados los pobres... bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia... bienaventurados los limpios de corazón... bienaventurados los misericordiosos... oísteis decir a los antiguos...; mas ahora yo os digo...» Y todo lo que ahora dice Jesús son detalles preciosos de un programa máximo.

Con esta misma sencillez, llaneza y naturalidad nos ha hablado de este programa el apóstol San Pablo. No citamos pasajes; porque no sabemos a cuál de ellos dar la preferencia. Leed vosotros, vuestro pensamiento en este programa, cualquier trozo de sus epístolas, y veréis magistralmente expuesto el más interesante

programa máximo, y al paso de ellos veréis, al mismo tiempo, que el programa mínimo es un verdadero desaguisado, un adefesio.

Y San Pablo habló a todos, y el Evangelio es para todos, y San Pablo y el Evangelio en todas sus páginas nos descubren las más variadas y bellas facetas de un magnífico programa máximo.

Es que, Hermanos míos venerables, ¿a qué vino Cristo al mundo? ¿no es a consumir una obra divina y perfecta en las almas? El Hijo de Dios vino al mundo a incorporarnos consigo y hacernos vivir de Él, como Él vive de su Padre, a fin de que la vida se manifieste cada día más plenamente en nosotros por la gracia, y creciendo y progresando en ella, «Cristo mismo se forme en nosotros» (Gal 4).

El Evangelio fue escrito «para que creyendo en Jesús tengamos vida en su nombre». El Verbo vino al mundo y se hizo hijo del hombre para hacer a los hombres hijos de Dios por la gracia.

La Iglesia, y el sacerdote de la Iglesia, tienen la altísima misión de formar al hombre cristiano en esta vida, y que viviendo en ella, sepa reconocer y estimar su dignidad de hijo de Dios, procediendo en todo conforme a esta dignidad, haciéndolo menospreciar todo lo caduco y terreno y amar con todo el corazón el don sublime de la adopción sublime; detestar con eficacia, no sólo el pecado mortal, sino también el venial y hasta las imperfecciones deliberadas que son óbice a la divina amistad y unión con Dios; aficionándole al sacrificio para desarraigar todo germen del mal y adquirir las virtudes; informándole en el verdadero espíritu de Jesucristo, preservándole de los extravíos del espíritu privado y de los lazos que el mundo, la carne y el demonio le tienden, orientándole, estimulándole y animándole a emprender y correr una vida de configuración con Jesús; a fin de unirlo a Él, con unión vital, como injerto vivo, para que viva de la vida de la Cabeza, de la cual es miembro vivo y parte integral del Cristo total en su místico cuerpo.

Y esto ¿qué es sino ser cristiano? Esto ¿qué es sino un programa máximo? ¿De dónde procede que nuestra Santa Religión tenga cada vez menos arraigo en el pueblo y que, siendo *espíritu y vida*, venga muchas veces a reducirse a vanas exterioridades, a

campaneos y músicas impresionantes, a unas cuántas prácticas de pura rutina?

El afán de abarcar mucho nos ha llevado a facilitar a las almas comodonas caminos suaves y fáciles. Con un *mínimum de deber cristiano*, v. gr. de una Ave-María diaria a la Virgen, para que Ella haga un milagro a la hora de su muerte, y una *lúcida* Comunión por Pascua Florida, les basta y sobra.

«Duc in altum» (Leed estas hermosas expresiones del venerable canónigo Timón David) «Tened desde un principio la noble ambición de conseguir a toda costa el que cierto número de almas tomen la resolución enérgica de vivir como cristianos fervorosos... No es precisamente el número crecido de lo que se ha de buscar; basta que los elementos reclutados sean gente escogida... si acertáis a poner como base de vuestra asociación una vida cristiana fervorosa, integral y apostólica... conoceréis como el mucho ruido hace poco bien, y el bien hace poco ruido... De esta manera, en lugar de falsas mezclas obtendréis oro puro.

«¡Cuán grande es el bien que produce en una ciudad una asociación cristiana que vive de lo sobrenatural! ¡Ella influye como germen poderosísimo, y solamente los ángeles podrían decir cuán fecunda sea en frutos de salud!».

«¡Ah!, si los sacerdotes, los religiosos y aun las personas de obras de celo conocieran el poder y la fuerza de la palanca que tienen las manos...!»

Entremos decididamente a vivir nosotros y a dar a las almas el verdadero programa del Maestro y de sus apóstoles, el programa integral del Evangelio, el programa *sencillo y máximo*.

A. Amundarain

SEMINATOR

Casti Consilii

| | | |
|--------------------------|--|-------------------|
| Julio-Agosto Año 1940 | Suplemento de "Lilium inter spinas" (Exclusivo para los Pastores de A.J.M.) | Número 4 Año I |
|--------------------------|--|-------------------|

EL CELO

=====

Hemos dicho, en uno de los números anteriores de SEMINATOR... que no asusta un programa máximo a quien sabe generosamente aplicárselo a sí mismo en orden a su propia santificación; quien *vive* un programa máximo, fácilmente lo aplicará a los demás.

Digamos otro tanto del *celo*. El celo por las almas depende del celo que tengamos por la propia.

El apostolado es hoy el tema de casi todas las conferencias y disertaciones, tanto escritas como habladas.

Esa poderosísima palanca llamada «Acción Católica» ha movido y sacado de su modorra a muchísimas almas. El apostolado seglar se organiza hoy como nunca, bajo la inspiración y dirección de la Jerarquía de la Iglesia Católica. Ahora, que el mundo se agita en terrores de angustia, de dolor y agonía, el celo por las almas nos urge, nos enciende, nos solicita, nos empuja poderosamente... ¡Magnífico y consolador es este movimiento en las juventudes y en la gente madura!.

Pero, Hermanos queridos, va sonando una voz, que la Iglesia repetidas veces dirige a estos apóstoles: «El celo por su propia alma; el celo ardiente por su propia perfección y santificación».

Todo apóstol, primero y ante todo, lo es y debe ser siempre de su propia alma. Entre las muchas almas, que Dios pone a su cuidado, la primera, la preferida ante todas, debe ser la suya propia.

¡El celo por nuestra propia alma...!

Primero, porque nuestra alma, nuestra salvación, nuestra santidad, es todo lo más nuestro, lo más propio. Segundo, porque, en gran parte, el bien de las almas depende de la nuestra propia, su santidad de la nuestra. Para probarlo no hace falta traer aquí muchos testimonios de los Santos Padres «Eructet quod biberit, vel quod impleverit fundat». Dice San Agustín. «Si sapis, añade San Bernardo, concha, te exhibebis, non canalem».

«Qué es un apóstol» pregunta el P. Crawley. Y contesta: «es un cáliz lleno de Jesús y que, al desbordar, da Jesús a las almas». ¡Magnífica definición!

Un alma santa hace almas fervorosas; un alma fervorosa hace almas buenas; un alma simplemente buena hace almas medianas, y un alma mediana... ¡ay! No hace nada bueno y ¡ojalá no haga nada malo!

Ahora bien, en nuestro apostolado *por la Alianza*, se trata de formar algunas por lo menos *fervorosas*; no es suficiente *buenas*, a poder ser *santas*. Ese es el carácter especial de nuestro apostolado en la Alianza: Luego necesariamente el primer fruto de nuestro celo apostólico debe ser nuestra propia santidad.

El modo de este celo Muy fácil; lo que sabemos hacer con las demás almas, y nada más. Cuando tratamos de *ayudar* a la santificación de un alma, comenzamos por estudiarla bien y a fondo: sus tendencias, sus inclinaciones, sus pasiones, sus puntos flacos, etc. Hecho el diagnóstico, aplicamos los remedios; los curativos, los reconstituyentes, los formativos, los de perfeccionamiento, etc.

Cabalmente, eso mismo ha de ser el plan de celo por nosotros mismos; a saber: *Hacer, poner por obra* aquello que *decimos* y *mandamos* y *predicamos* a las almas.

De donde resulta, que este celo por nuestra propia santidad es más difícil y costoso que el otro que tenemos por las almas.

Y a esto obedece, quizá, el que, teniendo tanto celo por la salvación de otras almas, no lo sintamos, diré mejor, no lo practiquemos por la nuestra. Ya los mismos santos se lamentaban de esto; esto temía San Pablo, cuando decía: «No quiero andar a tientas, como quien da golpes en el aire, sino que castigo mi cuerpo y lo rindo a servidumbre, no sea que, predicando a los demás, caiga yo en la reprobación».

Apóstol de sí mismo ¿Qué otra cosa ha hecho Jesús en sus treinta años en Nazaret? ¿qué ha hecho su primo Juan en el desierto en otros tantos años? ¿qué hicieron los grandes Santos, antes de salir al apostolado de las almas?

Todos practicaron con celo ardiente el apostolado de su propia santificación. Todo su celo, todo su apostolado lo enderezaron y enfocaron en sí mismos. Y ¿qué otra cosa fueron o debieron ser, nuestros doce o más años de Seminario, Noviciado o Formación, sino un apostolado personal, unido al que ejercieron como nosotros nuestros Superiores?

Y, como todavía yo no soy santo, debo seguir siendo apóstol celoso de mí mismo. Celo por la conversión (tal vez) de mi propia alma; celo por la reforma radical de mi vida total; celo por la adquisición de las virtudes sacerdotales; celo por el acrecentamiento de mi vida de oración, de mi vida de recogimiento, de mi vida interior, de mi vida de amor; celo en una palabra, de llegar a lo que en los eternos designios estoy predestinado.

Vamos a la conquista de las almas selectas; la empresa es grande, gloriosa, **transc**endental, casi gigantesca; pero difícil. El enemigo es celoso y poderoso, cuenta con *armas modernas* y mortíferas; sus fortificaciones parecen inexpugnables.

Sin embargo, no es eso lo más difícil; lo difícil es nuestra propia conquista total y absoluta para Dios. El primer castillo, donde tal vez el enemigo tiene algún rincón secreto, somos nosotros mismos.

Derribemos este castillo; conquistémonos a nosotros mismos, y, roto el frente, comenzará la desbandada... *et nostra erit HEREDITAS.*

A. Amundarain.

San Sebastián, a 13 de Junio de 1940.

SEMINATOR Casti Consilii

| | | |
|----------------------------|--|-------------------|
| Septre-Octubre Año 1940 | Suplemento de "Lilium inter spinas" (Exclusivo para los Pastores de A.J.M.) | Número 5 Año I |
|----------------------------|--|-------------------|

Nuestras impresiones

Los que habéis sido testigos de la piadosa jornada de la Alianza a los pies de la Santísima Virgen del Pilar de Zaragoza, conocéis parte de lo que vamos a decir en estas líneas dedicadas a aquellos actos.

A vosotros y a los que no han tenido la suerte de gozar con nosotros de aquellas santas emociones, os interesa la conclusión que tratamos de sacar de todo.

El programa de nuestros actos era bastante extenso y variado; actos públicos en el Pilar, cuya reseña detallada podréis leerla en *Lilium* de este mes de septiembre; actos de afirmación solemnes y públicos, con asistencia de buen número de entusiastas, además de la Alianza allí presente; actos exclusivos para Directores y Sacerdotes asistentes; asamblea general; seis tandas de ejercicios espirituales y, como coronamiento, la semana de convivencia de un grupo de sesenta hermanitas.

Gracias a nuestro entusiasta, celoso e incansable Director del Centro de Zaragoza, don Guillermo Legaz, a pesar de las chinitas con que el demonio (nuestro «querido» enemigo, trató de impedir o deslucir alguno de aquellos actos, se cumplió con perfección y exactitud acabada todo el programa fijado.

Piadosísima y en extremo recogida la Hora Santa Mariana, con el templo cerrado, al pie del Trono de nuestra Madre, la Alianza solita y silenciosa, orando y cantando las glorias de la Reina... ¡Qué cielo!

Solemne y fervorosa Comunión General en la Santa Capilla, con encendidísimos fervorines de un Director.

Completamente llena la devota Cripta de los innumerables Mártires en la Iglesia de Santa Engracia, donde 600 vírgenes de Dios cantan la misa de los «Ángeles» ¡Raro cuadro para nuestros tiempos!

Abarrotado y sin cabida para todos el Salón de actos públicos en el Servicio Doméstico. Allí breves e interesantes discursos nos revelan la Alianza en sus distintas y variadas fases y puntos de vista. La Obra aparece cada vez más interesante y más de hoy. Luego las piadosas actrices nos describen admirablemente el triunfo de la virginidad contra la serpiente, a través de la historia ¡Magnífica apología y acto de propaganda!

Asamblea General; preciosos trabajos de doctrina y vida práctica MARIANA en la Alianza. Elección del nuevo Consejo General.

Seis tandas simultáneas de ejercicios espirituales. Edificantísimas las hermanitas. Edificadas las Comunidades de religiosas que las cuidan y las sirven con atenciones exquisitas. ¡Cuántas prevenciones se disipan!

Última semana, semana de Convivencia. ¿La llamaremos *Semana Grande*? ¡Qué vida de intimidad y de sincera hermandad! ¡Qué recuerdos quedan en nuestro corazón...!

En resumen: Que es difícil destacar algo de este apunte. En todo vemos puntos que merecen ser destacados: a) Cultos en honor de la Virgen Patrona del lugar donde se celebran las reuniones o Asambleas

de la Alianza; muy bien, admirable. No siempre lo hemos hecho; pero en adelante no debe haber programa sin este número. *b)* Acto público de afirmación, de orientación y de propaganda, con sus puntos de doctrina *aliada* y su vistoso cuadro escénico; muy importante. No debía faltar en nuestras reuniones o asambleas. *c)* Asamblea con un par de sesiones, no más, para examinar y conocer la marcha de la Obra en sus varios aspectos, y resolver algún extremo de notable interés para la Obra, si lo hay. *d)* Tanda de ejercicios espirituales *exclusiva* para Directoras; es de interés capital. *e)* Pero no dudamos en afirmar que tanto o más que todos estos actos, es importante y de resultados sorprendentes una semana (y ¡ojalá dos!) de convivencia con la distribución, plan y orden con que se ha verificado este año la de Zaragoza. Por nuestra parte no tendríamos reparo en poner, sobre todos los demás actos, estos que se refieren a una convivencia fraternal, bien ordenada, bien organizada, ni demasiado cargada y pesada, ni tampoco sosa, ligera e inútil. Cada vez palpamos mejor sus frutos y su conveniencia. *f)* reunión de Directores y de todos los simpatizantes *efectivos* con el Director General. Esto es interesante. Lo que la convivencia es para las hermanitas, son estas reuniones, que también podrían llamarse con aquel nombre para nosotros todos los que dirigimos, movemos y formamos.

Estudio *práctico* y *vivido* hasta los últimos detalles del reglamento de la Alianza, ha de ser nuestra convivencia en dos o tres o cuatro días. *Esto sí que es transcendental*. Como que todo Director debe pasar por varias de estas convivencias. El mayor secreto de la Obra está ahí.

Y para terminar, queridos Hermanos; con la anterior impresión va unida ésta, que casi la debiéramos ocultar; sea dicho *inter nos*. Que estas almas, cuando *obran*, se distinguen, y, cuando *oran* y están en las cosas que son de «Su Padre», también se distinguen, aunque se esfuercen en disimularlo. Nos lo han confesado, una vez más, *los* que y *las* que, ojo avizor, han estado observándolas muy de cerca: «Estas no son como las otras», ha sido su comentario.

Si María halló gracia delante de Dios, y en Ella obró *virtus Altissimi*, para ser Madre de Dios, el mismo Espíritu Santo con

«virtud de Altísimo» obrará en nosotros para ser padres de tan escogidas almas.

El deber y la responsabilidad nos abrumarán; la esperanza, digo más, la seguridad del auxilio oportuno y la «virtud del Altísimo» nos alentará para obrar.

Lo que importa (y es nuestro deber) es que vivamos en la misma altura, en la misma cumbre en que viven ellas.

San Sebastián a 4 de septiembre de 1940.

A. Amundarain.

¿UNA SORPRESA?

Dirigimos estas líneas especialmente a los Hermanos Directores y Vice-directores de la Alianza, si bien no excluimos a los demás lectores de SEMINATOR.

Es cosa que más de una vez nos habéis oído, y no extrañará que aquí la repitamos: Que la Alianza de San Sebastián, donde nació no ha salido todavía de su humilde pesebre de Belén. Belén oscuro, pobre, frío y húmedo. No otra cosa ha sido y es hoy aún nuestro rincón de Oquendo, 20 bajo.

Muchas veces hemos pedido al Señor que nos saque de esta pobre cueva y nos lleve siquiera a una modesta casita de Nazaret. Por fin, parece que Jesús se ha compadecido de nosotros. A los quince años de vivir en esta humilde morada de..., que no la describimos, por ser sobradamente conocida de vosotros, Dios nos ha encaminado a otra de mejores condiciones, donde nos parece será fácil establecer para servicio de aquí y de toda la Obra, una bonita «Casa de la

Alianza». Dos pisos con escalera interior, capacidad suficiente para Capilla, espacioso Salón despachos para el Consejo General, además del que precisa el de aquí, cocina y comedor espacioso, celdas para unas seis o siete camas, todo higiénico, sano, tranquilo, pacífico y céntrico, etc.

La cosa, sin buscarla ahora, se nos ha venido a las manos, y el Consejo General ha caído en la tentación de... mirarla y de examinarla y de meterse en el compromiso de su *adquisición* para la Alianza. Y he ahí que de la noche a la mañana nos hemos convertido en propietarios de una modesta vivienda, cuyo primer plazo se ha pagado en el momento de otorgar la escritura de compra con un donativo hecho determinadamente para este fin. Y quedan otros dos plazos de igual cantidad, que deben quedar abonados dentro de este año de gracia y de la Virgen Santísima del Pilar y de la Coronación de la Nuestra del CORO.

No temáis por la aventura. La Obra no se compromete por esto a lo que no pueda pagar. El «Aguinaldo de Navidad», que, por acuerdo de la última Asamblea General, se destina a este objeto, cubre con holgura los réditos de la cantidad pendiente, si se pide a préstamo. Pero ¿y por qué se ha de pedir? ¿Por qué no habéis de ayudarnos? Porque el caso es que podéis hacerlo:

1º) disponiendo los ánimos

De nuestras hermanitas a quienes convidaréis a hacer un sacrificio por su *Casa*, con los ahorritos que cada una tenga, y 2º) haciendo vosotros otro tanto entre vuestros adláteres, dirigidos y conocidos...

Si toda la Obra de la Alianza hace suya esta pequeña empresa, sin dificultad mayor nuestra Obra tendrá en San Sebastián, que es cuna de ella, su propia Casa, comprada con el sacrificio de todos, porque es la casa de todos, y cada Director y cada hermanita, al venir aquí podrá decir con toda verdad: «voy a mi casa».

Todos los nombres de los donantes (o sus anónimos) figurarán en un álbum y quedarán depositados debajo del artístico Sagrario, que las hermanitas de San Sebastián han costado con sus generosos sacrificios...

Haced lo que os inspire el Señor.- EL DIRECTOR GENERAL.

Plan de propaganda

II

En uno de nuestros números anteriores señalábamos dos casos que pueden ofrecerse, cuando se trata de sembrar la santa semilla de la pureza y del amor entre las almas.

Aquí apuntamos otro caso más.

El de un pueblo en el que es del todo desconocida la existencia de la Alianza. Si se ve la conveniencia de establecerla, procédase de la siguiente manera: Véase en primer lugar y examínese bien la altura a la que allí rayan la piedad y la virtud. (No todos los

pueblos se encuentran suficientemente dispuestos para recibir inmediatamente la semilla del *casto consejo*). Véase también (y esto dicho aquí *inter nos*) a qué altura anda allí el espíritu de los pastores encargados de la grey. Si el clero no es del número de los del *programa máximo*, resultará mejor no acudir directamente a él por el momento.

Fórmese una especie de comisión de hermanitas de vuestro Centro o del Centro más próximo, y que estas hermanitas, encomendando mucho el asunto a Dios y a la Virgen y al *virginum custos*, traben relaciones amistosas con algunas almas del pueblo, que se quiere conquistar.

Que pulsen con prudencia y disimulo el ambiente, la disposición y el espíritu de la vida cristiana que ahí se vive. Y con un apostolado lento, celoso, no precipitado, vayan convidando a las almas hacia el bien sobrenatural.

Si se trata de niñas, convídese a estas *directamente* y sin rodeos a la más *familiar intimidad* de *Jesús*, poniendo, como condición indispensable,

una exquisita *honestidad* de costumbres y de vida en todo.

Si se trata de mayores, encamínese a estas directamente y en primer término a la vida de *honestidad*, vida de continencia y de pureza, armándolas contra el ambiente de sensualidad, y por este *medio* insinúeseles el *fin supremo* del más confiado y amistoso trato con Jesús, puesto que el pecado que más la retrae de Él es la impureza.

En toda esta labor no se les haga mención alguna de la Alianza hasta que se logre en ellas la vida que en la obra se encierra.

Si afortunadamente hubiera allí algún sacerdote adicto a este plan, puede hacerse labor simultánea; ellas con ellas y vosotros con ellos.

Otro día seguiremos con este interesantísimo tema.

A.

SEMINATOR

Casti Consilii

| | | |
|----------------------------|--|-------------------|
| Noviemb-Dicbre Año 1940 | Suplemento de "Lilium inter spinas" (Exclusivo para los Pastores de A.J.M.) | Número 6 Año I |
|----------------------------|--|-------------------|

CONCRETANDO EL PROGRAMA

Hemos repasado detenidamente los números de SEMINATOR que van publicados en los que hemos apuntado las ideas generales sobre nuestra misión como Directores y colaboradores de la «Alianza en Jesús por María».

Somos *sacerdotes*, y este nombre nos une a todos; su carácter nos coloca en el número de los ungidos del Señor y un cenáculo nos estrecha para una empresa común.

Somos *apóstoles*, porque somos sacerdotes; el sacerdote es para darse a las almas; nos debemos a las almas por completo, nuestras personas, nuestros actos, nuestras vidas; eso es ser apóstol.

Tenemos todos un gran programa; es el *programa* que el Maestro de Nazaret nos marcó en su admirable *discurso* de la montaña, y se trasluce después minuciosamente en todas las páginas del Evangelio.

Su ejecución exige de nosotros gran celo, producto de un grande y ardiente amor a Jesús y a las almas. Los primeros ejercicios y actividades de este celo son para nosotros mismos, se ordenan a nuestra propia santificación; el celo por nuestra alma es lo primero, y

la expansión de este nuestro celo es la que después nos arrastra a las almas de los demás.

Vamos a emprender un programa *máximo* con las almas selectas, y concretando los puntos principales que contiene, digamos en primer término:

Seamos «aliados» En el primer número de SEMINATOR, que lanzamos por vía de propaganda, entre otras cosas decíamos: «...para formar *aliadas* en el mundo, debemos primero hacernos *aliados*. ¿Acaso no son muy propios y esenciales a todo sacerdote (secular o regular) pureza de virgen, amor de serafín y sacrificio de mártir? ¡Oh! ¡ si todos viviéramos perfectamente este lema...! Nosotros creemos y esperamos en aquellos Directores que *viven* intensamente este lema; estos son los que *dicen y dan* aquello que *dicen y viven*».

Bueno sería que, al leer el reglamento, no lo hiciéramos siempre y exclusivamente para *ellas*, sino que alguna vez lo hiciéramos también para nosotros mismos, aplicándonoslo en aquello que es aplicable a nosotros.

Un benemérito Director nuestro, ilustre y sabio canónigo, hoy glorioso mártir de nuestra pasada Cruzada, en intimidad espiritual nos decía un día esta piadosa exageración: «cuando me siento apocado, disgustado, acobardado y triste en mis luchas (que las tuvo grandes), cojo el reglamento de la Alianza y en su sencilla lectura mi alma encuentra un gran bienestar que no me explico».

Sin duda alguna que esta expresión de nuestro amado Hermano fue exagerada: mas no por eso deja de ser para nosotros una interesante lección. Es cierto que en sus largos insomnios, sentado en la cama, leía el reglamento de la Alianza, algún bien debió hallar en él.

¿Por qué no leer, queridos Hermanos, el reglamento con vistas a nosotros, buscando en él algo bueno para nosotros mismos? Tal vez llegaríamos a confesar (sin necesidad de caer en la piadosa exageración) que, en efecto, nuestro finado Director estaba en lo cierto.

Fijad, siquiera por curiosidad, vuestra atención en el primer artículo del reglamento, y aplicándolo totalmente a vosotros, leedlo con reposo y atención:

«Unión de almas puras... (He ahí la más honrosa aureola que nos eleva, nos dignifica y nos distingue de todas las demás sectas).

«En cuerpo y alma consagradas a Jesús... (No hay en el mundo persona tan de hecho consagrada a Jesús como el sacerdote. ¿No es acaso esta consagración la que nos hace otros Cristos, otros Jesús?).

«Que aspirando eficazmente a la perfección... (Repasad, si queréis, lo que a este propósito decíamos en SEMINATOR correspondiente a Enero-Febrero. Nuestra santidad es nuestro *mayor deber*).

«Buscan, por todos los medios, el triunfo y el reinado de la pureza angélica y del amor a Jesús en sí y en los demás...» (¿Quién no se convencerá de la enorme necesidad, no sólo de un triunfo pasajero, sino de un estable y seguro reinado de estas dos virtudes en el sacerdote y en el religioso, hoy, Hermanos queridos, hoy, en el ambiente de paganismo y de materialismo grosero y desvergonzado que nos rodea?)

¿Qué falta ni qué sobra a esta definición para dejar de aplicárnosla, con todos sus puntos y comas a nosotros sacerdotes-apóstoles-aliados de la Alianza en Jesús por María?

¿Está o no definida ahí perfectamente nuestra vida sacerdotal apostólica, tal como hoy nos piden, nos exigen, nos urgen las circunstancias especiales en que vivimos?

¿Qué es hoy el sacerdocio católico si no es eso?

Comprendemos muy bien lo que en una carta íntima nos decía ha poco una hermanita de la Alianza: «Aquí a la Alianza llaman la *Segunda Orden del Sacerdocio*».

Pues bien, lo que una *segunda orden* debe vivir, eso es preciso que lo *viva* con creces la Primera. ¡Vivir nosotros... la Alianza!

Lo que se *vive* es lo que más se ama; porque lo que se vive lo hacemos en alguna manera *nuestro*, y lo nuestro amamos mucho más que lo ajeno.

Muy bien decimos a nuestras hermanitas: «*vivid* vuestra vida, *vivid* bien vuestro reglamento, vuestro lema, vuestra Obra completa, *vividla* intensamente, y la amaréis con pasión, con locura». (Los hechos han comprobado esta verdad).

Vivámosla también nosotros, en cuanto ella es aplicable a nuestra vida, y la amaremos con locura; el amor se trocará en celo ardiente y el celo nos hará apóstoles de grandes conquistas.

He ahí, Hermanos queridos, el primer punto concreto de nuestro programa máximo, que debe ocupar el primer lugar: «Hacer *nuestro* el Reglamento de la Alianza en Jesús por María. ¡Hacernos aliados!».

Fiesta de Santa Teresa de Jesús de 1940.

A. Amundarain.

Los boletines

De algunos Centros recibimos quejitas de que los Directores descuidan la función interesante de *clasificar* los boletines de las hermanitas de su Centro y de los grupos que de él dependen.

Tengan en cuenta que la constancia de las hermanitas en la práctica de los actos de sus boletines recibe una gran fuerza de que los Directores trimestralmente los califiquen.

Se les facilita esta función de la manera siguiente:

1° Las hermanitas mensualmente depositan sus boletines en el buzón de su «retiro». (Las hermanitas aisladas los envían por correo cada tres meses). La Directora los recoge, los ordena y los guarda.

2° Pasados tres meses, esta (Directora), con la ayuda de la Asistente, si es menester, encierra en un solo sobre los tres boletines de cada hermanita correspondientes al trimestre vencido, haciendo tantos sobres, cuantas son las hermanitas, y, puestos en orden numérico los entrega al Director.

3° El Director, abierto el sobre y puestos a la vista los tres boletines de la hermanita, de una vez se da cuenta del contenido...

a) Si en cada boletín no hay más que unas cuatro o cinco *equis* y todo lo demás está bien, y a esto responde la conducta de la interesada, la clasificación es **muy buena**.

b) Si cada boletín lleva más *equis* que las anteriormente indicadas y no tiene más que uno o dos ceros y ello es *justificado*, siendo por lo demás ejemplar la conducta de la hermanita, su calificación es **buena**.

c) Si las faltas anteriores no se pueden justificar, o el número de los *ceros* oscila entre tres o cuatro por cada boletín, o la conducta de la hermanita, su fervor, su puntualidad a los actos religiosos, etc. andan un tanto flojillos la calificación deberá ser **regular**.

d) Si los *ceros* por cada boletín pasan de cinco o seis y a este tenor va la vida espiritual de la hermanita: muchas *equis*, bastantes *ceros*, muchas faltas al

«retiro» y a sus actos, *floja* en todo menos en arreglarse, poco parecido de hermanita y más de «señorita» etc. la calificación necesariamente deberá ser **mala**.

4° Las calificaciones «malas», una vez formuladas y firmadas por el Director, serán enviadas al Director General, quien se encargará de devolverlas a la interesada, hechas las debidas amonestaciones; las demás calificaciones en sobre cerrado se entregarán directamente a las interesadas.

Esto es todo, y es muy importante; y no lo olviden nuestros queridos Hermanos Directores Locales.

NOTA BENE.- Si en algún GRUPO (no Centro) existe algún futuro Director que cuida bien de su rebañito, y este es bastante numeroso, puede encargarse de *calificar* los boletines de sus hermanitas, sin necesidad de enviarlos al Director Local del Centro a que pertenecen, poniéndose para ello ambos sacerdotes de acuerdo.

EL DIRECTOR GENERAL.

SEMINATOR

Casti Consilii

| | | |
|-----------------------------|--|-------------------|
| Enero - Febrero Año 1941 | Suplemento de "Lilium inter spinas" (Exclusivo para los Pastores de A.J.M.) | Número 7 Año I |
|-----------------------------|--|-------------------|

Unión de almas consagradas...

Para ser apóstoles de la Alianza J- M hagámonos y vivamos *aliados* los que en la Alianza hemos puesto un poco de interés.

Este nombre significa unión; por eso la Alianza se define: «Unión de almas consagradas...» Unámonos pues, primero nosotros, los apóstoles de la Alianza, en un espíritu y en un ideal, y en el mismo espíritu e ideal uniremos las almas.

Un bello recuerdo de nuestra ordenación sacerdotal nos viene a la memoria:

A los veintiocho condiscípulos que subíamos las gradas del altar para ser ungidos sacerdotes, se nos unían, con su capucha caída sobre la casulla, varios religiosos de diferentes Ordenes, que con nosotros recibieron la dignidad sacerdotal. El Pontífice extendía sus manos sobre todos; sobre todos descendía el divino y Santo Espíritu; a todos por igual se nos daba el poder de perdonar los pecados, de consagrar el cuerpo de Jesucristo, de predicar la palabra de Dios y de bendecir al pueblo; todos éramos sacerdotes y todos Hermanos en el mismo sacerdocio, mediante la misma Consagración.

Esta unión sacerdotal por la consagración debe estrecharnos a todos en una verdadera y sincera Hermandad, en una íntima Alianza.

Si porque en sus venas corre la sangre de un mismo padre, se estrechan naturalmente los hermanos, ¿por qué el mismo Espíritu que late en nuestras almas, no nos ha de estrechar a todos los sacerdotes?

Una simple carrera, un insignificante oficio basta de ordinario, para unir en mutua alianza a tantas personas por otro lado, tal vez, muy distanciadas y de diferentes condiciones; ¿no va a tener el Sacerdocio católico tanta fuerza como ellos para salvar distancias y unirnos estrechamente como verdaderos Hermanos, en un mismo espíritu e ideales, sellados como estamos indeleblemente con el mismo carácter sacerdotal?

«Unión de almas consagradas», insistimos. No se trata de una unión externa, superficial, de mutuo convenio y a capricho; nuestra unión tiene su fundamento y su fuerza en la Consagración (Ordenación sacerdotal), y a ella no hemos venido nosotros por nosotros, «non vos me elegistis, sed ego elegi vos...» (Joan. XV, 26). Somos hombres segregados y elegidos por Jesucristo. Él ha creado el Cuerpo Sacerdotal, y por un llamamiento gratuito de su Corazón somos traídos a formar parte de aquel, separados de los demás hombres, para hacernos *unos* consigo.

Después de una noche de recogida oración en la soledad de un monte, Jesús, entre sus fervorosos seguidores, escoge doce hombres que llamamos apóstoles. He ahí el primer Cuerpo Sacerdotal. Su afán incesante será unirlos entre sí y unirlos consigo en un mismo corazón y en un solo amor. Tan pronto como algunos celillos o alguna disensión aperciba entre ellos, el Maestro divino tratará inmediatamente de extinguirlos con amorosa suavidad. Esto se lo recomienda siempre, y esto pide continuamente a su Padre eterno, y con esta súplica vehemente terminará su carrera mortal cuando en la última Cena, abrazándolos con su Corazón amargado por la ingratitud, se dirige al Padre en aquella oración sacerdotal: «*Pater... ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint... Et ego claritatem, quam dedisti mihi, dedi eis: ut sint unum, sicut et nos unum sumus. Ego in eis et tu in me: ut sint*

consummati in unum...Pater, quos dedisti mihi, volo ut ubi sum ego, et illi sint mecum...» (Joan. XVII, 21-24).

Ellos fueron los primeros, a ellos alcanzó primeramente la hermosa oración del Maestro Divino; pero también a nosotros nos tuvo allí muy presentes, y por todos y para todos pidió a su Padre: *Ut unum sint*; una cosa con El y una cosa entre nosotros.

Unum corpus multi sumus, qui de uno pane participamos. (1 Cor. X, 17). ¡Cuánto más nosotros, que en este cuerpo estamos más cerca y más próximos a la Cabeza! ¡Nosotros, que en su ministerio ocupamos su lugar, no sólo como miembros, sino en cierto modo como cabezas!

Por eso, el apóstol nos invitará a vivir *caritate fraternitatis invicem diligentes, honore invicem praevenientes...* (Rom. XII, 10).

Todos sacerdotes, todos ministros de un Dios, todos padres, todos predicadores de un mismo Evangelio, todos directores de almas escogidas, cultivadores de un mismo jardín en la Alianza:

Pongamos, pues, nuestra fuerza en la unión: unión de inteligencia, sacrificando pequeñeces de criterio, de juicio personal, de amor propio; unión de voluntades, *adhaerentes bono*, en un mismo plan, una orientación, un programa, amando un ideal, un lema.

Unidas fraternalmente las Dignidades jerárquicas, unidos el sacerdote regular y el secular, unidos el hábito y la sotana, la faja, la correa y el cordón, *aliados* todos y enamorados de la Alianza.

Spiritu ferventes, Domino servientes... orationi instantes... (Rom. XII, 11-12), respiremos todos el mismo espíritu; vivamos, en cuanto sea posible, la misma regla esencial de vida evangélica; prestémonos mutua ayuda, mutuo aliento, mutuo calor de piedad, de fervor, de amor, dándonos la mano los débiles a los fuertes y viceversa.

Todos *unum* entre nosotros, *unum* en Jesús, como Jesús lo es en el Padre.

Fiesta de la Epifanía de 1941.

A. Amundarain.

Primera reunión de Consultores

Suponemos a nuestros hermanos con la natural curiosidad de saber lo que fue de cierta reunión, que se acordó en aquellos memorables cambios de impresiones entre sacerdotes de la Obra, allí en la Ciudad de la Virgen...

Agotada la última edición del Reglamento de la A. J. M., se trataba de incorporar a la nueva, que necesariamente se habrá de publicar, las experiencias de una porción de años de Alianza ensayada, practicada, vivida en las grandes ciudades y en los pueblos de reducido vecindario, en el Norte y en el Sur.

Como varios de los consultores, por su condición de catedráticos, no podían reunirse en pleno curso, se dedicaron cinco días de las vacaciones de Navidad a la mencionada tarea. Con un espíritu de sacrificio y con una voluntad y un amor, que la Obra nunca agradecerá bastante, acudieron todos a la cita, en San Sebastián. Todos... menos nuestro amadísimo D. Tomás Monzoncillo, el veterano Director del Centro de Logroño,

a quien los fríos por demás intensos de la última semana del precedente año le retuvieron en su casa. ¡Bien sabe él cuán de veras deseamos que el Señor nos le conserve, aun cuando sea cuidándose, para bien de la Alianza, con la cual está cada vez más compenetrado!

Cinco días han durado las sesiones, verdaderamente fraternales, del Fundador y Director General de la Obra, con su Vicedirector y sus tres consultores M.I. Sr. D. Enrique Carnicer. Director de Calatayud, Rvdo. P. Claudio de Jesús Crucificado, Director de Soria, y Rvdo. Sr. D. Francisco Herrero, Director de Madrid. Y no hay por qué decir que se han tenido muy en cuenta y se han recogido no pocas de las atinadísimas observaciones, que varios señores Directores han hecho y que a su tiempo se conocerán.

Ahora, sólo una cosa nos queda: agradecer a todos su decidida cooperación y adhesión incondicional a esta labor importantísima y suplicarles un memento en el

Santo Sacrificio de reconocimiento al Señor, porque tan palpablemente se ha dignado asistir con su gracia a los que han procurado trabajar en Obra

tan suya con la mirada puesta únicamente en El.

A.

Plan de propaganda

III

Se da el caso, alguna vez, de un fervoroso sacerdote o religioso, que ha oído hablar bien de la Alianza y, sin más, desea moverla en su pueblo, donde no es conocida hasta el presente, ni él la conoce.

¿Cuál será el primer paso necesario y el más seguro?

El primer paso necesario y por el que siempre debe comenzarse en el caso propuesto es: que este señor entusiasta se ponga en relación con el Director Local del Centro más próximo, si le hay, y, si no, directamente con el Consejo General. Este le enviará material de estudio y de propaganda, folletos y hojas que hablan de la Alianza, y, una vez en posesión de ello, es del *todo necesario* que se ponga a estudiar seriamente el secreto de

la Obra, convencido humildemente, aun cuando sea muy ilustre y muy reverendo señor, de que es muy poco aún lo que sabe de la Alianza.

Al mismo tiempo que se va haciendo cargo de la Obra, irá pulsando el temple de las almas que dirige o conoce, poniendo especial interés en sólo dos o tres (no muchas) y transmitiendo a sus almas insensiblemente el espíritu del triple lema, conforme lo vaya adquiriendo por el estudio del reglamento; pero sin mentarles a ellas para nada el nombre ni la existencia de semejante Obra; hasta que lleguen a vivirlo perfectamente, sin saber que aquello que viven sea el espíritu de la Alianza.

Llegado aquí, y antes de dar un segundo paso, el nuevo

apóstol de la Alianza debe acercarse o invitar a venir al Director del Centro inmediato y, en una familiar entrevista, resolver con él todas las dudas y dificultades, trazar con él sus planes, pidiéndole al mismo tiempo las orientaciones y normas conducentes para un éxito siquiera probable.

Hecho lo cual, haga una escrupulosa selección, entre lo bueno lo mejor, tanto en su aspecto interior y espiritual, como en el puramente humano y natural, no olvidando la edad, que no debe pasar de sus treinta o alguno más; a éstas y sólo a éstas y a nadie más, revelará el secreto de la Alianza.

¿Por qué tanto misterio y tanto escrúpulo?

No hay aquí espacio para una respuesta «holgada». Pero hay que añadir otro requisito: Que a poder ser y antes de que estas aspirantes comiencen la prueba, las vea personalmente la Directora del Centro inmediato, del que, en adelante, deberán depender como simple GRUPO, hasta que allí con el tiempo se llegue a formar un buen CENTRO de la Alianza.

En una palabra: que nadie, por ilustre que sea, se constituya en apóstol-Director de la Alianza, sin conocerla siquiera *suficientemente*, y que a ninguna alma, por santa que sea, la comprometa para la Alianza, sin que ella sea conocida bien por ella.

A.

SEMINATOR

Casti Consilii

Marzo-Abril
Año 1941

Suplemento de "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Pastores de A.J.M.)

Número 8
Año I

Aspirando eficazmente a la perfección

Para poder aplicar al sacerdote de la Alianza lo que con ese epígrafe se significa para las hermanitas, habremos necesariamente de repetir algo de lo que llevamos dicho en los números anteriores de SEMINATOR. A pesar de lo cual, creemos que, aun el recordarlo simplemente, ha de interesar a nuestros Hermanos lectores, toda vez que la perfección de que aquí se trata más directamente atañe a ellos que a las mismas aliadas.

Digamos ante todo una palabra sobre la

Noción de perfección Como dice muy bien Tanquerey, los incrédulos, los mundanos y los devotos tienen una noción equivocada y falsa de la perfección cristiana.

Los primeros conciben la perfección, como un fenómeno morboso subjetivo, especie de psico-neurosis.

Los mundanos lo consideran como una exaltación de la sensibilidad, propia a lo más de mujeres y de niños.

Para otros es un ideal halagüeño, pero irrealizable.

Los devotos la confunden con las devociones; creen estos que la perfección está en rezar mucho y pertenecer a muchas cofradías. No faltan quienes creen que consiste en ayunos y otras austeridades corporales, trocando los medios en fin. Otros la ponen en consuelos y ternuras espirituales, y otros en los fenómenos extraordinarios de éxtasis, raptos, visiones.

En nada de eso consiste la perfección verdadera y cristiana. *Perfecto* equivale a *acabado*; por consiguiente, cuando ha alcanzado su fin propio, o por lo menos trata de ir acercándose a su fin, cuyo término es la perfección absoluta.

El fin del hombre, en el orden natural y mucho más en el orden sobrenatural, es Dios. El hombre es criado por Dios y para Dios, Siendo Dios perfección infinita y fuente de toda perfección, tanto más perfecto será el hombre cuanto más se acerque a Dios, se asemeje a Dios y participe de sus divinas perfecciones, uniéndose con Él por la gracia en Jesucristo y por el ejercicio de las virtudes cristianas, entre las que campea, como encerrándolas y completándolas todas en sí, el *amor* de Dios y del prójimo.

Por donde la esencia de la verdadera perfección está en la *caridad*, la cual no consiste en una mera sensibilidad, sino en la firme voluntad de negarse a sí y darse a Dios, inmolándose , si fuese necesario, por El y por su gloria, anteponiendo en todo su divina voluntad a la nuestra egoísta. Y esto mismo, en la debida proporción, tratándose del amor del prójimo, a quien debemos amar en Dios y por Dios, por ser imagen y reflejo de sus perfecciones, es decir: amamos a Dios en sí y amamos a Dios en el prójimo o al prójimo por Dios. (Así San Francisco de Sales).

El sacerdote debe aspirar a esta perfección. No hace falta que planteemos aquí una tesis y que la probemos con abundancia de argumentos; los sacerdotes de la Alianza no los necesitan para estar bien convencidos de esta verdad. Apuntemos unos motivos, que nos soliciten y alienten a proseguir el camino de perfección, que todos emprendimos desde los primeros años de nuestra carrera:

1) JESÚS.- Él es nuestro supremo ideal y modelo. A la misión sacerdotal se preparó El durante los treinta años de Nazaret. «*Proficiebat...*» ¡Para, tres años de vida activa sacerdotal, *treinta* años de preparación!

2) LOS APÓSTOLES.- Son los primeros sacerdotes adoctrinados por Jesús; su formación fue la labor principal del divino Maestro; para ellos tiene especiales enseñanzas. «*Vobis datum est nosse mysterium regni Dei...*» El último discurso de la Cena es su testamento para ellos, y como si esto no bastara todavía, deja para el Espíritu Santo su última perfección.

3) SAN PABLO.- Sus Epístolas a Timoteo y Tito son el mejor tratado de perfección sacerdotal; nuestros Hermanos deben leerlas y meditarlas asiduamente.

4) LA IGLESIA.- Enseñada por su Fundador, ha puesto en todos los tiempos el máximo interés en que los nuevos ungidos sean varones perfectos. El Pontifical, que es a manera de Código sacerdotal, es el mejor compendio de la santidad, que se exige gradualmente al que asciende a la dignidad del Presbiterado. «*Abundet, in eis, dice a los diáconos, totius forma virtutis, auctoritas, modestia, pudor constans, inocentiae puritas...*» «*Agnoscite, dice a los Presbíteros, quod agitis, imitamini quod tractatis...*»

5) AUTORIDADES.- Santo Tomás exige en el sacerdote, no una perfección cualquiera, sino «*bonitas excellens*».

«*Arctiore jam alligatus es vinculo disciplinae, et ad majorem teneris y perfeccionen sanctitatisi*» (Kempis, 1 IV, cap. V)

Y estas palabras de Mercier: «*¿Por qué la Iglesia cuenta con tan pocas almas resueltas a ir hasta el fin... a la plenitud de la unión divina? Pues, porque nosotros, sus pastores... no marchamos con paso decidido al FRENTE DE ELLAS.*

Bien dijo el Maestro Ávila: «*Tales, Padres míos, y tan calificados debemos ser los que oficios tan calificados tenemos*».

Justo es, pues, que aspiremos a la perfección.

Eficazmente

Y este es el secreto. Una empresa, tomada a pecho, se realiza a pesar de los obstáculos que la dificultan; sólo en el camino de la santidad encontramos obstáculos insuperables, y no porque lo sean, sino porque el demonio nos los presenta como tales, y nosotros fácilmente nos hacemos la ilusión de que en efecto lo son así.

Dios no puede invitarnos a una empresa irrealizable «*Sed perfectos*» ha dicho el Maestro divino; luego *podemos*; la perfección, con la gracia de Dios, está en nuestra mano; Dios asiste al que *quiere* y quien de veras *quiere*, la emprende y la consume. «*Querer de veras*», he ahí el santo.

San Ignacio de Loyola quiso de veras y lo consiguió, San Agustín titubeó por mucho tiempo; por fin, un día, lo emprendió decididamente, y fue santo. Santo Tomás dijo a sus hermanas, que para ser santas bastaba *querer*.

¿Qué y cómo? Para que nuestra aspiración sea eficaz, menester es:

a) Que este impulso de la voluntad sea sincero, decidido, valiente, sin titubeos ni cobardías...

b) Que vayamos al fondo, a la raíz, a la esencia, a la vida... a la destrucción del hombre viejo, «*Abneget semetipsum*», «*Vincenti dabo nomen...*», «*Qui Amat animam summa perdet... qui perdiderit propter me, inveniet...*».

c) Elevación de miras, al ideal que es JESÚS, «*Induite novum hominem*», «*conformes fieri imaginis Filii Dei*»; ejercicio de las virtudes, de la caridad, como reina de todas; obrar, vivir para agradar al Señor, por amor y para amar...

A. Amundarain

SEMINATOR Casti Consilii

| | | |
|------------------------|--|-------------------|
| Mayo-Junio Año 1941 | Suplemento de "Lilium inter spinas" (Exclusivo para los Pastores de A.J.M.) | Número 9 Año I |
|------------------------|--|-------------------|

NUESTRO LEMA

Es hora de que vayamos al fondo de la Alianza.

La definición de la Obra termina con cotas significativas palabras:... «buscan por todos los medios el triunfo y el reinado de la pureza angélica y del amor a Jesús en sí y en los demás». Esa es su gran aspiración.

Mas, es de advertir que, en medio del mundo, en el que la Alianza ha de vivir, ni la pureza ni el amor a Jesús pueden adquirir su perfección y su triunfo, sin un continuo vencimiento y abnegación; de donde la Alianza, en su blanco estandarte, debe necesariamente llevar grabado el lema de pureza, amor y sacrificio.

Ahora bien, ¿es posible y oportuna la aplicación de este lema al sacerdote de la Alianza, Je tal suerte que pueda él adoptar para sí y para su vida sacerdotal la práctica de las mismas virtudes, que constituyen la quinta esencia de la Alianza?

Nosotros consideramos tan propio y tan suyo este lema, como la sotana, el breviario y la corona con que exteriormente se le distingue y reconoce.

El sacerdote (secular o regular), que en toda su conducta y vida sea virgen en la pureza, mártir en, el sacrificio y serafín en el

amor, ese será, no hay duda, ante todo un verdadero sacerdote y después un gran apóstol de la Alianza.

Puro y casto es el sacerdote católico; por esta bellísima virtud se le distingue de los ministros, de todas las demás religiones y sectas. No hay sello ni distintivo. más claro y más digno, ni más difícil de confundir y de falsificar que éste de la angelical y divina virtud de la pureza.

Sólo en la verdadera Iglesia de Cristo, que es Esposo de las almas puras, campea maravillosamente esta sublime y esplendorosa virtud. Blanca y luminosa es la tánica, de la esposa del Cordero, la santa Iglesia, y en la Iglesia lo más bello, inmaculado y blanco es su sacerdocio.

La grandeza sacerdotal y el respeto y la estima que entre las gentes se merece, provienen de manera especial de su ejemplar castidad. Aquí el sacerdote es muy distinto de los demás en el mundo. Y es el mismo Jesucristo quien ha querido distinguirlo y adornarlo con esta santa virtud.

Por eso, a ejemplo del Maestro divino, los apóstoles y sus sucesores han practicado fielmente la ley del celibato. Hagamos un poco de historia.

El celibato eclesiástico En general, el celibato es el estado opuesto al matrimonio. Aunque el matrimonio es necesario para la totalidad de la especie humana, no lo es de ninguna manera para el individuo.

Hay célibes por amor a la virtud y los hay por vicio. La corrupción de costumbres produce un aumento considerable de célibes; en este sentido, los Estados han intervenido para restringir el celibato. No es este el aspecto bajo el que queremos mirar el celibato aquí. Hablamos del celibato eclesiástico.

En el fondo coinciden los autores al decir que el celibato eclesiástico es el estado de «no ser casado actualmente», que, se exige por la ley de la Iglesia a los ordenados in sacris.

No se exige, pues, que los ordenados sean vírgenes propiamente, sino continentes y ejemplares: E, un precepto negativo-positivo. Negativo, por él que se veda ser actualmente casado; positivo, por el que se manda ser castos-y ejemplares. Y ya, en este sentido, el celibato es superior al matrimonio, puesto que el celibato, si no es la virginidad prop⁴³ⁿ. ente dicha, se le parece mucho. «*Qui matrimonio jungit bene facit, sed qui non jungit melius facit*».

Su naturaleza y origen La institución del celibato eclesiástico no es de derecho divino, ni divino positivo. Algunos pretendieron Ar-marlo, fundándose en algunas expresiones indirectas del Antiguo Testamento; pero no existe texto alguno, que directamente imponga ese precepto.

El celibato es, pues, de derecho eclesiástico, o simplemente tal o; según opinión muy fundada, de derecho eclesiástico *apostólico*.

La opinión, que defiende el origen apostólico del celibato eclesiástico, está sostenida por la 'mayoría de los autores. Tertulia-no, Orígenes y Eusebio hablan del celibato, como de 'cosa ya practicada en su tiempo.

El Papa Siricio (año 385) reprende severísimamente a los clérigos transgresores del celibato, y añade: «Cristo quiso Ve la hermosura de la Iglesia, su esposa, resplandeciera con la luz de la castidad...y a todos :los sacerdotes, y: levitas nos „obligan estas 'sanciones», etc.

El Concilio II de Cartago (año 390) dice: «Quod apostoli docuerunt et ipsa servavit antiquitas, nos quoque custodimus»,

Desde, este siglo IV los cánones de los Concilios y las decretales de los Pontífices aparecen imponiendo claramente, como precepto legal, el celibato eclesiástico.

Bien es verdad que, en el trascurso de los siglos, ha sufrido grandes vaivenes la práctica de este precepto, especialmente en los siglos décimo y. undécimo. La corrupción de las costumbres por aquellos tiempos fue tan espantosa, que acabó con la vida monástica causó grandes estragos en esta delicada virtud, de tal suerte, que la Iglesia tuvo necesidad de suavizar el rigor en orden a la guarda de este precepto.

La actual disciplina data de la Edad Media, confirmada por el Concilio de Trento y determinada hoy por los cánones.

Merece que consignemos, que en la Iglesia de España datan de muy antiguo las disposiciones sobre el Celibato eclesiástico, y que son sumamente rigurosas. Ahí están los Concilios Iliberitano, Gerundense, Toletano II y Tarraconense I.

A. Amundarain,

Llamamiento a una reunión

Quisiéramos lo tomaran con el máximo interés nuestros queridos Hermanos de la Alianza, Directores, Vicedirectores y Colaboradores.

Aun cuando no nos ha sido posible organizar para vosotros una tanda de Ejercicios Espirituales, por dificultades que están al alcance de todos, nos precisa convocaros a una íntima convivencia de hermanos, durante tres o cuatro días, en la soledad de la «Casa de Ejercicios» del devotísimo Santuario de Aranzazu (Oñate), para tratar, en sesiones familiares, de lo que más afecta a nuestra especial misión en la Alianza.

Si circunstancias imprevistas no nos fuerzan a otra cosa, el lunes, 21 de Julio, al mediodía, hemos de estar reunidos ante la Virgen de Aranzazu, para *vivir* un pequeño programa de actos espirituales y apostólicos, hasta el mediodía del jueves 24.

El programa ha de tener, pues, dos aspectos: a) de piedad o espiritual reposo y paz, con meditación mañana y noche, un

ejercicio eucarístico por la tarde, actos marianos, etc... b) de reuniones familiares sobre temas que afectan a nuestro cargo especial en la Alianza.

Como, D. M., el nuevo Reglamento ha de ponerse en vigor en la Asamblea, que seguirá a estas reuniones y que se celebrará en la ciudad de San Sebastián, sumamente nos interesa a todos los sacerdotes de la Alianza ponernos de acuerdo y con perfecta unidad de criterio sobre los puntos fundamentales que abarca, de los cuales es necesario tratar con amplitud, señalando orientaciones y normas concretas dentro de su más rigurosa interpretación.

Según el espíritu de este nuevo Reglamento, la casi totalidad de la responsabilidad carga sobre los Directores; por eso, es de capital interés que éstos sepan manejarlo, entenderlo y aplicarlo con la mayor fidelidad y exactitud.

Hay, además, artículos que exclusivamente miran a la acción de los Directores en la Obra, estos y otros, que directa

o indirectamente afectan a ellos; han de ser objeto preferente de estas reuniones.

Importantísimo es también el estudio del proyecto, que pensamos llevar sobre la división de la Alianza por Diócesis y la propuesta de Directores Diocesanos, que ha de verificarse entre los asistentes.

Y queda aún un tercer asunto, que para nosotros es de sumo interés y que se refiere a la vida más exuberante, más movida, más práctica, que conviene dar a nuestra hoja SEMINATOR CASTI CONSILII.

Lo dicho basta para encarecer a nuestros hermanos la importancia de esta íntima convivencia, a la que deben procurar asistir todos los sacerdotes y religiosos amantes de la Alianza, aun a costa de algún sacrificio, que a todos necesariamente habrá de suponer el desplazamiento a Aranzazu.

Nos conviene que, sin esperar a última hora, nos den sus avisos los señores que se propongan honrarnos con su presencia, señalando el día y la hora de su llegada y tiempo de su estancia.

La última estación del ferrocarril para casi todos es Zumárraga, desde donde tendrán auto para Aranzazu. Allí les esperamos con los brazos abiertos.

San Sebastián, Fiesta de la Santa Cruz- Mayo de 1941.

EL DIRECTOR GENERAL

SEMINATOR Casti Consilii

| | | |
|--------------------------|--|--------------------|
| Julio-Agosto Año 1941 | Suplemento de "Lilium inter spinas" (Exclusivo para los Pastores de A.J.M.) | Número 10 Año I |
|--------------------------|--|--------------------|

Excelencias de la virtud angélica

Todos hemos hecho a Dios solemne consagración de la virtud santa de la castidad en nuestro respectivo estado de celibato.

Cantemos hoy, queridos Hermanos, en su loor un himno fervoroso de alabanzas y bendiciones, dejando (pues no sirve para ello) nuestra pluma en el tintero, y haciendo desfilar por estas cuartillas a los grandes maestros y santos de la Iglesia, cuya elocuencia, literatura y poesía se desbordaron, cuando hablaron y escribieron de esta encantadora virtud, que ellos amaron y cultivaron con suma piedad y propagaron con celo ardiente y arrebatador. Escuchadlos:

«Es la castidad angélica, dice un autor moderno, una virtud tan bella, tan encantadora, tan divina, y, en el coro resplandeciente de las virtudes, tan encumbrada es su jerarquía, que ni el humano entendimiento podrá aquilatar jamás sus perfecciones singulares, ni un lenguaje que no sea el de los ángeles encontrará frases adecuadas para ensalzar sus prerrogativas y excelencias».

«Es la santa virginidad, continúa el mismo autor, ornamento de la vida, hermosura del cuerpo, rico tesoro del alma, gratísimo sacrificio a los divinos ojos, sagrario de hermosos pensamientos manantial de purísimos afectos, crisol de ferventísimo amores, oficina de heroicas resoluciones, fiel custodia de la gracia y prenda segura de la gloria».

«*Virginitas... margarita in lapillis, lucifer in sideribus, inter aves columba, inter arbores ramas olivae et in campis lilium*». (S. Gregor.)

«Penetrando más allá de las nubes, traspasando los cielos y volando sobre los mismos ángeles, la virginidad buscó y halló al divino Verbo, por quien fueron hechas todas las cosas, reclinado en el seno amorosísimo del Padre; y, con el irresistible poder de sus encantos, movióle a venir hasta nosotros, para ser artífice de nuestra salvación. En sombras y tinieblas viviríamos envueltos todavía, si el que es luz clarísima de vida no hubiera amanecido para nosotros, brillando en la antorcha inmaculada de la Virgen Santísima». (Pedro de Blois).

«Faltan palabras mi lengua—exclama San Ambrosio— para dar a entender cuán grande sea la gracia de la virginidad, pues mereció ser elegida para templo corporal de Dios, en donde, según leemos, corporalmente habitó la plenitud de la divinidad. Una Virgen engendró al Salvador del mundo, una Virgen parió al que es Vida universal de todos, una Virgen llevó en su seno a quién el mundo todo no puede contener ni encerrar en sus ámbitos anchurosos».

La castidad resplandece a manera de finísimo diamante en la vida de los santos. «*Cuncta enim quae et natura et consilio ad virginitatem propensa sunt, omnino incorruptae virginitates pudicitiaeque splendore decorantar*». (S. Greg. Niseno)

«La virginidad gana las batallas, que en nuestros miembros entablan las indómitas pasiones, paz a nuestros cuerpos y, siendo ella en sí bienaventurada, hace felices también a quienes la poseen. Los que de ella carecen, nada encuentran de qué acusarla, pues es venerable aun a los ojos, de sus mismos enemigos, los cuales tanta mayor admiración sienten hacia ella, cuanto mayor es su impotencia para combatirla. La virginidad igualase a los Ángeles, y, si bien se considera, también les hace ventaja, porque en carne flaca y corruptible, sujeta a mil combates y batallas, alcanza victoria sobre las rebeldías de la naturaleza, lo cual no tiene lugar en la pura naturaleza angélica». (Liber de bono pudicitiae).

El dulcísimo San Bernardo ha escrito estas notables palabras: «¿Qué «osa hay más resplandeciente que la castidad, la cual, al que

fue concebido de materia tan inmunda le hace limpio, terso y puro; de extraño, familiar y doméstico; de enemigo, amigo, y de hombre, ángel? Gran diferencia hay, por cierto, entre un ángel y un hombre casto; mas ésta consiste en la felicidad, no en la virtud, porque, si el ángel es más feliz, el hombre casto es más fuerte. Solamente la virtud hermosa es la que en este estado de mortalidad representa un estado de gloria inmortal. Sola ella, en la solemnidad de las bodas, guarda el estilo y costumbre de aquella celestial región, en la que ni los hombres ni las mujeres se casan, dándonos así una idea de lo que será aquella vida celestial».

Acorde con este sentido había dicho ya San Juan Crisóstomo: «¿En qué cosa pensáis que se diferencian de los ángeles Elías, Eliseo y el Bautista? En ninguna otra, por cierto, sino en que estos insignes varones de su naturaleza eran mortales. Pues en todo lo demás, en limpios y puros afectos, iguales eran, y no inferiores, a los ángeles. Y aun el ser inferiores a ellos en naturaleza, crece su mérito y redundan en gloria suya, por el género de vida pura e inmaculada, que debían llevar los que, viviendo en la tierra y siendo mortales, se propusieron llegar a la virtud que los ángeles inmortales tienen en el cielo».

El seráfico San Buenaventura pasa más adelante y dice: «La virginidad, por el honor que le es debido, trasciende el dominio de los ángeles, y por su mérito, supera con ventaja en cuatro grados, al mismo estado de los espíritus angélicos. Es, en efecto, más universal, más noble, más gloriosa y más útil. Es más *universal*, porque ésta se halla en el cuerpo y en el espíritu, y aquélla en el espíritu solamente. Es más *noble*, porque ésta proviene de la gracia, y aquélla de la naturaleza, y, a mayor abundamiento, ésta es libre y aquella necesaria. Más *gloriosa*, porque ésta se obtiene con victoria tras de encarnizada lucha; aquélla sin lucha y sin victoria. Más *útil*, porque ésta es meritoria, mientras que aquélla, por ser natural, ningún galardón merece».

Bellas son también estas palabras de San Metodio: «*Quamobrem, aio ego, honori ómnibus habendam virginitatem esse, omnique loco ac tempore tum colendam, tum laudandam*»

Y terminemos este ramillete de testimonios con estas oportunas palabras de San Agustín: «El Señor, que a sus fieles siervos

otorga el don de la continencia, dará también a sus ministros palabras adecuadas para hablar de ella dignamente. Ayúdenos Cristo, Hijo de la Virgen. Esposo de las vírgenes, corporalmente, nacido de un vientre virginal y unido espiritualmente a las vírgenes con virgíneo matrimonio».

Sembradores nosotros del «casto consejo», hagámonos cargo de lo que es e importa esta siembra, y para hacerla eficaz y segura, cultivémosla con esmero y solicitud en nuestros propios corazones.

A. Amundarain.

SEMINATOR Casti Consilii

Circular

Saludamos con este nombre que no es desconocido para muchos de los buenos Hermanos, que viven laborando a nuestro lado por el triunfo de las almas selectas, en medio de la indiferencia de las que, por desgracia, son legión en el mundo.

Circunstancias ya sabidas nos han obligado a un silencio forzoso de dos años y tenido incomunicados con casi la mayoría de todos vosotros... Hoy encabezamos esta CIRCULAR con el mismo nombre, más que todo, para recordaros que somos los de ayer, que vivimos con el mismo *ideal* y que sembramos los mismo castos consejos evangélicos.

A vosotros, pues, y a todos los nuevos entusiastas de la obra, nuestro más cordial saludo.

Recordamos con gozo del alma, aquellos memorables y demasiado cortos días de cielo, que una treintena de Hermanos pasamos en el acogedor Santuario de Aranzazu, hace justamente dos años, en espiritual retiro y fraternal convivencia, tan espiritual, tan fraternal y tan manifiestamente provechoso, los sacerdotes de la Alianza, regulares y seculares. ¡Qué ambiente aquel tan religioso y tan sacerdotal! ¡y qué paz, qué unión, qué fraternidad en la expansiva convivencia de todos! ¡Aquellos recogidos actos de piedad a la sombra de la Madre Celestial...! ¡Aquellas animadas y provechosísimas conferencias sobre la obra de nuestros amores...! ¡Aquellas charlas familiares, amenas,

sabrosas e instructivas...! ¡Aquellos paseos por la solitaria carretera, salpicados de gracia y *ocupados* en interesante consultorio sobre la materia...!

Y, si tan bien nos fue, ¿por qué no repetirlo?

En Ávila si Dios quiere, vamos a repetirlo, reproduciendo al natural aquel bello cuadro, y, si cabe, mejorándolo y ampliándolo en algunos detalles que la oportunidad nos ofrece.

En Ávila, final epílogo de las fiestas centenarias del gran maestro San Juan de la Cruz, todavía esperamos percibir los místicos ecos de las gloriosas jornadas; sus lecciones, que aún resuenan y vibran potentes, son nuestro camino y el de las almas aliadas en Jesús por María; en su espíritu han de bañarse nuestras almas sacerdotales y las de esta legión de virgencitas humildes, que han renunciado al espíritu del mundo.

¿Y la Santa? ¿la simpática Santa de Ávila, la sin par Teresa de Jesús. cuya fisonomía y alto espíritu viven allí a través de tantos y tan auténticos recuerdos?

En Ávila, encerrados en ese doble marco de espirituales ascensiones estudiando al Santo y contemplando a la Santa y puestos bajo el poderoso patrocinio e intercesión de ambos, ¿qué no recibirán y qué no harán allí la alianza y sus sacerdotes durante los ocho o quince días de santo retiro

Vamos, pues, a Ávila.

Con paternal benevolencia y solicitud extraordinaria nos ha abierto las puertas del recogido Seminario Diocesano el Excmo. Sr. D. Santos Moro, Obispo y...Director de la Obra en Ávila, a todos los Directores, Vice-Directores, colaboradores y simpatizantes sacerdotes, regulares y seculares, para todos estos días.

Fecha y días de estancia El viernes 23 de Julio debemos pernoctar allí, todos los que dicho día estemos libres de urgentes obligaciones, hasta el jueves 29 por la mañana, en que darán comienzo los actos de la Asamblea de la Alianza, con arreglo al programa que se ha anunciado en la Revista de la Obra, «Lilium inter spinas» correspondiente al corriente mes.

Nuestra estancia es, pues, de seis días, desde el 23 por la noche hasta el 29 por la mañana.

Los actos sacerdotales Téngase en cuenta que no se trata de ejercicios espirituales propiamente dichos. Nuestro plan es intensamente espiritual; mas no en forma de silencioso retiro, sino de fraternal convivencia, con abstención absoluta de todo asunto y tema temporal y terreno; no se ventilan más que asuntos eternos.

Se trata de templar nuestro espíritu sacerdotal, ya en orden a nuestra propia perfección y santidad ya en orden al apostolado con las almas selectas que viven en la Alianza.

La distribución diaria abarca: Hora fija de levantarse. –Una hora de oración.-Santa Misa y desayuno.-Horas menores.- Conferencia doctrinal ascético-mística.- Paseo.-Comida y descanso.- Vísperas y lectura.- Conferencia práctica.- Rosario y Bendición.- Refresco.- Maitines.- Paseo con comentarios.- Resoluciones y acuerdos.- Media hora de oración.- Cena y descanso.

A quiénes llamamos A todos los Directores, Vice-Directores, colaboradores, simpatizantes de la Alianza; a todos los confesores de almas escogidas, que quieran cooperar a la realización de una empresa gloriosa para la Iglesia y de gran utilidad y aun necesidad para muchas almas, que en el vértigo de esta vida de zozobras buscan a Dios en paz; a todos los que conocen la Obra de la Alianza, para que la conozcan más y mejor, y a todos los que no la conocen, para que la conozcan la amen y la ayuden con celo y amor. Llamamos a los ocupados, para que en sus ocupaciones den lugar a esta *ocupación*, que quizá merezca un lugar preferente y a los desocupados, para que siquiera se ocupen de una Obra que vale por muchas otras ocupaciones. Una modestia, tal vez un poco encogida y con algo de respeto humano, nos ha hecho vivir 18 años demasiado en el misterio; es hora de descorrer el velo y de anunciar a nuestros Hermanos todo lo que encierra el nombre de la Alianza en Jesús por María.

Conferencias doctrinales

(Por la mañana) Día 24.- Relaciones de la Virgen Santísima con la Alianza, como Madre, como Mediadora, como Modelo; por Don Enrique de Cabo, Director del Centro de Bilbao.

Día 25.- Semejanzas entre los tres períodos de perfección, purgativo, iluminativo y unitivo y los tres grados de la Alianza, aspirante-iniciadas, formadas e internas. Estudio del período *purgativo* en las hermanitas *aspirantes e iniciadas*. Por Don Alejandro Martínez Gil, Vice-Director del Centro de Madrid.

Día 26.- De las hermanitas *formadas* en el período *iluminativo*; por Baldomero Jiménez, Rector del Seminario de Ávila.

Día 27.- Lo que es una hermanita *interna* en el período *unitivo* de su perfección; por el Padre Luis Ahedo Sastre, Franciscano, Vice-Director del Centro de Burgos.

Día 28.- Estudio de la *perfección* en la *Alianza*, dentro del lema: pureza, amor y sacrificio; Pureza (perfecta consagración), Sacrificio (perfección negativa), Amor (perfección positiva); por el Padre Claudio de Jesús Crucificado, Carmelita Descalzo, Director del Centro de Soria.

Conferencias prácticas

(Por la tarde) Expóngase el modo práctico de llevar a cabo en la vida de la Alianza:

Día 24 - a) La calificación de boletines en los Centros y Grupos; por Don Miguel Pereña, Director del Centro de Salamanca.

Día 25 - b) La enseñanza del Catecismo en la Alianza; modos y materias que debe abarcar; por el M. I. Sr. Don Tomás Monzoncillo, Director del Centro de Logroño.

Día 26 - c) Los Ejercicios Espirituales y Días de retiro, plan y organización de tandas en la Obra; por Don Miguel García, Director del Centro de Granada.

Día 27 - d) Sobre el modo y plan de las conferencias y charlas de Formación Aliada; por el M. I. Sr. Don Antonio María Pérez Ormazábal, Vice-Director General.

Día 28 – e) Sobre la Vida Aliada entre los sacerdotes de la Alianza. Espíritu aliado – Fraternidad aliada – Comunicación y relaciones mutuas – Medios de fomentar estas relaciones: Convivencias – Ejercicios espirituales – Correspondencia periódica – la hoja «Seminator Casti Consilii»; por el M. I. Sr. Don Enrique Carnicer, Director del Centro de Calatayud.

Aviso importante Nos interesa saber urgentemente el número, siquiera aproximado, de Hermanos que piensan asistir a estos actos, a fin de preparar con suficiente tiempo lo necesario para su decoroso alojamiento en Ávila. Les rogamos, pues, nos lo avisen cuanto antes a Paseo de Salamanca, 5 entlo. dcha. San Sebastián.

San Sebastián, 12 de Junio de 1943.

A. Amundarain.

Seminator Casti Consilii

ENERO 1944

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 13
AÑO IV

Recordando aquellos días...

No hay necesidad de exagerar la nota, ni de hincharla con expresiones rebuscadas de ponderación...; basta que recordemos con sencillez llana y sincera todo lo que fue destacado e interesante en aquellos memorables días de fraternal convivencia en el Seminario de Ávila.

¡Qué vida aquella de paz y de expansión, qué fraternidad, qué celo, qué espiritualidad, qué alegría sana y santa...!

Sencillez desde sus comienzos, humilde convocatoria, más humildes programas, distribución de hogar, modos familiares, espontaneidad en todo y franqueza de hermanos, y... ¡vaya frutos!

Ambiente espiritual.- El severo y recogido Seminario, que nos cobija, nos ayuda a ello poderosamente. Nuestra alma sacerdotal entra en una mansión de paz y de contacto con Dios, la Capilla, la celda, y hasta el refectorio, con su severo decorado ayudan a elevarse...

Las primeras distribuciones de la mañana, que terminan con una fervorosa meditación, son todas para el alma; por la tarde, completando un acto profundamente piadoso, se suceden encadenados en la Capilla el santo rosario, la meditación y la Exposición del Santísimo Sacramento con preces y cánticos devotísimos. Estos y otros actos, que no se mencionan, mantienen al alma en un purísimo y encendido ambiente espiritual.

Hay quien dice que ni en los santos ejercicios se ha sentido tan recogido y animado.

Fraternidad.- De aquí brota la vida, vida sacerdotal plena; y esta, ante todo, es una delicada y sobrenatural fraternidad, que nos hace a todos en verdad felices; no halla el corazón obstáculo alguno, sino que bañado en caridad divina, se une a todos con la misma simpatía y afecto. En comunidad de «cenáculo» se estrecha la simple sotana, el fajín, la correa y el cordón; todos en el Señor, todos amando el mismo ideal y aspirando a un mismo fin, ¿no es verdad, Hermanos? El mayor se hace pequeño, el más pequeño es considerado igual, y todos son uno... Quam jucundum habitare fratres in unum.

Y la Alianza ha motivado esta convivencia y la Alianza es el objeto único de nuestras conversaciones. Ni el ruidoso veraneo, ni la agitación política, ni las tragedias en que se despedaza el mundo nos turban o distraen; el ángel de la paz se pasea por los tránsitos silenciosos de aquel Santuario y en paz vivimos todos, con afanes de saber y grabar en nuestras almas el genuino espíritu de la Obra.

Estudio.- Largas, amenas, activas y estudiosas sesiones se dedican mañana y tarde a la Alianza, en cuanto esta tiene relación con el sacerdote. Bien podemos considerarlas como verdaderas jornadas de investigación y de práctica, en las que intervienen los más versados en la ascética y mística y los que entienden, con larga experiencia, de organizaciones de la vida cristiana.

Todos trabajan, no pocos hacen su acopio de notas; nadie se cansa, lo mismo los que conviven internos como los forasteros que se alternan; todos muestran interés, todos quieren salir aprovechados.

Cada día que avanza la asamblea se anima; con sencillez evangélica y al mismo tiempo profundidad teológica, los temas se desarrollan y la Alianza se revela en nuevas facetas; son muchos para quienes la Obra es una novedad, y casi todos sorprenden en ella algo que hasta ahora no sospecharon.

Llega el último día y esta animación se convierte en verdadera explosión de entusiasmo, que dio por resultado la formación, por unanimidad absoluta de los Sacerdotes de la Alianza.- No es, pues, esto un simple pensamiento del Director General, y mucho menos una ocurrencia más o menos feliz o apasionada de algún colega entusiasta de

la Alianza; es más bien fruto de un estudio sereno; es la cristalización de una idea que brota espontáneamente del alma colectiva, que se siente movida hacia una empresa de la gloria de Dios.

Recordarán bien los protagonistas que nos leen aquella última tarde, inolvidable tarde de nuestra convivencia, en que, al exponer el M. I. Sr. Carnicer los medios de fomentar las relaciones de los sacerdotes amantes, entre sí y con la Alianza, se hizo ver con claridad la necesidad de estrechar estas relaciones y dar forma, estabilidad y firmeza a ellas, mediante una unión más estrecha entre los colaboradores de la Obra, que recibió el nombre de «Sacerdotes de la Alianza», y que al punto quedó aprobada, con aplauso unánime de todos los presentes, y puesta en marcha al día siguiente, con la solemne imposición de la medalla de la Obra, verificada en ceremonia pontifical por el Excmo. Señor Obispo de la Diócesis de Ávila.

Nosotros queremos dar la importancia y relieve que se merece a esta circunstancia, para que nuestros Hermanos en el sacerdocio tengan presente que esta modesta organización de los «Sacerdotes de la Alianza» es como regalo que el Señor nos hizo en Ávila y tiene por cuna la iglesia del histórico Convento de San José de Santa Teresa (primero de su reforma), cuyo espíritu de «más alta perfección» queremos que brille en sus miembros.

De ahí, pues, y no de nuestra cabeza (que muy ajena andaba por entonces de semejante proyecto) arranca este nuevo vástago en la Obra de la Alianza, que creemos ha de dar sus buenos frutos con la bendición del cielo y al que nosotros hemos de dedicar unos cuantos articulitos en los números siguientes.

Primer Viernes de Enero de 1944.

Antonio Amundarain.

Seminador Casti Consilii

FEBRERO 1944

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 14
Año IV

Los «Sacerdotes de la Alianza»

¿Una nueva Asociación...?

No señores y hermanos míos; lejos estamos de tal pensamiento...

Bien asociados están los sacerdotes religiosos en sus respectivas Ordenes y también los seculares, que, además de lo que su ministerio y cargo lleva anejo, pueden, si quieren, asociarse a las obras que ya existen y que viven con vida pujante en el seno de la Madre Iglesia.

Los «Sacerdotes de la Alianza» no se constituyen en ninguna Asociación encaminada a fomentar, como fin específico y primordial, la perfección y santidad sacerdotales entre los mismos.

Los «Sacerdotes de la Alianza», ya de antemano, viven esta vida de santidad (regular o secular) muy intensamente, y sería acusar de insuficiente e ineficaz su actual vocación y modo de vida, si tratáramos de llamarlos a un nuevo plan, dentro del marco de una congregación.

Descartada, pues, por completo esa idea...

Sin embargo, los «Sacerdotes de la Alianza», mediante esta organización, son llamados a despertar y vivir, con el mayor fervor, la vida que su respectivo estado y condición les exige, a la que se consagraron un día, cuando en las filas sacerdotales profesaron y prometieron ser los «hombres de Dios» y nuevos Cristos.

Los «Sacerdotes de la Alianza», sin formar propiamente una asociación, participan, sin embargo, de las ventajas de las más fervorosas existentes, por la especial razón de que figuran entre ellos los más selectos hombres espirituales del clero regular y secular, pudiendo de esta manera participar, sin fronteras, ni exclusivismos, de todo lo bueno, elevado y santo que dentro del grado sacerdotal se viene practicando.

El «Santoral», en su inmensa variedad, nos ofrece, distribuidos por cada día del año, los variados grados y formas de santidad, de los

cuales quiere la Iglesia se aprovechen las almas, al leerlos y meditarlos.

¿Por qué, pues, en esta otra variedad de ejemplares de santidad, o de aspirantes a ella no hemos de copiar de los más aventajados o de los más asequibles, que conviven con nosotros, los rasgos y características, que nos cuadren en nuestra vida sacerdotal común?

El «Sacerdote de la Alianza» no excluye a ninguno que sea sacerdote; todos los que aman la Alianza forman su «foedus pusillum» y se ligan con los fines, que detallaremos más adelante.

Por lo tanto, el punto esencial es la unión, unión sacerdotal, en aquello que tenemos de sacerdotes, que todos convenimos en Cristo, Sumo Sacerdote, ya seamos seculares, ya regulares, en sus grados, categorías, Ordenes o Congregaciones.

Dejando a un lado los muchos puntos accidentales de divergencia que existen entre nosotros, y que están a la vista, señalemos los de contacto y aproximación, muy interesantes, que debemos explotar para el bien común, tanto en orden a nuestra santificación como en orden al apostolado en la Obra.

El «homo Dei » de San Pablo nos une íntimamente a todos los ungidos y sellados con el carácter sacramental, que es igual y el mismo en todos.

A todos se nos ha intimado la orden solemne del Maestro: «Euntes docete...» «ite et vos in vineam meam...» «Quodeunque ligaveritis... et solveritis... erit ligatum... solutum...» «Pasce agnos meos ...»

Tal vez en una misma ordenación sacerdotal, con unas mismas palabras del Prefacio: «Accipite Spiritum Sanctum», se nos ha infundido el vivificador y septiforme Espíritu, cuya luz ilumina nuestras mentes y cuyos ardores encienden en celo de santidad y de apostolado nuestros corazones.

Uno es el Señor, de quien somos siervos y ministros; unos los sacramentos, con que damos la vida a las almas; uno ese Espíritu que nos eleva, nos guía y nos vivifica; uno el Evangelio , que vivimos y predicamos; uno el Credo, cuyo depósito se nos ha confiado y que enseñamos a los fieles; uno el fin supremo de la vida, que a todos marcamos, y una la tierra de promisión hacia la que guiamos y llevamos las ovejas encomendadas por el divino Pastor.

En tan sólidos cimientos, cada uno de los cuales nos daría interesante tema, se funda nuestra UNIÓN de «Sacerdotes de la Alianza»; somos uno fundamentalmente, y en esa unión hemos de cimentar toda nuestra acción por las almas selectas, que se agrupan en la Alianza.

Puesta así la mira y enderezados nuestros afanes hacia fines tan nobles, tan altos y tan delicados, no nos será difícil sacrificar las pequeñas diferencias accidentales, que en nuestra vida sacerdotal pueden con frecuencia ofrecérsenos, para formar una gran fraternidad entre todos, fomentando con eficacia el consolador dogma de la «comunidad de los Santos», mediante una franca, generosa y desinteresada donación de todos nuestros valores en beneficio de los demás; de suerte que este amor de fraternidad espiritual nos disponga a un completo desasimiento de todo interés personal, de todo amor propio, de todo egoísmo; a una generosa entrega de toda nuestra persona y de cuanto espiritualmente poseemos de talento, doctrina, virtud, influencia, oración y sacrificio, con celo ardiente por las almas que nos miran, dispuestas, si fuese menester, a ser con el Apóstol «anatematos por los hermanos»

Entonces, por propia experiencia comprenderemos el alcance de las palabras del Profeta: «Quam bonum et jucundum habitare fratres in unum».

Vivir, vivir y fomentar nuestra vida, vida sacerdotal, vida santa, «Vita Christi manifestata in nobis», en la verdadera fraternidad y en ella, «Caritate fraternitatis invicem diligentes», amando, ayudando, alentando, cooperando, corrigiendo... y así, «¡quam jucundum...!».

Es lo primero y fundamental, que anhelamos, deseamos y pretendemos, entre los «Sacerdotes de la Alianza». En la Obra de la Alianza, otra alianza, otra unión entre los sacerdotes consagrados a ella con el más elevado espíritu de fraternidad sin distinción de colores ni de hábitos.

Y esto es lo que queremos, se entienda, cuando en el Título de los «Sacerdotes de la Alianza» decimos en la primera base: «Reciben este nombre los sacerdotes de ambos cleros (Directores, colaboradores y simpatizantes), que se unen estrechamente entre sí, con lazos de verdadera y santa hermandad, a favor de la Obra «Alianza en Jesús por María».

Terminemos, pues, estas ideas con aquellas palabras con que San Pablo terminaba su hermosa epístola a los Hebreos»: «Charitas fraternitatis maneat in vobis».

San Sebastián, a 14 de Febrero de 1944.

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

MARZO 1944

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 15
AÑO IV

Perfectamente unidos...

Muchos e importantes puntos de contacto y aproximación hemos apuntado en el último número de nuestro modesto boletín «SEMINATOR CASTI CONSILII».

Ello bastaba para que todos los que hemos sido marcados con el carácter sacerdotal, nos diéramos la mano, junto con el abrazo de hermanos, para trabajar mancomunados, ya en la propia santificación, ya en la santificación de las almas a nosotros encomendadas.

Pero hay algo más concreto y especial, que une entre sí a los «Sacerdotes de la Alianza» y algo que los distingue de los que no lo son, lo cual, con la gracia de Dios, vamos a señalar brevemente en este articulejo.

El amor es el verdadero vínculo de unión en las almas; el amor nos une con Dios y el amor nos une también entre nosotros mismos; los que verdaderamente se aman, verdaderamente se unen; nada hay tan fuerte y que tan fuertemente una como un sincero y fiel amor

Mas este amor puede ser personal, distingamos así si les place, o sea el que directamente se dirige a la persona amada y amor objetivo, o sea el que profesamos al fin u objeto que todos pretendemos y amamos.

Una aspiración común, apasionadamente perseguida, une sin egoísmos, en una misma causa, a muchos a quienes acaso otros puntos pueden diferenciar. ¡En cuántas empresas de carácter económico, político, patriótico, religioso, se han unido elementos muchas veces marcadamente heterogéneos!

Ahora bien, a una empresa común, apasionadamente amada (y no menos) aspiran, sin egoísmo ni bastardos intereses personales, todos los «Sacerdotes de la Alianza».

Además del amor franco y sincero con que se aman en el –señor de un modo sobrenatural y sacerdotal, los «Sacerdotes de la Alianza»

tienen otro amor que los une y estrecha para una causa común concreta y determinada, y es el que todos profesan a la «Alianza en Jesús por María».

Este sacerdote se llama de la Alianza, porque ama a la Alianza, porque le entusiasma la Obra, porque le interesa; ve en ella el bien de las almas señaladas por Dios con un sello de predilección, ve algo que responde a las actuales circunstancias; la Alianza le llama, le atrae ... y, como la Obra le atrae, le atraen con especial simpatía aquellos que aman y sienten simpatías por ella, se adhiere y une a ellos con lazos de una espiritual fraternidad.

Por eso tenemos sacerdotes (y esto es consolador) a quienes personalmente no conocemos, pues no los hemos visto nunca, en cuyas manos, por uno de esos casos providenciales, ha caído una hoja de la Alianza, y bastó ella para ponernos en franca relación y más tarde en verdadera hermandad. Fruto de un ideal acariciado con entusiasmo desde el primer momento.

Un ideal nos congrega, un objetivo nos une a todos los «Sacerdotes de la Alianza»; un ideal, un objetivo apasionadamente amado y perseguido con verdadero afán es y será siempre para nosotros esta Obra. Prescindiendo de todas las diferencias, la Alianza nos une estrechamente a los sacerdotes seculares y regulares, a ellos en toda su escala jerárquica y a estos en su magnífica variedad de Órdenes y Congregaciones.

*La Alianza es una empresa que **única** todas nuestras voluntades, todas nuestras inteligencias y todas nuestras energías; ahí es uno el celo de todos y son uno todos nuestros corazones, a fin de que sea el mismo el fruto de nuestra acción en la empresa.*

El lema, que resume los fines de la Obra, el triunfo de la pureza en medio de un mundo corrompido que nos empuja hacia un nuevo paganismo, el llamamiento a la vida cristiana y evangélica perfectamente practicada y vivida, son ideales que campean en esta empresa y enamoran a sus apóstoles.

No obstante, no es este el único objetivo a que queremos que aspire el «Sacerdote de la Alianza» en sus ministerios sacerdotales. Los que, por especial misión de Dios, hemos sido destinados y consagrados a la Obra, bien está, y es justo, que no nos dejemos distraer por otras empresas, puesto que es esta nuestra especial vocación dentro del

sacerdocio, en la cual quisiéramos vivir y morir. Pero nuestros hermanos (regulares y seculares), cuyo celo abarca muchos y variados puntos en el apostolado por las almas, no están obligados a descuidar y abandonar los otros campos, con el fin de darse a la Obra de la Alianza; su destino, su misión, su vocación acaso, están perfectamente definidos desde su ordenación o más adelante, y a ellos de un modo especial deben consagrar sus afanes, energías y amores, con tal que eso no impida consagrar, también, parte de esos entusiasmos y fuerzas y sudores a la Obra que los ha escogido y llamado.

Nosotros creemos (no sé si decimos demasiado) que aquí se trata de una especie de vocación y llamamiento de arriba; Dios a nosotros nos llamó a poner los cimientos de la Obra hace diecinueve años; de eso estamos convencidos, y ¿no será el mismo Señor, el que ahora viene llamando a nuestros hermanos a trabajar en el cultivo de esta selecta viña? Y si es así ¿cómo no vamos a reservar alguna chispa de nuestros ardores para ella?

¿Tal vez con preferencia a otras obras? Tampoco se pide eso; con menos nos contentamos y nos basta; pedimos una parte y que esta sea eficaz; no nos basta una simple simpatía, demostrada en palabras más o menos afectuosas y laudatorias, impotente para una positiva realidad; pedimos un poco más, pedimos entusiasmo, pedimos generosidad, sacrificio, voluntad, decisión, ánimo para lanzarse a la empresa divina.

¡Oh, si en todas estas empresas de la gloria de Dios nos diésemos la mano bien dispuesta, en vez de entorpecer los unos el esfuerzo que hacen los otros...!

Un insigne Prelado español (q. e. g. e.), fundador de una Obra a la que consagró sus amores y sus energías, nos decía en una entrevista, refiriéndose a la Alianza: El mundo es suficientemente grande para no estorbarnos; todos cabemos perfectamente; «Omnis spiritus laudet Dominum».

Los que somos llamados a esta empresa unámonos en la más íntima fraternidad en un solo amor a la Alianza; todos UNO para UNA empresa, y esta tendrá prosperidad, dará gloria a Dios y honor a la Iglesia.

San Sebastián, día del PAPA, 12 de Marzo de 1944.

ANTONIO AMUNDARAIN.

NOTA.- Algunos lectores de nuestro número anterior se han alarmado justamente por una frase, que, tomada a la letra, contiene una afirmación muy ajena a nuestra voluntad. Allí, al hablar de los «Sacerdotes de la Alianza», decíamos textualmente lo que sigue: «figuran entre ellos los más selectos hombres espirituales del clero regular y secular»; pues bien, con una sencilla variación gramatical, queda perfectamente expresado lo que quisimos manifestar: que en las filas de los «Sacerdotes de la Alianza» figuran de lo más selecto entre los hombres espirituales del clero regular y secular. Si las comparaciones son odiosas, mucho más son las exclusiones. Y nosotros no pretendemos ser exclusivistas, sobre todo con menoscabo de los muchos selectos, que no están con nosotros. Quede, pues, cada cosa en su punto.

A. A.

Seminator Casti Consilii

ABRIL 1944

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 16
AÑO IV

Consejos a los colaboradores¹

Hermanos muy amados en Jesús por María: Cumplimos hoy, con la gracia del Señor, un deseo que hace tiempo venía apurándonos en el fondo del alma.

Era una verdadera necesidad, necesidad que veíamos nosotros cada vez más urgente y que nos la ibais recordando varios de vosotros, de dirigirnos a todos vosotros, entusiastas y celosos Directores y Cooperadores de nuestra muy amada Obra «Alianza J.M.», ofreciéndonos algunas normas sobre la misión tan delicada que a todos en proporción nos ha confiado la Divina Providencia, de la dirección de esta nueva Obra, tan especial y tan de hoy.

Es que la Alianza se difunde tan rápida y en proporciones tan gigantescas que no nos es posible atenderla personalmente en todos los lugares. De ahí la necesidad de celosos Cooperadores que Dios va suscitando y de que éstos estén del todo unidos entre sí y con el Centro General, en todo aquello principalmente que se refiere al espíritu, a la vida y a la organización de la Obra, a fin de que en todas partes la Alianza sea una e igual, uno su espíritu, una su formación, su vida, su objeto, su orientación, etc. Para conseguirlo, rogamos a todos nuestros muy amados hermanos, Directores y Cooperadores, se fijen con sumo interés en los siguientes principales puntos que ponemos a su consideración, y a ellos rogamos se atengan siempre:

1º) La Alianza es y debe ser siempre a) gens electa, elección hecha entre gente selecta; entre gente buena la más distinguida, gente dos veces colada del polvo de la tierra; almas puestas completamente de espaldas al mundo y de cara a Dios.

b) *No basta que sea gente buena, menester es que sea buena para la Alianza, que reúna las condiciones reglamentarias (art. 30).*

c) *En general, no sea gente muy madura. No es difícil encontrar para la Obra gente a quien ya el mundo ha jubilado... La Alianza no nació mirando a estas almas –aunque tampoco las rechaza- busca almas, a quienes aún quedan recias batallas que librar contra las seducciones del mundo corruptor, comenzando desde las más jóvenes. (2).*

d) *No se den prisa los Directores; creemos que el número no bien seleccionado de almas ha privado de su primitivo espíritu a muchas Asociaciones piadosas; sean parcos, prueben bien a las pretendientes;*

2º a) *Estudien bien el Reglamento, empápense en el espíritu de la Obra, procuren vivir la vida de la Alianza, para así comunicarla a las hermanitas. Si no sentimos íntimamente la Obra, si no la conocemos a fondo, si no la vivimos, no haremos aliadas*

(1) Ausente nuestro amadísimo Director General en visita a los Centros de Navarra, Aragón y Cataluña y no habiendo podido preparar el artículo correspondiente, por los agobios de última hora, creemos de suma y perenne actualidad lo que escribió hace más de diez años en las hojitas sueltas tituladas «Silbidos del pastor» que la mayor parte de nuestros hermanos desconoce.

(2) Por razones poderosas de una experiencia de más años, se determinó más tarde que la edad-tope para ingresar en la Obra fuesen los 30 años, fuera de los casos de dispersa señalados en el art. 30.

b) *Si hoy muchos de nuestros hermanos miran con prevención y ligereza la Alianza J.á M., es sólo porque a priori, sin más idea de ella que la recogida en tertulias o en una lectura superficialmente hecha de algún Reglamento, han llegado a creer que sólo se trata de una de tantas Cofradías de beatas.*

c) *Estamos ciertos de que, si llegan a estudiar y conocer a fondo la Obra, la amarán, y, si la aman, la vivirán y trabajarán en ella con entusiasmo, como lo estáis haciendo vosotros, mis queridos hermanos, que la habéis conocido, amado y vivido.*

3º) *Con respecto a las hermanitas: a) dirigidlas dentro de la Obra, conforme a sus fines, a sus lemas, a su espíritu, a sus actos, a su plan, su carácter...No salgáis de la Obra; ella tiene todos los medios de*

santificación; haced santas, pero con el molde especial de la Alianza, Aliadas santas..

b) Habladles de la Alianza; hablad en Aliado. El Evangelio es siempre igual y el mismo; pero cada uno lo aplica a sus fines y a su modo. Aunque el vino sea el mismo, a uno le gusta en copa y a otro en vaso. Dad vino puro a las hermanitas; pero dádselo del cáliz de la Alianza; es donde ellas quieren beber y gustar.

c) Hablad a las hermanitas; hablad cuanto queráis, dadles manjar; pero cuidado de ir siempre al grano. No vayáis a sus Centros o Retiros a participar sólo de sus expansiones y tertulias; haced vuestra Obra, la Obra de Dios. En todo lo demás manteneos un poco a distancia, hermanos muy queridos, un poco a distancia. Acercaros sólo para darles a Jesús y para llevarlas a Jesús... y basta.

Nos creemos hoy en la necesidad de insistir en este punto, concretándolo un poco más:

a) Los Directores no deben asistir a los «Retiros» o centros de reunión, sin un motivo o fin justo, digno o concreto, que justifique su asistencia.

b) Puede ser este fin: Dar algún aviso, amonestar privada o públicamente a las hermanitas sobre algo que se refiera a su misión de Director (art. 117), explicar el Reglamento, darles conferencias espirituales, pláticas, meditaciones, etc.

c) Una vez cumplido el objetivo que motiva su asistencia, el Director debe retirarse aun cuando las presentes levanten alguna afectuosa protesta.

d) No vayamos nunca, nunca, hermanos muy amados, a los «Retiros» con el único y exclusivo objeto de hacer más amena y atrayente la honesta recreación de las hermanitas. Estas expansiones, a las que nuestra presencia parece que da interés, poquísimas veces aparecen limpias de polvo y paja. Ni a ellas ni a nosotros nos hacen bien.

Apacentamos almas delicadas, finas, limpias, elevadas, predilectas de Dios; son corazones inmaculados, heridos por el fuego del amor, sensibilísimos...

¡Oh! Cuidémoslas con suma cautela, con verdadera exquisitez; apacentémoslas con manjares purísimos, celestiales, divinos. La obra que

hacemos es muy escogida, muy alta, muy de Dios, maravillosamente de Dios; no hay apostolado como éste; no lo desluzcamos, hagámoslo bien.

Pero hagámoslo, no huyamos; no nos asuste lo elevado y delicado de la misión que Dios nos confía. En medio de tanto lobo hambriento de carne, que las rodea, oíd, hermanos amados, el grito de Jesús: «Pasce oves meas» Son sus ovejas ... ¡sus ovejas!, muy suyas, que las ama, que las prefiere, que las distingue; y ¡nosotros tenemos la misión delicada de cuidarlas! «Pascite, pues, qui in vobis est gregem»

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

MAYO 1944

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 17
AÑO IV

Conocimiento de la Alianza

Una de las principales bases sobre que descansa esta... institución, íbamos a decir; pero mejor y más exacto es decir organización de los «Sacerdotes de la Alianza», es que estos, para ser fervorosos sacerdotes de la Obra, conozcan, amen y vivan el espíritu de la Obra.

Que conozcan bien la Alianza: «Nihil volitum quin praecognitum...» La Alianza, dentro de su sencillez, pequeñez y humildad, no se abarca tan fácilmente como se piensa.

Una rápida lectura del Reglamento (creen algunos), da una idea suficiente para conocerla y distinguirla de las demás obras similares. Hay quienes leyendo solamente un «Silbidos del Pastor», que trata brevísimamente del secreto de la Obra, se han creído suficientemente enterados de ella: Estos necesariamente no pueden tener conocimiento exacto de la Alianza; y si sólo así, sin profundizar más en su estudio, se atreven a definirla, ya en su fuero interno, ya delante de otros, fácilmente podrán equivocarse, y algunas veces en perjuicio suyo personal, de la misma Obra y de las almas.

Cerrarse, casi «a priori», en un juicio sobre la Alianza, por lo que han oído de ella en el confesonario o en la Sacristía o en un corrillo, es exponerse a vivir en lamentable error e ignorancia fácilmente vencibles.

Existen, de hecho, casos (no nos referimos a ninguno en particular) de sacerdotes, por otro lado ejemplarísimos, los cuales, tratándose de la Alianza, no solamente no la estiman perfecta, sino que la censuran, la motejan, la menosprecia y hasta la persiguen.

Estos ciertamente no conocen la Alianza, como no sea a través de la crítica del mundo y de los chismes que almas ruines, poco espirituales y

contagiadas de este semipaganismo que nos envenena, han levantado contra las intransigencias de la Alianza.

La Alianza, por lo mismo que es enemiga irreconciliable del espíritu del mundo, nunca dejará de tener impugnadores, no sólo entre los ya declarados enemigos de la religión, sino también en el seno de la gente reconocida como cristiana y aun piadosa, y estos tratarán de sembrar errores sobre su doctrina y de desorientar a las almas y, si pueden, también a sus Directores. De ahí que al «Sacerdote de la Alianza» no le baste, para formarse idea cabal de la Alianza, ni lo que dicen en la esquina o en la tertulia, ni lo que se lee de corrida en un trabajillo sobre la Alianza; sino que, para conocerla bien, necesita un estudio serio, reposado y concienzudo de su Reglamento, de sus comentarios y de cuanto de ella se va escribiendo en folletos, revistas y hojas volanderas.

Es ésta la primera tarea del «Sacerdote de la Alianza»: procurar, por todos los medios que estén a su alcance, un perfecto conocimiento de la Obra, meditando, artículo por artículo, el Reglamento comentado y el Manual de Orientación, obrita que, D. m., pronto habremos de llevar a la imprenta, luego que nos dejen en paz otras tareas urgentes.

De modo muy especial interesa al «Sacerdote de la Alianza» conocer: a) el alcance de cada una de las palabras de la definición de la Obra; b) el lema de la Alianza, que resume los fines de la misma; c) los requisitos y condiciones personales de las candidatas al aspirantado; d) la vida que debe desarrollarse en cada uno de los grados en que la Alianza se divide; e) los diferentes puntos de vista y aspectos desde los cuales puede considerarse la Alianza: almas consagradas, vírgenes de la Parroquia, santidad en medio del mundo, vida evangélica, apostolado viviente, almas reparadoras, levadura de la gran masa de la sociedad cristiana, etc...

Es que el «Sacerdote de la Alianza» debe estar tan perfectamente versado en la Obra, que sea maestro en ella, y a cualquier consulta que las hermanitas o personas afectas le hagan, pueda responder satisfactoriamente, con firmeza y seguridad.

El amor, que todos tenemos a la Alianza, nos hará tomar con cariño y celo este trabajoso estudio.

Lo merecen las almas, que en todas partes nos aguardan con ansias de santidad.

Démosles pan y hagamos que vivan.
Barcelona, 3 de Mayo de 1944.

ANTONIO AMUNDARAIN.

Seminator Casti Consilii

JUNIO 1944

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 18
AÑO IV

Amor a la Alianza

Con permiso del incógnito hermano, damos comienzo a estas breves reflexiones con las palabras que, aún no ha mucho, oímos a un ejemplar «Sacerdote de la Alianza», el cual daba comienzo a su interesante discurso, dirigido a un selecto auditorio sacerdotal, con este exordio original:

«Paran trabajar con celo, deciales poco más o menos, y sacrificarse por una obra o empresa, es preciso amarla, con locura, porque quien la ama con locura, locuras hace por ella. Yo soy uno de esos hombres; amo y amo con locura a la «Alianza en Jesús por María», y por eso me veis hacer cosas por ella «que parecen verdaderas locuras».

Cierto; él ha hecho su propia confesión, y nosotros, que le conocemos por sí mismo y por sus obras, confirmamos ésta su confesión.

¡Dios nos conceda de estos locos...!

La Alianza necesita, no diremos un gran ejército de sacerdotes, pero sí un núcleo selecto de sacerdotes enamorados y casi apasionados de ella.

Existen obras a las que puede uno dedicarse por muchas razones: por deber, por compromisos adquiridos, por interés o ganancia, por caridad, por pura simpatía hacia ellas, por cierta vocación o gusto que en ellas encontramos. En la Alianza muy poco podrían influir estos motivos, si a ellos no va unido otro más elevado, que es el «amor de predilección hacia ella»

Los motivos puramente humanos, que a veces influyen en nuestra voluntad, apenas existen en esta empresa. Todo lo vistoso, por de pronto, desaparece por completo; el trabajo es casi oculto, el fruto lo es también casi siempre; los éxitos no se pregonan ni se cotizan en el mercado público ni en la prensa; es un apostolado sin brillo y casi deslucido y veces hay

que con un velo de disimulo tenemos que ocultar los sudores de costosos sacrificios.

Añádase a esto la oposición de este mundo que tenemos a la espalda y la persecución del demonio, que, disfrazado o sin disfraz, no deja de sembrar de chinitas todas nuestras sendas: ahora es la sonrisa de un compañero, luego el chiste de algún otro, y a la vez la objeción abierta de un tercero, sin olvidar la crítica general y mordaz que la buena sociedad cuelga sin escrúpulos, a las pobres aliadas (y en ellas a nosotros): holgazanas, comodonas, rancias, ñoñas, excéntricas, exclusivistas, beatas, medio-monjas, misteriosas, más papistas que el Papa...

A fe que no es brillante ni lucida la actuación de los «Sacerdotes de la Alianza».

¿Qué brillo va a tener la revisión de unos boletines y su calificación sobre la mesa de mi despacho? ¿qué existe puede tener una plática o meditación, que yo dé a media docena de almitas en el rincón de una iglesia, cuando estoy acostumbrado a dirigir la palabra a un auditorio que llena sus naves? ¿qué saca uno oyendo, horas muertas en el confesonario, las mil tonterías de una docena de escrupulosas?

¡Y a esa obra nos hemos lanzado nosotros!

¡Pues, es toda una chifladura! Sí, una chifladura, el amor; sin amor ahí no hay nada, pues ninguna otra razón nos puede mover a dar nuestro nombre a esta sociedad de los «Sacerdotes de la Alianza»; sólo amando de veras y con locura se puede ser «Sacerdote de la Alianza».

De donde venimos a concluir; que de las cuatro categorías, en que podíamos clasificar a los sacerdotes en relación con esta Obra, a saber: los que la motejan y desprecian, los que se muestran indiferentes y fríos, aunque la respetan, los que sienten por ella alguna simpatía y hablan de ella con encomio, y los que la aman y se sacrifican por ella, sólo estos últimos pueden formar la columna de honor de los «Sacerdotes de la Alianza».

Porque el «Sacerdote de la Alianza» es un corazón enamorado de ella, una cabeza que estudia y medita la Obra y la defiende, y una mano que se mueve y trabaja por su difusión en la Iglesia.

El «Sacerdote de la Alianza» tiene amor efectivo, que se traduce en obras, que excogita medios y los pone en movimiento, para el logro de

sus ideales, en los cuales no mira a su propio lucro y ventaja (aunque ésta alguna vez se supone, sino que mira al bien de la Obra y de las almas selectas.

El «Sacerdote de la Alianza» ama la Obra, porque la Obra ama fina y delicadamente a Dios y Dios dulcemente se recrea y se satisface en la Obra, y por ella y a través de ella él ama y glorifica a Dios.

Por eso la ama con ese entusiasmo que demuestra, con ese celo que le consume, con esa abnegación que le desprende, con esa generosidad que no mide, con esa sumisión y obediencia a que se entrega, con ese sacrificio en que se inmola.

¿Qué esto es mucho? ¡Ah, pues, eso, eso es amar de verdad y con eficacia, eso es amar con obras, eso es amar con pasión, con locura!

Y vea Vd. que así se ama en nuestra Obra; así los verdaderos amantes de la Alianza, de ese amor vive la Obra en medio de la glacial indiferencia de este mundo, que, por el afán de amar muchas cosas, acaba por no amar ninguna.

Hermano Sacerdote, insistimos; no hay más que un resorte en pro de la empresa: amarla, ni ganarás en ella sueldo, ni lograrás pomposos éxitos, ni alcanzarás aplausos, ni siquiera la estima de las gentes; al revés, ganarás lo que ganó Cristo de los fariseos y los apóstoles de los judíos y gentiles. Luego tienes que amar como ellos; eso sólo te queda: amar, amar con verdadera pasión, amar con locura: si eso no lo haces, fracasarás, y para eso, más cuenta nos tiene a todos no alistarnos.

San Sebastián a 13 de Junio de 1944.

ANTONIO AMUNDARAIN.

La Alianza ¿qué es?

Para la mayoría de vosotros mis queridos hermanos parece que esta pregunta está de más. No se concibe en efecto, un «Sacerdote de la Alianza» que no tenga exacto y verdadero conocimiento de la Obra, a la que con todo su amor se ha consagrado. No es él ciertamente el llamado a planteárnosla, sino más bien para contestarla categóricamente, en todo momento y ocasión.

Sin embargo, en la íntima confianza de hermanos, debemos confesar, que tal vez no todos podrían dar una explicación categórica y completa a esta sencilla pregunta. La Alianza con ser tan sencilla, abarca puntos fundamentales cuyo sentido no siempre está a la vista de todos.

La Alianza no es para contestada en una cuartilla: porque se la puede considerar y estudiar bajo distintos y variados puntos, a cual más interesantes.

Al tratar de reducirlos a las dimensiones de una charla de hora y pico, siempre hemos sentido la necesidad de darle

extensión y dedicarle, en nuestro boletín «SEMINATOR CASTI CONSILII», todos los apartados que sean menester, juzgando que en ninguna otra materia estará mejor empleado el papel que en ello invirtamos.

Y henos aquí, con más voluntad que habilidad dispuesto a emborronar cuartillas con un programa capaz de agotar el talento más cultivado entre nuestros ilustres hermanos. Y sea así la primera respuesta a la pregunta hecha arriba:

La Alianza es:

«El triunfo de la pureza»

El ideal de la pureza ha estado siempre en el frontispicio de la Alianza; por eso su primer nombre fue *Alianza Virgínea*. Aunque la Obra tenía otros puntos de vista interesantes; sin éste que es el primero, la Alianza no hubiera existido, porque sin él nunca existió ella en nuestra mente: a eso cabalmente iba enfocado todo nuestro ensueño y todo nuestro intento: este pensamiento era como el resorte que movía todos los demás; el cultivo de la pureza angélica en medio del

mundo iba a ser como el sello, la divisa, lo característico de la Obra.

Sin embargo confesémoslo con sencillez, en los principios esta blanca bandera no se desplegó a todos los vientos en el mástil de nuestra *barquilla*; no sabemos si fue la prudencia o fue la cobardía la que nos contuvo de hacerlo, quizás ambas cosas: ya que era una verdadera aventura lanzarnos a esta empresa en aquel ambiente tan opuesto entonces como hoy, sabiendo además de antemano que alguien que ocupaba un puesto elevado, no creía oportuno semejante apostolado. ¡Apostolado de la pureza! No teníamos antecedentes de que hubiera alguna vez existido una directamente encaminada al «triumfo de la pureza» en el mundo. Sólo recordábamos las campañas contra el vicio, cruzadas de modestia, cristiana, etc. Sabíamos también el *ut abstineatis a fornicatione* que se intimaba a los nuevos cristianos, lo que significaba que el cristianismo descansaba en la vida de Pureza. Y las batallas de San Ambrosio en favor de la virginidad, lo que le mereció la persecución de sus fieles, como lo cuenta en su «Tratado de la

Virginidad», cuando dice: «Porque hablo de la virginidad me condenan... Entonces ¿no me será lícito hablar de la virginidad?... ¿Será digno dejar abandonadas, y aún más, condenar a las consagradas a Dios por la castidad y por la virginidad?...» (Capítulo III). Pero una organización, que aspirara a vivir pureza, perfumar la tierra con sus aromas y predicar sus excelencias y encantos entre las almas, eso era nuevo para nosotros.

Fuimos, pues, velando, prudente o cobardemente, el alcance completo de nuestro programa, trabajando, eso sí, todo lo posible por el éxito de la empresa hasta que firmes en el terreno que pisábamos, pudiéramos sin disimulo escribir en los pliegues de nuestra bandera: *el triunfo de la pureza*.

Su oportunidad

Y ¿a qué en la Alanza este exclusivismo por el triunfo de la pureza? ¿No hay acaso pecados más graves que la impureza en el decálogo del Señor? Así objetaba un día contra una plática nuestra un buen hermano.

Bien está. En efecto, la impureza no es el más grave de los pecados en el decálogo de Dios; mayores son los que directamente van contra su Divina Majestad: el odio contra Él, la blasfemia, etc. No discutimos la gravedad de la ofensa en sí; pero venimos a afirmar que la impureza es un pecado malísimo, casi siempre grave, de consecuencias fatales y que se multiplica de un modo aterrador en el mundo.

La práctica y los años en el ministerio nos autorizan a decirnos: que hoy y ayer el pecado que más irrita la justicia del Eterno y que más estragos causa en las almas incomparablemente es el de la impureza.

Un vistazo a la historia de la humanidad basta para confirmarnos en esta verdad. Los más grandes castigos de Dios; que registra la historia, son fruto de este pecado; la misma idolatría fruto es de la lujuria, y en él vemos también complicadas las herejías y otros graves errores contra la Iglesia.

Mas, no vayamos tan lejos; si se pecó antes, también hoy se peca; hoy, hermanos, hoy se peca de un modo espantoso en todas las formas y

especies de pecados carnales imaginables. Ciudades, villas, pueblos y aldeas están inficionados con este crimen; en público y en el rincón, en la calle y en los montes, en el hogar y hasta ¡qué horror! En el santuario se peca escandalosamente.

Y de aquí la primera consecuencia: Que creemos muy reducido el número de almas que viven habitualmente en gracia de Dios, y ello debido a la impureza.

Una de las características de este pecado hoy es el descaro y la desvergüenza con que se peca. Mirad al hombre, esclavo de este vicio, corrompido por la desenvoltura de la mujer, en la que la moda y el espectáculo han influido escandalosamente, convirtiéndola en instrumento de seducción. Ya ni el Papa, ni los obispos, ni los confesores son capaces de detenerla en su vértigo hacia el abismo.

De ahí el otro mal, el escándalo y por el escándalo la perversión de la niñez. ¡Qué dolor! ¡Ya no hay inocencia! ¡no hay niñas! ¡no hay secretos! ¡todo se sabe! ¡¡todo se curiosean!!

Nuevas consecuencias

De la inocencia a la perversión el paso obligado siempre o casi siempre es la impureza: como lo es de la vida de piedad y fervor a la de tibieza y frialdad por las repetidas caídas en este pecado: lo mismo que la pérdida de tantas vocaciones y el desvío de Las almas por la pendiente del mal. Y a ¿qué obedece en general los graves desórdenes de las familias? ¿por qué tantos hogares estériles y desiertos? ¿por qué el padre y la madre y los hijos no viven en intimidad?...Y esos sacrilegios, confesiones mal hechas, Comuniones en pecado mortal; y el infierno que se llena de almas ¿por qué?...

¡Oh! decidme hermanos, ¿qué pecado hay tan general? ¿qué plaga tan universal? ¡qué mal de tan espantosas consecuencias como la impureza en sus múltiples formas y manifestaciones! Pero ¡basta...!

Ya es hora de que frente a ese monstruo pongamos la virtud de la pureza, esa virtud que de la carne hace espíritu, del hombre ángel, de las tinieblas luz, del barro lirios...

Estudiemos sus elevaciones y vuelos, examinemos sus altos valores, ponderemos sus excelencias, contemplemos sus encantos, comparemos sus bellezas, aspiremos sus aromas y escuchemos sus armonías... ¿Hay algo más incomparable, más encantador, más bello, más arrebatador?

¡Qué contrastes! ¡qué abismos! ¡Qué malo es ese mal! ¡qué bueno ese bien! ¡qué lucha entre ese mal y ese bien! *Caro adversum spiritus adversus carnem* ¿En qué otro terreno de la vida cristiana encontraréis vosotros estos contrastes, estos abismos, estos males tan malos y estos bienes tan buenos, estas luchas entre ese mal y ese bien, como entre la carne y el espíritu, entre la impureza y la pureza angélica?

¡Todo por su triunfo!

He ahí el campo de la Alianza, he ahí su ambición santa, he ahí la razón principal de su existencia: ¡Todo por el triunfo de la pureza!

La Alianza ora: dos mil, tres mil, cuatro mil almas dentro y fuera del claustro (aliadas) oran por el «triunfo de la pureza».

La Alianza trabaja; sus ocupaciones en el hogar, en el taller, tras del mostrador, en la escuela, en la oficina... se ofrecen a Dios por el «triunfo de la pureza».

La Alianza sufre; sus pequeños y grandes sacrificios, mortificaciones, penitencias, vencimientos, luchas y combates tienen, entre otros, un fin especial y es «el triunfo de la pureza».

La alianza se inmola; en la parrilla de un lento martirio

San Sebastián, fiesta del Sagrado Corazón, 1944.

EL ESCLAVITO

se ofrece la hermanita «víctima por el triunfo de la pureza».

La Alianza vive, se mueve, habla, se muestra ejemplar, hace apostolado dentro y fuera de la Obra por «el triunfo de la pureza».

Dos, tres, cuatro mil almas virginales, puras y amantes de la pureza, desperdigadas y derramadas por toda España y fuera, son apóstoles de la PUREZA. ¡esa es la Alianza!

La Alianza ¿qué es?

II. LAS VÍRGENES DE LA PARROQUIA

No es hoy ni ayer, cuando el Señor nos ha sugerido este interesante aspecto, bajo el cual vamos hoy a considerar a la Alianza.

Nuestro primer destino parroquial, en un pueblo de la Diócesis, tuvo un Sagrario desvencijado y roto en cuyo arreglo echamos el resto de todas nuestras habilidades de carpintero. Aquel fue el primer Sagrario que Jesús desde su interior nos confió y allí de mala manera se estuvo Él sin darnos queja alguna.

El segundo fue el de una capilla de religiosas, a quienes servimos durante varios años. Acostumbrados (¡qué malo es acostumbrarse!) y hechos ya al primero pobre y miserable, el segundo nos parecía un pequeño CIELO, y que Jesús dentro de él tenía que sentirse más feliz...

Allí por vez primera descubrimos las manos virginales puestas al servicio de su Esposo y los corazones consagrados al culto y al amor.

¡¡Qué contraste entre Sagrario y Sagrario!!

Y este contraste, palpado primero con las manos y sentido después con el corazón, nos arrancó este suspiro: ¡Qué bien está Jesús en un Sagrario cuidado y acompañado por un coro de vírgenes! Pero ¡qué mal debe estar Jesús en un Sagrario roto y abandonado...! ¡Si todos los Sagrarios tuvieran un coro de vírgenes!

Pasaron años y fuimos conociendo muchos Sagrarios de parroquias abandonadas y muchos Sagrarios cubiertos de seda y regalado por almas escogidas. Y volvimos a suspirar muchas veces: ¡Jesús mío! ¿por qué no te provees de un coro de vírgenes por cada uno de tus Sagrarios?...

Aún no había pensamientos de Alianza. Pero la Alianza llegó, y llegó providencialmente en ese hermoso día en que Jesús aparecía en el Templo de

Jerusalén en los brazos de una Virgen.

Y cuando la Obra cumplía *el segundo aniversario* de su fundación y no más, escribíamos en su naciente revista «Lilium inter spinas», esto que hoy, a los diecinueve años de vida, no lo diríamos mejor:

«Con suma alegría hemos recordado en este mes de Febrero la bendita fecha memorable de nuestra primera aparición».

La noche anterior a la fiesta de la Purificación, 2 de Febrero de 1925 un grupito de almas perfumadas en el jardín de las azucenas angelicales y caldeadas intensamente en la fragua divina, se reunían por vez primera a los pies de la milagrosa imagen de la Virgen del Coro de san Sebastián, para colocar bajo el manto de su poderosa protección el secreto de una obra pequeña, que todos acariciaban con delirio. Allí en el fondo nuestras almas, sentimos que aquella bendita Virgen nos miraba con predilección y especial amor, y que aprobaba y bendecía nuestro gran secreto.

Y ahora, a los dos años de su rica y fecunda vida,

hemos caído en la cuenta de una consoladora coincidencia. Hela aquí:

«La Iglesia comenzaba a celebrar con solemnidad la fiesta de la Purificación y Presentación de la Virgen con el Niño en el Templo de Jerusalén, y en ese día y a su sombra, aparecía calladita, calladita la obra de la Alianza Virgínea. La Virgen Santísima iba al Templo calladita a ofrecer al Padre Eterno, para nosotros pecadores, a su Santísimo Hijo, dejándolo allí hasta la consumación de los siglos, y parece que a las puertas del Templo salía a recibirle fervorosa la Alianza Virgínea».

Una jovencita (María), confundida con otras mujeres, con un niño al brazo, sube las gradas de aquel suntuoso Templo; nadie sospechaba nada, para casi todos pasa desapercibido aquel tremendo misterio. Pero arriba el cielo extasiado contempla clarísimo el gran secreto. ¡Una purísima virgencita, ofreciendo en el altar de sus virginales brazos al Hijo de sus entrañas, Jesús, Víctima para la redención del mundo! ¡Jamás los siglos contemplaron ofrenda tan valiosa y tan digna, ni ofrenda tan santa y pura! ¡El

Templo de Jerusalén, la primera iglesia del mundo, la primera vez que Jesús entra en ella; su primer altar... su primer sagrario... su primer copón, son los brazos, las manos, el corazón de una purísima Virgen!

«Desde aquel altar... desde aquellos brazos... Jesús piensa en su vida del Sagrario al través de los siglos, ve sus inmensas soledades, los eternos abandonos y los innumerables sacrilegios... y temblando, asustado, se arrebujaba entre los brazos y en el manto de su purísima Madre.

Rico e inmenso, pero frío está aquel Templo y frías las almas que allí entran y salen, nadie le conoce a Jesús y nadie le mira. Un santo varón y una casta viuda son los únicos que le reconocen y le aman... y ¡Jesús llora! ¡Jesús se asusta...! ¡Jesús se vuelve a los brazos de su Madre...!

Hace dos mil años que Jesús vive en nuestros templos, y aquella escena en toda su triste realidad se va repitiendo. Nuestras Iglesias, salvo raras excepciones, están frías, y frías las almas que por sus puertas entran y salen. Jesús está allí, vive allí ofreciéndose a su Padre

por nuestros pecados... y pasa desapercibido, el mundo no le conoce, no le mira. Uno que otro varón justo una casta viuda, una piadosa anciana, etc., son los únicos que le reconocen. ¡Oh! Y Jesús llora... ¡Jesús tiembla...y Jesús busca en torno suyo una que se parezca a su Madre, busca una *virgencita!*...

«Las vírgenes están en el claustro, allí Jesús es amado, allí no tiene frío: pero... esas inmensas Catedrales, templos parroquiales, están fríos, vacíos, cenados muchos casi las veinticuatro horas del día. Faltan las vírgenes de la Parroquia».

«Jesús es el Cordero que se apacienta entre lirios y azucenas y en muchas parroquias vive entre espinas amargas y punzantes».

¡Oh, siquiera un lirio entre tantas espinas! ¡siquiera una virgencita por cada Parroquia por cada sagrario! ¡Oh! ¿y por qué cada Hostia consagrada no ha de tener su virgencita?

¿Será esta una de las grandes misiones de la Alianza Virgínea? Sí, la Alianza tiene esta hermosa misión. De la Alianza Virgínea han de salir las *Virgíneas de la Parroquia*.

«Una Virgen ha dejado en el Templo a Jesús: en el mismo día aparecen las virgencitas de la Alianza para recogerlos en sus puros corazones».

«Hermanitas mías, con preferencia *id al Sagrario de vuestra Parroquia*. Jesús os busca allí».

Aquí termina lo que en Febrero de 1927 dijimos en nuestra revista «Lilium».

¿Cabe decir más para probar que la Alianza es: «Vírgenes de la Parroquia?» Ni una palabra más.

EL ESCLAVITO.

Seminator Casti Consilii

Octubre 1944

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 21
AÑO IV

«Viven el espíritu de la Obra»

Lejos de nosotros el querer enmendar la plana a nuestro muy respetable y querido hermano, que en el anterior número de nuestro modestísimo boletín, dedica un escogido suelto a este mismo tema. Al contrario, venimos a subrayar todo lo que allí afirma el Sr. Carnicer, y, puestos a comentar cada una de las bases que figuran al dorso del TITULO de los «Sacerdotes de la Alianza», ya que es el mismo el enunciado y la materia que nos toca explanar, a lo dicho por nuestro hermano añadiremos lo que sigue:

¿Cuál es este espíritu?

El espíritu de la Alianza es su alma; el alma de la Alianza es su vida interior íntima, y esta vida tiene algo de común con otras obras similares, por su franca espiritualidad y pleno sobrenaturalismo, que informa todos sus movimientos y actividades, en orden a la consecución de los fines específicos que persigue.

Y tiene algo muy propio, distinto de otras obras, por un lema que marca y destaca el ejercicio de tres virtudes primarias y preferentes, pureza, amor y sacrificio, las cuales, como tres elementos armónicamente combinados, dan a la Obra su especial carácter y forma específica; todo lo cual tiene su cimiento en la verdad y en la vida del Evangelio, verdad viviente del Verbo hecho hombre, cuyo espíritu es, en todo y sobre todo, el espíritu que vivifica todas las obras de la Iglesia, y que se infunde de tantísimos y variados modos.

La Alianza ha recibido este espíritu divino y lo infunde en sus miembros por el ejercicio, movimiento y acción de estas especiales

arterias, que forman su organismo interior: Espiritualidad a fondo, sobrenaturalismo puro (sin mezclas terrenas), consagración perfecta, renuncia a la vida de los sentidos por el sacrificio y la honestidad de vida, etc.

Y el sacerdote debe vivir este espíritu.

El «Sacerdote de la Alianza» es así, porque de algún modo participa, poco o mucho, del espíritu de la Obra. El sacerdote y la aliada deben estar informados de un mismo espíritu, puesto que la aliada recibe el suyo por ministerio del sacerdote, y, si este no estuviera informado del espíritu de la Alianza, mal podría comunicárselo a las hermanitas.

Si bien es verdad que las aliadas pueden en rigor recibir este espíritu por otros conductos, que en la misma Obra se establecen y desarrollan, el llamado oficialmente, en nombre de la Iglesia, es el sacerdote. Tanto nos interesa, por consiguiente, y deseamos que el sacerdote participe y viva de este espíritu, cuando lo deseamos y pedimos para las mismas aliadas; ya que el bien no es sólo para ellas, que son propiamente la Alianza, sino también con grandísimos provecho para el mismo sacerdote:

a) *Una gran espiritualidad y elevación sobrenatural informa en primer lugar y vivifica a la Alianza; es este uno de los contrastes entre esta Obra y las almas vulgarmente piadosas, que inadecuadamente se llaman espirituales, pues, si bien manosean tantas cosas espirituales, pocas veces llegan a ser espirituales. Y ¡bendito sea Dios! ¡qué pronto se descubre este contraste entre nuestras hermanitas y las otras almas!*

Y ¿no es acaso esta espiritualidad y aire sobrenatural el mejor distintivo del verdadero sacerdote? Díganlo, si no, esos buenos cristianos, que clasifican al sacerdote fervoroso y espiritual y al tibio con sólo verlos en el altar, en el confesonario, en el púlpito y hasta en una simple conversación tenida con ellos.

Y si a un alma fervorosa de la Alianza la hallamos capaz de vivir en el más puro y elevado sobrenaturalismo, ¿no le veremos capaz y obligado a un hermano sacerdote?

b) *Como consecuencia, entra dentro del espíritu de la Obra la renuncia completa a la vida de los sentidos, desapego de los bienes materiales, huida del mundo pagano y corruptor, etc. Y a eso forzamos a nuestras hermanitas por medio de nuestros escritos y pláticas y particular dirección.*

La Alianza, ya en su Reglamento, ya en sus prácticas, es rigurosa y radical en todo lo concerniente a este extremo; la Obra no admite condescendencias no juega dos caras, es clara en sus posturas.

Y he aquí un magnífico ideal y programa para los sacerdotes de la Alianza. El alto espíritu de su sagrado ministerio exige verdaderos radicalismos en todo lo que afecta al roce con el mundo, sus intereses, sus vanos honores, sus perversas costumbres y su sensualidad pagana. Lo que de las hermanitas decimos, débese también decir del sacerdote: Que vivamos en el mundo sin ser del mundo.

c) *Y ¿qué diremos del lema de la Alianza? Es ahí donde, en modo eminente, se caracteriza y determina el espíritu peculiar de la Obra. Una cadena junta en precioso ramillete estas tres virtudes, como tres flores destacadas de nuestro jardín. Y la combinación bella y fragante de estas flores da a la Alianza su especial fisonomía y forma específica.*

¡Ah! ¡si todo sacerdote llevase, esculpido en su corazón y vivido en su alma sacerdotal, este escudo que resume el espíritu culminante de la Alianza!

Sacerdote abnegado, sacrificado, mortificado, penitente, austero y opuesto al espíritu mundano.

Sacerdote casto, puro, virgen, recatado, honesto, delicado y alejado de todo ambiente de sensualidad.

Sacerdote amante de Jesucristo, enamorado de su divino Maestro, apasionado de su Sagrario, de su Eucaristía, de su Misa, celoso de las almas, de la Iglesia y del culto.

¿Hay ideal más sublime y perfecto? ¿hay obra más acabada en la Iglesia de Cristo, que un sacerdote informado y penetrado del espíritu de este triple lema?

¿Pediremos, pues, demasiado al «Sacerdote de la Alianza», cuando, como condición necesaria para serlo, le exhortamos a que viva intensamente el espíritu de la Alianza?

¿No es este acaso el ideal acariciado desde el día en que se ordenó y subió por vez primera al santo altar?

San Sebastián, fiesta de Ntra. Sra. del Pilar de 1944

ANTONIO AMUNDARAIN

¿Ha llegado la hora?

Pasan de veinte las profecías privadas que almas de vida extraordinaria han hecho en estos últimos siglos sobre la suerte que le espera al mundo, sus males sin cuento, las tragedias de las naciones, la suerte de la Iglesia de Cristo, las persecuciones sangrientas contra ella, el triunfo de la FE, el destino de España en estos acontecimientos, etc.

El sabio Arcipreste de Ribadeo, Don Enrique López Galúa, ha coleccionado estas profecías, interpretándolas con interesantes comentarios, en el libro titulado «Futura Grandeza de España», del que, en muy poco tiempo, se han hecho tres copiosas ediciones.

Aun cuando la fe que estas profecías merecen, no sea católica y teológica, pues no pertenecen al depósito de la Revelación, para nosotros, los creyentes, no sería discreto, sino una imperdonable falta de lógica, rechazarlas «a priori»; máxime cuando hoy, en su máxima parte son una realidad, que, hasta el momento presente, concreta y detalladamente se ha

cumplido, lo cual parece garantizarnos el cumplimiento de lo que resta.

De todas ellas, tal vez, la que hoy a nosotros más nos interesa, es la del vidente de Cominges (Pirineos), Bug de Milhas, nacido en una aldea de este nombre a mediados del siglo XVIII.

Este santo varón comenzó anunciando la espantosa Revolución francesa y la fortuna de Napoleón. Anunció más tarde la humillante reducción del vasto imperio de España, con la pérdida de sus colonias, cumplido tristemente. Anunció la cruel y sangrienta guerra civil que hemos sufrido, en la que, luchando entre la tempestad de los partidos y la ambición de los extranjeros, después de perder sangre, tesoros y edificios, salimos gloriosamente victoriosos, tal como lo había anunciado.

Anunció una guerra europea, que «llevará estragos a todas partes... llenando de víctimas muchos países; la Iberia será el asilo de todos los

proscriptos; los católicos se refugiarán en España» etc. Lo cual en estos momentos se está cumpliendo con caracteres espantosos y trágicos.

«Entonces, sigue diciendo el vidente, el Tajo producirá un guerrero valiente como el Cid y religioso como el tercer Fernando, que, enarbolando el estandarte de la Fe, reunirá en torno de sí innumerables huestes y con ellas saldrá al encuentro del formidable gigante que con sus feroces soldados se adelantará a la conquista de la Península».

«Los Pirineos serán testigos del combate más cruel que habrán visto los siglos. La tierra temblará bajo el peso de los bélicos aparatos. Tres días durará la batalla... En vano el temible gigante querrá animar a los suyos y restablecer el combate, porque el dedo de Dios señaló ya el fin de su reinado y sucumbirá a los filos de la espada del nuevo Cid».

«Entonces el ejército victorioso, protegido por el Supremo Hacedor, atravesará provincias y mares y llevará el estandarte de la Cruz hasta las orillas del Neva. Triunfará en todas partes la religión católica

y hará la felicidad del género humano».

Si lo dicho es una vana leyenda, riámonos de ella; pero si es continuación y proceso de una profecía que se está cumpliendo al pié de la letra y paso a paso en todos sus detalles, entonces callémonos y reflexionemos seriamente, y no rechacemos fría y ciegamente lo que está por cumplir.

Somos testigos de las grandes perturbaciones, que han llevado estragos y víctimas a muchos países, como anuncia el vidente; fruto de estas perturbaciones es el que se está fraguando al otro lado de los Pirineos una espantosa revolución, aprovechando la debilitación de los Estados alcanzados por la guerra mundial, cuyo triunfo allí y la formación de un formidable ejército rojo, puede ser cuestión de días.

¿Acaso no son claro indicio de esto el haberse los comunistas adueñado de casi toda la prensa de París; el reclamo incesante que, por todos los aparatos de radio, se hace desde allí, excitando a las masas de todos los países a la sublevación; la invitación

apremiante a una concentración comunista que va a tener lugar en una ciudad del Sur de Francia, a la que prometen su asistencia elementos de los más remotos países del mundo?

Y entre tanto ¿qué significa ese bandolerismo sanguinario, que, no solamente por el lado de allá, sino también por este lado de los Pirineos está trayendo en jaque a los pacíficos moradores de la frontera?

¿Será acaso afirmación prematura y exagerada el considerar estas irrupciones rojas como los preliminares del «combate más cruel que habrán visto los siglos» y que precisamente ha de tener lugar en los Pirineos, según la profecía de Bug de Milhas, que hemos transcrito?

¿Es prudente negar todo esto, cerrar los ojos y echarnos tranquilamente a dormir? ¿Lo está tal vez nuestro expertísimo y providencial Caudillo, que ha plantado ya sus aguerridos ejércitos a todo lo largo de la frontera pirenaica?

¡Oh, hermanos en el sacerdocio! Creemos que ha llegado la hora, o no llegará nunca la hora tan oportunamente, para levantar en alto nuestros brazos y nuestro corazón, dejando a un lado naderías pueriles, que lo es todo menos el hecho que estamos viviendo, y orar y adorar y reparar, unidos todos en Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, en el altar, en la celda y en la calle, e invitar e insistir y mover, con celo ardiente, a la inocencia, a la virginidad, a las almas consagradas, sin dejar a la masa del pueblo cristiano, a que nos sigan y se asocien a esta nuestra oración, adoración y reparación, a fin de que, de día y de noche, la súplica ferviente de todos los corazones suba hasta el trono divino, y la Fe de España, en su nuevo triunfo, glorifique a Dios.

San Sebastián, 21 de Octubre de 1944.

EL DIRECTOR GENERAL

Seminador Casti Consilii

Novbre 1944

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 22
AÑO IV

«La encomiendan...»

Fruto de lo que se ha dicho en los números precedentes es todo lo que sigue...

Supuesto que el «Sacerdote de la Alianza» la conoce, la ama y vive intensamente su espíritu, necesariamente la ha de encomendar con todos sus entusiasmos, celo y fervor sacerdotales, y a fe que hará buena obra encomendándola a Dios todos los días de su vida.

Ardua empresa

fue la que emprendió un día la Alianza, lanzándose a la conquista de almas selectas y santas, entre una juventud seglar tan propensa a la vanidad y distracciones mundanas.

Si el Señor, desde un principio, no hubiera apoyado nuestra impotencia con su mano poderosa y la Madre del Cielo no fuera tan Madre con nosotros y con la Alianza, el fracaso más humillante hubiera sido el premio de nuestra aventura.

Poco valen y nada aprovechan el valor, la tenacidad y la audacia, cuando todo falla y el horizonte se cierra, sin salida por ninguna parte. Fallidas quedaron las primeras tentativas y fracasadas las esperanzas, no quedando otro camino que el que conduce al Camarín de la Virgen del Coro. De allí bajó la Alianza.

¡Qué bien dijo el Profeta: «Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam»! El, por su Madre, fundó y edificó y

guarda nuestra humildísima ciudad aliada; El, hoy como ayer, la protege y la defiende, pues, a pesar de sus veinte años de vida, sigue sufriendo los embates de la tempestad, las acometidas del enemigo y las caricias de la persecución, que van paralelas con la prosperidad y consoladores avances de su fuerte programa.

Es el Señor, es la Virgen María, cuyas manos ya son visibles en la Obra, el único secreto de su vida y de su prosperidad fecunda, cuyos frutos van cosechándose en la Iglesia y en el Cielo.

Contra el poder del Señor, todos los demás poderes se estrellan; si Él quiere (y su querer ya se está palpando) el triunfo de la pureza en las almas virginales será siempre la gloria más excelsa de la Alianza.

Y decimos todo esto, y aún diríamos más, para que se vea claro y a toda luz, que la Obra, sostenida por la mano de Dios, necesita la fervorosa y devotísima oración de nuestros amados sacerdotes.

A Dios y a la Virgen

A Dios, cuya gloria, y nada más, buscamos aquí; a Dios, cuyo poder imploramos para todo éxito; a Dios, cuyo amor debe reinar en estas almas... Nos consuela pensar, que un buen número de sacerdotes, muy amigos de Dios, se acuerdan de la Obra en su diario Sacrificio del altar, en sus visitas al Santísimo Sacramento, en su recogida oración matutina...

A la Virgen, Madre de la Alianza, puesto que estas almas son su más escogida Corte de honor en el mundo, ¿cómo no invocarla a favor de la Alianza? ¿cómo no dedicarle algún obsequio diario o semanal por la prosperidad de la Obra y el triunfo de las almas en ella?

No hay «Sacerdote de la Alianza» que, por incapaz que se crea, no pueda cooperar de este modo en la Alianza: ¡Un rato de oración, un pequeño sacrificio encaminado al bien de la Obra!

Veinte, cincuenta, cien sacerdotes con los brazos en alto, encomendando la Obra a Dios. He ahí el secreto de sus éxitos. He ahí nuestra palanca, que lo mueve y sostiene todo. Una cruzada de oraciones

sacerdotales a favor de esta Cruzada de almas ángeles en medio del mundo. Ahí está nuestra total confianza...

Deben encomendársela también

a la porción escogida de sus dirigidas y penitentes o simples conocidas, religiosas y seglares, a fin de que estas buenas almas se interesen por la Obra, siquiera en sus oraciones y sacrificios.

Es este un campo extenso y de suma eficacia. Si los sacerdotes nos damos cuenta de la potencia y eficacia de la oración, sobre todo la oración de las almas fervorosas, amigas de Dios y unidas a su Corazón divino, no dejaremos de hacerles esta interesante encomienda a favor de la Alianza.

¿Qué sacerdote hay que no cuente con un puñado de estas almas piadosas en torno suyo? Y no es tan costoso poner a estas almas buenas con los brazos en alto, como Moisés, mientras nosotros, con celo apostólico, manejamos las armas en la conquista de las almas para la Obra.

Y también los niños.

Sí, hasta a los niños, podríamos interesar a favor de la Obra de la Alianza. ¿Qué le cuesta a un sacerdote pedir una oración fervorosa, una visita a Jesús, a la Virgen, por una intención nuestra, a los niños que se acercan a su confesonario? ¿qué dificultad existe en que, en las secciones de nuestros catecismos, rece con ellos una Salve, una plegaria por el triunfo de las almas angelicales?

¡Una cruzada de oraciones y sacrificios por la prosperidad de la Alianza en España y en todo el mundo! ¿o es que nuestra empresa no merece la pena de que tal cruzada se intente por ella? ¿Será tal vez distraer la atención de estas almas, apartándolas de otras intenciones más urgentes y trascendentales? ¿será equivocada nuestra pretensión...?

Puede que sí; pero con ella vivimos y con ella quedamos.

San Sebastián, 10 de Noviembre de 1944.

ANTONIO AMUNDARAIN

La Alianza ¿qué es?

III. VÍRGENES – CONSAGRADAS - SEGLARES

En los dos trabajos anteriores queda copiosamente explicado el punto referente a la *pureza* y la condición especial de doncellas *castas* y *virginales*, que forman exclusivamente la Obra de la «Alianza en Jesús por María».

No hay pues necesidad alguna de que aquí dediquemos un nuevo apartado a esta importante materia, aun cuando su cantera, dicho sea con toda sinceridad, no se nos haya agotado

Mas a su condición de *castas doncellas* debemos añadir un nuevo carácter y aspecto interesante, que es el de su *consagración* a Dios.

Existen almas puras y delicadas, amantes de su inmaculada integridad, sin previo compromiso ni con Dios ni con los hombres, sino libremente y por amor a la virtud o a esta condición de vida.

No es así la Alianza; las vírgenes de la Alianza son

almas consagradas a Dios en el sentido propio y riguroso de la palabra.

Desde el período de su aspirantado, ellas tienden y se preparan a esta consagración, con la que se ligan y se estrechan conforme avanzan en los diferentes grados de la Obra.

La aliada es para Dios, y es *toda y exclusivamente* para Dios.

El ideal de la hermanita aliada es exactamente el mismo que el de una religiosa; ser de Jesús; *totalmente* de Jesús, *exclusivamente* de Jesús, previa la renuncia completa a todos los amores del mundo, afición a las criaturas, propósitos de matrimonio y vanos sueños de afectos terrenos y temporales.

Toda de Jesús. Somos uno y en ese uno somos muchos, y esos muchos todos de Jesús; el alma con sus potencias y el cuerpo con sus sentidos; un interior que vive su vida y un exterior que se mueve por el interior, y por ese otro exterior

ajeno a cada uno de nosotros, pero que influye sobre nosotros. Nuestra vida tiene muchas partecitas y cada una pide su independencia y libertad; y, al consagrarnos a Jesús, renunciamos a esa independencia y le consagramos todo ese pequeño mundo que hay en nosotros: ojos y lengua, manos y pies, cabeza y corazón, mente y afectos, pensamientos y juicios, fantasías y ensueños, todo a Jesús.

Y eso *total* y *exclusivamente*. Sin divisiones, sin particiones, ni por parte nuestra, que siempre nos gusta reservarnos algo, ni por parte de Aquel a quien nos consagramos; puesto que no hay más que un Jesús, un Amado, un Amigo, un Esposo. ¡Sólo El y todo para El!

Aquí, en este punto, la Alianza y cada una de las hermanitas son indivisibles; se da todo, totalmente, o no se da nada, y se da con generosa *entrega*, con perfecta *entrega*, con absoluta *entrega*, con aquella entrega que exigía un día el Corazón de Jesús a su íntima confidente M. María de Santa Cecilia, cuando le dice: (Fragm. Autobiogr. Pags. 26-27).

En «las almas que se me entregan por completo y que nada me rehúsan, mis rayos se extienden sobre todas las demás almas; ahí comprenderás la irradiación aun de una sola completamente entregada a Mí, sobre todas las demás. Por ella mis rayos se extienden lejos, muy lejos... por ella ejerzo el bien hasta el fin de los tiempos».

«Y llamo a todas las almas *consagradas* a que se *entreguen* totalmente a Mí... para irradiar por medio de ellas, según mis deseos».

«Escucha, esposa mía, escúchame bien: Si todas las almas *consagradas* fuesen fieles en no rehusarme cosa alguna, si siempre me dejasen obrar en ellas libremente, todas las almas se salvarían, sí, todas se salvarían».

Ahora bien, estas son, digo mal, del número de estas almas deben ser, son llamadas a ser, todas las hermanitas de la Alianza.

Para irradiar a Cristo sobre todas las demás almas, hasta el fin del mundo, quiere la Alianza vivir consagrada y entregada a Cristo Jesús.

Cabalmente, por eso la Alianza es obra seglar, obra que no sale del mundo, que vive en medio del mundo, dentro de esa sociedad que no siente a Dios, ni le conoce ni piensa en El, ni le ama, para irradiarle y ejercer su influencia sobre las compañeras del taller, sobre los escribientes de su oficina, sobre los clientes de su comercio, sobre los señores de la casa, etc., etc.

Pureza virginal, consagración perfecta, entrega total, en medio del mundo, en vida puramente seglar, para *irradiar a Cristo en la sociedad distraída y alejada de Dios...*, esa es la ALIANZA.

San Sebastián, fiesta de Santa Teresa de Jesús, 1944

EL ESCLAVITO

Seminator Casti Consilii

Diciembre 1944

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 23
AÑO IV

«Apoyan... y defienden»

Amar la Alianza y vivir su espíritu con todo fervor..., y no apoyarla y defenderla es un absurdo. Es que lo que se ama, si de veras se ama, como se ama se defiende.

Los «Sacerdotes de la Alianza», que aman su Obra y viven su espíritu, la apoyan siempre y la defienden; pruebas consoladoras tenemos de esto; sus nombres siguen en primera línea en nuestro catálogo. Y, gracias a estos buenos amigos amantes de la Alianza, respiramos nosotros, que luchamos en la brecha recibiendo los ramalazos del enemigo.

La contradicción

Un día decía el Maestro divino a sus apóstoles: «Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo que es suyo. Pero, como no sois del mundo, sino que os he separado del mundo, por eso os odia el mundo».

La Alianza no es obra del mundo, ni en su origen, ni en sus fines, ni en su vida. La Alianza es para vivirla en medio del mundo; pero no es del mundo; es enemiga irreconciliable del mundo; el espíritu de la Alianza y el del mundo son como dos polos opuestos, que se distancian y alejan el uno del otro, y se repelen como dos fuerzas contrarias. Y no siendo la Alianza del mundo, sino de Dios, el mundo no puede menos de odiarla.

Si la Alianza fuese del mundo, y abierta o disimuladamente siguiese al mundo, y se amoldase a sus máximas y costumbres mundanas, el mundo amaría a la Alianza y la aplaudiría y la protegería, con toda su influencia mundana; pero, siendo como es su más

incompatible enemiga, necesariamente la Alianza tiene que ser perseguida del mundo.

Las obras, cuanto más son de Dios, más son aborrecidas del mundo. Obra de Dios es la Alianza; Dios la trajo, Dios la guarda y Dios la guía y la lleva por sus especiales caminos; luego sin remedio tiene que sufrir la oposición y la contradicción del mundo.

Pocas obras hay en el mundo que tengan tantos enemigos como los tiene la Alianza.

Todos los sensuales y amadores del placer son enemigos de la Alianza. Todos los explotadores, empresarios y organizadores de expansiones alegres están en desacuerdo con el triple lema de la Alianza. Todos los regalados y comodones y todos los amantes de la vida muelle son también enemigos de la Alianza. Lo son, de igual modo, los que tratan de hacer compatible la verdadera vida de piedad con el ambiente mundano que se respira en el espectáculo, en el libro, en la diversión, en la moda y en la vana exhibición. En el palco, en el velador, en la acera, en el Club, en el balandro, en la playa veraniega y en el tocador prolongado no tiene amistades la Alianza.

A la Alianza miran con frialdad recelosa y con antipatía y fastidio todas las almas tibias: las jóvenes arregladas, las madres interesadas, los padres comprometidos, los hermanos molestos, las amigas recatadas y todos los abonados al camino ancho.

La Alianza tiene enemigos en los claustros, en las sacristías, en los locutorios, en el confesonario y hasta en el púlpito. Y no digamos nada lo que de la Alianza se dice en la tertulia elegante, en el paseo, en el taller, en la oficina, en la fábrica, en el mostrador y en el salón de estudio.

El mundo, demonio y carne, con sus respectivos ejércitos bien adiestrados y ordenados en plan de batalla, hacen la guerra a la Alianza, poniendo en juego los más modernos elementos, que la astucia de Satanás ha podido inventar en nuestros tiempos.

Y la Alianza, contra todos sus enemigos, con muy pocos aliados, casi sola y en campo raso, sin más armas que la fe y la oración y el escudo del lema: pureza, sacrificio y amor, vive en combate perpetuo, en estos

veinte años aproximados, y, en su heroica tenacidad, nunca retrocede y siempre avanza.

¡Qué pocos defensores ha tenido la Alianza hasta hoy...! ¡qué pocos amigos le han apoyado en sus luchas...!

Causas de esta contradicción.

1ª. Porque Dios así lo ha querido. Todas las obras de Dios llevan en su frontispicio, como sello de autenticidad, la marca de la contradicción y persecución.

Cerca de cuatrocientos años de persecución se necesitaron para que se cimentaran bien los primeros sillares de la Iglesia. A este tenor han sido probadas y contrastadas las mil instituciones, que, en los siglos posteriores, han merecido la aprobación y bendición de Dios. La Alianza, como una de ellas, no podía carecer de este original comprobante, el cual nos asegura ser obra de Dios.

Si la Alianza desde su principio mereciera el aplauso y viviera con el apoyo de las gentes del mundo, casi habiéramos dudado de su verdadero origen de arriba...

2ª. Porque así lo ha querido el demonio. Campo suyo, ancho y libre y fecundo cual ninguno, ha sido y es hoy todavía, por desgracia el campo de la lujuria. Aquí el agosto siempre ha sido abundante para Satán. El mayor, el máximo porcentaje de los condenados lo forman siempre los desventurados deshonestos.

Además de lo que respecto a este punto nos dicen Santa Teresa, San Alfonso María de Liguorio y otros, la experiencia del cotidiano ministerio nos lo confirma con la elocuencia de los hechos.

Ahora bien, demasiado claro y manifiesto aparece, en la blanca bandera de la Alianza, el lema del «Triunfo de la pureza», lema especial de la Obra, para que el demonio no se percate de la guerra que la Alianza le hace por medio del apostolado en favor de la pureza.

Por lo cual, a nadie debe extrañar, que la Alianza sea la gran enemiga del demonio y, por lo mismo, que el demonio ha de atacar a la Obra con toda su astucia y todo su poder infernal.

3ª. *Las almas mundanas están frente a la Alianza. Porque la Alianza, con su vida puramente seglar, cristiana, evangélica, ejemplar, limpia, espiritual y perfecta, pone al descubierto la suya. ¡Y ésta junto a aquella, resulta tan turbia, tan mundana, tan sensual, tan poco cristiana!*

Una hermanita en medio del mundo, en un taller, en una oficina, en un mostrador, en un aula, en un tranvía es una continua acusación, que nadie puede refutar, contra la vida anticristiana de sus compañeras. Y estas, o han de confesar humildemente su error y sus equivocados caminos, lo cual es muy difícil, o tienen que arremeter, con todas las armas que tengan a mano, contra las huestes de la Alianza.

La calumnia es el arma de las más despreocupadas y menos escrupulosas. En la mayoría es la crítica disimulada, mordaz y envenenada, con que postergan la Obra, desvirtúan su eficacia y su valor y desprestigian las almas que en ella viven.

4ª. *También es causa de esta persecución el total desconocimiento de la Obra.*

No es tan fácil conocer a fondo el secreto de la Alianza. Con un vistazo al Reglamento, aun cuando sea con ojos de lince, nadie podrá formarse una idea cabal de la Obra. Los ciento cincuenta artículos largos, que tiene el Reglamento, y las abundantes notas y comentarios, que lleva distribuidos en su texto, requieren un reposado estudio de varios días o semanas, para descubrir todo el sentido y toda la verdad que contienen.

No es posible explicarse de otra manera algo de lo que queda dicho arriba, y, el que un buen porcentaje de nuestros Hermanos en el Sacerdocio y de fervorosísimas religiosas la motejen, la miren con recelo, la pongan en cuarentena y aun se atrevan a condenarla.

5ª. *Podríamos todavía apuntar otra causa muy importante de esta persecución, a saber: las prevenciones y hasta errores que, entre nosotros y más aún en el pueblo cristiano, existen acerca de la celestial y angelical virtud de la virginidad...Pero es demasiado importante esta materia, para dejarla encerrada entre cuatro líneas. No faltará ocasión de proyectar más clara luz sobre ella.*

Luego es urgente apoyarla

El «Sacerdote de la Alianza» es el defensor nato de ella. Su propio «título» lleva anejo el deber de apoyarla y defenderla en todas partes y en todas las ocasiones. El amor, que la profesa, y la medalla de la Obra, que acaso cuelga de su cuello, le han como consagrado para ofrecer en su defensa su talento, su ciencia, su dignidad, su prestigio y hasta su virtud.

En ocasiones, que no dejan de ofrecerse con harta frecuencia, en que la tijera murmuradora hace de la Obra jirones, el «Sacerdote de la Alianza» no cumple con un silencio pasivo y cobarde.

Si la Alianza, entre la oposición de tantos enemigos, que ya hemos apuntado, ha de abrirse paso, despejando tempestades, resolviendo dificultades, humillando a los acusadores, ilustrando a los equivocados, convenciendo a los vacilantes, confirmando a los iniciados y avanzando prósperamente en sus caminos, es necesario que nosotros, los «Sacerdotes de la Alianza», salgamos con celo ardiente y con formación sólida y diligente a defenderla y apoyarla.

Es nuestra más trascendental misión.

San Sebastián, Fiesta de Santa Lucía – 1944

ANTONIO AMUNDARAIN

¡Dichosas faldas!

Un respetable hermano y Sacerdote de la Alianza nos dirige para SEMINATOR la siguiente consulta:

« *¿No cree V., dadas las actuales exageraciones de la moda en las faldas, que podría permitirse a las hermanitas el que no llenasen exactamente la rigurosa medida señalada en el Reglamento, siempre que vistiesen con modestia?».*

Hermano, nos ha herido usted en uno de los puntos más sensibles de la Alianza. Y antes de darle la respuesta, conviene lea estos prenotandos:

a) La Alianza no circula por el mundo sobre la línea de lo «lícito» o «ilícito», sino de lo «perfecto» o «imperfecto». No tratamos de estos extremos con los moralistas, sino con los ascetas.

b) Conforme a lo dicho, la Alianza, en todo su Reglamento, establece un camino especial, muy suyo, hacia las cumbres de la perfección cristiana, con sus radicales renunciamentos a las

exigencias de la vanidad y exhibiciones mundanas y con sus generosas entregas a las *exigencias divinas* y a sus secretos llamamientos.

c) La Alianza es, por lo menos por todos estos contornos, la institución *única* que lleva como divisa suya característica y fin específico, el «triumfo de la pureza» en medio del mundo, siendo este su peculiar y principalísimo apostolado.

d) Este gran apostolado de la pureza, hoy tan urgente y tan recomendado por Su Santidad y por el Episcopado, lo ejerce la Alianza por medio del ejemplo, siguiendo el adagio de que: «las palabras mueven y los ejemplos arrastran».

De donde resulta:

a) Que la Alianza no puede acortar sus faldas, siempre que las acorte el mundo en sus figurines de modas y en sus concursos de belleza.

b) Que la Alianza, desde que nació, se desentiende de los refinamientos de la moda,

puesto que la moda, ni siquiera en su propio terreno, pretende lo perfecto y lo bello, sino lo indecoroso y lo inconfesable.

c) Que la Alianza no debe nunca dar al mundo la más remota ocasión y peligro contra la angelical virtud de la pureza, sino los *encantos y atractivos vivientes* de ella.

d) Que la Alianza, por eso, debe ser *viviente modelo* de la más perfecta y delicada modestia en todas sus manifestaciones externas, evitando la exagerada ridiculez y la provocativa desnudez.

Por lo cual:

Todos los sacerdotes de la Alianza debemos mantener, en su máxima exactitud y rigor, los puntos reglamentarios en esta materia.

La *media pierna entre el tobillo y la rodilla* ha sido medida fijada, desde que la Alianza existe, para todos los vestidos exteriores de la Alianza, y nosotros no reconocemos hoy en la Obra ningún motivo para modificar, en favor de la moda y de la vanidad, el apartado 3º del art. 16 de nuestro Reglamento, que fija esa medida. Por lo tanto,

repetiremos aquí una vez más el «*Nihil innovetur nisi quod traditum est*».

Toda joven que, siendo fervorosa hermanita de la Alianza, quiera abrazar el fin primario de la Obra, mostrándose al mundo como perfectísimo modelo de honestidad, modestia y pureza, debe aceptar y cumplir con rigurosa exactitud lo que en este extremo se manda.

Y a todos los Rvdos. Directores y demás sacerdotes que, de algún modo, dependen de esta Dirección, MANDAMOS: que expliquen y apliquen dicho art. 16, en su apartado 3º «ad pedem literae»; exceptuados tan solamente en la práctica los dos casos siguientes: a) el de una hermanita muy joven y muy niña, y b) el de aquella hermanita, a quien en su casa, después de agotar todos los recursos, se la pone en la alternativa o de dejar la Alianza, o de disimular algún tanto la largura de sus vestidos.

Creemos que con tanto nuestro buen hermano consultor habrá quedado satisfactoriamente *enterado*.

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

ENERO 1945

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 24
AÑO V

« Propagan »

Tema interesante es éste en que vamos a entrar, y delicado al mismo tiempo para ser tratado, al menos por nosotros. Tal vez hasta ahora, a pesar de los años que lleva de vida la Alianza, no se ha llegado a tratar con la debida extensión y claridad este punto. ¡Que Dios guíe nuestra pluma y nuestros Hermanos nos entiendan y sientan todo lo que nosotros sentimos en esta materia!

En las bases del título o diploma que reciben los «Sacerdotes de la Alianza» se lee la palabra con que hemos encabezado estas líneas: «Propagan».

Se quiere decir con ello: que los fervorosos y entusiastas Sacerdotes de la Obra trabajan con celo incansable en la propagación de la Alianza.

¿Interesa esta propaganda?

Sin duda alguna.

Las obras de Dios, aun cuando sean obras de Dios y a Dios deban atribuirse, requieren generalmente, en la presente Providencia, la cooperación y concurso del hombre; el «docete omnes gentes» del divino Maestro es ley evangélica, y para eso son elegidos y ungidos los ministros del Señor.

La Alianza, obra de Dios, sometida en todo a la Jerarquía de la Iglesia y dependiente de ella, necesita, para su movimiento, incremento y desarrollo, de la constante ayuda del Sacerdote del Señor.

Es más; la Alianza es obra eminentemente espiritual; sus fines esenciales tienden a la formación y vida espiritual y sobrenatural de las

almas; éstas aspiran, por disposición y deber reglamentario, a la mayor perfección y santidad que sea posible dentro de la vida virginal, seglar, del hogar en medio del mundo. Lo cual, casi en su totalidad, es labor apostólica eminentemente sacerdotal.

Sea en el campo catequístico, sea por medio de la predicación evangélica, y, de un modo especial, en el ministerio de la dirección espiritual y de los sacramentos, el Sacerdote es el apóstol y maestro por excelencia en la «Alianza en Jesús por María».

Aun cuando no demos la exclusiva al Sacerdote, ya que dentro y fuera de la Obra se encuentran almas amantes de nuestro lema y celosos propagandistas de la Alianza, el Sacerdote es en ella el que debe ocupar el puesto preeminente, puesto que su misma especial preparación y capacidad, su ministerio espiritual y la índole de la misma Obra lo recaban para él.

Y lo dicho basta para que quede de manifiesto la grandísima importancia que tiene el apostolado sacerdotal en la propagación, desarrollo y vida de la Alianza.

Y lo prueba un hecho consolador que estamos palpando.

Desde que, en la inolvidable Convivencia sacerdotal de Ávila, se acordó y se inició, por medio de una solemne imposición de insignias que allí tuvo lugar, la organización de los «Sacerdotes de la Alianza», cuyas bases estamos comentando, la Alianza ha llegado a adquirir, en estos dos años escasos, un movimiento ascendente tal, que, en virtud de la tan eficaz ayuda del Sacerdote y de la asistencia palpable de la divina Providencia, puede considerarse plenamente consolidada y asegurada; expresión que hemos tenido la satisfacción de oír de los labios de un ilustre Arzobispo Español.

Es fenómeno comprobado: que la prosperidad de la Alianza está en proporción directa del celo y amor sacerdotal hacia ella.

Clasificación de Propagandistas

Hablamos de Sacerdotes y sólo de ellos tratamos aquí; acerca de los seglares no faltará ocasión de hablar más tarde.

No todos los Sacerdotes (regulares y seculares) están igualmente capacitados y dispuestos para esta propaganda. En ambos cleros habríamos de distinguir edades, aptitudes, dignidades, y, sobre todo, oficios y ministerios, que en la Iglesia son muchos, para determinar su apostolado conveniente.

Al Sacerdote de edad le dan prestigio sus canas, al Superior su cargo, al Prebendado su dignidad eclesiástica, y este prestigio personal da al mismo tiempo prestigio a la Alianza.

Un venerable anciano, simple Sacerdote, Párroco o Arcipreste; un reverendo Superior de Comunidad, un Canónigo, un Rector de Seminario, un Catedrático de Universidad o Instituto, etc., etc., orlan con marco de oro a la Alianza y la hacen digna de estima y de respeto.

Su apostolado puede ser vario; unas veces se reducirá (y sin duda lleva fruto) a una palabra de aprecio, de simpatía, de aprobación, de aliento, manifestada en público; otras veces le animará a escribir una breve cartita para nuestro boletín mensual, «Seminator Casti Consilii» o «Lilium inter spinas», revelando al público esos buenos sentimientos para con la Obra; otras veces le llevará a hacer acto de presencia en algunas de nuestras fiestas de toma de insignias, de distribución de premios, de recreación espiritual, y alguna vez, hasta de una simple tarjetita con una palabra de felicitación, adhesión, bendición, aplauso etc., etc., que en sí nada cuesta y tiene para la Obra enorme trascendencia.

¿Acaso estos detalles insignificantes no forman ambiente favorable? No podemos y no debemos nosotros prescindir nunca de este peculiar apostolado «pro Alianza» del clero alto (llamémoslo así), cuya influencia no está precisamente en lo que hace, sino en lo que es.

Y pasemos al clero misionero, al clero predicador, al clero destinado en especial al púlpito. Mucho esperamos de éste, y mucho hará por la Alianza, si sabe aprovechar las muchas ocasiones que la Providencia pondrá a su alcance. Mas no venimos a lanzarlo a una propaganda pública y abierta desde el púlpito, que sería contraproducente casi siempre, sino a elegir temas y materias para sus sermones o conferencias, que en la Alianza son lema y vida, de suerte que sin mentar, ni nombrar

la Obra más que de paso, se instruya en su doctrina a las almas y se las arrastre a vivir con fervor su espíritu.

Para eso, ocasión magnífica les darán los novenarios de la Virgen, de la Eucaristía, del Sagrado Corazón, etc., para abordar adecuadamente temas sobre la virginidad, el amor de Cristo, la perfección y santidad seglar, etc., etc.

En vez de arremeter y fustigar los vicios y los escándalos, ganará más presentando a las almas las bellezas encantadoras y sublimes elevaciones de la virtud.

Y vamos al clero destinado a la enseñanza en los Seminarios, Noviciados, Institutos y Colegios. ¡Cuánto bien puede hacer éste a favor de la Alianza! Si en los futuros sacerdotes graba bien los grandes ideales de pureza, amor y sacrificio (triple lema fundamental de la Alianza), habrá logrado formar, en su base principal, los celosos apóstoles y propagandistas de la Obra.

¡Oh! De esto podríamos aducir ejemplos consoladores. Conocemos profesores amantes de la Alianza, que no pierden ocasión ni momento para insinuar un día y otro los encantos de nuestro lema en la inteligencia y en el corazón de sus discípulos; y fruto suyo es el que ya vemos Sacerdotes jóvenes de ambos cleros, que se nos acercan pidiendo normas y orientaciones concretas, y materiales, para consagrar sus primeros entusiasmos al apostolado de la Alianza.

En gran parte, este movimiento del clero joven hacia nuestra propaganda es fruto del clero docente...

Y ¿qué diremos de ese otro clero modesto, y humilde, cuya labor, sin ruido, sin brillo, sin aparato exterior, se esconde a la sombra de un confesonario, consagrando allí sus siete u ocho horas diarias a la dirección de las almas?

Este celoso confesor tiene inmenso campo de apostolado en favor de la Alianza; entre la selecta porción de almas que siguen fielmente sus lecciones y orientaciones sobre la perfección cristiana. No es difícil sorprender, entre estas almas, algunas de temple y madera de santas, que,

no contentas con la medianía, anhelan las cumbres, y al objeto buscan en sus directores luces, caminos, doctrinas, alientos y orientaciones.

Nuestro - triple lema es camino oportunísimo para muchas de ellas; lo sabemos por experiencia. Pruébenlo nuestros Hermanos.

Y, por fin, una palabra a los Directores y Capellanes de niñas. Todavía hay mucho que despejar en este sector; pero el día en que las Comunidades de Enseñanza vean el resorte eficacísimo que tienen en la Alianza o en la Escuela de Jesús para la formación cristiana, integral de sus alumnas, ellas serán nuestras más celosas propagandistas.

Muchas veces el comienzo de este apostolado está en los Capellanes o Confesores. Estos, con las debidas precauciones y la prudencia y discreción convenientes, pueden iniciar en sus Colegios esta delicada labor.

El día en que los Sacerdotes se percaten, como lo están ya muchos, de este secreto tan llano, tan sencillo y tan eficaz para la santidad de las juventudes femeninas, se sumaran a las filas de los «Sacerdotes de la Alianza», y entonces la Alianza crecerá en número y en vida.

Dejemos en el tintero lo más importante de este apartado, porque esto nos ha salido con mayor extensión que la que consiente un artículo de fondo. Le dedicaremos todo el espacio que se merece en el siguiente número de «Seminator».

San Sebastián, 10 de Enero de 1945

ANTONIO AMUNDARAIN

La Alianza ¿qué es?

IV ASPIRANDO A LA PERFECCIÓN

Nunca hemos podido comprender por qué la perfección cristiana ha de ser patrimonio exclusivo de los Claustros.

Muchos predicadores y directores de conciencia tienen esta fórmula simplista: religiosa o casada: religiosa, toda alma que aspira a la perfección; la que no sienta estos generosos arrestos, casada. Cuando a una joven se la ve un poco más retirada del mundo, de sus diversiones, espectáculos, modas refinadas, y dada a una vida recogida, modesta, sencilla, a la frecuencia de sacramentos y a la intimidad del Sagrario; ¡ya esa tiene que ser *monja!*

En cambio, todas las almas derramadas y distraídas en las cosas del mundo, las destacadas en la sociedad, más que en el retiro del templo, esas no son llamadas a la perfección, serán buenas para el matrimonio...

Este concepto del ascetismo cristiano, en ambos aspectos, es equivocado y erróneo. Ni todas las almas

recogidas y apartadas del mundo son llamadas al claustro; ni sólo las distraídas y mundanas son llamadas al matrimonio.

En el matrimonio caben perfectamente almas muy espirituales, apartadas del mundo y dadas a Dios, almas sólidamente cristianas. ¡Lucido andaría, si no, el hogar cristiano y buena esperanza para el porvenir de los pueblos, si en el matrimonio no cupiesen ideales más nobles y altos, que los que sugiere la sensualidad y el regalo de una vida disipada!

Tras eso andan por ahí muchos directores celosos, y a fe, que es un buen apostolado en nuestros días.

Nosotros en la Alianza vamos apuntando al otro ideal, el de la perfección virginal en el mundo, y este ideal es tan antiguo en la Alianza como su origen y erección.

En el primer cuaderno (brevísimo resumen del espíritu de la Alianza), que escribimos hacia el año 1925, nuestras primeras palabras fueron estas:

«La experiencia en el ministerio santo con las almas nos ha demostrado; que existe en el siglo un gran número de almas puras, que sienten hambre de Dios y de santidad.

«Aun fuera del Claustro hay almas que desean aspirar a una vida más perfecta y santa que la de un simple cristiano...

«Hay almas muy interiores, de mucha oración, ejercitadas en diversas virtudes, alejadas del bullicio del mundo, almas vírgenes, enamoradas de Jesucristo y consagradas al sacrificio y al amor.

«Estas almas, sin embargo, no aspiran, al menos por el momento, a la vida propiamente religiosa...

«Tales almas, ciertamente pueden emprender y seguir con mucho aprovechamiento una vida de más o menos perfección aisladamente, solas; pero... creemos estar en la verdad, al asegurar, que estas almas muy selectas, separadas del todo... de las que no son, puestas en íntima relación unas con otras confederándose entre sí y formando una estrecha y espiritual alianza... pueden llegar a ser lo que una orden religiosa o instituto en el tiempo de su mayor fervor.

«He ahí, *entre otros muchos*, el motivo que nos impulsa a trazar a grandes rasgos las bases de lo que hemos convenido en llamar ALIANZA...».

Esto decíamos hace veinte años.

La perfección seglar, la santidad en medio del mundo, no en todos los sectores, estados y edades de la vida, sino entre la selecta juventud femenina, para cuya separación tuvimos razones, que no vienen ahora al caso, es uno de los grandes ideales de la Alianza.

Toda joven, que noblemente aspira a la santidad y reúne los demás requisitos que en el reglamento se señalan, puede pertenecer a la Alianza.

Esta aspiración noble y decidida es condición indispensable en la Obra; ella forma parte esencial de la definición de la Alianza.

Cuando la Alianza no era más que un mero sueño, esta aspiración podría parecer una pretensión loca o una perfecta aventura. Hoy, después que la Alianza ha formado en su seno más de *cuatro mil* vírgenes, ya podemos decir, alabando a Dios sin cesar, que aquel sueño se ha convertido en consoladora

realidad. La Alianza, en efecto, ha dado al mundo y al cielo magníficos ejemplares de santidad. Ellos prueban, con argumento irrefutable, la posibilidad de esta santidad en la Alianza, dentro de una vida puramente seglar en medio del mundo.

La doctrina fundamental acerca de esta materia se ha tratado clara y concisa en anteriores números de SEMINATOR por una pluma más autorizada, y todavía esperamos del mismo autor nuevas e importantes luces sobre esta candente materia.

A nosotros nos toca orientar hacia estos campos a los «Sacerdotes de la Alianza», haciéndoles ver una vez más, que la Alianza es una selección de almas que en medio del mundo, entre el bullicio de las gentes y el crujir de las máquinas, aspiran noblemente y con eficacia a una alta santidad. Queremos probar, y lo hacemos con hechos, con ejemplares, que

la virginidad seglar produce flores tan bellas y frutos tan sabrosos como la virginidad claustral; que el divino Esposo, de quien son los conventos y la tierra toda, se recrea dulcemente en aquellos y en esta.

Esto explica que la Alianza no sea para toda joven cristiana, simplemente cristiana, sino solamente para las que quieran dejar a un lado toda la *vanidad mundana*, sea o no pecaminosa, y, «haciendo, en expresión de San Ignacio de Loyola, contra su propia sensualidad y contra el amor carnal y mundano, harán oblacones de mayor estima y mayor momento...».

Sólo estas almas pueden pertenecer a la Alianza, porque la Alianza es: «*Una selección de doncellas vírgenes, que noblemente y con eficacia aspiran a la perfección, y se esfuerzan por conseguirla*».

EL ESCLAVITO.

¡Sí que la apoyan...!

Gracias a Dios, hoy no estamos solos. Desde hace más de un año la Alianza parece ser algo hasta para muchos indiferentes y tranquilos, llegando a despertar verdadero interés entre muchos de nuestros Hermanos sacerdotes regulares y seculares; a ello cooperan seguramente los tiempos y circunstancias extraordinarias en que vivimos.

Jamás pudimos sospechar que llegaríamos a necesitar de un fichero en regla, exclusivo

para sacerdotes amantes de la Alianza, y lo hemos tenido que preparar urgentemente por verdadera necesidad, a fin de clasificar y organizar debidamente este interesante sector.

Ahí va una muestra de los que con loco entusiasmo apoyan y defienden nuestra amada Obra. Otra apareció ya en nuestro número de Octubre.

Es de un fervoroso hijo de San Francisco de Asís, de cuya carta entresacamos lo que sigue:

Seminator Casti Consilii

Febrero 1945

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 25
AÑO V

¿Cómo «propagan»?

No sabemos si, con la lectura del número anterior, alguno de nuestros hermanos habrá sentido especial impulso de trabajar por la difusión de la «Alianza en Jesús por María».

A él y a todos nuestros celosos Directores y Colaboradores en la Obra nos dirigimos con las siguientes normas y orientaciones sobre el modo de practicar este delicadísimo apostolado.

Almas

Interesa ante todo clasificar las almas entre las que se trata de hacer esta labor «pro Alianza».

a) *Almas, no sólo selectas, sino formadas en la vida espiritual; instruidas y habituadas a la vida de piedad, oración, intimidad con Dios; alejadas del mundo, etc.*

A estas, sin necesidad de grandes rodeos y tanteos, podrá insinuárseles el secreto de la Alianza, presentándosela siempre al través del triple lema y destacando el objeto esencial de ella, que es: «el triunfo de la pureza en el mundo», junto con la idea de la santidad seglar en medio de él.

b) *Almas selectas, de vocación religiosa conocida y decidida. A estas conviene convencerlas, sin excesivos forcejeos, de las ventajas que trae la Alianza para la conservación y perfeccionamiento de su vocación, como lo confiesan agradecidas más de mil trescientas religiosas, que fueron aliadas.*

A ellas y a la Obra interesa la permanencia de estas almas en la Alianza, no sólo durante el tiempo preciso para su preparación y arreglo de sus «cosas», sino también para afianzarse y consolidarse prácticamente en la vida espiritual de perfección y santidad.

No debe, sin embargo, forzarse demasiado su voluntad en punto tan delicado; conviene plena espontaneidad y plena libertad, a fin de que, al abrazar la vida de la Alianza, entren en ella con la resolución y buena disposición de vivir temporalmente, en toda su plenitud el espíritu peculiar de la Obra, conservando y fomentando, al mismo tiempo, la idea fundamental de su vocación.

c) Almas primerizas en la vida espiritual, fervorosas, bien dispuestas; pero principiantes en estos caminos.

Y aquí caben dos hipótesis.

Si son almas conversas o de las que, habiendo condescendido, por más o menos tiempo, con el espíritu del siglo y sus mundanas costumbres, vuelven decididamente a Dios, con sus correspondientes vencimientos y renunciaciones, requieren una seria y prolongada preparación. No bastan los ardores de un toque repentino de la gracia, que pueden disiparse con otro ataque del enemigo.

Una sólida formación en la vida espiritual, por lo menos en sus fundamentos, debe preceder a la primera insinuación del secreto de la Alianza.

Pruébeseles bien fuera de la Obra, para que les aproveche más la prueba reglamentaria dentro de ella.

Si, en cambio, son almas inocentes, candorosas y naturalmente buenas, caso de que hayan sido formadas, según su capacidad, en la «Escuela de Jesús», reglamentariamente a sus quince o dieciséis años pueden comenzar la prueba, a la que se les admitirá con relativa facilidad. Si no vienen de la «Escuela de Jesús», debe dárseles previamente una formación suficiente, conforme a su edad y capacidad, teniendo en cuenta, que su inocencia y buena disposición y voluntad, no ofrecen bastante garantía, si no son suficientemente probadas.

El ideal de su perfecta consagración y amor a Jesús, como su futuro Esposo en la virginidad, y el cortejo de las pequeñas virtudes, como su especial arreo, deben exigírseles a estas buenas almas.

d) Toda alma, que aspira al matrimonio o sueña en él, piensa y habla de muchachos; toda alma, que, aunque sea piadosa, mira demasiado a su propia personilla, la regala, la mimas, la arregla y la idolatra; toda alma, que no tiene suficiente generosidad y resolución para dejar el mundo mundano, sus espectáculos, exhibiciones, modas y vanidades; toda alma, que con tesón y arranque no se decide a darse plena y totalmente a la santidad; toda alma, en fin, que no concentra y pone todas sus aspiraciones en JESÚS, a quien se da, no sirve para la ALIANZA.

Lugar

También interesa clasificar los lugares o pueblos, en donde se quiere establecer la Obra de la Alianza.

a) En poblaciones numerosas, donde exista ya un Centro o Grupo, la especial labor del sacerdote consistirá en una previa y fundamental preparación de las almas en la vida espiritual, con vistas a la virginidad y perfecta consagración a Jesús, conforme a las categorías y especiales normas, que para cada clase hemos apuntado arriba, y luego inmediatamente, en ponerlas en relación con alguna hermanita de la Alianza de la misma población, para que esta, en fraternal intimidad y confianza, haga lo que resta...

b) En poblaciones numerosas, donde no exista ni es conocida la Alianza, el sacerdote o los sacerdotes privada y particularmente deben ir espigando y escogiendo entre sus dirigidas, aquellas almas que revelan aptitudes y mayor espíritu de vida interior, de oración, de Sagrario, de virginidad, etc., formándolas secretamente, dentro de este plan espiritual, en el espíritu de la Alianza y ofreciéndoles, como supremo ideal, el triple LEMA: pureza, sacrificio y amor, juntamente con el cortejo de otras virtudes: humildad, sumisión, abnegación, apartamiento del mundo, etc.

Una vez hecha esta labor, déjese caer en sus manos, con todo disimulo y sin mostrar excesivo interés, alguna hoja o folleto que hable de

la Alianza y, después de algún tiempo, púlsese bien la impresión que su lectura haya causado en su alma.

A aquellas, que se sientan un tanto animadas, ponerlas en comunicación epistolar con las hermanitas del Centro o Grupo inmediato, Centro Diocesano o General.

Si dentro de la misma localidad hubiere algún otro sacerdote, que se mueve por la misma causa, deben ambos unirse, ir en todo de acuerdo y hacer que también vayan unidas las almas, que ellos van encaminando hacia la Obra, a fin de que en la población no haya más que una sola Alianza y un mismo espíritu.

c) En pueblos de reducido vecindario, conviene proceder todavía con mayor cautela y discreción, guardando muchísima reserva, porque en los pueblos el secreto es difícil. La iniciación de la Alianza allí debe hacerse en riguroso secreto, con almas de absoluta confianza y garantía y de máxima probabilidad, probándolas bien de antemano.

Todo depende de la primera; si esta falla y fracasa, digamos que allí fracasará la Obra. No se intente jamás formar un Centro, comenzándolo con una pobre beata, por buena y santa que sea. Si ella no tiene ambiente, no sólo de espiritualidad, sino de reputación, prestigio, simpatía y hasta buen trato en sociedad; si no es persona bien equilibrada en orden a toda su conducta cristiana y social, la Alianza en sus manos caerá en el ridículo y en el desprecio.

La oposición.

La que proviene de nuestra propia clase es la peor y la más peligrosa.

Si el ambiente, en general, no es favorable entre hermanos sacerdotes y acaso algunos de estos por su vida son reacios a estas elevaciones, es mejor dar los primeros pasos en silencio y gran secreto, hasta que la primera piedra quede bien consolidada. Asegurados los principios y preparadas y templadas las primeras almas, es más fácil recibir y resistir los golpes del adversario.

Mas, siempre que haya alguna probabilidad de confianza, las primeras conquistas del sacerdote deben comunicarse con el otro hermano y luego con las Comunidades religiosas, máxime si estas son de la Enseñanza.

Aquí hay que echar por delante todas las cautelas; prudencia, discreción, calma, paciencia y rectísima intención...

¿La propaganda pública?

Ahí están veinte años de experiencia, que, a falta de otras razones que tampoco faltan, nos convencen de lo contrario. Nunca, hermanos, nunca ha producido el fruto que se creía la propaganda pública de la Alianza, por medio de la predicación, conferencias o reunión de almas escogidas. Recordamos fracasos dolorosos...

Nosotros no la prohibimos, pero tampoco la aprobamos; la toleramos, cuando algún hermano se empeñe en hacerla por su cuenta y riesgo.

Es que la Alianza predica la VIRGINIDAD, y esta joya no se vende en los mercados públicos. Siempre ha sido un secreto de Dios y seguirá siéndolo.

Recordad aquello: «Qui potest capere capiat» .«Et paucissimi capiunt»...

San Sebastián, 29 de Enero de 1945

ANTONIO AMUNDARAIN

La Alianza ¿qué es?

V. PERFECCIÓN SEGLAR

La Alianza es una obra, que aspira reglamentariamente a la perfección. Ya en el comentario, que sigue al primer artículo del Reglamento, se dice: «En la Alianza es reglamentariamente *obligatoria* la aspiración a la perfección y santidad». Lo hemos dicho en el número anterior de SEMINATOR.

Mas conviene dejar claro y terminante, que esta obligatoriedad reglamentaria no convierte a la Alianza en institución religiosa o semi-religiosa. La perfección, de que se trata aquí, es perfección enteramente seglar. El carácter espiritual o cristiano de la Alianza es simplemente aquel con el que se caracterizó el ascetismo de los primeros siglos del cristianismo.

Aquí viene, como anillo al dedo la magnífica exposición, que sobre esta materia hace en la «Revista de Espiritualidad» el Rvdo. Padre Claudio de Jesús Crucificado, de quien son las siguientes palabras: «...la virginidad fue durante muchos

años, junto con la pobreza, la única práctica de los ascetas, el punto central a que se refieren todos los otros elementos del ascetismo cristiano y al que en cierto modo deben su existencia...

«En el siglo segundo la práctica y teoría de la virginidad quedó embebida en la vida cristiana; y, sin formar *grupo aparte de los demás cristianos*, sus profesores eran especialmente atendidos y considerados, viniendo a ser como un «estado de perfección» dentro de la Iglesia...

«Hoy de hecho hay numerosas almas que, como en los primeros siglos del cristianismo, desean conservarse del todo *puras, santificarse* para vivir unidas en puro y fervoroso amor con Cristo y que abrazan el *sacrificio* en todo para llegar a este ideal. Tal vez son el fermento, que Dios se complace en poner en la masa de su Iglesia... «¿no seríamos

indignos ministros de la Iglesia, si nos negáramos a seguir sus ejemplos y doctrina sobre la virginidad en los primeros siglos cristianos y pensáramos que aquello fue una bella realidad pasada para siempre?».

Hasta aquí el ilustre profesor de la Universidad de Salamanca.

La Alianza vive aquel ascetismo, sobre los mismos fundamentos de la virginidad, sacrificio y amor a Cristo.

Aquel ascetismo dio al Cielo y a la Iglesia gloriosos ejemplares de santidad. Recordad las angelicales Inés, Cecilias, Martinas, Priscas, Eulalias, Bibianas y Bárbaras.

Y ¿por qué no ahora? ¿Acaso la Sangre de Cristo ha perdido su vigor?

La Alianza ha soñado en aquella santidad, patrocina la verdadera perfección seglar, puramente seglar, enteramente y sin ninguna añadidura seglar, confundida con los demás cristianos.

La santidad claustral ha brillado maravillosamente y brilla hoy en los claustros y la del yermo en los desiertos, y, si alguna vez se ha paseado por el mundo siempre se ha presentado con atavíos especiales, revestida

aun externamente con distinguida ornamentación...

La santidad de la hermanita es eminentemente popular; nada la distingue fuera de su propia aureola; es santa y esa santidad es la que la distingue, si es que no se esconde, con encantador disimulo, a las miradas del público por su extraordinaria sencillez.

Santidad llana y sin atavíos que deslumbran y desalientan, santidad que destierra toda idea equivocada de exclusivismos y monopolios.

Muy de veras pedimos a Dios que la Alianza sea santa y que su santidad se derrame, como rocío divino, por todo el mundo; que la santidad penetre en el hogar cristiano, y que la hermanita santa irradie, casi sin sentirlo, su santidad entre las compañeras de su taller; que, entre el crujir de las máquinas de una fábrica, se perciban las suaves y dulces melodías de una santa aliada; que en el mostrador de un comercio las manos virginales de una hermanita santa despachen el género perfumado con la santidad de su alma; que las niñas de una escuela vean, en el ejemplo vivo de su maestra

aliada, el resplandor divino de la santidad virginal; que en los cuadros telefónicos, en las grandes oficinas, en los lujosos despachos de los Ministros y hombres de Estado entre y ponga su regio trono la santidad, a través de la modesta aliada.

Queremos y pedimos a Dios que haya aliadas santas, en ciudades populosas y en pueblos de corto vecindario, en caseríos apartados y en cortijos perdidos en los campos.

Santas maestras, santas obreras, santas oficinistas, santas criadas, santas labradoras, santas pastoras, santas pobres, santas ricas, santas humildes y santas aristócratas que prefieren la aristocracia de la santidad.

Que triunfe y brille la santidad de la calle; porque eso es la Alianza: «La santidad seglar en medio de un mundo pagano».

EL ESCLAVITO.

Seminador Casti Consilii

Marzo 1945

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 26
AÑO V

Asisten a los Ejercicios Espirituales

Oportunamente nos viene el tema que acabamos de enunciar.

Y no hemos cambiado el orden; este es cabalmente el punto que nos toca comentar, de las bases que se redactaron en nuestra Convivencia de Ávila, y que nos van al dorso de los Títulos que se conceden a los «Sacerdotes de la Alianza».

Sabemos que no hay entre nuestros fervorosos Hermanos de la Alianza quien no los haga cada año o con la máxima frecuencia que sus ministerios se lo permiten.

Y huelga ponderar la importancia que estos días de retiro tienen para nosotros, que, en expresión de San Pablo, somos los hombres de Dios.

Cosa es esta, además, que estamos recomendando a todo el mundo, porque a todos sin excepción aprovecha dar de mano a las cosas del siglo y darse seriamente a la intimidad de Dios y de nuestra propia alma.

Y, gracias sean dadas a Dios, tal vez no hubo época, desde que San Ignacio los formuló en la cueva de Manresa, en que con tanto interés y celo se haya trabajado, por extender su práctica en todos los órdenes de la vida humana, como hoy se trabaja.

Fruto suyo es, no lo dudamos, la reacción tan intensa, tan fuerte y tan general que hoy se deja sentir en torno de las Parroquias y de las Asociaciones religiosas.

Ahora bien; en este consolador movimiento ascendente, nuestro ejemplo ha de ser el primer impulsor, nuestro ejemplo ha de edificar a los demás, no sólo porque nos ven hacerlos, sino porque palpan en nosotros el fruto que los Ejercicios han dejado en nuestra alma.

A nadie, en nuestra Diócesis de Vitoria, extraña ver reunirse por tandas de 150 a 200, en la época estival, a todos los sacerdotes de las tres provincias, para recogerse, dentro del Seminario Diocesano, en este santo retiro espiritual.

Pero los Ejercicios de San Ignacio tienen un fin de aplicaciones para toda clase de personas y estados. Tan adecuadamente aprovechan a una niña de colegio como a un obrero curtido en su duro trabajo, a un sabio magistrado como a un ignorante menestral, a una señora encopetada como a su humilde cocinera, a un ilustre Prelado como a un modesto capellán, a un docto catedrático como a un sencillo portero de convento, a un ponderado predicador y misionero como a un escondido y solitario monje de la Tebaida

Esas tremendas verdades, tramadas con arte tan sublime y divino, a todos pueden cautivar; el secreto está en el modo de aplicarlas, según las condiciones de los ejercitantes. Estas condiciones peculiares del auditorio debe conocerlas el que dirige los Ejercicios y enfocar hacia ahí toda la fuerza de las verdades que se proponen y se meditan.

Nosotros vamos a apuntar dos caracteres especiales, que conviene tener en cuenta en nuestros Ejercicios, si éstos han de producir todo el fruto que hay derecho a esperar de ellos.

La Obra de la Alianza es la que nos convoca y reúne en estos Ejercicios. Si fuera la obra de las Misiones la que nos convocara, el espíritu misional (o misionero) habría de sobresalir e inculcarse entre los ejercitantes.

También la Alianza tiene su espíritu peculiar, y éste debe inculcarse en el alma sacerdotal aliada. (Vean nuestros lectores lo que sobre este particular decíamos en el número 21 del SEMINATOR, correspondiente al mes de Octubre pasado).

El sacerdote aliado participa de este espíritu, ya que, como tal, se le invita a vivir de él (Bases contenidas en el Título de «Sacerdotes de la Alianza»), y a templar y vigorizar ese espíritu viene cabalmente al retiro de los santos Ejercicios. De ese espíritu tendrá rasgos y facetas su propia santidad y a infundir en las almas ese espíritu se encamina el trabajo de su intenso apostolado.

Luego en estos Ejercicios existe algo especial, peculiar y propio exclusivamente de la Obra; luego a los sacerdotes amantes de la Alianza interesa hacer estos Ejercicios.

Pero en la Alianza, encariñados con su peculiar espíritu y los fines que persigue, están unidos en fraternal lazo de caridad sobrenatural los sacerdotes seculares y regulares y estos últimos de las diferentes Órdenes y Congregaciones religiosas.

Nosotros sabemos que no hay ni Orden ni Congregación religiosa que no tenga de regla la práctica anual o frecuente de los santos Ejercicios, sea en una u otra forma, y que todos dedican su semana prolongada a este retiro espiritual y santo.

No obstante, gozaríamos con ello lo indecible y veríamos con verdadera simpatía y edificación (hablamos con sumisión absoluta a todos los Superiores) reunidos a ambos cleros en una tanda de Ejercicios especiales, teniendo en cuenta precisamente el carácter aliado que apuntamos.

Respetando, ante todo, las disposiciones que sobre el particular dimanen de sus respectivas Reglas o de sus Superiores, y obviando, de la manera que sea factible, las dificultades que surgieren, creemos que para la Obra de la Alianza sería de resultados extraordinarios esta fraternal fusión sacerdotal en una tanda fervorosa de Ejercicios.

Puesto que todos vivimos bajo la moción santa de un ideal también santo, y que en él vivimos unidos en una Alianza espiritual, ¿por qué no entrar todos juntos a fraguarlo en un divino Pentecostés?

¿A quién perjudica? Creemos que a nadie.

¿Quién se beneficia? Creemos que todos.

Sin embargo, téngase en cuenta que no es condición rigurosamente obligatoria esta para poder figurar entre los «Sacerdotes de la Alianza». Sus bases admiten todas las salvedades, que en justicia y en caridad son de rigor.

Nosotros escribimos siempre mirando el máximo bien para la Alianza y para nosotros mismos; por eso, tal vez la pluma se nos corra más de la cuenta y quizá más de lo prudente.

Pero con nuestros Hermanos sacerdotes seculares no podemos dejar de insistir «opportune et importune», que procuren dar solución de antemano a los asuntos personales y de su ministerio, para que no falten, sin motivo grave, a la tanda anual «especial» que, Dios mediante, hemos de preparar para ellos.

Así abundará en nosotros cada año el espíritu de la Alianza, y de él haremos participar y vivir a las almas escogidas, que Dios, por nuestras manos, quiera traer al jardín de las vírgenes del mundo.

San Sebastián y Febrero de 1945

ANTONIO AMUNDARAIN

Temas para la Convivencia Sacerdotal

(25 a 29 Agosto 1945)

Como un avance para que nuestros Hermanos vayan paladeándolos ya desde ahora, publicamos a continuación los *Temas Doctrinales y Prácticos* que cuidadosamente y con valiosos asesoramientos se han preparado para su desarrollo durante los cuatro días de Convivencia Sacerdotal, que la Alianza celebrará, Dios mediante, en el Seminario de Vitoria, desde el 25 hasta el 29 de Agosto por la mañana.

Más adelante, cuando demos el programa completo de los actos, tendremos ocasión de reproducirlo con los nombres de los ponentes encargados de cada uno de los referidos temas y que responden a firmas muy autorizadas en el campo de la Ascética y de la Moral.

1.º EL ASCETISMO DE LOS PRIMEROS SIGLOS.- ¿Hubo en aquellos tiempos almas que aspiraron a la perfección? - ¿Cuáles fueron sus caminos o en qué consistió su ascetismo en los tiempos anteriores a la vida religiosa? - ¿Tuvo importancia, y qué lugar ocupó en aquella vida, la *virginidad*? - ¿Tiene el lema de la Alianza alguna semejanza con el ascetismo de aquellos siglos? - ¿Puede la Alianza, y es conveniente para su santidad seglar, que copie aquel ascetismo?

2.º LA SENCILLEZ DE LA VIDA CRISTIANA.- La sencillez, - «Simplex et rectus» - ¿Hasta dónde se puede y se debe simplificar la vida de santidad? - ¿Cabén demasías y excesos en esta simplificación? - Caracteres de la vida de Nazaret.- La santidad practicada por María.- La vida evangélica de Santa Teresita.- Aplíquese esta doctrina a la Alianza.- Su sencillez evangélica.- Sin pecar ni por carta de más, ni por carta de menos...

3.º LA VIDA CONTEMPLATIVA CRISTIANA.- Brevísima noción de Ascética y Mística.- Distintas acepciones de la palabra *contemplación*.- ¿Hubo almas contemplativas en los primeros siglos? - ¿Abundan hoy

almas contemplativas en el verdadero sentido de la palabra? - ¿Las hay en la Alianza? - ¿Es la Alianza campo adecuado para las almas contemplativas.- ¿Es conveniente encaminar a las aliadas a la vida de contemplación? - ¿No se opone a ello la sencillez de su vida?

4.º EL MORALISTA Y EL ASCETA.- Señálense y deslíndense bien los campos propios del moralista y del asceta en orden a la práctica de la vida cristiana.- El moralista en torno del precepto, de la ley, del deber, de lo lícito o ilícito, grave o leve; el asceta en torno del consejo evangélico, de la virtud, del mérito, de lo perfecto o imperfecto, lo bueno o lo mejor... - Conducta y fin del alma que consulta al moralista: el pecado, su límite; lo que es pecado, lo que no lo es.- Conducta del alma que consulta al asceta: la infidelidad, la ruindad, la imperfección.- El agrado de Dios, lo que puede disgustarle.- Expónganse casos prácticos sobre espectáculos, modas, lecturas, vida de piedad, mortificación, etc.- ¿Cuál de estos caminos corresponde a la Alianza? - Conducta que debe observar el Director espiritual de una aliada sobre esta materia.

TEMAS PRÁCTICOS

1.º LA ALIANZA Y LA VIDA PARROQUIAL.- La aliada *viviendo* y la aliada *obrando* en su Parroquia.- «Prius esse»... Levadura divina en la Parroquia.- «Postea operari». Obras propias de una aliada en su Parroquia.- Su clasificación.- Conducta que ha de observar un Párroco con sus aliadas feligresas.- Conducta de éstas con su Párroco.- ¿Puede la Alianza, y debe prestar su colaboración a las Comunidades Religiosas?

2.º LA ALIANZA Y EL SACERDOTE.- Relaciones y conducta entre el Sacerdote y la Alianza en su vida espiritual y apostólica.- La misión del Sacerdote Director, Vice-director y Colaboradores, ya dentro de los *Retiros* y *Casas* de la Alianza, ya fuera de ellos.- Nuestra responsabilidad con la Alianza.- ¿Dónde está el porvenir de la Obra?.- Causas de su desprestigio.- La desedificación.- «Quae sacerdoti in Foedere care servanda jubentur, quae parce permittuntur quae semper vetantur».

3.º LOS SACERDOTES ENTRE SÍ.- Relaciones de espiritual Hermandad entre los Sacerdotes unidos en la Alianza.- Su conveniencia, su eficacia, medios de fomentarlas.- La organización llamada *Sacerdotes de la Alianza*, sus bases y compromisos .- ayuda mutua para su santificación; su fomento, medios.- Colaboración celosa en el ministerio *pro Alianza*.- Clasificación de obras de celo en favor de la Alianza.- Apostolado sacerdotal «por el triunfo de la pureza».- Nuevo impulso a SEMINATOR CASTI CONSILII.- ¿Cabe en él una nueva sección epistolar *inter nos*?

ANTONIO AMUNDARAIN.

La Alianza ¿qué es?

VI. ESCUELA DE SACRIFICIO

El triple lema de la Alianza no es un manto tricolor, que sólo sirve para decorarla y embellecerla. Al contrario, contiene tres realidades fundamentales, que en la Obra se viven intensamente. El blasón de nuestro escudo tiene su blanco de *Pureza*, su rojo de *Amor* y su morado de *Sacrificio*; y estas tres virtudes son en la Alianza la quintaesencia, sin la cual no se la concibe íntegra y perfecta.

La blancura de su *Pureza* a todos agrada y sus celestiales encantos a nadie molestan, si no es a los que, viviendo en la noche cerrada de los vicios, no pueden resistir la claridad y el resplandor de su luz.

Ahí trabaja la Alianza con la doctrina y el ejemplo; por el «triunfo de la pureza» en medio del mundo son todos sus afanes; en sus bellos jardines se cultiva esta virtud; es su especialidad y a ella está consagrada con ardor y con afán.

También es cosa que agrada el rojo del *Amor*. Se

escribe, se habla y se lee con gusto sobre este tema; las devociones, que se condimentan con el dulzor de este pensamiento, tienen preferencia entre las almas piadosas: la propensión al amor, que sentimos todos los que tenemos corazón, nos facilita el ejercicio de sus actos; hemos nacido para amar y ni el pecado ha extinguido en nuestras almas el ansia de vivir en un amor eterno, y es este el bien que deseamos y queremos a los seres queridos. El lema de *Amor* en la Alianza casi resulta como un sabroso atractivo para conquistar almas para la Obra. Mas la Alianza no mira lo sensible y dulce del amor, sino aquel otro amor enseñado, vivido y mostrado por Jesucristo al mundo desde el pesebre y desde la Cruz; amor con su doble cara de Cenáculo y de Getsemaní, de Tabor y de Calvario.

El lema supremo e ideal cumbre de la Alianza es el *Amor*; pero este amor no es

legítimo, ni lo admite Dios, si no brota de un corazón *puro*, purificado en la sangre del *Sacrificio*.

La Alianza, entre los muchos que en medio del mundo dicen amar y no aman, quiere amar a Jesús, como Él nos ha amado, con amor legítimo, verdadero, sincero y bien probado, completando de este modo su ideal de *Amor*, con la *Pureza* y el *Sacrificio*. Y así la Alianza, del mismo modo que es escuela de pureza virginal, es también escuela de sacrificio.

Y cabalmente este es el punto serio, fuerte y difícil de la Alianza. Si Cristo hubiera enmarcado su carrera entre el Cenáculo y el Tabor, y no entre la choza de Belén y el Gólgota, hubiera sin duda tenido entusiastas seguidores en el mundo entero...

También la Alianza tendría vocaciones para sus filas, si no destacara tanto el lema de *mártir en el Sacrificio*. Mas, desde el momento en que la Obra ha apuntado hacia las cumbres de la santidad, el camino para escalarla es el del sacrificio, que no es otro ni puede existir para el hombre caído que el marcado por el divino Maestro; y así se

equivocan todos los que buscan sendas más suaves de atajo, fuera del que está señalado.

El *Sacrificio* con la *Pureza*, es el camino que en la Alianza se ha establecido para llegar a la cumbre del *Amor*.

El sacrificio es la nota grave, saliente y característica, por la que la Alianza se diferencia de otras muchas obras similares, y éste hay que abrazarlo generosamente.

La idea de la *Pureza*, la del *Amor* y la del *Sacrificio* van siempre unidas en la Alianza, y unidas, y a la vez, se inculcan siempre a todas las hermanitas, desde que éstas comienzan sus seis meses de prueba.

Probar la Obra es probar estas tres ideas, estas tres virtudes juntas. El cultivo de la *Pureza* supone el del *Sacrificio*, y ambas virtudes nos llevan al *Amor*.

El alma que busca la *Pureza* comienza *sacrificando*; sacrifica los halagos de la carne, los regalos de los sentidos, las lisonjas de la serpiente, los atractivos del mundo...

El alma *pura* sigue *sacrificándose*; sacrifica la curiosidad de los ojos, la ligereza de la lengua, las satisfacciones de la

naturaleza...; sacrifica las bellezas artificiales, las formas amaneradas, los tonos rebuscados, las modas exageradas y las exhibiciones orgullosas...; sacrifica las expansiones peligrosas, los espectáculos y diversiones poco honestas, las lecturas frívolas, las amistades mundanas...

Y llegando al *Amor* sigue *sacrificándose*; porque el que ama a Jesús no se ama a sí, sacrifica su propio amor, sacrifica sus caprichos, su propio juicio, su propia voluntad, su propio «yo».

Y todos estos sacrificios, abnegaciones, vencimientos, unidos a los que el Señor, sin consultarnos, nos envía, cuando nos visita con la contradicción, desgracia, enfermedad, pobreza,

reveses, mala suerte, etc., entran de lleno a constituir nuestro lema de *Mártir en el sacrificio*.

Ese solemne *fiat* de la hermanita lo dice todo; con él entra en el primer grado de la Alianza, con él vive en el segundo y con él consume su vida de hermanita en el último grado de la Obra.

El método de vida piadosa de muchas almas comodonas no admite en su delicada persona estas *crueledades*; en cambio, sin estas asperezas la Alianza no cumple su fin. Y, por eso, las primeras lecciones que se aprenden en su escuela son las del SACRIFICIO.

EL ESCLAVITO.

Seminator Casti Consilii

Abril 1945

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 27
AÑO V

Asisten a las Convivencias

Esta es una modalidad, en cierto sentido nueva, que la Alianza ha adoptado e introducido en sus actos colectivos

Hace una docena de años, las aliadas que no tenían urgente necesidad de volverse a sus casas, después de los Santos Ejercicios, prolongaban su estancia durante veinticuatro horas en la soledad dulcísima de Aránzazu, estancia que a todas sabía a poco y que daba copioso fruto.

No se perdieron para siempre entre los riscos de aquella montaña, que podemos llamar santa y mariana, las horas tan alegres y piadosamente vividas, sino que de ellas se hizo programa especial para años sucesivos, y ya hoy, probados los buenísimos resultados que da, es acuerdo en firme el de dedicar, inmediatamente después de los Ejercicios tres o cuatro días a esta fraternal y animada convivencia.

Lo que en seis días de retiro, como fuego sagrado han atesorado las almas, en los otros tres o cuatro restantes, de unas a otras se comunica y transfunde, convertido en devorador incendio, que aún a las disipadas enfervoriza e inflama.

Es tan claro y palpable el buen resultado de estas Convivencias, que nosotros hemos llegado a convencernos de que cabalmente esta es la parte más positiva y prácticamente interesante de estos actos, no sólo para la colectividad de los asistentes, sino también para cada aliada en particular.

No se crea, sin embargo, que este procedimiento deba aplicarse, como regla general, a toda clase de almas. Quizás entre gente disipada y deseosa de romper el silencio de los Ejercicios, fuera contraproducente esta expansiva explosión entre compañeras que han vivido en silencio. Con todo, aquella es la hora de las sinceridades, y entonces, sin ningún fingimiento y con humilde franqueza, se comunica todo lo que en el silencio de los Ejercicios se ha sentido, lo cual puede servir de mutuo aliento y de segura orientación, como de hecho ha sucedido entre nuestra gente.

Nos referimos exclusivamente a la Alianza. Aquí, con la experiencia de los años hacemos la más rotunda afirmación en favor de las Convivencias. Y cabalmente, por ser tal la convicción que de esto tenemos, hemos querido ensayarla también entre nuestros Hermanos los Sacerdotes de la Alianza.

Aránzazu, con su solitario Santuario y devotísima comunidad franciscana, nos acogió hace unos cuatro años a un considerable número de Hermanos sacerdotes. Aquella fue nuestra primera Convivencia; uno de cuyos frutos es el acuerdo unánime de seguir reuniéndonos con el mismo fin y carácter.

Ávila, en aquellas inolvidables jornadas celebradas en su austero y recogido Seminario, confirmó y rubricó la resolución de Aránzazu. Y el año pasado, en Vitoria se organizaron y celebraron nuestros actos completos con arreglo a esta resolución; como, Dios mediante, lo hemos de hacer también el próximo Agosto.

Estas Convivencias tienen tres fines principales, además de otras ventajas que no se pueden apuntar: El bien espiritual personal del sacerdote, el fervor y entusiasmo aliado y el estudio y resolución de temas referentes a la Obra de la Alianza.

a) Después de cinco o seis días de retiro espiritual intenso, y, antes de ponerse en contacto con el mundo y darse a las tareas del ministerio, resultan sumamente provechosas estas fraternales expansiones entre fervorosos Hermanos, a la vez que sirven para suavizar la impresión demasiado brusca que causa en nuestro ánimo el paso inmediato desde las alturas de un Cenáculo a la confusión y baraúnda de nuestros oficios

diarios. Es una especie de digestión lenta, reposada y provechosa, que, al calor del ambiente santo y divino que se respira, se hace de todo lo que nuestro espíritu ha venido ingiriendo durante aquellos días.

b) Un Sacerdote aislado en su parroquia o en los claustros de su Convento, aun cuando posea y estudie lo que hemos escrito sobre la Alianza, no llegará a formarse idea cabal y exacta sobre la Obra.

Así como una joven fervorosa, para conocer y sentir todo lo que es la Alianza, es preciso que la viva, y precisamente que la viva en comunidad de hermanitas de un Centro suficientemente numeroso, pues que allí ve, siente, palpa y conoce prácticamente el espíritu y la trama de la Obra entera y completa; así también nuestros hermanos, reunidos en familiar e íntima Convivencia de tres a cuatro días, ven, sienten y conocen, casi sin darse cuenta, los secretos de la Alianza.

A esto ayuda poderosamente el hecho consolador de verse cumplido al pie de la letra el consabido axioma: «Quam bonum et jucundum...»

El fervor espiritual y el fervor fraternal sacerdotal de todas las categorías y el fervor aliado apostólico son eficazmente contagiosos en estas Convivencias, y de los que tienen mucho entusiasmo, que son la mayoría, se contagian a los que lo tienen y en todos en alto grado queda nivelado.

c) Pero no es este un fervor y entusiasmo superficial y pasajero, sino que se cimenta en un conocimiento más profundo y exacto, que durante estos días se adquiere, acerca de la Obra de la Alianza; a lo que ayudan, entre otras cosas, las conferencias sobre temas importantes, que allí se desarrollan, en orden al espíritu y vida de la Alianza, y aun así más las mutuas charlas, cambios de impresiones, consultas y preguntas que se hacen, ya en reuniones o sesiones públicas, ya en privado y con carácter personal e íntimo.

Cómo se desgranán allí, artículo por artículo, y párrafo `por párrafo, el Reglamento y la revista, el boletín y los libros de la Alianza todos!...

En las Convivencias, en efecto, se vive y se habla y se siente y se da lugar a expansiones comunicativas y hasta desbordantes entre los

Hermanos; pero todo sin salir del ambiente genuinamente aliado. Las horas libres y de recreo, que se señalan en la distribución de actos diarios, no son para derramarse cada cual a su antojo, sino para comunicarse y compenetrarse mutuamente los Hermanos sobre la doctrina desarrollada en las conferencias y charlas del día, por medio de sabrosos comentarios, aplicaciones interesantes, impresiones personales, casos prácticos y hechos edificantes, etc.

Y así necesariamente el Sacerdote, que vive tres o cuatro días en esta atmósfera, saldrá con el alma saturada dulcemente de este espíritu sacerdotal-aliado, que ha respirado en la Convivencia.

San Sebastián, Marzo de 1935

ANTONIO AMUNDARAIN

La Alianza ¿qué es?

VII. EL EVANGELIO VIVIDO

No es lo mismo leer con emoción el Evangelio, que *virirlo* profundamente.

Hay hoy muchas almas piadosas que leen con gusto el Evangelio y saben de memoria los más interesantes pasajes; pero su vida en privado y en público o en sociedad no se ajusta a las máximas divinas del Evangelio.

El maravilloso sermón de la montaña, programa y resumen de toda la doctrina de Jesucristo, lo admira esta gente; pero la máxima parte de su contenido no cree se haya escrito ni dicho para ella.

El mundo no cree posible la aplicación de esta doctrina a la vida práctica moderna. A lo más la podrán vivir las enlutadas viudas y las aburridas de la sociedad; mas a la juventud que sueña en su propia estima y en ser estimada, es inútil invitarla a entrar por estas estrechas sendas, que el divino Maestro ha trazado para

todo el mundo. ¡Oh! El Evangelio —dicen— es para los perfectos, y los perfectos solamente son los santos, y los santos son pocos...

La Alianza no ha opinado ni sentido así; la Alianza puso todo el fundamento de su vida en el Evangelio. El código de la Alianza es el Evangelio *íntegro*, vivido desde el principio hasta el fin, sin quitarle ni jota ni tilde. Su reglamento, sus revistas, sus boletines, sus libros de piedad y de meditación tienen por base el Evangelio entero y completo.

Toda hermanita vive el Evangelio bajo estos tres aspectos: Jesucristo amado, el mundo aborrecido y la santidad buscada con afán.

a) *Jesucristo* es el ideal—cumbre de la aliada; su excelsa figura, modelo de vida, la encuentra ella en el Evangelio con rasgos perfectamente imitables. No quiere otro Jesús

que el auténtico, el que se le ofrece tal como es y cómo fue a través de las páginas evangélicas.

«No pensemos que sea una... dice Marmión... realizar un ideal tan sublime, no; es el deseo mismo de Dios, es su pensamiento eterno sobre nosotros»

«Somos predestinados, dice San Pablo, a formar en nosotros la imagen de su Hijo» (Rom VIII, 29). Es el Padre celestial el que nos ha dado a su hijo Jesús, como modelo de nuestra santidad. Otra frase de San Pablo lo aclara mejor: «Dios mismo se ha revelado a nosotros en la faz de Cristo Jesús», (II Cor. IV, 6) «La vida ha sido manifestada, escribe San Juan, y nosotros la hemos visto: por esto somos testigos de ella y os anunciamos la vida eterna, que estaba en el seno del Padre y se ha hecho *sensible aquí abajo*». (I Joan, 1, 2). Y el cristiano, viviendo esa vida que se nos ha manifestado y donado, se convierte en otro Cristo, *alter Christus*, de suerte que el cristiano es un nuevo Cristo, reproduciendo los rasgos de Cristo, «revistiéndonos de Él, «imprimiendo en nosotros su imagen viva»

Y el Evangelio, desde la Encarnación y Belén hasta el sepulcro y la Ascensión, va desmenuzando estos rasgos en forma enteramente asequible a la condición humana, para que nosotros, copiándolos y asimilándolos, lleguemos a ser un fiel tránsito del mismo Jesús.

He ahí lo que en el Evangelio busca la Alianza y lo que la hermanita *vive*...

b) *El mundo*, manifiesto contraste y oposición es el gran enemigo de la Alianza. Sus rasgos, porque también el mundo tiene rasgos característicos, forman el arquetipo diametralmente opuesto y contrario a Jesucristo. Su doctrina, sus máximas, sus costumbres, sus obras y su vida toda se desarrollan en un plano enteramente contrario a Cristo y a su santo Evangelio. Cristo y el mundo son dos rivales eternamente irreconciliables; el Evangelio y las máximas del mundo se repelen como la luz y las tinieblas, y Cristo, luz divina, vino cabalmente a disipar estas tinieblas.

Inesperada sorpresa fue para los judíos, que esperaban un Mesías glorioso y triunfador, ver nacer al divino Redentor en un establo de bestias. Desde allí,

el Señor comienza su guerra contra el mundo. No hallamos página en el Evangelio en donde, o viviendo o enseñando, Cristo no nos dé alguna lección contra el mundo. Nada se encuentra tan manifiesto y claro en sus divinas páginas como esta oposición y divergencia entre los caminos de Jesús y los caminos del mundo.

Nazaret aparece como un oasis que está fuera del mundo, donde completamente de espaldas a él vive Jesús sus mejores años, y los tres restantes de su vida pública no son más que la manifestación terminante de aquella, que la confirma con su conducta y con su doctrina, cuyo resumen podrían ser aquellas sus palabras: «Si el mundo os odia, sabed que antes me ha odiado a mí; pero confiad, *Yo he vencido al mundo*».

La perfecta aliada, como perfecta cristiana, siente con Cristo y como Cristo en sus relaciones con el mundo. Por eso, la Alianza ha roto con el mundo y vive de espaldas a él, en lo cual no hace más que aplicar a su vida diaria las enseñanzas evangélicas acerca de esta doctrina; y en esto cabalmente se distingue de

aquellas, que viven el Evangelio mutilado, suprimiendo lo que estorba a sus planes mundanos.

c) *La santidad.* El Evangelio es la santidad *vivida*, porque el Evangelio es Cristo viviendo y Cristo es la santidad viviente. El ideal magnífico de santidad es, pues, Jesucristo a través del Evangelio. La santidad infinita de Dios se nos da, como con cuenta gotas, a través de la sacratísima Humanidad que se ha revelado viviente en el Evangelio. Así como una alta tensión de fluido eléctrico se *baja*, por medio de un transformador, para las aplicaciones múltiples de la vida; así la altísima tensión divina, a través de la Humanidad de Jesucristo, se *baja* también al alcance de todos los cristianos. El gran transformador es la Humanidad de Jesús, cuya vida, *vivida* a la altura del hombre y no más, es el Evangelio.

La Alianza, vida de perfección seglar, ha querido simplificar, en cuanto cabe, esta vida, suprimiendo las matemáticas y las excesivas complicaciones y sistemas que ahogan con asfixia espiritual a las almas de corta estatura.

La sencillez evangélica,
el Evangelio íntegro y total, no
mutilado, el Evangelio *vivido*
intensamente, es la Alianza en
Jesús por María.

San Sebastián. Marzo de 1945

EL ESCLAVITO

Seminator Casti Consilii

Mayo 1945

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 28
AÑO V

Asisten a los demás actos...

Nuestros Hermanos, los Sacerdotes de la Alianza, son gente de buena voluntad y dispuesta siempre a cooperar en la Obra, a medida de sus fuerzas y dentro de los límites de sus ocupaciones y ministerios, prontos y obedientes a la voz que ocupa el puesto de mando.

Con todo, y siendo gente organizada, disciplinada y consciente de su misión y de su responsabilidad, ni nosotros, ni los que después vengan a ocupar nuestro puesto, debemos abusar de esta su buena voluntad, para cargarlos con excesivas o inútiles gabelas, so pretexto de procurar un bien a la Obra que nos une con tan sagrados vínculos.

Líbrenos el Señor, hoy y siempre, de la vana pretensión de convocarlos a un acto colectivo y general, que a todos resulta costoso, sin que un motivo justo y proporcionado lo justifique. Ante Dios y la Obra de la Alianza los primeros responsables somos nosotros, y eso basta para que no obremos con ligereza e irreflexión.

Dos son los actos en concreto señalados en las bases que figuran en el título de los «Sacerdotes de la Alianza», a los que nosotros convocamos con encarecimiento a nuestros amados Hermanos, y quedan comentados en los precedentes números de nuestro modesto boletín SEMINATOR CASTI CONSILII, los cuales pueden considerarse como los más interesantes para mantener vivo el fervor y el entusiasmo de nuestra vida sacerdotal-aliada, a saber: los santos Ejercicios de San Ignacio y las Convivencias Sacerdotales.

Queda, no obstante, a continuación, como una coetilla que dice así: «y demás actos que para ellos organiza el Director General» .

¿Qué actos se significan en este párrafo? Aun cuando de hecho no se signifique ninguno determinado, queda, mediante estas palabras, a salvo el derecho y facultad que tiene el Director General, de señalar los que, en ciertas y particulares circunstancias, crea útiles y oportunos para el bien de la Obra y para el bien nuestro.

En la Alianza, a pesar de sus veinte años de vida, no se ha colocado todavía la última piedra del edificio, y, entre tanto, pueden surgir conveniencias y aún necesidades de convocar asambleas y reuniones para fines de trascendencia en la Obra.

Y ¿quién no ve, por ejemplo, la grandísima utilidad, que reportará para todos la reunión de los sacerdotes de cada Diócesis en su respectivo Centro Diocesano, con objeto de tratar asuntos concernientes a la marcha de la Obra en la propia región?

Allí cabe tratar de la obra de los ejercicios y su distribución por distritos o Centros más numerosos. Vendrá bien la preparación de una campaña en favor de la Alianza en aquellos pueblos, dentro de la Diócesis, donde tal vez la Obra, o no es conocida o es mal interpretada y peor recibida. Otra campaña entre los mismos colegas menos adictos, poco dispuestos y equivocadamente prevenidos contra la Obra. Campañas indirectas, promoviendo trabajos de apostolado por la modestia cristiana, por la pureza en las diversiones, espectáculos, modas; apartamiento de las ocasiones, fomento de la piedad y de la vida de perfección a base de nuestro LEMA, etc.

Estos actos diocesanos tienen, entre otras, la grandísima ventaja de ser más fácil y menos costoso el acceso a ellos, y que en ellos una labor más concreta y directa puede, con más eficacia, aplicarse a las necesidades propias de la Alianza en la región.

Si algunas Diócesis no dan contingente suficiente para estas reuniones, dos o tres reunidas pueden organizarlas.

Después de estos actos diocesanos celebrados durante el año, ¡qué interesante resultará, al siguiente año, una Asamblea o Convivencia

general, tomando como base de programa el resumen de las resoluciones que cada Diócesis haya consignado en sus Actas, a fin de que estas, resumidas y formuladas, merezcan la aprobación de todos!

Y actos habrán de celebrarse, también, entre solos los Directores, desde el General hasta el último Delegado de Grupo, para afianzamiento y ordenación de la jerarquía, que en la Alianza es su piedra angular.

Todo esto, queridos Hermanos, supone sacrificio, y se necesita un grande amor al ideal para afrontarlo con generosidad.

Todo estriba en el amor a la Obra, y a fe que motivos poderosos existen para que el sacerdote la ame.

Si fuéramos pregonando mercancía averiada, con ponderaciones engañosas para seducir a los incautos, mentiríamos y seríamos responsables del daño que hacíamos a los que caían en la trampa.

Pero, gracias a Dios, nuestras ponderaciones descansan en la verdad. Sobre la Alianza no hacen falta exageraciones pomposas; ella se pregona en humilde ocultamiento (¡contraste!) para todo el que quiera estudiar su Reglamento y su vida.

Nuestra recomendación insiste sobre la Obra es, que se la estudie: quien con recta intención y ánimo sereno e imparcial la estudia, necesariamente la ama, y quien la ama, la abraza, la vive, la defiende y se sacrifica por ella.

Pedimos una legión de sacerdotes conocedores de todo el secreto de la Alianza; a eso vienen encaminados todos nuestros afanes; para eso son nuestras reuniones y Convivencias; para eso, nada más, escribimos en esta humildísima y ordinaria prosa.

San Sebastián, Abril de 1945

ANTONIO AMUNDARAIN

La Alianza ¿qué es?

VIII. LEVADURA ACTIVA DENTRO DE LA MASA

DEL CRISTIANISMO

Hablando de su reino expuso un día Jesús la siguiente parábola: «El reino de los cielos es semejante a la levadura, que cogió una mujer y mezclóla con tres satos o celemines de harina, hasta que la masa toda quedó fermentada» (Mat. XIII, 33).

La levadura, que significa levantar, es un trozo de masa de harina bien fermentada, el cual, mezclado con otra masa mayor, la trasforma y la levanta. Es gráfica esta expresión de San Pablo: «Un poco de levadura aceda o fermenta toda la masa» (I Cor. V, 6).

Y San Ambrosio se expresa de esta manera: «Fermentum, cum sit magnitudine parvum, specie simplex, natura commune tantam fortitudinem intrinsecus gerit, ut, cum reconditum fuerit in farina, succus hic totam massam faciat esse quod ipse est, et ita semper universum

cumulum aspersionis suae vigore diffundit, ut omnem ipsam magnitudinem pollinis faciat fermentum, ac sic res ipsa fortitudine sua molem sibi proprii vigoris acquirat».

Y el santo Doctor hace luego esta bella aplicación: «...fermento Dominus comparatur, qui cum esset specie homo, humilitate parvus, imbecillitate dejectus, tanta intrinsecus sapientiae virtute pollebat, ut doctrinam ipsius mundus ipse vix caperet; qui cum se coepit per totum orbem divinitatis vigore diffundere, statim omne hominum genus in substantiam suam sui potestate protraxit, ut... Christianos cunctos faceret esse, quod Christus est»...

Lo fueron después los apóstoles, los cuales levantaron el mundo entero y lo fermentaron con el vigor del santo Evangelio, que

infundieron en la masa muerta de la gentilidad.

«*Servatis servandis*», también la Alianza quiere ser vigorosa levadura evangélica y cristiana. La masa del cristianismo, donde no faltan buenos sacos de rica harina, necesita un poderoso fermento, para que se levante y viva su vida, que es vida de Cristo.

La Alianza nunca ha pretendido ser toda una gran «masa», sino pequeño y reducido trozo de *levadura* que se desmenuce y extienda en la masa: un trocito de ella caerá en la masa de un taller, hasta que lo fermente, otro caerá en una escuela y fermentará también aquella tierna flor de harina; otro caerá en una oficina, en una fábrica, en el campo, en la calle, en el hogar... «donec fermentatum est totum». A eso aspira la Obra y, ¡ojalá cumpla su misión!. Y a eso deben aspirar los Sacerdotes de la Alianza: a infundir en estas almas aquel vigor sobrenatural que poseía Jesucristo y sus apóstoles, capaz de levantar a toda la que se ponga en contacto con él y reciba el influjo de su vida interior.

Hagamos, mediante nuestro ministerio, que abunde en ellas la gracia divina, el don de Dios, el espíritu de Jesucristo, la vida evangélica, el amor eucarístico y una pureza de ángel, y que este fermento adquiera la plenitud de su vigor y fuerza sobrenatural. Entonces, como dice San Juan Crisóstomo, «así como la levadura transforma la harina en su propia virtud, así también vosotros, ¡oh, Apóstoles!, transformaréis todo el mundo».

Mas la realidad hoy en el mundo es otra; hay mucha masa de cristianos, a la que no llega la eficacia de este fermento; de eso se lamentaba el mismo Crisóstomo, cuando decía: «Si doce hombres fermentaron casi toda la harina del mundo, pensad diligentemente cuánta debe de ser nuestra flojedad y maldad, que siendo ya innumerables, no podamos convertir el resto de las gentes, debiendo perfectamente fermentar a mil mundos»... Tal vez la razón está en esta gráfica frase de San Bonifacio: «Olim sacerdotes aurei celebrabant in vasis ligneis; nunc sacerdotes lignei celebrant in vasis aureis».

Esto prueba, carísimos Hermanos, la necesidad de una

levadura activa y eficaz para levantar esta gran masa humana muerta e inerte. Tenemos cristianismo, es decir, tenemos masa de harina; pero su vida floja y tibia requiere el vigor y la fuerza de una levadura de gran potencia, capaz de hacer fermentar toda la masa.

He ahí la *acción* de la «Alianza en Jesús por María». Nosotros no vamos a la conquista de la masa directamente, sino en segundo término. Nuestro principalísimo objetivo es crear *fermentos* vitales para infundir vida a la masa, de suerte que esa masa fermentada sea toda como el mismo fermento.

Queremos levadura de pureza, para que, aplicada a la masa, la haga pura, la convierta en pureza; queremos levadura de amor sobrenatural, para que, a su contacto, toda la masa fría y muerta se levante y se encienda; queremos levadura de sacrificio, para que la masa sepa mortificarse y vencerse; queremos fermentos de piedad, de caridad, de fe; fermentos eucarísticos, evangélicos; fermentos de perfección, de santidad, de espiritualidad, para que, infundidos y mezclados en la masa de las congregaciones,

asociaciones, escuelas, catecismos, obras culturales, de caridad, de apostolado, etc., la hagan vivir con la vida del fermento.

¡Oh, si en cada *masa* pudiéramos introducir unos *gramos* no más de esta potente levadura! ¡qué transformaciones veríamos!...

Pero escuchad, Hermanos. El pasaje evangélico señala una medida, al decir «satis tribus», tres sats, celemines, medidas; con lo que viene a significar que debe existir cierta proporción entre la cantidad de la levadura y la cantidad de la harina; de suerte que, si excede **esta**, ya la masa no quede suficientemente fermentada.

La Alianza también tiene su límite de vigor y potencia; si la introducimos en una excesiva cantidad de masa, esta no se levanta y aquella se desvirtúa.

No nos mueva jamás el afán de llevar y traer a la Alianza por todos los campos no fermentados, sin medida ni límite, porque perjudicaremos lastimosamente a la Obra y no se conseguirá dar vida al mundo. «Satis tribus»; limitemos su *acción*, y trabajaremos más en

comunicarle vida fermentadora, potencia y vigor espiritual, para que en su debida proporción haga su oficio de levadura.

Elijamos almas dispuestas para ser levadura y en ellas, creemos y formemos núcleos, núcleos de gran potencia fermentadora; conservémoslas en vigor y vida y apliquemos su potencia a la masa bien medida.

La Alianza es levadura para una masa limitada y medida.

EL ESCLAVITO

Seminator Casti Consilii

Junio 1945

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 29
AÑO V

Los «Sacerdotes de la Alianza» en Vitoria

Hoy, entre la clase sacerdotal, la «Alianza en Jesús por María» ya no suena como a cosa nueva, extraña o del todo desconocida. Apenas existe en España población de alguna importancia que no cuente con alguna o algunas almas pertenecientes a esta Institución.

De grado o por fuerza, con simpatía o sin ella, nuestros Hermanos han oído, por lo menos, hablar de esta Obra, pues no es fácil guardar un secreto entre miles de almas y por espacio de veinte años.

No obstante, la idea cabal, verdadera y exacta de la Alianza no la tienen más que un centenar (y apuntamos muy alto) de Hermanos, a quienes, por providencia especial y designio de Dios, ha tocado vivir en contacto con nosotros y con esas almas.

La inmensa mayoría del Clero español aún no sabe de la Alianza más que el nombre, o poco más. Y ¡veinte años ha que pasa rozando junto a ellos la Obra, con carta de vecindad en casi todas las Diócesis! ¡Siquiera por curiosidad hubieran llegado a parar mientes en ella!

No les culpamos, sin embargo, a ellos de este descuido; acaso sea más culpa nuestra que suya, puesto que no hemos puesto hasta ahora gran empeño en que la Alianza se hiciese pública y entrase en las sacristías...

Buena ocasión la que se les ofrece este próximo verano a todos los que, por interés o por mera curiosidad, quieran conocer de la Obra un poco más que su nombre. A eso se ordenan los Actos que hemos preparado y que van ordenados en el adjunto PROGRAMA.

Tal vez, como decimos arriba, por excesiva modestia, acaso por delicada prudencia (que la requiere señaladamente su especial índole), la Obra ha tenido que vivir en una especie de misterio, razón por la cual, a pesar de tantos años, su vida no ha logrado ambiente.

Mas ahora son los mismos Pastores de la Iglesia los que nos han invitado a ponerla en claro, a plena luz, sin sombras ni misterios, a fin de que todos la vean, la conozcan y alaben y glorifiquen a Dios, que siempre es «sanctus in omnibus operibus suis».

No nos atrevemos ni a soñar con que todos los que asistan a estos actos, salgan de ellos convertidos en apóstoles resueltos de la Alianza; sería eso una vana presunción. Mucho más modestas son nuestras aspiraciones. Vamos a Vitoria, ante todo, en cumplimiento de un deber, deber y responsabilidad que nos impone el cargo, que hoy pesa sobre nuestros hombros; vamos, nada más, a trabajar por la Alianza en el campo sacerdotal, que, dicho sea francamente, nos ha producido siempre temor y respeto; vamos a los sacerdotes, para que adquieran luz suficiente sobre la Obra y sepan juzgarla justa y rectamente.

No hacemos entre ellos distinción alguna; a todos invitamos, y con la mayor satisfacción y entusiasmo abrimos nuestros brazos para estrechar en fraternal abrazo a todas las representaciones del Clero regular y secular.

Lean y entérense del adjunto PROGRAMA. Las materias que se señalan y el prestigio de los Hermanos encargados de desarrollarlas, son reclamo más que sufriente, para que, superando dificultades y obstáculos que tal vez saldrán al paso, se resuelvan decididamente a tomar parte en estos actos.

Hagamos todos un sacrificio, aprovechemos los nueve días completos, que nuestros actos sacerdotales han de abarcar: 19 a 29 de Agosto, y sea su fruto una gran «Alianza Sacerdotal», para que de ella salga pujante, próspera y fecunda la «Alianza en Jesús por María».

San Sebastián, Pentecostés de 1945.

ANTONIO AMUNDARAIN.

Seminator Casti Consilii

Julio 1945

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 30
AÑO V

«SEMINATOR»

En los comentarios que venimos dedicando al título de «Sacerdotes de la Alianza», hemos llegado al apartado d) del segundo párrafo, donde se dice: «contribuyen al sostenimiento y a la redacción y conocimiento de su órgano oficial, SEMINATOR CASTI CONSILII».

Son tres los puntos que abarca esta base, sobre los cuales damos esta sucinta explicación; explicación que tal vez nos vendrá oportunamente ahora, ya que, en breve, vamos a tomar algún acuerdo importante sobre el particular, según se propone en el último tema práctico, publicado en nuestro programa para el próximo mes de Agosto, en Vitoria.

a) El sostenimiento de nuestro boletín. No somos ricos, ni nos interesa serlo ya, por lo que nos queda de vida. Mas, si la fortuna hubiera dado desahogo a nuestra vida, acaso no fuera menester haceros esta propuesta. Esta situación de pobreza nos pone en condición más ventajosa para pedirnos una limosna. Dar y sostener la vida de SEMINATOR es su objeto.

¿Pero un boletín de ocho páginas puede crearnos un problema?

Si, en las arcas de la Alianza la cosa más insignificante crea problemas.

Antes un librito de fumar valía unos céntimos. Con cinco céntimos teníamos antes un periódico de extensa información, hoy, para sus cuatro o seis páginas, hacemos un pago en regla.

También este modestísimo SEMINATOR CASTI CONSILII sus pesetas lleva y éstas venimos a mendigar de vosotros. Triste necesidad por la que Dios quiere que pasemos. Sin embargo, casi tenemos reparo en señalar cuota a nuestros venerables Hermanos; es hasta odioso cargarlos con una desagradable contribución, cuando en justicia debiéramos mostrarles agradecimiento, por su desinteresada colaboración en la Alianza.

Pero y ¿quién nos remedia este continuo chorreo, que supone la tirada mensual de nuestro humildísimo boletín? Por hoy no contamos con otro recurso que la caridad del Hermano, cuya colaboración en la Obra llega a este bajo menester.

Amando mucho a la Obra y colaborando en ella, habrán de tender su mano con esa larga generosidad, que es proverbial en nuestros Hermanos Sacerdotes.

Después de todo, es eficaz colaboración en la Obra de la Alianza el ayudar al sostenimiento de los elementos que son vida en ella. Mientras unos tenemos la misión de preparar y distribuir el pan espiritual entre las almas, otros sacrifican unas pesetas para no ser injustos nosotros con los que, en nuestra pequeña empresa, buscan el pan material de su vida. Los apremios nos obligan a escatimar la última peseta, pero también queremos ser suficientemente largos para no ser injustos.

b) Y quisiéramos más... SEMINATOR hoy cuenta con muy pocos brazos para sembrar, y el terreno sembradío es muy extenso. ¡Lástima grande que, por falta de brazos, no se labren los campos fértiles que nos darían el ciento por uno!

Una o dos firmas gastadas y sobadas por lo mil veces repetidas, no pueden dar condimento, ni buena salsa a estos manjares. Hay que cambiarlas, variando con ellas el plato de temas que abundan, muy interesantes por cierto para el Sacerdote. Y casi mejor, que estos se den en comprimidos substanciosos y no en extensas disertaciones; porque sabemos que la mayoría de nuestros Hermanos, los «Sacerdotes de la Alianza», son gente ocupada, que necesita vivir más de inyecciones que de banquetes prolongados.

¡Oh!, soñamos en un SEMINATOR que sea pura semilla y no paja; que en pocas páginas (unas 30) encierre y lleve al corazón del Hermano la quintaesencia de su vida sacerdotal perfecta y santa, y aquellos elementos indispensables para facilitarle y hacerle eficaz el trabajo de su incesante apostolado. Más no podemos adelantar planes y proyectos, puesto que hay un tema sobre este particular que, en nuestros actos de Vitoria, ha de dar juego.

Lo dicho era de rigor, para comentar, siquiera brevemente, el punto que hemos señalado en el encabezado de este articulo.

c) Y queda otro: dar a conocer nuestro humilde boletín entre los Hermanos, los Sacerdotes amantes y simpatizantes de la Alianza.

Tal como hoy se presenta al público nuestro SEMINATOR, no puede merecer para nadie un reclamo extraordinario. Ni su presentación, ni su contenido, ni su extensión lo acreditan suficientemente, para ser catalogado entre lo mucho escogido que hoy sale al mercado de las letras y de las gráficas.

Por eso, su conocimiento no interesa por lo que es en sí, sino en cuanto representa una cruzada y un movimiento sacerdotal en favor de ella. SEMINATOR tan sólo puede interesar a aquellos, a quienes interesa la Obra de la Alianza.

Es, pues, necesario que el conocimiento del uno vaya unido al conocimiento de la otra, ya que diría muy poco a los que no estuviesen un tanto contagiados del espíritu, plan y vida de ella. Dar a conocer SEMINATOR sin dar a conocer, al mismo tiempo, la Alianza, de la que aquél es un pregón, sería quedarse en el misterio, sembrar confusiones y perjudicar a la Obra en conjunto.

Al Sacerdote de la Alianza debe este boletín servir de excusa, para hablar primero de él y a continuación de la Obra, en su doble aspecto: Sacerdotal primero, al que directamente se refiere SEMINATOR, y de Alianza, a la que aquellos y éste están consagrados.

En resumen, que nuestros Hermanos no olviden a este su insignificante órgano, cooperando a su sostenimiento, redacción y

conocimiento para que en su pequeñez haga el bien a que lo hemos destinado.

San Sebastián, Fiesta del Sagrado Corazón.

ANTONIO AMUNDARAIN

La Alianza ¿qué es?

IX. APOSTOLADO VIVIENTE

La Alianza es... lo que menos se figuran muchos de nosotros queridos Hermanos, y otros muchos que no lo son.

La objeción más fuerte y quizás la más común, entre las mil que se oponen a la Alianza, va a ser el objeto de este articulillo.

Así nos la suelen plantear: «La Alianza no tiene razón alguna de existir, porque no tiene ningún apostolado fijo y determinado, y lo que es inútil, no debe existir».

Treinta y pico de páginas hemos dedicado a la resolución de esta objeción, en nuestro librito «Manual de Formación Aliada», cuya lectura reposada y serena recomendamos a todos nuestros queridos Hermanos.

Pero también aquí, aun so pena de incurrir en una pesada repetición de conceptos ya vertidos allí, siquiera para los que no hayan tenido la ocasión de leernos, vamos a fijar por centésima vez esta afirmación;

«Que cabalmente la Alianza, no solamente tiene su apostolado fijo y concreto, sino que fundamentalmente la Alianza es *un apostolado*».

Jamás la Alianza, en sus veinte años que lleva de vida, ha renunciado a su carácter activo, apostólico y misional. Si la Alianza no tuviese apostolado, la Alianza moriría de asfixia.

Nosotros entendemos que el verdadero apostolado es «un desbordamiento y expansión del verdadero amor». No hallamos mejor definición que ésta. Ahora bien, el fin supremo y último de la Alianza, según -reza el artículo primero de su Reglamento, es «el triunfo del amor en sí y en los demás». A ese amor 'tiende y dispone «el .triunfo de la pureza y el espíritu de sacrificio», que la Obra lleva en su frontis.

El triunfo del amor en *medio del mundo* (al que, Dios mediante, pensamos dedicar algún otro articulito) es la

suprema aspiración de la Obra de la Alianza. Esta ha sido y .es la gran preocupación y ocupación de nuestro pobre corazón; esto absorbe y agota todo el *haber* que poseemos.

Y ciertamente, no nos preocupa tanto el apostolado en sí dentro de la Alianza, nos preocupa y nos .interesa inmensamente el abrasar estas almas en la hoguera del amor, porque sabemos que el amor no se estará quieto.

¡Oh! ¡crear almas amantes, fomentar el amor, mantenerlo vivo, ardiente y abrasador en esas almas! Ahí y sólo ahí debe estar nuestro máximo esfuerzo en la Obra de la Alianza. Logrado esto, tendremos torrentes de amor, y ¡un amor a torrentes! ese, ese es el apostolado que se convierte en prodigios de conquista para Dios, para la Iglesia y para la misma Alianza.

No nos interesa, no lo ponemos en primer término, la elocuencia de los labios; en las mujeres mucho más elocuente y arrebatador el corazón, cuando éste está poseído y saturado. Del amor de Dios; la elocuencia florida y armoniosa de los labios, a lo sumo, convence, y no más; pero la elocuencia de

un corazón en vivas llamas abrasa y arrastra.

En estos veinte años de su historia, la Alianza en el hogar, en la academia, en la escuela, en la fábrica, en el taller, en el mostrador, en el teléfono, en la calle y en el campo nos daría la prueba contundente de esta humilde afirmación.

Por eso nosotros, sobre todo lo demás, buscamos un .apostolado convertido en amor, hecho *vida*, apostolado vivido y viviente... El apóstol que no convierte en *vida propia* aquello que pregona, a lo más *dice* y *enseña*; mas el que lo vive, lo asimila y hace sustancia propia, este *da* doctrina, se *da* a sí y *da* a Dios en la doctrina y en sí.

Algo vale el anuncio de papel, un pasquín puesto en el muro; una tarjeta en sobre abierto; pero es reclamo más eficaz un escaparate vistoso e iluminado, que ofrece, puesto con arte, el mismo género. El viajante no se contenta con dejarnos la tarjeta; nos mete por los ojos todo el muestrario que lleva a cuestas.

¡Oh, si cada apóstol fuéramos una *muestra viviente* de aquello que pregonamos o predicamos!

San Francisco y su lego dieron una vuelta por la ciudad y... no dijeron nada, sino que dieron...

La hermanita debe hablar poco. Los viajantes charlatanes nos cansan mucho y los ponemos en la calle...

La Alianza guarda un variadísimo surtido para todas las clases sociales, oficios, edades y carreras. Una hermanita es la *muestra viviente* en la fábrica, donde, ganando su diario sustento, se *muestra modelo* de joven obrera ejemplar y cristiana. Otra hermanita en la oficina, tras el teclado de una Underwood, es modelo de edificante oficinista. Está en la tienda, a la sombra del mostrador, es una dependiente modelo. Aquella otra rodeada de un enjambre de niñas es una maestra apóstol. La otra con su blanco delantal, a la cabecera del enfermo, es una perfecta hermana de caridad, y la otra es cocinera, y la otra doncella, y la otra hortelana...

«Aprended de *Mí...*»
¡Cuánto nos dice esta palabra del Maestro! ¿Por qué no dijo «aprended mis sentencias, mis sermones, mi doctrina», (que a fe nadie como Él pudo haberlo dicho); sino que dijo: «aprended

de *Mí*», de mi persona? No dijo: «aprended la humildad, la mansedumbre, la obediencia, la modestia, que yo he *enseñado*; sino que dice: «aprendedme a *Mí*, que soy humilde, manso, obediente, modesto, etc.»

Aprended la virtud *vivida* y a través del Maestro...

La hermanita debe ser así: la virtud es espiritual e invisible; pero practicada, y *vivida*, se hace sensible, y visible, y, a través de la hermanita, se ve, se aprende y se *vive*.

Y en este plan ¡qué pocos discursos hacen falta para enseñar y formar almas en la verdad y en la vida!

¿Un botón de muestra?
Un montón si quieren Vdes....

Es una maestra de pueblo (la historia nos la da caliente su propia Inspectora). Toma posesión de su pueblo, que no tiene sacerdote. Los vecinos la reciben con una pedrea y un tiro, que afortunadamente no ha hecho blanco...

Al día siguiente abre su escuela y... comienza a SER una maestra modelo. Primero son las niñas, luego las mozas, más tarde los mozos los que la buscan y la *consultan* (recuérdese

que no hay sacerdote). Antes de medio curso ha arreglado y legitimado más de veinte matrimonios. Terminado el curso, se despide para sus vacaciones, y el pueblo en masa la suplica que no los abandone,

que vuelva, que la recibirán mejor.

La Alianza ¿qué es?
Pues... *eso*.

EL ESCLAVITO.

Seminator Casti Consilii

Ag.-Oct.1945

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 31
AÑO V

¡¡Bendiciones!!

Testigos de vista van a leer estas cuartillas y no podemos salirnos de los límites de lo exacto.

La pluma fácilmente se desliza, cuando la mueve un corazón desbordado, y desbordado lo hemos tenido nosotros, hasta que, transcurrido casi un mes completo desde los memorables días que se comentan en esta Crónica, hémosle dado rienda suelta para bendecir a Dios y a nuestros queridos Hermanos sacerdotes.

Bendecimos a Dios con nuestro corazón inmensamente agradecido, porque Dios nos ha colmado sin medida de sus bendiciones en Vitoria.

Este vuestro último hermano ha sido el primero en palpar en sí mismo estas divinas bendiciones y gracias de Dios. Sobre nuestra infinita pequeñez ha obrado maravillosamente la infinita grandeza de Dios. Vosotros, queridos Hermanos, sois testigos de ello.

Con la misma largueza se ha volcado también Dios sobre aquellos Hermanos nuestros, que tenían una misión que cumplir en aquellas jornadas. La unción divina, de que fluían saturadas las meditaciones y pláticas del fervorosísimo Padre Ahedo; la inspiración, gracia, oportunidad y acierto que tan copiosamente derramó el Espíritu Santo sobre las siete magníficas ponencias, con tanto celo presentadas, como sabroso manjar de Alianza, por los insuperables Hermanos designados para desarrollarlas, y, entre la numerosa asamblea, aquella amenidad y fraternal armonía que reinó siempre y en todo momento, en aquellas

íntimas charlas y comentarios sabrosos al par que interesantes de los claustros y paseos, donde se dejaba sentir la proximidad y poderosa influencia del aliento divino que nos envolvía...

¿No era Dios su gracia, su amor, el que nos estrechaba «in visceribus Christi», y en tan dulcísima fraternidad, a todos, al prebendado ilustre con el humilde franciscano, al párroco venerable con el austero carmelita, al sabio catedrático del Seminario con el apostólico misionero del Corazón Inmaculado de María, al sencillo y piadoso capellán de monjas con el adorador religioso sacramentino?..

¿No era la caridad de Dios, la que se sentía, se vivía y se derramaba a torrentes, y nos urgía y nos estrechaba a todos en un sobrenatural y santísimo amor y unión?

Dios, pues, nos ha bendecido, y, al bendecirnos a nosotros, con igual largueza ha bendecido a la «Alianza en Jesús por María», de quien todos somos sacerdotes y apóstoles, bendición que se ha trocado en encendido amor y celo por la Obra, cuyas extensión y triunfo en todo el mundo va a ser nuestro máximo ideal.

He ahí por qué nuestros Hermanos todos han salido de Vitoria, como de un celestial Pentecostés, ofreciéndose a ocupar su puesto de combate en la conquista de almas selectas para la Alianza y por ella para Dios.

Bendecimos a Dios y con nosotros le bendeciréis vosotros, para que su bendición perdure en nosotros hasta la muerte y eternamente.

San Sebastián, fiesta de Ntra. Sra. de la Merced, 1945.

ANTONIO AMUNDARAIN.

Seminator Casti Consilii

Novbre 1945

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 32
AÑO V

Grito de alarma

Este fue el título de nuestro trabajo leído en uno de los entreactos, llamémoslo así, de nuestra Convivencia sacerdotal aliada de Vitoria, el pasado Agosto.

No lo cambiamos, porque no han cambiado las circunstancias que nos indujeron a desahogar allí nuestro corazón con vosotros. Antes al contrario, nos parecen estas aún más alarmantes y más graves, para obligarnos a darlo aquí, en nuestro modestito boletín SEMINATOR, que cabalmente para estos miembros se fundó un día.

Dos hechos indiscutibles

Comenzábamos apuntando dos hechos claros, ciertos, que nadie ha puesto en tela de juicio, a saber:

a) El amor y la predilección, que Dios tiene a la pureza virginal.

b) El odio manifiesto y perseguidor del infierno contra esta angelical virtud, que por todos los medios quiere destruir y desterrar del mundo.

Con profusión de argumentos y testimonios podríanse probar estos dos asertos, si no fuesen, de suyo y a la vista de todos, tan claros y evidentes.

El diluvio universal, fruto del diluvio de la corrupción de la carne, y Noé, el buen amigo de Dios, libre de aquel castigo, por ser libre de aquella corrupción, son el primer cuadro que nos ofrece como prueba, el antiguo Testamento.

«Antes que Jesucristo hiciera su aparición sobre la tierra, dice Bayo, no fue desconocida totalmente la hermosura de la castidad». Castos y vírgenes fueron, en opinión de muchos padres, Melquisedec, Elías, Eliseo Jeremías, etc. La Escritura alaba de un modo extraordinario la castidad de Judit, Susana, Débora y otras mujeres del Antiguo Testamento.

La gran figura de aquellos tiempos, Salomón, en tanto que fue casto, fue también extraordinariamente grande; luego, la incontinencia y la sensualidad pervirtieron su corazón.

Y ¿queréis oír el canto del Oráculo divino, que ensalza y pondera los encantos de la pureza? «Quien ama la pureza de corazón gozará la amistad del Rey» (Prov. XXIII). «Gracia es sobre gracia la mujer santa y pudorosa: no hay cosa de tanto valor que pueda equivaler a esta alma casta» (Ecli. XXVI). «Dichosa es la mujer... sin mancilla, que ha conservado inmaculado su lecho, porque ella recibirá la recompensa de su castidad» (Sap. III) «¡Cuán bella es la casta generación...! Inmortal es su memoria» (Sap. IV).

Bien se advierte aquí, que ya en el Antiguo Testamento la pureza fué mirada como cosa merecedora de encomios y alabanzas.

Pero nada es todo esto, y por nada lo reputa el gran Crisóstomo, cuando dice: «Virginitatis decor in Viteri Testamento nec nominatur quidem».

La obra maestra del poder de Dios es el misterio de la Encarnación, y ahí brilla con claridades insuperables el amor que Dios tiene a la pureza virginal. En aquella Creación (la Inmaculada) su pureza virginal es un verdadero prodigio, ya que, por un portento de su diestra, conserva Dios intangible la belleza y el esplendor de la Virginidad unida a la Maternidad.

Si Dios se propuso hacer una Madre-Virgen, es evidente que la virginidad había de ser la gloria incomparable de su maternidad, puesto que es una gloria que a ninguna otra madre se ha concedido. «Gaudia Matris habens cum virginitatis honore».

De ahí arrancan, como del sol los rayos, todas las glorias de la virginidad. El sol divino, que procede de su maternidad, fulgura y resplandece en la virginidad de su Madre, y la virginidad se agiganta, se dignifica y diviniza, al recibir los resplandores de aquel Sol por la maternidad.

Así habla San Bernardo: «Singularis virginitas quam honoravit foecunditas...; incomparabilis prorsus foecunditas quam virginitas comitatur» (Hom. in laud. Virg.). Y en el 4º sermón de la Asunción, dice: «Es buena la fecundidad conyugal, es mejor la castidad virginal; pero supera inmensamente a las dos la virginidad fecunda».

De donde la virginidad de María parece más bella y más sublime, desde que Ella es Madre de Dios. La Maternidad da el ser, la Virginidad la belleza. La Virginidad de María es como la aureola del gran misterio de la Encarnación; esta aureola circunda al Fruto bendito de María, y hoy sigue extendiendo sobre toda la Iglesia sus purísimos resplandores.

Ahora bien, ¿por qué, en el principio de la Redención, Dios ha querido encumbrar y distinguir tan prodigiosamente la virtud de la pureza virginal? ¿Cabe prueba más contundente del amor que Dios tiene a esta divina flor?

Si en el principio de la Encarnación, en la aurora de la Iglesia, ha querido Dios predicar, de un modo tan extraordinario, las excelencias y predilecciones que su divino Corazón siente hacia esta virtud, ¿a quién extrañará el que Jesús en el santo Evangelio, San Pablo en sus epístolas, los Santos Padres en sus monumentales obras y los primeros cristianos en su vida santa y virginal nos hayan hecho el panegírico solemne de esta celestial virtud? Pero... ¡oh, dolor!...

Casi no existe pureza

Hoy, esta virtud no tiene más que unos reducidos acotados en la Iglesia de Cristo: En el resto del mundo sus fragancias y sus galas han desaparecido casi por completo.

Alzad la mirada y ved el cuadro desolador, que ofrece el mundo cristiano. Las ruinas materiales de los pueblos deshechos y la terrible

esteridad de los campos secos, marchitos y desolados, son imagen y fruto del pecado impuro, que destruye y arrasa la vida cristiana en las almas.

Hoy el primer pecado grave en los niños, con frecuencia y casi siempre, es la impureza; lo han aprendido en el cine, en la playa, en la calle, en el campo, en la escuela, hasta en sus casas. La inocencia, antes de abrirse a la brisa matinal de su vida, se ha marchitado...

La juventud... ¿quién es capaz de describirla?; sin freno, sin pudor, sin recato, sin fisonomía de sexo; desflorada y arrastrada a la perdición, como hoja de otoño, por el huracán de las pasiones.

La gente madura... ¡madura! y pasada prematuramente, decrepita y vieja antes de cruzar los cuarenta o los cincuenta años de su vida.

El matrimonio escandalosamente profanado, el contrato sagrado roto por ambas partes, el tálamo conyugal vacío, el hogar destruido, los hijos (si los hay) de pegote y sin buscarlos, emancipados a sus quince años...

Y la causa de todo...la impureza en sus cien formas.

¿Por qué no se confiesan los hombres?... ¿Por qué se confiesan mal tantas almas?... ¿Por qué almas buenas y piadosas dejan de serlo y se relajan y se abandonan?... ¿Por qué se alejan de nuestra dirección?... ¿Por qué fracasan tantas vocaciones? ¿Por qué han desertado de sus coros tantas almas consagradas? ¿Cuál es la causa? ¿No es acaso la impureza?

¡Oh! Esta es la brecha, siempre abierta, por donde el demonio lanza sus ejércitos contra Cristo y las almas. Por ahí se unen y se coaligan todas las sectas anticristianas, huestes de Satanás, moviendo con astucia infernal sus armas.

Y ved sus éxitos; ved la tierra desolada, el paganismo en la calle, la virtud destronada, el vicio en su pedestal, la diosa en su altar...

¡Si los cristianos fuesen puros!

«Vivir en la tierra como viven los ángeles en el cielo es una merced singularísima... Luego la virginidad es un bien, y no un bien de poca monta, sino un bien extraordinario y grande». «Las vírgenes son pararrayos del mundo; por ellos descienden sobre la tierra las bendiciones

del cielo. Las vírgenes pagan a Dios el tributo de honor y gloria que la humanidad le adeuda; las vírgenes impiden que la humanidad perezca. Las vírgenes son víctimas por los pecados del mundo. Las oraciones de las vírgenes desarman las iras divinas». «Y el cristianismo tuvo almas purísimas. Al calor de la predicación del Evangelio, bajo la ensangrentada cuchilla de los perseguidores, entre la disolución de costumbres del moribundo Imperio Romano... floreció la cándida azucena de la virtud angélica. A partir de aquellos momentos, una brillante pléyade de vírgenes ha embellecido el firmamento de la Iglesia. Tal desarrollo alcanzó la virginidad en aquellas generaciones, que los mismos paganos atestiguaron sus glorias y sus triunfos».

«Testigo San Ambrosio; más vírgenes se consagraban a Dios todos los años en Alejandría, en el Oriente y en la Iglesia africana, que hombres nacían en la populosa ciudad de Milán».

¡Si hoy los cristianos fuesen puros y castos!... La Iglesia sería un jardín; los niños inocentes y limpios serían sus pimpollos; la infancia y la pubertad no conocerían el mal; la juventud, pudorosa y honesta, sería un ejército de ángeles; el matrimonio, imagen de Cristo desposado con la Iglesia, una unión de dos almas santas; el hogar, un santuario; los hijos, bello pensil de flores...

Mas la realidad es otra... ¡¡Qué lejos ha ido el mundo! ...

Lo hemos abandonado

Si, nosotros hemos abandonado el campo, y libre y a sus anchas se mueve y trabaja el enemigo. Llorando lágrimas estériles, nos hemos lavado las manos, cargando la culpa sobre las autoridades, que, tal vez, no reprimen suficientemente el escándalo.

¡No hay remedio! He ahí un gemido estéril. ¿No hay remedio? «Este último supuesto, dice A. Simarro («Espiritualidad» Julio 1945), es imposible; tiene que haber una solución... ¿Por qué no investigamos y actuamos en consecuencia?»

«Se ha escrito muchísimo; hasta la saturación, quizá hasta el cansancio. La secta ha procurado envenenar diabólicamente el problema de su absurdo «amor libre», exacerbado, demencial... Nosotros hemos

dormido o dormitado, contentándonos con recursos inconexos, fragmentarios, desordenados...»

Cierto; yo no recuerdo que entre nosotros (me refiero a los sacerdotes) se haya suscitado y movido, con plan estudiado, «ordenado» y convenido, una cruzada a favor de esta virtud tan necesaria y tan trascendental; cruzada, digo, positiva, activa, eficaz en los medios y en los fines.

¿Estará tal vez reservada a nosotros, los sacerdotes de una Alianza de pureza, esta divina EMPRESA? ¿No fué ésta acaso la gran empresa de los primeros Padres de la Iglesia? Fausto Maniqueo arrojaba un día su negra bilis contra San Agustín con estas palabras «Vosotros, Obispos de los demonios, a porfía incitáis a las vírgenes con vuestros discursos y persuasiones a seguir esta profesión, de suerte que en todas vuestras Iglesias es casi mayor el número de vírgenes que el de mujeres». Fausto Maniqueo no hablaría así de nosotros...

Hagamos oración

Arma en manos de todos es la oración. No hay quien no pueda y no sepa orar fervorosamente por el «triunfo de la Pureza» en el mundo. Comencemos manejando todos, todos, esta arma poderosa.

Oremos nosotros los sacerdotes; que se ore por el «triunfo de la Pureza» en los Seminarios... ¿acaso no les interesa? Que se ore en los Noviciados, que se ore en las Comunidades religiosas, que se ore en los Colegios, en las Escuelas, en las Catequesis, en los Cultos parroquiales, en privado y en público, mañana y tarde, día y noche.

Pronto aparecerá nuestra oración, la que se aprobó en la última Convivencia; rezadla y difundidla. Y, entre tanto, pensad en otras cruzadas por la misma causa.

San Sebastián y Octubre de 1945

ANTONIO AMUNDARAIN

Hagámoslo...

Interesantes y bellas cosas hemos escuchado y recogido en el Seminario de Vitoria, en aquella memorable Convivencia Sacerdotal.

Ya en los Santos Ejercicios se nos ha repetido con insistencia, que los Sacerdotes de la Alianza debemos ser perfectos, tanto por ser sacerdotes como por ser de la Alianza.

Ni el sacerdocio, ni la Alianza pueden descansar bien en el que no vive ni obra como sacerdote perfecto y santo...; la vida sacerdotal y aliada no es VIDA, si no es santa y perfecta.

Hagamos que de veras nuestro sacerdocio y nuestra Alianza nos cuadren por fuera y por dentro...

Los Hermanos, que han sido *maestros* nuestros en la fraternal Convivencia, nos han trazado normas interesantes para las diferentes actuaciones que la Obra nos exige, y el modo de aplicarlas y hacerlas vivir en ella eficazmente: a) el ascetismo primitivo de pureza, sacrificio y amor, aplicado íntegramente a nuestro lema y a los fines de la Alianza, que

tanto se parecen; b) la sencillez, sin complicaciones ni confusiones, copiada de los auténticos protagonistas: Jesús, José y María, a través del Santo Evangelio; c) los distintos grados y estados o etapas, modos y formas, por los que el Espíritu Santo puede guiar hasta su cumbre, en la distribución libre de sus carismas y dones, a las almas de la Alianza; d) haciendo nosotros, los sacerdotes, con ellas, no sólo el oficio seco y frío de simples jueces, sino de maestros de espíritu y guías expertos en sus caminos de santidad.

Magnífico programa es ello. Hagámoslo *vivo*.

No menos interesantes fueron las tres conferencias *prácticas*, que dieron jugo y vida a nuestra Convivencia y que marcan al sacerdocio de la Alianza su camino: a) en orden a la acción parroquial, a la obra de la hermanita en su parroquia, a sus deberes parroquiales, a su celo por la prosperidad de la Parroquia; y viceversa, el Párroco interesándose por sus aliadas feligresas y coadjutoras, escogidas y preferidas para toda

la misión parroquial; b) en orden a las relaciones entre el sacerdote y la Alianza: relación de padre a hijo, de maestro a discípulo, de santificador a santificado, siendo su fundamento la espiritualidad, con la prudencia y cautelas que exige la naturaleza de estas relaciones; c) hacia la unión de todos los sacerdotes en una fe un Cristo, un Evangelio, un ideal común por las almas selectas y un programa de acción y de medios para su realización.

Hagamos también *vida* todo lo expuesto por nuestros queridos Hermanos en estas conferencias.

Y aún más. Hagamos *vivo* y demos *vida* a este pequeño boletín SEMINATOR CASTI CONSILII, puesto que su vida va a ser la vida de los Hermanos, y los Hermanos justamente deben darle la vida.

Convencidos, por la atinada intervención de uno de nuestros Hermanos, de que, en cuanto a su volumen y extensión, no conviene que salga de su modestia, humildad y pequeñez, y que, en vez de ser un regalado banquete de variados manjares espirituales, sea no más que un aperitivo

entremés, siquiera démosle su peculiar sabor estimulante, dentro de la variedad que en su género admite y se estila.

Que entre plato y plato, figuren los bien condimentados trocitos de *todos* nuestros Hermanos, y que su sabor aliado contagie a todos los aficionados a esta clase de aperitivos.

Esto exige que lo que es pequeño en volumen y cantidad, sea esencia pura y viva en calidad.

Ocho páginas escasas que tiene este boletín, deben darnos cuatro o cinco entremeses variados, condimentados en salsa *aliada* y *sacerdotal*. Y en ello deben cooperar los 346 sacerdotes que figuran en nuestro fichero, los cuales, puestos a trabajar con buena voluntad, podrán darnos materiales para un SEMINATOR que dure hasta el juicio final.

Y a la verdad, ¿quién de esos 346 sacerdotes no será capaz de hacer lo que hacemos nosotros? ¡Ah! Si los entusiasmos y fervores, acumulados en aquellos días celestiales de nuestra Convivencia, se mantuviesen en el mismo grado de *voltaje*, un juego de niños, un entretenimiento, una

insignificancia sería para vosotros este trabajo.

¿Será que tenéis reparo en eclipsar nuestra pobrísima linterna de luciérnaga con los resplandores de vuestro genio y de vuestra pluma? ¡Oh!, no os importe, ya es hora de que aplastéis a este nocturno insecto, y de que salga la Obra a la luz pública refulgente del mediodía... ¡Cuánto lo deseamos!

Lo que interesa es que hagamos todos la obra de Dios, aportando quién un granito nada más, quién dos o tres granitos, quién una montaña. Estos fueron nuestros propósitos y los de todos los que estuvimos en Vitoria; estos ofrecimientos, esta palabra de honor empeñamos solemnemente allí.

A cumplirla todos: comenzando los Sres. Ponentes, que prometieron poner a nuestra disposición sus interesantes trabajos, que a fe no son para

dejarlos en el rincón de nuestros archivos, sino para que vean la luz y lleguen al conocimiento de todos nuestros Hermanos.

Que nadie se duerma, que hagan todos muy suyo este trabajo, diciendo para sus adentros: Sacerdote de la Alianza soy por convicción y por amor; no me basta mirar cómodamente con simpatía la Obra, ni mostrar mi entusiasmo por ella con dos pesetas de suscripción anual...; debo colaborar más eficazmente.

¡¡Hagámoslo, Hermanos, hagámoslo!!

San Sebastián, Octubre de 1945.

EL DIRECTOR GENERAL.

Seminator Casti Consilii

Dicbre 1945

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 33
AÑO V

A la conquista...

Ningún Hermano nuestro «Sacerdote de la Alianza» dejará de hacer su generosa ofrenda en el humilde Portal de Belén; poniendo allí atento oído y mirada a lo que en ese misterioso lenguaje de lágrimas y vagidos quiere pedirnos para el próximo año a sus amados Sacerdotes, el Niño Jesús.

Los Sacerdotes y Maestros de Israel desarrollaron los antiguos pergaminos, para averiguar la fecha y el lugar del Nacimiento del Mesías, y dieron de ello testimonio a los peregrinos del Oriente. Su luz iluminó a los extranjeros, y ellos, miserables y terrenos, amaron las tinieblas y quedaron en la oscuridad.

El suceso de los Magos y su misteriosa estrella causó en las altas esferas de Jerusalén grande admiración, extrañeza y revuelo...; mas luego se olvidó y se apagó todo.

Nuestros Ejercicios tan fervorosos y nuestra Convivencia tan animada, de Agosto pasado en Vitoria, han sido días de luz y de llamamiento, de revelación y de aceptación. Los Maestros nos han enseñado la verdad y el camino de la Alianza, y nosotros, la inmensa mayoría, hemos salido convencidos y hasta entusiasmados. Algunos no supieron ni pudieron mantener en silencio sus emociones santas y gratísimas impresiones, y las manifestaron allí mismo en amenísimas charlas y lo han hecho después en docenas de cuartillas.

En presencia de más de cien sacerdotes se ha revelado la estrellita de la Alianza, y su luz nos ha guiado hacia la verdad exacta y completa de

la Obra. ¿Dejaremos que se apague todo y los ciento y pico asistentes nos quedemos, como los Maestros de Israel, en las sombras y en la inanición?

El Niño está en el Portal, Hermanos queridos, el mensaje angélico nos lo anuncia; vayamos a recogerlo y a darlo a las almas virginales.

Primer intento

No hace falta salir de donde estamos; la inmensa mayoría de los Sacerdotes, a quienes nos dirigimos, viven en contacto con almas que tienen madera de aliadas fervientes y santas.

Pulemos delicadamente algunas, no muchas; bastan pocas. El pulso se toma donde más sensiblemente repercute el movimiento del corazón. Pulemos el corazón de ellas en lo más sensible de sus manifestaciones: el amor al recogimiento, a la oración, al Sagrario, al retiro, a la intimidad de Dios, a la vida de honestidad, de pureza y de virginidad...; tomemos bien ahí el pulso. Si no lo sentimos, desistamos por el momento; si está débil o con intermitencias, esperemos y pongamos tratamiento.

En los cardíacos pocas veces hay curación completa; mas en las almas cardíacas, sí la hay. Para su curación son indicadas las inyecciones de digital: oración mental, vida de Sagrario, aire sano (no de salón o de cine), sumisión al facultativo espiritual, comunión frecuente, buenas amigas...

Pero... comencemos siempre por reprimir las emociones excesivas de ese corazón cardíaco, las concupiscencias y pasiones de la carne; comencemos por el cultivo de la pureza (por activa y por pasiva), por conocer, entusiasmarse y amar esa virtud divina, y por evitar todo lo que es contrario a ella, el pecado en sí bajo y vergonzoso, y las ocasiones y peligros de caer en él, que el infierno ha multiplicado hoy de un modo asombroso.

Hagamos PUREZA, hermanos carísimos, y tendremos almas sedientas y enamoradas de la Alianza.

Si afortunadamente el pulso ha respondido, y es alma que promete, podemos, por vía de prueba, proponerle todavía la subida de una cuestecita empinada, a saber: algún ejercicio un tanto costoso; si lo sube,

si lo practica sin gran fatiga, estamos ante un alma generosa y valiente; en ella hemos de ensayar el caudal de ideas, de doctrinas, de normas, de procedimientos y entusiasmos que hemos almacenado en el Seminario de Vitoria.

No crean nuestros Hermanos que va a ser el alma, quien en la rejilla del confesonario vendrá a romper el silencio, pidiéndonos el ingreso en la Alianza. Alguna vez se dan estos casos en poblaciones donde existe ya la Obra; mas no es lo corriente, sino que ellas esperan a que su director se lo proponga abierta o disimuladamente.

¿Cómo? Si el terreno no ofrece mucha garantía, dejando en sus manos algún folleto, revista, hoja que recuerde algo de la Alianza...

Otro día, haciendo, en general, una cálida e interesante apología de la Obra, como una obra oportuna, interesante y adecuada para jóvenes sólidamente piadosas y apostólicas, pero sin hacer alusión directa a ella...

Más tarde, insistiendo sobre el tema, proponiéndole sobre él un estudio serio y concienzudo y adelantándole nuestra opinión de lo bien que encajaría ella en la Obra de la Alianza...

«Si te audierit (supuesta la gracia del llamamiento divino), lucratus est... »

San Sebastián, fiesta de Santa Cecilia, de 1945

ANTONIO AMUNDARAIN

Nuestra medalla

Ya tienen su medalla los «Sacerdotes de la Alianza». El deseo de uno de nuestros más adictos y entusiastas Prelados y el de muchos de nuestros carísimos Hermanos está satisfecho.

En parte es igual a la que tiene la Alianza para sus hermanitas y en parte es diferente.

El escudo, en que se resume y graba todo el lema de la Alianza, es insustituible; el Sacerdote, lo mismo que las hermanitas, tiene que llevar a la vista y amar de veras las características de su Obra, como aparecen allí en magnífico relieve. Ese es nuestro distintivo; el escudo nos distingue, y en él nos unimos todos con la Obra.

La dulcísima figura de nuestro divino Maestro, con su semblante entre apacible y triste, su mirada amorosa que

parece ver en lontananza, señalando con su mano derecha el corazón palpitante sobre el pecho, y la izquierda fuera del marco, como buscando almas en las lejanías para estrecharlas contra su pecho divino y abrasado, en el anverso de la medalla, la cual va orlada con nuestra cadena, símbolo de unión y alianza de todos los sacerdotes entre sí y con la Obra.

Para evitar gastos de envío, se servirán las medallas juntamente con las de la Alianza, cuando de éstas hagan las hermanitas los pedidos de sus respectivos Centros.

Los «Sacerdotes de la Alianza, cumplen, cambiándola con la suya, sin necesidad de abonar nada. Los demás abonarán el precio que se señalará oportunamente.

EL DIRECTOR GENERAL

Seminador Casti Consilii

Enero 1946

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 34
AÑO VI

«*IN NOVITATE VITAE...*»

Todo el que, a la vista de sus balances anuales, no quiera cobardemente dar lugar al pesimismo en sus negocios, decididamente renueva sus propósitos y reanuda con nuevo aliento las tareas en su actividad, sin pensar en posibles contratiempos y fracasos, sino prometiéndose un risueño y consolador porvenir.

El Sacerdote, cualquiera que sea su misión, vive siempre teniendo ante sus ojos empresas colosales por su naturaleza y por sus consecuencias, que miran, ya a su propio bien, ya al bien y provecho de las almas.

La vida para nosotros, queridos Hermanos, es de una trascendencia formidable y tremenda; ninguno de nosotros la puede mirar como un mero pasatiempo, como una inútil y distraída partida de tresillo o de futbol; no, no es esa, ni para eso, la vida de un Sacerdote en el mundo. El Sacerdocio nos ha encuadrado a todos los ungidos del Señor entre los operarios destinados a la siembra y a la siega de la mies del Padre de familias...

De ahí que la mirada del Sacerdote al nuevo año, al atravesar sus umbrales, no deba parecerse a la de aquellos que han hecho de todo lo presente el mezquino programa de una fugaz felicidad.

¡Oh! El panorama del nuevo año para el Sacerdote ¡qué bellos y al par interesantes y graves problemas encierra! Examinémoslos bien...

¿Qué me prepara Dios para este año? ¿Qué espera de mí el Señor? «Ite...» «Quaerite...» «Docete...» «Rogate...» ¡Las almas... ¡La mía... y las otras...!«Messis quidem multa...» Y yo, operario de ellas, enviado por Dios a cultivarlas, cuidarlas, recogerlas, salvarlas...

Primero la mía

He ahí la primera empresa del nuevo año. Y ¡qué a punto viene ahora aquella exhortación de San Pablo a los Romanos (Cap. 12, 1, 2): «Obsecro itaque vos, fratres, per misericordiam Dei, ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem, rationabile obsequitum vestrum. Et nolite conformari huic saeculo, sed réformamini in novitate sensus vestri: ut probetis quae sit voluntas Dei bona, et beneplacens, et perfecta».

Y ya antes (cap.6, 4. 12. 13. 18. 22) había escrito lo siguiente: «... Quomodo Christus surrexit a mortuis per gloriam Patris, ita et nos in novitate vitae ambulemos..., et vos existimate, vos mortuos quidem esse peccato, viventes autem Deo... Non ergo regnet peccatum in vestro mortali corpore ut obediatis concupiscentiis ejus. Set neque exhibeatis membra vestra arma iniquitatis peccato: sed exhibete vos Deo, tamquam a mortuis viventes: et membra vestra arma justitiae Deo ... Liberati autem a peccato, servi facti estis justitiae..., servi facti Deo, habetis fructum vestrum in sanctificationem, finem vero vitam aeternam».

Y acabamos de leer en la epístola de la primera Misa de Navidad lo que el Apóstol dice a su discípulo Tito: «Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri ómnibus hominibus, erudiens nos, ut abnegantes... saecularia desideria, sobrie, et juste, et pie vivamus in hoc saeculo, exspectantes beatam spem, et adventum gloriae magni, et Salvatoris nostri Jesu Christi». (2, 11-13).

Buen programa, todo esto para dar principio al nuevo año sacerdotal, y al mismo tiempo utilizable para hacer una labor efícamísima de

santificación de las almas

haciendo «membra vestra arma justitiae» en nuestro ministerio, de modo que caminen nuestros pies, escriban nuestras manos, atiendan nuestros oídos, hablen nuestras lenguas, como instrumentos de acción por las almas.

La salud, las fuerzas, el talento, la ciencia adquirida, la influencia social, la vocación, el destino, la carrera, el prestigio y buen nombre, la

piEDAD, la santidad, el altar... son otras tantas «arma justitiae Deo» y para las almas.

Puesto todo en juego, vivificado «in novitate spiritus», ¡qué abundante será, al cabo del año, nuestro fruto en las almas escogidas!

He ahí, Hermanos, nuestro campo. La Alianza nos abre sus magníficos horizontes, llenos de esperanza y con perspectivas de triunfo, aunque el mundo trate de mover sus armas para destruirla.

Nuestra Obra sacerdotal A.J.M. se redondea y perfila más y mejor por medio del SECRETARIADO que hemos creado, al frente del cual trabaja, con destino especial, persona competente que pondrá a contribución todo su talento, toda su voluntad y todo su amor a la Alianza.

«Los Sacerdotes de la Alianza» ,y cuantos simpatizan con la Obra, cuentan desde ahora con una oficina suya, a la cual pueden recurrir cuantas veces lo necesiten, en todos los momentos y en todas las cuestiones que directa o indirectamente se refieran a la Alianza. De ahí se les servirá todo el material de la Obra: revistas, folletos, medallas, datos, etc.

Con el año nuevo daremos este nuevo enfoque a nuestra común empresa, la cual sin duda alguna esperamos ha de ser de gran beneficio para la buena marcha de la Alianza.

Y al mismo tiempo, con la misma fecha, comenzamos a ocuparnos de la próxima Asamblea General trienal de la Obra, que ha de tener lugar este próximo verano...

A su Santuario de la Gran Promesa, como a un dulcísimo Cenáculo, nos convida el Sacratísimo Corazón de Jesús a los representantes de la Alianza. Allí, para entonar un «Te Deum» de gratitud al Señor, se pondrá de manifiesto, por medio de la Memoria y Estadística completa, todo lo que es, a sus veinte y un años de vida, nuestra amada Obra.

De su divino regazo ha de salir la nueva Directora General y su Consejo para el siguiente trienio, de la misma manera que salió la actual, del transverberado corazón de Santa Teresa de Ávila.

Y ¿quién sabe, si este año no nos reservará alguna otra sorpresa? Pero ¡tente, pluma, que no conviene todavía estampar en letras de molde lo que tal vez se digne el Rey y Señor amadísimo de nuestra Obra traernos durante el año que se inicia!

Y ¿no es todo esto más que un mero sueño, para prometernos un año 1946 fecundo y, tal vez, de recuerdos consoladores para la historia de la Alianza?

A ello hemos de cooperar todos, todos, cada uno en su puesto y a las órdenes de sus respectivos Superiores y en la esfera de su acción y destino.

Con tales perspectivas comenzamos el año; prosigamos constantes, sin dar lugar a la pereza, ni aun siquiera a la rutina; que supondría una obra hecha «negligenter». Somos Sacerdotes con una misión delicada en la Alianza; las almas nos esperan. En la historia de alguna de ellas nuestra cooperación puede ser decisiva.

No frustremos los planes de Dios sobre ellas.

Andando «in novitate vitae», cumpliremos nuestra misión.

San Sebastián, Enero de 1946.

ANTONIO AMUNDARAIN.

TRIBUNA LIBRE

Nuestros Actos Sacerdotales

Aceptando un ruego, subo yo el primero a esta *tribuna*, que abre para todos SEMINATOR CASTI CONSILII; lo hago, entre otras razones, para que ninguno de mis carísimos Hermanos se crea impotente de subir sus gradas, cuando el más impotente de todos se ha atrevido a subirlas.

Mi tema está en proporción con la altura de la persona que lo trata, que ya es bien conocida de todos y no hay necesidad de que nadie se adelante a hacer su presentación... Para Hermanos más capacitados quedan otros temas de más enjundia que en la Obra no dejarán de ofrecerse al

estudio de los expertos. Y sea el mío acerca de «Nuestros Actos Sacerdotales».

Todos mis hermanos conocen lo que son y el avance próspero y siempre ascendente que han tenido todos los de los pasados años, cuyos sabrosos frutos todavía se paladean golosamente en nuestra amada Alianza.

El recuerdo de Aránzazu, que fué nuestro primer cenáculo, y de Ávila y Vitoria después perdura imborrable en la mente y en el corazón de los afortunados que allí convivimos días de cielo y de Dios; y los que entonces sentimos tan hondo el espíritu y la fuerza de una Hermandad tan íntima y tan sobrenatural, no nos resignamos a suspender y cortar indefinidamente las corrientes de aquel fervor sacerdotal, que, en sector tan variado de almas, pudo estrecharnos en bella y encantadora fraternidad, para un fin personal de santificación y otro apostólico a favor de las almas selectas, predilectas de Dios.

Por eso, ya anunciábamos los trabajos de una nueva concentración, atendiéndonos al acuerdo unánime concertado en

una de las sesiones de Ávila, de reunirnos a los pies del divino Corazón de Jesús, en el Santuario de la Gran Promesa de Valladolid. Hacia Valladolid para este verano se dirigía nuestro pensamiento y nuestra consigna, confirmada por todos, el año pasado, al despedirnos en el Seminario de Vitoria. Hasta habíamos comenzado a hilvanar los puntos principales de nuestro programa sacerdotal, independiente del que ha de trazarse para las hermanitas de la Alianza que han de reunirse allí en Asamblea General trienal; dándole la forma especial y la fisonomía particular, que era de rigor, tratándose de actos nuestros, al abrigo y a la luz del Sacratísimo Corazón de Jesús, allí en su devotísimo Santuario, lugar santificado por sus apariciones y revelaciones al devotísimo Padre Hoyos...

Pero he aquí que, dentro del mismo año y en la misma época de verano precisamente, se organizan actos extraordinarios sacerdotales por la Unión Apostólica en Valladolid, y por la Unión Misional del Clero en Burgos, a los que nos es convenientísimo asistir en masa.

No se puede negar la prioridad y superioridad de ambas Instituciones sobre la nuestra (la que a su lado no es más que una miniatura) y la importancia que han de tener los actos que sus dirigentes preparan. Tampoco se puede negar que en ambas figuran muchos sacerdotes que pertenecen a nuestra Obra, y a quienes no se puede obligar a tomar parte en todos los actos (lo que no es fácil), con el consiguiente perjuicio, por lo menos en cuanto al número de asistentes para una y otra, y aun para la nuestra.

La Unión Misional llama a sus asociados a Burgos, la Unión Apostólica convoca a sus Hermanos a Ejercicios y Asamblea en Valladolid. ¿Será prudente que la Alianza llame

también a sus Sacerdotes, siquiera a una Convivencia *espiritual aliada* de cinco o seis días a los pies del Corazón de Jesús?

Guardando en el tintero nuestra opinión, desde esta *tribuna* nos dirigimos a todos, para que cada uno exponga libremente su parecer, con las razones en que se funde.

Nuestros Hermanos tienen la palabra.

Advertimos encarecidamente que nadie debe aguardar a ver la resolución que dé su vecino, ya que con eso la cosa se alargaría indefinidamente, y las fechas se precipitan. Dispongan de esta *tribuna libre* sólo en los meses de Febrero y Marzo, y no más.

EL DIRECTOR GENERAL.

¿De seglar a Religiosa?

Al paso que va la Alianza ¿no terminará por constituirse en un Instituto Religioso más? ¿No son ya algún indicio esas «Viviendas» de la Obra, donde moran varias hermanitas?

Gracias, Hermano, porque nos da Vd. ocasión para volver sobre un tema, que nos interesa dejar claro y remachado.

La Alianza nunca jamás ha pensado en evoluciones que podrían desembocar en un CONVENTO. Su fundador anduvo más cerca de lo contrario, a saber: que las evoluciones de la vida conventual fuesen tan intensas, poderosas y expansivas, que desembocaran en la calle o en el campo.

Tener que reducir la *santidad* a unos acotados tan herméticamente CLAUSURADOS, siempre nos ha producido gran dolor. Que la virginidad, que el amor perfecto, que el holocausto de las almas víctimas, que la contemplación, etc. no sean consideradas como mercancía de libre circulación en todas partes y en todas las esferas de la sociedad, como si la Sangre de Cristo no tuviera eficacia y vigor divino fuera de los jardines amurallados... esto nos ha dolido siempre.

Y cabalmente, fue éste uno de los motivos que más poderosamente influyó en nosotros para lanzarnos a la fundación de la Alianza, y, si no, lea Vd. la primera página de Introducción que lleva el *Manual de Formación Aliada*.

La pureza, la virginidad, el amor de Jesús, la víctima santa... en medio del mundo, en la sociedad, en el taller, en la oficina, en todas partes...; este pensamiento nos ha *sugestionado* enormemente.

Al Convento lo hemos comparado a aquel frasco de alabastro lleno de precioso unguento que tuvo María en su casa, que de cuando en cuando lo destapaba para recrearse con sus perfumes... Pero un día no

se contentó con destaparlo, sino que lo rompió para derramarlo de una vez sobre la cabeza del Señor; y hasta la casa se llenó de aquel perfume.

La casa, la plaza, la plataforma del tranvía, el despacho y la sala deben ser perfumados por la esencia del nardo y del lirio y de la rosa, para lo cual la Alianza quiere ser aquel mismo frasco de alabastro, pero *roto*.

«Oleum effusum» se aplica al dulcísimo nombre de Jesús. Así quisiéramos fuese la Alianza. Que sus aromas, sus virtudes, sus ejemplos, su vida sobrenatural, su buen «olor de Cristo» se derrame en todo el mundo y se impregnen y se empañen bien de ellos todos los *rincones* donde tienen vivienda los hombres.

Para esto la Alianza jamás puede pensar en ser Instituto religioso, sin renunciar a una de sus más características condiciones.

Por lo demás las «Viviendas» de la Alianza no tienen ningún parecido con las Casas religiosas; hasta el plan de su vida íntima es diferente de aquellas. Tres o cuatro hermanitas viven en ellas, para custodiar la casa y tener derecho a ser «Domus pía», que la ponga en condiciones de obtener el consolador privilegio de su Capilla y su Reservado.

Estas casas son más bien de descanso, de vacación, de formación, de Santos Ejercicios, de estudio, etc., para una estancia de tiempo reducido y no para siempre.

A. AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Febrero 1946

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 35
AÑO VI

COOPERADORAS DE A. J. M.

En firme damos un paso más en nuestra amada Alianza.

Llevábamos varios años ensayando la sección llamada de Cooperadoras, conforme se dice en el art. 4.º del párrafo 2.º del Reglamento de la Obra.

La idea de su vida peculiar se dio a conocer por medio de un reglamento provisional, en manuscrito, vida que han practicado cuantas hasta el presente han querido ajustar a ello la suya.

Hecho este primer ensayo, creemos ya llegada la hora de llevarlo a cabo en definitiva, confirmando oficialmente esta sección.

Con las debidas correcciones que la práctica de dicho ensayo ha aconsejado, y previas la censura y aprobación eclesiástica, se ha editado el reglamento especial para aquellas, que desde esta fecha será el único vigente y obligatorio. Se han impreso también los diplomas de agregación a la Obra de todas las cooperadoras y los boletines de actos que han de usar las llamadas escogidas y, además, se ha estudiado y aprobado por el Consejo General el modelo de la medalla especial, que se ha enviado a acuñar.

Lo que hasta hoy no ha sido más que un mero ensayo, una tentativa, desde esta fecha pasa a ser oficialmente una nueva rama filial, que del tronco de la Alianza recibirá su influjo, participando de su espíritu, de su lema y de su vida, en todo lo que sea compatible con la vida propia de cada uno de sus elementos.

No es obra nueva, con vida, organización, acción y fines nuevos e independientes, no, de ninguna manera; es, nada más, una expansión de la Alianza, es una filial suya, es una rama del árbol de la Obra que

vivirá de ella, de su misma sangre; de su savia, de su espíritu, de sus fines y de su jerarquía.

Pero no es la misma Alianza, ni se somete a sus normas, ni se rige por su Reglamento, ni sube por sus grados, ni habita en sus Casas, ni goza de sus mismos privilegios.

Dependiendo de la Alianza, regida (conforme a un reglamento especial) por la Alianza, al arrimo y sombra de ella goza de cierta independencia para sus actos, sus obras y su vida.

La Alianza, si, tiene el deber de mirar y atender esta rama, como cosa suya propia. Debe ocuparse con celo de reclutar almas aptas y dispuestas, de ayudar a su formación, de inculcarles su espíritu, de orientarlas y de alentarlas en su camino. Todo lo que sea colaborar en esta obra filial, es hacer la propia obra de la Alianza.

La Alianza debe estudiar su reglamento, ser su maestra y su madre; en especial, las hermanitas que ocupan cargo en la Obra, en sus respectivos Centros, y aquellas otras que hayan sido designadas particularmente para esta misión.

A todos interesan y recomendamos, entre otros puntos, los siguientes:

1.º) Para escoger una cooperadora nunca debe mirarse, como primer motivo, al favor material, ni aun el moral, que de ella cabe esperar; ante todo y sobre todo se debe mirar y buscar su buen espíritu sobrenatural cristiano.

La Alianza es y hace un apostolado de espiritualidad y elevación sobrenatural evangélica en favor de las almas que, no pudiendo ser en todo como las hermanitas, son gemelas en cuanto a su vida interior. Y ésta es la primera disposición y fisonomía que debe tenerse en cuenta en la elección de aquellas para la Obra.

2.º) De ahí que las primeras instrucciones que se organicen para la formación de estas almas deben siempre comenzarse por su formación espiritual y moral. Ya desde un principio dice su reglamento: «Cooperadoras son las personas que siguen (se entiende en su espíritu) a la Alianza. Para todas es obligatoria la vida cristiana y ejemplar» (art. 2). «Obliga a la simple cooperadora (con más motivo a la escogida) a conformar su vida, en cuanto su estado y condición se lo permiten, con el espíritu evangélico, que la Alianza patrocina y vive...» (art. 10).

Estos artículos deben ser el primer objeto de las instrucciones que afectan a todas las cooperadoras sin distinción.

Hagamos primero almas fervorosas, sólidamente piadosas, cristianas según el Evangelio, total y no mutilado, y lo demás nos vendrá por añadidura.

3.º) Estas primeras instrucciones se refieren a todas las cooperadoras, lo mismo escogidas que simples. Para merecer el Diploma de agregación a la Obra y ser, con los derechos reglamentarios, cooperadora de la Alianza, ésta ha de estar instruida suficientemente en todos los puntos que abarca su reglamento, durante un mes como mínimo, o durante el tiempo necesario para adquirir y poseer el espíritu propio de la Obra, en todo lo que alcanza la primera parte de su reglamento.

En San Sebastián se ha iniciado ya esta formación con una docena de almas bien dispuestas y escrupulosamente elegidas; del programa que para ellas vayamos desarrollando, haremos, si Dios quiere, un resumen que sirva de orientación a nuestros queridos Hermanos y hermanitas encargadas de esta labor.

San Sebastián, a 21 de Enero (fiesta de Santa Inés) de 1946.

ANTONIO AMUNDARAIN

CONSULTORIO

Mirando al porvenir

Si a eso se reducen las Casas de la Alianza ¿qué seguridades da Vd. a esas jóvenes sobre su porvenir? ¿qué será de su mañana?

¡Gracias, Hermano! Hace tiempo que estábamos madurando un artículo sobre ese tema en nuestras revistas, y ahí lo tiene Vd. como respuesta a su pregunta.

Vamos a ser un poco largo; tómese la paciencia de leernos, que el caso, a nuestro modo de ver, lo exige.

Es este el punto negro y hasta espantoso que muchos han visto en la Alianza: las seguridades del mañana.

-¡Pobres aliadas! Cuando lleguen a la ancianidad o inutilidad para su propia vida, ¿quién cuidará de ellas?

¡El día de mañana! ¡Día que se escapa a todos los cálculos y a todas las previsiones! ¡Cuántos han trabajado largos años para lograr una tranquila vejez y todo les ha fallado!... ¡Cuántas jóvenes se han casado para no quedarse tan solas, tan solas, en su vejez y en su última enfermedad, y han quedado allí más solas y más abandonadas que las solteras. Y aun de aquellas que buscaron la solución a este terrible problema en un Convento, ¡ah!, no todas...!

Pero, Hermano mío, ¿cuándo piensa Vd. hacer uso y aplicación de aquel precioso pasaje evangélico, donde Jesús nos habla de modo tan contundente y categórico de su amorosa PROVIDENCIA? Repase, le ruego, en el cap. VI de San Mateo los versos 25 al 34, y bien meditados, dígame si es tan angustioso problema éste que se refiere al porvenir de la Alianza.

Si Dios cuida del *cuervo* (Luc. XII, 24) que no siembra ni tiene despensa ni graneros, ¿no lo hará de sus esposas, las cuales, por dejarlo todo, hasta las inquietudes del mañana dejan y se abandonan en sus manos? Si un alma le toma la palabra a Dios, que dice: No andéis acongojados por el día de mañana (Mat. VI, 34), y no lo hace precisamente por ociosidad ni temeridad, sino por mejor servirle y

seguir sus caminos de perfección, y a esto se aplica con toda generosidad, ¿cree usted que se llevará un chasco?

Y Vd. Hermano ¿es sacerdote secular? ¿Qué porvenir tiene Vd. para su vejez? ¿qué han tenido los que le han precedido? ¿Los cuidados de una sobrina o de una criada tan anciana como ellos? ¿Por qué no mira Vd. a entrar en un Convento y asegura Vd. así su porvenir?...

Pero vamos a los hechos: En veinte años de vida que lleva la Alianza, han fallecido alrededor de 270 hermanitas, y de ellas ¿sabe Vd. que ninguna, ni una tan siquiera, haya muerto abandonada? Para ninguna de ellas ha sido tan terrible y angustiioso el problema de sus últimos días. El cuadro está a la vista, que hablen las *vivas* de sus *muertas*.

En una gran ciudad de España ventilaban *a la vez* este problema una hermanita pobrísima y sin recursos y sin arrimo de los suyos, y un gran hombre, relacionado con toda la aristocracia de la nación; hombre rico, de influencia social y de gran renombre y predicamento en las altas esferas...

Una hermanita de la Alianza de aquella ciudad estudiaba serenamente la escena final de ambos. En una misma tarde ¡providencia! y con diferencia de horas nada más, moría aquel hombre, abandonado de todos, ¡de todos, pásmese Vd.!... en un Hospital de la ciudad, y la hermanita pobre y sin recursos, moría asistida por la ininterrumpida compañía de sus hermanitas, sin faltarle nada en absoluto y bendiciendo a Dios por haberla traído a una Alianza tan *aliada* y de tanta unión y caridad. (Histórico).

Pero aún nos queda una razón intrínseca, que nace de la misma naturaleza de la Alianza.

Es objeto especial característico de la Alianza el hacer vivir la verdadera santidad evangélica en todas sus asociadas, sin salir de su oficio, de su destino y condición de vida; probar al mundo la posibilidad y la realidad de la perfección evangélica en medio del mundo; y llevar estos gérmenes de santidad, dentro de la Alianza, a todos los rincones del mundo, para ejemplo y estímulo de las almas. Y, en efecto, fragancias de santidad se han dejado sentir entre el tufillo de una fábrica de pólvora, de tabaco, de cartuchos y de productos químicos; almas santas pisan, todos los días, talleres llenos de gente, obradores de mil

clases de productos, comercios, tiendas, oficinas, escuelas, hogares modestísimos y salones alfombrados, plazas, calles, carruajes y campos.

Mas no termina aquí la misión de la Alianza. Cabalmente, cuando mejores y más brillantes pruebas de santidad se dan es, cuando Dios nos invita a recorrer el camino del sacrificio, bajo la carga de una cruz.

Así como Jesús no dio su última y suprema prueba en el patio de una prisión, sino sobre la cima de un monte y a la luz del mediodía; de la misma manera, la aliada en el ocaso de su vida, cuando los años, los achaques, la enfermedad llaman a su puerta, no debe olvidarse de su misión y de su condición de aliada, retirándose de su campo...

Ahora es, cabalmente, el momento de despedir más vivos resplandores y de exhalar más suaves y finos perfumes de santidad; no ya en una fábrica, taller o escuela, sino en la celda de un Sanatorio, en la sala de un Hospital o en el pabellón de tuberculosos.

La Alianza tiene que dar esta suprema prueba de santidad allí, donde la santidad puede hacer prodigiosas conquistas.

La misión de la Alianza no se detiene a la puerta de un Asilo o de un Hospital.

El heroísmo de una hermanita está en *solicitar morir*, saliendo de su casa y ocupando la cama de un establecimiento de Caridad, como Cristo sale de *su* Jerusalén amada, para morir fuera, en el Gólgota.

Y ¡qué hermosas lecciones de santidad han dado allí las hermanitas!

¿Quiere Vd. un par de pruebas emocionantes, para terminar?...

Creo ha llegado a sus manos el folleto «¿Puedo ser santa?». Es una hermanita que muere santamente en un Sanatorio, y tales fulgores y fragancias de santidad ha despedido, que todo el Sanatorio ha sentido su poderosa influencia.

Desde el día de su muerte es frecuente entre sus compañeras esta pregunta: «¿Puedo ser como Ana María?». Y, en efecto, como Ana María viven algunas de sus contemporáneas y como ella ha muerto otra hermanita, cuya biografía espera un hueco libre entre nuestras tareas.

Hoy, en aquel Sanatorio sigue derramando sus perfumes de pureza y de amor en el sacrificio amado la Alianza en Jesús por María, y es tal el ambiente de piedad que allí reina, que diariamente comulga un 95% de las enfermas que vienen desfilando. ¿Se convence Vd.?

Es en un Hospital. La sala tiene una veintena de camas, todas ocupadas; en una de ellas una aspirante a la Alianza, que sufre su martirio con edificante conformidad, va a tomar la medalla de la Obra. La ceremonia es sencilla y devota. Asiste la Superiora y algunas hermanas del benéfico establecimiento, y un coro de hermanitas rodea la cama; varias curiosas han invadido la sala y las enfermas de la misma miran sin perder detalle.

Se ha verificado la imposición, el sacerdote ha dirigido una breve plática y el coro canta preciosas melodías; la enferma lee fervorosamente la fórmula de su consagración, y todo está terminado.

Una de las curiosas ha tenido que retirarse antes, pues una avenida de llanto no sufre demora; otra se esconde para dar rienda suelta a sus lágrimas; en una cama vecina una enferma joven llora y dice: «¡Ah, si yo hubiera conocido esta Obra!» Las demás enfermas callan enternecidas de emoción y piedad...

¿Qué hará allí esa enferma?... Cumplirá su misión, y, entre tanto, las hermanitas de la ciudad rodearán su cama con sucesivas visitas, haciendo ¡fíjese bien, Hermano! haciendo que una sala de Hospital sea de *hecho* una auténtica Casa y Sala de la Alianza.

¿Puede la Alianza aspirar a mejor y más glorioso *porvenir* en el día de mañana?

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Marzo 1946

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 36
AÑO VI

BUENA OCASIÓN

No somos los que quizás con más ardor y tenacidad hacemos labor de proselitismo en favor de nuestra Obra de la Alianza. Otros seguramente nos llevan en esto la ventaja. Con todo, si no hiciéramos nada, daríamos a entender que la Obra en nuestra mente y en nuestro corazón ocupaba un lugar completamente secundario.

Para los que somos «Sacerdotes de la Alianza» ésta debe ocupar entre nuestras obras de celo, si no el primero, un lugar preferente; el completo olvido de ella no nos acreditaría de verdaderos «Sacerdotes de la Alianza».

Nuestras simpatías, ya mil veces exteriorizadas, deben traducirse, más que en meras palabras, en algo real y positivo, a fuer de hombres sinceros y consecuentes.

«Por los frutos los conoceréis...» dice el Maestro divino. Los frutos de la Alianza son manifiestos, buenos, exquisitos y delicados, si bien su cultivo es difícil y requiere esfuerzos y gran constancia. Estos frutos, magnífica realidad que nosotros desde aquí palpamos y ponderamos, revelan el afán y el celo con que algunos de nuestros operarios trabajan en su campo.

¡Qué encanto de almas existe en algunos Centros de la Alianza! ¡Allí se ve que hay un buen labrador que se sacrifica die ac nocte!

Escribimos estas cuartillas mirando a las puertas el santo tiempo de la Cuaresma; ese tiempo que el Apóstol llama acceptabile et salutis.

Todo sacerdote mira este tiempo como un abundante agosto para las almas. La Iglesia echa mano de los más poderosos resortes litúrgicos para convidar a las almas al recogimiento y a la reflexión. A todo el mundo se

abre el libro de las grandes verdades de nuestra fe, y en el curso de estos cuarenta días, hasta los más distraídos se sienten obligados a pensar sobre las realidades, que quizá en el resto del año pasan resbalando en su mente y en su corazón.

Esto aquí; pero también el Cielo debe de moverse con especial actividad en este tiempo. Aquella Iglesia triunfante y ésta militante van siempre unidas y aunan sus esfuerzos para las conquistas por la gloria de su Señor. Si Teresita dijo que su cielo sería hacer bien en la tierra, ella y los demás santos se ocuparán en poner todo su valimiento e intercesión ante el trono de la Beatísima Trinidad en favor de la Iglesia que lucha sus batallas y trabaja por la dilatación de su Reino.

Y ¿qué decir de la poderosa intercesión de nuestra Madre y Reina del Cielo y de la tierra, cuyo valimiento es omnipotente? Y ¿qué del Primogénito del Padre, nuestro Hermano Mayor, Jesucristo, que, al renovar los tremendos misterios de su Pasión y Muerte, ha de poner todos sus frutos a nuestra disposición por las almas?

Nada, pues, falta; todo está preparado y a punto: Dios, los Santos, la Iglesia, el tiempo, la gracia, las almas. Sólo falta aplicarnos aquellas palabras de San Pablo (I Timot. IV, 14) «Noli negligere gratiam quae data est tibi per prophetiam, cum impositione manum presbyterii... Haec meditare... Attende... Haec enim faciens et teipsum salvum facies et eos que te audiunt».

Pero, Hermanos, no dejemos de apuntar arriba.

Predicamos a las masas, predicamos a grupos selectos; predicamos desde los púlpitos de nuestras catedrales y templos y predicamos desde la mesita de una tarima. Nos escuchan almas pecadoras y alejadas de Dios y almas flojas y ramplonas, almas tibias e inconstantes, almas comodonas y caprichosas, almas buenas y fervorosas, almas santas y hambrientas de Dios.

Habrà necesidad de manejar registros fuertes que hagan temblar a los dormidos en el pecado y en la tibieza; habrá que recordar con harta frecuencia verdades fundamentales, olvidadas en el vértigo y ajeteo de esta vida sin rumbo; llamaréis también a las almas a la penitencia y a la paz con Dios y con su conciencia...

Pero... también hay que dar lugar a las filigranas.

San Juan en el libro del Apocalipsis (XIV, 2) dice así: «Et audivi vocem de coelo, tanquam vocem aquarum multarum, et tanquam vocem tonitruum magni (la grandeza, majestad, justicia, santidad, temor de Dios); et vocem quam audivi, sicut citharizantium in citharis suis» (la gloria, la hermosura, la armonía, el encanto, el amor).

Sabemos tal vez manejar opportunamente et impropriadamente los instrumentos de las aguas torrenciales y del trueno, para llevar a las almas el temor de la ira y de la justicia de Dios. Mas no nos nace la afición a estudiar las dulces armonías de la cítara y del arpa, para convidar a las almas hacia las cumbres del amor. Y vean nuestros Hermanos que las vírgenes que rodean al Cordero (ib. 3); «cantabant quasi canticum novum» con el acompañamiento majestuoso e imponente del trueno y el dulce y melodioso de la cítara.

De ahí que muchas almas, asustadas por el estruendo de las amenazas divinas, vivan acoquinadas, pudiendo ensanchar sus corazones y animarse a subir intrépidamente, en vuelo de ángel y en armonías de cítara de una vida sobrenatural, hasta las más altas cumbres de la santidad.

¿Por qué no combinamos estos instrumentos y estas voces oportunamente y haríamos un trabajo más completo y más perfecto? ¿Por qué hemos de usar tanto del trueno, y no alguna vez de la fina cítara?

Los «Sacerdotes de la Alianza», por su especial misión, deben manejar bien combinados estos instrumentos, dando mayor interés, realce y relieve a las voces y melodías de la cítara, que a los meros acompañamientos del trueno, puesto que su labor en estas almas es de elevación, aficionándolas a las armonías y filigranas de una vida de perfección.

Buena ocasión se nos ofrece en esta época cuaresmal, de misiones, ejercicios, retiros, conferencias, etc.

Suene, si, Hermanos queridos, el trueno de los novísimos contra el pecado; pero suene también la dulce cítara, para cautivar a las almas en el amor a Jesús, Rey del Amor.

San Sebastián, Marzo de 1946.

ANTONIO AMUNDARAIN.

UN DIRECTOR MODELO

Así calificamos, y con gran satisfacción nuestra, a nuestro querido Hermano X, de quien sus buenas hijas, huérfanas de él desde este instante, con gran dolor de sus corazones, nos hablan en estos términos:

El Señor nos deja sin Director... nuestro sin igual e inapreciable Director. La labor de X en este Centro culmina en los Ejercicios dados por él en Octubre pasado. No repara en trabajos ni sacrificios; su celo, desinterés y generosidad para con nosotras no ha tenido límites; y el bien que nuestras almas le deban solo Dios le puede pagar.

Durante todo el tiempo de su DIRECCION se ha ocupado en estudiar la Obra con verdadero cariño, profundizándola con toda delicadeza, que derramaba después en meditaciones y pláticas. Sabe poner la Obra ante todas, a la altura que merece y no pierde ocasión para demostrar su amor y entusiasmo por ella.

En cuanto a mí (es la Directora quien habla) he de decirle, que descansaba plenamente en él y que sus sabios y acertados consejos y orientaciones tan seguras me han servido muchísimo para cumplir mi misión.

Siempre ha buscado el bien de nuestra Obra, mantener y acrecentar su prestigio. Por eso, aunque nos hemos abrazado con la voluntad de Dios y aceptado la prueba, no podemos dejar de sentirlo muchísimo; porque es difícil dar con un Director que se entregue tan sin tasa y que sepa infundir, como él lo ha hecho, este espíritu de generosidad, paz y alegría que hoy disfruta nuestro Centro...

Buen panegírico, queridos Hermanos, para glorificar a un Director de la Alianza. «Sic facite», diremos nosotros, sin más comentarios.

EL DIRECTOR GENERAL.

Más sobre nuestras Casas

Entonces ¿renunciará V. por completo a las Casas de la Alianza?...

-¡Oh, no, amigo mío! Si V. conoce por ahí alguien que tenga el buenísimo humor de ser con nosotros tan generoso y desprendido..., cójale la palabra, la mano y... el bolso.

Una Casa de la Alianza en cada capital de provincia nos vendría, como el gordo de Navidad a un mendigo. No nos crea V. tan desinteresados.

Le advierto a V. que las Casas de la Alianza tienen mil aplicaciones maravillosamente ventajosas, que ayudarían a la vida y desarrollo de la Obra por los pueblos.

Dejando en pie, y reafirmando aún más todo lo dicho en su consulta anterior, porque aquello así es y así debe ser siempre en la Alianza, le digo a V. que la Obra *necesita* (así, subrayado) sus buenas Casas. Ya las estamos echando de menos allí donde la Obra tiene sus ciento cincuenta

hermanitas. Si la caridad de muchas casas religiosas y algunas parroquias no nos abriese sus puertas, algunos apuros habríamos de pasar por esos Centros.

Casas de Formación y Casas de Ejercicios, como la de Vitoria; Casas de Vacaciones y descanso, como la de Granada en plena Sierra Nevada; Casas de estudiantes, donde estas abundan, etc., han de completar con el tiempo nuestra Obra de la Alianza.

Pero repitamos de nuevo: no son para resolver el *porvenir*; sino para redondear la vida al presente.

Con que ¡ya lo sabe usted! Si tiene ocasión... no la pierda.

Si la Alianza ha de tener sus Casas, ¿siquiera por excepción y fuera de su propio fin, no admitiría alguna de estas almas, que no tiene vocación de MÁRTIR para solicitar una cama en el Hospital?

-¿Qué duda cabe?
Algunas, las indispensables por necesidad han de vivir en ellas, y conforme sea la capacidad de estas viviendas, podrán admitirse hermanitas enfermas en un plan *estable*, siempre que ellas u otras personas por ellas, se comprometan a remediar sus gastos.

Mas tenga V. entendido que el fin de las Casas no será, no debe ser, por las razones apuntadas anteriormente, la seguridad del porvenir de esas hermanitas, sino los fines que allí claramente se destacan.

Un *mínimum* de hermanitas, las más cobardes, las que, como V. dice, no sienten vocación de mártir para un Hospital o Asilo, podrán solicitar su ingreso en las Casas de la Alianza, y no más...

Vaya V. acostumbrando a estas almas a vivir, no soñando en las Casas de la Alianza, sino en la que la Providencia divina quiera proporcionársela para gloria de Dios y propia santificación, mediante una entrega amorosa a la divina voluntad, una confianza enorme en su amor y una generosidad sin reservas para ser mártir en el sacrificio.

A. AMUNDARAIN.

Seminator Casti Consilii

Abril 1946

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 37
AÑO VI

LA OBRA SACERDOTAL CON LAS ALIADAS

No sabemos si este título responderá adecuadamente al conjunto de ideas y de normas que vamos a apuntar en éste y siguientes artículos de SEMINATOR.

El afán de que nuestros Hermanos Sacerdotes de la Alianza acierten, con provecho y eficacia máxima, en su misión apostólica en favor de las almas escogidas, aliadas y aun no aliadas, nos lanza (como si fuésemos maestros, no siendo de hecho ni medianos discípulos) a señalar algunos puntos prácticos sobre la vida de piedad que el Reglamento de la Obra, y en especial el boletín de actos concretamente, dispone para cada una de ellas.

CLASIFICACIÓN DE ALMAS

Es el primer punto, importante y esencial. Tal vez haya, entre nuestros pacientes lectores. Sacerdotes con carrera de magisterio. Estos con más autoridad nos dirían, que en la escuela juega un papel importantísimo la clasificación de los alumnos. Una escuela graduada tiene mucha ventaja sobre otra unitaria; y aun en esta, si el maestro quiere hacer algún bien a los discípulos, comenzará por clasificarlos en tres o cuatro grados, a fin de dar a cada grado la instrucción que le compete.

El Sacerdote, el confesor, el director espiritual, es un maestro en el campo de las almas. Exceptuadas aquellas que, muy de paso, contadas veces y con el único fin de reconciliarse, pasan desconocidas completamente, con todas las demás debe proceder como un maestro en su escuela.

Después de varias sesiones, y conocido suficientemente el grado de vida espiritual y la formación de las almas que confiesa, ha de proceder muy luego a la clasificación y ordenación de cada una de ellas.

Para lo cual es muy conveniente fijarse, ya en la vida misma del alma: pecado habitual, gracia, vicios, hábitos malos, ocasiones, etc., ya en sus disposiciones o en sus aspiraciones: frágil, de poco aliento, animada de nobles sentimientos y buena voluntad; alma ruin, rutinaria, del montón, sin arrestos ni arranques, etc.

Y teniendo en cuenta estos puntos, y otros, si se quiere, nosotros las clasificaríamos en estos grados:

1.º Almas frágiles, con cierto buen ánimo, por una parte, para luchar contra el pecado, en el que, sin embargo, caen con frecuencia, porque apenas ponen los medios necesarios para evitarlo.

2.º Almas, que, fuera de algunas caídas graves, habitualmente se conservan en gracia; pero a la vez viven familiarizadas con el pecado venial, ni ponen diligencia para evitarlo, siendo, por otro lado, inconstantes en la piedad y vida cristiana.

3.º Almas, que tienen voluntad sincera de luchar contra todo pecado, aun venial, que practican con asiduidad actos de piedad suficientes: confesión y Comunión frecuente, visitas, exámenes, etc. PERO que no están dispuestas a romper con el mundo mundano, ni a hacer frente a las seducciones de la moda, diversiones poco recomendables, exhibiciones vanas..., que suponen la práctica del vencimiento.

4.º Almas, que evitan habitualmente el pecado venial deliberado, aman la virtud, son sólidamente piadosas, han roto con el mundo y están decididamente resueltas a luchar contra sus seducciones, atractivos y vanidades peligrosas

Respetando ¡no faltaba más! la autoridad de todos nuestros Hermanos, nosotros creemos, si no necesarios, por lo menos muy útiles estos cuatro grados, para ordenar provechosamente nuestra labor sacerdotal con las almas.

SELECCIÓN DE ALMAS

Descartaremos (para el objeto que perseguimos) los dos primeros grados, en los cuales nuestra labor principal habría de ser la de llevar a esas almas la verdadera contrición y detestación de sus culpas, con la enmienda sincera y generosa y franca de ellas, sin pensar por el momento en filigranas de perfección; si bien el medio eficaz para conseguir este objeto puede ser el horror al pecado, no sólo por sus terribles consecuencias, sino también por los frutos de la gracia y de la Redención de Jesucristo, cuyo amor infinito al hombre contrasta tan espantosamente con nuestra ingratitud.

Ya esta labor «vocis tonitruí», voz de los novísimos, suele ocupar preferentemente el celo y la actividad de los confesores y predicadores.

No hace aun dos semanas, y permítasenos esta pequeña digresión, uno de nuestros queridos colegas nos decía: «Tenemos una idea muy equivocada de nuestras campesinas (y también de nuestras aristócratas, decimos nosotros) creyendo que no poseen madera de santas, y también de nosotros, creyéndonos sin arte ni maña para sacar de ellas una perfecta estatua de Santa Teresita».

Cierto, Hermano mío, muy cierto lo uno y lo otro; equivocados andamos los que creemos que nuestras campesinas y aristócratas de hoy no tienen pasta de santas, como las que Dios, en los siglos pasados, ha glorificado en el cielo y en la tierra, y equivocados también los que creemos que en nuestra vocación sacerdotal no ha entrado la gracia multiforme y el mandato de Dios, de conducir a estas almas por los caminos de perfección. Equivocados completamente los que creemos, que son de naturaleza, espíritu y talento diferente las heroínas de ayer y las infelices de hoy, y equivocados nosotros los que creemos tener sólo la misión de manejar el trueno de los novísimos, dejando para los privilegiados de Dios el manejo del arpa y de la cítara.

Bien está que con las almas que caminan pisando el barro y metidas acaso en él hasta el cuello, seamos celosos y las ayudemos a salir de aquél maloliente cieno, limpiándolas con la gracia y bañándolas en la Sangre de Cristo... Pero, Hermanos queridos, ¡por esa misma Sangre de Cristo! sabed que no termina ahí nuestra misión con esas y otras almas; que no hay sacerdote, por infeliz que se crea en su humildad, que no pueda emprender decididamente su obra con las

almas de los otros dos grados, y haga «prósperamente avanzar y reinar» a muchas de las que, con traje de campesina y de señorita, ocultan un alma y un cuerpo capaces de ser transformados en bellas estatuas de María y de Jesús.

Así como en el primero y segundo grado viven arrastrándose entre la vida y la muerte (pecado y gracia) legiones de almas, cuyo miserable estado a todos nos da compasión; otra legión, acaso no menos numerosa, de almas vive estancada y como anémica entre la espiritualidad y el mundanismo, siempre a ras de tierra como ave sin alas, sin decidirse a elevarse, por no querer vencerse.

«Unum tibi deest». Una cosa les falta a estas almas, para ponerse francamente en seguimiento de Cristo: el desprendimiento.

He ahí nuestro inmenso campo de acción sacerdotal, campo seleccionado escrupulosamente. En él encontrareis almas flojas y ruines, que, al insinuárseles la renuncia al mundo mundano, os volverán la espalda, como el joven del Evangelio...Pero no faltarán otras, que, como el publicano Mateo, a la primera invitación, dejaran el peligroso «negocio», y seguirán a Jesús.

Con ellas hemos de engrosar las filas de nuestra amada Obra; con ellas y con las que son ya hermanitas hemos de trabajar...

San Sebastián, Marzo de 1946.

ANTONIO AMUNDARAIN.

CONSULTORIO

¿Alianza de más amplitud?

¿No podía formularse, en el Reglamento de la Alianza, un artículo con fines más expresos y algo amplios, para que aun otras jóvenes piadosas se alistasen en sus filas? Puesto que (dirán algunas) el apostolado de la pureza, ese ya lo hago yo, mediante el ejemplo y la palabra, sin pertenecer a la Obra.

- Respondemos con un **NO** rotundo, subrayado y con mayúscula.

Sobre los fines de la Alianza, en pocas palabras, ya se habla suficientemente en los artículos 6, 7, 8, y en su comentario del Reglamento vigente.

Tenga V. muy en cuenta, que el fin y el objeto supremo de la Alianza, no es *acción*, ni *apostolado*; no es *obrar*, sino *vivir*.

Si no fuese así, como fines podríamos aducir, en cierto sentido todas las obras

parroquiales que encajan perfectamente en la Obra y están indicadas ampliamente en el capítulo VI del Reglamento.

Ya lo sé, casi todas las grandes Instituciones apuntan en su frontispicio, como fines de su fundación, las obras de apostolado a que están destinadas:

misiones, enseñanza, reformatorios, enfermos, etc. ¡Muy bien!...

«Vos autem non sic». El fin *primario* de la Alianza no es su apostolado. Una cosa es la esencia de la Alianza y otra muy distinta es su apostolado. No vayamos a confundir nunca los fines de la Obra con las obras de celo a que se dedica, aunque por esta razón estas tengan que quedar un poco veladas; eso no nos importa.

No queremos que a la Alianza vengan las almas por la golosina de tal o cual apostolado; las engañaríamos y nos engañaríamos.

La que viene a la Alianza, ha de venir, oígame bien Hermano, a VIVIR perfectamente, en su máxima totalidad, la vida cristiana, puesta en cuadro vivo por Jesucristo y predicada de modo magistral, para todo el mundo, por San Pablo y demás apóstoles; incluidas, eso sí, sus especiales características de pureza, amor y sacrificio, porque ese, y no más es su destacadísimo FIN.

Y en este sentido, todo lo que hemos escrito en el primer capítulo de nuestro folleto «SIC FACITE», podía constituir el contenido del artículo que V. nos pide y que sobra, porque todo ello, abreviado en cuanto ha sido posible, está ya incluido en el art. 8.º y su comentario, que trata de la *vida cristiana*.

Y para que vea V. que la Obra de la Alianza, en estos veintidós años y pico, no se ha salido ni un ápice de aquel nuestro primer pensamiento acerca de este fundamento, lea reposadamente lo que escribimos en el primer cuaderno de la Obra, allá en el año de 1925, tratando de sus fines:

«PRIMERO.- Establecer la más perfecta unión... entre

las almas generosas... que quieren elevar sus miras y enfocar todos sus afectos y energías espirituales en la persona de Jesucristo, entregándose por completo a su *Amor*, por medio de un total *desprendimiento* (sacrificio), renuncia absoluta de los placeres de la carne, incluso de los lícitos en el matrimonio, por amor a la más perfecta *pureza* de cuerpo y alma.

» SEGUNDO.- Hecho así el vacío del corazón... y alcanzada la pureza..., tratarán de avivar el fuego del amor; pues su oficio es AMAR. Amar a Jesús... en especial allí donde no es amado: en la calle, en la fábrica, en el taller, en la escuela, en la oficina, etc... La «esclavita» (la aliada) es un incensario de oro lleno de brasa divina, y por donde ella pasa, perfuma, quema y abrasa.

» TERCERO.- Proporcionar a todas las asociadas ambiente adecuado a sus *elevados ideales*, asegurando la unión entre ellas..., haciendo que todas, a pesar de vivir en sus casas, participen del mismo espíritu...

» Aun fuera del claustro hay almas puras que sienten hambre de Dios y de

santidad..., almas que aspiran a la vida más perfecta y santa que la de un simple cristiano... Creemos estar en la verdad, al asegurar que estas almas selectas, separadas de las que no lo son..., puestas en íntima relación unas con otras, confederándose entre sí y formando una estrecha y espiritual *alianza*... pueden llegar a ser lo que una orden religiosa o instituto en tiempo de su mayor fervor.

» He ahí el motivo que nos impulsa a trazar a grandes rasgos las bases de lo que hemos convenido en llamar ALIANZA VIRGINEA o ESCLAVITAS DE JESUS POR MARIA».

Y ahora, a los veintiún años de vida, cuando la Obra asoma su cabecita por los bordes de su nido, ¿ahora añadidas atrayentes para que piquen otras almas?

No; la que quiera picar que pique, para ser: *un suplemento de Cristo Jesús en medio del mundo.*

A. AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Mayo 1946

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 38
AÑO VI

¡CUÁNTO PUEDE UN SACERDOTE!

Supuesto el plan y la clasificación que hacíamos en nuestro número anterior, el Sacerdote de la Alianza, con todo su ardor sacerdotal, debe lanzarse a labrar su campo, a sembrarlo y a cultivarlo, cuidando las almas que el divino Jardinero le ha encomendado.

Mas antes creemos muy necesario preparar su ánimo contra una idea: la del fracaso. Un cobarde o un pesimista poca cosa puede hacer en estos campos; la idea del fracaso ha detenido a muchos operarios...

Todo sacerdote debe convencerse de que en su pequeñez puede mucho.

La obra sacerdotal en sí, por muy humilde que parezca, siempre es grande, porque es la «obra de Dios» por excelencia. Las obras puramente humanas en general se cotizan por su exterior, por su brillo, por su aparato; de ahí que sufran tantas equivocaciones y desilusiones. Las obras de Dios, por el contrario, fuera del mismo Dios, nadie puede exactamente medirlas y ponderarlas en su valor. Muchas sorpresas nos esperan, queridos Hermanos, en el día de la cuenta.

El sacerdote tiene, entre otras, la especialísima «gracia sacerdotal», gracia que responde a su estado; la eficacia de esta gracia, si por nuestra culpa no la estorbamos, es de un poder tal, que nos hace a pobrecitos hombres (pobres pescadores aquellos primeros) capaces de transformar un mundo entero de infieles.

San Pablo ha reconocido y confesado esta gracia, cuando dice: «Gratia autem Dei sum id quod sum, et gratia ejus in me vacua non fuit, sed abundantius illis ómnibus laboravi: non ego autem, sed gratia Dei mecum» (I Cor. XV, 10).

Sin ella es Saulo el perseguidor de Cristo; con ella, Pablo, el apóstol de las gentes. Sin ella nosotros somos nada y menos que nada; con ella, con la gracia de nuestra vocación sacerdotal, sacerdotes, apóstoles, transformadores de almas.

Y esa gracia, «secundum mensuram donationis Christi» (Ephes. IV, 7.) y según su divina voluntad, la tenemos todos los sacerdotes desde nuestra ordenación. ¡Oh, si supiéramos hacer buen uso de ella! ¡También nosotros, como Pablo, «abundantius illis», con fecundidad asombrosa, trabajaríamos por las almas!

Ningún seglar, por bueno que sea, tiene esta gracia. Con ella a nosotros nos ha distinguido y elegido el Señor, «ut eatis et fructum afferatis» (Joan. XV, 16.).

Nos hace falta, queridos Hermanos, un poco más de fe; fe en la divinidad de nuestro sacerdocio, fe en la fuerza de la voluntad de Cristo que tan unido va con nosotros, fe en la eficacia de esta gracia que nunca es estéril en el sacerdote fervoroso, fe en la sublimidad y grandeza de nuestro ministerio, fe en la asequebilidad de las almas que Dios, con admirable providencia, pone muy cerca de nosotros y fe en el poder sacerdotal sobre ellas; fe, Hermanos amados, en nuestra gracia sacerdotal.

Dios no puede fracasar en sus secretísimos planes. Dios, allá primero, puso en manos de unos pescadores la obra estupenda de la evangelización del mundo; y se logró entre prodigios y maravillas. Después, con las mismas garantías de éxito y de triunfo, ha puesto esa misma obra en manos de sus sucesores, los Obispos y sus sacerdotes, y esta obra colosal, a través de los siglos, prueba la eficacia de la gracia divina. Luego hoy nosotros podemos lo que aquellos y estos han podido; una misma es la gracia que a ellos y a nosotros asiste, «secundum mensuram donationis...», y según las necesidades de los tiempos.

Hermanos nuestros, y de la misma pasta, fueron los grandes apóstoles de la Iglesia en todos los tiempos. En Francisco Javier, Vicente Ferrer, Diego de Cádiz y el Maestro Ávila, y mil y mil otros de menos lustre y esplendor, ha sido la gracia, y no otra cosa, el secreto de sus portentos en las almas. En ellos «gratia Dei vacua non fuit».

¿Por qué lo es acaso en nosotros?: ¿Será quizás porque nos fiamos más de nuestro saber excelente y de nuestra galanura y elegancia en el

decir, que de la eficacia de la gracia divina? ¿Qué nos dice la vida apostólica prodigiosa del modestísimo Cura de Ars, San Juan Bautista Vianney?

¿Es acaso por falta de una digna y perfecta disposición, debido a lo cual la gracia pasa en nosotros resbalando y no llega a transformarnos y divinizarlos?

¿O tal vez porque no es tan pura y elevada nuestra mira y nuestra intención, y, en vez de buscar la gloria de Dios y el bien de las almas, mendigamos nuestra propia gloria vana y el bien y lucro personal terreno?

¿O que tenemos a la gracia, como el avaro al dinero, metida en el arca de nuestras almas, sin explotarla a buen precio, por pereza, por comodidad, por apatía, por flojedad; condenados a tener que decir, que «gratia Dei in me vacua fuit»?

Estamos plenamente convencidos de que no hay sacerdote, por modestísimo y escasísimo que se crea en su saber y decir, que no cuente con un caudal muy respetable, capaz de hacer en las almas verdaderas transformaciones.

¿Cómo se lo recuerda San Pablo a su discípulo Timoteo, cuando le dice: «Noli negligere gratiam, quae in te est, quae data est tibi per prophetiam cum impositione manuum presbyterii...» (I Tim. IV, 14) «Admoneo te, ut resuscites gratiam Dei, quae est in te per impositionem manuum mearum» (II Tim. I, 6.).

La gracia sacerdotal, «per impositionem manuum presbyterii», es todo el secreto de todas las maravillas que vemos en las almas. Y ese secreto está en nuestras manos... ¡Y tenemos fracasos!...

¡Oh, si creyésemos en ella! ¡oh, si la poseyésemos en toda su plenitud, «secundum mensuram»! ¡oh, si no la estorbásemos!... ¡oh, si la explotásemos en nuestra medida, no más! ...

San Sebastián, Mayo de 1946.

ANTONIO AMUNDARAIN.

CONSULTORIO

La Alianza como Jesús

¿No le parece a V. que las aliadas han de ser de vida mixta, y no solamente contemplativas?

-De mala gana vamos a entrar en esta materia, querido Hermano; no porque no queramos, cada cual se queda con su particular punto de vista, y aquí...

Los maestros tratan de dejar bien definida la doctrina sobre la superioridad o inferioridad de ambas vidas, activa y contemplativa. La escena de Marta y María, en su castillo de Betania, ha ofrecido ocasión a comentarios interesantes sobre la materia...

Con todo, yo pienso que un cartujo está muy bien en su centro dentro de la vida contemplativa, y que para él no hay cosa mejor. En cambio, un apóstol misionero que no encuentra tiempo ni aun para tomar su frugal sustento con reposo, cree casi perderlo, si no lo emplea en buscar las ovejas perdidas de la casa de Israel. En Marta, dirá éste, no se condena

su dinamismo, su actividad y grande afán por servir al Maestro, sino la imperfección de la misma actividad, la excesiva inquietud y turbación, el desmedido afán y derramamiento a muchas cosas...

El Maestro divino en María se inclina a favor de la vida contemplativa, dirán unos; la Iglesia en nuestros tiempos señala los caminos de una gran actividad, replicarán otros.

¿Por dónde tira la Alianza?

La Alianza ha adoptado un camino, que ni es de sola María, ni solo de Marta. Por eso, se equivocan los que creen a las aliadas *contemplativas* y no más. Aunque no lo parece, la vida de la Alianza es vida MIXTA; entiéndalo V. bien, vida MIXTA; pero en esta *mixtura* (¿me admite V. la palabra?) predomina más el elemento *contemplativo* que el *activo*; cabal y exactamente es así la vida de Jesús.

Ni María, ni Marta, sino Jesús es el perfecto modelo de un santo y de un apóstol. Y la hermanita ha dicho: «yo como Jesús». Y Jesús, desde el pesebre de Belén hasta su bautismo en el Jordán, es «un cartujo de nuestros días», hombre de trabajo y de oración, hombre contemplativo. Para dar principio a su vida pública, todavía le parece poco lo acumulado en sus treinta años de contemplación, y se interna en una vida absolutamente contemplativa; y aun después, en sus ininterrumpidas actividades de apostolado, para que no se disipe (hablamos humano modo) deja plantadas muchas veces a las masas que le siguen, y se esconde en las cuevas, o, renunciando al sueño, se pasa las noches en blanco, dedicado a la oración y contemplación en los huertos y en las montañas...

La Alianza es una Obra, que quiere seguir las huellas del divino Maestro, muy de cerca y pisando sobre ellas.

Por eso, la Alianza, desde el primer artículo de su reglamento hasta el último, se ha propuesto marcar a las almas que a ella pertenecen, con

insistencia machacona, los caminos de la vida contemplativa, o sea, de una vida puramente espiritual en proporción de un *setenta* por *ciento*.

El fin *directo* de la Alianza no es formar *apóstoles*; escúcheme otra vez: la Alianza no va *directamente* a formar apóstoles; va, con todas las armas y medios de que dispone, a formar directamente, en los troqueles de su LEMA, almas *santas*; pero –fíjese– no en el claustro, no en la Cartuja, sino en la calle, en el pueblo, en el campo, en medio del mundo. Y como la santidad es amor, es celo, es fuego, un alma santa en la calle, en medio del mundo, necesariamente será *apóstol*.

La alianza va a forjar almas *santas*; es nuestra misión y la de todo sacerdote de la Alianza, y de ella por sí, como el fruto de la rama, saldrá el apóstol.

Y ahí tiene V. con toda verdad la vida *mixta* de la Alianza; como la de Jesús...

A. AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Junio 1946

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 39
AÑO VI

Francamente ascetas¹

La interesante conferencia doctrinal de nuestro Hermano M. I. Sr. D. Mariano Laguardia, titulada «El moralista y el asceta», inserta en el folleto «Manjar de Alianza», contiene perfectamente desarrollada esta importante materia, cuya lectura recomendamos a todos nuestros queridos Hermanos, Sacerdotes de la Alianza.

Con el fin de dar firmeza a lo que vamos a decir en estas cuartillas, nos permitiremos copiar de aquella las siguientes frases: «Es un hecho evidente y unánimemente atestiguado que en nuestros tiempos existen ansias de espiritualidad mucho más que en otras épocas de la historia de la Iglesia, y es mucho más extenso el sector de almas, que, aun en medio del mundo, buscan sinceramente la perfección».

En efecto, la Alianza toda ella es alianza de almas que, aspirando a la perfección evangélica, tienen hambre de espiritualidad; el ejercicio de espiritual ascetismo es su vida propia de Alianza:

En la clasificación que hacíamos en el número del mes de Marzo pasado, de cuatro clases de almas que se nos ofrecen en nuestro ministerio, de confesores, la Alianza ocupa la de aquellas almas «que, evitando habitualmente el pecado venial deliberado, aman la virtud, son sólidamente piadosas, han roto con el mundo y están decididamente resueltas a luchar contra las seducciones y vanidades del siglo».

Nuestra misión con estas almas, tanto en el confesonario, como en los Retiros y Casas de Formación, no debe reducirse a un simple examen y juicio de sus faltas, para absolverlas, puesta una saludable penitencia y una explicación catequística más o menos interesante y oportuna. Con eso solamente no cumpliría su misión el «Sacerdote de la Alianza».

Director de la Alianza o director espiritual de almas selectas de la Alianza, es el sacerdote a quien nos dirigimos, el cual, con la advertencia y conciencia de la misión que ejerce, debe entregarse a una labor positiva transcendental de perfeccionamiento y santificación de estas almas .

Dice muy bien el autor de la «Práctica de la Dirección Espiritual», también militante en las filas de los Colaboradores de la Obra: «El Director es más que un simple confesor, pues éste se limita a perdonar los pecados y dar a lo sumo algún consejo relacionado con lo que pueda exponerle el penitente, y aquél se encarga, además, de encaminar al alma hacia la perfección cristiana...».

Y esto es cabalmente ser asceta en su verdadero sentido.

La Ascética, guardando íntimas relaciones con el Dogma y la Moral, es una rama especial de la Teología, que los Maestros llaman ciencia de los santos, pues de los santos que la vivieron, nos viene; ciencia espiritual, porque forma almas de espíritu, almas interiores; ciencia práctica, arte de la perfección, arte de las artes, cuyo fin es conducir a las almas a la perfección, por continuo y constante ejercicio, esfuerzo, trabajo espiritual. Su objeto es recoger de la doctrina de Nuestro Señor, de la Iglesia y de los Santos, cuanto se refiere a la perfección de la vida cristiana, a su naturaleza, su obligación, los medios de adquirirla, y coordinar todos esos elementos de manera que formen una verdadera ciencia; ciencia a la vez especulativa y práctica, que se remonta hasta el Dogma para explicar la naturaleza de la vida cristiana; pero especialmente práctica, porque investiga los medios que se han de emplear para fomentar dicha vida, y, en manos de un director, es un verdadero arte, que consiste en aplicar con tino y constancia los principios generales a cada alma en particular. «Ars artium, regimen animarum» (Cnf. Tanqueray, «Ascética y Mística», Introducción).

Y no es nada menos, queridos Hermanos, la misión y la labor del Sacerdote de la Alianza, en cuanto se ordena a la instrucción y dirección de las almas que pertenecen o quieren pertenecer a la Obra.

«Son las mismas almas, nos decía no ha mucho un fervoroso colega, las que nos fuerzan y obligan a revolver libros, adquirir la ciencia de la espiritualidad y vivirla, si queremos cumplir nuestro deber de maestros de las almas».

El haber tropezado con almas pertenecientes a la Alianza, ha obligado a más de uno de nuestros Hermanos a tomar en serio este importantísimo negocio de la dirección, que tal vez creímos era cosa exclusiva de Directores de Seminarios, Noviciados y confesores de monjas. Todo sacerdote de la Alianza tiene que ser francamente asceta, porque este es el campo que el Padre de familias le designa para su cultivo.

Pero no se asuste nadie, que la Alianza no exige ningún título o grado de Universidad, para poder desempeñar esta delicada misión...

Es cierto, y doctrina es de Santa Teresa, que el que ha de dirigir las almas ha de procurar tener letras y santidad. Tal vez hoy no es tan difícil como entonces, poseerlas ambas, dado que hay abundancia de obras escogidas, digeribles, relativamente fáciles y al alcance de cualquier mediano talento, y en ellas, con un poco de diligencia y buena voluntad, puede adquirirse esta ciencia con suficiente fondo y extensión, para guiar nuestra amada grey. Y quien tiene buena voluntad para adquirir la ciencia, sabrá tenerla paralelamente para aplicársela y practicar la santidad. Ambas van unidas y ambas deben poseerse en su grado, si no queremos hacer el lamentable papel del ciego que guía a otro ciego, con riesgo de caerse los dos en el hoyo.

Nuestras aliadas, excepción hecha de alguna a quien Dios quiere marcar con carismas particulares más subidos, van por caminos de sencillez evangélica. Son almas claras, transparentes, simples, sin complicaciones, que siguen a Jesucristo, como el niño a la madre o la oveja al pastor. Por eso no plantean, en general, problemas complicados y difíciles.

Esto no obstante, su vida no deja de tener, en su especial modo, sus puntos delicados, sobre los cuales es menester estar avisados y suficientemente ilustrados.

Entre nuestros Hermanos tenemos que reconocer hay gente muy madura y experimentada, sabia y de muchas letras en la ciencia de las almas. A estos tales no venimos a dar lecciones; mejor nos cuadra recibir de sus labios lo mucho que nos falta. Nos dirigimos a esos colegas humildes que, creyéndose menos que nosotros, nos piden orientaciones y normas prácticas, que no están concretamente expuestas en el «Manual de Formación Aliada». A su deseo respondemos, con la sencillez habitual.

Trataremos sobre puntos prácticos acerca de la espiritualidad de nuestras hermanitas, y sobre el modo de enfocar esta vida en ellas.

Por favor, que nadie nos tenga por maestros. Daremos solamente lo que el único Maestro quiera darnos primero.

San Sebastián, Junio de 1946.

ANTONIO AMUNDARAIN

(1) Con este nombre queremos entender aquí toda la trama de la vida espiritual

CONSULTORIO

¿Por qué rodear de tanto misterio la propaganda de una Obra de tanta gloria de Dios?

-No es sólo V., mi querido Hermano, quien nos dirige esta pregunta. Estos mismos días, en nuestra visita por los Centros de Castilla, nos han vuelto a preguntar con sorpresa sobre este misterio.

Tenga V., en cuenta lo primero, que el misterio de este secreto no es en todas partes tan misterioso. Algunos de nuestros Hermanos lo llevan excesivamente oculto, lo cual da lugar a cábalas injustificadas de las gentes, sospechando incluso la existencia de alguna ramificación de sectas tenebrosas con artimañas diabólicas de piedad. Eso perjudica a la Obra.

No hay razón para ocultar la *existencia* de una obra que se llama «Alianza en Jesús por María», con tal que se guarde el secreto de la vida que esas almas llevan en la Alianza. Es obra bendecida por Dios y por la Iglesia, y ese refrendo la justifica, para que pueda

¿Masonería blanca?

presentarse en toda buena sociedad.

Pero hay por lo menos tres razones, para que la Obra no se pueda vocear en las calles, ni en los púlpitos siquiera.

1.^a) La vida interna de la Obra, su oposición con el mundo que la persigue y, de modo especial, el cultivo de la virginidad; la hermanita es una joven, *virgen consagrada* a Dios. Y estas joyas, al menos en el mundo de hoy, no se pueden llevar pendientes de la solapa; no hay más remedio que llevarlas veladitas...

Vea V., lo que decimos en nuestro folleto *Sic Facite*, (capítulo III, apartado III): «La Alianza predica y pone muy alto, lo más alto, la VIRGINIDAD, y esta joya no se vende en mercados públicos. Siempre ha sido un secreto de Dios, que revela a quien es llamado a guardarla. Sobre ella ha dicho el Espíritu Santo la conocida frase: «Qui potest capere, capiat»; y desgraciadamente «paucissimi capiunt».

Gracias a Dios, hoy en nuestros púlpitos comienza a oírse más el suavísimo nombre de la *virginidad*; el tema sobre la virginidad va siendo frecuente en nuestros templos; los predicadores no tienen tanto «pudor» para hablarnos de los encantos de la pureza angélica. ¡Bendito sea Dios, que en esto ya hemos avanzado...! Pero, comprenderá V. perfectamente que no es lo mismo desarrollar este tema *general* en un púlpito, y hablar en particular de una Obra y de unas almas, que hacen profesión de virginidad en sus casas...

2.^a) Se trata de llevar gérmenes de esta virtud al mundo corrompido; una de estas vírgenes tiene que meterse en una fábrica, en un taller, en una oficina, en una escuela, en un tren, en una calle, en una plaza, etc. y alternar con personas que desgraciadamente no tienen tacto para sentir las delicadezas de esta divina virtud, y de otras que estas almas poseen. A lo más saben - y eso necesariamente deben saberlo - que son almas finas, almas honestas, delicadas, modestas, puras; pero de eso no pasan.

Cuando vengan tiempos en que la virginidad sea

reconocida públicamente como el más rico patrimonio de la Iglesia y de la sociedad, entonces la Alianza podrá levantar más su misterioso velo. Entre tanto, no hay más remedio que familiarizar a estas almas a recorrer con su modesto candelabro las galerías de las catacumbas...

3.^a) La oposición de los benditos papás y escrupulosas mamás. ¿Sabe V. los mil rodeos y disimulos que tienen que inventar estas pobres aliadas, para que en sus casas no se den cuenta de semejante «cofradía»? ¡Cuántas hermanitas tiene la Alianza, cuyos padres no pisan la Iglesia, cuyas madres se desmayan cuando oyen hablar de monjas y de medio-monjas, cuyas hermanas son unos muñecos de escaparate y cuyos parientes... tanto mejores cuanto más lejanos!

Diga V. a cualquiera de esas personas que su hija, su hermana, etc. es aliada, y que aliada quiere decir «virgen consagrada a Dios», que no puede tener novio en toda su vida, que ha renunciado para siempre al matrimonio, etc., etc. y verá V. lo que hacen con esa pobre hija, hermana o pariente; verá V. el martirio a que la

someten, hasta que, a buenas o a malas, la fuercen a entregar las insignias de la Obra, pintarse y echarse al mundo, o fugarse a un Convento.

Y como en ciertos pueblos es fácil enterarse de todo, allí no hay más remedio que guardar el misterio en su mayor sigilo.

Acaso en ciudades populosas podrá correrse más este velo. Pero como V. comprende, por hoy el mundo no está para derramar por sus calles estas margaritas, porque por ellas... ¡casi se nos escapa decir que gruñen muchos puercos...!

A. AMUNDARAIN

El fallo definitivo

Pocos han aceptado nuestra invitación. La tribuna no se ocupa; siempre está libre. Los ocupados deben de ser nuestros Hermanos, que no cuentan con tiempo para llenar un pequeño espacio de esta tribuna...

Ahí esperábamos nosotros la opinión, siquiera de la mayoría, sobre si era o no conveniente organizar nuestros actos sacerdotales aliados, aparte de los que organizan la Unión Misional del Clero y la Unión Apostólica. Muy pocos han dado a conocer su opinión, y de los pocos que la han dado, se deduce suficientemente que esta es contraria a nuestra reunión, por este año.

Esto no obstante, no nos sufre el corazón la suspensión total de nuestros simpáticos actos sacerdotales en el presente verano.

Y parece que tampoco la Providencia consiente en que nuestra Organización deje pasar en silencio un año entero, sin darnos la mano, si no todos,

siquiera un buen número de Hermanos, y caldearnos en esta fragua espiritual fraterna.

Pero a última hora recibimos un aviso urgente en el que se nos dice que, por causas, que a nosotros no nos corresponde examinar ni juzgar, se han tenido que diferir para otro año las solemnidades que la Unión Apostólica tenía acordadas cabe el Santuario de la Gran Promesa de Valladolid; quedando nosotros en libertad de organizarlas para los Sacerdotes de la Alianza.

Como el aviso, que es de ayer, nos ha cogido completamente desprevenidos y casi resignados a desistir de nuestros propósitos, no podemos en este número de SEMINATOR, que ahora mismo va a la máquina, adelantar a nuestros queridos Hermanos nada en concreto.

Sólo esto nos sale de nuestro corazón:

a) Que todavía abrigamos la esperanza, y pondremos todo

nuestro interés en ello, de que la Alianza Sacerdotal celebre, donde sea, y como sea, algún acto regional, siquiera de íntima Convivencia fraternal, y, si es posible, algo más.

b) Que con esta misma fecha escribamos a varios de nuestros Hermanos a la vez, con el fin de ganar tiempo, para que nos informen sobre la posibilidad de celebrarlo en alguna de sus residencias.

Oremos y laboremos.

A. AMUNDARAIN.

Seminator Casti Consilii

Julio 1946

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 40
AÑO VI

SOBRE LA ORACIÓN

Es, a nuestro modo de entender, uno de los actos más transcendentales de la vida de una hermanita, la práctica constante de la oración mental, tal como se prescribe en el Reglamento de la Alianza.

Conforme a lo dicho en el número anterior de SEMINATOR, vaya sobre ella nuestra primera instrucción, la cual, para mayor claridad, dividiremos en tres partes: La oración y su necesidad, métodos de oración mental y la oración como acto del boletín de anotaciones.

La oración y su necesidad

La oración de la hermanita, pues a ella exclusivamente nos referimos, es oración de un alma consagrada a Dios, oración de una virgen, de una esposa de Cristo; oración de intimidad, de confianza entre dos que se aman; de expansión de dos corazones, de dos esposos; de comunicación, de conversación, sin etiqueta, franca y llana, entre dos que siempre viven juntos, se entienden, se sacrifican y se dan...

Lo primero que nosotros, los sacerdotes, debemos hacer con estas almas es convencerlas de que la oración es la más fácil de todas las cosas.

«Para orar, dice Meschler (Vida Espiritual, 1er. Principio), no debe uno ser sabio, ni elocuente, ni rico, ni estimado... ni tener devoción sensible...».

«Para orar, basta únicamente conocer (un poco) a Dios y (otro poco) a sí mismo. Lo único que hace falta es tener algunos pensamientos, algunos deseos y finalmente algunas palabras... ».

«Orar es hablar con Dios... dicen algunos ascetas que la oración es un discurso hecho a Dios, una audiencias con él. Demasiado elevado

parece esto. Muchos no saben hacer un discurso ordenado, y eso de audiencia es algo así como cosa de etiqueta. Tenemos que habernos en la oración, como en una conversación familiar con un buen amigo a quien queremos de veras».

Los hombres echamos a veces a perder la oración, y la hacemos difícil y desabrida...Digamos a Dios lo que tenemos en el corazón y tal como lo tenemos en él, y la oración será buena...

Nos cuesta convencer de esto a las almas, tal vez porque no acabamos de convencernos a nosotros mismos. ¡Cosa que hace un niño, un labriego, una viejecita...!

Su necesidad...Leed a San Ligorio, Santa Teresa, San Ignacio. La oración para la hermanita es como el aire para sus pulmones; sin el oxígeno de la oración, el corazón virginal de la hermanita se asfixia y muere. Vivir una vida pura, espiritual y elevada en un mundo materialista, corrompido y vano sin el ejercicio de la oración, es del todo imposible.

El secreto de la vida de la Alianza en medio del mundo es su espiritualidad, y ésta radica principalmente en la oración.

Nuestros Hermanos deben insistir sobre la oración, y los que tienen el cargo de calificar los boletines adviertan paternal y enérgicamente a las que en sus boletines acusan descuido o flojedad en aquella.

«Para reformar el hombre sus costumbres y trasformarse y mudarse en otro varón –dice Fr. Juan de los Ángeles- no hay ejercicio ni camino como el de la oración. La experiencia de cada día nos tiene enseñado que, al paso que ande la oración, a ese anda la vida espiritual, como el mar y la luna... ».

De una u otra manera la hermanita debe orar necesariamente, si quiere vivir en su totalidad el verdadero espíritu de la Alianza.

Método de oración

En nuestro «Manual de Formación Aliada» (cap. IV, apart. VII) hemos dedicado varias páginas a este importante tema. Allí hemos dicho que nosotros no tenemos predilección por ninguno de los métodos que los Maestros nos presentan.

Lo que sumamente nos interesa y, bajo nuestra responsabilidad, rogamos a todos nuestros Hermanos, es que no hagan difícil, complicado y excesivamente sistematizado a las sencillas almas de la Alianza, este elemento tan trascendental y necesario de la oración.

Es una grave equivocación querer encaminar a todas las dirigidas y a todas las hermanitas de un Centro por el camino, por el que nosotros nos sentimos movidos y llevados.

«Los diversos grados o maneras de oración (dice el P. Arintero en su librito «Grados de oración», art. II) son como diversos talentos espirituales que Dios nos da... Cada cual debe orar según la manera especial de oración que Dios le da y señala, y no de otro modo; porque esto sería salirse del orden y plan divino».

En el libro de los «Coloquios entre Cristo y su esposa», que los críticos atribuyen a San Juan de la Cruz, en el coloquio 238 se dice:

«Son muchos y varios los caminos de oración por donde lleva Dios a las almas, a las cuales deben mucho atender los que las gobiernan, para llevarlas por ellos, y no por los que a ellos se les antoja. Y la regla para esto sea mirar lo que al alma hace más santa y más perfecta; y ese camino siga, porque ese es el camino por donde Dios quiere que se vaya».

«Si mirasen mis siervos (palabras del Esposo), que no son uno solo, sino muchos los caminos por donde yo traigo a mí las almas; y si mirasen que la Celestial Jerusalén tiene, no una, sino doce puertas; y si mirasen que en la casa de mi Padre no hay una, sino muchas moradas; y si mirasen que la tierra de los corazones fructifica en diversas partes diversos frutos, no uno; no se cansarían en balde en querer llevar las almas todas por un camino, y entrar por una puerta, y tener una misma morada y fructificar un mismo fruto. La tierra fría es buena para una manera de fruto, y la caliente para otro».

«¿No te acuerdas que en el repartimiento de mis gracias a uno di un talento, a otro dos, a otro tres, a otro cuatro, a otro cinco? No sé para qué se cansan algunos siervos míos en querer que tenga dos talentos a quien yo no di más que uno; y que tenga tres a quien yo no di más que dos; y que tenga cuatro o cinco a quien yo no di sino tres o cuatro. Más fuerte es mi vocación que la suya, y así, aunque ellos llaman las almas a uno, poco les servirá, si yo las llamo a otro: salvo de traerlas arrastradas y en tormento, queriendo ellas seguir su

doctrina como humildes y obedientes, y no pudiendo resistir, por otra parte, a la fuerza de mi espíritu, que les enseña y lleva a otro».

De manera que si mis siervos y ministros no procuran entender por donde yo llevo al alma; y ellos después no se conforman conmigo dando doctrina conforme, y no diferente y contraria, en vano trabajan; porque se ha de hacer al fin lo que yo quiero y no lo que ellos».

A mis queridos Hermanos interesa esta doctrina de tan buen maestro. Las almas en la Alianza, aunque esta es una, son muy distintas en su espíritu, en sus modos, en sus caminos y en sus talentos y, por eso, su oración, como su vocación y su santidad, no puede ser la misma, y estos modos y grados no nos toca a nosotros marcar, sino a Dios que distribuye libremente sus dones...

La oración como acto del boletín

Habrán advertido nuestros Hermanos que cuantas veces hacemos mención de la oración en los distintos artículos del Reglamento, decimos «oración mental», y no simplemente «meditación». Llamamos con preferencia oración, porque creemos ser más genérico que meditación; añadiendo mental, para distinguirla de la vocal, ya que, además, la hermanita tiene prescritas oraciones vocales, que se hallan coleccionadas en su Oracional.

Con lo cual damos a entender que la oración, como acto del boletín en la Alianza, no ha de ser sólo y rigurosamente meditación, según el método corriente indicado por los maestros y hoy en uso, sino todo trato del alma con Dios, toda intimidad afectuosa, toda ocupación santa, espiritual, sabrosa de la mente y del corazón, toda atención, advertencia, presencia y habla interior amorosa del alma con su Dios, etc.

Debiendo, para esto, clasificar cuidadosamente las almas entre principiantes, a quienes conviene metodizar y puntualizar la oración para no exponerlas a ilusiones y equívocos; aprovechadas, que llevan tiempo de formación en la Obra y tienen adquirido hábito de oración, a quienes no debe atárseles tanto a un método o sistema, sino hacerles elegir aquella oración que las haga más santas y perfectas, y las dé más conocimiento de sí y de Dios; y perfectas, en quienes deben

estudiarse las diferentes mociones que obra el Espíritu Santo, dejando obrar libremente a este secretísimo Maestro.

De donde concluimos, que será buena oración para anotarla en el boletín reglamentario, la que hace la hermanita que echa mano de un libro y se recoge en su celda en silencio con su Amado. Buena es también para el mismo objeto, la que, junto a su Sagrario, mirándole y sorprendiendo su mirada, hace la hermanita, avivando su fe, admirando su presencia real y entregándose a su divino amor. Buenísima es, igualmente para este fin, en la que, prolongada su acción de gracias después de comulgar, queda la hermanita en el rincón de su iglesia, «digiriendo» y «asimilando» aquel divino Manjar, en santísimo reposo, en el que quizás nada dice ni oye, sino que cree, espera, confía, agradece, ama y se ofrece. Buena oración, cuando la hermanita, rendida por el trabajo del día, se busca una tregua en un rincón, y, sin más libro que su Cristo, a quien estrecha contra su pecho, o estruja en sus manos, o besa repetidamente con sus labios, se «entretiene» gimiendo, suspirando, hablando y callando, regándolo con su sudor, descansando en sus llagas y amándole y consolándole y gozándose en El.

También es buena oración para el boletín, la de aquella hermanita enferma que, en la soledad de su lecho, de día y de noche, no hace ni dice otra cosa que un ardiente «fiat voluntas tua», que lo repite, lo piensa y lo practica, entregándose y viviendo entregada.

En una palabra

Que la Alianza abarca muchas clases de almas, en muy diferentes circunstancias y trances, a quienes es imposible marcar un mismo camino, un mismo plan y un mismo método de oración. La «mesura donationis Christi» en la Alianza es variadísima.

Dos son los puntos, sobre los que con preferencia nuestros Hermanos deben fijar su atención: 1.º) En si la hermanita obra con recta intención, con verdadero interés y anhelo de santidad, con generosidad, fervor, voluntad y ansia de aprovechamiento, poniendo en juego todos los medios que halla a su alcance para avanzar y unirse a Dios. Esta alma de todo sacará partido y de mil maneras podrá recogerse en la oración y la hará provechosamente.

2º) *En si, al contrario, la hermanita es alma inconstante, no ordena la vida, es floja y poco abnegada, pierde el tiempo, se derrama fácilmente, es curiosa, no se vence, suspende sus actos, los aplaza, los retrasa, los deja para última hora... La oración en esta alma, a cualquier método que se quiera ajustar, dejará mucho que desear, y en la mayoría de los casos, no será oración ni para el boletín ni para Dios.*
San Sebastián, Julio de 1946.

ANTONIO AMUNDARAIN

CONSULTORIO

Non sunt multiplicanda entia...

¿Le parece del agrado de Dios y para su gloria, el que existiese, con el mismo espíritu de nuestra Obra, aunque independiente, una Congregación Religiosa que teniendo un fin especial suyo, acogiese al mismo tiempo a tantas hermanitas que sienten vocación al claustro?

- No vemos ni del agrado de Dios, ni para su gloria esta nueva Fundación que V. nos brinda.

Tenga V. en cuenta que es muy vieja esta consulta, y que nos la han repetido toda clase de personas, ellos y ellas, seculares y religiosas, y casi todas, ocultando su nombre y procedencia a la sombra de algún seudónimo. Poco más o menos, nos han repetido lo siguiente:

«La Alianza no tiene suficiente estabilidad, y es preciso que el grado de internas, sea rigurosamente vida religiosa»...

«No está completa la Alianza, y es menester añadir otro grado más, elevándola así a la cima de la vida religiosa»...

«Siendo la Alianza un semillero de vocaciones, sería muy fácil crear una gran Congregación Religiosa con los mismos fines y espíritu que aquella. ¡Qué maravilla sería!»...

Y V. nos habla ahora de la conveniencia de una Congregación religiosa con sus fines específicos independientes de nuestra Obra, que tuviese la misión de *acoger* a las hermanitas de vocación...

Ya no esperamos más, porque nos vendrán con nuevas proposiciones.

A todos podríamos contestar con una brevísima respuesta, que podría ser esta: Todas esas proposiciones, cuyos autores se cubren con el seudónimo, obedecen, a que no se han dado cuenta de lo que es la Alianza: no han caído en la cuenta de que ya la Alianza en

sí, dentro de sus propios límites, sin necesidad de ningún apoyo extraño, desde el primer peldaño hasta la cumbre, es obra completa y acabada de perfección y santidad.

Repase V. (porque una vez por lo menos lo habrá leído), repase V. detenidamente, la página 75 del «Manual de Formación Aliada», y, si V. quiere, la anterior y la que sigue, y verá que la Obra no necesita ninguna añadidura, ni grado nuevo para vivir su vida y subir y elevarse en ella.

No creemos que nos llame Dios a fundar otra nueva Congregación Religiosa. Todo lo contrario; venimos con la pretensión de probar claramente al mundo la posibilidad y la *realidad* de la verdadera santidad dentro de la vida puramente seglar en medio del mundo. No quiera V. confundir nunca la Alianza con la vida religiosa. La Alianza no es obra fundada para señalar a las almas el camino del Convento, sino el camino de la santidad *seglar*; no el de la virginidad del claustro, sino el de la virginidad del campo y del valle.

Si a la hermanita le nace la vocación religiosa, como de

hecho acontece con muchísimas, tiene ya, no un solo Instituto, sino cientos de ellos donde poder *encajar* la suya, la que Dios le señala.

Quiere V. una Congregación que, teniendo su fin propio especial (como lo tienen las demás), acogiese a las hermanitas de la Alianza que tienen vocación religiosa, con lo que habríamos de cerrar la puerta a las ya existentes. Y ¿qué adelanta V. con eso, fuera de crear conflictos, peligrosas emulaciones, celos y recelos y tal vez hasta envidiejas entre las unas y las otras?

Que no, carísimo consultante, que no; que la Alianza no viene al mundo a crear conflictos, ni a sembrar zozobras y temores en unos y otros sectores. La que quiere ser religiosa, se va a donde Dios la lleva, y la que no, se queda tranquilamente en la Alianza, porque a la Alianza la llama Dios, y con linderos definidos y claros...

Y para terminar, y para tranquilidad de todos los consultantes. ¡Si cabalmente, con el actual procedimiento, venimos a resolver admirablemente el problema

que ellos nos plantean en favor de la Alianza!

No una Congregación, ni dos, ni veinte, sino tratamos de que *todas*, todas las Congregaciones y Ordenes Religiosas sean la cima de la Alianza, su cumbre, su apoyo, su defensa, su recinto *acogedor*, como ha de suceder, Hermano amadísimo, como ha de suceder, cuando en los años sucesivos, antes que las hermanitas sean *viejas*, todos los Conventos y

Comunidades estén integrados por una mayoría aplastante de hermanitas.

Entonces, hermanitas dentro y hermanitas fuera, Alianza dentro y Alianza fuera... ¡Todas una Alianza! ¿Para qué más?...

A. AMUNDARAIN

Seminario Casti Consilii

Agosto 1946

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 41
AÑO VI

La Santa Misa

Gracias a Dios, juntamente con el espíritu litúrgico, viene despertándose entre las almas la tendencia hacia el estudio y participación del Santo Sacrificio de la Misa.

Los que hemos saludado la Sagrada Teología conocemos, desde el Seminario, la grandeza, la importancia trascendental y la utilidad del incruento Sacrificio de la Misa.

Y desde que somos sacerdotes y rozamos con las almas, vivimos cada día más penetrados de este tremendo misterio, y convencidos de que nuestro acto cumbre sacerdotal es la Santa Misa y que en ella se consuman las relaciones íntimas que el sacerdote, como tal, tiene entre Dios y los hombres.

Mejor que nadie, sabemos nosotros que, si el mundo está en pie, es porque hay en medio de él una Víctima infinitamente santa que honra, glorifica y adora, con adoración y alabanza divinas, a la Majestad de Dios, que justamente reclama la adoración de toda la Creación. Que hay un Corazón inmolado para rendir incesante tributo de alabanza y de acción de gracias, cumpliendo el deber de gratitud que hacia Dios tiene el hombre. Que aunque son innumerables e inmensos los pecados del mundo, hay una propiciación infinita, una reparación y satisfacción inagotables. Que esta Hostia pacífica y pacificadora está continuamente implorando en nuestro favor la misericordia de Dios que se abre con todos los tesoros de gracias, en la medida que el mundo la necesita para su actual redención.

Sabemos que el sacerdote es por excelencia sacerdote, para ofrecer a Dios este sublime y valiosísimo Sacrificio por sí mismo y por las almas.

Mas ¡oh, dolor!, muchas almas, hasta muy piadosas, no han caído todavía suficientemente en la cuenta de la sublimidad maravillosa, de la importancia y de la necesidad de este divino Sacrificio. Es que nosotros, los verdaderamente llamados a ello, no les hemos descubierto, y mucho menos explotado con el debido interés, esta riquísima mina.

A ninguno de nosotros ha de extrañar el que tan fácilmente se descuide el precepto dominical de oír la Santa Misa y el que en días de labor sean tan pocas las almas que asisten al Santo Sacrificio. Si no saben lo que encierra este estupendo misterio, si algunas almas confunden la Misa con una función vespertina...

El uso del misal y la publicación de algunos libros que tratan de este importantísimo tema, ha despertado hoy bastante el interés y la devoción a este piadosísimo ejercicio y la asiduidad a él. Sin embargo, todavía queda labor interesante para nosotros los sacerdotes.

¿Qué hacer?

Distingamos dos campos: el campo nuestro, sacerdotal, y el campo de las almas.

En lo que afecta a nosotros: se impone un estudio a fondo de la Teología y de la Liturgia de la Santa Misa. Entresacamos, dejando otros muchos, los temas importantísimos siguientes: El sacerdocio de Cristo.- El sacrificio de este divino Sacerdote.- Las relaciones del Sacrificio cruento de la Cruz y del incruento del Altar.- La Víctima en ambos Sacrificios.- El valor, los frutos y la aplicación a las almas de este Sacrificio.- Nuestra Misa.- Nosotros y nuestra Misa, en orden a nosotros y en orden a las almas.- Los tesoros en sí infinitos de Cristo en las manos del Sacerdote en favor de las almas...

¡Qué temas estos de estudio y de meditación para un sacerdote, cuyo oficio es ser sacerdote, sacrificador!

Liturgia de la Santa Misa: estudio del significado de cada una de sus partes.- Su variadísimo texto.- Sus oraciones.- Sus ceremonias.- La actuación del sacerdote en el altar.- Su piedad.- Su fervor.- Su atención y compostura...

En lo que afecta a las almas: a) Ordenemos una serie de instrucciones y hablemos a las almas de este importantísimo tema de la Santa Misa; expliquémosles, desmenuzando todos sus puntos... ¡Qué

poco hablamos de la Misa!... Las almas la oyen casi por instinto, porque el Espíritu Santo se la revela, porque las arrastra hacia ella una piedad que casi no se la explican; pero no porque nosotros se la hayamos ponderado mucho.

b) Facilitarles el modo de oírla todos los días. Siempre que un deber mayor no nos lo impida, ponernos a disposición de las almas, estableciendo, hasta con sacrificio nuestro, las horas más oportunas para ellas... ¡Qué responsabilidad la de aquel sacerdote que olvida el bien de las almas y mira su propia comodidad, escogiendo la hora de Misa que a él le conviene, haciéndosela imposible a las almas!

Hemos conocido hermanitas de la Alianza, maestras de pueblos que, obligadas a abrir la escuela a las nueve de la mañana, no podían oír Misa ni comulgar, porque su buen Cura no se quería molestar en celebrársela a las ocho y media.

c) Como acto del boletín y de Reglamento, la Santa Misa es obligatoria a todas las hermanitas de la Alianza. A esto deben prestarse los sacerdotes, porque a la hermanita le importa muchísimo oírla, si es posible diariamente;

1.º) porque en la feligresía no existen almas que puedan unirse tan eficazmente al sacrificio del altar y por él a Cristo Víctima, como una virgen consagrada a Dios. La hermanita es la hostia viviente, santa, pura e inmaculada que se inmola, con un «Suscipe Trinitas, hanc inmaculatam hostiam»...y que por manos del sacerdote se ofrece en el mismo sacrificio a Cristo, cuando éste se inmola en el altar. ¡Oh, si conociéramos el misterio de esta doble hostia!... ¡Si supiéramos formar a las almas en orden a este su sacrificio unido al de Jesús Hostia! ¡Si conociéramos el valor de este complemento!...

2.º) La hermanita, para ser hostia pura de Cristo, tiene necesidad de Cristo-Hostia y de su incruento sacrificio. La hermanita-hostia puede, cuando quiera, inmolarse a Dios, pero nunca mejor que unida a Cristo-Hostia en su sacrificio, porque entonces los dos se completan.

*Además, la virginidad se consagró y tuvo su fecundidad al pie de la Cruz de Cristo. Las últimas gotas de sangre que salieron de su Corazón no debieron **de** tener otro fin, las debió de recoger su Madre Virgen.*

El mundo es tierra infecunda para flores virginales; el Calvario, bajo la sombra de la Cruz y del Crucificado, es el nuevo paraíso, regado por la sangre divina, donde el nuevo Adán ha hecho germinar las castas generaciones; estas viven, crecen, prosperan y perfuman hoy, como ayer, participando del mismo sacrificio y del mismo cáliz en el altar.

Hermanos, ¿queréis Alianza en vuestro pueblo? ¿queréis vírgenes hostias en vuestra parroquia, en vuestra iglesia? ¡Regadlas con la Sangre de Cristo, haced que participen del mismo Sacrificio...!

San Sebastián y Agosto de 1946

ANTONIO AMUNDARAIN

Lamentables equivocaciones

Vista la seriedad de la Obra de la Alianza, me asalta un pequeño remordimiento. Entre las almas de mi dirección espiritual, amantes de la virginidad y ya resueltas a seguirla, yo siempre he procedido de esta manera: Cuando son jóvenes, en la flor de su edad, y tienen buena salud, disposición y medios, mi primera proposición es siempre hacia la vida religiosa; nunca se me ocurre otra cosa... Pero, cuando estas almas parecen ya mayores, y veo que difícilmente se han de amoldar a las reglas de un Convento, o que ha pasado el tiempo de solicitar el ingreso en Religión, o que tienen poca salud, poca disposición o no van a ser útiles a una Congregación religiosa..., entonces no vacilo en decirles: Para ti nada más adecuado que la Alianza; entra en ella.

¿Aprueba V. mi conducta?

- ¡Qué lejos anda V. mi querido Hermano!...

Vamos por partes. A) Distinga V., ante todo, entre las almas amantes de la virginidad, que se sienten llamadas a guardarla, íntegra y para siempre, y las ilusionadas con la vida del matrimonio o simplemente con la vida del mundo en el sentido mundano.

Haciéndolo así, procede V. perfectamente; es la primera distinción necesaria para llevar a cabo algo en las almas; si bien, en eso mismo, le daría yo a V. un consejo, que lo dejo por ahora en el tintero.

B) Distingue V. entre la gente joven, prometedora, bien dispuesta, flexible, de buena salud, medios, capacidad, etc., y la que es ya madura (más-dura), hecha a un «modus vivendi», a quien no sienta bien un hábito y una correa.

También en eso le admito la distinción, que, a la verdad,

es importante y digna de tenerse en cuenta.

C) Que a las primeras, jóvenes, flexibles, capaces, etc., las encamine V. a la vida religiosa, y a las otras, pobrecitas, las facture sin compasión para la Alianza... Amigo mío, eso ya no se lo paso.

Le han contagiado a V. algunas... ¡vaya! diremos, almas caritativas, que dicen –me lo han dicho a mí mismo- que la Alianza es obra excelente y oportuna en nuestros días, porque muchas almas que no *sirven* para la vida religiosa, se pueden recoger piadosamente en esta Obra, y realizar siquiera parte de sus ideales.

¡Se equivocan ellas y se equivoca V., Hermano mío!

Puede suceder –yo lo admito- que en la Alianza quepa bien alguna de estas almas, a quien no le venga tan bien el hábito; alguna a quien asuste el sayal y la correa, y no le asusta una modesta bata; alguna, a quien le ate un deber sagrado de familia, etc.

Pero, pensar y decir que la Alianza sea sólo, tan sólo para tales almas, y no más, es una

garrafal equivocación, que perjudica gravemente a la Obra y a las almas.

En tal concepto la Alianza sería un refugio para las infelices inútiles, cobardes y fracasadas, una especie de asilo caritativo para ellas.

No amigo mío; quien pensó en la creación de una Alianza, no se detuvo ahí, ni fue ese su ideal soñado desde años atrás.

La Alianza es, fíjese bien, la realización perfecta del pensamiento de San Juan Crisóstomo, el cual, y con él sus contemporáneos, San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo y otros, prescindiendo completamente del estado religioso, hablaron y escribieron las sublimes excelencias y prerrogativas de la virginidad, sin exigir a nadie el deber y la necesidad de abrazar la vida de un Monasterio.

La Alianza es, óigame de nuevo, la vocación de la virginidad, y, en la virginidad, la perfección evangélica, y, en ésta, el amor más ardiente y más puro a Cristo Jesús, lo mismo *fuera* que *dentro* del claustro.

¡Oh, Hermano mío! –y aquí tiene V. el consejo que le he ocultado más arriba- en su divinísimo ministerio sacerdotal de confesor y director de almas, no espere nunca a que las almas se le adelanten a decirle que sienten preferencias por la virginidad, para en seguida encaminarlas V. hacia un Convento. ¡Oh, eso no! Fuera de algunos casos, que los habrá, no debe V. esperar a que el alma se insinúe y se declare amante de la virginidad; adelántese V. a descubrir ante sus ojos la senda que conduce a las bellezas y fragancias de los lirios del valle; deje para luego las preocupaciones del claustro y hágase apóstol de la pureza virginal...

¡Ah, qué mina ésta, y que nadie, o casi nadie explota! ¡qué cosas me vienen a la punta del lápiz!...

La Alianza es...- un poco de paciencia, Hermano-, la Alianza es la escuela de la virginidad, de la perfección evangélica, y por ahí del amor a Cristo Jesús.

Miles de almas han recibido esta influencia virginal en la Obra. De ellas, unas se *quedan* definitivamente -¿me entiende?- se quedan, no sólo las inútiles, sino todas las que Dios llama, y otras se van al claustro, y se van, porque Dios las llama también.

Hay *vocación* para aliada y *vocación* para religiosa.

A. AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Setiembre 1946

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 42
AÑO VI

El boletín de actos

Sobre la importancia de esta diaria anotación de los actos reglamentarios que a la hermanita corresponde, según los distintos grados, se ha hablado ya en diferentes ocasiones.

Las hermanitas ya lo saben; a ellas, con mucho acierto, ha dedicado nuestro hermano, el Vicedirector General, un interesante folleto, que explica con los más minuciosos detalles todo su mecanismo.

Sobre su valor y eficacia dice lo siguiente: «El boletín de actos... es la cuenta gráfica que las hermanitas dan trimestralmente a los respectivos Directores de la Obra, sobre el cumplimiento o incumplimiento de los referidos actos».

»Tiene importancia más de lo que parece a primera vista. La tiene, porque, si para la perfección es tan importante la práctica de los actos de piedad que contiene el boletín, no puede menos de ser muy importante el dar cuenta de haberlos cumplido por medio de dicho boletín.

»Pero, aun la forma gráfica que se adopta, reviste suma importancia, ya que el tener que anotar el cumplimiento de esos actos sirve a las hermanitas de poderoso estímulo y acicate para hacerlos.

»Dos pruebas podemos aducir para destacar la importancia del boletín:

»1.^a La repugnancia que se siente, cuando hay que entregarla con anotaciones poco satisfactorias, en particular con actos voluntariamente omitidos, y

»2.^a La maravillosa relación que existe entre la fidelidad de la mera entrega del boletín y la observancia de otras disposiciones reglamentarias, hasta el punto de poderse afirmar que hermanita floja

en la anotación y entrega de su boletín, es floja también en el cumplimiento de otros deberes de aliada».

»Ofrece otras ventajas el boletín: 1.ª Pone en ejercicio la obediencia... 2.ª Mantiene la humildad... 3.ª Favorece el plan de vida... 4.ª Da ocasión a muchas mortificaciones... 5.ª Cooperera a la vigilancia de sí mismos ... 6.ª Asegura la perseverancia en la virtud».

Hasta aquí nuestro querido Hermano. Y nosotros añadimos que no vendría mal otro folleto dedicado a los Directores y encargados de revisar y clasificar los boletines conforme se manda en el Reglamento de la Alianza.

Si admitimos las razones con que se prueba arriba la importancia del boletín y sus anotaciones diarias para una hermanita de la Alianza, debemos también admitir las que se aducen para probar la importancia de las calificaciones que, bajo su firma, hace de cada uno el sacerdote encargado; porque son las mismas.

La práctica del boletín no se completa, mientras no se responde con la nota firmada de la calificación respectiva.

La hermanita que va anotando los actos diarios en su boletín, que no sabe si llegará a su Director, o si éste, sin abrirlo siquiera, lo va a echar en el cesto de los papeles viejos, hace un acto de obediencia reglamentario completamente indiferente e infructuoso. No pone en ello interés alguno; casi le importa lo mismo llenarlo de cruces o de ceros; es un mero requisito que, si cumple, es porque así lo manda el reglamento.

Pronto a esta hermanita le entrará el fastidio; luego, la pereza, y por fin, el abandono. Total, se dirá con mucha razón, ¿para qué tomarme la molestia de anotar mis actos, si luego van a parar en la estufa o en el cesto?

Y he ahí cómo la hermanita deja de practicar un acto muy importante de su vida de aliada; lo que en breve acarreará el enfriamiento lento y total, exponiéndose a una vida de tibieza y flojedad, si es que, por fin, no llega a darse de baja en la Obra..., y todo por un descuido, acaso no advertido, de los que tenemos el sagrado compromiso de llenar la hoja de calificaciones.

Nosotros estamos persuadidos, por experiencia propia - pues, también nosotros entregamos nuestro boletín de actos unionistas en manos de un Presidente - de que toda la eficacia y fuerza del boletín

está en ver, a vuelta de correo, cada tres meses, unas letras de puño y letra del Director, que da testimonio de nuestros fervores o de nuestros descuidos y flojedades.

Tan pobre es nuestra erudición, que no nos basta que sea sólo Dios testigo de nuestros actos, sino que necesitamos los vea, examine y apruebe o corrija un hombre puesto para avisarnos y guiarnos.

Y ¿qué decir de aquellas hermanitas dispersas, que viven solas, a quien nadie atiende, que con nadie se comunican? Si encima sus boletines no tienen respuesta de un buen padre, ¿qué les queda?

Más importante y de mayor provecho que dar un par de pláticas en el «Retiro», nos parece el que los Directores se tomen la molestia de calificar escrupulosamente los boletines de sus hermanitas.

Algunos de nuestros Hermanos se han creído que la media hora, o una entera, que dedican a la revisión y calificación de los boletines de sus aliadas es tiempo poco menos que perdido, y que interesa más dedicarlo a otros mil ministerios de su respectivo cargo.

Se equivocan, se equivocan –lo decimos dos veces- porque ahí se esconde, bajo apariencias de padre espiritual, el mismísimo demonio. Es una de sus astutas coladuras, con resultados para él en verdad sorprendentes y estupendos.

Conocemos Centros numerosos, cuyos Directores llevan escrupulosamente este servicio en favor de sus hermanitas, y es cosa probada que ellas ponen toda su diligencia en llenar sus boletines y entregarlos a su debido tiempo, con notorio aprovechamiento de su espíritu aliado.

Supóngase el Director que cada una de nuestras hermanitas se acerca a su confesonario y le da esa cuenta llana y escueta de sus actos bien hechos, omitidos por fuerza mayor o abandonados culpablemente. Creemos que, en su misión de simple confesor - más, si es director espiritual- no se haría el distraído, sin dejar de decirle una palabra de aliento o de amonestación. Eso, y acaso un poco más, estimamos nosotros esa RAYITA, sólo ella, que, bajo su firma, traza el Director o su Delegado, en la hojita nº X, de la hermanita que, por escrito y gráficamente, le da cuenta de sus actos bien o mal hechos.

¿Qué es tarea aburrida? No es más que la del confesonario. Y, aunque lo fuera... Somos pastores de almas escogidas, somos «Sacerdotes de la Alianza», llevamos acaso sobre nuestro corazón la

medalla de una Obra que vivimos y a la que ayudamos. Si queremos mostrarlo con hechos, debemos vencer y superar la tentación del aburrimiento, y cumplir generosamente este delicado servicio.

Pero... ¡si no cuesta tanto! Desde que se ha procurado facilitar todo lo posible este enojoso trabajo al sacerdote, con el nuevo sistema de incluir, en el mismo cuadernillo de boletines, las respectivas hojas de calificación, de suerte que cada hermanita, junto con sus tres boletines, trimestralmente incluya en el mismo sobre la hoja escrita y preparada, en la que el sacerdote sólo ha de trazar una línea bajo la calificación que los actos en conjunto merecen, y añadir su firma; lo que cabe hacer perfectamente en medio minuto.

En un Centro de 60 hermanitas, fijémonos: ¡cada tres meses, se piden al Director 30 minutos en favor de la Alianza! ¿Es mucho para uno que la ama de veras?

Granada y Agosto de 1946.

ANTONIO AMUNDARAIN.

La Alianza en Valladolid

Apenas hay ya suscriptor de SEMINATOR CASTI CONSILII que no lo sea también de *Lilium inter spinas*.

Esto nos dispensa de dar en nuestro boletín una reseña completa de todos los actos que allí han tenido lugar, ya que *Lilium* nos ha dado ya una noticia amplia y detallada de los celebrados a la sombra del Santuario de la Gran Promesa.

Pero tampoco nos parece bien el que SEMINATOR no dé a sus distinguidos lectores algún breve comentario de lo más saliente acaecido en aquellos días inolvidables.

Una de las más gratas y consoladoras impresiones que nosotros hemos sentido y recogido es la que nos produjo la presencia en el sagrado recinto de aquel templo de la Gran Promesa, de 300 vírgenes aliadas, durante veinticuatro horas casi sin interrupción, día y noche, en adoración ferviente y profunda.

Trescientas almas consagradas a Dios en cuerpo y alma, presentes, llenando la nave central, nos hacían *vivir*,

convertida en sublime realidad la misteriosa Promesa que el Corazón de Jesús hiciera un día al venerable P. Bernardo de Hoyos: «Reinaré en España con más veneración que en otras partes».

¿No era aquel un bello cuadro de su verdadero reinado en almas totalmente entregadas a Él y que, venidas de los cuatro puntos de España, representaban a miles de sus hermanitas que, como ellas, eran también tronos viviente de aquel divino Corazón?

¿No es la virginidad el primer trono de Jesús en el mundo? ¿no son las vírgenes en quienes el Corazón de Jesús reina de un modo más perfecto y pleno? ¿no es en ellas en donde el amor se entrega sin reservas ni divisiones al Amor?

¡Trescientas vírgenes aliadas, llenando aquel Santuario, no una sola vez y en un solo día, sino todos los días y siempre!, ¡qué homenaje tan divino y tan consolador sería para el divino Corazón!

¡El día en que Valladolid tenga trescientas vírgenes

aliadas dentro de sus vetustas calles!

¡Y aquella «Noche Santa», en la que no hubo turnos de vela, porque la vela fue única desde el comienzo hasta que terminó con la Reserva, Santa Misa y Comunión a las seis de la mañana!

¡Noche memorable, pasada en un coloquio seguido, en un acto de adoración permanente, en un ejercicio de amor ininterrumpido, en una reparación constante, en un darse recíproco de Aquel divino Corazón a sus esposas y de ellas, que muy bien entendían de coloquios, de adoraciones, de reparaciones, de amores y de entregas, ellas dándose a El...!

¡Oh!, ¡el día en que la virginidad reine en España con más profusión que en otras partes, reinará también en ella el Corazón de Jesús, como rezan las palabras de la Gran Promesa!...

Y ¡que magnífica preparación aquella divina noche, para entrar inmediatamente (después de unas horas de descanso) en aquella importantísima y trascendental Asamblea

General, en que la Obra de la Alianza había de resolver asuntos de tanta monta para su porvenir!

Jamás la Alianza se ha lanzado a una resolución, con tan solemne, prolongada, recogida y sobrenatural preparación... Si el acuerdo de trasladar a Madrid la sede de la Alianza, era, en verdad, uno de los más trascendentales asuntos que, hasta el presente, ha ventilado la Obra, también la preparación para acertar en tan delicado paso, había de ser, y ha sido, proporcionada a su magnitud e importancia.

Por eso, a nadie le es permitido hacer comentarios demasiado ligeros acerca de esta determinación, sin antes haber mirado serenamente todo este proceso de seguridades que en lo humano exige la más elemental prudencia, y la violencia hecha al Cielo con tan reiteradas súplicas anteriores, coronadas en el momento culminante con una NOCHE SANTA, la cual en nuestra voluntad, después de la gloria del Sagrado Corazón, no tuvo otra finalidad que el acertar en este tremendo paso.

Y a eso (gracia de Dios) atribuimos la suavísima paz que reina en nuestra alma, desde que hemos dado fin a todas las tareas de aquella jornada, confirmadas y ratificadas en el último acto eucarístico, a los pies del mismo Sagrado Corazón, horas antes de abandonar la ciudad de la Gran Promesa, por los dos Consejos Generales, saliente y entrante.

Nuestros Hermanos los «Sacerdotes de la Alianza», a quienes, como a nosotros mismos, interesan las cosas de la Obra, deben guardar en su

corazón esta nuestra confiada y fraternal confianza, permaneciendo tranquilos, como lo estamos nosotros, y ayudándonos a dar gracias incesantes al Divino Corazón de Jesús, y a pedirle las especialísimas que ahora necesita nuestro pobrísimo corazón, para que nos demos más enteramente a Él y a su santísima voluntad.

EL DIRECTOR GENERAL

Seminator Casti Consilii

Octubre 1946

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 43
AÑO VI

LA COMUNIÓN EN LA ALIANZA

Hoy no se discute la enorme trascendencia de la Sagrada Comunión para conservar y acrecentar en las almas la vida sobrenatural. Tampoco venimos nosotros tirando de nuestro lápiz, para convencer a nuestros queridos Hermanos, los Sacerdotes de la Alianza, de esta clarísima verdad. Por poco que hayan tratado con las almas, estas serán para ellos la prueba más contundente de la influencia que en las mismas ejerce la Comunión frecuente.

Desde que el inmortal Pío X destruyó los últimos baluartes del Jansenismo, en la Iglesia sigue sin interrupción la práctica de la Comunión diaria o frecuente, cuyos frutos ubérrimos se palpan afortunadamente en las almas piadosas.

Mas nosotros tenemos alguna razón especial para recomendar y ayudar esta práctica en la Alianza, a cuya breve exposición dirigimos estas líneas.

Ninguna hermanita ni sacerdote debe tomar como acto secundario la práctica de la Comunión diaria, viendo que en el boletín de actos ocupa su puesto entre los actos de consejo y no de obligación.

La Iglesia, con magisterio del Espíritu Santo, dispone que la Comunión sea siempre acto libre en las almas, con el fin de evitar ansiedades en las conciencias delicadas. Pero no por eso deja de recomendar con sumo encarecimiento su práctica frecuente en las almas sólidamente piadosas.

El canon 595 del Derecho Canónico está terminante y claro...

Las almas consagradas a Dios ya pertenecen a Él, y total y exclusivamente están dedicadas al mismo; son algo sagrado, cuyo oficio y destino es solo Dios. Y si bien es verdad que su consagración no depende esencialmente de la Comunión, la recepción frecuente de este Sacramento

ayuda poderosamente a mantener al alma en este altísimo rango, arrancándola y uniéndola estrechamente con el Señor.

Un alma consagrada a Dios debe vivir de Dios y para Dios, y ¿acaso no es la Santa Comunión, por excelencia, fuente de esta vida?

La virginidad tiene como especial manjar para su crecimiento y perfección la Sagrada Comunión; ella es, según expresión de los Santos Padres, la que engendra vírgenes, la que santifica, no solo las almas, sino también los cuerpos, y la que apaga el fuego de la concupiscencia y enciende la llama del divino Amor.

El triunfo de la virginidad en los primeros tiempos del cristianismo fue fruto de la Comunión diaria, de cuya fracción participaban todos, aun a costa de graves sacrificios.

* * *

Estas razones aplicadas a la Alianza tienen mayor relieve y mayor fuerza:

Doncella consagrada a Dios es la hermanita, y por su consagración está totalmente destinada y dedicada a Dios, a su culto, a su adoración, a su amor. La hermanita es un altar y una hostia, puesta, no en medio de un templo, sino en medio de una plaza. El ambiente exterior no la santifica, no la consagra, ¿de dónde le viene su defensa, su fuerza, su elevación, su quid celestial, angelical, divino, su seguridad y hasta el respeto y veneración a que se hace acreedora?, ¿no será acaso, con preferencia, de la participación fervorosa de la divina Eucaristía? En medio de un mundo paganizado, ¿cómo podrá vivir su consagración esta alma que ha profesado todo su amor a Dios, si no vive alimentándose del pan de los ángeles?

¿Dónde hallaremos el gran secreto de la virginidad, en medio de la corrupción del siglo, si no es en la Santa Eucaristía y en su frecuente comestión?

Indudablemente la flor de la virginidad en la Iglesia de Cristo es siempre fruto de la Eucaristía. Un corazón, abonado y regado por la carne y sangre de Jesús, produce lirios y azucenas. La Alianza no sería jardín, sino tierra seca y estéril, si no se alimentase a diario de este manjar celestial.

* * *

Además, ¿quién va a ser el asiduo comensal de nuestras parroquias?

Si el Padre de familias ha dispuesto con tanto afán y cariño esta gran Cena para sus hijos, y de día y de noche aguarda en la soledad de sus

Sagrarios a los convidados que, siempre ingratos, se disculpan para darse con preferencia a los negocios terrenos..., ¿quiénes van a ser las almas agradecidas que, con sus ricos vestidos nupciales, aceptarán y se sentarán a la mesa celestial, sino nuestras humildes hermanitas de la Alianza?

A unos la vanidad, el orgullo; a otros la ambición, la codicia, los negocios; a otros la sensualidad, los placeres...; a todos la pereza, van apartando y alejando, cada vez más, de este sagrado Convite. La Alianza que previamente ha renunciado a la vanidad, a la riqueza y a la sensualidad, es la llamada a sentarse a esta mesa divina: Y, ¡quiera Dios llegue pronto el día en que todos nuestros comulgatorios, hoy tan fríos y tan abandonados, tengan, aun en los más retirados villorrios, su grupito de convidados agradecidos!

La Alianza debe cumplir esta misión por especial vocación.

* * *

Nuestros Hermanos, los Sacerdotes de la Alianza, deben todos colaborar en esta gran empresa, comenzando con aquella interesante lección que San Juan de la Cruz da a cierta gente piadosa que más se busca a sí que al Señor: «Estos, en comulgando, todo se les va en procurar algún sentimiento y gusto, más que en reverenciar y alabar en sí con humildad a Dios. Y de tal manera se apropian a esto, que cuando no han sacado algún gusto o sentimiento sensible, piensan que no han hecho nada, lo cual es juzgar muy bajamente de Dios, no entendiendo que el menor de los provechos que hace este Santísimo Sacramento es el que toca el sentido; porque mayor es el invisible de la gracia que da, que, porque pongan en él los ojos de la fé, quita Dios muchas veces esotros gustos y sabores sensibles».

Los que son confesores y directores espirituales deben insistir muchísimo en que sus confesadas hermanitas comulguen, y que lo hagan, no sólo con el vestido nupcial indispensable, sino con ricos atavíos de boda.

Los Directores y Vice-Directores de la Obra harán por recordarles con repetidos consejos (no preceptos) las ventajas de la Comunión, su utilidad y aun su necesidad, para vivir con perfección la vida de consagración que un día hicieron ante esta divina Hostia, y, al mismo tiempo, la misión especial que, como vírgenes de la parroquia, tienen de participar, por amor y gratitud, de este soberano misterio.

Y los demás que colaboran en la Obra, elegirán con frecuencia por tema de sus pláticas y meditaciones este importantísimo acto de su boletín...

Y que todos nuestros Hermanos se ofrezcan de buena voluntad y hasta con gusto a dar todas las facilidades, para que todas las hermanitas, a pesar

de las grandes dificultades y obstáculos con que muchas veces tropiezan, puedan satisfacer este su anhelo y necesidad.

Y repitamos: La Alianza tiene necesidad de comulgar para poder vivir su vida.

La Alianza debe ser maestra y modelo, por lo que está llamada a enseñar a comulgar bien a otras almas con su ejemplo, compostura, recogimiento, modestia y gran pureza de alma.

La Alianza debe ser la primera en aceptar, con agradecimiento y amor, la invitación del soberano Rey que nos convida a su mesa.

Todo lo cual, en gran parte, depende de nosotros los sacerdotes...

Octubre y 1946

ANTONIO AMUNDARAIN.

Dos hermanos que viven

Humilde Coadjutor el uno, prestigioso Vice-canciller de Cámara el otro, pero ambos a cual más entusiasta de nuestra Obra, acaban ambos de morir para comenzar a vivir...

Al primero, D. Gregorio Eguren, debe la industriosa villa guipuzcoana de Placencia de las Armas un pequeño plantel de hermanitas, cuando aún la Alianza no se conocía apenas por aquellos contornos:

Al segundo, D. Lope Pérez Flores, debe Salamanca el riego fecundo de virginidad que ha contribuido a que florezca el Centro que allí se abre a

esperanzas cada vez más halagüeñas...

Por eso, al enviar las hermanitas de una y otra población su correspondiente necrológica, ponen de relieve el amor a la Obra que en el corazón de ambos latía, como un manojo perfumado de lirios en medio del espléndido ramillete de las virtudes que a uno y otro adornaban.

Ayer fue D. Andrés Vicente, el *santo* sacerdote de Zaragoza, como a boca llena le llamaban todos en vida y en muerte, quien se nos iba; hoy estos dos hermanos siguen sus huellas luminosas... Poco a poco, ya no habrá región española que, entre los «Sacerdotes

de la Alianza», no cuente en el cielo con alguno...

Si ellas, las hermanitas, irán en pos del Cordero, vestidas con espléndido ropaje blanco, cantando el cántico nuevo que sólo las

vírgenes pueden cantar, ¿será aventurado suponer que ellos, con blanquísimas vestiduras sacerdotales, acompañen al Cordero, rodeándole, como su Estado Mayor?

A.

CONSULTORIO

Nuestro apostolado

En la sección de consultas de SEMINATOR no he visto todavía nada acerca del apostolado de la Alianza. Somos muchos los que deseamos ver aquí clarita y cerrada una respuesta categórica sobre este tema siempre candente.

- ¡Caramba con la consulta! ... A los prevenidos de antemano es difícil darles una respuesta categórica de su agrado.

Le aseguro a V., carísimo Hermano, que si no ha sido en SEMINATOR, en varias otras publicaciones se ha dado respuesta ya sobre esta materia, unas veces breve y concisa, otras larga y difusa. Va a ser difícil añadir nada nuevo sobre

lo que ya llevamos dicho; pero es acaso Dios quien, una vez más, nos pide este pequeño sacrificio y lo vamos a cumplir con sumo gusto para gloria suya, bien de la Obra y satisfacción de nuestro consultor.

Vea V. si le place...

La Alianza lleva el siguiente orden y plan de valores en todas las obras de su apostolado:

a) Pone como primer principio y fundamento, como base y cimiento de sus obras de celo, el SACRIFICIO. Lo hemos aprendido en el Evangelio.

Después de los treinta años de preparación remota y de

los cuarenta días de penitencia como preparación próxima, dedicó Jesús tres años a un intenso apostolado; todo lo cual, mirándolo de tejas abajo, parece que quedó eclipsado y *frustrado* en su derrota final, sufrida en la tragedia de Jerusalén. Los pocos creyentes perdieron allí su fe, y el enemigo cantó la victoria.

Era necesario el sacrificio. Para conquistar el mundo y traer a Sí todo, era primero preciso que Jesús fuese levantado en la Cruz. Hasta entonces sus conquistas casi no merecían la pena de llamarse tales. Todo descansa en la cima del Calvario ensangrentado. Así mismo la Iglesia en sus principios tiene por cimiento el sacrificio de sus millones de mártires, que con su sangre regaron la siembra del Evangelio en todo el mundo.

Un apostolado sin sangre de sacrificio es una siembra infructuosa y estéril. El «*aes sonans aut cymbalum tinniens*» del Apóstol (1 Cor. XIII) podría hoy aplicarse a una parte de nuestro actual movimiento apostólico...

Toda el alma y todo el secreto de acción de la Alianza descansa en las víctimas que en

su seno se inmolan en silencio y olvido del mundo, a estilo de su encantador modelo, Teresita de Lisieux que se inmoló en su jardín y en su celda.

Yo firmemente creo en el apostolado de las tres mil aliadas, porque cabalmente un centenar de ellas riegan con sangre de inmolación la tierra donde las demás siembran; y siembran con fruto, aunque el mundo no lo vea.

b) En segundo lugar, la Alianza procura *vivir* lo que luego ha de *decir*. Y nunca quiere *decir* nada que antes no lo haya *vivido*.

Queremos dar en la Alianza aquello que ya hemos digerido. Nuestro ideal en este punto son aquellas palabras de San Lucas: «*Coepit Jesus facere et docere*» (Act. I. I.), es decir: Enseñar en la Alianza lo que en ella es ya sangre y vida. El objeto de la Alianza (lea V. su reglamento) es enseñar y hacer *vivir* a sus asociadas lo que, *vivido* y hecho sustancia propia, ha de mostrar al mundo.

La Alianza quiere hacer lo que los grandes modistos, los cuales, cada primavera y cada otoño, para enseñar al mundo femenino sus nuevas creaciones,

no se contentan con exponerlas en lujosos escaparates o revistas, sino que visten con ellas, no maniqués de cartón, que son cosa muerta, sino personas vivas, a quienes pasean por los grandes salones y vistosas avenidas, a fin de que sus creaciones tengan movimiento y sean una cosa viva.

La Alianza se pasea y se muestra en los salones y en las soledades, en las chozas y en los palacios, en el hogar y en la plaza, en la fábrica y en la tienda, en la oficina y en la escuela, en el atrio y en el comulgatorio, en la heredad y en el mercado público, y ahí exhibe sus grandes creaciones de pudor y de modestia, de sencillez y de delicadeza; de recato y de recogimiento, de piedad y de espiritualidad, de pureza y de mortificación, de amor a Dios y de celo por las almas, de vida cristiana y de santidad; y lo muestra todo, no como cosa abstracta y muerta, sino aplicada y concreta, en mil variedades, hecho y convertido en realidad palpable y *viviente*.

La Alianza tiene el deber de hacer lo que después quiera *decir* en privado o en la plaza pública; no venimos a enseñar

lo que primero no se ha *vivido*. Lo que sólo se oye, si a la vez no se ve, se toca y se graba, pronto se olvida...

c) Supuesto todo lo dicho arriba, la Alianza está dispuesta a todo trabajo y a todo sacrificio por la Iglesia y por las almas. La Alianza es misionera, apostólica, celosa de la gloria de Dios y pronta a ocupar el puesto, por humilde que sea (cuanto más humilde y despreciable, mejor) que la Jerarquía le designe, siempre que se le permita y se le facilite *vivir* lo que se le manda decir u obrar.

Jamás se niega la Alianza a cumplir todo lo que su reglamento determina en los artículos 37 y 38 y los comentarios que allí se siguen.

¿Quiere V. palpar algo de lo que hace la Alianza?

Una muchacha sirve en casa de un matrimonio protestante. Ha heredado una bonita fortuna y no tiene necesidad de continuar en su humilde oficio; pero se ha empeñado en convertir a aquellas dos personas y sigue prestando con fidelidad asombrosa sus servicios hasta verlas en el seno de la Iglesia,

convertidas y hechas fervientes cristianas... Y el Señor ha coronado sus anhelos y sacrificios espléndidamente.

En un cortijo vive una mezcla de hombres y mujeres, todos afiliados a secta tenebrosa. Uno de aquellos hombres cae gravemente enfermo. No hay modo de acercarse... Dos hermanitas de un Centro nuestro inmediato se ofrecen a rondar por aquellos contornos; rondan y rodean aquella desventurada mansión.

Con las armas de la caridad y de la simpatía se abren paso, penetran, conquistan, convierten al enfermo y a los demás, y un día, purificada aquella mansión de Satán, entra por sus puertas el sacerdote y con él Jesús Sacramentado, que es recibido por *todos* entre suspiros, lágrimas y protestas de amor que brotan de sus corazones.

¿Place? A sus órdenes, querido consultor.

A. AMUNDARAIN.

Seminator Casti Consilii

Noviembre 1946

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 44
AÑO VI

La Alianza ante el Sagrario

Mil ideas se precipitan sobre nuestra mente acerca de este tema.

La Alianza y el Sagrario son dos cosas inseparables. La Alianza es como un complemento del Sagrario, y el Sagrario la razón y la vida de la Alianza.

En el «Manual de Formación Aliada» (pág. 169 y siguientes) hemos expuesto con bastante extensión algunas ideas importantes sobre esta materia. Su lectura, lo mismo que a las hermanitas, puede también aprovechar a nuestros Hermanos.

La aliada nunca nos parece tan aliada, como cuando la vemos de rodillas ante su Sagrario parroquial. Ahí es donde la aliada da la más sublime lección al mundo cristiano. Porque la inmensa mayoría de los cristianos todavía no ha caído suficientemente en la cuenta de lo que significa y de lo que es un Sagrario ocupado, un Sagrario habitado.

La visita de la hermanita a su Sagrario es un bien señalado para sí, un bien para la Parroquia y un bien consolador para el mismo Jesús, que está allí por amor a ella y a todos.

Bien para sí

No vamos a decir cuál sea, entre todos los de su boletín, el acto más importante, trascendental y necesario para la aliada. No discutamos las excelencias y preferencias de estos actos. Basta que veamos que la visita para la hermanita es un acto de sumo interés.

La vida perfecta de una aliada requiere un ambiente espiritual muy diferente al que en el trajín de su vida diaria se ve obligada a respirar. La celda y el claustro de un convento ayudan a sus moradores

a mantener más elevado y más puro el ambiente que necesitan para su espíritu religioso; mas la aliada, en su vida puramente seglar, rodeada y envuelta por ese ambiente insano y pagano que despide el mundo de hoy, no puede resistir a su peligrosísima influencia sin una eficaz y poderosa reacción sobrenatural, que hallará siempre a punto en la hoguera divina del gran Sacramento.

Un alma virginal, consagrada a Dios, metida en una atmósfera glacial y corrompida durante la mayor parte de las horas del día, necesita todos los días, además de su recepción eucarística matinal, otra espiritual intensa y vigorosa en la fuente del Sagrario solitario, ejercitando allí preferentemente las tres virtudes teologales y una recogida y profunda piedad.

Es tan terrible y doloroso el contraste entre la vida de una hermanita y la del mundo moderno, que no puede haber alma de tan recio temple como el que hace falta para soportar el influjo bajo y grosero de aquel sin detrimento de su vida virginal, si no acude, como el ciervo a las aguas, a la fuente que nace en el fondo de su Sagrario y salta hasta la vida eterna.

¡Oh! Es ahí su lugar, su centro, su única celda que la guarece, la defiende, la sostiene, la guarda y la alimenta.

Sentada o de rodillas, junto a la solitaria lámpara, en silencio y recogida, contemplando con mirada sencilla de fe a su Rey y Señor... ¡qué bien está allí la hermanita de la Alianza!...

Bien para la Parroquia

A una buena señora le oímos decir una vez: «Desde que junto a nuestro Sagrario Parroquial veo yo todos los días un grupo de jóvenes piadosas que parecen los ángeles de la guarda de aquella mansión, me siento tan atraída a este rincón que, con preferencia a todos los demás Sagrarios, vengo a «éste y noto un no se qué, que me recoge y me infunde piedad».

Nosotros los sacerdotes, mejor que nadie, debemos reconocer la influencia de estas almas, guardianas del Sagrario, entre las sombras, el silencio y la soledad de nuestras Parroquias.

No es igual – lo decimos porque lo hemos palpado – no es igual para un alma, entrar en una iglesia solitaria, donde nadie da señales de

*vida, máxime si la lámpara no luce, donde todo suena a vacío, causa tristeza, recuerda a un solitario Getsemaní y hace pensar en que deben **de** ser descuidados y fríos sus parroquianos, o entrar en otra en que, desde el mismo pórtico hasta las gradas del altar, se siente y ve un ir y venir de almas fervorosas, como las abejas en torno de su colmena a las horas de pleno sol; unas saludándose a fuera, otras dirigiéndose al tabernáculo y otras en silencio, quietecitas, en habla íntima con su Dios y Señor.*

¡Cómo cambia el aspecto de una iglesia ese insignificante rebañito fiel de almas, que son vida, armonía, alegría, aliento, fervor y movimiento espiritual, y a cuya presencia ayuda a recogerse, aviva la fe, despierta la piedad y enciende el amor para amar como ellas aman!

¡Oh, si nuestros Hermanos cayesen en la cuenta de estos contrastes!

¡Qué distinto es un Sagrario muerto, con sólo la vida adentro, y el Sagrario vivo por fuera y por dentro!

¡Cuándo será el día en que los Sagrarios no necesiten de lámpara que los destaque, sino que basten los coros de las vírgenes parroquiales, ostentando en alto y en llama viva las lámparas de sus corazones!

¡Oh, Hermanos! ¡Cómo no trabajamos más en crear en nuestras iglesias estas lámparas de oro, cuya luz sea llama viva y luciente que no se apague y cuya vasija tenga reserva de aceite abundante para siempre! ¡No os duele que para distinguir la morada de Dios, trono de nuestro Rey, sea preciso poner, como signo indicador, una lámpara, puesto que sin este signo, cualquier otro altar reúne más gente, despierta más devoción y atrae más devotos?

Bien para Dios

¡Qué sólo está Dios en nuestros Sagrarios! ¡qué aburrido (íbamos a decir) debe de estar en ellos! ¡Cuánto debió sufrir a la vista de estas soledades, en aquella noche de divinos desbordamientos en que su amor le venció a quedarse en ellos!

En miles y miles de Sagrarios Jesús no tiene compañía de nadie. Y se lo decimos nosotros a las almas en quienes queremos despertar más

fe y más amor al Prisionero divino. Pero... ¿por qué no nos miraremos un poco nosotros mismos, arguyéndonos más dura y severamente?

El sacerdote es el que, con su asombroso poder, obliga a Jesús a bajar al altar, y el que, con nuevo asombro de insensibilidad, lo mete en aquel oscuro calabozo, y haciendo girar la llave se va a distraerse, dejándolo tal vez hasta la mañana siguiente o acaso toda la semana, completamente abandonado.

Si este hombre no procura encontrar compañía para ese Jesús, tiene muy poca fe y muy poco amor.

Si nuestros ministerios y trabajos apostólicos no nos dejan tiempo para pasar con frecuencia por la puerta de aquella prisión, procuremos siquiera que las almas virginales, unidas a los ángeles, hagan llevadero y hasta ameno el encierro de ese Dios, a quien nosotros hemos hecho preso y cautivo.

¡Oh, Hermanos! ¡Cuánto nos duele el que algunos de los nuestros lleguen a la insensibilidad o incomprensión de no querer abrir su iglesia unos momentos de la tarde o de la noche, para que las hermanitas de la Alianza de su feligresía puedan estar su buen rato con su amado Señor! ¿No saben que con esto hacen tres males: uno a esas almas, otro a su Iglesia y otro al mismo Jesús.

Domine, ut videam!...

San Sebastián y Octubre de 1946.

ANTONIO AMUNDARAIN.

CONSULTORIO

¡También las casadas!

¿Quiere Vd. darnos su opinión acerca de la admisión de señoras casadas selectas en la sección de Cooperadoras Escogidas?

La respuesta a esta pregunta merecía ponerla a la cabeza de este boletín; tal es la importancia que nosotros le damos.

Hágase Vd., esta cuenta, amigo consultor, y entérese bien de todo lo que vamos a decirle.

Desde que se pensó en cooperadoras – y este pensamiento no es de ayer – no excluimos nosotros a las buenas y perfectas casadas.

En Vitoria, por una muestra de afectuosa fraternidad, quisimos enterar a nuestros queridos Hermanos Directores del contenido del Reglamento que derechito iba a la censura y a la imprenta, y allí vimos que, a la protesta de algunos, no pusieron resistencia los demás, y nosotros, un poco contrariados, optamos por suprimir a estas buenas almas, y así salió el Reglamento vigente.

Pero, amigo mío, la idea y las razones que para eso teníamos de muy atrás, no se suprimieron tan fácilmente de nuestra cabeza, sino que bullían y nos empujaban al *ensayo*. Y éste se ha hecho durante todo lo que llevamos de año, con almas muy selectas de todos estados y de todas escalas. Sin buscarlas, fue el Señor quien nos las ha proporcionado aquí cabalmente, en la Cuna de la Alianza.

El programa de formación desarrollado durante todo este año, lo hemos coronado el pasado mes con una tanda de ejercicios, que han practicado todas en la Casa de Ejercicios del Santuario de Aránzazu, con resultado magnífico, perspectiva encantadora y esperanzas de grandes bienes para ellas y para la Obra de la Alianza.

Inmediatamente hemos pedido su autorizado parecer a nuestro Vice-Director General y a los cuatro Consultores, y todos ellos se alegran de que aquella idea no haya quedado enterrada, sino que lleve trazas de

convertirse en una consoladora realidad.

Y con tanto, querido Hermano, ya quedaba contestada su consulta; pero antes de que se me cuelgue Vd. con otra nueva, me la voy a hacer yo.

-¿*Qué razones ha habido para esto?*

Ahí las tiene Vd.

1.^a La Alianza es una cruzada en pro de la virginidad y castidad perfecta; su campo son las vírgenes con exclusión total de las casadas y hasta de las viudas. Esto ha creado en torno nuestro y de la Obra una especie de antipatía por parte de aquellos que trabajan con celo de apóstol, por la creación de matrimonios cristianos, castos y perfectos, y formación de hogares con sello de Nazaret.

Casi nos habían colgado el sambenito de que éramos medio herejes, partidarios de aquellos que en otro tiempo decían que las bodas eran invención del mismo diablo.

Para desvanecer estos equivocados prejuicios, conviene que la Alianza tenga su contacto con las perfectas casadas.

2.^a La Alianza lleva en su lema y como campo de apostolado el triunfo de la pureza en sí y en las demás almas. Este campo no se debe limitar a solas las jóvenes; por eso cabalmente en la oración por el triunfo de la pureza se incluyen niños, jóvenes, matrimonios, hogares y sociedad entera; porque la Alianza quiere purificar individuos y familias, hogares y sociedad.

Nosotros vemos un medio poderoso y eficacísimo para llevar gérmenes de honestidad y castidad a la familia, haciendo que la esposa y la madre cristiana reciban esta influencia, *cooperando* en ellas la Alianza con su peculiar espíritu.

3.^a La familia se está paganizando; razón tienen los que trabajan por la cristianización de la familia. La Alianza no se desentiende de esta labor hoy tan necesaria.

La Alianza es una copia de aquella primitiva vida cristiana evangélica que vivieron los primeros cristianos. Aunque las Cecílias, Inés, Priscas, son los más auténticos modelos e ideales de la vida de estas hermanitas.

Mas esta vida no es para tenerla escondida bajo el celemín, sino para irradiarla en la sociedad, y así lo quiere hacer la Alianza. La sección de Cooperadoras es una parte de esta irradiación, y ¡cómo la sienten! Y ¿por qué la Alianza no va a alcanzar con sus rayos a las esposas y madres cristianas, a fin de que ellas la irradien a la vez en sus familias?

4.^a La Alianza no dejará de ser perseguida, porque vive y vivirá en abierta oposición con el mundo y su espíritu perverso. No basta que nos defendamos nosotros mismos; necesitamos que, en medio de la sociedad, tengamos defensores. Que una virgen, una viuda salgan a defendernos es fácil de comprender; pero que nos defienda una esposa, una madre, una señora casada cristiana en plena sociedad, tiene mucha mayor fuerza.

5.^a Y ¿qué diremos de la madre Cooperadora escogida que, por amor a la Obra y a la virginidad, se ofrece a trabajar por esta excelentísima virtud, comenzando tal vez por sus propias hijas, como sabemos de una en tierras andaluzas, y extendiendo este apostolado

por las escuelas, catequesis, sindicatos, patronatos, etc.?

Una madre formada perfectamente en el ideal y en el lema: pureza, amor y sacrificio, ¿qué no podrá hacer?...

-Y ¿cómo hace Vd. la selección?

- Es la otra pregunta que nos imaginamos en Vd., y que completa su consulta.

Aquí nos parece está todo el secreto y toda la seguridad de la Obra.

Tratamos de Cooperadoras *Escogidas*, pues de las simples cooperadoras, o simples suscriptoras que pagan su limosna y se van, no hay cuestión.

Si toda Cooperadora, soltera o viuda en este grado, ha de ser *escogida*, con aspiraciones a la perfección y a la santidad, como reza el art. 16 de su Reglamento, las casadas, por la misma razón y aún mayor, han de ser almas que, a pesar de vivir en el matrimonio, fomentan en su corazón estos mismos anhelos de santidad.

Por eso, a estas se debe pasarlas bien por el tamiz de los siguientes requisitos:

a) Que conste de su voluntad actual de llenar plenamente todo el Reglamento, en todo lo que corresponde a las Cooperadoras ESCOGIDAS.

b) que se distingan especialmente en la observancia de los arts. 16, 19, 23 y 25 de su Reglamento;

c) que se exija de cada una de ellas y por escrito (si así lo cree necesario el Director Local del respectivo Centro) el consentimiento de su esposo.

Con estas condiciones, la admisión debe seguir los trámites siguientes:

a) Solicitud suya pidiendo la medalla;

b) votación *secreta* del Consejo Local e informe del Director o de la Directora, que deben pasar al Consejo Diocesano;

c) idéntico procedimiento de éste, que remitirá después todo al Consejo Nacional, a quien sólo corresponderá autorizar el ingreso.

Una Cooperadora escogida casada, tamizada así, creemos puede ofrecer suficientes garantías.

¿Qué le parece Hermano?
¿se atreve Vd.? Pruébelo,
pruébelo.

A. AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Diciembre 1946

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 45
AÑO VI

LECTURAS

Tema interesante, si acertáramos a explinarlo, como quisiéramos y lo merece...

El libro

¡Cuánto se escribe!... A pesar de la escasez de papel que sufrimos y de las restricciones con que nos limitan sus usos ¡cuánto se escribe! Todos, aun los menos capacitados, nos hemos lanzado a escribir: unos, porque en ello han visto un medio lucrativo, fácil y pingüe; otros, por la necesidad de defender los intereses de una empresa, a que se han entregado con amor; otros, por arte, por amor a la literatura, por vocación; otros, en fin, por pura vanidad y exhibición...

Los clásicos se nos hacen ya pesados; no los queremos más que para adorno y riqueza de nuestras bibliotecas; lo nuevo y moderno, siquiera por razón de número, cantidad y vistosidad, los ha eclipsado.

Un escaparate de libros es hoy una inmensa abigarrada exposición.

Hay libros para todos los gustos, para todas las aficiones, para todos los temperamentos y para toda clase de personas. Todo el mundo posee su biblioteca, y, tan propia y suya es, que con una simple mirada sobre ella sabemos la condición de su dueño. Cada cual escoge lo que le conviene.

Libros de la Alianza

También los tiene la Alianza, y, tan suyos, propios y adecuados debe tenerlos, que por ellos vea todo el mundo su condición, su espíritu y su vida.

La Alianza puede tener bibliotecas nutridas y extensas en el género que a ella le conviene e interesa. Mas no toda hermanita puede indistintamente leer todo lo que encierran aquellas.

Una hermanita culta, que, ha consagrado años al estudio, podrá leer lo que su inteligencia, ejercitada en el estudio, puede sin dificultad asimilar y digerir. Además de las respectivas asignaturas de su carrera, bien están para ella libros de Religión, de Apologética, Evangelios comentados, Ascética y Mística, Historia de la Iglesia, etc.

No obstante, en nuestra modestísima opinión, ni estas hermanitas (mucho menos las demás) deben mezclarse, con curiosidad o vanidad femenina, en materias de libre discusión escolástica, que, sobre no procurarles ningún provecho, las llenan de confusiones, dudas, oscuridades y hasta vacilaciones sobre la fe. No vamos a repetir lo que ya en el «Manual de Formación Aliada» se ha escrito (página 104 y siguientes).

Otras hermanitas, que, sin llegar al nivel de las que hemos apuntado arriba, han recibido suficiente formación e instrucción cultural y religiosa, ya en colegios, ya en escuelas, son las que constituyen, acaso, el núcleo mayor en la Obra de la Alianza.

También estas han manejado libros de texto de las diferentes asignaturas y saben convenientemente el arte de estudiar.

En su propia medida y dentro de sus alcances y formación recibida, pueden manejar libros de estudio de la Religión, ampliaciones catequísticas, Historia de la Iglesia, tratados de vida espiritual, hechas sin embargo las debidas restricciones, según lo hemos apuntado y que aquí abarcarán campo más extenso.

Y quedan aquellas hermanitas, que, o por falta de talento y capacidad o por no haber podido dedicarse al estudio, apenas poseen caudal alguno de conocimientos ni literarios ni religiosos.

A éstas les sobran muchos libros, aun de aquellos cuyo reclamo llega hasta las casas de la Alianza. Son almas, a quienes, dentro de la sencillez

de su vida, se debe dar una instrucción y formación adecuadas a su capacidad y alcance. Para que sigan su vocación y cumplan su misión, pocos libros han menester; casi les bastan los editados en la misma Obra de la Alianza, con dos o tres más que ayuden a completar su formación catequística, ascética y moral.

Nuestros Directores y Sacerdotes todos de la Alianza deben proceder con mucha discreción y prudencia en esta materia, en la que es fácil perder el debido tino y perjudicar a las almas y a la misma Obra.

Creemos imprescindible la triple clasificación de sujetos, que hemos hecho, y, en conformidad con ella, la de los libros que a ellos deben adjudicarse.

Verdadero disparate nos parece el que, por el mero hecho de que una es aliada, indistintamente se le aconsejen todos los libros de una biblioteca. Y otro, de peores síntomas, es el que la hermanita no lea ninguno.

Lectura espiritual

Como acto del boletín es preceptivo un cuarto de hora de lectura en un libro espiritual. Aun aquí se requiere una escrupulosa selección. Nunca hemos sido partidarios de la lectura en común; porque muchas veces lo que va bien aplicado a unos, para otros resulta perjudicial.

Tampoco es conveniente que a cada alma se le deje en libertad para escoger la materia y el autor de sus lecturas espirituales. Los Directores, ya de la Obra, ya de conciencia, habrán de mirar bien en este punto, como lo hacen los médicos cuando tratan de aplicar medicinas y alimentos a los diferentes enfermos que visitan.

Todas tienen obligación de hacer la lectura reglamentaria, mas no de un mismo libro, sino según la capacidad, disposición y necesidad de cada alma.

Déneles normas, enséñeseles a practicar este ejercicio con el mayor provecho. Que lean despacio; que entiendan bien lo que leen; que lo rumien y paladeen, repitiendo aquellos párrafos que más les hayan impresionado y hecho mella en su espíritu... Que no lean muchos libros; no se haga con estos lo que con las novelas, que leídas una vez, se buscan otras. Que no está en leer mucho, sino en asimilar lo que se lee.

En resumen, buena selección de libros, pocos y buenos; repetición de su lectura, mientras el alma saque provecho de ella, como lo hacemos con el Kempis y el Evangelio, que no nos arrastre la curiosidad en busca de novedades.

Los que tal hacen se parecen a los golosos, que no quieren repetir el mismo plato y mueren por falta de alimento.

San Sebastián y Diciembre de 1946.

ANTONIO AMUNDARAIN

CONSULTORIO

No estamos desamparados

Ya que blasonan Vds. de jerárquicos ¿quiere V. decirme con que aprobación cuentan ustedes, para trabajar en la Alianza?

-Amigo y hermano mío: estamos perfectamente en regla con la jerarquía... Puede V. trabajar sin ningún escrúpulo ni reparo.

Si bien la Suprema Autoridad Pontificia no ha dado todavía su oficial y canónico documento de aprobación, que está en tramitación, el Episcopado Español, casi en su totalidad, aprueba y bendice la Alianza. Comenzando por aquel insigne Prelado de las Vascongadas que el año 28 dio la primera aprobación en términos tan expresivos como éstos:

«Después de aprobarla, no vacilamos en afirmar que la Alianza que se proyecta, viene a cubrir y llenar una gran necesidad... Que Dios Nuestro Señor la bendiga... desde Sión... Nos la bendecimos aquí abajo en la tierra y sentimos prisas por verla funcionar...»; hasta lo que hace una semana recogíamos de labios de nuestro actual Sr. Obispo, cuando con estas dos expresiones rubricaba él una charla nuestra dada a los Rvdos. Sacerdotes de San Sebastián: «Desde hace tiempo conocemos los frutos que esta Obra está produciendo en las almas...Nos hemos creído que esta Obra es Obra de Dios...».

A este tenor podríamos aducir testimonios tan abundantes de Obispos y Príncipes de nuestra Iglesia que con ellos fácilmente llenaríamos las cortas páginas de este número de SEMINATOR.

Presidiendo una Asamblea de la Obra en Vitoria, el Excelentísimo Sr. D. Javier Lanzurica, actual Obispo de Palencia, nos decía: «Yo pido al Señor que suscite muchas vocaciones para la vida religiosa; pero pido más que haga aliadas que se queden en el mundo, por la mucha falta que hacen...»

En otro lugar de este boletín dedicamos un piadoso recuerdo a los recientemente fallecidos, Cardenal de Granada y Obispo de Tarazona. Ambos fueron amantes de la Obra, y la honraron presidiendo sus Asambleas y hablaron de ella en términos muy encomiásticos.

Pero no sigamos...

Tal vez a V. le interesaba la voz del Papa. Pues ahí la tiene V. y cabalmente es voz del Papa lo que nosotros le transmitimos, oída de sus labios por más de 70 hermanitas y sacerdotes de la Alianza.

El Papa, el inmortal Pío XI, habló a la Alianza y nosotros le oímos con estupefacción, y nos dijo entre otras bellas palabras, estas que a V. le interesarán: «¡Jesús, María, pureza...! ¡Bello programa, bello programa!... Por eso, hacemos augurios para que esta vuestra Obra se extienda, no sólo a las Diócesis restantes de España, sino, si es posible, a todo el mundo... Nos *bendecimos* a vuestra Obra, a vuestros Directores, a vuestras hermanitas, ausentes, etc...»

¿Que nos falta un documento que dé fe y firmeza a todo este sentir de la Iglesia?

Lo esperamos confiadamente y sin prisa alguna; pues voz oída de tantos y tan autorizados labios de la Jerarquía, no puede menos de ser confirmada y ratificada por el Vicario de Cristo.

Y, entre tanto, nosotros vivimos con la plena persuasión de que Dios y la Iglesia ya han aprobado y bendecido la Alianza, con deseo vehemente de que trabajemos por su prosperidad, los que somos sus enviados en el ministerio sacerdotal.

No nos convencen aquellos de nuestros queridos colegas, que, sin negar la bondad e importancia de la Obra, no se disponen a trabajar hasta que el Sumo Pontífice no haya decretado oficialmente su aprobación.

Nos sobran signos y pruebas de Dios y de la Iglesia en estos 22 años, para que, con todo el espíritu jerárquico nos lancemos a este urgentísimo apostolado...

Es Obra de Dios, y Dios nos está hablando por medio de la Jerarquía... ¿a qué esperar más?

A. A MUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Enero 1947

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 46
AÑO VII

SACERDOTES POR LAS ALMAS

Hemos venido a Madrid.

En la calle de San Agustín, 20, principal izquierda, se han establecido las oficinas del Consejo General de la «Alianza en Jesús por María» y aquí estamos para servir a nuestros queridos Hermanos, por Dios y por las almas que se dignó escoger y encomendarnos.

Aquí todo el mundo vive de prisa...¡Si tan de prisa viviéramos para Dios y para las almas! El vértigo de sus calles y de sus subterráneos, a los que, dicho sea de paso, difícilmente se acostumbra uno, lo forman los naturales, pero también se incorpora a él una gran masa de gentes, que somos extraños, y éstos, unos a tientas y preguntando, y otros pisando en firme, vivimos, moviéndonos nerviosamente, cruzando calles y plazas.

¿Que a qué se viene a Madrid? Es la capital de la Nación y todo el mundo tiene asuntos que resolver. La frivolidad atrae a mucha gente, la vanidad y la exhibición tienen aquí siempre sus mercados abiertos; la gente seria se mueve por sus negocios, la bolsa, la banca, la influencia, la consulta por las alturas...; a otros los trae el estudio, la carrera, la colocación; a algunos, la salud, el renombre de hombres especializados que ellos necesitan; estos vienen a colocarse al frente de las grandes obras, de las grandes instituciones, de las grandes empresas, para moverse con ventaja desde el centro y eje geográfico de España. Y no faltan, gracias a Dios, quienes no traen a Madrid otro fin ni otro negocio que el negocio y el bien de las almas, por la gloria de Dios y prosperidad de la Santa Iglesia.

También nosotros, en esta confusión de gentes, dejando las pacíficas regiones de nuestra amada tierra, hemos tomado posesión de

una vivienda en el centro de esta inmensa ciudad. Y, gracias a Dios, no hemos sentido, para venir aquí, ninguna vanidad ni prurito de ofrecer una ridícula exhibición de la Alianza desde el pináculo nacional; ni siquiera el orgulloso intento de hacer un reclamo más poderoso a favor de la Obra desde esas alturas. No, nada de eso; en ese torbellino y al mismo ritmo en que se agita, queremos movernos nosotros, los sacerdotes, como los seglares en el suyo, tras el único ideal que aquí debe incitarnos y aguijonearnos: las almas, las almas, las almas.

¡Oh! Y, ¡qué energías, qué velocidades acumulan y explotan estas gentes del mundo para lo suyo! Así quisiéramos y así queremos nosotros, y se lo pedimos de veras a Dios, en nuestro afán por las almas. ¡Oh!, sí, no queremos menos; queremos ir con ellos, a su ritmo...; ellos por lo suyo, nosotros por lo nuestro; ¿no vale acaso tanto el negocio de las almas?, ¿no es éste el negocio del sacerdote?, ¿no son ellas el fin del sacerdocio católico, ¿no es ésta la primera, y la última lección del divino Maestro?, ¿no fue para la pesca de los hombres el primer llamamiento de Simón Pedro?

¡«Mensis quidem multa»! entonces, hoy y siempre, almas, almas; y para ganarlas, operarios, sacerdotes; y estos siempre escasos.

¿Qué busca Pablo, cuando dice a los Corintios (II, cap. XII).«Non quaero quae vestra sunt, sed vos...Ego libentissime impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris»?¿No era éste el grito de los grandes apóstoles y de los grandes santos; «Da mihi animas et cetera tolle tibi»?

Si Cristo dio su vida por las almas, todo el que se sienta enamorado de Cristo, debe al mismo tiempo sentirse también enamorado de ellas; y, en efecto, los que bien entendieron esta gran misterio, lo pusieron todo por ellas, y por cada una quisieron sufrir las mismas penas del infierno. Y nosotros, los ungidos del Señor, «pro hominibus constituti», ¿cómo no nos sentimos abrasados y aguijoneados por este celo...?

¡Señor, queremos ser únicamente sacerdotes por las almas! . En Madrid, lo mismo que en el último rincón del mundo, no queremos, no ambicionamos cosa más grande que las almas, y por ellas «lo expondremos todo, y nos entregaremos nosotros mismos». Así lo queremos, y así lo rogamos a todos nuestros queridos Hermanos que hacen el heroico acto de leer estas modestísimas cuartillas; todos, «Sacerdotes por las almas».

He ahí nuestra consigna para este año nuevo de 1947 que hoy, después de una noche de contrastes, hemos comenzado.

Ante el Santísimo de nuestro Oratorio hemos jurado vivir y sacrificarlo todo en el año entrante, y, si es posible, al mismo compás y ritmo en que tan vertiginosamente se mueve Madrid, por almas, por almas que quieren oír la voz de Dios y la nuestra humildísima, pero ardentísima.

¡Sacerdotes por las almas!

Y he ahí a la vez, con la gracia de Dios, el tema general de nuestro modestísimo fondo con que pensamos llenar los doce números del órgano oficial de los Sacerdotes de la Alianza, SEMINATOR CASTI CONSILII, en este año de 1947.

Sacerdotes por las almas: las almas, su selección, su salvación, su santificación, salvar almas mediante las almas, la obra sacerdotal por ellas, las armas, los medios, los frutos, los premios, etc.

«Mesis quidem multa», ¡cuántas almas a la deriva...! «Operari pauci», muy pocos los que directamente se dedican al ministerio de las almas... Muchas ovejas sin pastor...; esta es nuestra impresión al entrar en Madrid...

¡Oh Señor!, si vuestra gracia, por nuestra grande indignidad, no nos abandona, queremos con su eficacia realizar el programa que hemos ofrecido a vuestro divino Corazón por María Inmaculada.

En eso y en el bien que por este medio deseamos a todos nuestros Hermanos en el Sacerdocio, sea feliz y fecundo el año 1947.

Madrid, 1 de Enero de 1947

ANTONIO AMUNDARAIN

Instrucciones a las Cooperadoras

Como consulta que se nos ha formulado desde la sección «Tribuna libre» tomamos y explicamos el suelto que nos dirige uno de nuestros queridos Hermanos en el anterior número de SEMINATOR, y que reza así:

1.^a *¿Cómo, sobre qué materias y en qué orden han de ser las instrucciones que se dan a las Cooperadoras?*

2.^a *¿Cabe reunir solas a las que probablemente han de llegar a ser escogidas, o puede convocarse también a simples cooperadoras?*

La primera pregunta nos ha de dar materia abundante para el presente número; de la segunda nos ocuparemos en el siguiente:

Vamos por partes:

1.º) Sobre el *cómo* deben darse las instrucciones a las Cooperadoras nos ocurren varios extremos importantes: a) que sean, ante todo, familiares, sencillas y bien trilladas, aunque las oyentes sean señoras encopetadas y de ... letras; b) con unción, sabor espiritual,

tocando al mismo tiempo el corazón y la inteligencia; c) sin embargo, no en lugar sagrado, oratorio o capilla, sino en local adecuado para intervenciones, con objeto de poder descender al terreno práctico, con aplicaciones a la vida de cada una; d) dedicando al final unos minutos a preguntas y respuestas, que ayudan siempre a puntualizar, penetrar y entender mejor la materia.

2.º) Sobre *qué materia*. Nosotros en el ensayo que hemos hecho con las primeras Cooperadoras en el Centro de San Sebastián, hemos creído conveniente tomar con preferencia, en primer lugar, la nota de *espiritualidad*. Y parece que hemos acertado, según las impresiones que hemos recogido, ya de las mismas interesadas que nos han oído, ya también de otras personas que las han pulsado sobre el particular.

Es que hay que partir del punto de vista importantísimo, de que toda persona mayor que viene a llamar a las puertas de la

Alianza, lo mismo en calidad de Hermanita, que Cooperadora, viene, ante todo y sobre todo, con hambre de vida espiritual; su alma, no satisfecha con la vida de piedad que se lleva en el mundo, añora la vida de las almas consagradas a Dios y busca de algún modo poder participar de ella, entrando en dicha vida más a fondo, más intensamente y más sólidamente, para nutrir su alma de algo que no da el mundo y lo ha barruntado en la Obra de la Alianza.

De esto sí estamos plenamente convencidos, por haberlo escuchado de labios de todas las que hemos tratado hasta hoy.

Luego, la primera materia, la principal, la que a todas interesa, la más abundante que hemos de manejar en estas instrucciones, ha de ser la que, comenzando por el art. 8 b, del Reglamento de Cooperadoras y siguiendo por el art. 10 y parte del 11, nos da de lleno el art. 16 en su primera parte: almas selectas, almas castas y dadas a Dios, y nos coloca como de asiento y nos empapa en todo el contenido de los arts. 22, 23, con el pequeño comentario que le sigue, sobre la *vida espiritual*.

Podrá, además, el instructor y será muy conveniente que así lo haga, hacer uso de los artículos del Reglamento de la Alianza que tratan de esta materia, puesto que la Cooperadora, en lo que más ha de participar del espíritu de la Alianza, ha de ser preferentemente en lo tocante a su formación espiritual y santa.

Creemos que el método por seguir en esta formación es cosa conocida por nuestros Hermanos; están al alcance de todos ellos autores ascético-místicos, tanto compendiados como extensos; algo puede servirles también en esta orientación nuestro librito «Manual de Formación Aliada».

A estas instrucciones inmediatamente deben seguir las que se refieren al triple lema de la Alianza, que es también el lema de las Cooperadoras; y a fe lo hemos visto que agrádales muchísimo el poder participar del mismo lema que las hermanitas de la Alianza.

Los artículos 17 y siguientes, hasta el 24 inclusive, deben ser objeto de una detenida y amplia explicación. El sello peculiar de una Cooperadora y su más acabado

parecido con las hermanitas se manifiesta siempre en el ejercicio, práctica y adquisición de las tres virtudes fundamentales de nuestra Obra.

Sobre esto nos cabe la inmensa satisfacción de haber hallado entre ellas (aun las fervorosas casadas) un extraordinario amor y entusiasmo a este peculiar lema de la Obra. El que ellas puedan practicar, dentro de su respectivo estado y modo de vida, las mismas virtudes fundamentales que las que viven dentro de la Alianza, las sirve de mutuo aliento y fervor, lo cual nos lleva a la participación del espíritu y formación, muy semejantes, en lo fundamental, entre la hermanita y la cooperadora.

Y en esto se dejará ver, cómo la Cooperadora ya no es un alma vulgar, rutinaria, derramada, rezadora y no más, sino que da lugar valientemente al ejercicio de las grandes virtudes cristianas, que deben ser su mejor ornato, gala y tesoro para la inmortalidad.

Una vez puesta esta doble base de formación, muy fácilmente se las llevará al conocimiento de sus

obligaciones y derechos, ya que estos no son más que consecuencias que se derivan de aquella formación.

Hacemos hincapié muy especialmente sobre un extremo que no debe descuidarse: Al hablar de las obligaciones, procúrese no ir directamente, y como primer asunto, al punto delicado de las *cuotas*.

Si los instructores consiguen llevar al corazón de las Cooperadoras un gran aprecio, estima y amor a la Alianza, ellas por sí, muy espontáneamente caerán en la cuenta de las necesidades de ella y harán los sacrificios que sean menester para su sostenimiento, sin que sea necesario presentarles a boca jarro el problema desagradable de las pesetas.

Procuremos hacer simpática y atrayente, y no antipática, una Obra tan grande, de valores tan elevados, y tan oportuna hoy para las almas.

Y amigo mío, cerremos la máquina; lo que resta quede para el número siguiente

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Febrero 1947

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 47
AÑO VII

EL SACERDOTE Y LAS ALMAS

Estas dos palabras se completan...

El sacerdote es para las almas y las almas necesitan del sacerdote en todo y para todo.

Todo para ellas

Cuando Cristo instituyó el sacerdocio, como una prolongación y complemento de su propia persona, puesto que el sacerdote es su representante en la tierra, lo hizo ordenándolo todo a los mismos fines por los que él vino al mundo, instituyendo al objeto, la Iglesia y la Jerarquía del Sacerdocio, a saber, en orden a las almas: su justificación, su santificación, su salvación y su glorificación en la vida eterna. A eso se ordenan el gran misterio de la Encarnación, la Pasión, toda la obra de la Iglesia y sus sacerdotes.

Si Cristo ordenó sacerdotes para consagrar y ofrecer el Sacrificio Eucarístico al Padre, lo hizo también en orden a las almas, ya que éstas deben participar del Misterio de los altares.

Cristo confirmó, después de la Resurrección, esta misión del Sacerdocio: «Sicut misit me Pater et ego mitto vos...» «Accipite Spiritum Sanctum, quorum remisistis peccata...» «Docete omnes gentes...» Antes de subir al Cielo, dícele a Pedro: «Pasce oves mes, pasce agnos meos».

¿Qué significan y recuerdan todas estas palabras...?

Y hoy, en la sucesión de los siglos, todo el proceso de la Ordenación sacerdotal, directa o indirectamente, al mismo fin se ordena... El Obispo va pronunciando sobre el nuevo ministro las

mismas palabras que Cristo dijo a los apóstoles, en orden a la santificación y salvación de las almas.

Y de hecho, ¿qué fueron y qué hicieron aquellos primeros sacerdotes ordenados por Jesucristo?, ¿cuál fué su misión?

He aquí un ejemplo: Crecía la Iglesia y en ella las necesidades temporales de los fieles. Un día congregados todos, dijeron los apóstoles: « No es justo que nosotros descuidemos la predicación de la palabra de Dios por tener cuidado de las mesas. Por tanto, hermanos, nombrad de entre vosotros siete sujetos de buena fama... a los cuales encargaremos este ministerio. Y con esto podremos nosotros emplearnos enteramente en la oración y en la predicación de la palabra divina». (Act. Cap. VI). Esto significa que su misión eran las almas y no debían distraerse en cosas temporales.

¿Qué hace San Pablo, el Apóstol por antonomasia, el cual no tuvo reposo ni descanso, ni en su cuerpo, ni en su alma, ni de día ni de noche, el que no apetecía más corona que las almas, por quienes sufrió las cadenas y la muerte, y quiso ser anatema por su salvación? ¿Qué preceptos y consejos dio a sus discípulos Timoteo y Tito, que no fuesen en orden a las almas a ellos encomendadas?

Y a este tenor, ¿qué hicieron los primeros sacerdotes del cristianismo, sino, por amor de Dios y de ellas trabajar, sacrificarlo todo y morir en horrible martirio, ofreciendo su sangre por la redención de las almas? ¿Qué han hecho los santos y los misioneros de todos los tiempos? ¿Qué hizo Javier, qué hizo Nolasco, qué hizo Vicente de Paúl, qué Francisco de Sales, Diego de Cádiz, Juan de Ávila, Vianney, Bosco, Calasanz y otros miles de apóstoles?

¡Oh! ¡Cómo entendieron estos su sacerdocio y el valor de las almas!

El contraste

A su lado, ¡cuán diferentes cuadros podríamos presentar del sacerdocio de estos últimos tiempos! Unos que han considerado el sacerdocio como una simple carrera, con vistas a un decoroso porvenir, ¿qué caso habrán hecho de su divino origen y de sus altísimos fines? Y los que, apasionados excesivamente por los libros, hombres de biblioteca, más que de confesonario, han atesorado y encerrado, como

el oro del avaro, para irse con todo al sepulcro, ¿qué jugo han sacado a su sacerdocio?

¿Quiénes son los verdaderos sacerdotes, sino aquellos que piadosamente miraron su carrera como medio de su propia salvación, y dispusieron su vida, dentro de un plan ordenado cuidadosamente, con el pensamiento y convicción de que eran sacerdotes, para sí y para las almas?

¡Oh dolor! ¡Cuán pocos han entendido en toda su extensión, magnitud y realidad la grandeza del Sacerdocio y su incomparable misión!

¡Las almas! ¡La santificación, la salvación y la glorificación de las almas! La obra por excelencia, la que debería llamarnos a un incesante estudio; porque la obra de las almas está totalmente unida al sacerdocio. Desde su renacimiento en las aguas del bautismo, su desarrollo y crecimiento sobrenatural, su rehabilitación y perfeccionamiento, con los auxilios oportunos en vida y en muerte y aun después, hasta su entrada en la gloria, la obra de las almas es obra eminentemente sacerdotal; el Sacerdote es su padre, su guía, su pastor, su maestro, su director, su abogado, su defensor, su salvador.

Es incomprendible, queridos Hermanos, cómo, fuera del negocio de las almas, nos distraen y nos ocupan a los sacerdotes, otros negocios terrenos y temporales! El alma, el ALMA, hermanos, lo único eterno, lo único inmortal, desde su origen es la obra maestra del Consejo de la Trinidad: «Faciamus»...y para que nunca se dé lugar a confusión, el cuerpo es formado de «limo terrae», y el alma, en cambio, es un soplo vital, un suspiro de vida que sale del mismo corazón de Dios» (Tertuliano).

¡Noble de origen, semejanza de Dios en su ser, elevación sublime y misteriosa al orden sobrenatural, vida de Dios, destino eterno en el seno de la Beatísima Trinidad...¿Quién mide y entiende estos extremos?

¡Si nos fuese dado entrar un momento en la mansión de los bienaventurados para poder ver la gloria de aquella vida eterna e inmortal, participando de la vida de Dios, gloria de Dios, felicidad de Dios, hermosura de Dios, bienes de Dios, herencia de Dios, «heredes Dei». Pues todo esto es obra realizada, con la gracia divina, por el sacerdote, como obra suya, de su sacerdocio, de su vocación!...

Y si se nos permitiese asomarnos por un resquicio, como a los tres pastorcitos de Fátima, a los horribles y eternos tormentos de un alma condenada, su eterna desventura, su eterna ruina veríamos también que era, en parte al menos, obra del descuido, abandono, dejadez, despreocupación, indiferencia de un sacerdote!..

Si viésemos y conociésemos, si todos los sacerdotes estuviésemos bien enterados de toda la obra satánica que mueve el demonio, ya directamente él con sus sugerencias diabólicas, ya indirectamente por sus satélites que tiene en continua acción, como espantoso ejército, siempre en movimiento, contra las almas, las almas, las almas!...

Y si meditásemos la gigantesca obra de la Redención: la Obra de Jesús, su Encarnación, su predicación, su Pasión, sus lágrimas, su sangre, su Eucaristía, su Iglesia, sus Sacramentos, su gracia, su misericordia, su Corazón, su AMOR, puesto todo en manos del Sacerdote, para que el Sacerdote haga la obra estupenda de las almas...

Tema de estudio

¡Oh, Hermanos!, nosotros los sacerdotes, cuya misión son las almas, debemos comenzar por estudiarlas mejor... Confieso, Hermanos, yo no sé lo que es un alma.

¡Estudiar el alma en su origen, en su ser, en su elevación, en su vida inmortal y eterna, en su destino, en su gloria, en su infierno!...

¡Hay acaso quien lo pueda hacer mejor que el sacerdote? ¿no es el sacerdote el llamado a ello por su vocación, por designio de Dios?...

Hoy que a todo el mundo le ha dado por especializarse en algún ramo del saber... ¿saben Vds., si hay por esos mundo algún sacerdote especialista en almas?... ¿Se escribe siquiera algo sobre este tema tan grandioso y tan tremendo? ¿Conocen Vds. tratados, no digo sólo filosóficos, sino completos, en su orden filosófico, teológico, ascético y místico... sobre el ALMA?

*¡¡Y el sacerdote es por excelencia el hombre de las ALMAS!!
Madrid, Febrero de 1947.*

ANTONIO AMUNDARAIN

Un aniversario nuestro

También nuestros queridos Hermanos los «Sacerdotes de la Alianza» deben recordar, con acción de gracias y gran regocijo, la fecha memorable en que la Virgen Santísima del Coro, desde su egregio Camarín de Santa María de San Sebastián, miró con piedad a España y lanzó, comenzando desde el rincón de su Castillo, en todo el suelo patrio, la celestial semilla de la Alianza.

Sólo Ella pudo hacer que en un campo tan estéril y tan descuidado, como era entonces, y lo es hoy por desgracia, el mundo, pudiesen brotar flores tan delicadas y tan finas. Y de su mano divina y virginal deberemos en adelante recoger nosotros, los sembradores del casto consejo, esta celestial semilla para ponerla en los surcos de esa tierra que llamamos «Alianza»; cuya extensión, gracias a Ella y a Dios, es cada día mayor y cuya roturación y acondicionamiento es, por llamamiento divino, obra de nuestros brazos aradores de sacerdote, y cuyo tempero y

sazón providencialmente viene del cielo.

El día 2 de este mes corriente se han cumplido los veintidós años de su fundación. La Virgen Santísima en este solemne día, al presentar a su divino Hijo en el Templo de Jerusalén, notó la necesidad, en los tiempos futuros, de manos virginales que la sustituyesen, a fin de que en el templo donde Ella hacía su entrega, le recogiesen y le guardasen hasta el fin del mundo manos delicadas y puras como las suyas.

La Alianza en estos veintidós años ha tratado de sacrificarse por dar vida y fecundidad a esta preciosísima siembra de lirios y azucenas. Y, gracias al Señor, son ya muchos los templos y los campos donde se comienza a percibir el rico perfume de sus esencias.

Mas con todo, mis queridos Hermanos, aún creemos estar en los principios, comparándolo con lo que queda por hacer. Hay muchísimas tierras que roturar y preparar.

Mientras no convirtamos
esos inmensos eriales en
sembrados fértiles de blancos
lirios, que la gracia del Señor y
la protección especialísima de la
Purísima Virgen, harán
germinar, Jesús, Cordero que se
apacienta entre blancas
azucenas, no podrá «avanzar
prósperamente ni reinar».

María tuvo que recoger al
Niño en el Templo y llevárselo
consigo...

Formamos, queridos
Hermanos, manos virginales,
corazones puros... para algo
somos «sembradores del casto
consejo».

Madrid, Febrero de 1947.

A. AMUNDARAIN

CONSULTORIO

Para la formación de Cooperadoras

¿Cabe reunir solas a las que probablemente han de llegar a ser escogidas, o puede convocarse también a simples Cooperadoras?

Creemos necesario, ante todo, clasificar bien las simples Cooperadoras y las escogidas.

Aquellas, entendidas conforme al art. 2º de su Reglamento, son todas las almas buenas que entienden y creen ser del agrado de Dios y cosa eficaz para merecer misericordia y ayuda de Dios, hacer misericordia y limosnas a favor de la Iglesia y sus instituciones. Y mirando a la Alianza (porque así se lo han dicho) como obra buena, de mucho fruto y mucho agrado de Dios, sin ningún ánimo de pertenecer a ella, ni participar de su vida y de su espíritu, se *suscriben* con una limosna fija o eventual, a fin de ayudarla, y, a lo más, merecer por ella favores espirituales del Señor.

A estas almas, mientras no sea otra su disposición, no hay

por qué invitar a esta formación especial en el espíritu de la Obra.

No será, sin embargo, tiempo perdido el que aun a ellas, en ocasiones propicias que no dejan de ofrecerse, se les hable *privadamente* de la influencia espiritual que esta Obra ejerce en las almas buenas, que se proponen seguir y ajustar su conducta a las normas de vida que señala su Reglamento.

Descartadas, pues, estas almas, cuya cooperación será puramente *material*, ya que ni aun de encomendarla al Señor, tendrán mayor interés, *puede y debe* admitirse para las conferencias *generales* de formación a toda alma buena que, cooperando en la Obra de la Alianza, desea servirse de ella para aprovechamiento espiritual suyo, y, por medio de ella, progresar en la vida espiritual cristiana.

Decimos *conferencias generales*, porque en cada curso de estas conferencias, conviene

comenzar siempre tratando temas de formación cristiana más corriente; y a estos temas no hay inconveniente en abrir un poco la puerta a personas no tan seleccionadas, con tal que en ellas a) se vea buena voluntad y deseo de aprovechamiento, b) no recaiga nota alguna de escasa reputación y c) no se haga mayor presión ni fuerza.

Más tarde, cuando desde simples Cooperadoras haya que preparar el paso a *escogidas* y se vayan tocando puntos de vida interior más serios, más elevados y de más difícil cumplimiento, las mismas interesadas comenzarán reconociendo su propia insuficiencia para lanzarse a un grado de vida superior y de más elevada perfección, y espontáneamente se determinarán a quedarse en el grado de simples cooperadoras.

Una vez aquí, hecha la separación y dejando a estas con su diploma en el lugar indicado, con libertad de asistir (sin obligación) a los actos de las demás, debe hacerse la selección de las que han de ser promovidas al grado de *escogidas*, dando preferencia, no precisamente a las solteras, sino a aquellas que en el curso

anterior mostraron más espíritu interior, más vida sobrenatural, más amor al *lema* y a la Obra y a las almas, que bien puede suceder lo muestren más las perfectas casadas.

Aclaremos un poco los puntos hasta aquí indicados.

A) Solamente quedan descartadas de los cursos de formación a que se hace mención en el anterior número de SEMINATOR, aquellas simples Cooperadoras que, dentro de la categoría de tales, a fuer de buenas cristianas, consideran a la Alianza como a una obra buena más en pro de los intereses de la Iglesias y les parece bien favorecerla y ayudarla con suscripciones, donativos y limosnas. También con estas debe guardar la Alianza su contacto y buenas relaciones, trabajando privadamente con ellas e invitándolas a ciertos actos generales y semipúblicos de la Alianza.

B) Cada curso de formación debe iniciarse con la explicación de los art. 8, 10, 11 del Reglamento de Cooperadoras (primera parte del curso), en que se tratará de la vida cristiana corriente y común

a todas las almas; a esta parte se invitará a todas las almas que tengan interés en participar algo del espíritu de la Obra.

C) Dado ya el primer paso al grado de simples Cooperadoras por medio de la cédula o diploma de agregación a la Obra, agregación que se hará en día que el Director señale, seguirá el curso (2ª parte) con las *escogidas* y las que *deseen* pasar a este grado, tomando las materias señaladas en los art. 16, 22, 23 y comentarios.

D) Una vez impuesta la medalla, a los seis meses de preparación, puede seguirse el curso, si es que no se ha terminado antes, tratando de todo lo que se ha dicho en el número anterior de SEMINATOR; porque es muy probable que no se haya llegado a terminar toda la materia durante el periodo de los seis meses de prueba que señala el Reglamento.

Y si le parece a V., mi querido consultor, pongamos aquí punto final. Si le place lo dicho, que le aproveche a V. y a los Hermanos; si acaso queda algún rabillo por desollar, aún esta V. a tiempo.

ANTONIO AMUNDARAIN.

Seminator Casti Consilii

Marzo 1947

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 48
AÑO VII

SELECCIÓN DE ALMAS

Almas y almas

El Sacerdote es ad omnes gentes por institución del divino Maestro; Docete omnes gentes... Praedicate omni creaturae. Todas las almas tienen derecho a la obra de nuestro ministerio sacerdotal.

Mas, esto no obsta para que cada uno de nosotros haga distinción entre alma y alma.

Las almas, aunque sustancialmente sean iguales, no lo son en todo lo demás. El alma de Jesús, alma racional como las demás, en cuanto a la perfección natural de sus potencias y más en lo que toca a su perfección sobrenatural, no ha tenido otra igual, ni la tendrá.

Dígase lo mismo del alma de la Virgen Santísima. Si aun en cuanto a su cuerpo virginal, según dice San Dionisio, era la criatura más perfecta y bella que ha salido de las manos de Dios, ¿qué se dirá de su alma, tanto en su ser natural como en el sobrenatural? La perfección, el equilibrio, la proporción acabadísima de sus potencias; inteligencia preclarísima y luminosa; voluntad noble, firme, invencible; orden en sus pasiones, en sus emociones, en sus afectos...

En cuanto a las perfecciones y riquezas sobrenaturales, ¿quién es capaz de ponderarlas, describirlas y examinarlas, si los mismos Santos Padres han agotado toda su elocuencia y su saber para decir algo de las maravillas de su alma?

Pero de esas inaccesibles alturas bajemos gradualmente a las demás almas, y en su infinita variedad se nos mostrará cabalmente la sabiduría y el amor de Dios.

Todas son hechas ad imaginem et similitudinem de Dios, y, sin embargo no hay una igual a otra. ¡Cuánta variedad hasta en su ser natural!, ¡qué diferencias de caracteres, de temperamentos, de tendencias, de inclinaciones, de pasiones!, ¡qué diferencia de talentos, de inteligencia, de luces, de sagacidad, de precocidad, de ingenio! Otro tanto digamos de la voluntad, desde la más heroica, valiente, firme y constante, hasta la más voluble, débil, cobarde, inconstante, caprichosa...

Y si el Creador ha querido introducir esa inmensa variedad en la creación de las almas, ha podido también hacerlo, y así lo ha hecho, en la perfección sobrenatural de las mismas.

A este propósito dice San Francisco de Sales (Amor de Dios, cap. VII): «Nunca se hallan dos hombres que sean semejantes. Así en lo sobrenatural tampoco se hallan perfectamente iguales. Los ángeles, según enseña el gran Agustino y Santo Tomás, reciben la gracia según la diferencia de sus naturalezas... y cuántos ángeles hay tantas gracias hay diferentes. Entre los hombres, es cierto que la gracia no se les da al respecto de sus cualidades naturales, y con todo eso, la benignidad de Dios, complaciéndose, y por decirlo así, regocijándose en la producción de las gracias, las hizo de tan varias suertes, para que fuese esta variedad el bello esmalte de su redención y misericordia...En el cielo... cada uno de los bienaventurados tiene su nombre particular, según el ser nuevo de la gloria que se adquiere; de la misma suerte en la tierra, cada uno recibe una gracia tan particular, que no tiene semejanza con otra alguna»

Aun en lo humano

Ahora bien, Hermanos queridos, cuando nosotros sorprendemos un muchacho de cualidades especiales: talento, equilibrio, firmeza, bondad, etc., decimos inmediatamente: ¡lástima que este muchacho tenga que correr la suerte ordinaria de los demás y no se le pueda destinar a una carrera! E inmediatamente, si está en nuestro poder, hacemos diligencias para que sea admitido en un Colegio, Academia o

Instituto, a fin de que, cultivando bien sus cualidades y su talento, mañana sea un hombre distinguido.

A todos está bien formarlos, a todos enseñan los maestros en sus escuelas; pero eso no quita para que de la masa de los escolares se haga una escrupulosa selección de los que han recibido de Dios cualidades especiales, y con ellos se pueblen los Seminarios, los Noviciados y las Universidades.

Pues bien, nosotros, los maestros y educadores de las almas, que hemos recibido de Dios la misión de formarlas a todas en el espíritu evangélico y cristiano, ¿no habremos de mirar con especial interés y simpatía aquellas almas que revelan dones y gracias especiales, recibidas de la liberalidad de Dios?

Digamos un poco más. Si el Señor concede distintos talentos, a uno cinco, a otro dos y a otro uno, y sus poseedores tienen el deber de cultivarlos íntegros para ganar otros cinco, dos o uno, según reza el texto evangélico (Mat. 25), nosotros que somos los que cooperamos con ellos – es deber sacerdotal nuestro – en esta obra de su cultivo espiritual, ¿nos contentaremos con obrar indistintamente igual con todos ellos?, ¿cumpliremos, por ventura, nuestro deber de pastores y maestros de esas almas sin consagrar nuestros esfuerzos proporcionalmente, a la medida de los talentos que hayamos visto en las almas?

Añadamos un poco más. Si un amo que tiene una heredad de remolacha, un huerto de coles y un jardín de lirios, sabe exigir a su criado especial cuidado y labor en los tres campos distintos, conforme lo exige la especial condición de las plantas que cultiva, ¿no será justo que nosotros, a quienes el Amo nos ha encomendado el cultivo de diversas plantas en los huertos de su Iglesia, sepamos emplear proporcionalmente nuestros esfuerzos y talentos, comenzando por los lirios y siguiendo con lo demás?, ¿o bastará tal vez que con todos hagamos el mismo servicio, y no el que es propio y necesario a cada uno?

Nuestro campo

¡Oh, Hermanos! El Señor nos ha encargado el cuidado de todos, mas con cada uno en su especial modo y forma. Y si el Señor se ha

adelantado con especiales privilegios, gracias y predilecciones y llamamientos a favor de unos sobre otros, ¿cómo no será deber nuestros guardar estos respetos, diferencias y distinciones y grados con aquellas almas con las que el Señor se ha distinguido tan manifiestamente?

¿No es manifiesta la predilección de Dios a favor de la Virgen, del Bautista, del discípulo Amado, de Pablo, de Cecilia, de Inés, de Teresa, de Teresita, de Margarita, de miles más que han seguido sus huellas? ¿No será voluntad suya y mucha gloria suya el que nosotros manifestemos, en la misma proporción y medida, nuestras preferencias de amor y de interés y de esfuerzo a favor de ellas?

Y ¿quién duda hoy que la «Alianza en Jesús por María», con otras muchas obras, es obra amada con especial predilección por Dios? Y ¿no son hoy más que nunca éstas las almas que necesita para su remedio un mundo tan inveterado en el vicio y en la maldad?

¿Quién aplaca la ira de Dios?, ¿quién contiene el furor de la justicia divina?, ¿quién paga la deuda de tantos crímenes?, ¿quién hace fuerza y violencia a la misericordia divina?, ¿quién completa lo que falta a la Pasión de Cristo?, ¿quién prolonga en su cuerpo y en su alma los dolores de Jesús en la Cruz? ¿quién redime hoy al mundo, sino las almas virginales, las almas consagradas, las almas víctimas, las almas santas?

Todavía dirán por ahí: ¿Qué hacen esas almas en el mundo? Contestaremos con Arsenio Krebs:

«Esas almas hacen en la tierra lo que en el cielo las más sublimes criaturas de Dios».

Madrid, Marzo de 1947

ANTONIO AMUNDARAIN

Hermanitas y Cooperadoras

¿Sabe V. que la admisión de las perfectas casadas en la sección de Cooperadoras no a todos ha sentado bien; porque la Alianza, es «unión de castas doncellas», y parece que estas buenas señoras, por buenas que sean, son más bien una pequeña sombra en la Obra?

- Nos lo habíamos figurado, y también su razón, que creemos procede de no saber distinguir bien entre *aliada y cooperadora*.

La Alianza, en efecto, es unión de castas doncellas, almas vírgenes, perfectamente castas, dedicadas y consagradas exclusivamente a Dios.

Y en verdad, ese es un acotado intangible; ahí no entra ningún otro género de vida; nadie que no reúna esas condiciones, ni siquiera la cooperadora, puede pasar esas fronteras, para que, como V. dice muy bien, no llegue hasta ellas la *sombra* que V. teme.

Pero, en cambio, los frutos, los efectos, la influencia, los aromas que se producen

dentro de esos acotados saltan por fuera de sus tapias y alcanzan a los que andan cerca de sus muros, y cuanto más cerca... más los reciben.

Y ahí tiene V. cabalmente uno de nuestros objetivos en la Obra de la Alianza en medio del mundo.

La Alianza tiene su vida íntima, clara, limpia, pura, angélica, sin mezclas de tierra; y esa vida hay que mantenerla íntegra e intangible, es nuestra primerísima labor. Pero esa vida, por su gran intensidad y fuerza sobrenatural, se dilata, se expansiona, se desborda y alcanza a las almas dispuestas que llegan a su contacto; alcanza en la escuela a los niños, en el taller a la juventud, en la oficina a los jefes... y en el hogar a las madres cristianas. Y, ¿quién duda que en este santuario es menester hoy introducir estos altísimos gérmenes de pureza y vida cristiana, cuando por todas partes el hogar se está corrompiendo y paganizando escandalosamente? Y, ¿qué

medio más poderoso y más eficaz, que establecer este contacto estrecho y poderoso entre las hermanitas y las madres cristianas?

Bien es verdad, que buenos conductores son las mismas hijas, si han llegado a ser aliadas y lo son también las muchachas de servicio, cuando pican en la Alianza; por ellas sube muchas veces el espíritu de piedad y de pureza a los demás miembros de la familia. Mas otras veces el proceso cambia de ruta, y comienza por donde en otros termina. Es la madre, la madre cristiana, la madre tocada de Dios y escarmentada tal vez, la que primero ha sentido el toque de esta Obra y de su espíritu (ejemplos y rasgos magníficos tenemos de ello), y esa madre comienza a lamentar y llorar la suerte de sus hijas en quienes no se nota, ni aun de lejos, el amor a las bellezas angelicales de estas virtudes..., y esta madre quisiera ser apóstol de su hogar, y llevar y derramar entre sus miembros las fragancias de la santidad.

Amigo mío, no hablamos a humo de pajas; le repito a usted que hechos edificantísimos nos han

sacudido muchas veces a soltar nuestra pluma y plantar aquí, en SEMINATOR o en LILIUM, estos rasgos que merecían sacarse a la luz del mediodía. Por eso no hemos tenido reparo alguno en admitir a estas perfectas madres cristianas entre las *escogidas* Cooperadoras, que son cien por cien cooperadoras muy escogidas.

Madres conocemos que, siendo madres, no menos hubieran querido ser vírgenes, y que aun en el matrimonio no han dejado de tener grande estima y amor a la virginidad, y éstas, puesto que ya no pueden ser vírgenes, quieren, desean ardientemente y piden a Dios en sus ruegos incesantes que lo sean sus hijas... Y, ¡con qué interés y ardor trabajan para que su hogar sea un jardín de azucenas! Estas, créame usted, miran a la Alianza con tanto o más amor e interés que V. y yo..., ¡que ya es decir!

¿Y sombra?... Sí, Hermano mío, sombra y muy buena sombra hacen estas almas a la Alianza; no precisamente por lo que tienen de casadas, sino por lo que tienen de almas enamoradas de la virtud angélica, de santidad, de

espiritualidad y de celo por la Alianza.

Delante de ellas no tenga V. reparo en hablar de los encantos de la virginidad y de la sublimidad de ese estado, muy superior al suyo; hable V. y predique V. delante de ellas, porque son ellas las que primero lo hacen delante de los suyos en el hogar.

¿Por qué, pues vamos a excluir a éstas autorizadas apóstoles de la virtud y santidad que nosotros predicamos?

¿Por qué no dar lugar a ellas entre nuestras amadas *Cooperadoras Escogidas*?

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Abril-Mayo 1947

SUPLEMENTO DE “*Lilium inter spinas*”
(*Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza*)

NÚM.49
AÑO VII

Constitución Apostólica «Provida Mater Ecclesia»

INSTITUTOS SECULARES DE PERFECCIÓN EVANGÉLICA

Si este documento Pontificio constituye un acontecimiento de trascendental importancia en la vida del cristianismo y en la historia de la religiosidad humana, con mucho más motivo habremos de decirlo tratándose de la Obra «Alianza en Jesús por María».

Allá por los años de 1923, 1924 y 1925 las circunstancias nos sugirieron la idea de un proyecto, que por entonces no tenía – o, si lo había, estaba muy secreto – otro semejante; cuyo principal fundamento era, y así consta en el primer cuaderno que escribimos por entonces, entre otras cosas lo que sigue:

«Hemos venido observando que existe un gran número de almas puras que sienten hambre de Dios y de santidad. Lo mismo fuera, que dentro de los claustros, hay almas que con vehemencia suspiran por una vida más perfecta y santa que la de un simple cristiano. Conocemos almas cuya vida está muy por encima de la que entre cristianos acostumbramos a llamar vida buena. Almas hay en el siglo muy interiores, de mucha oración,...almas vírgenes, enamoradas de Jesucristo y consagradas a su amor. Sin embargo, estas no aspiran, al menos por el momento, a la vida propiamente religiosa...Estas almas nos han llamado la atención y nos han atraído con preferencia... Vivimos en el siglo de las grandes asociaciones, federaciones... ¿Por qué las almas que han puesto los ojos en

SOLO Jesucristo en su servicio, en su amor..., ¿por qué la VIRGINIDAD no ha de unirse en una espiritual Alianza? He aquí uno de los motivos que nos ha impulsado a bosquejar a grandes rasgos las bases de una Obrita...»

Y con un grupo de almas escogidas nos lanzamos, puesta la esperanza en Dios, el 2 de Febrero de 1925, la misma fecha exacta a los 22 años, en que la Suprema Autoridad de la Iglesia ha firmado este Documento.

Solo Dios sabe las contradicciones y la dura oposición que la Obra ha tenido que sufrir en estos 22 años de parte de todos los que habían convertido en axioma inconcuso la frase «O monja o casada». Contra este modo de pensar de muchos de nuestros Hermanos hemos luchado – todo ha sido cosa de Dios- defendiendo por escrito y de palabra la posibilidad de la santidad fuera del claustro, la perfección evangélica en el siglo, la virginidad en el mundo, la santidad en la calle, los lirios entre espinas...

«Y he aquí, dice muy bien la revista «Ecclesia», que estas asociaciones modernas, que parecían utopías, con miembros sin hábito distintivo ni vida de comunidad, con modalidades externas ajenas a las tradicionales, han sido encuadradas en el sistema jurídico de la Iglesia... con el nombre de «INSTITUTOS SECULARES», para que también dentro de ellos, viviendo en el mundo sin ser del mundo, pueda ser practicada la vida... en sus tres aspectos fundamentales de castidad, obediencia y uso limitado de bienes materiales, y esto bajo promesa, voto o juramento perpetuos o temporales obligatorios en conciencia... La Iglesia, después de haber dado al mundo verdaderas legiones de Santos, hoy saca de su entraña una nueva manera de practicar la santidad.

Con la Constitución «PROVIDA MATER ECCLESIA» la santidad organizada sale de los conventos y se arroja a la calle para invadir la vida pública y ganarla para Dios.

«Roma ha hablado y la causa ha terminado». Entre monja o casada, la Iglesia introduce un estado canónico de perfección y santidad seglar en el campo de la castidad, pobreza y obediencia.

La Alianza es desde hace 22 años copia fiel y cuadro viviente, espléndido y fecundo de esta nueva vida...

Hija sumisa de la Iglesia y de su Jerarquía, la Alianza se postra humildemente a los pies de Su Santidad, con el corazón lleno de gratitud y la voluntad rendida en un todo a las disposiciones contenidas en la adjunta «Constitución Apostólica», porque a ellas quiere (si la Iglesia la considera digna de que exista en su seno) ajustar en absoluto su doctrina, su espíritu, su disciplina, su organización, todo cuanto ella ha sido, es y será en adelante, aceptando sin vacilar cuantas modificaciones se le indiquen desde Roma, a fin de encajar de lleno en las normas señaladas en el referido memorable Documento que íntegramente publicamos a continuación (1), y que sea la «Alianza en Jesús por María» un Instituto Secular más, que proporcione a la Santa Iglesia el consuelo de muchas hijas – las tres mil que hoy pertenecen a la Obra – fieles seguidoras de la más subida perfección evangélica en el siglo.

Madrid y Abril de 1947.

ANTONIO AMUNDARAIN.

(1) Tomamos su texto de la traducción especial para «Ecclesia» que dicha Revista inserta en su número del 22 de Marzo de 1947.

Seminator Casti Consilii

Junio 1947

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 50
AÑO VII

AMOR A LAS ALMAS

En un reducido apartado del folleto «Sic facite» hemos hablado del amor del «Sacerdote de la Alianza» a la Obra.

Pero, bien pudiera suceder que no todo sacerdote sienta simpatía y amor por la Alianza, como de hecho sucede con frecuencia, lo cual ni nos extraña ni nosotros podemos exigir otra cosa.

En cambio, no se puede concebir que el verdadero sacerdote de Cristo no pueda y no quiera sentir un santo y sobrenatural amor a las almas.

Razones poderosísimas tenemos para ello.

A) El amor a mi sacerdocio

Es inseparable del amor a las almas, como el mismo sacerdocio lo es de ellas. No se concibe verdadero sacerdocio sin una íntima relación de éste con las almas, ya que el sacerdocio por las almas constituitur en grado eminente. Por eso, mi amor a mi sacerdocio, a mi sotana, a mi hábito, no puede prescindir del amor a las almas: de lo contrario mi amor sería egoísta; mi voluntad, mi corazón sacerdotal no puede encerrarse en sí mismo, mirarse a sí, buscarse y amarse a sí solo; eso falsearía y destruiría el genuino sentido de mi sacerdocio. El sacerdote sin amor de las almas pierde prácticamente la virtud de su consagración; es un sacerdote truncado, monstruoso, materialista, que se mira con mirada interesada, con puntos de vista puramente humanos, egoístas, lucrativos, honrosos, distinguidos, etc. el amor a las almas enaltece, eleva, sublima, afina, santifica, diviniza mi sacerdocio. Si amo a las almas, mi sacerdocio está en su carácter, en su fin, en su misión, en su grandeza, en su prestigio, en su autoridad

Si soy rectamente ordenado, en el sacramento de mi ordenación sacerdotal Dios me ha otorgado una misteriosa paternidad, y a ésta va unido un amor espiritual y santo a mis hijos (las almas), como en la paternidad

natural Dios ha grabado el amor a los hijos legítimamente engendrados. De donde concluiríamos, que un sacerdote sin amor a las almas no podría llamarse «padre de las almas».

B) El amor a las almas

Las almas, por lo que son en sí, merecen nuestro amor. Los técnicos, si de veras lo son, deben conocer el valor de las cosas que tratan: un artista conoce el valor de las obras de su arte; un joyero entiende exactamente el valor de una joya; un sastre, una modista, sabrán fijar el precio de una prenda... Y ¿quién va a ser el técnico de las almas, si no es el sacerdote?, ¿a quién consultaremos el valor de un alma, si no es al maestro de las almas, el sacerdote? ¿No es él el único que entiende de la legitimidad o falsedad de esas joyas tan misteriosas que él forja, trabaja y acaba, siendo el único especialista en el arte?

Y si el artista, el joyero, conociendo intrínsecamente su obra, sabe apreciarla, estimarla, amarla, ¿cómo es posible que el sacerdote se muestre frío, indiferente, desinteresado con la obra de sus manos, cuyo valor intrínseco y completo conoce?

¿Hay acaso, joya como un alma? No debe extrañarnos que el mundo, que desconoce completamente el arte de las almas y su valor, se muestre frío y no haga aprecio de ellas. Las almas no brillan al sol divino, y los sacerdotes somos los que más próximos nos movemos y vivimos bajo la influencia de este astro celestial, y, por ende, los que mejor debemos experimentar palpablemente los sublimes resplandores y bellezas encantadoras de aquellas.

¡Oh, la hermosura y la riqueza de un alma! Un alma, imagen de Dios, ¿cabe belleza mayor? Un alma transformada por la gracia, ¿cabe elevación, sublimidad y riqueza mayor?, ¿qué no han dicho los Santos sobre la grandeza, el valor y la hermosura de un alma! ¿No es aplicable a un alma virginal todo el libro de los Cantares de Salomón?, ¿no es allí el mismo Espíritu quien canta el epitalamio de su esposa, el alma virginal?

Y si de tantas alabanzas es digna un alma pura y virginal, ¿cómo se concibe en un sacerdote, padre y pastor de ella, tanta indiferencia y frialdad?, ¿cabe monstruosidad mayor que el descuido, indiferencia, desestima y hasta desprecio de un sacerdote por las almas a él confiadas? Después de Dios, ¿a quién va a consagrar el sacerdote su corazón y su vida sino a las almas? ¡Oh, desgracia nuestra! Y volvamos a recordar lo que ya hemos apuntado en alguno de los números anteriores de SEMINATOR: « ¿Por qué no nos damos a estudiar de veras y a fondo esta maravillosa joya que Dios ha escondido en el hombre, y nos la ha confiado a nosotros? ».

C) El destino de un alma

El alma tiene un destino proporcionado a su naturaleza y a su elevación.

Puesto que es inmortal y eterna en cuanto a su último fin, su destino lo es también y de una imponderable transcendencia; siempre gravita sobre ella la espantosa alternativa de una eternidad o feliz o infeliz; la suerte del alma (a quien seguirá la del cuerpo) es la más tremenda y espantosa de las suertes. Ante esto sólo cabe indiferencia, o en un loco o en un ateo convencido.

Y el sacerdote que conoce mejor que nadie los extremos de este tremendo destino, ¿cómo podrá permanecer indiferente, insensible, despreocupado, frío y sin amor a las almas, para las que es cabalmente sacerdote, y cuya salvación o perdición tan propia, inmediata y directamente le toca?

Ante un problema tan transcendental, que en gran parte puede el sacerdote resolver favorablemente, ¿cómo éste puede consagrar o distraer sus afanes, sus entusiasmos, sus ensueños, sus energías, sus afectos y amores a las bagatelas, a las criaturas, a los intereses terrenos, a la comodidad, al pasatiempo, al interés personal?

D) El amor de Jesús a las almas

Quizás éste nuestro desamor, flojedad e indiferencia para con las almas se trocaría en sumo interés, celo y ardiente amor a ellas, si ponderásemos, ante la puerta del Sagrario o a la sombra de nuestro Cristo crucificado, los ardores de divino celo y locura de amor que Él ha mostrado y muestra hoy por las almas selladas con su divina Sangre. ¿Por ventura no es el amor, y sólo el amor a ellas, toda la razón de la obra imponderable de la Redención? ¿Por qué la Encarnación, la vida de sacrificio, de trabajo, de apostolado? ¿Por qué la Pasión, las agonías, la muerte? ¿Por qué la Santa Misa, los sacramentos, y el mismo Jesucristo entre nosotros perpetuamente? ¿Por qué, sino por amor a las almas? ¿Quién conoce el alma como la conoce Cristo Jesús? ¿Quién ha hecho tanto por ellas, como El? ¿Quién, como El, las ha amado tanto!

¡Oh, qué vergüenza, Hermanos queridos!

De San Agustín es el siguiente raciocinio: «Si en las balanzas eternas del Santuario ponéis las lágrimas, la sangre de Jesús, si añadís aún la Hostia santa y viva del Sagrario, es decir, su cuerpo, su alma, su misma divinidad, y en la otra parte ponéis un alma, el alma de un pobrecito de la tierra, las balanzas sagradas quedarán inmóviles; allí están el peso y el precio exactos; anima tanto vales».

Ahora bien, si todas las almas merecen este amor del sacerdote, su padre y pastor; ¿qué diremos del amor que el «Sacerdote de la Alianza» debe profesar a las almas que el mismo Cristo Jesús ha escogido para sí y ha llamado con amor de predilección?

¿Cabe indiferencia, insensibilidad, desinterés, desamor en un corazón sacerdotal hacia quienes Jesús es pan, es Hostia, es Víctima, es Salvador, es Padre, es Esposo, que las ama con un corazón «roto»?

¡Oh, Hermanos! Si amáramos un poco menos que Jesús, todavía amaríamos inmensamente más de lo que amamos ahora; y entonces, ¡qué conquistas, ¡qué triunfos, qué legiones de almas puras recogeríamos en las dehesas de la Alianza! ¡Qué gloria para Jesucristo y su Iglesia! ¡Qué dicha para ellas y para nosotros!

Madrid, Mayo de 1947

ANTONIO AMUNDARAIN

CONSULTORIO

¿Por qué tanto rigor, para la admisión en la obra de la Alianza, de las que pasan del tope?

- Ya se conoce que V., mi querido Hermano, no ha debido asistir a nuestras Convivencias Sacerdotales de Vitoria, donde una y dos veces se movió y agitó este asunto.

A la verdad, el caso es un poco original. Cuando se plantea en las reuniones Sacerdotales, apenas hay uno que disienta de los demás, que insisten en que se mantenga inflexible el tope, tan molesto para las que lo cruzaron, de los *treinta* años. Mas, cuando en sus respectivos Centros alguna buena alma viene pidiendo dispensa de edad, aunque tenga el duplo de años sobre los reglamentarios, se recurre al Consejo General, o a nosotros directamente y en particular, pidiendo una excepción a favor de su recomendada.

O es que las cosas en teoría las vemos fría y serenamente y las juzgamos con juicio equilibrado, o es que en casos reales, vivitos, y tal vez

interesados, perdemos el control, la serenidad y el equilibrio de nuestra balanza, nos dejamos llevar de alguna piadosa lagrimilla, la compasión nos trastorna el pulso, y ya no tenemos firmeza y carácter para mantener en la práctica el criterio que mil veces hemos manifestado en teoría.

Harto perjudicó a la Obra, y aún sigue perjudicándola, aquel primer período de la vida de la Alianza, en el que, por no caer en la cuenta de las consecuencias que podrían originarse, se dejó libre la entrada a todas las edades. Todavía, después de los *22 años* de vida de la Obra, andan por ahí algunas de estas infelices que nunca encajaron, nunca se formaron y nunca se encariñan y entusiasman de la Alianza, porque la abrazaron sin ser llamadas a ella.

Créame Vd., Hermano mío, a través de ellas ha sido criticada y motejada la Obra en algunas regiones, en donde, debido a su pronunciada *sombra*, muchas jóvenes no han entrado en la Alianza.

Gran reparo tuvo un Reverendísimo Prelado en admitir a la Alianza en su Diócesis, porque le fueron con la noticia de que la Alianza era una cofradía de venerables beatas, ya jubiladas por el mundo.

En cambio, alguien nos ha amonestado y delicadamente reprendido de que quizás miramos demasiado la *estética* y *vistosidad* de la obra...; que bien hermosas almas hay entre las que ya hace tiempo pasaron los años de Cristo.

Agradecemos la advertencia; pero nosotros no podemos negar, y hoy nos afianzamos en ello, que tratándose de una institución secular, no se puede *descuidar* la estética y la vistosidad de la Obra, puesto que el mundo, en el que por su vocación debe vivir muy metida la Alianza, no se deja cazar, si no se le mete la virtud y el bien por los ojos con ciertos atavíos de estética y simpática vistosidad.

La Alianza, gracias a Dios, no se contenta con sólo apariencias y simpatías vistosas, sino que va directamente *ad rem*, y muy a fondo, como V. sabe, muy adentro. Pero nos

gusta y nos conviene en la Alianza que la virtud de la *pureza* y otras, y toda la santidad se vea más en el espejo de un rostro angélico, terso y *sin arrugas* que en otro que ya por los años y por la intemperie está lleno de ellas.

Vamos a la conquista de almas en las fábricas, oficinas, talleres, escuelas, en la calle y en el metro, presentando la virtud y la santidad en anuncio vistoso, en escaparate viviente que atraiga y que captive, que arrastre y que conquiste por sus encantos, sus hermosuras y atractivos divinos, a las almas que no oyen, que no estudian, que no conocen la virtud en sus excelencias intrínsecas y en su valor.

¿Qué hay almas ricas entre gente madura?, ¿qué duda cabe? Si en sus años ha ido *in crescendo* la virtud, cuantos más años, más virtud y más santidad. Pero, amigo mío, esa santidad ya tiene su forma y su peculiar característica y su sello muy personal; ya no hay por qué *reformularla*. Ni lo quieren ellas, que hartas les ha costado lo hecho, ni lo queremos nosotros. Y, cabalmente, ahí está el grave inconveniente para que ellas vuelvan a meterse por nuevos

moldes (los de la Alianza), cuando en los *suyos* ya están fuerte y firmemente ajustadas y *amoldadas o moldeadas*. Tratar de sacarlas de su *molde* es exponerlas a romper el molde (nuestro Reglamento), como muchas veces ha sucedido, o a romperse el alma *moldeada*, quedándose inservible tanto para el nuevo molde como para el viejo.

Y si todavía, a pesar de sus años, no han sido sometidas a ningún molde (de las que ya hay por ahí una docenas) sino que han gozado de plena libertad y anchura de vida *piadosa...*; unas son como la masa muerta que no hace *cuerpo* (y tampoco alma) en el molde, y cuando pasan tiempo dentro de él, nunca pueden tomar su forma *informe*, y como no sea a fuerza de cincel y puntera, no hay manera de

adaptarlas y ajustarlas al verdadero *molde*.

Mire V., que le habla un escarmentado...

¿Pero habrá excepciones? Claro que las hay y magníficas y heroicas; pero la excepción confirma la regla..., y la excepción es *excepción*, no regla general; por eso la excepción debe significarse por condiciones excepcionales, tanto más excepcionales cuantos más años son los que pasan del tope.

Precisamente con aquellas que no son excepción debe usted formar su sección de Cooperadoras Escogidas; mas, al ver que de ellas no tiene V. todavía ninguna *aspirante*, me hace pensar que con todas quiere V. hacer excepción. Que es convertirlas en regla general...

¿Entendido?

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminador Casti Consilii

Julio 1947

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM.51
AÑO VII

LO QUE TODOS PUEDEN HACER

¡Pensar! Nuestra última consideración ha sido sobre el amor del Sacerdote a las almas. Si las amamos de veras, no estaremos indiferentes y tibios ante ellas...

¡Obras son amores!

El amor es movimiento, es acción, es sacrificio, es donación y entrega generosa por el amado; el verdadero amante nunca está ocioso.

Supuesto que el «Sacerdote de la Alianza» ama a las almas con el mismo amor con que las ha amado y ama su divino Maestro, no puede permanecer indiferente y ocioso ante el ingente panorama de las almas que el mundo de hoy nos presenta a los que somos pastores de ellas.

Hay algo respecto a ellas que sólo unos cuantos pueden hacerlo; los que de Dios han recibido gracias y misión especial para eso. Pero hay algo más y tan importante, que lo pueden hacer todos sin distinción.

Comencemos por esto.

Pensar

Es corriente entre la gente piadosa este lamento: ¡Cuán pocos piensan en el alma!

Triste verdad es, en efecto, el lamentable olvido en que las gentes tienen a su alma. Tan poco caso se hace de ella que diríase que no existe para muchísimas personas. La vida de los sentidos, vida puramente terrena y animal, absorbe por completo la atención y las energías de los hombres. Lo de acá nos preocupa y nos trae en

incesante vértigo: intereses, placeres, vanidades, honores, ambiciones, grandezas, etc.; he ahí la maldita ocupación de los mortales...

Con ser malo todo ello, aún fuera menos malo, si nosotros, los llamados por estado y por oficio a pensar en las almas, no las tuviéramos tan olvidadas. ¡Esto sí que es digno de llorarse!

¿Cómo va el pueblo a acordarse de su alma, si nosotros, los llamados a hacerlo no se lo recordamos? ¿Y cómo hacerlo nosotros, si no pensamos en ella? El pueblo vive como si no tuviera alma, porque aquel, a quien llaman con toda propiedad «Padre de almas», no piensa ni habla de ellas.

Cuando se trata de hacer un homenaje a una persona, se encarga a otras varias la misión de crear ambiente, por medio de la prensa, la radio y hojas volanderas. Hecho lo cual, su nombre suena en todas partes y todos hablan de ella.

Los que tenemos la misión de crear ambiente por las almas, somos los sacerdotes. Si esta misión se cumpliera por todos los medios que hoy están a nuestro alcance, el alma tendría ambiente; se hablaría, se pensaría, se discutiría y se daría importancia al gran tema del alma.

Mas, el alma no tiene ambiente en nuestra pagana sociedad, ¡qué dolor! Y la culpa, en gran parte, es de nosotros los sacerdotes, porque aun entre nosotros el alma tiene muy escaso ambiente.

Hablemos claro

¿Por qué, Hermanos queridos, no pensamos más en las almas? ¿Por qué nos distraen tantas cosas secundarias, impropias, inútiles o completamente profanas a nuestro sacerdocio? ¿No hemos dicho mil veces que el sacerdote es por las almas? ¿Para quiénes van ordenados nuestros estudios y nuestros tremendos poderes sacerdotales, si no es en favor de las almas? ¿Por qué gastamos y profanamos nuestra facultad de pensar, de meditar, pensando y meditando tanto sobre cosas que distraen y estorban nuestro divino ministerio?

La política es para muchísimos de nuestros Hermanos el plato favorito de sus vigiliias y elucubraciones. Sobre su mesa de estudio abundan periódicos y revistas de todos los matices y colores que prestan la materia prima para sus personales orientaciones, y para sus

amenidades, comentarios y sobremesas con los amigos de su clase y con los extraños. Como si su carrera sacerdotal tuviera que ver algo con la de un hábil político. ¡Oh!, estos no piensan en las almas ni en la suya tal vez lo suficiente, y menos, claro está, en las que Dios ha puesto a su cuidado y dirección.

La baraja hace las delicias de otros muchos Hermanos. Gente de nuestra clase sacerdotal tiene adquirida justa fama (lo diremos así) de ser los mejores tresillistas. A cualquiera se le oye decir por ahí que el manejo de los naipes es especialidad de los Curas. ¡Vaya honor que nos resulta de tal alabanza! ¡Somos maestros de barajar la baraja!!! ¡Ah, si así supiéramos barajar con las almas!!!

Pero... desgraciadamente, y exceptuando a algún moderado y ordenado en esta clase de juegos, los demás no piensan gran cosa en las almas. ¡Es que la pasión del juego distrae mucho!

Sigamos

Las tertulias, las visitas tontas e inútiles son para otros muchos el entretenimiento diario. Allí se mezclan todos los temas, entran en escena todos los personajes, y se juzgan y critican todas sus acciones. Pero, ni incidentalmente se da lugar al asunto de las almas. No es lugar aquel para tales filigranas.

Los libros... He ahí una ocupación seria y sacerdotal. Y, ¡cuántos Hermanos nuestros tienen verdadera pasión por los libros! Parece que su vida no vive de la realidad; hombres idealistas, de pura teoría, siempre especulando; hombres abstractos que tienen a menos el bajar al detalle, que muy raras veces descienden al terreno de las realidades en la vida de las almas. ¡Cuántos talentos frustrados! ¡cuánta cultura inútil!, ¡cuántos conocimientos siempre bajo llave! ¡cuánta sabiduría enterrada en mausoleos, sin haber llegado jamás a explotarla! Y, entre tanto, el pensamiento del alma, o no existe o está relegado al último camarote de su privilegiada cabeza.

Los ministerios... ¡Oh, también los ministerios sacerdotales dan harta ocasión, algunas veces, para que el sacerdote se mueva, con no escasa frecuencia, fuera de la acción inmediata y directa de las almas!

Reservando un apartado especial a los días de retiro, ejercicios espirituales, solemnes misiones, horas de confesonario y algo más, ¡cuántos otros ministerios nos ocupan sin darnos tregua para pensar en las almas! De un modo o de otro trabajando por las almas, sin apenas darnos cuenta de ellas...

Aun los que creemos vivir con la obsesión de las almas, ¡Cuán superficialmente pensamos en ellas!

¡Pensar!

Pensar pensando (permitidme la repetición), meditar sobre las almas, en su infinita variedad, en su vertiginosa carrera, en sus avances y retrocesos, en sus triunfos y en sus derrotas, en su gloria y en su eterna humillación.

Pensar en el alma de un niño angelical, sus encantos, su candor, su inocencia, su belleza divina bautismal, la riqueza de sus gracias y sus dones sobrenaturales...

Pensar en la innumerable turba de las almas que viven de espaldas a Dios y a su destino; pensar en las que, como hojas de otoño, se precipitan en el infierno; ¡pensar en un alma en pecado, previo el conocimiento que tenemos nosotros del pecado...!

Pensar en las almas que luchan en medio de un mundo de peligros y ocasiones; almas que caen y se levantan, almas cicatrizadas y almas que sangran; almas fuertes y valientes o almas débiles e inconstantes; almas justas, virtuosas, ricas, puras, amigas de Dios; almas vírgenes, almas ángeles, en una carne vencida y dominada...

Pensar en las almas, cuando en la noche padecemos de insomnio, cuando nos levantamos, cuando pasamos por las calles y tropezamos con oleadas de gentes, que piensan en lo suyo; pensar en sus almas en la soledad de nuestros templos, en nuestra oración, en nuestro rezo oficial, en nuestras visitas, en la Santa Misa, en nuestros trabajos, en nuestros sacrificios, en nuestras penitencias, en nuestras enfermedades...

Pensar, hermanos, pensar, ¿quién no puede pensar?

Comencemos por pensar, que el pensamiento nos llevaría a más...

Madrid, Julio de 1947.

ANTONIO AMUNDARAIN.

Seminator Casti Consilii

Agosto 1947

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM.52
AÑO VII

LO QUE TODOS PUEDEN HACER

Oración. *Invitábamos, en el número anterior de SEMINATOR, a nuestros amados Hermanos a pensar en las almas. Con un poco más de calma y tiempo hubiera sido fácil redondear todo lo expuesto con autoridades y ejemplos de los Santos y del mismo divino Maestro.*

Para ello basta abrir el Evangelio y las Epístolas del Apóstol, y en todos sus capítulos encontraríamos confirmado aquel mil veces repetido dicho del mismo: «Ego autem libentissime impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris». (II Cor. 12).

Esa labor queda para vosotros mismos, mis queridos Hermanos, puesto que nosotros no llegamos a lo que llegarían los consagrados a los libros y a la tranquila tarea de sacarles el jugo.

Vamos a pasar del pensamiento a la primera realidad, que es común para todos los que hayan pensado como a nosotros corresponde pensar.

Oración

Muchas veces nos equivocamos, al pensar que el pedir por las almas es cosa propia sólo de las almas piadosas que no pueden predicar y confesar.

La oración sacerdotal es la primera de las oraciones de la Iglesia en favor de las almas; su poder es el poder mismo de la Iglesia y la Iglesia es la Madre de las almas, que se preocupa, trabaja y se sacrifica por ellas.

El apóstol San Pedro, al encomendar a los diáconos el asunto de las colectas, dijo un día: «No es justo que nosotros descuidemos la palabra de Dios, por tener cuidado de las mesas... Por tanto, hermanos, nombrad de entre vosotros siete sujetos de buena fama..., a los cuales encargaremos este ministerio. Y con esto, nosotros nos consagraremos enteramente a la ORACIÓN y a la predicación de la palabra divina» (Act. VI,2).

Acto sacerdotal por excelencia es el de la oración. Siendo el sacerdote el centro de la Iglesia, el intermediario entre Dios y el hombre, el Moisés del nuevo Testamento, debe vivir siempre con los brazos en alto, implorando clemencia y favor por las almas. El sacerdote, como representante de la Iglesia, ora en nombre de la Iglesia. Con Ella se une en Cristo y con la oración de Cristo en el altar, en el divino Sacrificio, en la salmodia, en el oficio divino.

*¡Es imponderable e inmenso el poder de la oración del sacerdote!
¡Si lo empleáramos con celo y amor en beneficio de las almas!*

Pero, ¡oh dolor!

Las almas se pierden y se condenan; los pecadores no se convierten, no sólo porque nosotros los sacerdotes no predicamos, no confesamos, sino más bien porque no oramos por ellas.

No oramos, y, si oramos, no sabemos dar la debida orientación a nuestra oración:

a) No oramos cuanto es nuestro deber de sacerdotes; no cumplimos lo que nos manda el Señor por el profeta Joel: «Lloren entre el vestíbulo y el altar los sacerdotes ministros del Señor, y digan: Perdona, Señor, perdona a tu pueblo». (cap.II, 17.) Con lágrimas de corazón y con verdadero fervor sacerdotal deberíamos orar nosotros por la terrible desgracia de tantas almas, muchas de las cuales van al abismo, porque faltan intercesores ante la divina justicia.

b) Si oramos, y es cierto que oramos, lo hacemos casi siempre sólo por cumplir un deber, por llenar un ministerio, por hacer nuestros en justicia los derechos anejos al oficio sacerdotal, tomándolo quizás como una carga pesada y alguna vez fastidiosa.

¡Cuánta oración sacerdotal, si alguna tiene mérito y fruto, irá a parar al tesoro común, porque nosotros no la hemos aplicado a ningún fin determinado por las almas!

b) Oramos en ocasiones por interés puramente personal, aunque bueno y santo; lo miramos como medio eficaz de nuestra propia salvación y santificación y, como tal, lo tenemos puesto entre los actos de nuestra distribución diaria. Ya que muchísimos tratados ascético-místicos miran la oración desde este punto de vista interesantísimo, al hablarnos de su necesidad, de su influencia en la vida espiritual, etc., la hacemos nuestra, sin acordarnos de que nosotros, tanto como por la nuestra, debemos preocuparnos por el alma de los demás.

c) Oramos otras veces, porque se nos han pedido oraciones por algún fin determinado y especial: el éxito de un negocio, de una empresa, la salud de un enfermo, la libertad de algún mal que nos amenaza, el sufragio de unos difuntos. ¡Cuán pocas por la salvación, conversión, santificación de las almas! Las calamidades públicas o particulares son muchas veces objeto de fervientes preces y oraciones... ¿por qué no estas otras?

En la cartelera de actos solemnes en las puertas de los templos leemos: Los cultos del día tal los costea Don Fulano y Doña Fulana, por sus intenciones.

¡Cuánta oración desviada!

d) Orar por las almas, sólo por las almas, por su conversión, por su salvación, por su santificación y glorificación; orar por las almas inocentes, por la flor de la Iglesia, para que guarden su candor y nunca se marchiten y su fragancia se extienda y derrame..., ¿hay acaso asunto más interesante y trascendental para un sacerdote?

¡Oh! Cuando S. Pedro vió que los asuntos temporales de la Iglesia distraían a los apóstoles o les impedían el otro asunto grave y trascendental de la oración, buscó gente para ese menester, y ellos se dieron a la oración y a la divina palabra. Y en San Pablo no hallamos ni una epístola, en que no haga memoria especial de las oraciones que elevaba a Dios por sus hermanos: «in orationibus meis die ac nocte». ¿Qué significa el dicho de San Agustín: Da mihi animas...?

¡¡ Parece que nosotros no somos sus sucesores!!

Y a la verdad,

¿no es por ventura la oración sacerdotal la que más almas ha santificado y salvado? ¿Por qué los santos han dado tanta gloria a Dios y a la Iglesia, sino porque han orado? Si estos hombres han convertido tantas almas, si un santo Cura de Ars transformó tantas conciencias, no fue, a fe, por sus brillantes predicaciones, sino porque fué sacerdote de oración incesante. Fray Diego de Cádiz, si gritaba a las almas en el púlpito, gritaba más a Dios en el rincón de su Coro por ellas. ¿No fue ésta la conducta de un San Bernardo, de un Santo Domingo, de un Javier, de un Claret, de un Beato Ávila y de otros mil conquistadores del reino de Dios?

En la Alianza, los Sacerdotes no todos pueden predicar, ni confesar, ni dar conferencias, ni escribir bellos artículos. Pero..., Hermanos, en la Alianza todos los que somos de la Obra y la amamos, podemos orar por las almas. Si los quinientos cincuenta «Sacerdotes de la Alianza», en una devotísima Cruzada, se diesen a la oración por las almas, por las que hoy viven en la Obra y por las que mañana pueden ser hermanitas, les aseguramos que sus éxitos serían sorprendentes.

QUINIENTOS CINCUENTA SACERDOTES, *fervorosos, escogidos, amigos de Dios y de gran poder en su presencia divina, unos en el Convento y otros fuera de él, todos con los brazos en alto..., pidiendo almas a Dios, pidiendo almas y pidiendo por ellas... ¡qué cuadro!...*

¿Es esto difícil? ¿Hay excusa para ello? Nosotros no la vemos.

Vitoria, Agosto de 1947.

ANTONIO AMUNDARAIN

CONSULTORIO

La vida económica

¿Me perdonará señor Director, una pregunta curiosa, y tal vez indiscreta? Como amo tanto a la Alianza, también me ocurre pensar en su parte económica; porque, ¿cómo es posible – me digo – que, con solo una peseta al mes para todo, por cada asociada pueda la Obra desenvolverse en estos tiempos?

-Tiene V. razón; ésta su (diremos justa) curiosidad toca casi en las fronteras de lo más íntimo de la Obra de la Alianza.

El desenvolvimiento de su vida económica es asunto de su gobierno interno; sus apuros o sus desahogos hasta ahora, durante estos 22 años ahí adentro se han ventilado, «inter nos», en el seno mismo de la Obra; si bien hoy, conforme se extiende la Obra, este problema va siendo también más trascendental y de mayor envergadura.

Como se trata de Hermanos Sacerdotes, en quienes la prudencia es su tesoro, no tenemos inconveniente en descorrer el

velo y hacerles esta confianza, no precisamente para satisfacer una mera curiosidad, sino para merecer de ellos una ayuda franca en tan delicado asunto. Para mayor claridad, dividiremos su consulta en dos partes, de las cuales explicaré una, dejando la otra para otro número.

La Obra, en 22 años de vida, ha tenido que mover sumas considerables, a pesar de su condición humildísima, como V. debe de saber.

Para comenzar no se contó con ningún tesoro, ni se pensó en eso, ni era menester para lo que entonces se trataba de hacer.

Progresivamente han ido aumentando estas necesidades, conforme ha ido creciendo la Obra, y se han remediado siempre con las modestas aportaciones de las socias y algún donativo que el Cielo nos ha enviado en ocasiones propicias y oportunas. Así se adquirió y agrandó una casa en Vitoria; otra en San Sebastián. Así se organizó una

peregrinación a Roma el año 1934, se ha montado la sección de la Obra «Ediciones A. J. M.» y así otras muchas cosas.

Y, Dios mediante, de esta suerte hemos de seguir cubriendo todos los gastos que se vayan originando en lo sucesivo. No pensamos en otras fuentes de ingreso que las que marca el Reglamento en su artículo 148.

a) Cuotas de todos los que pertenecen a la Obra, ya hermanitas, ya cooperadoras.

b) Legados y donativos de estas y de otras personas que, llevadas de su generosidad y espíritu de caridad, quieren ayudar a esta Obra.

Al Sacerdote sólo pedimos para esa su colaboración organizada que va unida a la Obra, para «Seminator», reuniones y convivencias que se organizan, Ejercicios, etc.

A más de esto, el Sacerdote tiene su misión muy eficaz en orientar a las hermanitas, cooperadoras y almas caritativas en favor de la Alianza.

Es más fácil interesar a las personas en favor de aquellas

obras, cuyos frutos se ven a simple vista y se palpan, porque van unidas a algún favor o beneficio temporal, como las obras de caridad. Los frutos de la Alianza no se tocan con las manos, ni provocan el entusiasmo de los que no adivinan el secreto del bien espiritual que producen; por eso hay pocas espontáneas que abren sus arcas para favorecerla. Es necesario llevar a sus almas la iniciativa, descubriendo la verdad (sin exageraciones) de lo que es y hace la Alianza.

A los Directores y demás Sacerdotes de A. J. M. toca, en primer lugar, recordar con insistencia a los miembros de la Obra el deber sagrado que tienen de procurar los medios necesarios para que decorosamente pueda aquella desenvolverse en su órbita y desarrollar su acción benéfica en el mundo. La cuota señalada por la Asamblea General, según el art. 151 es uno de los deberes urgentes de la hermanita y de la cooperadora. A estas es preciso convencerlas de la necesidad de esta mutua y general colaboración en favor de la Obra, la cual no puede desarrollar con eficacia su

misión, si no se la atiende en los mil detalles de su vida material.

Si cada hermanita satisficiera escrupulosamente la parte a ella designada, la Obra no sufriría los apuros que algunas veces le estrechan. Aquí el consejo y la intimación de nuestros Hermanos vienen oportunos y eficaces.

Pero el campo propio y muy suyo del «Sacerdote de la Alianza» es el que hemos apuntado en la letra b): donativos y legados de los que pertenecen a la Obra y de las personas simplemente simpatizantes. Tal vez, porque se han acumulado tanto las necesidades de la Iglesia y de sus Instituciones, los fieles, a quienes se les urge incesantemente con mil peticiones, parece que se han convencido de la necesidad de hacer estas caridades y no les *duele* tanto el desprenderse de algunas pesetillas.

Un capítulo más en favor de la Alianza no sería tan violento, ni tan molesto a estas almas, si nosotros supiésemos presentar el asunto con la importancia y hasta el atractivo que encierra.

Ya sabemos que algunos de nuestros Hermanos no tienen el *don* de pedir y no afinan con esta delicada tecla, sin que produzca una desafinada estridencia; pero no faltan otros bien dotados de esta maña especial, que poseen el *don* de disponer suave y firmemente el corazón de las personas caritativas, para ayudar a estas obras humildes y muy gratas a Dios.

Logroño y Agosto de
1947

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Septiembre 1947

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM 53.
AÑO VII

LO QUE TODOS PUEDEN HACER

Sacrificios

Un sacerdote regalado y comodón..., ¡qué mal cae en un pueblo! Nuestra ropa talar y negra ya dice bastante.

Mas, si con eso cubrimos un cuerpo regalado y un alma egoísta y caprichosa, Aquel que mira el interior y por él juzga al hombre, ¡con cuánta razón volverá a decirnos lo que un día dijo a la turba de los hipócritas judíos: «Sepulcros blanqueados»!

Desde que emprendimos la carrera del Sacerdocio, la primera lección sobre la cual se insistió debió ser la del sacrificio. El que iba a tener la misión de ofrecer sacrificios al Señor por las almas, era necesario que aprendiese a sacrificarse.

Todos los años sentimos como una especie de indignación, al leer en las lecciones del breviario el pasaje de los hijos del Sumo Sacerdote Helí (I Reg. 11,12).

Es el verdadero tipo de un Sacerdote inmortificado que se vale de su sacerdocio para regalarse en una vida de gula y de molicie. Justa satisfacción y castigo de sus grandes pecados fué la muerte de aquellos en la guerra y la de los treinta mil soldados de a pie, la muerte repentina de su padre Helí y la pérdida del Arca de Dios. Es, pues, cosa clara y evidente que el sacerdote tiene que ser alma mortificada y preparada para el sacrificio.

Cristo fué Sacerdote y Víctima de su propio Sacerdocio. Nosotros participamos de su sacerdocio; somos la prolongación de Aquel a

través de los tiempos en la Iglesia, no sólo para perpetuar su sacrificio en nuestros altares, sino para que Cristo siga perpetuando su sacrificio, ofreciéndonos en el altar nosotros mismos, junto con El, como hostia completa, El y nosotros por El, en El y con El. Somos Sacerdotes y somos sacrificio, perpetuando su sacerdocio y su sacrificio en nosotros.

Luego nuestro oficio sacerdotal no sería completo y perfecto, si no fuésemos a la vez sacerdotes y víctimas. Al levantar en la Consagración la Hostia diaria, con ella hemos de consagrar y levantar nuestra propia hostia, nuestra alma y nuestro cuerpo. Y esta nuestra consagración supone una como preparación de la hostia que es la vida de inmolación continua, de mortificación, de abnegación y de sacrificio en que es menester vivir de continuo. El Sacerdote se amasa, se tuesta y se hace hostia de pan para consagrarse e inmolarse en su Misa.

«Frumentum Christi sum, dentibus leonum molar, ut panis mundus inveniar».

Estas palabras de San Ignacio Mártir nos enseñan el oficio sacerdotal que nos incumbe.

El complemento

Ahora bien, Cristo es Sacerdote y Hostia por y para las almas, para que la justicia del Padre quede satisfecha y cumplida por este sacrificio del Hijo, y lo que, en expresión de San Pablo, falta a este sacrificio de la Cruz («adimpleo»), complete el Sacerdote con su sacrificio en favor de las mismas.

Más haremos por las almas con nuestro diario y continuo sacrificio, unido en la Santa Misa al de nuestro Sumo Sacerdote, Cristo Jesús, que con nuestra predicación y apostolado.

¡Sufrir por las almas, vencerse por las almas, callar, humillarse, privarse, abnegarse, mortificarse por las almas! ¡Ser pan de Cristo y hostia por las almas!, ¡qué bello Sacerdocio! ¡qué fecundo Sacerdocio!, ¡qué divina misión sacerdotal!,

Conocemos un alma religiosa, la cual, desde que hizo su ofrenda de hostia y víctima por la santidad de los sacerdotes, ha encontrado facilísimo el camino del sacrificio y de la abnegación tan indispensable en la vida de Comunidad; lo que antes era tan difícil y costoso, ahora lo

halla fácil con el recuerdo de su ideal por los sacerdotes. Si el ideal de las almas se grabase así en nuestros corazones, también se nos haría fácil y dulce todo sacrificio, por duro y fuerte que fuese.

Por Cristo y por las almas somos Sacerdotes; por Cristo y por las almas debemos ser víctimas; por Cristo y por las almas debemos partir y dar nuestra sangre y nuestra vida...

Bilbao y Septiembre de 1947

ANTONIO AMUNDARAIN

CONSULTORIO

La vida económica

En el número anterior hemos dado respuesta, a nuestro modo de ver suficientemente clara, a la consulta que sobre el desenvolvimiento de la Obra en su parte económica nos dirigía un Hermano.

De intento dejamos allí en el tintero un punto importante sobre la materia que, por su especial trascendencia, merece un apartado exclusivo.

Entramos aún un poco más en las interioridades de nuestra Obra; esto pide prudencia y discreción y reserva por parte de nuestros queridos lectores. La Alianza tiene un Consejo General que mira por toda la Obra, unos Consejos Diocesanos que atienden y se ocupan de sus Diócesis o Archidiócesis y unos Consejos Locales que sólo abarcan un Centro con sus Grupos y dispersas. Cada una de estas Organizaciones tiene sus Tesorerías respectivas, para atender a los gastos y problemas correspondientes.

Por eso hay ingresos que afectan ya a un lugar, ya a una Comarca, ya también a la Obra entera.

De donde fácilmente se comprenderá que los problemas que afectan a un Centro Local son de menos cuantía y trascendencia y número que los que afectan a una región, Provincia o Diócesis, y éstos menos que los que afectan a la Obra toda que descansa, en cuanto a este respecto, en la Tesorería General.

Luego ésta necesita suficiente holgura para atender a las mil importantes necesidades que pesan sobre ella en el diario desenvolvimiento de su vida. Mas no están en la misma proporción y medida las fuentes de ingresos, necesarios para cubrir tantas salidas. Las únicas fuentes de que dispone la Tesorería General son el tanto por ciento de las cuotas de las asociadas. En cambio, todas las generosidades y esplendideces de éstas y todos los donativos y legados de otras almas generalmente se orientan a

prestar ayuda al Centro donde ellas viven, y no miran más allá que a la prosperidad de aquel su rinconcito amado.

De donde resulta que los afortunados Centros a quienes han cabido en suerte almas generosas se mueven con relativa prosperidad; allí la Obra tiene holgura de vida y cuenta con medios y locales para desarrollar la vida ampliamente, mientras que otros carecen hasta de lo necesario; y nada digamos de las arcas de la Tesorería General...

Esto, ¿qué pide? Que nosotros, los Directores, sepamos ilustrar a las almas bienhechoras en el sentido de que, sacrificando exageradas preferencias, exageradas por exclusivas, dirijan también su intención al bien general de la Obra y no olviden nunca que el Consejo General que tiene una responsabilidad enorme sobre toda ella, tiene también, por lo mismo, derecho a contar con la cooperación de todos los elementos adictos ya dentro de la Obra, ya fuera de ella.

Si en esto, Hermano querido, usted que ha mostrado un poco de extrañeza en lo que atañe a la parte económica de la Alianza, quiere ayudarnos inculcando a las almas desprendidas, una recta y desinteresada orientación en favor de la Alianza en su cabeza, créame que no hará nada de más.

Bilbao, 31 Agosto 1947.

A. AMUNDARAIN.

Seminator Casti Consilii

Octubre 1947

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 54
AÑO VII

LO QUE MUCHOS PUEDEN HACER

Lo de todos

Es mucho e importante lo que todos los Sacerdotes pueden hacer por las almas, por quienes son sacerdotes. Ya está dicho en los números anteriores; pero recordémoslo brevemente.

a) *Amor a las almas, es el primer deber de todo Sacerdote. Así como es y se llama desnaturalizada la madre que no ama a su hijo, lo es aún más y merece llamarse desnaturalizado el Sacerdote que no ama a las almas.*

b) *Si las amamos de veras, nuestro amor a ellas suscitará continuamente su pensamiento. Si el mundo no piensa en las almas es porque no las ama, ni tiene interés por ellas. Pero el sacerdote... ¿en qué pensará con preferencia, sino en las almas?*

c) *Y pensar es preocuparse, es interesarse, es disponerse a obrar. Y obra es, la primera y la más importante y la más fácil, la oración. La primera obra del Sacerdote es la oración; debe orar por las almas; si él no lo hace, ¿quién lo hará? El Sacerdote ora en nombre de la Iglesia, y, ¿por quién orará, si no lo hace por las almas?*

d) *Cristo oró... y se ofreció Víctima por las almas. El Sacerdote es otro Cristo que, al ofrecer en el altar aquella divina Víctima, se ofrece él mismo como víctima y hostia por las almas. Todo Sacerdote debe ser hostia, sacrificio, víctima.*

Estas y otras obras pueden hacer todos los Sacerdotes.

Pero existen obras y actividades que no todos los Sacerdotes pueden realizar, sino sólo aquellos, a quienes Dios ha colocado en determinadas

condiciones y con disposiciones especiales. Estos deben, a todo lo apuntado anteriormente, añadir nuevas obras en favor de las almas. Y sea la primera

La imposibilidad de obrar

Dios muchas veces, por secretísimos designios de su Providencia, bruscamente nos corta toda energía y posibilidad por las almas, condenándonos a una inactividad completa, que proviene, ya de una repentina y grave enfermedad, ya porque se ha interpuesto, entre aquellas y nuestro celo en su favor, un obstáculo imprevisto que no está en nuestra mano despejar.

Tal vez nos es mucho más costoso el tener que suspender, por cierto tiempo o para siempre, nuestro incesante movimiento en busca de las almas, que todos los sudores y fatigas, trabajos y sacrificios que supone el tal movimiento y acción.

Es, en muchos casos, connatural, dado nuestro temperamento y disposición, la vida de acción, de ardor, de inquietud, de dinamismo para conquistar almas y agregarlas al Reino de Cristo. Nuestra época cabalmente se puede definir como la más impaciente y nerviosa de cuantas registra la historia contemporánea. No hay sosiego, ni en las resoluciones, ni en las obras; no hay paciencia para esperar ni calma para obrar; todo anda de prisa, el vértigo nos domina, nos precipitamos, nos desbordamos y las acciones se amontonan y se desordenan; los sabios, los estudiosos, no se contentan con una sola carrera y los genios se agotan y se gastan prematuramente; lo mismo pasa al artista, al comerciante y al mismo obrero. Y claro, la Iglesia se ve obligada a seguir el mismo ritmo que siguen los demás.

Pero Dios, que hace lo que quiere cuando quiere, corta repentinamente estos estrepitosos movimientos y avances de los hombres, anulándolos, ya con un golpecito en su salud, ya poniendo un obstáculo en su camino... Y, ¡cuánto cuestan estas inopinadas y bruscas paradas que obligan al inquieto apóstol a suspender todas sus actividades, quedándose aparentemente frustrado en sus magníficos ensueños!

Pues, precisamente, esa imposibilidad, que Dios ha ordenado tan sabiamente es, con frecuencia, la obra más eficaz de cuantas entran en nuestro apostolado por las almas.

Teresita quiso ser TODO a la vez, y Dios, que le dió celo y anhelos de todo, le privó del poder de hacer nada, la hizo inútil para todo y quedó en nada. Y Teresita es Apóstol y Patrona de los misioneros, y aun hoy su cielo es obrar el bien en la tierra.

Colegas enfermos, encerrados en su celda; colegas imposibilitados por causas ajenas a su voluntad; colegas desprestigiados por la crítica de malas lenguas y reducidos a la impotencia; colegas a quienes la envidia, los celillos, la incomprensión, el equívoco han cerrado el paso en sus obras..., ¡cuánto sufren, y cuán costosa les es esta impotencia y forzosa quietud, a ellos, que nacieron y se prepararon con doce años de carrera para una acción interesante en pro de las almas!

¡Designios de Dios! Esta costosa imposibilidad, ofrecida generosamente a Dios, es cabalmente la ACCIÓN más poderosa y eficaz de su apostolado para la conquista de las almas. Dios que, para conseguir el fruto en las almas, tiene necesariamente que unirse con su gracia al operario que trabaja en su viña, lo mismo se une a la obra que verifica el apóstol, que a la simple buena voluntad o al deseo vehemente del que se ve imposibilitado de obrar. Dios es siempre el principal agente en la santificación de las almas, y toma del hombre lo que el hombre puede darle con su buena voluntad; de unos toma la palabra, de otros la acción, de aquellos el ejemplo, de éstos el simple deseo y amor, y de algunos la paciencia, la humillación, la conformidad, la resignación, único fruto de su impotencia e imposibilidad.

Demos a Dios, amados Hermanos, lo que Dios nos pide, no lo que nosotros queramos; no hagamos nosotros la elección, dejemos a Él que la haga. Si Él quiere palabra, hablemos su palabra; si acción, movámonos tras la oveja perdida; si inacción, quedémonos tranquilos y estemos donde y como Él quiera, sufriendo con paz la impotencia; si oración, oremos y gimamos; si sacrificio, suframos todo cuanto Él disponga: enfermedad, contradicción, persecución, incomprensión...

*La impotencia aceptada con amor es una gran potencia sacerdotal
por las almas; no la desperdiciemos.*

Madrid, Octubre, 1947.

ANTONIO AMUNDARAIN

CONSULTORIO

Otra vez el artículo 16

Un querido Director y Hermano nos dirige la siguiente carta que copiamos a la letra, omitiendo sólo la localidad y la firma:

X... 28 de Julio de 1947.

*Rvdo. Sr. Director
General de la «Alianza en Jesús
por María»*

Ni tiempo ni espacio nos queda para dar una respuesta adecuada y clara, como desearía nuestro querido comunicante.

Con toda nobleza le prometemos que volveremos por centésima vez sobre esta molestísima materia en números sucesivos.

Pero desde este momento sepa él y todos los inquietos, que no pensamos variar ni un milímetro de lo que está escrito en el art. 16 del Reglamento.

EL DIRECTOR GENERAL

Seminator Casti Consilii

Noviembre 1947

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 55
AÑO VII

LO QUE MUCHOS PUEDEN

La palabra de Dios

Si nosotros, los Sacerdotes, tuviésemos en nuestra boca dos lenguas, y con la una habláramos lo que hablan todos los demás en el mundo, y reserváramos la otra para hablar solamente la palabra de Dios, creo sabríamos distinguir mejor entre la una y la otra. Pero, como es la misma la que utilizamos para ambos menesteres, nos cuesta hacer la debida distinción entre lo puramente humano y terreno y lo santamente divino y evangélico.

¡Oh! Si al menos, en nuestras funciones y ministerios sacerdotales, tuviésemos más exquisito y escrupuloso cuidado en no mezclar lo humano y material con lo divino y sobrenatural, ¡cuánto más sacerdotal, digna, santa y eficaz para las almas sería nuestra palabra!

¡Qué es la palabra de Dios? La palabra de Dios, en primer lugar, es la revelada por Dios, la Divina Escritura, cuya predicación se ha encomendado exclusivamente al Sacerdote. Dios se ha revelado a la Iglesia y la Iglesia se revela a las almas por sus sacerdotes.

Es también palabra de Dios, en su sentido práctico, la que la Iglesia emplea en su sagrada liturgia y rito sagrado, y lo es también toda aquella, mediante la cual nosotros los Sacerdotes instruimos, formamos, movemos y dirigimos las almas hacia Dios, hacia la santidad, hacia su destino eterno, Jesucristo, en una palabra, conocido y amado..

Si el Sacerdote se diera cuenta de los gravísimos momentos en que, por su tremendo ministerio, se constituye emisor del divino MENSAJE, ¡cuán lejos estaría de mezclar con tal ministerio las bajas y terrenas conversaciones con los mundanos!

Bien dice San Pablo a los Filipenses (III, 20) refiriéndose a aquellos que ponían su corazón en las cosas terrenas; «Nostra autem conversatio in

*coelis est». Por algo, entre otros consejos que daba a su discípulo Tito, le intimaba, que su palabra fuese «sana e intachable» (II, 8). Merece también la pena **de** que recordemos aquel pasaje de Isaías (cp. V): «Desgraciado de mí que no he hablado, por ser yo hombre de labios impuros... Y voló hacia mí uno de los Serafines y en su mano traía una brasa ardiente, que con las tenazas había tomado del altar. Y tocó con ella mi boca y dijo: He aquí que la brasa ha tocado tus labios y será quitada tu iniquidad y tu pecado será expiado».*

Esto prueba, queridos Hermanos, que nuestra lengua de Sacerdote, lo mismo que las manos, está ungida y santificada por el Espíritu Santo, y gravísima iniquidad sería profanarla con vanas y terrenas conversaciones, aunque en sí no fuesen pecaminosas.

Ahora bien, misión especial tienen algunos de anunciar al pueblo la palabra de Dios. El púlpito, después del altar, es lugar sagrado, cátedra sagrada, (expresión corriente), y los llamados a ocuparlo (ya que no lo son todos) deben saber que es bastante fácil profanarlo. Por inconscientes, tal vez, muchos no serán culpables; pero el hecho es que el púlpito, con harta frecuencia, se suele profanar. Pecan unos por abuso de confianza; otros, al contrario, por exceso de refinamiento, artificio humano y falta de sencillez evangélica.

«Yo, dice San Pablo a los Corintios en su primera Epístola (cp. II), no fui a vosotros con sublimes discursos, ni sabiduría humana... Porque yo no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros que Jesucristo... Y mi modo de hablar y mi predicación no fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración de espíritu y virtud de Dios».

Buena es la elocuencia en el que está lleno del espíritu y virtud de Dios; no obstante, sin su especial asistencia toda elocuencia no pasa de ser «bronce que suena o campana que retiñe», como dijo a otro propósito el mismo Apóstol.

Antes de subir al púlpito, todo «Sacerdote de la Alianza» debe pasar por el altar, y que un Serafín, no un ángel cualquiera, con la brasa ardiente del Espíritu Santo toque su lengua; así Aquel, a quien llama la Iglesia «ignis, caritas et spiritalis unctio», ungirá su lengua, y el Sacerdote hablará, no con elocuencia tal vez, pero sí con santa unción evangélica.

No hay otro modo de anunciar la palabra de Dios. Si es verdad que «sancta sancte» deben tratarse, la palabra de Dios, santa y sagrada por excelencia, santamente debe anunciarse, santificando previamente nuestra lengua con la divina unción del Espíritu Santo.

¡Cuánto nos interesa que nuestros amados Hermanos, los «Sacerdotes de la Alianza» se distingan bien en este ejercicio!

¿No es acaso esto lo que hoy buscan las almas? La emocionante poesía y elocuencia de los Ateneos no es todo lo más sino un rato de recreo y alegre pasatiempo. Mas, cuando las almas sedientas quieren llenar su espíritu de la doctrina evangélica, no buscan un orador de campanillas, sino un hombre «qui spiritu Dei plenus sit», como el Santo Cura de Ars, como nuestro Beato Maestro Ávila; un hombre ungido por el Espíritu Santo, que habla palabra de Dios, que habla con sencillez evangélica y unción divina.

¡Las almas, las almas! ¡Si habláramos a las almas! ¡Oh, cómo nos engañamos! No, no llega a las almas lo que hablamos. Ya sé que de eso nos quejamos y hasta lloramos este terrible mal, y sin embargo, somos nosotros los principales causantes de él. ¿Por ventura buscamos de veras las almas?, ¿hablamos a las almas?, ¿nos dirigimos a las almas?, ¿disparamos contra ellas el dardo de fuego de la divina palabra?

¡Oh, no puede herir a las almas el dardo que no ha recibido la dirección e impulso hacia ellas. Sermón perdido, porque lo encaminamos hacia el desierto.

Hermanos: palabra de Dios, sin mezcla...

Palabra de Dios con unción del Espíritu Santo...

Palabra de Dios a las ALMAS...

Madrid, Noviembre de 1947.

ANTONIO AMUNDARAIN.

¿Contra el artículo 16?

Decididamente vamos a ocuparnos de la carta, cuyo texto se ha publicado en la Sección de consultas del número anterior de SEMINATOR, y que allí prometimos contestar con la debida amplitud.

El comunicante se refiere a varios Sacerdotes, amantes de la Obra de la Alianza, que dice se han pronunciado CONTRA lo que en el Reglamento de la Obra dispone su artículo 16 sobre los detalles de la moda, y enumera la media docena de razones que aducen, como otras tantas objeciones, contra dicho artículo.

Para que vean que no nos duelen prendas, de cada una de esas razones u objeciones vamos a ocuparnos en varios de nuestros números; y sea la

Primera razón

que dice así: «las tales normas sobre los detalles de la moda pudieron ser oportunas en los principios (de la Obra); pero de ninguna manera en los tiempos actuales en los que la moda femenina ha impuesto nuevos modos.

Respuesta: A) La Alianza no es ninguna esclava de la moda. La Alianza, con miras que se derivan de sus propios fines,

independientemente de las variaciones que, en el curso de los tiempos, puedan imponer los modistos y las modistas, ha adoptado un modo (o una moda) decente, decorosa, delicada, aceptable en toda sociedad civil y religiosa, seria, discreta, moderada, nada ridícula y hasta elegante, por medio de la cual la joven cristiana se presenta en medio del mundo, como dechado de una cristiana evangélicamente acabada y perfecta.

Y ese modo (o moda) de la Alianza no va a estar a merced y capricho de las mil variaciones que cada primavera y cada otoño nos quiera ofrecer el mundo elegante. ¿Que éste protesta? Eso nos honra. Muy rara vez (si alguna) convienen el gusto de Dios y el gusto del mundo.

B) ¿Qué la *moda femenina* ha impuesto nuevos modos? ¿Y quién es esa señora? ¡Ni que fuese un Santo Padre, para introducir en las buenas costumbres normas de conducta que, en lo tocante a las formas y medidas de vestir, han de observar rigurosamente las jóvenes cristianas!

Si a eso han de atenerse estas pobres gentes, al paso que vamos y dentro de poco, no sólo se

cortarán, sino que se suprimirán muchos vestidos, lo cual, desgraciadamente, es ya un hecho escandaloso y lamentabilísimo en cierta nación muy sumisa a la MODA.

Lo que a mí me ha asombrado es que nosotros, los Sacerdotes, perdamos tan fácilmente la verdadera noción del decoro, de la decencia, del pudor, de la honestidad, de la delicadeza, de la modestia, de la pureza en una mujer. Parece mentira que tan simplemente nos rindamos a la opinión, al ambiente, a las circunstancias, al tiempo, al modernismo, al progreso..., al aflojamiento, en una palabra.

¿No saben nuestros Hermanos que todo movimiento en este o en otros terrenos es siempre hacia abajo, hacia la relajación, la transigencia, la anchura, es hacia lo inmoral y vicioso?

Los que, como nosotros, llevan en el ministerio sacerdotal unas docenas de años, ¿no han visto, con verdadero dolor, el descenso escandaloso de la moralidad en la mujer? Y, ¿pueden estos Hermanos, que protestan contra nuestro Reglamento,

asegurarnos que en ese descenso se impondrá algún día un *tope* del cual ya no se pasará?

¡Cuarenta años llevamos subiendo escandalosamente las faldas y ahora de un golpe las han suprimido!..., ¿será ahí el *tope*? Pues, no, señores, seguirá todavía la supresión, porque todavía hay muchas prendas que estorban...

¡Qué mal gusto debió de tener el Señor, cuando a Adán y Eva mandó cubrirse! Me gustaría saber cómo eran aquellas «túnicas pelíceas» que cosió (perdónesenos la frase) el primer Sastre, Dios. Seguramente algo más, bastante más, que los «perizomata», con que primeramente se cubrieron ellos.

Hoy, después de tantos siglos de progreso y de retroceso, los Adanes y las Evas modernistas han levantado una fuerte protesta contra las túnicas del Paraíso, mandándolas suprimir, y adoptando como prenda más elegante y decorosa el «perizoma» inventado por Adán.

Y basta por hoy.

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Diciembre 1947

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 56
AÑO VII

LO QUE MUCHOS PUEDEN

Confesores

Opinamos que muchas almas se pierden por falta de buenos confesores, y, por falta de ellos, otras muchas no alcanzan el grado de perfección y santidad a que son llamadas.

Si de los Sacramentos el más necesario es el Bautismo, pues sin él no puede recibirse ningún otro, de todos ellos el que más veces se hace indispensable es indiscutiblemente la Confesión.

El hombre cristiano, para salvarse y para santificarse, de lo que más necesita es de la Confesión.

Cristo Nuestro Señor, al poner todo su amor, toda su misericordia y todo su enorme interés en la institución de los Sacramentos, necesariamente hubo de ponerlo también en la institución de los ministros. «Docete omnes gentes, baptizantes eos...» El Bautismo era, al principio, el sacramento necesario, y a administrarlo impulsaba a sus apóstoles el divino Maestro: «baptizantes». Más tarde los bautizados, para remedio de sus grandes fragilidades, necesitaron frecuentar el sacramento de la Confesión: «Quórum remiseritis...» ¡y había, como hoy, tanto que perdonar! Y el legítimo y único ministro de la Confesión es el sacerdote.

El Bautismo no se repite; la Confesión, en cambio, es convenientísimo repetirla con la máxima frecuencia.

¡Oh, Hermanos! Es lamentable el estado de las almas en el mundo cristiano, la mayoría de las cuales viven en pecado y lejos de Dios; lloramos nosotros la desgracia de tantas almas cristianas que no viven a Cristo, y son miembros muertos de Aquel que es fuente de vida.

Y si bien es cierto que muchos cristianos huyen por sistema del único remedio puesto por el Señor, también es cierto, por desgracia, que otros muchos no lo encuentran, porque nosotros no se lo proporcionamos.

¡Cuántas más almas vivieran en gracia y amistad de Dios, si nosotros fuésemos fieles ministros de la Confesión!

*No sé cómo opinarán nuestros queridos Hermanos; a nosotros la experiencia de los años nos ha enseñado que, de entre los ministerios sacerdotales, uno de los más necesarios, urgentes, **transcendentales**, de éxito siempre seguro, de eficacia suma, de frutos insospechados es el de la Confesión. Creemos que el demonio, conocedor de este secreto divino, teme más a un fervoroso confesor que a un insigne y elocuente predicador. Las maravillas de un Santo Cura de Ars no fueron tanto obra del púlpito, cuanto de sus dieciséis horas de confesonario.*

Tal vez no nos damos cuenta de la importancia del momento en el cual, a la gracia estupenda que, «ex opere operato», administra el confesor, es sobremanera fácil añadir otras estupendísimas que Dios tiene en las manos preparadas «ex opere operantis». Si nuestros enemigos tuviesen a mano, como nosotros, esta mina, ¡cómo la explotarían!

Solemnemente se nos dijo un día: «quórum remisieritis peccata remittuntur eis, quórum retinueritis retenta sunt». Es decir, que Dios ha puesto en nuestras manos las llaves del cielo. No es sólo San Pedro, como vulgarmente y en broma dice la gente, el portero del cielo, lo somos también los confesores que tenemos la potestad de abrir y cerrar el cielo a las almas. ¡Cuántas pobrecitas se encuentran con las puertas cerradas, porque nosotros no quisimos molestarlos en abrírseles oportunamente! No siempre que queremos, pero si muchas veces, nos es sumamente fácil labrar para siempre la felicidad de un alma a costa de nada, y no sé por qué no lo hacemos.

Los dos Sagrarios

En cada Iglesia encontramos como dos Sagrarios: en el uno está Jesús en persona, en el otro está Jesús en la persona del Sacerdote. En ambos obra el Señor maravillas de gracia, de amor y de misericordia. Uno de ellos, siempre, día y noche, está ocupado: el otro casi siempre lo encontramos vacío; porque este «alter Christus» no es como el auténtico Cristo que está «nobiscum usque ad consummationem saeculi». El uno es complemento del otro, y la obra de Cristo en ambos se completa.

Y, ¡oh dolor! Cristo en su Sagrario no hace cuanto él quisiera, porque el otro Cristo en el suyo obra más flojamente y avanza con un ritmo más lento y perezoso. ¡Oh, si nos entendiéramos El y nosotros y obráramos de acuerdo en esta grande empresa de las almas!, ¡qué vida, qué actividad, qué frutos se verían y se palparían en las iglesias!

Hermanos, vámonos al confesonario, como Jesús al Sagrario, y, si es posible, pongámonos a la vista El y nosotros, para decirnos de cuando en cuando: «Tú ahí, Jesús, esperando...y yo, aquí, esperando, ¡esperando también! Tú que puedes, envíame aquí almas pecadoras, almas necesitadas, almas hambrientas, y yo desde aquí, te las enviaré ahí...».

¡Si penetráramos un poco más este gran misterio y obráramos con fe un poco más viva, ¡cuántas y cuán maravillosas transformaciones veríamos!

La Obra de la Alianza necesita confesores; confesores asiduos, celosos, fervientes, piadosos, santos. La Alianza es conquista individual, no fruto de una conferencia en una asamblea de probables. Rara vez conseguiremos que comiencen las almas a subir en masa. Labor es ésta de asiduo y constante confesonario, haciendo que, juntamente con la gracia santificante sacramental, se derramen por nuestro ministerio, sacrificios y oraciones, las gracias actuales que ilustren, muevan y empujen a las almas.

Pero... ¿y los demás ministerios?

Cierto, hoy el Sacerdote está muy «repartido», ¡hay tantas cosas que hacer! Pero con todo, no se puede dispensar de esta su ocupación principal del confesonario, porque es la más grande, segura, urgente y eficaz de todas las que tiene el Sacerdote. Si no da bastante de sí el día, robemos su tiempo a la noche.

Hermanos, ocupemos nuestro «Sagrario».

Diciembre de 1947.

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Enero 1948

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 57
AÑO VIII

A LOS PASTORES

Hay un folleto dedicado a los «Sacerdotes de la Alianza», cuyo título es «Sic facite»; este folleto no tiene más que 80 páginas; con todo, para los ocupado es demasiado extenso. Para éstos y para el que, de los no ocupados, lo quiera, van estas líneas, escritas en el alborar del año de gracia de 1948.

PRIMERO PARA VOS

Querido hermano: Para bien vuestro los primeros renglones...

La «Alianza en Jesús por María», una selección de vírgenes seglares, consagradas, que aspiran a la perfección; es un campo de santidad... y el primer santo vos, Hermano mío... ¡Vos el primero!

Sois sacerdote, luego tenéis que ser santo; con menos no se os perdona...

No haréis santos, si no sabéis el oficio...; el oficio es la santidad personal...

La Alianza os ayuda, os empuja, os obliga, os compromete... a ser santo...

Tantas hermanitas santas... y ¿vos no...?

Si no hacéis lo que decís, no creerán en lo que decís... Estudiar la Alianza y no vivirla, es dar una Obra muerta...

Vibren en vuestro corazón las tres cuerdas de su lema: pureza, amor y sacrificio..., y sus dulces sonidos os hablarán y moverán a vos, a las hermanitas, a vuestros colegas y al mundo entero...

La Alianza, si la vivís, os hace puro, mortificado, fervoroso, piadoso, recogido, retirado, ordenado, aprovechado, celoso, espiritual, amigo de Dios, amante de su Corazón, del Sagrario, de la Eucaristía...

La Alianza..., tomadla para vos, primero para vos, ante todo para vos.

PARA ELLAS

Hacedlas santas.

Vuestra misión con ellas, no es sólo salvarlas, sino hacerlas santas..., y santas en los moldes de la Obra, según sus fines, su lema, su espíritu, sus actos, su plan, su sello...

Oración.- *Haced almas de oración... En un mundo tan pagano o paganizado, sin oración no es posible salvarse, menos aún santificarse... Intensa espiritualidad; que oren, pero al modo que el Espíritu Santo sople y guíe a cada cual; amplitud y libertad... «Alius autem sic, alius vero sic...». Cuidado con querer meter a todas por el mismo aro..., que oren conforme a la propia capacidad, modo y sople...*

Eucaristía.- *Haced almas eucarísticas... Es el manjar de las vírgenes... Pero, ¡ay! «probet autem se ipsum homo...» ¡Si hoy viviese el B. Maestro Ávila...! La rutina, la exhibición, el fariseísmo, la vanidad, el sentimentalismo... Hoy se comulga mucho, pero no se comulga bien; se comulga mal, muy mal...*

Espiritualidad.- *Hablad al espíritu, hablad al alma, porque tienen hambre de oír de Dios; habladles de Dios y de la santidad, en los «Retiros»; id siempre al grano, evitad conversaciones inútiles, profanas, mundanas, ociosas, ligeras...*

Dad siempre lo que puede y debe dar un sacerdote y lo que puede y debe recibir una virgen...

Con ellas sed siempre sacerdote, «sacra-dans», «homo Dei...» Predicadles a JESÚS, los sacratísimos tesoros de su divino Corazón, su Evangelio íntegro, su Catecismo, su doctrina, sus caminos de perfección, su espiritualidad...

Celo.- *Mostraos generosos, celosos, ofrecoos a dar pláticas, meditaciones, instrucciones doctrinales y morales, retiros y ejercicios espirituales, dirección espiritual; amad vuestra mesa de estudio, pero más el confesonario.*

Formad corazones, formad apóstoles fervientes en la escuela del sacrificio y del amor. La Iglesia trabaja hoy como nunca... y esa labor gigante necesita calor, abono, vida, fecundidad, amor, que sólo atraen del seno de Dios las almas interiores, las almas entregadas y unidas a Dios totalmente, las almas víctimas, las vírgenes del Sagrario...

Celo, pero con medida. Sabed que se puede faltar por exceso, como por defecto... Son almas dispuestas; pero cuidad de no cargarlas de oraciones, sacrificios, penitencias, austeridades...

Dios distribuye sus cargas; que las acepten... No os adelantéis vos...; someteos al Reglamento.

Boletines.- *Si vos no queréis que sean éstos completamente inútiles, tomad la molestia de calificarlos cada tres meses.*

Lo deben hacer reglamentariamente los Directores, los Vicedirectores y aquellos Hermanos que, dispuestos generosamente, son designados por aquellos...

Para lo cual, y para proceder con unidad de criterio, la pauta es la siguiente: Calificación muy buena para los que no tienen ningún cero y las cruces no pasan de diez; calificación buena para los que no tienen ningún cero y las cruces, por muchas que sean, son justificadas; calificación regular para los que, teniendo alguno, no pasan de diez ceros, o sus muchas cruces no son justificadas; calificación mala para los que tienen más de diez ceros. Bueno será que leáis el folleto «Mi boletín de actos».

Dirección.- *Si sois Director, no seáis mandón, ni Superior único... A vuestro lado hay una Directora, que tiene sus derechos y su campo...*

Sed vos Padre, Maestro, Intérprete, Cabeza, Jefe y Superior; cumplid vuestra misión paternalmente... Enseñad, resolved, orientad, dad normas, explicad y descubrid el espíritu del Reglamento; pero evitad rigideces, exclusivismos, egoísmos. ¡Hay un Consejo...! No atéis demasiado, no oprimáis, no aprisionéis, no aherrojéis a las hermanitas...; dejad que se muevan, que se ejerciten, que piensen, que tengan iniciativas... Vigilad, pero dejad que obre el Consejo...

Nuevas hermanitas.- *Buen ojo en la elección de aspirantes... Elegid entre la gente selecta; entre lo bueno, lo mejor... Elegid a las que se ve ha elegido Dios, gente de vocación, gente llamada por Dios, gente dispuesta a dejar las vanidades y caprichos del mundo, almas con ansias de santidad, gente joven, de guerra, de lucha, valiente...*

Cumplid fielmente el tope que señala el art. 39, apart. 3.º de los 30 años. De ahí arriba las excepciones han de ser raras y muy especiales...

Insignias.- *No deis la insignia a quien no la merezca... Que se formen bien en su grado respectivo... La iniciada dé pruebas de desprendimiento de las*

vanidades del mundo y amor a la pureza...; la formada esté bien ejercitada en la abnegación y sacrificio, en la mortificación y vencimiento; la interna sepa que el anillo significa un amor muy probado y muy limpio de afectos terrenos, y una gran disposición de entregarse a Dios y a la Obra.

El convento.- *Mucho cuidado con las inestables, que andan de la Alianza al Convento y del Convento a la Alianza; ensayando el uno y teniendo segura la otra... para no quedarse en ninguno; probadlas bien...*

Cooperadoras.- *No las olvidéis... Es un apostolado magnífico... Favor para ellas... ¡vaya almas que hay en ese campo! Favor insigne a la Alianza... Un marco de cooperadoras completa la Alianza... Leed su Reglamento.*

Madrid y Enero de 1948

ANTONIO AMUNDARAIN

CONSULTORIO

Los Moralistas

La segunda razón de nuestro consultante contra el rigor del art. 16 del Reglamento de la Alianza era, que los moralistas no son tan rigurosos con respecto a las normas sobre la moda, como lo es la Alianza.

A) ¿Ha leído V. el folleto: «Manjar de Alianza»? Allí el M. I. Sr. D. Mariano Laguardia establece perfectamente la distinción entre moralista y asceta, y dice que el «Sacerdote de la Alianza» no debe contentarse con hacer cumplir lo que estrictamente manda la moral, sino que de lo que se trata es de dirigir espiritualmente a la aliada, y que debe observarse, hasta donde sea posible, lo que se observa en la dirección espiritual de las religiosas, con quienes guarda aquella tantos puntos de contacto.

Ha de orientarla hacia la perfección, según el espíritu de la Obra y haciendo que cumpla con exactitud y fidelidad las obligaciones que ha contraído al ingresar en la Obra.

De donde resulta que en ésta, nosotros, los «Sacerdotes de la Alianza» no debemos andar al ras de lo lícito e ilícito, entre pecado y no pecado, sino entre lo perfecto y lo imperfecto, entre lo santo y lo rutinario, entre lo

delicadamente honesto y lo tolerablemente honesto.

B) Y esto por una razón muy poderosa. La Alianza lleva, como su especial divisa y bandera, ya que no tenemos otra, la encantadora virtud de la pureza virginal. En esta virtud deben *distinguirse* y sobresalir todas las hermanitas de la Alianza. Por tanto, no debe contentarse con lo preciso que la moral prescribe, como último requisito, para que no haya pecado formal de impureza. ¡Vaya modelo de virtud aquella joven que, en pleno uso del derecho que le dan los moralistas, quiere andar siempre en el mismo borde del abismo!

C) Pero, además, dígame V., Hermano, ¿hay garantía, para poder imitar tranquilamente su conducta, de

que siguen impecablemente las normas de los moralistas todas las jóvenes que se confiesan, comulgan con frecuencia, hacen día de retiro y hasta meditación diaria? ¿Será entonces una exageración lo que dice Arregui (Comp. Teol. Mor. «Adorno de

menos honestas las piernas. Y Noldin hace esta clasificación: «Ex se non incitantes: facies, manus, pedes. Aliqualiter excitantes: pectus dorsum, crura, etc» ¿Le parece a V. bien que la Alianza, con lo que ella es y persigue, vaya pisando con sus pies y tocando con sus alas esos linderos, donde ve V. tantos zig-zags?

D) Y digo más; ¿no es acaso tan libre la Alianza, para que, prescindiendo de las medidas más o menos holgadas de los moralistas, pueda adoptar para sus socias el tipo de vestido que crea conveniente, como es libre un Instituto para adoptar su uniforme y un Convento para escoger su hábito? ¿Qué dificultad hay en que la Alianza ponga en su Reglamento un art. 16 que diga:

«Toda joven que quiera pertenecer a la Obra deberá

las mujeres»): «Por dejar *mal cubiertas* las piernas o poner de relieve las formas del cuerpo, las más de las veces será pecado grave?» Y el mismo autor en el artículo que trata de pecados externos de impureza, señala como

aceptar incondicionalmente las normas A. X. Z.?» ¿Qué eso sobrepasa los límites que, para llegar a pecado grave, fijan los moralistas? Bien, conforme; pero, ¿por ventura la Alianza se ha propuesto señalar a su gente, como norma de vida y como práctica constante, todo lo que no sea pecado grave?...

No olvide V., Hermano mío, que la Alianza es camino de perfección secular, y cabalmente por y para el «triunfo de la pureza angélica»...

Todos nuestros respetos para los MORALISTAS...; pero, la Alianza pica más alto, va por sus especialísimos caminos.

ANTONIO AMUNDARAIN

Post Data. ¿Se ha enterado V. de la gran noticia? Pues que la Moda ha tomado un acuerdo muy importante. No sabemos si por remordimientos de conciencia, ¡andaban ya ellas tan escandalosas! o por haber protestado los comercios y las fábricas de tejidos, el hecho es que ha dispuesto que todas las

señoras y señoritas se alarguen las faldas sus buenos cinco o diez centímetros, según su tipo y forma. Con que, desde primero del año 1948 dejarán de ser ñoñas, rancias y exageradas todas las que se sometan a esta disposición. La Alianza está de enhorabuena. Vale.

Seminador Casti Consilii

Febrero 1948

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 58
AÑO VIII

LO QUE PUEDEN MUCHOS

Casi parecía conveniente cambiar de tema con el principio del año nuevo, y tal vez lo esperarían algunos de nuestros buenos Hermanos que se toman la molestia de leernos.

De haberlo hecho así, quedaría incompleto el trabajo que traemos entre manos, cuya importancia es tal que no se nos ocurre, por el momento, puede haber otro que la tenga mayor, y ello nos da materia para este y algún articulillo más.

Entremos en materia. Hablemos del Oficio de Confesor.

No faltan (los conocemos) excelentes Hermanos nuestros, sacerdotes por sus cuatro costados, que tienen verdadero pánico al confesonario, y que envidian la tranquilidad y hasta la satisfacción con que se sientan otros.

Miran, desde un punto de vista quizás algo exagerado, la grandeza de este ministerio y su enorme responsabilidad. ¡¡ Que sea yo quien ate o desate las almas para toda la eternidad!!, ¡oficio es éste que me hace temblar! Estos buenos, buenísimos sacerdotes, huyen del confesonario, no por lo que tiene de trabajoso, molesto, pesado, sino porque lo consideran excesivamente delicado, comprometedor, difícil, peligroso, alto y de gravísima responsabilidad ante Dios.

Ciertamente lo es

No se lo vamos a negar; al contrario, estamos completamente de acuerdo con ellos; el oficio de confesor es algo serio.

Ahí está el canon 888, párrf. 1º, que dice: «Tenga presente el sacerdote, al oír confesiones, que tiene funciones de juez y de médico y que Dios le constituyó a un tiempo ministro de su divina justicia y de su misericordia, para que mire así por el honor divino como por la salvación de las almas».

Como juez tiene que estudiar la causa, sometiendo al reo a un delicado interrogatorio, si es que él no se declara suficientemente; tiene que formarse un juicio siquiera aproximado, ya que no exacto, tanto sobre las culpas, materia de acusación, como sobre las disposiciones del sujeto, y, en conformidad, dar el fallo de la sentencia, o absolutoria o condenatoria... Lo cual en verdad es cosa de mucha gravedad y mucha monta.

Como médico. Supuesta la ciencia suficiente e integridad de vida, el confesor debe estudiar concienzudamente y con interés sumo las enfermedades espirituales de las almas y consecuentemente hacer el diagnóstico de ellas; recibiendo al paciente, como el médico al enfermo, paternal y bondadosamente, ayudándole con sumo empeño a declarar sus dolencias, investigando sus raíces, sus causas, sus efectos, etc. Y, hecho el diagnóstico, advertirle, como maestro, sobre las caídas y nuevas caídas, los motivos, las ocasiones, los peligros, señalándole los remedios, las medicinas, los alimentos, normas y orientaciones de vida etc.

Bien se ve que este oficio es de graves consecuencias para ambos, tanto penitente como confesor.

«Eres médico, dice Schrijvers en su libro: «Mensaje de Jesús Sacerdote»: sé condescendiente con los penitentes, sobre todo con quienes se te acerquen sin preparación, vacilantes, turbados...; son pobres enfermos que, por vergüenza, quedan a distancia»...

«El primer pensamiento que debe ocuparnos relativamente a la administración de los Sacramentos, es su eminente santidad. Jesucristo, al fundar la Iglesia, no la ha confiado nada más precioso, nada más santo que los Sacramentos». (Dubois «El Sacerdote Santo»).

Tal vez estas y otras parecidas ideas crean el pánico en algunos confesores, retrayéndolos de tan divinísimo ministerio. Mas, no está el remedio en abandonar el confesonario, sino en sentarse en él debidamente.

«Ex hominibus assumptus»

Bien está que nadie sea temerario y que, sin estar suficientemente capacitado, se lance a la obra tan eminentemente santa y divina; mas el remedio no está en querer salvar esta enorme responsabilidad, renunciando a un oficio tan saludable y dejándolo para los muy maestros y muy santos; porque, si existe para los que lo desempeñan «inepte et negligenter», también la hay para los que nada hacen cuando podían procurar tanto beneficio a las almas.

Hagámonos suficientemente capaces y aptos para cumplir nuestra misión sacerdotal, con las almas que nos esperan; para lo cual la Iglesia nos exige la ciencia conveniente y la santidad proporcionada; y éstas un «Sacerdote de la Alianza», si de veras siente la Obra, creemos las puede poseer ventajosamente.

Nos parece que el demonio, con su infernal astucia, desarrolla un gran juego con algunos, a quienes presenta aumentadas las dificultades que lleva consigo el oficio de confesor, y los acobarda y los inutiliza para siempre. Malo es ser temerario y despreocupado; pero tampoco es perfecto, ni aun simplemente bueno, el ser cobarde y acoquinado. La humildad nos debe guardar en nuestra gran pequeñez e inutilidad propia; mas la confianza en el Señor y su asistencia especial en este ministerio, nos debe comunicar alientos, para darnos a las almas con todo interés.

Hombres y no ángeles escogió el divino Maestro. «Ex hominibus assumptus pro hominibus constituitur». Dios ha querido que las cosas tan divinamente sublimes sean conferidas por los hombres en favor de los mismos.

Todos los frutos de la Redención y a Sí mismo con ellos, ha puesto Dios en manos de los hombres, y el hombre no puede salir de su propia medida, ni Dios puede exigir cosa superior a Sí mismo. Justo es el Señor, y sabiendo perfectamente lo que hacía, quiso encomendar al hombre cosas tan grandes y divinas.

Lo que interesa es que seamos «hombres de Dios», dejándonos guiar y manejar dócilmente de su mano en todo, y... basta.

El Abate Dubois, en su Obra «El Sacerdote Santo» apunta, como preparación para este ministerio, las ideas siguientes:

1.^a: Estado de gracia. «¡Estremece el pensar en la serie de profanaciones sacrílegas que se cometerían, si se administrasen en estado de pecado mortal!»...

2.^a: Vida de oración. «¿No sería sensible pasar de una Obra, a veces profana, al santo tribunal de la Penitencia, sin haber antes implorado la asistencia de Dios para un ministerio tan santo y formidable? Colócase en manos de Dios, como indigno instrumento y colmado de sus gracias, Dios opera por él prodigios de misericordia».

3.^a: Pureza de intención «La oración de que acabamos de hablar, produce esta intención pura; pero debe reavivarse aún, principalmente en ocasión de ciertos Sacramentos, en los que será fácil tenerla del todo

diferente. No ver sino almas que salvar, olvidarlo todo para no pensar sino en Dios...; acoger lo mismo a los pobres que a los ricos», etc.

4ª: ¿Se trata del Sacramento de la Penitencia? Mi conducta será conforme a los principios sentados arriba. «Cuando debo dirigirme al santo tribunal, en lugar de decir: voy a confesar, casi como un obrero dice: Voy a trabajar; diré, he aquí almas que salvar..., e iré prontamente, y no de una manera indolente; iré de buen corazón, y no de mala gana; iré con aire feliz y satisfecho, y no refunfuñando y murmurando; iré con una modestia angélica, me conduciré en él como un padre, más bien que un juez, y permaneceré constantemente unido a Dios», etc.

Un sacerdote con estas disposiciones nunca jamás siente pánico a su oficio de confesor, sino, más bien, una gran paz y satisfacción, viendo los prodigios de misericordia y de amor que obra Dios, por su ministerio, en las almas.

Hermanos, abracemos este oficio sacerdotal de confesor con tranquilidad, con paz, con celo, con interés, con amor, con pasión...

Enero de 1948.

ANTONIO AMUNDARAIN

La perfección y los centímetros

He ahí la tercera razón con que nuestro querido consultante trata de *censurar* el art. 16 del Reglamento de la Alianza.

«Es ridículo – dice – hacer consistir la perfección en esas exterioridades, en centímetro más o menos de la falda de una joven».

- Tiene V. razón, Hermano mío; ni nosotros, ni las almas que buscan la perfección, debiéramos fijarnos en centímetro más o menos de una falda.

Si nosotros, los directores espirituales, atináramos, y ellas llegaran a un perfecto e intenso *amor de Dios*, nadie, ni ellas ni nosotros, haría caso de los centímetros que con tanta tenacidad se defienden ahora.

Pero la Alianza no puede exigir tal amor en sus miembros, desde el primer día en que ingresan en ella. Y tenemos que iniciarlas, usted y yo con ellas, en el amor perfecto de Dios, comenzando, si V. quiere y así opinan algunos autores, desde arriba hacia abajo, o sea desde el mismo amor de Dios, o desde abajo hacia arriba, desde las pequeñeces y miserucas de acá hacia el amor inmaculado de Dios, como opinan otros.

Cualquiera que sea el procedimiento que quiera V. adoptar, el término y el resultado serán exactísimamente los mismos, a saber: que ninguna de esas almas, *al llegar al perfecto amor de Dios*, discutirá sobre dos o uno o medio centímetro de su falda, sino que, sin dificultad alguna, se someterá incondicionalmente a las normas del Reglamento, porque cabalmente en ese entregamiento total de su voluntad al Reglamento, que es entregarse a la voluntad de Dios, consiste el perfecto amor de Dios.

Y ciertamente, cuando una hermanita de la Alianza va tocando las cumbres del amor de Dios, muy poco caso hace de los centímetros de su falda, y muy poco le cuesta someterse al art. 16, con todas las pretendidas exageraciones y ridiculeces con que tratan de motejarlo.

En cambio las almas «imperfectas», que hablan de la perfección, pero no la tienen, son precisamente las que levantan cada mañana y cada tarde sus protestas contra las estrecheces del centímetro.

¿No le parece a V. que eso prueba lo contrario, es decir que el centímetro debe **de** tener algo que ver, y muy serio, con la perfección?

¿Cree V. compatible la perfección evangélica con un amor propio, con una afición tan refinadísima a un centímetro de falda? La que no quiere dar a Dios un miserable centímetro de trapo, ¿qué pensará darle para probarle su amor?

¿Quiere V. un testimonio? Habla un insigne Prelado en carta que dirige desde América a un Sacerdote, amigo suyo y nuestro:

«Me encanta – y a ello me adhiero– aquello de *incommovible tozuda intransigencia*» en lo que se refiere a la modestia... Como V. sabe, ese es un sacrificio tan delicado, tan fino, tan del corazón, que la mujer, sobre todo joven, no lo hace sino por sólo Dios; le es demasiado costoso para poder hacerlo por los hombres. Y es el vestido de gala de todas las virtudes (se refiere a la modestia en el vestir) sin cuya protección y adorno la castidad se niega a vivir...»

Luego, Hermano mío, el rigor de la modestia por *centímetros*, entra en los detalles afiligranados de la perfección.

A. AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Marzo 1948

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 59
AÑO VIII

Lo que muchos pueden...

Para nuevos campos, operarios capacitados

Hoy todo el mundo tiende a especializarse, tanto en las carreras, como en las artes y oficios; y la experiencia va demostrando que los resultados son señaladamente ventajosos. Las grandes eminencias de ordinario no son universales; se mueven más bien en círculos muy reducidos.

El Sacerdote, en general, es como el médico de cabecera; atiende a todos, entiende todas las dolencias y resuelve todas las consultas y conflictos de su ministerio. En el confesonario él es médico, juez, abogado, maestro, padre y también madre algunas veces.

Mas no faltan Sacerdotes especializados: hay sacerdotes canonistas, sacerdotes moralistas, teólogos, escrituristas, ascetas, místicos, especialistas de biblioteca y de bufete. Pero, ¿especialistas de confesonario, especialistas en el arte de dirigir las almas a la santidad?... ¿Operarios especializados en este complicado y delicado oficio y arte de sacar perfectas imágenes y cuadros de santidad?...

Creemos que el «Sacerdote de la Alianza», tanto en lo que atañe a las materias y conocimientos que debe poseer, como en el modo práctico de trabajar con esta selectísima gente de la Alianza, debe estar especializado y suficientemente habituado.

Una «Institución Secular» (nueva modalidad de perfección en la Iglesia de Dios que, con el favor de Dios, esperamos ha de ser algún día nuestra Obra) requiere, para sus fines, modos y formas especiales, que, por lo mismo, se salen del molde general de la vida seglar y también del que se emplea en la

vida propiamente religiosa. El Sacerdote director de obras de esta clase debe especializarse convenientemente en el empleo y manejo de las armas y medios propios, conducentes a la consecución de aquellos fines que tales obras persiguen.

Una objeción

Tal vez, aquí nos dirá alguien: «Quien sabe dirigir a una religiosa, sabrá más fácilmente dirigir a una aliada, puesto que su vida es más sencilla y más corriente».

No, amigo mío, y mil veces no. La vida, en sí, de una aliada podrá ser más sencilla, y cabalmente, así la queremos nosotros; pero esta vida se encuentra rodeada de muchos y muy serios contratiempos, complicaciones y conflictos que le arman el mundo, el demonio y la carne.

Quien sabe dirigir a una religiosa, sabrá la doctrina ascética y mística, y también su aplicación a las almas contemplativas de vida regulada; pero no basta, porque los caminos, las orientaciones, los medios de vida, la misma vida, su perfección, sus virtudes, sus detalles, sus perfiles en la religiosa y en la aliada son completamente distintos.

Quien no está, por lo menos algo, especializado en la dirección de un alma consagrada a Dios en el mundo, de una hermanita de la Alianza por ejemplo, no podrá hacer obra perfecta con ella. La perfección evangélica seglar, en medio del mundo, tiene, aun en sí, matices y formas especiales. Obra de la gracia es la santidad en todos; pero la gracia actúa de mil maneras, según son las almas y según es su don, su medida, su vocación, su disposición y su destino en el mundo.

El ejercicio o práctica de esta perfección en la vida de la Alianza tiene su peculiar modalidad, como la tiene la propia vida aliada, la cual es distinta, distintas las circunstancias que la rodean, distinto el medio ambiente que respira, distintos el campo y las batallas que libra, mayores las dificultades, los obstáculos y las resistencias que hacen falta.

De ahí que una religiosa perfecta y una aliada perfecta, aun cuando ambas sean perfectas y santas, se distinguirán aquí y creemos que también en el cielo; porque su entrega, su amor, su perfecta conformidad con la divina voluntad y su total identificación con Cristo, se han tenido que probar en ejercicios y campos muy distintos.

Y un director espiritual necesariamente ha tenido que darse cuenta de todo esto, para obrar conforme a las condiciones y disposiciones de cada una de estas almas. A una religiosa que está en su coro, o en su celda, no le diré

yo cosas, ni le plantearé la vida como a una hermanita de la Alianza que vive en un hogar frío, en una oficina o taller de mucha frivolidad y ambiente de corrupción. Cada cual en su camino de perfección necesita formación, orientación, remedios, manjares, luces, virtudes, actividades, formas, medidas y precauciones convenientes y adecuadas a su especial condición y modo...

Detallemos

Son casi iguales los actos de una religiosa y de una aliada: oración, Misa, Comunión, visitas, lecturas, exámenes, etc.; mas su práctica se diferencia en una porción de extremos.

Al toque de campana, la religiosa va tranquila al coro, con la seguridad de que se le respetará su hora completa de oración. La aliada vive pendiente de mil accidentes que le truncan la oración, cuyo ejercicio desde su preparación, su curso y su final le es más costoso, más inseguro, más inquieto. Este ejercicio, por su lado humano y personal (dejemos a Dios en el suyo), no puede compararse con el ejercicio de una religiosa en su coro.

Lo que decimos de la oración, diremos de los más actos.

Y, ¿qué del ejercicio de las virtudes? La virginidad, pongo por caso, en el claustro, y la virginidad en una fábrica de tabacos o de cartuchos o de naipes; la humildad en la celda y la humildad en el estadio del mundo vanidoso; la modestia en la huerta del convento y la modestia en la plaza pública... ¿tienen acaso el mismo enfoque?

De donde concluyo, que un director espiritual, además de los conocimientos generales que pueda poseer sobre los caminos de perfección de las almas es necesario que los posea también sobre los especiales modos y características, que exige la perfección de las almas seglares.

Y a fe que no es trillado este camino, porque, hasta ahora, muchos confesores resolvían el problema con sólo proponer a las almas la siguiente alternativa: o el convento, donde ya existe una maestra de novicias para formarlas debidamente, o el matrimonio, en cuyo caso basta la seguridad de la salvación sin entrar en más filigranas. El camino al convento poco quehacer les ha dado; el del matrimonio ya es trillado.

Mas, ahora la Iglesia establece entre ambos estados otro nuevo, el de la virginidad en el mundo, dentro de una Institución secular, y esta novedad (acatándola con toda sumisión, claro está) francamente a muchos les ha hecho poquísima gracia, y otros se confiesan poco capacitados para secundarla y enseñarla a las almas que la piden.

Y nosotros, los «Sacerdotes de la Alianza», especializándonos convenientemente, debemos prestarnos, como buenos y hábiles operarios, a trabajar en la dirección de las almas llamadas a este nuevo estado, a fin de que este nuevo jardín de la Iglesia florezca, como han florecido los que antes han brotado de su divina fecundidad.

A capacitarse, pues, a especializarse para estos nuevos campos.

Madrid y Marzo de 1948.

ANTONIO AMUNDARAIN

Nuestras Jornadas Sacerdotales

Ya en el mes pasado hemos anunciado el proyecto de dos jornadas, una en el Norte y otra en el Sur, con el mismo programa de actos las dos, en la época de verano.

Aquel proyecto se confirma y se concreta, aunque no en los detalles que interesan a nuestros amados Hermanos.

*Por de pronto, la jornada del Norte definitivamente será en la Casa de Ejercicios de Cristo Rey de **Burlada** (Pamplona), del domingo 18 al 25 de Julio y con una pensión de 25 pesetas diarias, sin cartilla de racionamiento; tenemos a la vista atenta carta de la Superiora de aquella Santa Casa, poniéndose con gran satisfacción a nuestra disposición. La Casa tiene 48 plazas, con todo lo necesario para cada ejercitante. Nosotros creemos que estas plazas se van a cubrir rápidamente; por lo cual aquellos que quieran seguridades de contar con la suya, deben moverse antes que el vecino se la coja.*

*En **Granada**, para los Hermanos del Sur, la Cartuja, Residencia de los PP. Jesuitas, magnífico lugar, campo y edificio, nos abre generosamente sus puertas; allí haremos los Santos Ejercicios dirigidos por un Padre de la misma Casa, entusiasta de la Alianza y conocedor de todos nuestros secretos, a los que seguirán un par de días de Convivencia, uno de los cuales celebraremos en Güejar, en plena Sierra Nevada.*

No pierdan nuestros Hermanos esta excelente ocasión.

EL DIRECTOR GENERAL

CONSULTORIO

La vida interior

Y va la cuarta objeción contra el art. 16 de nuestro Reglamento: «*Cultivando cuidadosamente la vida interior de las hermanitas, la modestia brotará al exterior por sí sola*».

Es verdad; cuando un alma *llega* a posesionarse plenamente de una profunda vida interior y de la intimidad con Dios, como fruto de su total consagración, de tal modo se simplifica su vida, que sobra todo lo que no sea amar. Para estas almas el Reglamento sobraré, como que aun los mismos mandamientos se simplifican en una sola ley, y aun esta misma única ley es una verdadera necesidad: «amarás».

Pero, amigo mío, hasta que se llega a esas cumbres, hay que echar mano siquiera de unas buenas zancas. Cuando yo estoy en lo alto de la montaña, ya no necesito del burro, ni siquiera del bastón; pero en las cuestas arriba, ¡vaya bien que me vienen estos y otros medios de ascensión!

Cultivamos la vida interior en las hermanitas; es su vida y hay que grabársela profundamente; muy de acuerdo con usted y dispuesto a secundar sus planes. Y cuando llegamos a ese ideal en las almas, esa misma vida se irradiará y se reflejará al exterior de la hermanita; pruebas tenemos de ello; y así casi insensiblemente se es modesta y recogida.

Pero, escúcheme usted.

a) Las jóvenes buenas que vienen a la Alianza, no todas vienen viviendo ya de antemano esta vida interior, ni es requisito indispensable el que así vivan, con tal que vengan con deseos sinceros de vivirla.

Y claro está, antes que lleguen a vivirla (y se tarda bastante en algunas), desde el primer día en que entran en la Alianza, les obliga todo lo que se dispone en el art. 16; lo mismo que a una novicia, antes que ella haya llegado a ser alma interior, le obliga el santo hábito de su religión.

No debe usted esperar a que en la hermanita llegue a tomar toda la fuerza necesaria la vida interior, para que ella, por su fuerza interior, expulse todos los resabios que trae de la dehesa.

Algún Director ensayó esos procedimientos y nos ofreció a la vista un Centro de Alianza, en donde era necesario decir (para no escandalizarse) que fulana ya era alma de vida interior, como ya se dejaba ver, que mengana estaba todavía a medio camino, y, por eso, su exterior no era todavía el de una perfecta aliada, y que zutana era recién ingresada y que, por lo tanto, no debía extrañarse nadie de que no hubiese en ella señales de hermanita. ¿Cree usted pasable, no más, esta composición de almas en un «Retiro» o «Vivienda» de la Alianza?

Pues, si usted suprime el artículo 16, el exterior de la hermanita tiene que admitir esas clasificaciones y grados, como los tendrá necesariamente la fuerza de su vida interior, porque «*nemo repente fit summus*».

Y algunas, como usted sabe muy bien, avanzan muy lentamente, y, ¡ojalá no se nos queden estancadas, por más que usted y yo las empujemos! Y, ¿qué hace usted con ellas sin el molestísimo art. 16?

b) Además, tenga usted entendido, que la vida de la Alianza no es lo mismo que la de un Convento, donde con una túnica que se eche usted al cuerpo, ya desde el primer día todo ese problema tan complicado y tan terriblemente difícil, queda resuelto. Allí, el fomento de la vida interior no tiene las complicaciones que ofrece en la vida seglar.

Por donde le diré a usted que el problema de la vida interior exige en el mundo procedimientos y modos y medios especiales que den facilidades y seguridades (en cuanto cabe) para el ejercicio de esta altísima vida, entre los cuales entran todos los detalles que tan minuciosamente se determinan en el art. 16 y sus fronteras.

Una joven que pone sus peros a este artículo y a otros pormenores del Reglamento, difícilmente progresará en la vida interior, pues ahí se ve que le preocupa demasiado la vida exterior, y, mientras lo exterior la ocupe, seguirá *desocupada* la vida interior.

Todo lo que le dije a usted en el número anterior, tiene aplicación plena y perfecta en este punto. No hay por qué repetirlo.

A. AMUNDARAIN.

Seminator Casti Consilii

Abril 1948

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 60
AÑO VIII

Lo que muchos pueden...

La Obra de santificación de las almas

Gran apostolado

No es novedad de nuestros días el apostolado por la santificación de las almas selectas y generosas.

El primer apóstol que trabajó por formar, desde el primer momento, en la escuela de la santidad a un grupo de almas escogidas, fué el mismo divino Maestro Jesús. El que vino a salvar al mundo entero y dió por él su sangre y su vida, hizo elección de las que quiso santificar con gracias y esfuerzo especial, para que en la naciente Iglesia fuesen ellas sus columnas, sus guías y sus ejemplares de vida.

Si San Pablo fué vaso de elección, y su misión llevar el nombre de Cristo a las gentes, no dejó de tener especial interés por elevar hasta las cumbres de la santidad a las almas generosas, a quienes él distinguió siempre con predilección y celo ardiente.

La mayoría (no diremos todos) de los hoy reconocidos y venerados con la aureola de los Santos y los miles de Santos ocultos que moran en la Asamblea de los bienaventurados, no hubieran llegado a las cumbres donde hoy son glorificados, si no les hubieran guiado con especial cuidado y diligencia maestros celosos y desinteresados.

Acaso no todos nuestros Hermanos admitan esta afirmación: que el número de almas santas crece en proporción con el de los celosos y apostólicos directores espirituales que las mueven y guían.

Un solo maestro (¡así era él!), el Beato Juan de Ávila, guió, alentó y lanzó a las más altas cumbres de la santidad a Fr. Luís de Granada, a San Juan de Dios, a Santa Teresa de Jesús, a San Ignacio de Loyola, a San Francisco de Borja y a cientos más.

Hoy mismo es cosa clara y notoria, que si, en medio de un ambiente de desenfreno, materialismo y locura de placeres, surgen almas tan extraordinariamente espirituales y elevadas, en todos los estados y en todas las escalas de la vida, es, en gran parte, debido a que el Sacerdote se ha transformado y ha transformado completamente su ministerio y su obra sacerdotal.

El hambre de Dios, la nostalgia de Dios en las almas, por lo menos desde su regeneración en las aguas del Bautismo, es casi natural e insaciable. El «dame de beber» de Cristo a la Samaritana, repiten ahora las almas al Sacerdote; tienen sed del agua que no dan los aljibes de barro y lodo.

Ved una muestra

En cierta ciudad de Andalucía entraba en una iglesia un sacerdote forastero, en el preciso momento en que dos almas salían de ella.

Desde la cancela del templo observaron al desconocido y le esperaron, y, al salir éste, le soltaron a boca de jarro el siguiente saludo: «Padre, perdone la confianza: Vd. parece bueno y nos atrevemos a rogarle que nos hable de Jesús»...En la trastienda de un comercio, donde está entronizado el Corazón de Jesús, se reunía poco después un grupo de almas a quienes, a pesar de haber prolongado la charla espiritual sobre Jesús cerca de dos horas, el forastero no consiguió saciar. ¡Histórico!

¡Oh, no, Hermanos queridos! No sabemos interpretar bien aquella simbólica frase que el divino Maestro dirigiera un día a sus discípulos (Joan. IV; 35): «Levate oculos vestros et videte regiones, quia albae sunt jam ad messem».

A fe que no eran sólo los samaritanos los que, conmovidos por las palabras de la mujer conversa y por las del Maestro divino, estaban ya dispuestos para recibir el Evangelio del reino de Dios, sino que las

regiones blancas y maduras para la siega eran las almas todas que, tocadas y blanqueadas por el Sol divino, aguardaban la mano de los operarios del buen Amo, para recoger la bella mies y llevarla a la era, trillarla, limpiarla, molerla, convertirla en blanca harina y, luego, en hostia y pan de Cristo Jesús.

Vivimos falsamente persuadidos de que la labor del Sacerdote es sólo de sembrar en el surco de las almas la semilla del Evangelio... ¡Oh no!, hay otro ministerio mucho más sublime y delicado y trascendental.

El Señor distingue muy bien la siembra y la siega: «*Alius est qui seminat et alius qui metit*». (Joan.IV, 37). Y nota aquí Cornelio a Lapide en su comentario sobre el Evangelio de San Juan: «*Satores vocat Moysem et prophetas, qui magno labore Judaeis tradiderunt fidei semina, id est, prima principia...Messores sunt Christus et apostoli, qui haec prophetarum principia evangélica doctrina perfecerunt, ac per fidem et gratiam Christi sanctificaverunt...*».

«*Satores, añade San Juan Crisóstomo, fuerunt prophetae, messores vero estis vos, o apostoli, qui, ut sequitur, sata a prophetis, fidei semina, per meam doctrinam perficietis et matura jam in horreum Ecclesiae colligetis*»...

«*Prophetae et legis doctores animos primis cognitionis Dei et virtutis pietatisque rudimentis, quasi seminibus imbuerunt, itaque eos ad messem evangelicam, id est ad justitiam et sanctitatem christianismi praeparaverunt. Vos vero, o apostoli, <in labores eorum introistis>... (Ib.)*

Hay sembradores

Hoy, afortunadamente, abundan sembradores: se predica, se escribe, se enseñan verdades, se hace labor de Moisés y de los profetas; pero para completar esa labor es necesario que vengan apóstoles «*qui in labores eorum intrent*», y a estas almas bien dispuestas las empujen y las acerquen a Cristo y las transformen; escasean segadores especializados en transformar la mies dorada en hostia y pan de Cristo.

He aquí una labor urgente que hoy se exige al Sacerdote, labor delicada, fina, trascendental, de santificación y perfección de las almas; labor de siega, apartándolas del mundo y recogéndolas en las eras;

labor de trilla, de purificación, de despojo de la paja, para convertirlas en grano limpio de trigo; labor de molino, de sacrificio, de martirio, para hacerlas flor de harina; labor de horno, de fuego, de amor para convertirlas en hostia y pan de Cristo.

«Mensis quidem multa», es cierto, lo palpamos; «regiones albae ad messem», también cierto, ciertísimo.

Abrid los ojos, Hermanos, y lo vereis; hay abundante mies dorada; hay almas blancas, inocentes, ¡primores!...

Faltan «messores».

Madrid y Abril de 1948.

ANTONIO AMUNDARAIN

Sin llamar la atención

El quinto reparo que opone nuestro Hermano al art. 16, es el siguiente: «*Las aliadas han de pasar por el mundo desapercibidas y sin llamar la atención*».

Conviene ante todo concretar lo que significa la palabra «desapercibida» y la frase «llamar la atención».

Desapercibida puede pasar una joven, cuando es tal su conducta, sobre todo exterior, que nadie observe nada en ella que la distinga de las demás jóvenes de su posición y vida, para lo cual es necesario que rigurosamente ajuste esa su conducta a la corriente de las demás: andar como las demás, vestir como las demás, arreglarse como las demás, ir a donde van las demás, obrar como obran las demás; en una palabra, llevar la vida a tenor de la que llevan todas las demás.

Esta joven difícilmente llamará la atención del mundo.

Si es esto lo que nuestro consultante nos quiere decir, la Alianza tiene que renunciar a

sus fines, porque en tal caso, la aliada tiene que vestirse como visten todas las jóvenes mundanas; tiene que pintarse, y acicalarse con esmero, tiene que abonarse al cine y al estadium, a la playa y al paseo iluminado, al café y a la tertulia, a la natación y a la nieve, etc. ¿Dónde queda ahí la Alianza?

Mas, si el pasar desapercibida es el ocultamiento, el huir la exhibición, el no hacer vana ostentación de sus prendas y de sus buenas dotes y cualidades, el dar cierta tonalidad de modestia y sencillez a la vida, eso la Alianza viene cumpliéndolo desde que existe.

Pero sospechamos que nuestro buen Hermano no estará conforme con solo esto; sin duda él debe **de** querer que las hermanitas se presenten en la sociedad con un poco más de atavío y «decorado»: zapatitos escotados, medias a la moda, del revés, falditas muy ventiladas, rostro muy «artístico», peinado idem, a fin de que nadie se dé cuenta de los

secretos virginales de su encantadora santidad; santidad que sea, por tanto, una concha herméticamente cerrada.

De modo que la hermanita en el taller, en la escuela, en la oficina, en el mostrador, en la calle, en el tranvía, vaya perfectamente «entonada»; que no moleste, ni inquiete, ni cause remordimientos, o escrúpulos a sus compañeras de trabajo; que su ejemplo y conducta no sean un continuo aviso y reproche y censura contra las que quieren una conciencia un poco más tolerante, transigente y acomodada a los tiempos y al ambiente.

Eso es cabalmente, amigo mío, lo que quisiera el demonio, a quien no le va bien con nuestros procedimientos desde hace ya bastante tiempo.

No le importaría tanto que nuestras hermanitas plantasen en cada esquina una tribuna y se lanzasen a predicar el santo Evangelio, con tal que ellas se acomodasen exteriormente a las costumbres anti-evangélicas.

Mas, que la hermanita en un taller y en una escuela y en una parroquia y en una oficina y en plena calle, sea un auténtico Evangelio *viviente*; que, sin

elocuencia de palabras, esté predicando en todos los instantes y en todos los lugares con su santidad *transparente*, y «provocando» santamente a las almas a seguir sus ejemplos y sus modos, eso, Hermano mío, el demonio no lo puede tragar.

Y como la Alianza, precisamente, ha venido al mundo a eso; no tanto a *decir*, sino a *ser*, y con sus obras y con sus modos y con sus ejemplos a convidar a otras compañeras a una vida más conforme con la fe y con la doctrina que saben y enseñan, no puede de ninguna manera *pasar desapercibida y sin llamar la atención*, sino que, todo lo contrario, desde que se lanza a la calle, ya tiene que estar llamando la atención y predicando con su modestia, con su sencillez, con su delicadeza de mujer y con sus encantos de joven perfectamente cristiana.

¿Con que el art. 16 debe corregirse, porque la hermanita que a él se ajusta, no puede pasar desapercibida, sino que tiene que llamar la atención? ¿y esto es lo que a V., querido Hermano, le molesta?

¿Y no le molesta que llamen la atención

escandalosamente y pasen provocativas junto a nosotros, esas jovencitas desvergonzadas y atrevidas que, por no pasar desapercibidas, sino todo lo contrario, por ser vistas y vanamente aplaudidas, desfiguran todo su encanto femenino?

En la Alianza, ciertamente, pasan muchísimas cosas desapercibidas. La Alianza y la hermanita llevan en su corazón secretos que nada interesan al mundo de hoy; la hermanita pasa desapercibida en medio de la sociedad, nadie sospecha lo que ella es y lo que ella hace ahí donde vive y donde trabaja; el secreto de su vida interior, el secreto de sus intimidades con su Dios, el secreto de su virginal candor y hermosura, el secreto de su amor y de su santidad, secretos son que, aun los que continuamente conviven con ella, no son capaces de sorprender.

La hermanita no saca a plaza sus tesoros y sus prendas sagradas.

Pero, la hermanita tiene el *deber*, por su especial condición de aliada, de enseñar al mundo donde ella vive, todo lo que el mundo no es capaz de aprender en el libro, y hay que dárselo mascado y plasmado en troqueles vivientes. Y por eso (como, gracias a Dios, sucede ahora), nosotros y todo el mundo sabe distinguir, entre esta desviada juventud, el paso de una bien formada hermanita de la Alianza y aprender de su conducta el modo de no mentir con las obras lo que cree su corazón.

Quédese, pues, en hora buena, en el más profundo secreto la vida íntima de la Obra y de cada uno de sus miembros; pero vea el mundo las irradiaciones luminosas de la misma, a través de la conducta netamente evangélica y totalmente cristiana de esas angelicales almas.

Y para eso, ¡queda también en pie y en vigor el art. 16 del Reglamento!

A. AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Mayo 1948

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 61
AÑO VIII

ANTES DE SEGAR ...

Seminator

Así llamamos un día a este modestísimo boletín, exclusivamente dedicado a nuestros Hermanos, los «Sacerdotes de la Alianza», y SEMINATOR va a seguir siendo en adelante, aunque entre sus páginas admitamos temas pertenecientes a los «segadores».

SEMINATOR, sí, señores, y séalo por muchos años, del casto consejo, en las almas escogidas que Dios va preparando por esos mundos. Nadie que conozca un poco el fondo de las cosas, podrá tacharnos de inoportunos en el incesante apostolado que venimos haciendo, hace muchos años, los 500 Sacerdotes que, para esta misión, vivimos estrechamente unidos en dulce hermandad, a la sombra de la «Alianza en Jesús por María».

En los graneros del Santo Evangelio es de los más ricos e interesantes el del casto consejo, que nosotros sembramos en tierra fecunda y previamente abonada.

Y casi nos atrevemos a decir, que esta semilla del casto consejo ha estado muchos años y siglos descuidada e infecunda en el fondo de los graneros, ya por ciertos reparos injustificados, ya por olvido de los sembradores, ya porque nadie ha querido especializarse en la siembra de tan delicada semilla.

La esterilidad de tantos campos, en una larga serie de siglos, se debe quizás a la pereza de los labradores que, siguiendo la rutina de sus predecesores, no han querido siquiera ensayar en sus heredades la siembra de esta peregrina y antiqüísima semilla.

Nos argüirán un día, y con razón, los primeros sembradores del Evangelio, los Crisóstomos, Justinos, Ciprianos, Jerónimos, Agustinos, Ambrosios, y muchos otros que dieron a la Iglesia y al Cielo flores y frutos tan bellos y tan exquisitos.

SEMINATOR, pues, sea nuestro boletín y sembradores sean nuestros queridos lectores en los campos que el Padre de familias les ha señalado a todos.

Pero nadie siembra su heredad para que en Agosto se lleven su grano los pájaros, los ratones, sino para cosecharlo, en cuanto esté maduro, y asegurar el pan del año. Por eso, quien sabe sembrar sabe también segar; y para segar cabalmente en Agosto, se siembra en Noviembre; si bien puede suceder que no siempre sea el mismo quien siembra y quien siega, sino que acaso segarán los hijos lo que sembraron los padres.

Para que otros sieguen

No siempre es el mismo el espacio de tiempo entre la siembra y la siega; depende del clima, de la misma tierra y de la clase de simiente que se eche en la tierra. El labrador sabe esperar resignado todo el tiempo que sea necesario, en la seguridad de que, si él no siega, segarán los que le sucedan.

Dice el apóstol Santiago (cap. V, 7) «que el labrador, con la esperanza de recoger el precioso fruto de la tierra, aguarda con paciencia que Dios envíe las lluvias temprana y tardía».

Sembramos con la esperanza de recoger el fruto; nadie siembra en el desierto, porque no se promete buena siega. La esperanza del fruto nos alienta a trabajar; aunque no siempre sean los mismos los que siembren y los que sieguen.

Sea nuestra primera labor la de sembrar. Si alguien no siembra, nadie podrá segar. Sembraron los primeros apóstoles del casto consejo y segaron los que tras ellos vinieron; mas éstos no se ocuparon de sembrar, se contentaron con segar lo que otros sembraron y vinieron años estériles...

Comencemos nosotros sembrando. Dios coronará de igual modo al que siembra y al que siega. El esfuerzo de la siembra, sin ver el fruto inmediato, es más costoso, y esto en algunos produce desaliento. Los tales no se dan cuenta de que es necesario que en nuestras faenas entren otros, que las prosigan y lleven el trabajo hasta el fin, y, aunque sean éstos los que lleven el fruto, el salario se distribuirá equitativamente, con justicia, entre el sembrador y los segadores.

La santidad es fruto de muchos años de cultivo; rara vez la verá sazónada el que comenzó por sembrarla; si en su labor entran otros y la llevan hasta el fin, el sembrador la verá desde el cielo. Muchos padres han plantado en sus campos ricos frutales, de los cuales, a su muerte, los hijos han recogido sazónadas manzanas.

La roturación

Esta es la primera tarea del sembrador, la de roturar la tierra de las almas; tierra que tal vez hasta ahora nunca ha sido cultivada o está en barbecho de pura pereza. ¡Cuántas de estas tierras, si debidamente y a tiempo fuesen labradas y abonadas, podrían producir magníficos cosechones!

Por ahí, pues, debe comenzar su labor «pro Alianza» el diligente sembrador. Una solemne misión, unos fervorosos ejercicios espirituales, unas interesantes conferencias cuaresmales, la práctica de una novena, de los siete domingos de San José, de los trece martes de San Antonio, etc. han sido, en más de una ocasión, la ROTURACIÓN eficaz de una tierra abandonada por propia o ajena negligencia.

Hay que ablandar y levantar esas tierras que están secas, endurecidas, por haber pasado sobre ellas todo un mundo de bestias. Y una vez ablandadas, acotémoslas con seguridades de defensa y echemos en ellas el abono de la sólida piedad, a la que debe llevárselas inmediatamente; frecuencia de Sacramentos, Misa diaria, visitas al Santísimo y a la Virgen, etc.

Con todo, no nos demos prisa para sembrar; el labrador espera con tranquilidad el buen tempero, secreto éste importantísimo para que la semilla no se pierda, y no se desperdicie en un principio la futura cosecha que se busca.

Manténgase la tierra del alma en preparación; si es necesario, désele una o dos vueltas más de arado, de riego y de abono; límpiase de cardos y de espinas, y, cuando el calor de la piedad y del amor de Dios haya saturado bien esa tierra ya suficientemente castigada, siémbrense las flores (virtudes) que sufra el clima y la condición de la tierra, dando siempre preferencia – porque esta flor puede florecer en todas las tierras y en todos los climas – a la virtud bella y fragante de la pureza virginal, a la que seguirán la humildad, la obediencia, la fidelidad, la mortificación, el desprendimiento, el recogimiento, la caridad, el amor...

A sembrar, Hermanos. Después de la roturación de la Cuaresma y todo el invierno, ofrecen Mayo y Junio magnífico tempero para una siembra prometedora. No nos descuidemos; aprovechemos la oportunidad. Las almas son hoy tierra preparada y esperan la siembra; seamos diligentes y celosos, antes que de nuevo las bestias del verano nos vayan a pisotear la tierra que tanto sudor nos ha costado preparar.

A sembrar...

Madrid y Mayo de 1948

ANTONIO AMUNDARAIN

Vestirse con gusto

El sexto reparo contra el artículo 16 de nuestro Reglamento era éste: «*Que, si han de vestir con gusto (como tanto se les recomienda), necesariamente tendrán que seguir la moda en lo que no tenga de inhonesto*».

Veo, hermano mío, que se agarre Vd. a las reglas de la moral, para, según ellas, establecer normas de conducta a estas almas; vamos, pues, allá.

Seguramente mejor que yo debe Vd. saber que, entre lo honesto y lo inhonesto, existe un *menos* honesto, que ni baja a lo inhonesto, ni sube a lo honesto, y que muchas jovencitas, y también *jovenzotas*, lo pasan por alto, hasta llegar a las fronteras de lo inhonesto, que es lo mismo que deshonesto. Y en esas fronteras andan haciendo peligrosos equilibrios, conforme soplen los vientos de las pasiones.

Ahora bien, mi buenísimo hermano, ¿es acaso necesario tocar esas fronteras de lo inhonesto para que una joven cristiana se vista con gusto y aún con elegancia?

Muy conforme que a quien *guste* (es un gusto gastado) el desnudo, no encuentre vestida con gusto, sino a la que elegantemente esté desvestida. Pero no es ese el criterio que debemos seguir.

Buscamos el buen gusto y hasta, si Vd. quiere, su poquitín de elegancia en nuestras jóvenes aliadas. No queremos que la Alianza sea un escaparate de extravagancias, de ridiculeces, de formas estrambóticas, que una mayor parezca tener 19 abrilés, o que una joven represente 50 octubres.

En la Alianza entra, y hasta es obligatorio, el buen gusto en todo lo que afecta al exterior de nuestras hermanitas; gusto bueno, bueno en todos los órdenes de la vida cristiana. Pero, para eso, ese buen gusto tiene sus condiciones indispensables; y es la primera una exquisita modestia, y la segunda una intachable modestia, y la tercera una

angelical modestia, y, si una cuarta condición hubiera, habríamos cimentado en la más perfecta modestia.

¿Que hoy el buen gusto está reñido con la modestia? De ese absurdo tenemos nosotros la culpa. Hemos renunciado a nuestra soberana autoridad en esta materia, dejándosela a los comerciantes MODISTOS, cuyo gusto es ahora la última palabra. ¡Vaya moralistas los especializados en París!...

¡Ah, hermano mío, es preciso que vuelva a predominar el gusto cristiano de nuestros antepasados, un gusto que tenga gusto de virtud, gusto y sabor de honestidad, gusto que trueque a la mujer en ángel.!

Para lo cual jamás hemos creído exagerados, ni mucho menos, nuestros puntos de vista en el, por las trazas, modestísimo art. 16.

ANTONIO AMUNDARAIN

P.D. Para que vea nuestro buen hermano que no son puras apreciaciones mías las que nos hizo el honor de leer en el artículo anterior de SEMINATOR, en la crónica de la Organización Diocesana de Granada, párrafo de Málaga, que aparecerá en LILIUM INTER SPINAS de este mes, o del siguiente (donde quepa), podrá Vd. leer unas palabras que el Rvdm. Sr. Obispo de aquella diócesis, D. Ángel Herrera Oria, se dignó dirigir a nuestras hermanitas malagueñas en una ceremonia de imposición en la cual él mismo ofició. «*Gozaos siempre en el Señor y que vuestra modestia sea conocida de todos. Pues sois la porción escogida de la Iglesia y que por la modestia en vuestros vestidos, en vuestro porte CONOZCAN los hombres que sois aliadas*».

Y me ocurre preguntar: Si las aliadas han de pasar desapercibidas y sin llamar la atención, ¿cómo se las podrán arreglar para que los hombres conozcan que sois aliadas, y eso precisamente por la modestia en sus vestidos y en su porte?

¿Se puede hablar más claro?

A.

Seminator Casti Consilii

Junio 1948

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 62
AÑO VIII

SIEMBRA Y SIEGA

Permite Dios, para consuelo y aliento de sus operarios, que los mismos que sembraron, lleguen a segar la dorada mies que Dios, por especial designio de su amor, ha querido madurar rápidamente.

El proceso total y completo de las maravillosas operaciones del Espíritu Santo en un alma, que libre y generosamente ha sabido secundarla, es el cuadro de visión más sublime y consoladora para un sacerdote apóstol de Cristo.

Si, en verdad, para estas rápidas transformaciones y avances en la santidad se requiere, por parte del alma, gran constancia, fidelidad y disposición de ánimo; también, por parte del Director del alma, operario de Cristo, se necesita un celo incansable, una abnegación a toda prueba, un espíritu sobrenatural muy alto y una gran constancia en su delicado ministerio sacerdotal.

Sin embargo, no todas las almas avanzan al mismo ritmo en los caminos de su perfección, y ello obedece a muchas y variadísimas causas, ya por parte del mismo Dios, ya por nuestras condiciones puramente personales, pero también (y a esto vamos) por la negligencia y descuido de sus pastores. Hace pocos días, una religiosa misionera nos escribe: «Pienso que muchas almas pueden perderse por su negligencia y falta de diligencia; y este pensamiento es para mí el más fuerte estímulo para trabajar».

Si los sacerdotes conociéramos el valor de un grado de santidad en un alma, y que su ganancia o pérdida depende en gran parte de

nuestra mayor o menor diligencia, ¡qué acuciante estímulo sería éste para hacernos incansables en la santificación de las almas!

¿Que éstas algunas veces son molestas, cargantes, importunas y hasta fastidiosas? Pensemos que lo es más, para turbarlas, molestarlas y fastidiarlas, su enemigo Satán que, por secretos designios de Dios, las trae y las lleva «ut cribaret eas sicut triticum».

¡Cuántas almas pierden su ruta, ruta de atajo, que rapidísimamente las hubiera llevado a la cumbre, porque no hallan a mano, oportunamente, un experto guía en su camino!

Si no hemos tenido la dicha de ser a la vez sembradores y segadores de lo que sembramos, se debe a que, hecha la siembra, hemos abandonado la heredad, y la tierna planta que tan bella brotaba, ha quedado marchita y seca por falta de riego o ahogada por la maleza y los cardos que brotaron a su lado. Podemos ser, si queremos, sembradores y segadores.

En lo que otros sembraron

Interesa advertir, ante todo, que no debemos ser tan egoístas y aferrados a nuestros modos que no consintamos en las almas nada de lo que nuestros anteriores Hermanos trabajaron en ellas.

Es grave error el de aquellos que, al entrar en el campo ya sembrado, vuelven a meter el arado, destruyendo lo que ya estaba sembrado, para sembrar la semilla que a ellos agrada, obligando a la tierra a que se retrase la cosecha, o se pierda del todo por haber pasado la época de la siembra.

¡Cuántos de estos trastornos suceden en las almas a quienes, por cada nuevo confesor, se les obliga a comenzar de nuevo y, entre repetidos comienzos y paradas, se les pasa la vida, sin haber podido llegar a madurar lo que una vez se sembró!

Cuando entramos en tierra ya sembrada, respetemos y aprovechemos lo que está sembrado. No somos dueños de la heredad para hacer y deshacer como se nos antoje. «Pater meus agrícola est». El dueño es el Padre, nosotros somos operarios suyos; y, si a Él le plugo por medio de otros operarios sembrar lo que quiso en su heredad, y luego nosotros hemos entrado en su labor, no tenemos

derecho a deshacer lo hecho, sino más bien obligación de respetar y ayudar a su crecimiento, a no ser que a El mismo le convenga cambiar aquella siembra por otra.

Esto exige que nosotros, imparcialmente, estudiemos las condiciones de aquella heredad y su siembra y, si aparecen señales de ser obra dirigida por el Dueño y que él mismo la bendice, cuidemos del trigo que crece, limpiándolo de cardos y malas hierbas, teniendo interés y amando la siembra ajena que se nos encomienda, como si nosotros mismos la hubiéramos sembrado

¡Oh, cuánto hay que lamentar en este punto, Hermanos queridos! Almas se nos acercan, porque han perdido su anterior director, ya por fallecimiento, ya por traslado, ya por destino incompatible con esta misión, buscando un nuevo pastor para sí, y nosotros, como primera providencia, echamos por tierra todo lo hecho por el anterior, proponiéndole nuevas rutas, nuevos destinos, con nuevos procedimientos, lo cual equivale a decir, que esa alma iba mal y que es preciso desandar todo lo andado, para comenzar por el «a, b, c» de la perfección, sembrando en ella la confusión, la incertidumbre y el desaliento consiguientes y, muchas veces, acarreando su total estancamiento, cuando iba tal vez a pasos agigantados por la senda de la santidad. Grandísima será aquí nuestra responsabilidad.

Madrid y Junio de 1948

ANTONIO AMUNDARAIN

Se van a espantar

Y va la última objeción contra el art. 16 de nuestro Reglamento, que dice así: *«Con semejante proceder, lo que se hace es ESPANTAR a tantas jóvenes de espíritu excelente, que vendrían a la Obra, y a tantos Sacerdotes que hoy no colaboran con ella precisamente por estas exageraciones».*

¡No, amigo mío, no hay por qué espantarse! Ni siquiera las aliadas de Albacete llevan puñal; somos gente pacífica y hasta noble...

¡¡Espantarse a la vista de una aliada!!! Y ¿quiénes?..., ¿las jóvenes de espíritu excelente que desean venir a la Alianza y los Sacerdotes que están dispuestos a colaborar con nosotros?

Pero, ¿a quiénes llama usted jóvenes excelentes?, ¿quizás a las que por un futilísimo respeto humano no se deciden a alargar un centímetro su falda?, ¿a las que, si el Sacerdote no pone cuidado, dejan manchada de rojo la blanca Hostia que reciben en la Comuni3n?, ¿a las que depilan o arrancan sus cejas; a las que afilan, como el gavilán, sus uñas de sangre, pintan y dan cera a sus piernas y convierten en una selva su hermosa cabellera? ¿O quizás a las que, mochila al hombro, pantal3n de pana y polaina hasta la rodilla, aparejos de deporte bajo el sobaco y fumando como un rancharo, salen muy de mañana a dar alcance al más valiente y audaz saltamontes?

Déjeme V. en paz, señor y amigo, y no llame joven de excelente espíritu a la que, para no quedar en evidencia por el contraste, de ningún modo tolera a su lado a la honestísima hermanita de la Alianza, ni la quiere en el coro de las Hijas de María, o entre las Catequistas de su Parroquia, o en las filas de la juventud femenina de Acción Católica. Si ella no tiene valentía y coraje suficientes para llevar a costas el sambenito con que el mundo obsequia a estas dignísimas aliadas, que se retire a formar parte del número de las cobardes. Pero que no se meta con las que, pisoteándolo todo, saben mostrarse como corresponde a una joven digna, honesta y ejemplar por sus cuatro costados.

En una Asamblea pública de la Alianza decía yo a una joven muy distinguida que asistía a aquel acto: «¿Qué le parece a V. todo esto?» Y respondíome: «Esto es hermoso y muy grande; pero yo no me siento con fuerzas para abrazarlo». Esa es, amigo mío, la razón del espanto y de la protesta de muchas almas que, en el fondo de su conciencia, confiesan la bondad y la excelencia de la Obra; pero no se sienten con fuerzas para lanzarse a ella. A mí me espanta la vida de la Trapa y de la Cartuja; pero no puedo negar su admirable grandeza y santidad. Me espanta la vida de un Cura de Ars; pero admiro y beso de rodillas los huesos de aquel Santo.

Las almas sinceras y francas se asustan ante la conducta de una hermanita; pero al mismo tiempo, la admiran y la veneran. Si ellas no han sido llamadas a seguir sus huellas, las dejan correr por sus rutas de santidad virginal en medio del mundo.

¿Qué también hay Sacerdotes a quienes no acaba de satisfacer el cuadro completo de la vida de una aliada, y que, por eso, no colaboran en la Obra?

Lo sentimos, amigo, pero también comprendemos y hasta les daremos razón, si usted quiere. Habría de ser casi un milagro el que la Alianza gustase a todos en todas sus partes y detalles.

Si por lo que toca al art. 16 se muestran disconformes, respetaremos su opinión; pero, por complacerles, no vamos a cruzar con el lápiz rojo ese molestísimo artículo.

Quédese, pues, como está; no tocamos de él ni tilde, ni coma. Lo mismo que hasta hoy, desde hace más de 23 años, deberán pasar por su aro, aunque parezca estrecho, todas las jóvenes que en adelante quieran ser hermanitas de la «Alianza en Jesús por María».

Madrid y Junio de 1948

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Julio 1948

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 63
AÑO VIII

A LOS QUE QUIERAN ENTERARSE

Dos Jornadas Sacerdotales hemos anunciado para este año; una en Burlada (Pamplona), del 18 al 26 del próximo julio; otra en Granada, del 6 al 14 de Setiembre.

De la primera ya estamos en vísperas, y muchos de nuestros Hermanos ansiosos de tomar parte en ella. En favor de ellos y de todos los que todavía quieren alistarse, se ofrece una gran oportunidad para enterarse a fondo y en fuentes seguras, de todo lo que se pueda saber sobre la Obra de la «Alianza en Jesús por María».

Quien de veras quiera saber lo que es la Obra, tiene ahora ocasión ventajosa.

Los que sólo se han enterado de ella en una tertulia de confratres, es posible que vivan en un lamentable error, y no tengan sobre la Obra el auténtico concepto de su espíritu, vida, fines y misión.

"Inimicus homo" *También aquí, contra lo que nosotros hemos sembrado en estos 23 años, ha hecho su maldita siembra el «inimicus homo». No es sólo en las almas que podían seguir, para muchísimo bien de ellas, los caminos que señala la Alianza y que la Iglesia establece en su nueva Constitución «Provida Mater Ecclesia»; sino, con mucho más daño, entre los mismos sembradores del buen trigo, hace este enemigo su siembra de infernal cizaña.*

De suerte que, quitándoles de la mano y del saco el buen trigo de la Alianza, pone en sustitución, con infernal disimulo, la zizaña, a fin de que no sea él, sino ellos, los sembradores de ella.

No es fácil ponderar el daño que esta nociva siembra ha hecho y aún sigue haciendo, entre las almas, que son llamadas por especial vocación a esta Obra.

Hoy, con pruebas claras, y terminantes en la mano, ya no hablamos a humo de pajas. Acabamos de regresar de una visita por las provincias de Galicia. Con nuestros propios ojos hemos podido ver y medir el movimiento extraordinario en aquellas regiones, donde los sacerdotes son en verdad «sembradores del casto consejo», a uno de los cuales, llorando de emoción, le oímos esta frase: «La Alianza es la Obra de las Obras».

Es obra sacerdotal, y en ellos ha sembrado el «inimicus homo», y claro es; si «seminator casti consilii», se convierte en «seminator zizaniorum» calculad vosotros, mis queridos Hermanos, lo que será un trigal de almas.

Por algo dijo cierto día, cerrando una solemne Asamblea, un eminente Prelado español, «que era muy grave la responsabilidad de un sacerdote que se permitiese hablar contra la Obra de la Alianza».

La inconsciencia con que proceden, servirá de atenuante ante el Señor; pero el mal es un hecho, del cual saca buen partido el enemigo de las almas.

Ahora bien; nosotros que llevamos la responsabilidad de la Obra entera, tenemos la misión de decir la verdad, entera y completa, e invitamos a oírla a todos los Hermanos seculares y regulares en Burlada y en Granada.

Burlada *El Rvdo. Padre Benito Aguirre, Superior de los PP. del Corazón de María, de Tolosa, dirigirá los Santos Ejercicios de San Ignacio de Loyola en su propio genuino espíritu, y acomodados en todo al en que se inspira la Alianza y en que debe inspirarse el sacerdote de esta Obra.*

«El alma de la Alianza» (cosa que tanto interesa al sacerdote director de almas); «santidad en la Alianza»; «vida interior en la Alianza»; «almas víctimas en la Alianza»; «misión apostólica en la Alianza», temas cuya importancia salta a la vista y que han de desarrollar hombres avezados en el campo de la espiritualidad, como el Rvdo. Sr. D. José Elgarresta, Catedrático del Seminario de Vitoria; el Rvdo. Padre Lucinio del S. C. , Director de la «Revista de la Espiritualidad», Carmelita Descalzo, de Madrid; y dos ilustres sacerdotes navarros.

Añádase a esto una sesión diaria de preguntas y respuestas sobre la Obra, a chorro libre y a voluntad de cada cual...

En este plan, ocho días completos, sin más objeto que hacer luz y más luz sobre la Obra de la Alianza.

Granada *El Rvdo. P. Ulpiano López, de la Compañía de Jesús, Catedrático que ha sido de la Universidad Gregoriana de Roma, tipo dignísimo de San Ignacio y Sacerdote de la Alianza cien por cien, es el designado para los Ejercicios a nuestros Hermanos andaluces.*

Los M. I. Sres. D. Francisco Carrión, Párroco de San Andrés de Sevilla; D. Agustín de Lafuente, Deán de Jaén; D. Román Orbe, Magistral de Granada, etc... los encargados de los temas arriba citados.

Sesiones de consultas, charlas sobre temas que más interesan a los concurrentes, impresos que hacen luz sobre la Obra, que se darán sin tasa. ¡He ahí todo!

No obstante, nosotros sabemos que el mal no se remediará por completo. El enemigo seguirá sembrando su zizaña. Los que, debiendo y pudiendo saber si es trigo o cizaña lo que siembran, lo hacen a tientas, «non habent excusationem de...»

Aún quedan plazas... ¡A Burlada! ¡A Granada!

Zumárraga y julio 1948

ANTONIO AMUNDARAIN

CONSULTORIO

Los sueños, sueños son...

La Alianza es «un bonito sueño irrealizable». Con esta frase ha tapado la boca su confesor a una penitente que le preguntaba sobre la Obra. Y V., ¿qué dice?

Hermano mío, me asombra que a estas alturas nosotros, los maestros de la verdad evangélica y los guías de las almas por las sendas de la salvación, seamos hombres de tan cortos vuelos.

También hasta mí ha llegado esa o parecida frase, con la que esos benditos siembran el desaliento de tantas almas que sienten verdaderas nostalgias de perfección evangélica.

¡Si supieran el daño que hacen!

Que eso lo hayan dicho en los principios de la Obra, cuando apenas se creía posible la santidad fuera de los muros de un Convento; cuando hasta el sacerdote secular tenía que renunciar a la perfección, o que añadir a su sotana el cordón de S. Francisco o el fajín de la Compañía de Jesús o la correa

de Carmelita; cuando toda alma que se sintiese llamada a la perfección, tenía necesariamente que escoger entre capuchina o dominica o cartuja, cabe comprenderlo perfectamente.

Allá entonces hubo muchos, y gente de mucho peso, que nos repetían la consabida frase: «sueños de una neurasténica».

Pero, amigo mío, ahora, cuando la Obra de la Alianza, por su propio esfuerzo y la gracia de Dios, abandonada casi totalmente a sus propias fuerzas, sin apoyo humano, combatida por ambas aceras, con el silencio prudente de muchos buenos amigos, ha podido, durante veintitrés años, *vivir* la vida marcada en su reglamento, sin dispensa ninguna de sus artículos, de la que ha dado ejemplos claros, admirables y sorprendentes, como puede verse en los catálogos:

a) de las 300 que se fueron a la tierra de Promisión

con su encantadora aureola de almas predestinadas;

b) de las 1.700 que abrazaron la vida religiosa con pruebas inequívocas de haber vivido el espíritu completo de la Obra;

c) de las 3.500 que hoy viven esparcidas por toda España o fuera de España, derramando en torno suyo (díganlo esos talleres, fábricas, mostradores, teléfonos, oficinas, despachos, escuelas, hogares, campos, parroquias, sanatorios, hospitales), fragancias deliciosísimas de una virtud poco frecuente hasta ahora y hoy cautivadora y conquistadora en medio de esta sociedad;

d) de esa legión de almitas inocentes, que en la Escuela de Jesús» avanza pisando las huellas al Divino Cordero, que entre ellas camina y se apacienta;

e) de las que, sin ser miembros de la misma Obra, viven cerca y al arrimo de ella, participando de su espíritu y practicando los mismos castos consejos, con anhelos vehementísimos de escalar las cumbres de la perfección;

f) de los 600 sacerdotes de ambas clases que llegan a sentir el contagio de la vida de *santidad* que aquellas viven y de la que éstos quieren participar, avanzando al paso de ellas...

¿Es esto un sueño irrealizable, o es la realidad palpable de una vida que se derrama y se precipita avasalladora en todos los órdenes, categorías, oficios, carreras y situaciones a que hoy va arrastrando a nuestras juventudes este maldito vértigo?

Pero me dirá V. quizás, o le dirán a V. esos buenos y prudentes Hermanos: «Esto es fruto de los primeros entusiasmos, de los primeros fervores, de una nueva novedad; pero esto no puede seguir».

Pues ¡ya es hora de que se hayan disipado los primeros entusiasmos y los primeros fervores de una novedad!

Dentro de año y medio, la Alianza va a celebrar el 25.º aniversario de su fundación en el Camarín de la Virgen del Coro de San Sebastián... y, ¿aún tienen fuerza los primeros entusiasmos? ¿No le parece a V. que, si aquellos primeros entusiasmos y fervores hubieran

sido meramente naturales, impresiones y emociones de una novedad, y no gracias extraordinarias de una *vocación especial* a la santidad que Dios por medio de su Madre, iniciara en aquel sagrado recinto, a estas fechas todos aquellos entusiasmos y aquellas emociones de momento, hubiéranse disipado muy antes, o por lo menos en los primeros estallidos de la república o con el primer cañonazo de la pasada persecutoria guerra civil?

¿No vé V. que los tiempos no han sido muy propicios para que prosperase una Obra de estas condiciones?

Cuando desde el fatídico 14 de abril todo el mundo se iba *desatando*, la Alianza, que entonces estaba en pañales, seguía sus *rigorismos* y *radicalismos*, caminos de santidad.

No se tomaron en cuenta aquellas circunstancias que parecían exigir alguna tolerancia, siquiera momentánea; la Alianza siguió sus rutas impertérrita, sin torcer ni a la derecha, ni a la izquierda. Y ¿todavía piden algunos de nuestros Hermanos más tiempo de prueba, una tregua más? Y lo

que es peor, que algunos más, están ya convencidos (a éstos no les interesa la tregua) de que la Alianza, pasados los primeros entusiasmos, y pasado a mejor vida (amén) el fundador, cuando él calle y pare su pluma, la Obra se extinguirá como una lámpara de aceite.

A estos buenos Hermanos les diremos lo que hace pocas semanas, en una reunión de sacerdotes, después de una charla nuestra sobre la Alianza, dijo un Ilustre y Venerable Canónigo, dirigiéndose en pie a todos los presentes: «Yo fui de los que creen que la Alianza, en este mundo de tentación, sugestión y provocación, *totalmente de espaldas al mundo*, no era viable. Una joven totalmente de espaldas al mundo, me parecía cosa imposible. Mas, ahora, teniendo a la vista la realidad de la vida que aquí se ha descrito, con las matemáticas a la vista, ya no da lugar a duda ninguna. Yo no tengo duda ninguna sobre la Obra, y creo que tampoco ninguno de los presentes».

Así terminó aquella reunión. Y así terminamos nosotros esta consulta.

La Alianza tiene una vida difícil, pero, Dios ha dado la gracia de una vocación a ella, y las almas que la poseen, la guardan, la fomentan y la siguen, son capaces de *vivirla*.

Julio de 1948

A.

Seminator Casti Consilii

Agosto 1948

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 64
AÑO VIII

LA MIES DORADA

No hay cosa peor que el pesimismo en un «seminator casti consilii».

El mundo con sus mil malas ocasiones; el ambiente con el vértigo que irresistiblemente nos arrastra; las tres concupiscencias en asombrosa agitación; el paganismo, la herejía, el vicio carnal rompiendo las fronteras del Evangelio y envolviendo y destrozando las almas... ¿Quién se mete ahora en filigranas? Salvemos la fe, mantengamos en el ambiente un poco de temor de Dios y... que tengamos el consuelo de ver morir cristianamente a estas gentes...; con ello, mucho habremos conseguido.

¡Qué programa éste, queridos Hermanos! ¡Cómo se inutiliza el sacerdote, cuando pierde sus alas, sus altos velos, sus horizontes sacerdotales, y se estanca en un mortal pesimismo!

Y, ¡cuántos Hermanos nuestros, excelentes sacerdotes, caen en esta funesta postración y cobardía!

Nuestra afirmación

No sabemos qué fuerza podrá tener nuestra palabra, que bien cierto es la tiene poquísima por sí. Con todo nosotros, por ser ésta en la actual providencia nuestra misión, «non possumus non loqui»; afirmando, con el más recio y probado convencimiento, que es un absurdo pensar tan pobremente de las almas; que, al contrario, éste es el momento más oportuno y la ocasión más ventajosa para lanzarnos a la busca de «almas-filigranas» que Dios, en medio de este mundo glacial y tempestuoso, va dorando de modo sublime y hasta prodigioso.

El misterio de Dios con las almas, por más clásicos que desempolvemos en las bibliotecas, seguirá siempre siendo el misterio de Amor, desde el pesebre de Belén, pasando por el Calvario y el Sagrario, hasta el último día de nuestros tiempos. Y ese Dios enamorado de las almas, por medio de nuestro ministerio o sin medio ninguno sacerdotal, llama, atrae, conquista, mantiene, regala, ilustra, eleva, encumbra, une, endiosa, santifica, «quos ipse voluit», los que ama con su amor libre, misterioso y divino. Y, ¿a quién va a sorprender esto, si, según la palabra del Espíritu Santo, son muchos los llamados; y, si no son tantos los escogidos, no es por culpa de Dios, sino por culpa de las mismas almas que no quieren seguir, o por culpa nuestra sacerdotal, que no colaboramos con las almas para que éstas se animen a seguir el llamamiento?

Y aún ahora, los pocos escogidos no son tan pocos. como algunos se figuran; lo son sí, ciertamente, en comparación de los muchos llamados, pero no son tan pocos, como una joya que se encuentra, por fortuna, en el fondo de los mares.

Si así fuera, Dios mismo sería el primer frustrado, y casi no merecería la pena de haber realizado obra tan estupenda y sacrificio tan espantoso para quedarse a la postre con una conquista tan insignificante.

Digamos, pues, que también son muchos los escogidos, aunque éstos sean pocos en comparación de los llamados, que ciertamente «messis quidem multa» y que esta mies a que el Maestro se refiere, es mies dorada, «quia albae sunt ad messem». Son almas doradas, son almas escogidas; almas blancas, santas, preparadas para la siega.

Y podían ser más...

Dios llama a muchos, «multi sunt vocati»; Dios no se cansa de llamar; su Corazón se desborda lleno de amor, de misericordia. Por eso dirá un día: «vocavi et renuistis». Y su llamamiento es insistente: «Exi in vias et sepes, et compelle intrare...».

¡Oh, Hermanos queridos! Si nosotros saliéramos «ad exitus viarum» y llegáramos en nuestro gran celo al «compelle», empujándolos con nuestras exhortaciones, con nuestra oración, con nuestros

sacrificios..., creemos que, de los muchos llamados, saldrían muchos escogidos.

Decídme, si no, ¿por qué, allí donde el sacerdote, fiel a los mandatos del Padre de familias, sale, busca, llama, invita, insiste, empuja, repite las salidas y espera en las encrucijadas (confesonarios) y convida a las almas sin cansarse, «impletae sunt nuptiae»?

Si no peligrase la modestia de muchos de nuestros Hermanos, aquí saldrían, para confirmación de lo dicho, cuadros vivos y maravillosos de «Sacerdotes de la Alianza» que lloran de emoción santa y de gratitud (los hemos visto con nuestros propios ojos), al ver en torno suyo la cosecha de una mies doradísima de almas que Dios había llamado, y ellas, o porque no sabían distinguir tales llamamientos, o porque la indecisión o la cobardía las detenía, esperaban el encuentro providencial del operario del Señor.

¿Por qué siempre, o casi siempre, han de ser escogidas, más allá donde más trabaja el sacerdote, sino, porque al llamamiento de Dios debe seguir, no sólo la libre determinación del alma misma, sino también la búsqueda solícita del sacerdote?

Concluyamos, pues, a) que hay mies blanca; b) que esta mies es más abundante que lo que nosotros nos figuramos; c) que esta mies crecería muchísimo más, si nosotros, los sacerdotes, como buenos y solícitos operarios del Señor, trabajáramos en ella.

«Vocare invitatos ut venirent». Dios se encarga de invitar con su gracia especial; salgamos nosotros «pocare»; esa es nuestra misión.

«Ut impleatur domus mea».

Desde mi pueblo natal de Elduayen (Guipúzcoa), Julio de 1948.

ANTONIO AMUNDARAIN

Un cobarde

Estoy convencido de la bondad y oportunidad de la Alianza; pero yo no cuento con elementos que quieran colaborar conmigo en esta magna empresa. ¿Qué quiere V. que haga?

-En un lugar, cuyo nombre no interesa, me he encontrado con un buen párroco, a quien he abordado sobre el asunto de la Alianza.

«No tiene V. necesidad de ponderarme las hermosuras de la Alianza y su gran oportunidad en estos tiempos, nos sale diciendo; ya la conozco lo suficiente para estar convencido de su enorme importancia. Yo, créame; vivo soñando en la Alianza para bien de mi parroquia, y presiento los frutos que produciría en esta feligresía un coro de almas vírgenes.

»Pero, estoy demasiado sólo, sólo para todo. Tengo colegas (coadjutores), pero no sienten como yo de esta Obra, ni de las ya existentes en la Parroquia.

»Yo pido a Dios que me dé a mi lado un sacerdote enamorado de estas almas y de las almas que se sienten capaces de vivir su vida en ellas.

»Y, entre tanto, no creo que debo lanzarme a un seguro fracaso. Ya me dirá V. si voy equivocado».

- Pues equivocado va V., Hermano mío. Lamentable es, en verdad, el que sus buenos colegas no quieran secundar sus planes en todo lo que afecta a la elevación de espíritu cristiano en su Parroquia. Mas acaso, esta disposición de sus compañeros, obedezca a alguna de las siguientes causas:

a) A que V., como párroco, no quiera admitir ninguna sugerencia de sus hermanos y se haga inflexible y cerrado en las propias y personales apreciaciones; consecuencia de lo cual, que a V. no le satisfaga ninguna obra o trabajo sacerdotal, fuera de las que V. proponga y realice.

b) A que sus colegas desconozcan la Obra de la

Alianza y consiguientemente no les interese implantar una obra más y abrir un campo más de trabajo apostólico en la parroquia, sin ninguna perspectiva de éxito y de fruto.

c) O tal vez, y esto sí que es cosa de lamentar, a que esos buenos Hermanos no entiendan de filigranas y de delicadezas angélicas en las almas tocadas del Don de Dios.

Puesto en el peor de los casos, Vd. no debe cejar en su apostólico empeño de lanzarse a la Obra; no señor. Si Dios le ha hecho a V. la gracia de que cayese en la cuenta de esta Obra, cosa que no ha hecho a otros muchos, a V. y no a otros, pide Dios su esfuerzo para comenzar en su parroquia con ella.

Mire V ; cuando dio comienzo la Obra hace ahora 24 años, estaba yo muy solo para lanzarme a esta aventura; tan solo, que los pocos a quienes consulté, de los que podían darme luces y orientación, se inclinaron a disuadirme; y luego, renunciando a todo apoyo humano, fuíme derecho a las almas, y, cuando las almas comenzaron a vivir y dar muestras de lo que era la

Alianza, su misión, en cuadro vivo, movió a otros Hermanos a ponerse a mi lado.

Es V. párroco; no tiene necesidad de pedir permiso a sus coadjutores ni miedo a una desautorización de su Prelado, puesto que su Sr. Obispo ama, apoya y bendice la Obra. Es V. dueño de sus iniciativas, y puede madurarlas en la soledad de su despacho, de su Sagrario, y dedicarse, con plena confianza en el Señor, a reclutar, *una por una*, entre las más selectas de su feligresía, que no dejará de haber, porque hay una llamamiento apremiante de Dios, a las que vayan a ser las auténticas fundadoras de la Alianza en la parroquia.

Y le repito, que para esto no hay necesidad ninguna de ayuda y colaboración de otros sacerdotes; se basta V. solo para formar, en el secreto de su dirección confesional y después de empaparse en el espíritu de la Obra con la lectura y meditación de los libros y folletos que ella le podrá proporcionar abundantes, las primeras hermanitas aliadas de su rebaño parroquial.

Y cuando haya V. sembrado con éxito, que yo le

aseguro a V., la «semilla del casto consejo» en tres o cuatro almas, ésta será la Alianza viviente que comenzará a darse a conocer a esos buenos colegas y a otras almas que esperan.

Es un solemne disparate el que V. esté ahora esperando el momento de convencer a todos sus compañeros, para comenzar en masa y en bloque con la Alianza en su parroquia. Ni en terreno más propicio para esto ha tenido principio la Alianza hasta ahora, ni el Señor, creo yo, derrama estos dones en masa. Hoy es V. el llamado y favorecido con esta gracia, y V. es quien debe romper el fuego, haciendo uso de este don. Sepa V. y créalo, que en su parroquia, al revelar le la Obra y sus frutos en perspectiva, ha dispuesto Dios, al mismo tiempo, almas buenas y escogidas para que en ellas ejerza V. su celo y el talento recibido. Esas almas están esperando la obra sacerdotal de V. en ellas; que para eso es V. su padre y pastor, a fin de que, por su ministerio, se complete lo que el Señor intenta en cada una de ellas.

La tardanza que V. trata de justificar, es perjudicial para estas almas, y puede llegar, con

grave responsabilidad de V., a frustrarse la Obra que ahora mismo debiera estar fructificando.

Haga V. *su obra*, poca o mucha, a medida de sus fuerzas; Dios completará lo que falta, ya directamente por su gracia soberana, ya suscitando apóstoles que sigan sus pisadas.

¡Oh, Hermano mío! Si en cada parroquia, de dos o tres de cabildo, tuviésemos un párroco enamorado como V. de la Alianza, ¡qué prodigios haría Dios con la Alianza en los pueblos!

No me ponga V. ya excusas... Es V. el amo y señor en ese pueblo; tiene almas (me consta); tiene V. la bendición de Dios que le está llamando con urgencia; tiene V. la aprobación y bendición de su Prelado que verá con mucho agrado su apostolado por la Alianza. El Sagrario de su parroquia y su soledad reclaman un coro de vírgenes rodeándolo y acompañándolo...

¡Láncese, Hermano mío, láncese sin temor!

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminador Casti Consilij

Septiembre 1948

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 65
AÑO VIII

ALMAS - TRIGO

La Alianza no admite almas-paja que al exterior muestran lozanía de piedad, de solemnidad, de movimiento, de actividad; pero cuya vida interior no se traduce en trigo de buen peso.

La Alianza, como vocación especial que es, comenzando su arraigo en el invierno de la vida de purgación, entre escarchas, nieves, lluvias, vientos y tempestades, y siguiendo en la primavera de brotes de nueva vida, floración espiritual de bellas flores, creciendo con el riego continuo de la gracia por la oración y los Sacramentos y la influencia vital del sol de la divina caridad, va a la sólida madurez de una vida cristiana perfecta, fecunda y copiosa.

Esas son las almas-trigo. Esa es la mies dorada, que el Padre de familias mira con satisfacción en vísperas de mandarla segar.

Y aquí son necesarios diligentes y especiales cuidados.

¡Atención al trigo!

El trigo, cuando está maduro, los necesita mayores y más diligentes. El trigo recién nacido en el campo aguanta los rigores más duros del invierno. Ni el hielo lo congela, ni la nieve lo ahoga, ni la lluvia lo pudre, ni el huracán lo tumba. A todo resiste y todo le favorece para mejor arraigar en la tierra. El labrador apenas se ocupa de él, como no sea para echar, en días de bonanza, el abono conveniente.

La primavera, cuando cabalmente han desaparecido los rigores del invierno, es más interesante para el trigo; según sube la paja, los cuidados se hacen indispensables, el hombre sale a escardarlo, a quitar las malas hierbas; sus preocupaciones se acentúan; se teme una

granizada, una tromba de agua, un huracán de lluvias y vientos que lo podrían destrozar,

Y al llegar, la época de la madurez, cuando, entre el verde de los campos y de los montes, se señala la blancura amarillenta de los trigos, entonces el labrador apenas duerme, conjura a las nubes, a los vientos, al trueno y a la tempestad; establece vigilancia para evitar la cercanía de malhechores; pone de trecho en trecho chanchos y monigotes para asustar a los pájaros que se acercan a la heredad, y comienza a disponer y preparar los elementos, para salir en breve a la siega.

Estos cuidados que el trigo exige en la época de su madurez, los piden también las almas en los años de sus ascensiones y de su plena espiritualidad, de suerte que, cuanto más arriba estén, más cuidados han menester, como el trigo cuando más dorado está,

Un alma inocente, un alma virginal, un corazón consagrado a Dios están expuestos a un huracán de malas pasiones, a una nube de tentaciones, a un cambio de tiempo del buen sol (fervor), al cierzo y humedad del frío espiritual, al encuentro de aves de rapiña o fieras de la selva que, con capa de ovejas, son «lupi rapaces».

Vienen en esta época transformaciones interesantes y delicadas que la gracia inicia y prosigue en las almas, en las cuales el Sacerdote tiene su principal oficio sacerdotal, para completar en ellas aquello que el Espíritu Santo ha encomendado a su peculiar ministerio, del que depende, en gran parte, el adelantamiento o retroceso de las almas.

Palabras acertadísimas

Ved lo que a este propósito dice nuestro gran Patrono, el Beato Maestro Ávila: «A peso de gemidos y ofrecimiento de vida, da Dios los hijos a los que son verdaderos padres... » «y si esta agonía se pasa en engendrar, ¿qué piensa, Padre, que se pasa en los criar?...» «Pues las tentaciones, sequedades, peligros, engaños, escrúpulos, con otros mil cuentos de siniestros que toman, ¿quién los contará?»

«¡Qué vigilancia para estorbar no vengan a ellos! ¡Qué sabiduría para saberlos sacar después de entrados! ¡Paciencia para no cansarse de una y otra, y mil veces oírlos preguntar lo que ya se les ha respondido, y tornarles a decir lo que ya se les dijo! ¡Qué oración tan

continua y valerosa es menester para con Dios, rogando por ellos porque no se mueran!»

¡Qué distinta es la labor del Sacerdote con estas almas, comparada con la que ejerce con las vulgares, corrientes, que no toman para sí la invitación del Señor a las alturas de la vida espiritual! ¡Qué cuidados exigen estas almas! ¡Cuán alta mira e intención recta debe acompañar al Sacerdote!

Siendo el Espíritu Santo el primero y principal Maestro director de ellas, deber nuestro es ir de acuerdo con Él, para lo cual es menester orar y gemir, pidiendo sea la misma la luz del Espíritu que ilumina y guía a ellas y a nosotros, para que en esta luz sepamos acompañar, con nuestro esfuerzo, a la obra secreta que este divino Espíritu lleva a cabo en su interior.

No es el nuestro, es el divino y Santo Espíritu el que dora estas almas en las cumbres de la santidad, y nosotros, por salir con nuestra idea y tal vez nuestra manía, nunca hemos de extinguir la llama de aquel Espíritu que arde en ellas. ¡Cuántas santidades se han estropeado por la impericia o egoísmo de los que debieron ser maestros y guías expertos de almas!

La labor más segura y eficaz, como lo apunta el Maestro Ávila, es gemir y orar con gran insistencia por aquellas almas que Dios ha puesto a nuestro cuidado. Aquí no hay lugar a temores de equivocarse.

Luego sigue el mantener las almas en intenso fervor espiritual, llevándolas por la oración, recogimiento, intimidad de Dios en el Sagrario, presencia frecuente de su Señor, etc. Amor y ejercicio continuo de abnegación, de vencimiento y aniquilamiento del «yo», de humildad, de donación y entrega de sí mismas. Y más que todo, mantener en ellas la constancia y continuidad en el camino comenzado. Son muchas las almas que comienzan bien, pero que no concluyen su carrera por su inconstancia en seguir adelante...

Güejar (Granada) y Septiembre de 1948.

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Octubre 1948

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM.66
AÑO VIII

NUEVOS CURSOS

Para muchos de nuestros Hermanos el verano que ha terminado no habrá tenido veraneo, sino que habrá sido un curso extraordinario en sus afanes santos y apostólicos por las almas.

Algunos habrán aprovechado de él un mes o dos para dar un merecido y bien ganado descanso a su alma y a su cuerpo, recuperando nuevos bríos para nuevos afanes apostólicos en el mismo campo.

Pero el mundo, y en él muchísimos cristianos, habrán invertido gran parte de su veraneo en dar satisfacción y hartura a sus ciegos apetitos y baja sensualidad. ¡Qué afán de gozar tiene hoy el mundo! Diríase, por las trazas, que no hemos venido a este mundo más que para regalar la carne e idolatrar el barro, en vez de hollarlo con los pies.

Hay entablada una lucha entre Dios y el hombre: el hombre lo quiere convertir todo en instrumento y medio de placer, y Dios se lo vuelve en amarguísimo acíbar. Jamás hubo tanto dolor en el mundo y, no obstante, nunca con tanto afán ha buscado el hombre la felicidad material. Dios, por medio de una amarguísima experiencia, está enseñándonos la verdad de la vida temporal y su destino aquí, y nosotros, ciegos, en nuestro loco afán de querer desmentir al mismo Dios, nos lanzamos en busca de la felicidad.

¿Qué otra cosa es el veraneo de nuestros días, sino un desbordamiento del mundo, en infernal vértigo de pasiones, en busca de toda clase de goces y placeres? Y ahí, espoleados por este ambiente maldito, se nos mezclan y contagian todas las almas buenas que han

vivido los ocho meses anteriores, aborreciendo el mundo y su corrompido espíritu.

No hace veinticuatro horas que una de nuestras amadas Directoras nos escribía: «Este verano hemos perdido dos florecitas de nuestro Jardín Aliado». ¡Triste y dolorosa realidad! Y si la Alianza, a pesar de sus esfuerzos por formar y defender a estas almas, llega a perder algunas de ellas en las redes de los veraneos, ¿qué sucederá en otros sectores de la Iglesia?

¡Qué dolor! No podemos hacernos insensibles, queridos Hermanos de la Alianza, a la maldita carcajada del demonio que, gozándose con la presa que ha hecho en nuestra misma Obra, nos insulta orgulloso y provocador. Es preciso que nos organicemos en estrecha alianza y que, como ejército bien armado y ordenado, salgamos en valiente ofensiva a recuperar lo perdido y avanzar rompiendo sus frentes y conquistando nuevos campos.

Un Sacerdote de la Alianza que, en estos momentos, no haga su plan de campaña bien estudiado para el nuevo curso, no nos merece la confianza de un apóstol sincero y celoso de la Obra y de las almas que a ella queremos traer. Unos más, otros menos, todos estamos en disposición de emprender con ardor un contrataque a fondo contra ese coloso infernal y, luego, una siembra abundante del casto consejo entre las almas que no se han alejado tanto del divino aprisco.

La medalla de la Alianza que cuelga de nuestro cuello, nos debe estar recordando a cada momento, que urge grabar en las almas el triple lema de ese escudo que va en su reverso, lo cual, con insistencia amorosa, nos lo pide y solicita el divino Corazón de Cristo que parece hablarnos desde su anverso. Si, Hermanos, cada vez que lo beséis, si lo hacéis con amor, oiréis de sus labios divinos: «No sea para ti esta medalla un simple distintivo y un recuerdo de la Obra de la Alianza; sea, más bien, un continuo despertador que te recuerde tu delicada e importante misión de SEMINATOR CASTI CONSILII y un estímulo que te aguijonee y te mueva a salir muy de madrugada a la viña de tu Señor».

Ocho o nueve meses, uno tras otro, están en nuestras manos; contamos con medios más abundantes y eficaces que nunca; las leyes nos

favorecen, la Iglesia nos bendice y nos alienta. Dios nos abre todos los tesoros de su misericordia y de su amor; las mismas almas, cansadas unas de corretear en vano por el mundo, hambrientas otras y con nostalgias de Dios, de elevación y de espiritualidad, buscan la fuente de aguas vivas, no en aljibes rotos, sino en la roca viva de Cristo y de su Evangelio. ¿Cómo, pues, no vamos a dar nosotros buena cuenta de todos estos medios y no hemos de hacer todo el bien que venga a nuestro alcance?

Abramos, queridos Hermanos, un nuevo CURSO, curso de doctrina, de predicación, de dirección, de confesonario, de formación cristiana, de liturgia, etc. No bastan los cursos académicos que se abren ahora en los Seminarios y Centros de enseñanza. Bien haya todo eso para los aficionados y llamados a la investigación; a nosotros nos toca descender al terreno de la vida práctica y real, y ahí no son menos necesarios los nuevos cursos de orientación y formación de las almas.

Curso de piedad, de oración, de sacrificio, de vida eucarística y mariana para nosotros mismos, si acaso lo hemos truncado durante la época de verano, y que nos es indispensable para hacer el bien en las almas; ya en las que, fieles a Dios, nos siguen de cerca, ya también en las que, hasta ahora díscolas y errantes, balando en la soledad de sus conciencias, vienen ahora buscando un aprisco.

Un curso, Hermanos Sacerdotes de la Alianza, bien ordenado, con programa o sin él, pero fieles a un plan y constantes en su desarrollo, acometiéndolo con decisión y prosiguiéndolo con tenacidad; labor santa y apostólica que ha de coronarse con éxito glorioso al final de la jornada.

En vísperas del 25.º aniversario de su nacimiento, que la Alianza de señales de franca y exuberante vida. Lo cual, en gran parte y casi en su totalidad, depende de la labor sacerdotal de los llamados a desarrollarla.

Madrid, Octubre de 1948.

ANTONIO AMUNDARAIN

Mutua colaboración

Como complemento de lo que acabamos de decir en el trabajito que abre este número, nos urge dar, por separado, un caritativo, a la vez que necesario, toque de atención a todos.

No ignoran nuestros Hermanos que los Sacerdotes de la Alianza se clasifican en cuatro categorías con relación a su actividad y apostolado en la Obra: *Directores*, que son los primeros responsables de sus respectivos Centros; *Vicedirectores*, que suplen a aquéllos en sus ausencias o imposibilidades; *colaboradores*, que, llevados de su celo y amor a la Obra, libre y voluntariamente se ofrecen a prestar su apoyo y ayuda en todo lo referente a la formación espiritual y cultural de las hermanitas, y *simpatizantes*, que públicamente se manifiestan a favor de la alianza, saben dar la cara por ella y la defienden contra sus impugnadores.

Esto significa que en la Alianza *se quiere y se pide y se agradece* la cooperación de todo sacerdote, regular o secular, que

la ama y la entiende y siente interés y celo por su prosperidad. Y es, por lo tanto, opuesto y contrario al espíritu de esta mutua colaboración y ayuda común en todo este ministerio, el que, por ejemplo, los Directores de los Centros no quieran admitir ninguna intervención de sus colegas en la gran empresa que la Alianza está realizando desde hace 24 años.

Esto entorpece, con gran perjuicio de las almas, la prosperidad y acrecentamiento y espiritual fervor y cultivo integral de las que viven en la Obra y de las que esperan tal vez, pulsando en sus puertas.

Uno de estos Hermanos nuestros, a quien violentamente hubimos de romper el cerco en el que él se había reducido con un puñado de incondicionales, nos dijo: «Es que soy amante de los nidos, y en éste que he logrado formar se está tan bien, que me asusta el número y temía que me lo estropeasen manos extrañas».

¡Cuán equivocado andaba aquel buen Hermano, que en gloria esté!

Los Centros de la Alianza no son nidos de media docena de palominos; son, al contrario, o aspiran a serlo, grandes rebaños de numerosas y blancas ovejitas y corderos, al servicio de los cuales ha puesto Dios a los solícitos pastores que, por amor a ellos, se han alistado y asociado, ofreciéndose a dar el pasto conveniente a su vida peculiar y el cuidado y la defensa que en medio del mundo necesitan.

Y en este delicado pastoreo tienen entrada todos los Sacerdotes de la Alianza, si bien con la debida sumisión a la interior Jerarquía de la misma. Los Directores tienen la obligación, no sólo de abrirles las puertas del aprisco, sino hasta de rogarles que vengan y colaboren con los demás Hermanos en el cuidado y apacentamiento de todos nuestros rebaños.

Siendo la Alianza obra inter-parroquial, todos los sacerdotes y religiosos de la respectiva demarcación deben ser invitados a colaborar en la

Obra, una vez que, encariñados de ella, quieran ayudarnos.

Nos permitiremos una sola salvedad: la de que, entre ellos, los más capacitados y mejor enterados de la Obra sean preferidos para dar lecciones sobre la vida íntima de la Alianza, como son la explicación del Reglamento, la formación en el espíritu peculiar de la Obra, la interpretación y explanación del «Manual de Formación Aliada» y demás libros que tienen relación directa con el Reglamento.

Campo libre y ancho tienen los demás Sacerdotes de la Alianza para colaborar con su prestigio y doctrina sobre temas complementarios que la Alianza jamás ha rechazado, ni puede rechazar. El teólogo bien puede ampliar el programa de la catequística que las instructoras tienen que explicar a cada grado; el asceta y el místico encontrarán selecto auditorio entre tantas almas tocadas por el Espíritu Santo; la liturgia en la Alianza es ciencia que debe conocer toda hermanita regularmente instruida; la música sagrada, el canto religioso, el gregoriano o el polifónico y también el popular son el culto preferido de la

Alianza; asuntos misionales, pues hoy todos somos misioneros; días de retiro, pláticas de preparación a la toma de insignias, Horas Santas, Ejercicios Espirituales, etc., etc. ¿Cabe mayor extensión y variedad? Y ¿habrá Sacerdote en la Alianza que no quiera asociar a esta obra de formación integral de las hermanitas a cuantos sacerdotes se presten a colaborar con él?

Y aparte de esto..., ¿no vamos a la caza de Sacerdotes para la Alianza?, ¿no está en ellos principalmente el éxito de la Obra en los pueblos?

Modo de conquistar a un Sacerdote para la Alianza y enamorarle de ella es invitarle a dar una plática, charla, conferencia sobre un tema de libre elección.

¡Cuántos, que tenían sus dudas y antipatías, se han dado a partido, mediante este sencillísimo procedimiento!

El contacto con la Obra desvanece muchos prejuicios que sobre ella existen. El clero que a distancia juzga de una manera a la Obra, al acercarse a ella cambia completamente de opinión.

Abramos, pues, la puerta de la Alianza a todo Sacerdote que quiera interesarse por ella y ayudar a su prosperidad.

¡Fuera nidos, acotados, personalismos y pucheritos!...

Colaboremos *todos* en *todos* los Centros, en *toda* la Alianza, sumisos, eso sí, y obedientes a la Jerarquía de la Obra.

ANTONIO AMUNDARAIN.

¿La Alianza misionera?

No es que hayamos esperado a la presente ocasión, Domingo Mundial de la Propagación de la Fe, día señalado por la Iglesia para que especialmente seamos todos en él misioneros; sino que al revés, esta ocasión nos ha hecho violencia para que nosotros, que iniciamos esta especie de polémica misional en SEMINATOR CASTI CONSILII, concluyamos hoy, exponiendo clara y terminante nuestro pensamiento y el del Consejo General sobre la materia.

El cuadro del «Domund»

Ha sido sorprendente, en estos días, el caso de Madrid, (y nos parece habrá sido idéntico el que habrán visto nuestros Hermanos en sus respectivas poblaciones y lugares), que es para admirar y dar por ello gracias incesantemente a Dios.

Todo el mundo se ha lanzado a la calle con sus huchitas de barro o de metal, postulando osadamente en favor de las misiones. Y el fenómeno raro que nos ha asombrado ha sido el de que nadie, mozo o viejo, religioso o seglar, mujer u

hombre, haya dejado de soltar su perra gorda o papelito doblado.

La idea misional se ha hecho universal; nadie la ignora y a nadie le sorprende; nadie ha preguntado: ¿y eso qué es?, porque es idea popular, que todo el mundo la vive. A pesar de la importunidad de tanto «mendigo» misional, a nadie hemos visto poner mala cara; en el metro, en el tranvía, en los cafés, en el comercio, en la calle y en los portales, asediándonos niños y no niños en además postulante, echándonos al rostro la cabecita de un negrito que quiere devorar perras y billetes, y todo el mundo, sonriente y tranquilo, rebuscando incesantemente en su bolso o en su bolsillo. ¡Esto ha sido admirable!

Ya no nos sorprende lo que nos decía un buen señor: «El año pasado, solamente en Madrid, se recaudaron en este Domingo Mundial UN MILLÓN DE PESETAS».

Esto prueba que el espíritu misional, que en España siempre fue su especial

característica, ha llegado a ser hoy una obsesión, una preocupación, una verdadera *Vocación*. Todos sentimos la inquietud misional y a todos se nos enciende, como una pasión, este ardiente celo por extender el reino de Cristo a tierras de infieles.

Buena demostración de ello acaba de dar la Diócesis de Vitoria. Del seno de sus Sacerdotes, tocados del espíritu de Dios en favor de las almas, ha salido una nutrida expedición de fervientes misioneros, que van a iniciar su labor evangelizadora por tierras de América. Nobles hijos de Vasconia que dejan su rincón privilegiado y cruzan los mares para predicar el Evangelio «omni creaturae». Emulando van a sus hermanos que años y siglos atrás llevaron las mismas rutas y conquistaron el reino para Cristo, la salvación para las almas y el martirio para sí mismos.

Cunde por doquier el fervor misional, a todos ha llegado el ardor de los cruzados del Evangelio, porque el Espíritu Santo va encendiendo los corazones, y sus llamas se propagan con ímpetu por todo el orbe católico.

Qué dice la Iglesia.

En una Exhortación Pastoral que acaba de publicar en su Boletín Diocesano el Excelentísimo Sr. Patriarca de las Indias y Obispo de Madrid, dice lo siguiente:

«Existe hoy un ambiente misional, que invade todas las actividades del campo religioso y están echados los cimientos de la más completa y perfecta organización misional que tan vehementemente desea la Santa Sede. Loado sea Dios, artífice supremo de esta Obra, que así ha querido premiar nuestros desvelos por la causa de las misiones...concediéndonos el inmenso consuelo de ese floreciente resurgir religioso que por doquier se advierte. En verdad, venerables sacerdotes y amadísimos hijos, el secreto para el resurgir de Nuestra Diócesis (y de nuestra Alianza, diremos nosotros) estaba y continúa estando en trabajar con celo, con generosidad y sin egoísmo por la obra máxima de la Iglesia: la conversión del mundo infiel»...

Su Santidad Pío XI, artífice de la Acción Católica, a la que amaba como a las pupilas de sus ojos, repetidas veces

afirmó que la Acción Católica (digamos nosotros que la «Alianza en Jesús por María») nunca llegaría a ser lo que debe ser, si no es esencialmente misional, trabajando por la salvación del mundo pagano.

Es un hecho que está a la vista de todo el mundo católico y no católico; que el proselitismo misional es extraordinariamente trascendental, sumamente interesante e impetuosamente arrollador. Tal vez el haberse puesto, como nunca, en contacto tan directo y tan cercano y tan íntimo los mundos civilizados con los no civilizados, ha motivado este universal y asombroso movimiento misional; la velocidad con que se corre y con que se vive, parece haber achicado nuestro planeta; de ahí que las castas y las razas más diversas y opuestas se sientan como hermanadas, viviendo las mismas inquietudes, los mismos sentimientos y las mismas nostalgias de una misma verdad y de una misma fe.

Y como por las especiales circunstancias con que la Providencia nos ha rodeado, es hoy España una de las naciones mejor capacitadas y preparadas

para esta ingente empresa, España ha de ser la que mejor y con más entusiasmo responda a este divino llamamiento.

Y a fe que lo está haciendo magistralmente, gracias a Dios y a la incesante colaboración de los sacerdotes de ambos cleros y seglares que se mueven a sus órdenes. Apenas hay en España Institución, Religión, Congregación, Hermandad, Cofradía, Colegio o simple escuela de barrio que no pertenezca a esta general Organización misional. Todos están en movimiento y todos trabajan con extraordinario celo por ella.

Ahora bien

¿qué hace la Alianza?

La Alianza es una Obra de Dios, es una organización poderosa, es una institución que lleva en su seno elementos de gran fuerza espiritual, lo más granado de almas apostólicas, enamoradas de Dios y de las almas para Dios; su espíritu y sus fines (fines de la Alianza) van paralelos y en perfecta armonía con el espíritu misional... ¿por qué, pues, no ha de entrar a engrosar, con gente de valía, las filas de esta

magna empresa de la gloria de Dios, de la Iglesia y de las almas?

Es de justicia confesar, que muchos elementos de la Alianza son miembros activísimos en la Obra misional, no como *aliadas* sino como simples feligresas de sus respectivas Parroquias, o como miembros activos de la Acción Católica o de cualquiera organización misional... Pero hacía falta que la Alianza, como entidad e institución debidamente constituida y organizada en sus fines y en su vida, tuviese su campo de acción misional en fuerza de su propia actividad y movimiento. Estas energías propias de la Obra, enlazadas y ordenadas bajo la inspiración y dirección de su Jerarquía, (la cual, claro está, deberá estar, al mismo tiempo, en contacto con los respectivos Secretariados Misionales), podrán con muchísimo fruto desarrollarse dentro del ámbito de esa su vida y actividad.

Digamos, pues, que la «Alianza en Jesús por María» debe ser misionera:

1.º porque su espíritu y sus fines son eminentemente misionales;

2.º porque cuenta con elementos poderosos que, aunados y organizados, son una fuerza imponderable para esta magna empresa;

3.º porque la obra misional en nada perjudica a la Obra de la Alianza, antes, al contrario, la Alianza gana delante de los hombres;

4.º porque es cosa probada que la prosperidad de las obras de Dios depende de su cooperación en las obras misionales;

5.º porque apenas hay obra en la Iglesia de Dios que no sea eminentemente misional y no esté asociada a la obra misional;

6.º porque la Alianza (las hermanitas) sienten amor misional, celo por las almas y por su salvación y piden ser misioneras;

7.º porque las circunstancias actuales, la inquietud presente, las condiciones especiales de España, nos fuerzan a ser misioneros;

8.º porque Dios lo quiere, porque el Papa nos llama, porque las almas nos esperan;

9.º porque va en ello el honor y el prestigio de la Alianza.

¿Cuáles pueden ser las obras misionales de la Alianza?

Líneas de un plan

Para concretarlas sería conveniente ponerse al habla con la Dirección Nacional de las Obras Misionales Pontificias de España, como Dios mediante, lo haremos oportunamente.

Sin perjuicio de ello, séanos permitido hoy adelantar algunas de estas obras, que podrían ser preferidas por la Alianza:

A) El Domingo Misional mensual, que puede consistir en ofrecer un domingo cada mes todos los cultos públicos y los actos de piedad privados por la conversión del mundo infiel, y que podría completarse, organizando una función religiosa y un acto de propaganda misional en cada Centro de la Alianza.

B) Prestar toda la ayuda posible, en nombre de la

Alianza, a las obras misionales de la localidad, dentro de los límites que permita la Obra y sin menoscabo del espíritu y vida propias de la misma.

C) Organizar la recogida y envío de paquetes, prendas, etc., con destino a todos los Misioneros sin distinción, de acuerdo con el Secretariado Misional de cada diócesis.

D) Fomentar y *formar* en el seno de la Alianza futuras misioneras a disposición de la Iglesia, para lanzarlas, allí donde la obediencia disponga, a la conquista de las almas de infieles.

Madrid, Octubre de 1948.

ANTONIO AMUNDARAIN.

Postdata.- Mientras escribimos algo para las hermanitas sobre este importantísimo asunto, suplicamos a nuestros queridísimos Hermanos, tengan a bien darles cuenta de esta decisión que viene a señalar un rumbo más en la Obra de la «Alianza en Jesús por María».

Ejercicios Espirituales en la Alianza

La Alianza, sin salirse un ápice del método y espíritu de San Ignacio, ha adoptado un plan de Ejercicios Espirituales fijo y determinado para todos los Centros de la Obra, al que procurarán sujetarse todos los Sacerdotes, que son llamados a darlos en ella.

Para realizarlo, se han tenido en cuenta las especiales circunstancias y condiciones que asisten a estas almas.

A) La Alianza lleva en sus filas gente muy ocupada y que con dificultad saca tiempo para estos y otros actos de la Obra. De ahí que las tandas no puedan prolongarse más de *cinco días completos*, excluidas la noche de entrada en ellos y la mañana de salida.

B) Por la misma razón y por ser de suma importancia, es preciso aprovechar estas concentraciones de aliadas para hacerles convivir un par de días en el mismo lugar donde han tenido lugar los Ejercicios, en verdadera e íntima fraternidad, expansión y compenetración, respirando el propio ambiente aliado, estrechando entre sí los

lazos de unión y caridad mutua y formándose, al mismo tiempo en el genuino espíritu de la Alianza las hermanitas de los distintos lugares y comarcas.

De donde se deduce la necesidad de que todas las tandas que se den en la Alianza terminen siempre con un par de días de *Convivencia*, bien organizada y distribuida, señalándose temas de estudio, etc., conforme se indica en los arts. 26 y siguientes del Reglamento, lo cual, prácticamente, no es más que una como continuación de los mismos Ejercicios aunque más suaves y con permiso de hablar.

C) Partiendo del supuesto de que todas estas almas tienden generosamente a la vida de perfección y santidad, en las distribuciones y aplicación de materias se tendrá en cuenta la anotación del Santo (n. 4), según la cual, el Director de los Ejercicios, una vez asentado bien lo que el Santo llama Principio y Fundamento, y abreviada la primera Semana en tres o cuatro meditaciones, destacará de modo muy especial

la segunda Semana y parte de la tercera.

Y, conforme a lo dicho anteriormente, la distribución de las materias se podrá ya concretar de la manera siguiente:

Primero y segundo día: Principio y Fundamento, el pecado y alguna que otra meditación de los novísimos.

Tercero y cuarto día: Rey Temporal, Encarnación e Infancia de Jesús. Dos banderas y tres binarios, y vida pública.

Quinto día: Misterios de la Pasión.

Sexto día y siguientes de Convivencia (por la mañana): Resurrección y Ascensión del Señor.

Es norma establecida en la Alianza dedicar la última hora de cada día a la Oración silenciosa (recapitulación) ante el Señor con el Sagrario abierto, al fin de la cual se da la Bendición.

Se ruega a los Directores que nunca carguen el día con excesivo número de actos; las aliadas saben sacar partido de los tiempos libres.

EL DIRECTOR GENERAL

Seminator Casti Consilii

Enero 1949

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 68
AÑO IX

UN COMPÁS DE ESPERA

*H*ABÍAMOS concebido la idea de dedicar un extenso comentario al importantísimo «Motu proprio» del Santo Padre acerca de los Institutos Seculares, dividiéndolo en dos o tres articulillos de nuestro SEMINATOR. Nos parecía (y nos parece hoy) que el asunto merecía un reposado estudio, aplicándolo en todos sus apartados a la Obra de la Alianza, lo que a la vez hubiera resultado beneficioso para nuestros Hermanos.

Pero nos exponemos a dar un paso en falso, y que lo que tratáramos de hacer en beneficio de muchos, se convirtiera en daño y confusión de todos. Fácilmente cabría una interpretación inexacta e inadecuada del Documento Pontificio, al hacer de él y de su doctrina la aplicación a una Obra que todavía no ha pasado por el tamiz fino y riguroso de la Comisión especialmente destinada para este oficio. Sería peligrosísimo adelantar nuestro mezquino juicio al de aquellos a quienes la Iglesia ha querido encomendar esta delicadísima misión.

Hay que esperar, por lo tanto, y a su tiempo confiaremos este interesante trabajo a alguno de nuestros Hermanos que disponga de caudal para hacerlo con la debida competencia.

La Alianza tiene que encajar totalmente en el espíritu y disciplina contenidos en la Constitución «Provida Mater Ecclesia» y en los documentos complementarios, cuya aplicación corresponde a la Sagrada Congregación de Religiosos; y aunque a nosotros, por el cargo que en la Alianza ejercemos, toca fijarnos en su doctrina fundamental y en sus principios para que nuestra Obra llegue a ser reconocida como un auténtico Instituto Secular – lo cual,

afortunadamente y por providencia especial de Dios, creemos es cosa hecha desde que existe la Alianza –, mas esta labor compete a la referida Comisión, que es la llamada a examinar, artículo por artículo, todo el Reglamento de la Obra, ajustándolo, con todo rigor y exactitud, a las normas generales y especiales por las que ella ha de regirse y procurando que los apartados todos de dicho Reglamento entren de lleno por los cauces de los referidos Documentos.

Por muy ajustada y perfecta que haya podido salir nuestra Obra al cabo de los 24 años de experiencia que lleva desde que nació, no han de faltar detalles, si no sustanciales pero si de importante consideración, para que la Obra tenga necesariamente que admitir aquellas modificaciones que se le sugieran y que rendidamente ha de aceptar.

Con lo expuesto, fácilmente comprenderán nuestros amados Hermanos que una prudente y confiada espera se nos impone a todos, y a nosotros más que a ningún otro, por grande que sea la impaciencia que sentimos de verlo todo satisfactoriamente acabado.

*Por otra parte, siendo la Alianza, como en efecto lo es, eminentemente obra de Dios, sólo de Dios y de su Santísima Madre que la inspiró, debemos esperar su total realización, considerando a los hombres (por insignes que sean) como instrumentos dóciles, no más de su Voluntad Soberana. De suerte que, cuando nosotros, siguiendo al pie de la letra las normas y orientaciones de nuestros Superiores, hayamos dado fin a nuestra misión, y la Autoridad Pontificia haya dicho sobre ella la última palabra, dando gracias a Dios y a su Madre y nuestra, no nos quedará más sino besar, con santa emoción, las páginas del Reglamento definitivo de la Obra, como un nuevo regalo que **nos hace el Cielo** en favor de las almas selectas y a cuyos solícitos cuidados consagramos todos nuestros desvelos.*

Súplica urgente

Lo que llevamos dicho nos obliga a rogar a todos nuestros Hermanos:

1) Que nos ayuden con sus oraciones y sacrificios a impetrar del Señor, por intercesión de la Virgen Santísima, todas las luces y gracias especiales necesarias para que aquellos que han de intervenir en la realización de esta Obra, sean movidos y guiados (como no puede menos de ser su aspiración) por el Espíritu de Dios para su mayor

gloria, exaltación de la Iglesia y santificación de las almas, cumpliendo siempre y en todo su santísima Voluntad.

Creemos que cientos de Sacerdotes amantes y celosos de la Alianza, unidos a miles de vírgenes aliadas, en recogida y confiada oración, serán como una omnipotencia suplicante, para hacer violencia al cielo y alcanzar de su divina Majestad la consumación de la Obra en conformidad, en todo, con los designios amorosos de Dios.

A eso, con preferencia, debemos encaminar toda nuestra actividad sacerdotal en estos momentos cruciales que son en verdad momentos de Dios.

2) Que nos permitan un compás de espera, una tregua suficiente para consagrarnos totalmente a los retoques que nos pidan nuestros Superiores..., permaneciendo siempre pendientes de sus sugerencias, de sus determinaciones y de la mano de Dios. Por lo cual, fuera de lo puramente indispensable, interrumpimos la correspondencia epistolar con nuestros Hermanos y nuestra colaboración en SEMINATOR, suplicando a todos nos suplan (que lo harán con ventaja), para que normalmente siga saliendo nuestro número mensual, sin que tenga que lamentar ninguna interrupción.

¿Que con esto venimos a dar demasiada importancia al asunto, y quizás a nosotros mismos? Con Hermanos hablamos y a Hermanos abrimos el corazón, y lo queremos hacer con nobleza, sencillez y humilde confianza.

La Obra, en verdad, no es ninguna maravilla; la más modesta seguramente de cuantas hoy se mueven en el campo de la Iglesia; y eso mismo es, poco más o menos, el instrumento que ha puesto la mano en ella. Hay proporción entre la causa y el efecto. Y por eso cabalmente, si Dios quiere que sea el mismo instrumento el que haya de poner a la Obra su punto final, es natural y hasta necesario que reserve para este acto su escasísimo caudal y no desparrame en otras ocupaciones lo que Dios puso en él para este ministerio.

Ninguno de nuestros Hermanos hubiera tenido necesidad de valerse de estos recursos, porque, hecho esto, aún le sobrarían alcances para otras más importantes obras. Pero el infeliz sacerdote que un día se atrevió con ésta, tiene que recurrir a todos estos medios para poder dar decorosamente fin a su cometido.

De cabeza y con todo el corazón nos metimos, en fecha inolvidable, en el Camarín de la Santísima Virgen del Coro, bendita Madre de San Sebastián, para desde allí lanzarnos al campo, contra viento y marea, con un puñado de almas que quisieron seguirnos; y si ahora, casi a los 25 años de su aniversario, ha llegado el momento de dar cima a la Obra, a nosotros nos conviene volver al punto de partida, escondiéndonos tras el dulcísimo manto de aquella amadísima Madre (siquiera sea en espíritu) para que a Ella, que la fundó, y a ninguno más, quepa la gloria de su coronación.

En nuestro silencio haremos hablar a la MADRE. Esto harán las hijas de la Alianza; hagan también esto mismo los Sacerdotes nuestros Hermanos.

Madrid, Enero de 1949.

ANTONIO AMUNDARAIN

Importantísimo

Sin que esto signifique adelantar nuestro pobre juicio al de la Iglesia, queremos manifestar a nuestros Hermanos, los Sacerdotes de la Alianza, que nos parece muy natural el que, como uno de los puntos más interesantes de ella, nuestros Superiores vayan a exigirnos la más perfecta garantía y seguridad de la formación de las hermanitas en el espíritu auténtico de la Alianza, conforme al Reglamento y normas establecidas.

Para que la Obra ofrezca toda aquella firmeza y estabilidad en su vida peculiar, será necesario que a todas las socias se les dé una formación fundamental *uniforme y sólida*, en todos los Centros de la Obra. Si bien es verdad que la Obra va abriendo Casas de Formación con el fin de cumplir este esencial requisito, es, además, de capital importancia el que en todos los Centros, Retiros y Casas de la Alianza, tanto las Directoras y miembros de los respectivos Consejos, como los *Sacerdotes encargados*, se

preocupen seriamente de este sagrado deber para con la Obra.

Abrigamos sólidas esperanzas de que esta sección de «Sacerdotes de la Alianza» que brotó junto al altar de Santa Teresa, en aquellas jornadas sacerdotales del año 1943 en Ávila, y que desde entonces viene actuando en favor de la Obra con gran provecho de las almas, ha de causar buena impresión, cuando sea oficialmente conocida por quienes han de entender en todo lo concerniente a nuestra Obra. Mas para que dicha Sección cumpla debidamente su cometido, con las seguridades y garantías que son de rigor, es **PRECISO**:

a) que los Sacerdotes a ella pertenecientes se den cuenta de la responsabilidad que contraen al ponerse al frente de los Centros o Grupos que les encomendamos;

b) que sientan un grande amor a la Obra y lo manifiesten por medio de su ardiente celo en hacer bien a estas almas;

c) que posean los necesarios conocimientos, tanto de su Reglamento como de los demás libros de la Obra, para poder formar a estas almas en su genuino espíritu y vida de la Alianza;

d) que admitan y respeten *incondicionalmente* el criterio que, sobre la doctrina de la Obra y su aplicación, tenga y manifieste el Director General y su Consejo;

e) que estén dispuestos a secundar con todo su ardimiento sacerdotal los deseos que, sobre la *vida virginal*, señala el Santo Pontífice en el apartado VI de su **aureo** «*Motu proprio*» y el apostolado específico que «por el triunfo de la pureza» distingue a la Alianza, y ha de destacarse cada vez más.

En nuestro actual fichero figuran 680 Sacerdotes inscritos en esta Sección; gran fortuna sería la nuestra, si todos ellos vibraran al unísono con nosotros, lo cual tal vez sería pedir demasiado a todos, aun admitiendo (y no tenemos pruebas en contrario) toda su buena voluntad y todo su deseo por el bien de esta Obra, cuya simpatía les movió un día a

ofrecernos su valiosa colaboración.

Por fuerza, pues, habremos de depurar este fichero, para que no se nos aplique aquella expresión del profeta: «*Multiplicasti gentem, sed non magnificasti laetitiam*».

Razón tuvo aquel gran Obispo de Málaga, D. Manuel González, cuando por los años de 1928 ó 29 nos decía, con su proverbial sencillez y bondad: «*Esta obra más depende del sacerdote que de las mismas almas*».

Aunque con todo el cuidado y solicitud vayamos nombrando maestras e instructoras en la Obra para formar en su espíritu a las almas, con todo, el control de esta formación habrán de llevarlo siempre el Director General y los Sacerdotes que *incondicionalmente* estén a su lado y a sus órdenes.

Aquí será necesario clasificar bien los que han de ser propiamente Directores de los Centros y Grupos, y los que sólo sean colaboradores y simpatizantes, a quienes para su cometido no será necesario exigir los mismos conocimientos sobre la Obra.

Adelantamos estas ideas, para que nuestros Hermanos vayan dándose cuenta de las perspectivas que se descubren, para muy en breve cumplir todos lo que a cada uno se digne

pedir Aquel que tiene en su mano nuestros destinos sacerdotales.

EL DIRECTOR GENERAL

Seminator Casti Consilii

Marzo 1949

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 70
AÑO IX

INTER VESTIBULUM ET ALTARE...!

(Temas cuaresmales)

No puede ser una novedad para nuestros Hermanos los Sacerdotes de la Alianza, el tema que hemos escogido para este modesto artículo.

A estas horas, lo mismo que nosotros, habrán también ellos leído y ponderado el grito angustioso que el Santísimo Padre acaba de dar al mundo entero en una Exhortación Apostólica, cuyo texto insertamos a continuación.

Y, aunque la tengan leída y meditada, no creemos pecar de excesivamente molestos y pesados, al recoger en nuestro modesto boletín este doloroso grito del Padre Santo, cuyas son estas palabras: «Nos, al dirigir a todas partes del mundo nuestra mirada desde esta atalaya del Vaticano, nos sentimos invadidos por la tristeza y por la angustia, cuando percibimos que la iniquidad de los malos ha llegado a un grado de impiedad increíble y enteramente desconocido en otros tiempos».

¿No merece, Hermanos de la Alianza, una meditación seria y bien sentida esta expresión que sale de un corazón terriblemente atormentado, el de aquel Padre, que lo es de todos los hijos de la Iglesia y que se desborda en torrentes de angustia por medio de esta Exhortación Apostólica a todos ellos?

Meditemos

El PAPA, la máxima Autoridad reconocida hoy en todo el mundo, que habla con conocimiento perfecto y exacto de la gravedad del presente momento, y habla con la lengua del Espíritu Santo; sus palabras son medidas y ponderadas en su mente y en su corazón y significan lo que suenan.

Lo que en el Testamento Viejo fueron los profetas que anunciaron al pueblo sus iniquidades, es para nosotros hoy en el Nuevo Testamento el Papa que, sin necesidad de profetizar, porque están a la vista, anuncia al mundo entero sus iniquidades, y los amargos frutos, que éstas pueden acarrear a todos, si no hacemos condigna penitencia de ellas.

Acostumbrados, como estamos, a vivir entre pecadores y casi familiarizados con la visión continua de tanta maldad, respirando incesantemente el ponzoñoso ambiente del pecado, nos hemos hecho insensibles a esta corrompida sociedad del mal. Y máxime nosotros, los sacerdotes seculares y no pocos regulares, a quienes, por vocación y designios amorosos de la Providencia, nos toca rozar y sentarnos a la mesa con los despreocupados, que lo mismo nos besan la mano que blasfeman el nombre de Dios, que se sientan en espectáculos escandalosos o bailan en un cabaret, perdemos inconscientemente la sensibilidad y el sentido del mal, sobre todo, si no procuramos, mañana y tarde, afinar y espiritualizar este contacto por medio de la oración y unión constante con Dios.

La palabra pecador, pecado, iniquidad, crimen, impiedad, maldad, suenan en nuestros oídos casi como otra cualquiera palabra inofensiva. Tan hechos están el oído, la mente, el corazón, que nuestra conciencia las pasa inadvertidas, quedándose como dormida en una engañosa tranquilidad.

Si alguna vez meditamos sobre el pecado, lo hacemos mirándolo sólo como un mal personal: mis pecados, mi ofensa contra el Señor, mi alma manchada, sus consecuencias, sus frutos, sus castigos contra mí. Apenas nos ponemos a meditar el pecado en el pecador, el mal del pecador, la desgracia del pecador, las consecuencias que el pecado trae contra el pecador y contra el mundo entero, el mal de la Iglesia

SANTA, el mal de Dios, a quien el pecador ofende, insulta, desprecia, crucifica...

Nosotros y Ellos

¡Qué diferente fué la conducta de Jesús y de su Madre Santísima!

El pecado fué uno de los motivos de la Encarnación. Jesús vino al mundo en busca del pecador. Jesús es el Pastor que va tras la oveja perdida; el Padre que sale al encuentro del Hijo pródigo; el Médico que cura las llagas del pecador enfermo; el convidado que come con el fariseo y el publicano; el Mesías que espera a la Samaritana, a la Magdalena, a Zaqueo, a la adúltera, a Judas; el Salvador que viene a salvar «quod perierat»; el Redentor que pide por los pecadores, da su sangre por ellos, muere por su amor y perdona y salva a un ladrón; el que ha dicho: «Non veni vocare justos, sed peccatores».

Su Madre, a la vista de la conducta de su Hijo, es «Refugium peccatorum»; de Madre de Dios, se ha convertido en Madre de los pecadores. Cuando en carne mortal vino a Zaragoza, no vino «vocare justos, sed peccatores». La historia de sus múltiples apariciones revela su maternal misericordia por ellos. La de la Merced en Barcelona muestra su compasión por los cautivos; la de Aránzazu, en los riscos de Aloña, cuando los vascos andaban en luchas intestinas y sufrían los rigores de la justicia de Dios, se les aparece como Pacificadora; en Lourdes pide a la niña Bernardeta oración y penitencia por los pecadores; en Fátima revela que la ira de Dios está a punto de desbordarse para descargar todo su furor sobre el mundo prevaricador, y urgentemente pide oraciones y penitencia por los pecadores.

Ahora es el Pontífice de Roma quien, «desde la atalaya del Vaticano percibe que la iniquidad de los malos ha llegado a un grado de impiedad increíble y enteramente desconocido en otros tiempos».

Y si en otros tiempos, en que la iniquidad ni abundó tanto ni fué tan espantosa como ahora, Dios, por medio del Corazón Sacratísimo de Jesús y del Inmaculado de su Santísima Madre, nos ha llamado a la oración y a la penitencia por los pecadores, hoy, al grito alarmante de su Vicario, ¿qué habremos de hacer nosotros sus Sacerdotes? Hoy que parecen cumplirse fatídicamente las palabras del Apocalipsis (cap. IX-2): «Subió del pozo un humo semejante al de un grande horno, y con el

humo de este pozo quedaron oscurecidos el sol y el aire», ¿seguiremos insensiblemente regalándonos en nuestras comodidades de siempre? Ante la posibilidad de una nueva amenaza de calamidades, que nos recuerda el Sumo Pontífice en la mencionada Exhortación, nosotros, los «Sacerdotes de la Alianza», siguiendo el ejemplo del pueblo católico inglés, al que sus obispos exhortan y llaman a la oración y penitencia, por medio de ayunos, Horas Santas, santo Rosario, etc., debemos, como misión nuestra sacerdotal, secundar estos vehementísimos deseos de nuestro Santísimo Padre.

Nuestras resoluciones

Y sea nuestra primera resolución, de la que deben partir las demás, el recuerdo y la memoria incesante de los infelices pecadores y de la multitud innumerable e imponderable de pecados e iniquidades que en el mundo se cometen, de los que poquísimos cristianos hacen penitencia saludable. Que el mundo está empecatado «de un modo increíble y enteramente desconocido en otros tiempos».

*Convenzámonos de que traemos confundido el pecado, siendo **en** el único mal verdadero, con cualquier otro mal temporal que, bien mirado, ni es mal. Que así lo piensen y sientan los mundanos y así lloren sólo los males de acá, cabe explicárselo; pero que nosotros, los sacerdotes, hagamos, con visión tan escasa y humana, coro con ellos y hablemos de las guerras y del hambre y de la carestía de la vida..., y no hagamos mención del único mal, del que proceden todos los demás, es triste y lamentable. Tan escasa es nuestra fe, que no nos hace creer que sea el pecado la única causa de los males que hoy padece la humanidad. Como maldita sombra, en todas partes debiéramos ver avanzando trágicamente el monstruo del pecado.*

Si el sacerdote ha de tener compasión por el pecador, esta compasión debe ir inseparablemente unida con el odio al pecado. El único verdadero enemigo del Sacerdote es el pecado. Así como el enemigo del médico es la enfermedad, y contra ella van todos sus esfuerzos, sus estudios, sus ensayos y sus consultas, de la misma manera el enemigo del sacerdote es el pecado, y su destrucción, en cuanto sea posible, en las almas debe ser su primera preocupación.

Todo el ardor y celo sacerdotal debe dirigirse a desterrar de las almas el pecado, cuyo funesto fruto inmediato es destruir el reino de Dios en las almas. Si me siento en el confesonario, si subo al púlpito o al altar, si visito a un enfermo, si catequizo a un niño, si sufro, si me canso, si velo, si oro, si enfermo, si hago penitencia, el pecador debe ocupar lugar preferente en mi corazón sacerdotal. ¿No es esto lo que el Espíritu Santo nos dice: «Omnis pontifex... pro hominibus constituitur... ut offerat dona et sacrificia pro peccatis? ¿No vino Jesús a destruir el reino del pecado, que Satanás había implantado en el mundo desde su principio? ¿Y no somos nosotros sus ministros, enviados con la misma misión? ¡Oh, si pensáramos, como el Papa, en la desgracia del mundo pecador! Y ¿no es éste nuestro primero y principal acto sacerdotal en el ministerio que se nos ha confiado? La misma gracia del bautismo, que procuramos con nuestro primer acto sacerdotal ¿no supone la remisión del pecado original? Y en nuestro último acto sacerdotal ¿no despedimos al moribundo, perdonándole los pecados con la última absolución? ¿no es por ahí por donde aplastamos la cabeza a la serpiente, derrotamos al demonio y abrimos las puertas de la gloria a las almas? Si, pues, nosotros no pensamos en el infeliz pecador y en sus pecados ¿quién lo hará?

Pero no basta pensar

Hay que trabajar por destruir el pecado en el pecador. Para lo cual, apuntemos como medios de enorme eficacia los siguientes:

a) Un generoso ofrecimiento de todos los actos sacerdotales, lo mismo fáciles que costosos, de cada día, que tanto abundan en nuestro ministerio sacerdotal. La vida del sacerdote está cuajada de pequeños sacrificios, cuyo exacto cumplimiento, hecho con recta intención y por amor a las almas, es fuente de incalculables bienes que facilísimamente podemos ceder en favor del miserable pecador. El cumplimiento del deber, he ahí la primera fuente.

b) Sígase a esto la aceptación plena de las innumerables crucecitas que, desmenuzadas al cabo del día, nos envía el Señor, enfermedad, desgracias, persecución, reveses de fortuna, contratiempos inesperados, privaciones, molestias sin cuento de que tan llena está la vida.

Recibirlo todo con sonrisa y amor, como venido de la mano de Dios, y volverlo a poner en la misma, para que se convierta en hostia santa que inmolamos en nuestro calvario diario, con lo que, en expresión del Apóstol, completamos lo que falta a la Pasión de Jesucristo por la redención del mundo.

c) Y aún podemos y debemos hacer nuestras las apremiantes exhortaciones de la Iglesia, que son voces de Dios. Voz de Dios es, y perfectamente aplicable a estos momentos, aquel grito del profeta Joel: «Ceñíos de cilicio y llorad ¡oh, sacerdotes!; prorrumpid en tristes clamores ¡oh, ministros del altar!... Lloren entre el vestíbulo y el altar los sacerdotes, ministros del Señor, y digan: ¡Perdona, Señor, perdona a tu pueblo, y no abandones al oprobio la herencia tuya, entregándola al dominio de las naciones!...(cap. II, 17).

Es decir, que añadamos piadosamente oración y penitencia, oración y súplica, penitencia y sacrificios, unido todo al incruento Sacrificio de nuestra Misa diaria.

¡La Sangre de Cristo en el cáliz y en él la sangre de nuestra vida sacerdotal completa y santa!

Marzo, 1949.

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Abril 1949

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 71
AÑO IX

ORAR POR LA REMISIÓN DE LOS PECADOS

(Temas cuaresmales)

El poder de la oración unida a la penitencia, en favor de los pecadores y por la remisión de sus pecados, se ha hecho patente de un modo especial en la historia del pueblo escogido por Dios y de su caudillo Moisés.

Quien haya alguna vez saludado las páginas de sus libros verá evidente y palpable, por un lado la infidelidad e ingratitud incalificables de un pueblo tan prodigiosamente favorecido de Dios, que, olvidando sus misericordias y eternas bondades, cae en las supersticiones de la idolatría. Y cuando Dios, en justa cólera va a levantar su mano contra ellos, Moisés, su fiel amigo y siervo, y salvador de aquel pueblo, gime y ora por ellos sin cesar, llegándose a un forcejeo y lucha entre la divina justicia y el poder de la oración, que luego llega a vencer al mismo Dios.

Siempre que en los libros del antiguo Testamento se recuerdan las iniquidades y los pecados de aquellos pueblos, se hace también memoria de la humilde plegaria y oración de los justos, allí donde los hubo.

Repasemos algunos casos

El llanto de David por sus pecados y por los de su pueblo no necesita ninguna descripción; es tema de nuestro rezo sacerdotal diario.

Al dedicar Salomón su grandioso Templo, habla al Señor y dice: «Si tu pueblo de Israel fuere vencido...(porque pecará algún día contra Ti) y convertido hiciere penitencia, invocando tu Nombre y pidiendo perdón, tú... perdonarás el pecado de tu pueblo. Si cerrado el cielo, faltare la lluvia... por causa de los pecados del pueblo, y te suplicaren... y se convirtieren de sus pecados..., escúchalos ¡oh Señor!» (2 Par.7.24).

El Sacerdote de Dios, Esdras, hace al Señor esta oración: «Desde los días de nuestros padres y, además, nosotros mismos hemos pecado gravemente hasta este día, y por nuestras iniquidades hemos sido abandonados...

Y ahora ¡oh, Dios nuestro! ¿qué diremos después de tales cosas? Nosotros que hemos despreciado de nuevo vuestros mandamientos...Y después de todos los desastres que han caído sobre nosotros por nuestras pésimas obras y por nuestro gran pecado, tú ¡oh Dios nuestro! nos has librado de la pena de nuestra iniquidad, y nos has salvado..., con la condición de que no volvamos atrás, ni violemos tus mandamientos...» (Esdr.9, 7).

Y Tobías ora de esta manera: «En gemidos y con lágrimas, diciendo: Justo eres, Señor, y justos son todos tus juicios...Ahora, pues, Señor, acuérdate de mí, y no tomes venganza de mis pecados... porque no obedecimos a tus mandamientos, por eso hemos sido saqueados... Grandes son...y terribles tus juicios, porque nosotros no ponemos en obra tus preceptos. Y ahora, Señor, haz de mí lo que fuere de tu agrado...» (Tob.3, 1).

Judit...«entró en su oratorio, y vistiéndose de cilicio, esparció ceniza sobre su cabeza y postrada ante el Señor, clamaba a Él diciendo: Señor, Dios de mi padre Simeón, ...socorre, te suplico, ¡oh Señor! a esta viuda...Y todo el concurso en grandes llantos y alaridos estuvieron clamando a Dios...: Hemos pecado nosotros y nuestros padres; hemos sido malos, hemos cometido mil maldades. Tú, Señor, pues eres piadoso, ten misericordia de nosotros o, a lo menos, castiga tú mismo nuestros delitos; mas no quieras abandonar en poder de un pueblo que no te conoce, a los que te honran y te reconocen por su Dios». (Jud.7, 9).

La reina Ester, aterrada por el inminente peligro, recurrió al Señor: Depuestas sus vestiduras reales, tomó un traje propio del tiempo de llanto y de luto..., cubrió su cabeza de ceniza y de basura y mortificó su cuerpo con ayunos, se arrancaba y esparcía sus cabellos por los sitios donde antes acostumbraba a divertirse. Y hacía oración al Señor: ¡Oh Señor mío! Socórreme en el desamparo en que me hallo... Nosotros pecamos en tu presencia y por eso nos has entregado en manos de nuestros enemigos, porque hemos adorado sus dioses; justo eres, oh, Señor... Acuérdate, Señor, de nosotros... en el tiempo de nuestra tribulación... y libranos con tu mano poderosa... escucha las voces de aquellos que no tienen otra esperanza sino en ti, sálvanos de las manos de los malvados...» (Ester, 14).

¿Quién no ha oído, rezado y cantado el «Parce mihi, Domine...» del santo Job, cuando, rayendo sus carnes podridas con un ladrillo, confesaba el pecado a Dios?

Voces de los profetas

Isaías, el profeta de las amenazas de Dios, después de declarar la ira de Dios contra las naciones y los pueblos, dice: «Mirad, que no se ha encogido la mano del Señor, para que ella no pueda salvar; ni se han estúpido sus oídos, para no poder oír vuestros clamores; sino que vuestras iniquidades han puesto un muro de separación entre vosotros y vuestro Dios...; vuestros pecados le han hecho volver su rostro... para no escucharos...» (Is 59).

El pueblo confiese su pecado: «Por eso se alejó de nosotros el juicio recto...; esperamos la luz y he aquí que nos hallamos en las tinieblas... es que nuestras maldades, ¡Oh, Señor!, se han multiplicado en tu presencia, permanecen en nosotros nuestras iniquidades y conocemos bien nuestros crímenes. Pecado hemos y mentido contra el Señor, y hemos vuelto las espaldas por no seguir a nuestro Dios... Y vió esto el Señor... y que no quedaba hombre de bien; y se pasmó de no encontrar quien se pusiese de por medio... ¡Levántate, oh Jerusalén! recibe la luz...».

Pasemos por alto a Jeremías, el profeta de los lamentos, de los gemidos y de los llantos...

Y habla Daniel: «Justos fueron tus juicios (Señor), según los cuales hiciste recaer todas estas cosas sobre nosotros... enviaste todas estas cosas por causa de nuestros pecados. Puesto que nosotros hemos pecado y obrado inicivamente, apostatando de ti... sin querer atender a tus preceptos. Todo cuanto, pues, has enviado sobre nosotros... justísimamente lo has hecho... Rogámoste, Señor, que, por amor de tu Nombre, no nos abandones...» (Dan. 3, 28).

Oseas y Joel se enfrentan directamente con los Sacerdotes, descubriendo y poniendo a su vista sus iniquidades, e invitándoles a la penitencia y a la oración en cilicio y ayuno y ceniza.

Y hablaríamos de Ninive que hace penitencia y es perdonado, y de Babilonia que no hace penitencia y es destruida; hablaríamos de Jerusalén que crucifica a su Dios y que, porque no hace penitencia, es destruida, y de los Macabeos que ponen toda su fe y confianza en Dios y son protegidos y salen victoriosos.

En los mismos umbrales del Nuevo Testamento aparece un hombre austero y penitente, predicando el bautismo de penitencia por las riberas del Jordán «in remissionem peccatorum».

Cristo nuestro Señor desde su cuna hasta el Calvario y hasta el fin de los tiempos es Hostia por los pecados del mundo.

La Iglesia, a través de su admirable liturgia, nos exhorta y nos ayuda con acentos y suspiros divinamente inspirados a una continua compunción del corazón y plegaria ferviente «in remissionem peccatorum».

¿Qué más...?

¡Oh...! Que la historia ha cambiado completamente del Calvario acá. A lo largo de veinte siglos de Cristianismo.

Un pueblo santificado por la Sangre de Jesucristo y ungido por el Espíritu Santo, vive de espaldas a Dios; Cristo llorando en la soledad de un perpetuo Getsemaní, el pecado cubriendo de inmundicia la tierra regada por los sudores del Redentor, el hombre insolente e ingrato atando las manos a su Dios para que no nos bendiga, y todo el mundo sumido en tinieblas y caminando al abismo en un grado de

impiedad increíble y enteramente desconocido en otros tiempos. (Pío XII).

El Sagrado Corazón de Jesús revelando a su confidente Santa Margarita María de Alacoque las amarguras de su divino Corazón, la ingratitud de los hombres y la necesidad de la oración, de la penitencia y de la reparación.

La Santísima Virgen en su gruta de Lourdes, pidiendo oraciones y penitencia a una angelical niña y repitiendo hoy al mundo con insistente urgencia, desde Fátima, la misma queja y el mismo mensaje.

La justicia de Dios volcándose sobre los pueblos en guerras sangrientas y crueles, la peste asolando a los pueblos, el hambre y la miseria depauperando y aniquilando la vida, la sequía pertinaz abrasando y esterilizando la tierra.

El Papa con mortales angustias, dando voces a sus hijos desde la atalaya del Vaticano...

Y el hombre, ¡y esto es lo asombroso!, el hombre, a la vista de este trágico cuadro, insensible, incrédulo, despreocupado, impío, rechazando y negando la soberanía, el poder, la justicia y la providencia de Dios; el hombre que no ora, ni llora, ni piensa en su desgracia, ni reconoce su pecado, ni lo confiesa, ni hace penitencia de él, sino que ríe, canta, se divierte, goza cuanto puede, peca e insulta y escupe a su Dios.

¿Hay exageración en todo esto, Hermanos queridos?

¡No exageramos!

Si desde los tiempos del diluvio universal no ha existido en el mundo tanta calamidad y tanta maldad y tanta iniquidad, ¿cómo se explica hoy entre los cristianos, los amigos de Dios, esta asombrosa insensibilidad y despreocupación? ¿No obedecerá esto quizás a la plaga espantosa del ateísmo, cuya influencia perniciosísima, como dice el Santo Pontífice, ha llegado a envenenar los hogares santificados por la gracia del Sacramento? ¿Acaso algunos de vosotros ha oído decir, que los males que la humanidad padece hoy, son castigos que Dios envía al mundo por sus increíbles pecados? ¿Cuántos son los periódicos o revistas católicas en que se ha dicho que el azote con que

Dios nos flagela es porque el mundo está empecatado y que nadie se acuerda de llorarlo y hacer penitencia de él?

Algunos pueblos han pedido rogativas públicas, para que Dios o la Virgen, su Patrona, les alcance la lluvia y se salve la cosecha ¿Conocéis alguno que haya pedido ROGATIVAS para alcanzar de Dios misericordia y perdón de los pecados? ¿Hase visto en estos tiempos algún pueblo que, solemne y públicamente, haya hecho el propósito de evitar y desterrar el pecado, el escándalo y las ocasiones de escándalo?

Allá, cuando el azote de Dios se cernía sangriento sobre España, hubo Rosarios, Letanías, Via-crucis de penitencia por las calles de nuestros pueblos. Pero, apenas Dios envainó su espada, lo hemos olvidado todo y hemos levantado nuevos altares a todos los ídolos de nuestras pasiones.

¿Por qué no se organizan ahora, como entonces, oraciones públicas «in remissionem peccatorum?» ¿Es que hace falta ver descargarse sobre nuestras cabezas el castigo, para ver y sentir el pecado? ¿No basta la voz angustiosa del Santo Padre?

Escuchad estas sus interesantes palabras: «Para excitar con más ardor el amor a la religión y poner un dique y un remedio a la criminal impiedad de los enemigos de Dios, que son la lacra de nuestro siglo, tenemos un arma poderosísima... ¿Qué es lo que no se puede alcanzar por medio de la plegaria? ¿Qué hay imposible para la ORACION que eleve, en nombre de Jesucristo, un alma inocente o penitente que esté fortalecida por la confianza y acompañada por el cortejo de buenas obras?».

La oración, es, pues, la que ha de salvar al mundo.

Madrid, marzo 1949

ANTONIO AMUNDARAIN

Algo más grave

En nuestro fondo precedente hemos intentado probar el contraste que existe entre el pueblo que vivió al otro lado del Calvario, el cual sabía reconocer su pecado y la justicia de Dios que lo castigaba y la misericordia que se manifestaba por la fuerza de la oración y la penitencia, y el pueblo que está a este lado del Calvario, que ni reconoce su pecado, ni la justicia de Dios que lo castiga, ni la necesidad de la misericordia que se alcanza por la oración y la penitencia.

Parece es fruto del *ateísmo*, que trágica e insensiblemente se nos está inoculando esta insensibilidad con que las gentes miran el pecado, la no intervención, y aún más, la negación rotunda de la justicia y del poder de Dios en los males que la humanidad está sufriendo, atribuyéndolo todo al frío *destino*, a la fatalidad, a la atmósfera, a la mala suerte que nos ha cabido a todos los desgraciados, cuyas consecuencias no se remedian con rogativas y penitencias de los beatos y de las beatas.

Mas, con ser gravísimo este mal, existe otro peor que quisiéramos descubrirnos en este pequeño artículo.

* * *

De algún modo puede explicarse el que el mundo, entre revueltas y agitaciones y mezclas de todas las castas y razas, se haya paganizado, y que sus costumbres (paganas por los cuatro costados) sean la norma de vida para la inmensa mayoría de los hombres y de las mujeres modernos.

Lo que no se explica tan fácilmente es que nosotros, los íntimos de Dios, hayamos caído en la misma red.

¿Creemos en el pecado, en su gravedad y en lo que ofende a Dios? ¿Creemos que todos los males y calamidades del mundo son «fructus peccati»? ¿Creemos que Dios, aunque «patiens quia aeternus», tiene su hora, y que esa hora llega y se cumple inexorablemente? ¿Creemos que la ira de Dios se está derramando en estos momentos sobre la tierra, allá y acá? ¿Creemos que los llamados a que «cesset jam manus Domini»

somos nosotros sus amigos? ¿Creemos, en fin, que Dios oye la oración unida a la penitencia, envaina su espada y extiende la mano de su misericordia?

Gravísimo mal sería el que no lo creyésemos; pero aún más grave nos parece que, creyéndolo, permanezcamos en una insensible modorra, como si ninguna gravedad tuviesen las *infinitas* iniquidades del mundo y los amargos frutos que de ellas nos pueden venir.

Si como mal de Dios, ofensa a su Majestad, ingratitud a su amor, desprecio a su ley, abuso de sus Sacramentos y de su Sangre, no nos importa el pecado de los individuos y de las naciones, por lo menos, como mal nuestro personalísimo, mal para nuestra alma, mal para nuestro sacerdocio, mal para nuestro bienestar material, debería importarnos y preocuparnos el pecado para movernos a llorarlo, a evitarlo, a perseguirlo, a destruirlo con nuestra oración, con nuestro sacrificio y con nuestra penitencia.

Mucho valía la oración de Moisés, de Tobías, de Daniel, de Elías, de Zacarías, de Judit, de Ester, de Margarita, de Teresita; pero ¿ha de valer menos la oración del Sacerdote del Nuevo Testamento? Nosotros, unidos al Sumo Sacerdote, Cristo Jesús, y nuestra oración y nuestro sacrificio unidos a su oración y a su sacrificio, ¿valdrán menos que la plegaria y la penitencia de aquellos santos varones y santas mujeres?

¡Oh...! Si todos los Sacerdotes del mundo, todas las Religiosas y todas las almas consagradas a Dios, en una ferviente y confiada cruzada de oración y penitencia, nos uniéramos en Cristo, con Cristo y por Cristo, haciendo a Dios, por la remisión de los pecados y conversión de los pecadores, la ofrenda de nuestras personas y de nuestras obras satisfactorias, llegaríamos (permitidnos la exageración) a cerrar las puertas del infierno.

* * *

Ya antes que estas pobrísimas cuartillas lleguen a las manos de nuestros queridos colegas, todos ellos habrán celebrado, con verdadera emoción y santísimo fervor, la segunda Misa del Domingo de Pasión «in remissionem peccatorum». La Sangre redentora de Cristo Nuestro Señor habrá regado toda la tierra, del uno al otro confín, clamando,

como en el monte Calvario, misericordia y perdón por los que viven crucificando de nuevo a su amantísimo Salvador.

¡Acontecimiento sublime, extraordinariamente grande y único en la historia de la Iglesia (nosotros no lo hemos oído ni leído) desde aquel Viernes Santo en que el divino Sacrificio del Calvario alcanzó y abarcó toda la tierra y todos los siglos! ¡Acontecimiento en el que todos los Sacerdotes del mundo han levantado hacia el Cielo la Sagrada Víctima, y «per Ipsum et cum Ipso et in Ipso», tributando gloria y honor, han pedido a Dios Santo y Justo la remisión de los pecados del mundo!

Este acontecimiento nos abre, queridos Hermanos, un nuevo camino y un medio poderoso para impetrar en favor de los pecadores la gracia más importante y necesaria para sus almas: la remisión de sus pecados.

¿Quién de nosotros, siempre y cuando lo permitan las rúbricas, no puede escoger, entre las misas votivas, ésta que hemos celebrado? Y, aunque la primera intención sea a favor de quien nos dió el estipendio, ¿Quién no podrá colocar el primero de todos sus mementos, la petición ferviente por la remisión de los pecados?

Es más; en nuestro ministerio sacerdotal ¿será cosa difícil recomendar esto mismo desde el púlpito y en el confesonario, para que las almas se acostumbren a aplicar misas por tan transcendentalísima intención?

* * *

Hace pocas semanas una señora nos alargaba un sobre con *cinco mil* pesetas, diciendo: «Tenga la caridad de repartir entre sacerdotes amigos suyos estos estipendios de 15 pesetas para que celebren Misas en sufragio de las almas del Purgatorio».

Y discurríamos nosotros; bien está que las benditas ánimas tengan este dulcísimo alivio, aunque su salvación está perfectamente asegurada; mas, ¿no sería mayor y más urgente beneficio aplicar todas esas Misas por aquellas otras almas que están a punto de caer en el profundo del infierno, en donde, una vez allí, ya no les valen ni misas ni sufragios?

- Señora, con los estipendios de sus *cinco mil* pesetas, ¿sabe Vd. las almas que podría librar, no del purgatorio, sino del infierno?

No hay testamento, ni legado, ni manda piadosa, donde no se consignen un buen número de misas por las benditas ánimas. ¡Bien, muy bien está! Pero todavía no hemos visto ni manda, ni legado, ni testamento donde alguien haya tenido la buena ocurrencia de consignar unos cuantos estipendios por la conversión de los pecadores. ¿La causa? Porque nosotros, los sacerdotes, somos los primeros en descuidar este importantísimo recuerdo y *sacerdotalísimo* deber.

Si nosotros no se lo recordamos a las personas que nos consultan, cuando tratan de hacer su testamento, ¿cómo ellas van a tener memoria de este detalle?

Somos sacerdotes por las almas; tanto por las que están en gracia y avanzan hacia las cumbres, como por las que están en pecado y avanzan hacia el abismo.

«Que el Año Santo (dice el Santo Padre) sea para todos un año de purificación y de santificación, de vida interior y reparación; el año de *gran arrepentimiento* y de *perdón*».

Hagamos que lo sea...

Marzo de 1949.

ANTONIO AMUNDARAIN.

Seminator Casti Consilii

Mayo 1949

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 72
AÑO IX

CONFIRMANDO LO DICHO

¡Horrible sacrilegio!

Por una de esas providencias que casi con la mano se tocan, hemos coincidido en Sevilla, durante nuestra estancia en aquella capital andaluza, los mismos días en los cuales se ha perpetrado, en uno de los pueblos de la Archidiócesis, un horrendo sacrilegio que ha dejado consternadas a todas las almas cristianas delicadas, sensibles y finas.

Algodonales es el pueblo, en las inmediaciones de Ronda, por las serranías, pueblo de reducido vecindario, regentado por un sacerdote ejemplar y modelo de sacerdotes celosos, piadosos y eucarísticos, ante cuyo Sagrario ardían regularmente quince lámparas de aceite, lo que revela el espíritu eminentemente eucarístico de sus feligreses, que muestran estar profundamente formados en la fe y devoción del gran Sacramento y contagiados santamente por el fervor y amor que se desborda del corazón de su buen Párroco y Pastor. Este pueblo precisamente ha sido víctima del más doloroso atropello.

La noche del Domingo de Ramos, día en que el pueblo cristiano entra piadosamente a contemplar, en santo silencio y recogimiento a que a todos convida la liturgia severa de la Iglesia, los misterios de nuestra santa Redención, unos desgraciados, hombres perversos y desalmados, no por la codicia de oro y plata, sino por odio satánico a Jesús Sacramentado, han violentado el Sagrario de aquella Parroquia y, dejando el copón vacío sobre la mesa del altar, han robado todas las Hostias Consagradas que contenía

Fácil es comprender el profundo dolor de aquel pueblo que día y noche velaba ante su Dios Sacramentado por medio de aquellas quince lámparas, alimentadas por su fe y por su amor, y el de su bendito Cura que llora la impía profanación que se ha perpetrado en su iglesia ¡¡con Hostias consagradas por él!!

El Eminentísimo Cardenal Arzobispo de la Archidiócesis y especial Padre de aquel pueblo recibió, al día siguiente de haber ocurrido este triste suceso, la visita de su humilde sacerdote que, llorando y temblando de dolor, le hizo el relato fiel y escueto del horrible sacrilegio... Y al otro día, la prensa de Sevilla publicaba una conmovedora Exhortación de su Arzobispo, invitando a toda la Archidiócesis a convertir el Jueves Santo en día de reparación y desagravio, porque, imitando la felonía del desgraciado apóstol Judas, unos hombres desventurados y despiadados, a los veinte siglos cabales, habían querido renovar aquella dolorosísima traición.

Y en efecto, uno de los actos más piadosamente solemnes y concurridos de la tarde de aquel santo día fué la Hora Santa que Su Eminencia el Cardenal predicó ante el Sagrado Monumento de la Catedral, alternando con devotísimos y preciosos motetes que cantó el coro de Seminaristas de la ciudad.

¿Dónde está su origen?

De las conmovedoras palabras del piadosísimo Cardenal dedujimos que este tristísimo suceso era una dolorosa confirmación de todo lo que el Santo Padre, Pío XII, ha dicho al mundo católico en su memorable Exhortación Apostólica, recientemente publicada y que ya conocen nuestros Hermanos: de que las sectas tenebrosas, y, a su lado, todos los hombres de corazón desviado, pervertido y corrompido, añaden a la negación total de la revelación y de la autoridad de la Iglesia, el odio satánico a Dios y a sus misterios divinos y venerandos.

El ateísmo y los hombres corrompidos que caminan a su lado, no pueden disimular la perversión de sus almas, ni sobreponerse a la terrible inquietud y espanto que produce en sus atormentadas conciencias el gemido misterioso y lastimero que de su presencia real eucarística está exhalando Jesús Sacramentado desde el fondo de los Sagrarios.

No es sólo el deseo criminal de querer atormentar la conciencia y el corazón de los que creemos en Cristo Sacramentado y le amamos, es también el impotente afán de querer destruir el dulcísimo reinado del Señor en nuestros Sagrarios y en nuestros corazones, que son otros tantos templos eucarísticos.

La réplica

a estos infernales intentos está, en que nosotros, los escogidos para perpetuar en la Iglesia la presencia y la vida de ese Dios odiado y perseguido, nos demos más a Él, nos entreguemos más, nos unamos más y le amemos más: fomentando su culto, su adoración, su reparación, su acercamiento, su intimidad, su confianza y su amor en las almas; y prediquemos, como en sus buenos tiempos lo hizo nuestro gran Patrono, el B. Juan de Ávila, la doctrina teológico-ascética de la Eucaristía, aficionando a las almas a esta divina fuente de vida y santidad.

Cuando el infierno ha puesto con preferencia, como blanco de sus más enconados odios, el divino Sacramento de nuestros altares, señal es que la vida del cristianismo tiene sus raíces, su fundamento y su verdadera fuente en la participación de este celestial manjar. Del enemigo la lección.

Contra sus intentos infernales por destronarlo, sean nuestros afanes y celo por extender su dulcísimo reino; contra sus profanaciones, nuestra adoración diaria y nocturna; contra sus sacrilegios, nuestras reparaciones y desagravios; contra sus negaciones, nuestra fe, y contra su odio nuestro amor.

Los Sacerdotes, cuyo altísimo poder es el de «encarnarle» de nuevo en los altares, debemos ser los primeros en inflamar a los pueblos en estos divinos ardores. Esas quince lámparas que arden ante aquel Sagrario profanado, y que ahora el pueblo de Algodonales seguramente duplicará, revelan la luz de la fe en que su buen Sacerdote ha iluminado aquellas almas, el amor en que las ha inflamado y la devoción y la piedad en que viven caldeadas.

La fe contra el ateísmo, el amor contra el odio y la adoración y culto eucarístico contra la impiedad, el desprecio, la blasfemia y el olvido de los hombres ha de ser lo que fomentemos nosotros entre las

almas, máxime entre las que entienden de desagravios, fidelidades y amores.

La Alianza en su puesto

La Alianza es obra eminentemente eucarística, y mira, por su especial constitución y fines, al culto, adoración, reparación, compañía, intimidad y amor de nuestro Dios Sacramentado, preferentemente en la soledad de los templos más descuidados y menos frecuentados.

Cabalmente, uno de los afanes más vehementes de la Alianza es que no haya en el mundo entero un Sagrario abandonado, sino que todos se parezcan al más regalado del más piadoso y eucarístico Convento.

Y esto, no sólo por lo que toca al cuidado material, al ornato exterior y aseo de los Sagrarios, sino más bien y mejor, en lo que se refiere a la dulcísima compañía y consoladora y amorosa intimidad que las almas virginales hacen y deben hacer a tan abandonado Señor.

Hermanos, «Sacerdotes de la Alianza»: al lado de la devoción a la Virgen Santísima, que debe ser nuestra devoción preferida en la Alianza, encendamos en nosotros y en nuestras hijas el amor más encendido que quepa en sus corazones hacia el divino Sacramento.

Magnífica obra de culto eucarístico es la Adoración Nocturna, que hasta el presente sólo hombres han practicado, y que hoy comienza a extenderse entre las mujeres cristianas.

Todo lo que sea fomentar y vivir la vida de la Eucaristía es obra eminentemente aliada, ya porque sin ella no se concibe un alma consagrada a Dios por la virginidad en el mundo; ya porque, de todo su apostolado, el más acariciado desde su fundación es el de que la Alianza sea la alegría virginal en la soledad de los Sagrarios.

Buena obra y muy necesaria harán nuestros Hermanos, al fijar su atención en este consolador movimiento eucarístico. Ejemplo que imitar nos acaba de dar el celoso Párroco de Algodonales, a quien el doloroso suceso que comentamos servirá de estímulo para seguir trabajando con redoblado celo por el mismo ideal.

¡Que el Señor nos haga sentir los mismos ardores!

Madrid, Mayo de 1949.

Jornadas Sacerdotales de la Alianza

Es hora de que demos a nuestros amados Hermanos, «Sacerdotes de la Alianza» alguna noticia sobre los actos sacerdotales que hemos acordado para el presente año de 1949.

Seguimos con la esperanza de que, antes de la fecha en que estos nuestros actos se lleven a efecto, la Alianza habrá fijado su estado definitivo, con arreglo a las normas y orientaciones que ya ha dado la Iglesia sobre los Instituto Seculares en general, y las que en particular y en concreto espera recibir.

Nuestra *invitación* se dirige en especial a aquellos «Sacerdotes de la Alianza» que, amando entrañablemente a la Obra, quieren ser apóstoles *convencidos e incondicionales* de ella.

La Alianza, para afianzarse en su genuino, auténtico y único espíritu y vida, necesitará siempre de la acción directa del magisterio de aquellos que el Espíritu Santo ha constituido doctores y maestros de la verdad en la Iglesia, los cuales, con plena garantía y seguridad, se encarguen de encaminar a las almas por sus diferentes y peculiares formas y caminos. Este magisterio en la Alianza exige hombres que, llevados de un gran entusiasmo y amor a la Obra y a las almas que la integran, quieran sinceramente formarse en la doctrina de la Obra, en absoluta armonía y unión con la Cabeza, a fin de llevar esta formación, con la más perfecta unidad de inteligencia y criterio, a todas las almas de la Alianza.

Una tanda de Ejercicios Espirituales servirá de base y de estímulo para todo lo demás que hemos de tratar y resolver con la gracia de Dios.

Siquiera dos días completos de Convivencia ¡qué menos! será preciso dedicar intensamente al estudio sobre el modo de aplicar a la Obra de la Alianza toda la doctrina que el Santísimo Padre, Pío XII, ha fijado en la Constitución *Provida Mater Ecclesia* y en el *Motu Proprio* para los Institutos Seculares en general y aquellas normas y orientaciones que la Comisión especial particularmente ha de señalar a la Alianza.

Los temas y los encargados de su estudio y exposición se anunciarán oportunamente.

A fin de que todos los «Sacerdotes de la Alianza» de España tengan conveniente acceso, con idéntico sacrificio todos, se ha escogido para estos actos la Capital de España. Una Casa de Ejercicios amplia, despejada, con campo y jardines, en los arrabales de *Madrid*, que dirigen las Damas Apostólicas en Chamartín de la Rosa.

La época en que más sacerdotes están libres y desocupados (no faltará algún ocupado) nos ha parecido será desde el día 9 de Septiembre por la noche hasta el 17 por la mañana. En otro número publicaremos los demás pormenores.

Los avisos *exclusivamente* deben dirigirse a estas señas: «Jornadas Sacerdotales de A.J.M.», San Agustín, 20 pral. Izquierda, MADRID.

EL DIRECTOR GENERAL.

Seminator Casti Consilii

Junio 1949

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 73
AÑO IX

PASCITE

La mayoría de los Sacerdotes no tenemos vacaciones; el ministerio de las almas no admite interrupciones y la misión sacerdotal no pierde oportunidad en ninguna época del año; las almas reclaman nuestros servicios en todos los momentos y en todas las circunstancias.

Caben cambios de situación y de postura, cambios de armas de combate y de acción directa o indirecta en nuestro apostolado; pero nuestra ocupación en el campo del Padre de familia es indispensable y necesaria en toda época del año.

Es que el enemigo no se toma nunca vacaciones; en su infernal tenacidad, vive siempre con las armas al brazo y el lazo en la mano, contra el cual es de todo punto indispensable vivir alerta, como lo hace el buen pastor que de veras ama a sus ovejas; y que de día y de noche vive alerta y no pierde de vista a su amado rebaño.

Y las almas que se nos han encomendado ¿no merecen los cuidados que exigen las pobres ovejitas de un rebaño? ¿Vamos a ser nosotros menos diligentes con nuestras ovejas, que lo son con las suyas los pastores de nuestros montes? ¿no valen acaso bastante más las nuestras que las suyas?

Nuestras ovejas

«Pasce oves meas», nos ha dicho el divino Pastor, al encomendarnos parte de su escogido rebaño, sobre las cuales nos otorgó potestades, atribuciones, y deberes, a fin de que ejerciésemos digna y provechosamente el ministerio sacerdotal con ellas, para su guarda, sustento, prosperidad, crecimiento, salvación y gloria.

«Bonus pastor dat animam suam pro ovibus suis». He ahí el secreto. Un buen pastor de almas comienza por amar a sus ovejas. Lo

que se ama, difícilmente se olvida, y lo que no se olvida, no se abandona por cualquier motivo fútil e impertinente.

El pastor que vive encariñado con sus ovejas fácilmente, deja la sociedad de los hombres para retirarse a la soledad de las montañas y vivir en la dulce sociedad de sus amadas ovejas; para él no hay otra sociedad, la de sus ovejas le basta y le hace feliz, vive con ellas, juega con ellas, come y descansa entre ellas sus cencerradas y balidos son la música que más le recrea y satisface, una misérrima cabaña es todo su palacio, en torno a la cual acampa con su querido rebaño en las horas de la noche o de la tempestad.

El pastor no tiene más que un amor, y todo él se satisface, hasta desbordarse, en compañía de su amada grey. La política de las naciones, las intrigas de los ambiciosos, las envidias de los poderosos, las rencillas de los vecinos, no le ocupan, ni existen para él. Las comodidades de los ricos, la mesa de los golosos, las alegrías de las tertulias, los placeres de los espectáculos, la compañía de buenos amigos y hasta las dulces armonías de su propio hogar... todo lo ha sacrificado «pro ovibus suis». El panorama de la naturaleza, que abarca como nadie desde las cumbres de los montes, es su diario y tranquilo espectáculo; desde aquellas alturas contempla y compadece el vértigo de las gentes que se hacinan en las grandes urbes, y él, dueño de los campos y del espacio recostado sobre el cayado y acariciando a su inseparable mastín, sueña en la blanca familia que saldrá muy de mañana de su aprisco y, con la puesta del sol, que volverá para regalar su rica leche al vigilante Pastor.

¡Oh, si nosotros supiéramos sacrificar así todo lo que es ajeno a nuestro ministerio sacerdotal! ¿Cuándo, Hermanos queridos, cuándo nos vamos a ocupar de lo que esencialmente es ministerio de las almas? «¡Anlmalia Dei pascimus!» «¡Pascite qui in vobis est gregeml...»

Dios y las almas

El sacerdote está consagrado totalmente al servicio de Dios y de las almas. Si el cáliz consagrado no tiene otra aplicación que el Santo Sacrificio, y sólo debe contener la Sangre de Cristo, ¿no es el sacerdote otro cáliz consagrado cuyo empleo en cosas profanas seria su propia profanación?

*Dios, por una vocación especial, nos ha segregado de los pecadores como lo fue el primer Pontífice, Cristo Nuestro Señor, y elevado a la sublimidad de los mismos ángeles, «excelsior **angelis factus**», y colocado en la montaña de la Iglesia y de la santidad, para que lejos de la mundanal algarabía de las gentes, con el desprecio y desasimiento de todo, reputándolo todo «**detrimentum**» y como estiércol y basura, enfoquemos la vida toda «**ut Christum lucrifaciam**», y la gastemos «**impendam et superimpendam pro animabus**», toda por las almas, por las ovejas encomendadas a nuestro cuidado y sacrificio.*

¿No es esto, Hermanos míos, ser sacerdote conforme a los deseos del divino Corazón de Cristo, nuestro Maestro y Pastor?

«Age quod agis»... ¿para qué distraer nuestro pensamiento y gastar nuestras energías en lo que no atañe al divino pastoreo de las almas? Los grandes poderes del sacerdote sólo tienen aplicación en orden a las almas. El poder del sacerdote es sobre Cristo y sobre las almas; ahí sólo es grande; grande, por encima de toda la creación, la dignidad y el poder del sacerdote. Pues ya ¿por' qué no explotamos en su propio campo este poder, del que Dios, en cierto sentido, se ha despojado para dárnoslo a nosotros? ¿Por qué, muy al contrario, arrinconando y casi despreciando estos divinos poderes, bajamos de nuestra montaña, para mezclarnos con el mundo, ocupándonos, como uno de tantos, en verdaderas bagatelas?

La oportunidad

Entramos en un tiempo en que todo lo serio se trueca en frivolidad, lo grave en ligereza y lo honesto en ridiculez. La virtud se esconde, si es que no desaparece; la piedad verdadera se convierte en tapadera del desorden y del vicio, la modestia y desenvoltura, el retiro en vértigo mundanal, la inocencia en flor marchita y la vida cristiana en semi-paganismo.

*Y ¿qué hará el sacerdote? El sacerdote es la roca inmovible de acantilados que no cambia con las estaciones del año. El sacerdote debe continuar en sus alturas, «**segregatus a peccatoribus**», rodeado de su rebaño, cuidando de sus ovejas, sacrificándolo todo por ellas, aficionado a su soledad, explotando sus grandes poderes en favor de su grey, atendiendo con mayor solicitud a las ovejas que, tal vez y por fuerza mayor, se han alejado del rebaño, y mirando en el horizonte*

«alias oves quae non sunt ex hoc ovili» con la santa ilusión de acrecentar el rebaño.

En resumen, el «Sacerdote de la Alianza» debe permanecer en su puesto, lejos del bullicio vano y peligroso, en las alturas de la vida sacerdotal, siempre pastor, siempre sacerdote y ejerciendo sus poderes pastorales sin más compañía que sus ovejas y amigos pastores, en el retiro humilde de su choza, hecho, siempre «omnibus omnia» hasta el sacrificio, hasta dar la vida por sus ovejas.

La GREY de la Alianza necesita de estos pastores en cada montaña donde haya un rebañito, porque, de lo contrario, estas blancas ovejas, solas y sin pastor, pronto serían pasto de las garras del lobo.

No descuidemos nuestra misión en la época en que más se precisa y más urgentemente se nos pide.

Pastores somos de la Alianza, es escogida la grey que apacentamos, las fieras de las selvas se van a multiplicar, y saldrán hambrientas de sus guaridas, oliendo con horrible apetito la tierna carne de los corderos y sus madres, las ovejas.

De noche y de día velemos sobre nuestra GREY.

Madrid, Junio de 1949.

ANTONIO AMUNDARAIN.

Nuestra Convivencia

Hemos convocado en el número anterior a todos nuestros Hermanos, que aman y participan del espíritu de la Alianza, a ocho días de intimidad fraternal, de espíritu sacerdotal y ambiente de absoluta Alianza, en la Casa de Ejercicios de las Madres *Damas Apostólicas*, de Chamartín (Madrid).

El programa de los actos de todos esos días, a base de cinco completos de Ejercicios de San Ignacio y dos más completos de vida fraterna, expansiva y de compenetración mutua, espiritual y sacerdotal lo detallaremos convenientemente en otro número de este boletín.

Antes nos es conveniente llevar al ánimo de nuestros Hermanos, que a todo Sacerdote que quiera trabajar acertadamente y con éxito en este campo que el Padre de familia nos ha señalado, le es necesario, no sólo ponerse más o menos en contacto con sus Hermanos «aliados», sino *vivir*, siquiera una semana, en la más perfecta intimidad espiritual y en una vida de Alianza tan honda, como si él mismo fuese el primero para quien se fundó la Obra.

Una Carmelita, una Franciscana, una Hija de Jesús. una Dominica, aunque gocen de plena independencia en el desarrollo de su propia vida dentro de lo establecido en sus Constituciones, Reglas y Costumbres, piden para sus seguridades la intervención directa y constante del Sacerdote Carmelita, Franciscano, Jesuita o Dominicano.

La Alianza, vida de perfección secular, vida de santidad en medio del mundo, aun cuando goza de completa independencia y libertad, para moverse y desarrollar su propia vida, conforme a los estatutos, prácticas, normas y orientaciones que la Obra proporciona abundantemente, necesita también las seguridades de una Cabeza, que en nombre de la Iglesia, a quien representa y como miembro de su Jerarquía, controle la vida de todos los miembros de su Centro, y, como primer responsable, mantenga el primer espíritu que la Obra ha recibido de Dios, garantice esta vida y este espíritu y trabaje por mantener y elevar su nivel tanto espiritual como «aliado».

Así reza el art. 114 de nuestro Reglamento:

«El Director es la primera autoridad en la Alianza, representante de la jerarquía de la Iglesia, guía principal de la Obra y *principal responsable* de ella...».

De donde se sigue que del Director, casi como de su propia fuente, debe sacar la Alianza su completo ideal «aliado».

Así como el Evangelio, aunque a todos les sea lícito leerlo y meditarlo, con la autoridad competente y en nombre de la Iglesia sólo al Sacerdote le toca explicarlo y comentarlo; de la misma manera, el Reglamento, el libro santo de la Alianza (expresión de un santo Obispo), el pequeño evangelio de la hermanita, aunque a todas las hermanitas les sea, no sólo lícito, sino *obligatorio* leerlo, estudiarlo y meditarlo diariamente; mas, con la competencia y autoridad propia que la Iglesia le confiere, como representante, genuino, sólo el Sacerdote Director, nombrado por su Prelado respectivo para tal cargo, puede con autoridad y responsabilidad, explicar, comentar e interpretar todo el contenido de dicho Reglamento, y cuanto la Superioridad de la Obra ha establecido para complemento de la vida total de la Alianza.

Esta misión, la primera en la Obra, la tiene el «Sacerdote de la Alianza», de la cual depende la estabilidad, la inmutabilidad, la garantía, la prosperidad de la Obra en sí y su fecundidad en las almas.

De donde es fácil colegir, que el sacerdote tiene que ser perfecto aliado, no sólo conociendo la Alianza, sino viviéndola; como un Carmelita, un Dominicó, tiene que ser perfecto Carmelita y Dominicó para garantizar la vida de una Carmelita o una Dominica.

Muy imperfectamente cumpliría su misión un sacerdote que, sin apenas conocer la Obra, y, por ende sin vivirla, con sólo leer de pasada algún artículo de su Reglamento, tratase de dar en su *punto*, sin exceder ni faltar, la doctrina que allí se contiene.

Consecuencia de todo lo dicho: que a los Sacerdotes de la Alianza, tanto, o acaso más, que a las mismas hermanitas, nos sea necesario asistir a una íntima CONVIVENCIA sacerdotal, siquiera cada año, a fin de empaparnos en su espíritu, grabarlo y vivirlo muy hondamente, estudiarlo y asimilarlo en una *única fuente común*, haciendo una y única la doctrina, una y única la vida aliada, uno y único el espíritu, con uno y único criterio, sentido y plan.

¿Por qué hoy lamentamos alguna que otra deficiencia en este punto y, por consiguiente, alguna diferencia entre aliada y aliada, entre Centro y Centro, sino porque los únicos responsables no nos hemos dado cuenta de esta responsabilidad, y hacemos una misma Alianza, pero distintas aliadas?

Hace falta un solo Cenáculo, unánime oración, unánime convivencia, único Pentecostés, único Espíritu, única fuente, único camino y única VIDA aliada. Este Cenáculo para este año se ha establecido en Madrid, para los días 9 al 17 de Septiembre. Allí, «cum Maria Matre Jesu» nos reuniremos todos.

Vuestro hermano.

A. AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Julio 1949

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 74
AÑO IX

LA VIRGINIDAD

¡Gracias a Dios!

Nuestro sueño comienza a ser una consoladora realidad. El mundo va a ver con asombro lo que no había visto, ni soñado, ni creído ser posible.

Cuando allá, hace próximamente 25 años, comenzábamos a intentar lo que años atrás veníamos soñando, y ofrecíamos a un puñado de almas angelicales el proyecto de un Reglamento de vida basado todo él en el cultivo exquisito de la virginidad en el siglo, un ilustre jerarca de la Iglesia nos puso un reparo: «Es un secreto delicado para las almas el cultivo de la virginidad, y V. lo descubre y manosea demasiado en su proyecto».

Estuvimos a punto de echar pie atrás; y lo hubiéramos hecho por nuestra parte, si providencialmente otra gran autoridad no hubiera alentado oportunamente nuestro encogido corazón y lo hubiera esforzado a proseguir en la empresa comenzada. Desde entonces, la Obra de la Alianza contra el sentir abiertamente de unos, la sonrisita despectivamente de otros y el silencio e indiferencia de no pocos, viene marcando a muchas almas el camino del casto consejo, como más seguro, recto y fácil para la santidad.

Mucho nos dolía el silencio casi... de los púlpitos, de las cátedras de los Catecismos y de toda palabra hablada y escrita sobre esta importantísima materia. Nuestros grandes oradores, escritores y poetas, nos hacían al vivo descripciones crudas y alarmantes del cuadro trágico y demoledor de los vicios reinantes sobre la perversión del corazón humano y la corrupción de costumbres es en los hogares y pueblos cristianos. Pero jamás oíamos hablar de las excelencias y encantos de la virtud angélica, tan... de la cátedra del Espíritu Santo;

nadie se ponía a escribir de intento sobre ton maravillosa, bella, necesaria y rica virtud de la virginidad.

Con todo, la Alianza, escondida en la concha de su propia pequeñez y modestia no podía por entonces irradiar y extender su influencia más allá de sus fronteras. Las almas que tenían la suerte de pasar próximas a nuestros cercados, caían en sus redes cautivas de sus encantos y hermosuras angélicas.

Estas al cruzar sus caminos, iban dejando alguna fragancia espiritual, algún rayo de su blancura, algún sonido de su cántico a la pureza, que no siempre se disipaban en el aire.

Las víctimas de la Alianza hechas al sacrificio ofrecían sus inmolaciones por el triunfo de las almas puras: la Obra entera venía, desde hace algunos años, rezando incesantemente una oración bendecida por toda la Iglesia española, por el triunfo de la pureza.

El Sacerdote que supo descubrir esta nueva aurora de vida cristiana, comenzó a interesarse. Los Confesores iban probando en sus dirigidas y ensayando la práctica de la virginidad; el púlpito y la cátedra rompieron su silencio y se convirtieron e pregoneros de la castidad virginal; las revistas católicas admitían ya sin reparo trabajos sobre tan esclarecida virtud... En una palabra, contra el ambiente escandaloso de la provocación, hoy se está formando el de la celestial y divina virtud, el de la hermosa VIRGINIDAD.

Se abre paso

Los sabios han comenzado a revolver los polvorientos archivos que guardan los más valiosos tesoros que los. Santos Padres nos legaron acerca de ella en los primeros siglos de la Iglesia.

Nosotros, los Sacerdotes de la Alianza, ya habíamos descubierto en nuestras Asambleas y Conveniencias algo de este tesoro escondido. Estos mismos días hemos saboreado un interesantísimo folleto de unas 200 páginas sobre tan sugestiva materia que ofrece en voz baja a las jóvenes el M. I. Sr. D. Antonio María Pérez Ormazábal, nuestro carísimo hermano. Y cuando apenas acabábamos de terminarlo, nos sorprenden con una magnífica obra de más de mil páginas que se debe a la pluma del Rvdo. Padre Francisco Javier de B. Vizmanos S. J., titulada «Las vírgenes cristianas de la Iglesia primitiva». Estudio histórico, ideológico, seguido de una antología de tratados patrísticos sobre la virginidad. Es una estupenda revelación del más glorioso

tesoro que la Iglesia guardaba, para descubrirlo en estos calamitosos tiempos a las almas.

¡Gracias sean dadas a .Dios! La joya de la virginidad comienza a brillar de nuevo en la Iglesia.

Aquella angelical floración que la sangre de los Primeros mártires produjo en los primeros siglos, va a tener hoy un retoño tan vigoroso en España que, debido tal vez a la sangre de nuestros gloriosos mártires, el fruto y la gloria más sorprendente de nuestra espiritualidad va a ser el triunfo de la virginidad en todos sus grados, siguiendo heroicamente las huellas de la encantadora niña mártir, la Beata María Goretti.

La Alianza, cuyo lema: «el triunfo de la Pureza» ondea en su blanco estandarte, al entrar en su XXV aniversario, va a tener que entonar el más solemne Tedeum al Omnipotente Señor porque el enemigo de la virginidad, contra quien tanto luchó, va a quedar aplastado, y la bella flor que la Virgen nos trajo del Cielo, va a extender sus fragancias por todo el mundo.

La virginidad fue y ha de ser la gloria más excelsa de la Iglesia, el fruto más exquisito de la Redención, el camino escogido más rápido y et trono más vistoso por donde el Corazón Sacratísimo de Jesús reine plenamente en España con más veneración y amor que en otras partes.

El proseguir y llevar a feliz término esta empresa es la Misión de los «Sacerdotes de la Alianza».

Julio, 1949.

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Agosto 1949

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 75
AÑO IX

LA ALIANZA SACERDOTAL A MADRID

Pasan de setecientos cincuenta los Sacerdotes de la Alianza.

Suponemos que no todos sentirán ni mostrarán los mismos entusiasmos por la Obra de nuestros amores; pero la inmensa mayoría figuran en nuestro fichero a petición suya libre y espontánea.

Algún interés debieron de tener, cuando, al enterarse de la Alianza y de esta cooperación sacerdotal a ella, quisieron unir su nombre a los de tantos otros Hermanos, fervientes sacerdotes y devotísimos de la Obra.

Nos causa reparo y hasta escrúpulo restar de esta hermosa legión sacerdotal a algunos, que quizás no se movieron a inscribirse en ella más que por puro compromiso, por cierta legítima curiosidad, por conocer la Obra más de cerca, etc., etc., lo cual ni a nosotros ni a nadie ha de extrañar, dada la condición humana y el carácter especial de la Alianza.

Con todo, creemos que el primer impulso de todos nuestros Hermanos ha sido, desde el primer momento en que surgió esta idea a la sombra de la gran Santa española Teresa de Jesús, en Ávila, de un grande amor a la Obra y de un encendido deseo de ayudarla con nuestro ministerio sacerdotal, ya que la mayor prosperidad de ella depende, en no pequeña parte, de la colaboración interesada, incesante y eficaz del Sacerdote.

No hemos intentado, porque la cosa resultaría imposible, recordar uno por uno a todos estos buenísimos Hermanos, tanto del Clero Regular, como del Secular, que con doble apretada fila llenan

nuestro fichero; pero cualquiera que sale al acaso, nos causa la sensación de que, al estar tan unido a todos los demás, ha de estar también contagiado del espíritu, amor, entusiasmo y ferviente celo de todos ellos por la prosperidad de tan querida Obra.

¿Para qué vamos a dudar y sospechar de este nuestro consolador optimismo? Aunque no lo midamos con la misma medida de amor y de celo por la Alianza, sabemos que la Alianza no se borra de su mente y de su corazón; creemos que todos ellos muestran verdadero interés, cuando nos preguntan acerca de su marcha, de su extensión, de su vida, de su espíritu y... de los futuros acontecimientos que han de sorprendernos algún día.

Setecientos cincuenta Sacerdotes, con una centella de amor y de celo por la Obra ¡qué maravillas no son capaces de hacer por ella!

«Infirmus dicat, quia fortis ego sum». Hasta los más inútiles e incapaces debemos repetir estas palabras de la Escritura. Al lado de tantos y tan celosos y potentes instrumentos, ¿quién no querrá aportar siquiera el granito de arena de su oración, de sus sacrificios, de su cooperación, de su trabajo, de su palabra, de su pluma, de su dirección, de su prestigio y de su valiente aprobación?

Setecientos cincuenta Sacerdotes, en orden de batalla, bien disciplinados, con ideales santos, perfectamente definidos, movidos todos por el sople divino del Espíritu Santo, ¿qué no podrán hacer, si con amor entran todos en la empresa que de Dios nos viene?

Ahora o nunca

La «Alianza en Jesús por María» está en vísperas de tomar – así lo creemos confiadamente – su definitivo estado y forma, totalmente encuadrada en la Constitución «Provida Mater Ecclesia», como Instituto Secular. Si no antes, en el 25.º Aniversario de su fundación, el próximo año de 1950, esperamos del Señor esta singular gracia, a la que la Obra se está preparando con todo su fervor y entusiasmo.

Y siendo estos setecientos cincuenta Sacerdotes de la Alianza los especialmente llamados a consolidar la Obra en sus cimientos, a mantenerla en su genuino y auténtico espíritu, a procurarle nuevos y rápidos avances, ya en el número de almas virginales que la componen,

ya en la intensidad de espíritu y santidad de vida que debe vivir, ¿habrá, entre los que con tanto entusiasmo e interés dieron su nombre a ella, quienes a estas alturas quieran desertar de tan gloriosas filas?

La virginidad, como decíamos en el número anterior, comienza a extender sus dulcísimos dominios entre las almas predestinadas. El apostolado por el triunfo de esta celestial virtud se considera hoy como uno de los más interesantes y urgentes en la Iglesia de Dios. La Alianza, que desde su cuna trae estos santos ideales, no puede ceder su puesto de veteranía a nadie que no sea fruto de la misma siembra.

Ahí está su reglamento y toda una biblioteca de publicaciones de la Obra, cuyas páginas todas vienen predicando las glorias de la virtud angélica y la necesidad de defenderla y propagarla por todo el mundo.

El Sacerdote de la Alianza es, por su especial condición, elregonero de la castidad virginal y el director de las almas virginales entre la inmunda corrupción, que, como peste mortal, invade a la juventud, al hogar y a la sociedad entera.

Si los setecientos cincuenta Sacerdotes de la Alianza llegan a extender esta misión que Dios les confía, España puede muy pronto convertirse en un delicioso paraíso de celestiales flores y fragancias.

A Madrid deben venir, del 9 al 17 de Septiembre próximo, todos nuestros Hermanos, a fin de saturarse de esta celestial doctrina y caldearse en ardores sacerdotales para la conquista de almas que desconocen estos caminos y van a la deriva, como ciegos sin guía.

Sois, queridos Hermanos, las avanzadas de la Alianza, y la Alianza y sus huestes son las avanzadas del ejército virginal de Cristo. Venid a Madrid todos los que podáis; y los que no podáis, ayudad a los que, Dios mediante, hemos de buscar aquí la máxima gloria de Dios, el bien de la Alianza y nuestro propio provecho sacerdotal.

¡Que Dios y la Santísima Virgen bendigan nuestros esfuerzos!

Madrid y Agosto de 1949.

ANTONIO AMUNDARAIN.

FORMACIÓN Y FORMADORES

La formación de la hermanita en el propio espíritu de la Obra es nuestra incesante preocupación.

La Alianza tiene la suya propia y peculiar que se encierra preferentemente en su Reglamento, del cual son ampliación y consecuencia todos los libros y folletos que se han publicado sucesivamente en estos 25 años.

Y a pesar de ser estos muchos en número, todavía nos parece vendrían bien algunos no pocos sobre algunas materias sobre cuya interpretación y aplicación caben diferencias de parecer y criterios.

Creemos que constituyen una buena pauta los cuestionarios que se han publicado en Liliium de este año, al menos en ellos se concretan y se limitan los temas que con preferencia han de ser asunto de estudio y explicación dentro de la Obra.

Con todo vemos todavía la necesidad de completar esta labor con abundancia de notas aclaratorias, marcando el sentido de las preguntas y

señalando las fuentes de donde pueden sacarse las explicaciones de las mismas.

Si Dios quiere ha de ser ésta una de las labores que primero y especialmente hemos de acometer, luego que la Obra haya alcanzado la suspirada gracia de su aprobación.

Hoy es otra la inquietud que nos turba y hasta nos atormenta el corazón y que, a pesar de que ha de molestar a más de dos de nuestros queridos Hermanos, hemos de revelar en su presencia.

En el número de «Seminator» correspondiente al mes de agosto repetíamos con satisfacción grande que la Alianza tiene a su favor 700 sacerdotes, y era y es muy justa aquella satisfacción.

Mas los 700 sacerdotes que figuran en nuestro fichero no pueden todos sentir de igual modo con la Obra, ya porque no la conocen por igual, no rozan con ella, no han experimentado de cerca su vida, ni tienen, por lo tanto, la experiencia de los ojos, como otros.

De ahí la necesidad de hacer forzosamente una interesante distinción entre unos y otros.

Toda la seguridad de la Obra de la Alianza debe fundamentarse en aquellos sacerdotes que, conscientes de su gran responsabilidad, se dan de veras a conocer teórica y prácticamente el espíritu, la doctrina y la técnica de la Obra.

Y esta labor no la podemos exigir de los setecientos sacerdotes que figuran en nuestras listas, los cuales ni tienen tiempo para estas tareas, ni acaso les convenga distraerse de sus importantes actuaciones a otras nuevas, ni tal vez sientan atractivo hacia estas especiales modalidades de la vida espiritual.

Esto nos va a obligar, en tiempo quizá no lejano, a explorar la voluntad generosa, libre y espontánea (sic) de aquellos de nuestros Hermanos que, por una especie de vocación o atractivo, gusto, convencimiento, se determinan a profundizar en esta ciencia, espíritu y vida, y, puestos fiel y humildemente a acatar las orientaciones normas e

interpretaciones de los Superiores jerárquicos de la Alianza quieran formar la sección o cuerpo docente, directivo y modelador de un sector de la Alianza.

Esta que llamaremos «Sección Prima Sacerdotal», con su caudal de doctrina, espíritu y vida sacerdotal aliada, constituirá toda la seguridad, firmeza, unidad y continuidad igual de la Alianza al través del tiempo.

Y todos los demás Hermanos en una «Sección Segunda Sacerdotal» dependientes y controlados por aquellos, colaborarán en la Obra con el ejercicio de los ministerios que afecten a sus respectivos cargos y actividades.

Como se indica arriba, la «Sección Prima Sacerdotal» ha de llevar la máxima responsabilidad de la vida completa de la Alianza como así reza el art. 114 de nuestro Reglamento, en el que se habla de los Directores de la Obra, como primera autoridad, guías y principales responsables de ella, dentro de su propia jurisdicción y campo de actividades.

En esta «Sección Prima Sacerdotal» tiene toda su seguridad, confianza y garantía el Director General y su Consejo, al que ella vivirá incondicionalmente adicta y rendida en todo lo que afecta a la vida y a la disciplina de la Obra, con un gran espíritu de abnegación y sumisión, de fraternidad y unión, de flexibilidad, docilidad y conformidad, desterrando todo egoísmo, juicio propio y propio amor.

Esta «Sección Prima Sacerdotal» necesita gente convencida, movida por impulso interior de su conciencia, efecto de la gracia, y no por presiones de fuera; gente enamorada de la Obra, que ama las almas virginales, y está dispuesta al sacrificio por el triunfo de ellas y de su angelical virtud; gente sacerdotal, gente apóstol, regale sacerdotium.

Pocos centenares de estos hombres bastan para conservar, acrecentar e intensificar el espíritu y la vida de la Alianza.

El día en que la Iglesia pronuncie la suprema palabra, que no va a tardar mucho, nosotros esperamos que muchos Hermanos nuestros vendrán solicitando un puesto de combate entre las filas de este glorioso ejército pro Alianza y su santificación mediante el triunfo de la pureza.

Que el año 50 sea principio de una nueva etapa de fecundidad, de desarrollo y de vida exuberante en esta Obra que espera cantar con regocijo y gratitud a Dios su solemne epifanía.

Roma – 22 – Octubre
1949

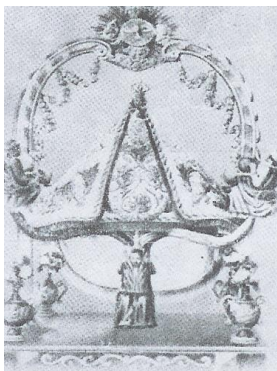
Antº. Amundarain – Rubricado

Seminador Casti Consilii

Febrero 1950

SUPLEMENTO DE “*Lilium inter spinas*”
(*Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza*)

NÚM. 80
AÑO X



FEBRERO

2

Jueves

La Purificación de Nuestra
Señora

EN esta solemnidad de la Virgen Madre, XXV° aniversario de la fundación de la Alianza en Jesús por María, los sembradores del casto consejo en las almas tengamos un recuerdo en la Santa Misa – acción de gracias, petición de beneficios – que suavemente haga al Señor violencia para que las eleve a la cumbre de la santidad.

NUESTRA EPIFANÍA

Creemos habrá sido del agrado de todos nuestros queridos Hermanos, los Sacerdotes de la Alianza, la resonancia que se trata de dar al 25° aniversario de la fundación de la Alianza en España.

Nada menos que un año entero, el de 1950 de nuestra era, desde el 2 de Febrero actual hasta el 2 de Febrero del siguiente año, dedicado todo a festejar con actos solemnes, religiosos y profanos, completamente *aliados*, la fecha memorable de una fundación, a la que en 25 años consecutivos no se ha dedicado el más insignificante recuerdo, fuera de los más íntimos en el seno mismo de la Obra.

¿Equivocación o acierto?

En efecto, no deja de ser un contraste el recato, silencio y humildad en que hasta el presente se ha mantenido la Alianza y el aparato y campaneó con que ahora se trata de pregonar su existencia, su vida y sus frutos.

Y quizás este contraste no sea motivado por el excesivo tono y exhibicionismo con que ahora se presenta la Obra, sino por la acaso excesiva modestia y pequeñez bajo las cuales se ha guardado durante tantos años.

Pues, aunque así sea, y aún consintiendo en el desagrado que tal vez a algunos podíamos proporcionar, no hemos vacilado en presentarnos al público con todas las galas y con todos los trofeos que la Obra ha conquistado durante esta primera etapa de su vida.

Cuando la misma Iglesia, por medio de sus órganos oficiales, no ha tenido empacho en publicar y recomendar la Alianza eficazmente, como institución oportunísima para los tiempos raros que corremos, nosotros no vamos a pasar en riguroso silencio la extraordinaria circunstancia, que no se repetirá hasta pasados otros 25 años, de sus Bodas de Plata, a la que es preciso añadir otro hecho que en la historia de la Alianza será siempre imborrable, para presentarla al público en toda su belleza, interés y magnitud.

Prometemos, sin embargo, mantenernos dentro de los límites de lo justo y verdadero; que no necesitamos recurrir a exagerados y fingidos reclamos, ya que la Alianza, en el reducido historial de sus 25 años, tiene edificantes cuadros de vida real, si queremos levantar, un poco no más, el velo de sus valiosas joyas.

Acaso se lleven inesperadas sorpresas los que de la Alianza no supieron otra cosa que lo maliciosamente comentado en tertulias de cuentistas y forjadores de chismes.

Razón de nuestras fiestas

Tres motivos poderosos, entre otros, justifican esta pública manifestación de la Alianza en el glorioso aniversario que nos ocupa.

Es el primero la oportunidad y necesidad de tributar pública y solemnemente todo un año entero de acción de gracias a Dios en actos colectivos, no sólo entre los miembros de la Alianza, sino con asistencia de almas reconocidas amantes y simpatizantes de la Obra, que deben asociarse a este público testimonio de gratitud y de acción de gracias que la Alianza debe a su Dios y Señor.

No bastaba que la aliada en su interior y los Centros en sus retiros e intimidades manifestasen este reconocimiento, era conveniente que la alabanza solemne trascendiese las fronteras de la Obra y que el pueblo entero, donde la aliada vive, ora y trabaja, se asociase, también a esta religiosísima expansión de amor ó de gratitud al buen Dios.

La Alianza no se desbordará en algarabías callejeras y en ruidos desentonados para dar su *nota* a las fiestas jubilares; pero llenará las iglesias y sagrados recintos para entonar una ininterrumpida salmodia de alabanza a Jesús y a María. Misas solemnes, Actos eucarísticos, Comuniones numerosísimas, Laudes Marianas, Peregrinaciones a los Santuarios de las respectivas Patronas, Adoraciones Nocturnas, Solemnes Te Deum, etc., serán el programa de esta primera parte de nuestras Bodas.

Y aquí nuestros Hermanos deben asociarse, no sólo como meros asistentes a los actos, sino como activos colaboradores, como ministros Sacerdotes en el altar y en el púlpito, tomando como cosa

suya la dirección de los cultos que cada Consejo tenga a bien organizar.

La Alianza a la vista.

El segundo motivo que justifica este público homenaje a la Obra de la Alianza es el de dar a conocer en su totalidad la razón y el ser de la Alianza en la Iglesia de Dios.

Es lamentable, lo hemos oído de muchos labios, el que, a los 25 años de su vida, todavía la Alianza siga oculta en el misterio y conocida de tan pocos. Y es cierto. La índole de la misma y sus fines específicos exigían cautelas especiales, y la Obra hubo de moverse con exquisita prudencia en un ambiente de tan poca altura para tan alto vuelo de las almas que integraban esta Institución.

Debido a esto y a un disimulado susurro de desafecto hacia la Obra, que desde su cuna ha padecido, la Alianza se vió obligada a vivir y a pasar casi desapercibida de la inmensa mayoría de las gentes.

Gracias a Dios, hoy están vencidas y superadas todas las dificultades, y se esperaba una oportunidad conveniente para que la Alianza tuviese su pequeña EPIFANÍA.

De ahí la razón de esa segunda parte de nuestro programa de actos solemnes y públicos, en que se trata de dar a conocer la vida y el apostolado de la Obra en una doble interesante exposición, de cuadros fotográficos que ponga a la vista de todo el mundo la gama variadísima de perfiles y detalles que abarca la vida y el apostolado de la Obra, y de cuadros escénicos que, a modo de auto sacramental, se representen vistosa y elegantemente por las mismas aliadas en locales públicos, amplios y acondicionados.

A esto se añadirán conferencias, discursos, charlas, trabajos literarios, hojas, folletos, a través de los cuales se vea a la Institución en todos sus rasgos fundamentales.

Atracción hacia la Obra

Y aún queda un tercer motivo que también da razón a estas solemnidades, y es una prudente propaganda y apostolado en favor

de la misma Alianza, en lo que no creemos que nos tachen de excesivamente egoístas.

La Alianza ha llegado a su cumbre de vida y de apostolado y en su desarrollo necesita de medios cada día más eficaces, no sólo divinos, sino también humanos. Para que la Obra se desenvuelva con suficiente holgura, necesita en su creciente expansión elementos proporcionados: casas, jardines, capillas, salones, etc.

Hay que interesar, pues, en favor de la Obra la opinión general, y particularmente a las personas bienhechoras, a quienes Dios ha dado bienes y voluntad de distribuirlos, para lo cual es preciso que se sepa bien la bondad y la oportunidad de la Alianza en los presentes momentos y el interés y cariño con que la Iglesia la distingue.

Otro tanto digamos de la conveniencia de atraer almas de vocación aliada, religiosa o de simple amor virginal, que en España puede la Alianza conquistar, defender, formar y custodiar para mucha gloria de Dios, de la Iglesia y hasta de la misma Patria.

¡Cómo no aprovechar la tan magnífica oportunidad, que esta memorable fecha nos brinda, nosotros, sobre todo, los Sacerdotes de la Alianza, para trabajar con celo sacerdotal por los tres fines apuntados!

Madrid, Año Santo de 1950.

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Marzo 1950

SUPLEMENTO DE "*Lilium inter spinas*"
(*Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza*)

NÚM. 81
AÑO X

La Alianza «Instituto Secular»

SEMINATOR CASTI CONSILII tiene la inmensa satisfacción y gozo de consignar en su primera página la gratísima noticia que ha recibido de Roma, que ya es del dominio público y la conocen todos nuestros venerables Hermanos, Sacerdotes de la Alianza.

La Virgen Santísima del Coro, cuya novena ha celebrado la Obra con inusitada solemnidad y piedad en todos sus Centros y Grupos, nos ha traído de la Ciudad Eterna este felicísimo mensaje, cabalmente la misma víspera de nuestra gran fiesta, 2 de Febrero, día de extraordinario recuerdo hoy, por ser este año el 25.º de su fundación.

La Sagrada Congregación de Religiosos, a quien corresponde el estudio y ordenación de los Institutos Seculares, se ha dignado ponernos un cablegrama, veinticuatro horas antes de nuestras Bodas de Plata, notificando que, previo examen de las Constituciones presentadas para su estudio, juzga y estima digna de que figure entre los Institutos Seculares, a la piadosa Obra de la «Alianza en Jesús por María», autorizando al Excmo. y Rvdmo. Sr. Patriarca de las Indias Occidentales y Obispo de Madrid-Alcalá, para que proceda a su erección canónica como Instituto Secular, a tenor de la Constitución «Provida Mater Ecclesia».

Este es el gran mensaje, que se nos adelantó en día tan señalado para la Obra, a fin de que fuese completo, el gozo y la alegría de toda la Institución y de sus amigos y simpatizantes.

Es de justicia que nosotros, desde las columnas de este modestísimo boletín SEMINATOR CASTI CONSILII, hagamos patente a

todos los miembros de aquella Sagrada Congregación nuestro más sincero y profundo agradecimiento por tan extraordinaria distinción.

A ella se debe el que San Sebastián, en aquella fecha memorable, a los pies de la milagrosa Virgen del Coro, haya sentido, con la inenarrable emoción consiguiente, la presencia viva, amorosísima y regaladísima de su bendita Madre, de cuyas manos nos vino, en dicha fecha de 1925, su existencia y de las cuales recibimos hoy, a los 25 años, el mensaje de su confirmación.

No podemos menos de repetir a los Iltmos. y Venerables Padres de la Sagrada Congregación el testimonio de nuestra gratitud por tan delicada muestra de consideración y afecto. ¡Que la Madre Santísima, de quien en la Alianza somos hijos amantes, extienda hacia ellos sus manos maternales con la misma largueza con que lo ha hecho con la Alianza y con nosotros!

Rogamos ahora a nuestros venerables Hermanos, los Sacerdotes de la Alianza, que se dignen elevar a Dios y a esta Virgen Santísima repetidas, fervientes y muy sentidas acciones de gracias por tan regalados mimos con que su gracia y su amor nos ha distinguido. Y, a la vez, nos permitimos recordar a todos, la necesidad de proceder, en estos momentos, con una exquisita prudencia, calma y espera, evitando nerviosismos y precipitaciones, hasta que el nuevo Instituto A. J. M., cumplidos los indispensables trámites y requisitos obligatorios, comience legalmente a funcionar, a la sombra de la suprema Jerarquía de la Iglesia, con lo que, a su tiempo el Consejo General notifique oportunamente a la Obra.

Febrero, 1950.

ANTONIO AMUNDARAIN

Exiit qui seminat...

La parábola del pasado domingo de Sexagésima, que tantas veces la habremos todos explicado y comentado a los fieles, nos sugiere oportunísimas ideas, para aplicárnoslas a nosotros mismos.

Puesto que llevamos, y con gran satisfacción de nuestras almas, el título de «sembradores del casto consejo», a nosotros de muy especial modo nos toca la aplicación del citado pasaje evangélico.

Operarios sembradores

contratados por el Amo y Señor del campo, con un salario que en rigurosa justicia se nos dará, somos todos los Sacerdotes, y una gran parte de nuestra misión es la de sembrar en la parcela que la Providencia nos ha señalado, en este inmenso campo de la Iglesia Católica de Cristo.

Bien es verdad que escasean los buenos operarios; mas los que hoy en la Iglesia se van suscitando, gracias a Dios, son incansables sembradores, de los cuales algunos han sido contratados muy de mañana, casi en la aurora de su vida; otros, más tarde; no faltando algunos tardíos que han oído la voz del Amo casi a la puesta del sol.

Y a la verdad, las circunstancias son especialmente acuciadoras; basta ser simple cristiano y mirar el cuadro a través del prisma de la fe para sentirse ardorosamente apóstol y sembrador de la doctrina de Cristo.

Si hemos de creer a las voces que corren, los sembradores del error, de la herejía y del vicio se han multiplicado de un modo alarmante, cosa que nosotros mismos por desgracia, apenas asomados a la calle, la estamos viendo con nuestros propios ojos.

Difícilmente se puede concebir hoy un sacerdote perezoso y regalado, a quien hubiese que aplicar la expresión evangélica: «quid hic statis tota die ociosi?». Desde hace cuarenta años a esta parte, el celo sacerdotal ha reaccionado extraordinariamente. ¡Bendito sea Dios!

¿Y el campo?

El Evangelio distingue partes diversas: el camino, el pedregal, el zarzal, la buena tierra. Mas, no se significa con esto que el sembrador haya querido sembrar de intento en todas ellas, sino que, al sembrar en tierra buena, parte de la simiente que el sembrador derrama a voleo, fué a parar a lo largo del camino que bordeaba el campo y parte cayó entre piedras, espinas, zarzas. Al contrario, el buen sembrador comienza por examinar bien las condiciones del terreno, qué clase de tierra es, qué posición ocupa, qué orientación tiene, qué abonos le vienen bien, etc., para acomodar a estas condiciones la clase de simiente que conviene sembrar, ya que no todas las tierras son igualmente aptas para cualquier simiente.

De la misma manera, en la Iglesia de Dios, existen muchos y variadísimos campos de siembra, y la semilla lo es también de muchas clases.

El Sacerdote sembrador, si quiere explotar bien sus campos, no puede sembrar a su antojo, a la buena de Dios, con la primera semilla que le venga a la mano o a la mente, los campos que posee. Antes de sembrar, debe examinar el campo que va a sembrar, en qué condiciones está, qué clase de tierra es, qué orientaciones tiene, qué abonos necesita, etc. A saber, que las almas no están todas en las mismas condiciones, ni admiten la misma clase de semilla. En unas debe comenzar por ararlas y ablandarlas convenientemente. En otras deberá retirar las piedras de los vicios y pecados, en algunas habrá de arrancar primero de raíz las espinas y cardos de sus *enredos* con el mundo y las criaturas. A lo que seguirá un buen abono de prácticas de piedad: oración, sacramentos, Sagrario, etc., para sembrar luego el buen trigo.

La Alianza

A los Sacerdotes de la Alianza ha destinado la Iglesia un nuevo campo de siembra, una nueva heredad. La Alianza es hoy un nuevo campo en la Iglesia de Dios.

Este campo ha necesitado veinte y cinco años de preparación para quedar en condiciones de una siembra fecunda y segura. Campo

delicadamente preparado, en el cual no han faltado duras y difíciles jornadas de arado; azada y escardillo; con lo cual su tierra ha quedado bien zarandeada, removida y castigada por toda clase de herramientas. Magnífico y extenso campo hoy, abonado con los mejores y más eficaces abonos y riegos, buena solana, carasol estupendo, clima benigno y todo ello con las seguridades y defensas que la Iglesia le ha garantizado y confirmado, por medio de una empalizada y vallado que lo defiende de la embestida y asalto de las fieras, y lo distingue y separa de los demás campos, encerrándolo y entroncándolo dentro de los **Institutos Seculares de perfección evangélica**, a tenor de la Constitución «Provida Mater Ecclesia».

¿Y la semilla?

Este futuro Instituto tiene las suyas especiales y acomodadas a la tierra de que está formado. La de lirios y azucenas es preferentemente la semilla que debe sembrarse en el Instituto de la Alianza.

Jardín en pleno valle, entre riscos y montañas, con fragancias de paraíso y cielo, será siempre la Alianza.

Es tierra, sin embargo, que admite también semilla de rosas de todos los tonos y matices. De estos rosales algunos están llenos de espinas, otros no las tienen. Unas veces es el sacrificio el compañero inseparable del amor; otras veces se ama entre dulcísimos y celestiales coloquios y expansiones.

Violetas de humildad, jazmines de modestia, claveles de celo, nardos de mortificación, dalias de silencio, el complemento de los campos aliados.

¡¡Otros veinticinco años, y cómo florecerán, si los sembradores trabajamos con celo, interés y acierto!!

¿Y cómo se siembra?

He aquí lo más difícil y delicado de nuestra misión sacerdotal.

En granjas y campos de horticultura se especializan los hijos de los grandes labradores, para después explotar bien sus extensos terrenos y fincas. El Sacerdote especializado en estas espirituales

siembras y cultivos, ¡qué de bellezas, y de riquezas, y de encantos, y de maravillas podría cosechar para Dios y para la Iglesia!

Tenemos tierras..., tenemos abonos..., tenemos riegos..., tenemos semilla..., tenemos tempero y solana... ¿Por qué no florecen esos campos?

¿No es verdad, Hermanos queridos, que muchas veces nos contentamos sólo con pasar bruscamente el arado de nuestras intemperantes catilnarias sobre el campo, o la azada o el rastro de nuestras inmortificadas, inoportunas y hasta alguna vez imprudentes exhortaciones y adoctrinamientos, con los cuales, al querer arrancar la hierba mala, arrancamos también las plantas que debemos cultivar?

¡Oh! ¡La siembra en un alma inocente, en un alma virginal, en un alma, cuyo candor Dios vela milagrosamente, ¡cuán exquisita prudencia, cuánta discreción, cuánta delicadeza requiere!

Sabemos...«ad verecundiam nostram dico!» que algunos Hermanos nuestros, a pesar de toda su buena intención, por culpable impericia en sus siembras, han llegado a escandalizar a estas almas, arrancando de sus ojos de ángel el velo que cubría su inocencia bautismal.

Hay que especializarse

Para trabajar en estos campos, que la Iglesia abre hoy a nuestro celo con el nombre de «Institutos Seculares», es preciso prepararse y especializarse.

Se trata de que florezca en medio del mundo la vida virginal, inmaculada y santa que hasta ahora vivió, como secuestrada, en el encierro de los claustros.

Tremenda va a ser la responsabilidad del sacerdote, a quien el Padre de familias encomienda la siembra, el cultivo y la guarda de estos campos nuevos.

No basta ya execrar y abominar con violentas diatribas, desde el púlpito y en el confesonario, los grandes pecados y escándalos del mundo: Dios nos abre nuevos campos para sembrar, Hermanos, *para sembrar*.

La Alianza es uno de los primeros de España. Su lema «por el triunfo de la pureza» resalta en su blanco estandarte...

Sólo gente adiestrada puede hacer buena siembra en sus limpísimos surcos.

Que no cualquiera puede ser «seminator casti consilii».

2 de Febrero de 1950

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Abril 1950

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 82
AÑO X

¿AL MARGEN?...

Ya el año pasado, con vistas al presente en el que esperábamos del cielo una gracia especial propia del año de nuestras Bodas, adelantamos nuestros actos sacerdotales, que tuvieron lugar en Chamartín de la Rosa de esta Capital, los cuales (los que asistieron son testigos) fueron, en efecto, completos y capaces de satisfacer a los más exigentes, y de los cuales, gracias a Dios, ha quedado buen recuerdo en todos nuestros Hermanos que los vivieron.

Y ¡bendito sea Dios y bendita la Virgen Santísima! que se ha cumplido todo cuanto esperábamos, y como lo esperábamos; y hoy vivimos, desde el memorable 2 de Febrero pasado, días llenos y completos, consagrados totalmente a la Obra, que ya es, por voluntad de Dios, Instituto Secular, a tenor de la Constitución «Provida Mater Ecclesia».

A ella van preferentemente nuestros pensamientos, recuerdos y actividades, que no son pocas. Y por lo mismo, forzosamente hemos de obligar a nuestros Hermanos a quedar un poco al margen de nuestras consideraciones y atenciones.

No obstante, digamos que a todos llegan estas singulares gracias y sus íntimas y dulcísimas satisfacciones. Al derramarlas el Señor y nuestra Santísima Virgen sobre la Obra, justamente habrán de alcanzar también a los buenos operarios que pusieron en ella toda su alma y todo su corazón.

Cada Centro ha de vibrar a un ritmo acelerado y ardoroso en estas fiestas jubilares, y no van a ir a la zaga sus fervientes apóstoles que aman a su Obra tanto y tan ardientemente como las mismas aliadas.

En San Sebastián hemos saludado a un buen número de ellos; otros tantos, y acaso más, han de venir a Madrid, donde las comisiones,

trabajan con extraordinario afán para que el Programa tenga tan perfecto cumplimiento como en la Cuna de la Obra. Aquí han de venir muchos Hermanos, para que vean con sus propios ojos todo lo que la Alianza ha podido en sus primeros años juveniles; y algo siquiera de lo que, con la gracia de Dios, podrá desde este momento histórico en que, considerada como mayor de edad, entra en los nuevos moldes que la Iglesia tan oportunamente ha dispuesto para ella.

Y si en todo la mano de Dios fue tan poderosa y tan providencial para la Obra, no ha podido ser débil en favor de los que movieron la suya para prestarle su ayuda en todos los momentos difíciles y apurados. De ahí que las grandes bondades de nuestro buen Dios, lo mismo que a la Obra, nos alcanzan también hoy a todos nosotros.

Y esto basta, sin necesidad de especiales actos sacerdotales, para que todos nuestros amados Hermanos, lo mismo que ellas, vivan agradecidos y agradeciendo al Señor tanto favor, y avivando y acariciando en su corazón nuevos anhelos y estímulos de ser, como nunca, apóstoles, misioneros y protectores de esta Obra.

Nadie queda, pues, al margen de la Obra en este Año Santo, aunque a ellos directamente no hayamos podido dedicar ninguna jornada especial; para todos son jornadas gloriosas y de frutos abundantes, que llegarán a nuestras manos con sólo extenderlas piadosamente.

Acerquémonos con avidez a este nuevo Cercado que la Iglesia ha dispuesto y destinado para la santificación de las almas, y las lluvias de gracia torrenciales que vienen sobre sus campos, nos alcanzarán también a nosotros los cultivadores, los sembradores del Casto Consejo.

EL DIRECTOR GENERAL

A los que dudaban

No todos nuestros Hermanos, los Sacerdotes, han visto tan claro y seguro el camino que la Alianza se abrió para sus huestes aquel 2 de Febrero de 1925, a los pies de la Virgen del Coro.

Los partidarios del matrimonio la tomaron por enemiga. Ellos tenían sus preferencias por el matrimonio cristiano sobre la virginidad secular, no quizás porque creyesen ser superior aquel a ésta, ya que en esta materia la doctrina católica no podía ser más clara y terminante, sino porque les pareció de más urgente necesidad formar verdaderas familias cristianas, que sembrar de fragancias y de poesías los pueblos y los hogares, a lo que cabalmente iba la Alianza con toda su santa ambición.

Otros, y estos eran muchos, sostenían, con verdadera tenacidad, que ellos no concibían en la Iglesia de Dios ningún estado intermedio entre el matrimonio y la vida religiosa; «o casadas o monjas». Que ese término medio entre

ambos estados no podían aprobar y bendecir ni Dios ni la Iglesia, supuesto que esa especie de *centro* entre ambos lo formaban las holgazanas y regalonas que, ni querían las molestas cargas del matrimonio, ni las torturas y esclavitudes de la vida del convento. Las solteras, como las zánganas de una colmena, nunca podrían formar una buena sociedad, digna de merecer las bendiciones de Dios y de la Iglesia.

Más objeciones

Otro reparo, no menos grave, ha flotado por mucho tiempo en el ambiente; reparo que ha tenido numerosos partidarios y que ha sido defendido con toda clase de armas: Una campaña excesivamente sistemática y estudiosamente organizada «por el triunfo de la virginidad» en el mundo era un atentado contra la humanidad y contra la prosperidad de las razas; con ella se negaban las palabras del Génesis: «Crescite et multiplicamini». Por ahí íbamos a la depauperación de los

pueblos y casi casi a la extinción general.

Estas alarmantes preocupaciones se comprenden entre los grandes estadistas ateos y materialistas, que comparan al hombre con reses de raza; pero que un sacerdote católico nos venga con estos reparos es algo que nos asombra y apena; siendo cosa probadísima que, allí donde abundan vírgenes y almas castas, abundan en la misma proporción familias fecundas y robustas. Además de que el sacerdote mejor hace y más gana con procurar, con todo su celo, salvar y santificar las legiones que al presente nos rodean, que preocuparse de los grandes problemas del futuro.

También se ha dicho con insistencia que estas campañas vienen a crear problemas al Estado y a los municipios. Tantos conventos, tantas comunidades y tantas asociaciones son una grave carga para los pueblos, para la Iglesia y para los gobiernos.

Lo mismo que esto otro, manejado como arma secreta y escrito con firma o sin ella, que ha llegado hasta nosotros; que la Alianza y un maldito confesor

tenían toda la culpa de que, por haber arrastrado a las hijas de cierta persona hacia la virginidad y haberlas apartado de un partido ventajoso, habían llegado a originar en las familias serios contratiempos y hasta verdaderas tragedias.

Y no hemos dicho nada del repetidísimo estribillo: «La Alianza no tiene apostolado», «La Alianza no hace nada», y por eso, la Alianza ni encaja en ninguna obra de las que hoy promueve la Iglesia... ¡¡Cuándo abrirán sus ojos estos benditos, para quienes no hay más apostolado que el que se practica al son de pregón!!

Y tampoco hemos recordado la caritativa prudencia de aquellos buenísimos Hermanos que, en más de una ocasión, nos han amonestado contra los *rigores* de la Alianza, la cual no dejaría de ser una obra digna de aplauso y recomendación, si prácticamente, en su vida de siglo y entre tantos inconvenientes, trabas y oposición, *se la hiciese viable*, para lo cual y para mayor y más seguro éxito, sería conveniente abrir un poco la mano y hacer más suave y llevadera su vida hoy tan estrecha.

El refrendo

Pero, ha llegado, justo y exacto, el 25º aniversario de la fundación de la Alianza, y en el mismo día memorable 2 de Febrero, la Virgen Santísima del Coro, desde su egregio Camarín de Santa María, nos ha entregado un cariñosísimo mensaje, diciendo: «La Alianza en Jesús por María es obra mía; la he llevado en mi regazo maternal en estos 25 años de su vida, la he protegido, guardado y dirigido tal como Yo la he querido, y hoy, en mi nombre y en el de mi Hijo-Dios, he mandado a la Iglesia para que la reciba en el número de los Institutos sancionados y refrendados por su Suprema Autoridad».

Y esta Autoridad, de la que es depositaria y administradora la Sagrada Congregación, ha sometido la Obra a su imparcial y sereno y severo examen, pronunciando: que no hay ningún *inconveniente* (nihil obstat) - luego todos esos *inconvenientes* que arriba se citan, no tienen razón de ser - no hay

inconveniente alguno para que esta Obra sea Instituto Secular. Y, al efecto, autoriza y comisiona a todos los Prelados de España para que decreten su erección canónica.

No hay inconveniente, Hermanos amadísimos, «nihil», *ninguno*; lo han dicho los Venerables e Ilustrísimos Padres de la Comisión a quien compete esta misión delicadísima; no hallaron inconveniente en que la Alianza sea considerada como Instituto Secular. Y en su vista, la Alianza ha pasado al número de estos Institutos.

Quien alguna vez haya dudado de ello... puede estar tranquilo y, sin nuevos prejuicios y preocupaciones escrupulosas, puede abrir en su mente y en su corazón ancha la puerta a esta nueva Institución, y que por ella permita pasar a todas las almas que Dios ha escogido y quieren acogerse a su redil.

Madrid, Abril de 1950

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Mayo 1950

SUPLEMENTO DE "*Lilium inter spinas*"
(*Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza*)

NÚM. 83
AÑO X

ALMAS DE ORACIÓN Y DE REPARACIÓN

Mes de Mayo

Mes de flores, de amores y de esperanzas es este bendito mes. Mes de dulces alegrías, de gorjeos y de fragancias, cuando la primavera trae las bendiciones de Dios; mes de vida y de luz, cuando las almas en la paz de Dios gozan de la gracia sobrenatural; mes de María para cantarle glorias y alabanzas, adornar sus altares, perfumar sus mantos, imitar sus bellezas y blancuras, interesar su gran poder y confiar en su eficacísimo valimiento.

Mes de plegarias fervientes y de humilde y compungida reparación, por ser el mes del Año Santo, y de perspectivas sombrías y amenazadoras será este mes de Mayo para las almas amigas de Dios y de la Madre. Oración y reparación, en unión de Aquella que es la Omnipotencia Suplicante, ha de ser el carácter especial del mes de Mayo en el presente año.

No todos fijarán su atención en la oscura realidad de tantos males como se ciernen sobre el mundo prevaricador, para los cuales Mayo no pasará de ser un alegre canto a las flores, a la primavera y a la vida.

Mayo pardo

Para nosotros, en cambio, que tenemos el cuerpo y el alma con muchas cicatrices, Mayo de 1950 no debe tener otros encantos, luces y esperanzas optimistas, que el de ser mes dedicado por la Iglesia al culto universal de María Santísima, para ver en torno a Ella muchas y muy escogidas almas, haciendo violencia al cielo en favor del mundo.

Poco ganamos con cerrar nuestros ojos a la triste realidad del momento amenazador presente, que gravita sobre nuestras cabezas.

En el número correspondiente al 18 de Marzo pasado de ECCLESIA, leemos lo que sigue: «El momento del mundo es grave cuanto pueda haberlo sido cualquier otro de la Historia. Hay, por de pronto, el peligro de que los intentos de reconstrucción de la sociedad internacional se vengan abajo por la explosión apocalíptica de una nueva guerra...

Pero hay otro peligro nada inferior. El de que, no estallando la guerra y en las circunstancias precarias de esta paz mantenida a fuerza de inyecciones de miedo, el edificio de la ordenación se eleve sobre unas bases ideológicas falsas, como torre de Babel que dispute al cielo sus derechos...

«Grave sería la guerra. Pero una paz en que no hubiera sitio para Dios y para la religión, en que el Estado y la persona no tuvieran sus límites ciertos y mutuamente infranqueables sería tan grave como ella, y, además, a la larga, la provocaría.»

Así lo ve nuestro Santísimo Padre el Papa, Pío XII, cuyo angustiadísimo corazón se desahoga en los siguientes términos:

«No faltan las razones que con ansias y angustias entristecen nuestro corazón de Padre...

»Todavía no ha llegado la paz deseada... que pueda felizmente componer los motivos de discordia, que son muchos y cada vez mayores... Muchos pueblos acá y allá se oponen mutuamente, y como va faltando la confianza, sucede la guerra de los armamentos, que tiene los ánimos de todos temerosos y en suspenso.

»Pero lo que nos parece, no solamente el mal mayor, sino la raíz de todos los males, es que no raramente, en lugar de la verdad, se pone la mentira y se la usa como instrumento de lucha...

»Sobre todo debemos deplorar con tristeza inmensa que en no pocas naciones sean ofendidos y pisoteados los derechos de Dios, de la Iglesia y de la misma naturaleza humana...

»Y puesto que males tan innumerables provienen de una fuente única, que es el repudio de Dios y el desprecio de su ley, es necesario, venerables hermanos, alzar al Señor fervorosas plegarias y apelar a aquellos principios que son el único punto de donde pueden venir luz

para el entendimiento, paz y concordia para los espíritus y justicia ordenada entre las varias clases sociales...

»De aquí procede la urgencia de exhortar a los sacerdotes para que, dirigidos por vosotros y especialmente durante el Año Santo, no ahorren fatiga a fin de que las almas que les han sido confiadas, depuestos los falsos prejuicios y las convicciones equivocadas, apagados los odios y pacificadas las discordias, se nutran del Evangelio y de tal manera actúen en la vida cristiana, que se apresure la deseada renovación de las costumbres.

»Pero las fuerzas humanas son ineficaces, si no se ven corroboradas con la gracia divina. Por eso os exhortamos, venerables hermanos, a iniciar a manera de una cruzada de oraciones entre vuestros fieles para pedir al Padre de las misericordias y Dios de toda consolación los oportunos remedios para los males presentes...

»Con fe, amor y esperanza dirigimos, pues, a El nuestra oración. Mire El con indulgencia, especialmente en este Año Santo, a esta Humanidad oprimida por tantas desventuras, agitada por tantos temores y por las olas de tantas discordias...

»En la confianza de que todos responderéis con decidido amor a nuestras exhortaciones, os damos, con efusión de nuestro espíritu la bendición.»

Hasta aquí las palabras de la Encíclica ANNI SANCTI.

El Santo Padre, con visión clara y serena, ve el estado del mundo y los males que le amenazan, si con el retorno humilde y sincero de los hombres a Dios, su misericordia no lo levanta.

Optimismo

Entre tanta desventura presente y los horizontes cargados de males futuros, no faltan, sin embargo, para los verdaderos creyentes grandes motivos de optimismo.

«Si nunca llegó a culminar tanto la maldad de los hombres como en nuestros días, nunca tampoco llegó la Humanidad a sentirse castigada inexorablemente con un amor invencible de Dios.

»En un mundo donde abunda la malicia, esta sobreabundando el AMOR. Son enormes las masas de hombres que van sintiendo cada

vez más el castigo inaguantable de un amor misericordioso que les persigue sin cesar.

»Porque, ¿quién se resiste ante la amabilidad exquisita de Dios, reflejada en la actitud de la Iglesia, del Papa, de las Misiones católicas en nuestros días? ¿Quién podría encerrar en una estadística el número de almas que están aprisionadas fuertemente por el amor adorable del Corazón de Jesús, en la Eucaristía, en la Comunión diaria, frecuente, del primer viernes, reparadora, Adoración Nocturna, etc? Y las almas que ha abatido la Inmaculada de Lourdes en este siglo lúbrico, ¿quién las cuenta? ¿Y las que ha hecho llorar la Inmaculada Misionera de Fátima? ¿Y las que llevan el contagio de las inquietudes divinas a todos los rincones de la sociedad en alas de la A.C., de las Congregaciones Marianas, de incontables Asociaciones de Caridad? ¿Y la valentía de nuestros muchachos cristianos? ¿Y la pureza y gallardía de tantas jóvenes católicas que tienen a gala el mezclarse entre la sociedad corrompida con su virginidad consagrada? ¿Y la floración de vocaciones? ¿Y la abundancia de Sacerdotes santos, de religiosos y religiosas maravillosos por su eficacia en la obra de la recristianización integral de la vida? ¿Quién lleva la cuenta de todos los heroísmos que santifican, en proporciones cada vez mayores, la vida del hogar, la vida de la oficina y de ambiente del trabajo hasta hoy socializados?

»La actual vitalidad de la Iglesia es un hecho de consecuencias incalculables para fundar las esperanzas más optimistas. El siglo XXI ha de tener muchas deudas con nosotros, y nuestros héroes han de dar mucho trabajo a la Congregación de Ritos. Nuestro siglo dará Papas santos, Cardenales santos, Obispos, sacerdotes seculares y religiosos, misioneros y misioneras sin número, mártires incontables de todas las edades y clases sociales, hombres seculares, mujeres angelicales, etc., que escalarán las cumbres de la veneración universal y, muchos de ellos, la gloria de Bernini.» (P. Lucinio del SS. Sacramento, Revista de la Espiritualidad, Abril-Junio de 1950)

Seamos optimistas. Frente al mundo de la prevaricación se levanta hoy, en expresión del Santo Padre, el mundo de la expiación y de la reparación. Mucho, muchísimo se peca; pero mucho, muchísimo se llora y se ama. Contra un río de lujuria y de sensualidad

avanza otro más impetuoso de virginal pureza y de limpia castidad... Hay crímenes que provocan la ira de Dios, pero también sacrificios, heroísmos, amores que conmueven las entrañas de misericordia y amor de Dios.

Almas virginales

En el nuevo CAMPO de los Institutos Seculares la Iglesia reclutará legiones de almas virginales, las cuales, unidas a las que en los claustros oran y se inmolan, purificarán con sus virtudes el ambiente corrompido y envenenado de un mundo paganizado y provocador; santificarán con su perfecta y evangélica vida el hogar, la escuela, la oficina, el taller, el campo; aplacarán con sus sacrificios y continuas inmoluciones la cólera divina, justamente irritada por los crímenes del mundo, y atraerán sobre los justos y los pecadores las infinitas misericordias de Dios.

Sólo la Alianza (y no le van a la zaga otras muchísimas Obras) ofrece al Señor en España la oración ferviente, la expiación y reparación generosa y la ofrenda de una vida de fragancias, de más de 4.000 almas que han consagrado a su divino Corazón por completo sus amores, sus fuerzas, sus actividades, su alma toda y su vida entera.

Si nosotros, los Sacerdotes de la Alianza, conociéramos la fuerza de estas almas en el acatamiento divino, gustosamente gastaríamos todas nuestras energías, sudores y la vida entera, en fomentar estas divinas vocaciones.

Con todo, el optimismo que hemos apuntado arriba exige justamente de nosotros una incesante colaboración apostólico-sacerdotal, ferviente y celosa.

Nuestra misión y nuestra responsabilidad en los momentos presentes son de una gravedad extraordinaria. La distracción y la apatía de los buenos podrá tener su explicación; pero no la tiene el descuido de los Sacerdotes advertidos y conscientes. Los que durante veinticinco años hemos mostrado simpatía y amor a la Obra de la Alianza, no podemos en la hora presente presentarnos indiferentes y rezagados en nuestro ministerio por ella.

La Iglesia, con su autoridad suprema, ha hecho la presentación pública de esta Obra, considerando oportuna y eficaz, en su seno, la

vida, la influencia y la actividad del nuevo Instituto. Luego, deber nuestro es colaborar en ella, ayudarla en su desarrollo, en su perfección, en su vida y en su apostolado específico y general, ya que, ayudando a la Obra, ayudamos a la paz del mundo y al triunfo de la causa católica de un modo seguro y eficaz.

Hartos estamos de oír y de leer; que mucho más eficaz es delante de Dios la oración y el sacrificio de una sola alma santa consagrada a Dios, que las obras y la oración de mil almas mediocres. Muchas almas santas hemos enumerado arriba... También la Alianza las tiene en sus filas; su vida y su sacrificio en medio del mundo pueden ser providencialmente definitivos...

¡A Dios por María, a María por la Alianza! ¡Ayudémosla todos a cumplir su misión!

ANTONIO AMUNDARAIN

Madrid, Mayo de 1950.

P.D.- En el momento de echar nuestra firma sobre lo que hemos escrito, nos llega la copia de un interesantísimo sermón que Su Santidad predicó a los fieles de Roma y del mundo entero, el domingo de Pasión, 26 de Marzo, cuyo texto es una prueba de todo lo que aquí decimos y cuya lectura recomendamos vivamente a nuestros lectores.

UNA RECOMENDACIÓN VALIOSÍSIMA

Sin otro comentario, porque hay cosas que ellas por sí solas se comentan, insertamos aquí el texto de la constitución Sinodal 239, p. 3, de la diócesis de Sigüenza, que a la letra dice así:

«Los Sres. Curas pondrán gran empeño en asociar a las jóvenes bajo el patrocinio de la Virgen Inmaculada, para que le rindan culto, le imiten y obtengan su protección sobre todo en la defensa de la pureza. Entre las jóvenes más piadosas y amantes de esa santa virtud, fomenten la Alianza en Jesús por María».

Así tan a las claras, el amadísimo Prelado de aquella diócesis y sus Sacerdotes se complacían en recomendar nuestra Obra en un documento tan oficial como son las Constituciones Sinodales, el código particular al que han de ajustar todos su conducta en adelante.

Seminador Casti Consilii

Junio 1950

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 84
AÑO X

Campanas veraniegas

Es lamentable, aunque tiene difícil remedio, que, llegados a esta época del año, hayamos de suspender aquellas nuestras actividades que, con santo afán, iniciamos todos los años al finalizar la temporada de verano.

Parece que la misma liturgia de la Iglesia, que comienza su ciclo de festividades y misterios por Adviento, abre un paréntesis desde la festividad del Sagrado Corazón hasta la de Cristo Rey y Todos los Santos, como si forzosamente se viese obligada a tolerar varios meses de descanso.

Triste necesidad, pero necesidad al fin para muchos de nuestros Hermanos que han llevado el peso de muchos y trabajosos ministerios, tal vez solos o con escasa ayuda, durante una novena de meses continuos y bien cargados.

A estos les urge un buen descanso, un cambio de aires y de ambiente y una ayuda a su salud gastada, junto con un dulce reposo espiritual.

Pero no todos estamos en el mismo caso. Ni nuestros ministerios han sido tan fuertes y agotadores, ni nuestra salud ha sufrido tales quebrantos, ni a nuestra cabeza han atacado desgastes y mareos, ni nuestros espíritus han palpado la disipación y el relajamiento en su vida.

Muchos de nuestros Hermanos con solo un pequeño cambio de postura, de ambiente, de actividad, de panorama, quedan perfectamente capacitados para emprender provechosamente una nueva actividad en favor de las almas.

Y ¡qué bien por ahí una campaña de apostolado, en pleno verano, entre tantas almas distraídas, derramadas y perezosamente apartadas de la intimidad de Dios, a las que, desgraciadamente y para desdicha

suya, se suman no pocos de nuestros propios hermanos en el sacerdocio!

o o o

Es, en verdad, lamentable y bochornoso que dejemos libre y abandonado el campo a la acción destructora del enemigo, que cuenta con tantos y tan poderosos medios para destruir todo el bien hecho en los nueve meses anteriores del año.

Afortunadamente (y los hechos cantan) conocemos sacerdotes fervorosos, cuyo veraneo es una renovación apostólica, que se ofrecen a prestar sus servicios de capellán o de director en campamentos de descanso, Frente de Juventudes, Hermandades, cursillos y ejercicios de verano, etc., con gran aprovechamiento de las almas. Pero la masa inmensa de veraneantes de ambos sexos se mueve a sus anchas, sin otro fin que el de disfrutar y gozar, atizado por todas las pasiones y por todas las libertades.

Tarde es ya para que nosotros propongamos hoy una campaña bien organizada por grupos, de sacerdotes de la Alianza (y aunque no lo fueran), que se lanzaran, con espíritu apostólico, a las grandes concentraciones veraniegas, como San Sebastián, Santander, Zarauz, Vigo, etc.

Con todo, y aunque venimos tarde, no podemos menos de reconocer la necesidad de este apostolado, y recomendar a nuestros Hermanos, como sembradores del casto consejo, el que, entendiéndose entre sí, dos o tres aquí, tres o cuatro allí, otros tantos por otro lado, promuevan, con verdadero celo y con gran constancia, campañas de apostolado, que podrían concretarse en estos dos puntos: 1.º) Moralidad pública y privada, personal campaña por la pureza, propaganda de libros y estampas por su triunfo, etc. 2.º) Sostenimiento y fomento de la vida espiritual y de piedad contra el ambiente de frialdad, disipación, vida pagana y carnal, fomentando cultos, ya públicos ya privados, de piedad: oración, reparación, días u horas de retiro, comunión frecuente, vida eucarística, vida mariana, rosario vespertino o de aurora, etc.

A esto cooperarían las hermanitas de la Alianza de los lugares en que tal campaña se promoviera, si allí hubiese algún grupo de estas almas.

Donde quiera que vayamos, no podemos disfrazar nuestra condición; somos y debemos ser sacerdotes, y sacerdotes de una Institución que lleva en su blanca bandera ideales de restauración cristiana por la pureza y la espiritualidad de las costumbres.

Madrid, junio de 1950.

ANTONIO AMUNDARAIN

TODA LA VERDAD DE LA ALIANZA

La Alianza, que equivale a decir: «la santidad en plena calle, con destellos y fragancias de pureza angélica y ardores seráficos de amor a Jesús, viviendo en martirio a fuego lento sobre la parrilla del sacrificio cotidiano», pide a las almas que en ella viven, un esfuerzo, una generosidad y una constancia a toda prueba.

Muchos que oyeron hablar de ella en sus principios, dijeron: «Vida hermosa es ésta, pero imposible de llevar a efecto en medio de un mundo tan pagano y tan materialista».

Poco ha influido en nuestro ánimo este juicio desfavorable sobre la Alianza, porque llevan varios años ejercitándose en ella buen número de almas previamente escogidas.

Sueño, no; realidad

La Alianza no se ha fundado sobre un sueño, sino sobre una realidad vivida en años. Además, que no hemos sido nosotros los primeros que entrábamos en estos berenjenales; ya almas generosas habían alcanzado triunfos gloriosos en esta empresa, antes de comenzar nosotros a pisar su ruta. La vida de perfección seglar ya era un hecho en la Iglesia a raíz de la revolución francesa, que dió lugar a reacciones vigorosas entre las almas. Los grandes males traen inmediatamente la necesidad de grandes bienes, y, ya a fines del siglo XVIII, comenzó a vivir una vida eminentemente religiosa, pero sin ligarla con las formalidades canónicas características y propias de aquélla.

En pleno y mundanísimo París, el año 1790, se creó un Instituto llamado «Hijas del Corazón de María». En Marsella, el año 1821, otro Instituto llamado «La Obra de la Juventud». Más tarde, «Las Hermanas

de Nuestra Señora del Trabajo». Y en Milán, últimamente, el apostólico Padre Gemelli fundó la Obra de «La Realeza de Nuestro Señor Jesucristo», que fué aprobada por la Sagrada Congregación el año 1939.

Sabía la Iglesia la existencia de estas Sociedades en Alemania, Austria, Italia, Holanda, España, Francia, etc., y cabalmente la existencia y prosperidad de tales Obras dio ocasión a la creación de los Institutos Seculares, que hoy son un acontecimiento en la Iglesia.

Lo dice así el Rvdmo. Padre Siervo Goyeneche, C. M. F., en un precioso opúsculo que titula «Annotationes ad Const. *Provida Mater Ecclesia*». Son estas sus palabras: «Ha dado ocasión a esta Constitución Pontificia el fenómeno, que ya no era posible ignorarlo, de una nueva forma de apostolado y de perfección cristiana, que comenzaba brotar en todas partes, la cual, mientras por un lado excedía a la condición y forma de las asociaciones de simples fieles, por otro no era posible adaptarla a la vida propiamente religiosa. Y de ahí nació la necesidad de designar a estas Instituciones su propio lugar y definir su naturaleza y condición. Lo cual egregiamente ha venido a realizarse por la Constitución *Provida Mater Ecclesia*.

Y después de concretar el sabio religioso el significado y alcance de la frase *estado de perfección*, concluye con estas palabras: «Luego Nuestro Santísimo Señor, Pío XII, con la suprema autoridad que ejerce, ha decretado elevar al *estado canónico* de perfección, a estas nuevas asociaciones eclesiásticas, las cuales en adelante se llamarán **Institutos Seculares**, introduciendo de este modo una nueva categoría en los caminos de perfección».

De abajo arriba

No es, pues, la Iglesia la que se adelanta a crear para las almas una nueva forma de perfección cristiana; son ellas las que, viviendo esta nueva forma de vida, han pedido a la Iglesia la creación de un nuevo estado de perfección.

Ahora bien: la Alianza encierra una de estas formas nuevas de perfección; la Alianza viene viviendo estas formas desde hace más de 25 años, a tenor de unos Estatutos, que los Ordinarios de toda España sucesivamente fueron aprobando y bendiciendo, sobre los sólidos fundamentos de los consejos evangélicos y la total consagración a Dios, en medio del siglo, de las almas que la abrazaron.

Al concretar hoy la Iglesia la forma canónica y las normas generales y específicas para estos Institutos, ya no son éstos libres para acomodar y orientar a capricho su propio funcionamiento y vida, sino que, guardando sus peculiares características, su objetivo y sus fines, deben acomodarse enteramente a los modos y condiciones que la Constitución *Próvida Mater Ecclesia* determina; mediante las cuales, distinguiéndolos y separándolos de las asociaciones de simples cristianos y de las sociedades propiamente religiosas, quedan constituidos jurídicamente, por la Suprema Autoridad de la Iglesia, en la nueva modalidad de perfección cristiana.

Por eso la Alianza, desde el momento en que ha pedido ser incluida en los *Institutos Seculares*, no puede moverse a su antojo, ni al de su fundador y Consejo General, sino que sus Constituciones, su Regla, sus costumbres y prácticas y su gran apostolado deben, con absoluta sumisión y dependencia, moverse y orientarse a tenor de la citada Constitución, por ser ésta la única forma jurídica de todos los *Institutos seculares*.

Afortunadamente la Alianza, para acomodarse a este egregio Documento, no ha tenido necesidad de salirse de ningún punto esencial, categórico y fundamental de su primitiva forma y constitución. La conformidad en todo con este Documento Pontificio se ha llevado a efecto con sencillas y accidentales modificaciones, que, en vez de desfigurar la Obra, la han caracterizado y configurado mejor y con más perfección en su primitivo y auténtico ser y vida. Tanto es así, que personas interesadas que no acababan de ver, con la claridad con que lo deseaban, algunos perfiles de la Obra, los verán definidos ahora a su gusto.

Sin embargo...

con ser la misma, exactamente la misma, la Alianza hoy, como Instituto Secular, para muchos que de ella tenían un conocimiento muy superficial y tal vez equivocado, aparecerá ahora completamente nueva.

Verán que la Alianza, en conformidad con el canon 487 del D. C., es una «pública profesión de los consejos evangélicos, en orden a la consecución de la perfección de la caridad». (Goyeneche, Opus. cit.).

Y verán más. Verán que, a tenor del art. III, Part. dispos. de la *Próvida Mater Ecclesia*, la Alianza posee, como la médula de toda la citada Constitución, los elementos vitales que en ella se concretan:

a) *Profesión* o plena consagración a la vida de perfección cristiana, por el ejercicio y práctica de los tres votos de castidad, pobreza y obediencia, de la misma manera y alcance con que se practican en los Institutos Religiosos.

b) *Incorporación* de todos los miembros del Instituto, con el consiguiente vínculo que de ella nace y que une entre sí a la Alianza y sus miembros; con vínculo estable (perpetuo o temporal) que le obliga a una generosa entrega a la Obra, recabados previamente de los suyos los derechos que al efecto le asisten, a fin de que, según la norma de las propias Constituciones, en este mutuo vínculo el miembro viva su entrega y el Instituto cuide y atienda al miembro.

c) *Residencia* temporal o perpetua en las Casas del Instituto, conforme a las circunstancias de familia que hagan posible la debida independencia, ya por tiempo determinado, ya indefinidamente o por siempre. Esta residencia es complemento del apartado anterior, y, aunque en los Institutos seculares no es obligatoria, como en las religiones de vida común, lo es temporalmente, en concepto de fraternal convivencia, con relativa independencia de sus propios familiares, para que en los Institutos, en vida de intimidad y recogimiento, reciban todos los miembros el espíritu y la vida propia de la Obra que abrazaron.

Verán también que la Alianza tiene un gran apostolado, y que este apostolado no es letra muerta que figura en las Constituciones, sino que lo ha venido ejerciendo durante los veinticinco años que la Obra tiene de vida; y que no es una fuerza mayor que ahora obligue a la Obra a señalar este inmenso campo, ya que, las Constituciones no han hecho otra cosa que traducir en el *escrito*, lo que por obra y *de hecho* la Alianza venía realizando desde su fundación; como puede verse gráficamente en las Memorias de las Asambleas Generales que la Alianza ha celebrado cada tres años consecutivos.

Verán que esta Institución, *Alianza en Jesús por María*, posee una vida propia, completa, total, superior a la de las Asociaciones de simples fieles, de perfección cristiana, por la práctica de los consejos

evangélicos y a tenor de la Constitución antes citada y las Constituciones propias, y que esta vida tiene su asombrosa expansión en un apostolado específico y general que abarca todos los campos y todas las actividades que caben en la vida de una joven cristiana, por las almas, sin olvidar nunca el suyo propio y peculiar por **el triunfo de la pureza en el mundo**.

Verán, en una palabra, que la Alianza es una legión de almas que viven su vida de perfección en el siglo, trabajan en todas las actividades apostólicas y mueren con el *triunfo de la pureza* en los labios y en el corazón.

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Julio-Agosto 1950

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 85
AÑO X

ESTABILIZACIÓN

La realidad

La Alianza no es un proyecto que fluctúa en el aire. La Alianza es un hecho real que vive, cuyos ensayos pasados confirmaron, no sólo su posibilidad, sino también su realidad, viva y palpitante, con señales claras de su evidencia.

Aquellos ensayos que, bajo duras pruebas, han desfilado sin interrupción en estos 25 años, han servido para dar firmeza y seguridad a la Alianza, la cual queda ahora rubricada por la autoridad de la Iglesia, que la encuentra digna y bien arraigada para ser verdadero estado de perfección, a tenor de la Constitución «Provida Mater Ecclesia».

La Alianza es perfecto ESTADO (en griego «statis»), etimológicamente «acto de estar», aplicado al hombre «rectitud y quietud», o sea «perfección con inmutabilidad». La Alianza es estado de perfección con todas las garantías que la Iglesia exige. Su vida marca a todas las almas que la abrazan, un sendero seguro con sus características específicas de santidad.

Las Constituciones propias por que se rige, le marcan esta vida y la distinguen de todas las demás Obras, y éstas, pasadas por el tamiz de una Comisión especial de la Sagrada Congregación, le dan todo u vigor, su firmeza, su autoridad y su estabilización. Con lo cual las Organizaciones, Centros, Casas y todos sus organismos van camino de esta consolidación y afianzamiento. Y las aliadas, abrazando, cada cual en su marco correspondiente, esta vida, caminan también hacia su definitivo ideal de una vocación segura y estable.

¿Qué falta?... Falta una urgente estabilización de la clase sacerdotal que actúa y trabaja en esta Obra.

El sacerdote tiene gran poder para dar a las almas y a las obras toda la firmeza y seguridad en su vida moral y sobrenatural: pero

también tiene poder no pequeño para agitarlas, con inquietudes dramáticas y atormentadoras, a todo género de viento.

Nuestro influjo.

Un sacerdote virtuoso y sabio en medida suficiente para su misión sacerdotal, formado en la doctrina de la santidad sobre sólidos y tradicionales fundamentos, con criterio sano y juicio recto y sereno, no egoísta, ni cerrado, ni veleidoso, es una garantía para las almas y las obras que se encomiendan a su celo y a su amor. Pero un sacerdote demasiado inquieto, que ensaya muchas escuelas y no opta por ninguna; que no admite normas, ni orientaciones, ni enseñanzas ajenas; que se cierra en un criterio personal muy suyo; u otro que se mueve sin rumbo fijo «omni vento doctrinae», sin justeza en ninguna, sin criterio razonado ni juicio maduro, inconstante para sí y para los demás, es un verdadero peligro para las almas y para toda obra que se le encomiende.

La Alianza, pues, necesita para su completa estabilización, que los sacerdotes que la apoyan y colaboran en ella, se establezcan también por medio de una humilde sumisión y generosa entrega a todo lo que significa, no sólo disciplina, dirección y gobierno de la Obra, sino también doctrina y espíritu de la misma, con su alcance, significación, interpretación y modo de entender justo y riguroso.

Nuestro Instituto necesita, no solamente entre sus miembros, sino también entre los Sacerdotes que la ayudan y protegen, la más completa unidad de pensamiento, inteligencia, juicio y criterio de espíritu y doctrina, tanto en lo que es fundamental en la Obra, como en su régimen disciplinar, movimiento y orden de la misma. Para lo cual tiene importancia extraordinaria el establecimiento de una especie de jerarquía entre ellos, con distinción de los que ejercen algún ministerio importante en la Obra y los simples colaboradores y simpatizantes de ella.

En nuestras correrías por toda la Obra, que hemos de iniciar el próximo Agosto, iremos pulsando las disposiciones, alientos y generosidades de nuestros queridos hermanos, con el fin de dejar solucionado en la Alianza este importante punto.

Aránzazu y Julio de 1950

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminador Casti Consilii

Noviembre 1950

SUPLEMENTO DE "*Lilium inter spinas*"
(*Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza*)

NÚM. 88
AÑO X

Nuestra postura

Muchos de nuestros venerables Hermanos Sacerdotes de la Alianza, al ponernos en contacto con ellos en esta larga visita que hemos girado a los Centros más numerosos de la Obra, nos han preguntado con muestras de cierta preocupación y ansiedad: ¿a qué se reducirá ahora la actuación de los Sacerdotes en la Alianza?

Con la competencia, acierto y arte que le son peculiares, ya ha contestado a esta pregunta nuestro Hermano el Vice-Director General, cuyas palabras repetidas aquí serían la mejor portada a este articulejo que escribimos sobre el mismo tema, con algunas nuevas consideraciones y disposiciones que, para su complemento, requiere este asunto.

Además, también nosotros hemos contestado de palabra a muchos de ellos, fuera de lo que se ha dicho en las instrucciones dirigidas a las aliadas reunidas en aquellos Centros. Ahora por escrito lo repetimos y lo ampliamos, para mayor claridad del asunto, tanto para ellos como para los que no nos han escuchado.

I. No somos Directores de la Alianza

Por voluntad de la Iglesia, la Alianza se gobernará por sí sola, lo mismo que se gobiernan las Congregaciones de Religiosas, siendo la única autoridad suprema de la Alianza la Directora General, a la que asiste su Consejo de cinco miembros, dividiéndose la Obra en

Organizaciones Regionales y Locales, al frente de las cuales actuarán los respectivos Consejos, dependientes del General.

Ningún Sacerdote tiene, pues, intervención directa en el gobierno y dirección de la Obra: que son derecho exclusivo de sus propios miembros.

Sus reuniones, juntas, acuerdos, disposiciones y mandatos no requieren para su validez intervención alguna de otros elementos que no sean miembros del Instituto; por lo tanto, no siendo el Sacerdote miembro de la Alianza en su estricto sentido, no podrá en adelante imponer su autoridad, ni su voto o criterio personal, en la vida íntima de la Obra, en las juntas o reuniones a las que pueda ser invitado ni en los demás asuntos pertinentes al gobierno de la misma.

II Actuación importantísima del Sacerdote

No obstante el Sacerdote tiene en la Alianza una misión importantísima y trascendental.

A) Aquellos Sacerdotes que, por su extraordinario afecto y amor a la Obra, quieren estudiar a fondo la vida íntima de este Instituto, sus propias Constituciones, los documentos pontificios *Provida Mater* y *Primo Feliciter*, la Instrucción *Cum Sanctissimus Dominus* y otros que hayan de venir, y cuanto para su complemento se ha escrito en estos últimos años sobre la Alianza, habrán de figurar en nuestra Organización EN PRIMERA FILA, como elementos de garantía, con misión especial de consejeros, consultores o asesores, para que nuestras aliadas no se vean obligadas a caminar a solas, sin una luz que las guíe, sin un consejo que las asegure y afiance en tantos trances oscuros que necesariamente habrán de encontrar. «Aun cuando, como dice muy bien nuestro amadísimo Vicedirector General, esta misma función no ha de estribar en un derecho que tengamos los Sacerdotes de la Alianza, sino en una invitación o requerimiento del Consejo General en algunos casos, y de los Consejos Regionales y Locales en otros, para que se la prestemos», acerca de los puntos difíciles y oscuros que exijan la opinión autorizada de los representantes de la Iglesia, ya sobre las mismas Constituciones del Instituto, ya sobre los documentos pontificios existentes o que en adelante puedan aparecer.

Estos Sacerdotes deben ser preferentemente invitados a dar a nuestras aliadas conferencias o instrucciones sobre puntos doctrinales de la Obra, y sobre otras Instituciones u Obras relacionadas con la nuestra, a dirigir sus Ejercicios espirituales, a formarlas en materias ascético-místicas de la vida espiritual, y a atender a otros ministerios importantes que tengan que ver con aquellas.

B) Aquellos otros Hermanos, Sacerdotes de la Alianza, que, por sus ocupaciones u otras causas, se vean en la imposibilidad de profundizar en el conocimiento de la doctrina y vida de la Alianza; pero que, con todo, sienten afecto hacia la Obra y ofrecen gustosamente su colaboración en favor de ella, podrán cumplir desinteresadamente sus oficios de capellán, de confesor, de maestro de canto o de liturgia, y aun dirigir días de retiro, instrucciones sobre puntos generales de la vida espiritual, religión, moral y materias complementarias que tan eficazmente ayudan a la formación integral de las aliadas.

Inmenso es este campo que se abre ante el Sacerdote que, sin compromiso de ningún género, puede con gran celo escoger en él la parte que más le agrade, de acuerdo con la Directora y los miembros del Consejo respectivo, a fin de que este apostolado más se conforme a los fines y consignas de la Alianza y aproveche más cumplidamente a todos.

C) Estos y aquellos pueden y deben colaborar generosamente (y esta es labor sacerdotal muy nuestra) con su pluma y arte literario, -que a muchos de los nuestros abundantemente sobra-, en la nueva revista que, en este año de tantos y tan extraordinarios recuerdos, proyectamos y que, como órgano oficial de nuestro Instituto, desearíamos apareciese, Dios mediante, coincidiendo con la fecha del 2 de Febrero de 1951. Fundidos LILIUM y SEMINATOR en una sola revista (aunque ello no excluya el que privadamente existan otros medios de comunicación escrita), debe ésta ofrecer manjar espiritual a ellas y a nosotros mismos y a todas aquellas almas que *teórica y prácticamente* quieran saber y *ejercitarse* en la vida de perfección sobrenatural; dentro de los ideales y características peculiares de la Alianza, intentaremos marcar a las almas este camino de la perfección cristiana, no único, pero sí nuestro, como si dijéramos, de nuestra escuela.

Y aquí, sí queremos y pedimos, por Dios y por las almas, a todos nuestros Hermanos una generosa, laboriosa, sacrificada y constante colaboración.

No va a ser poca la ayuda que la Alianza espera de nuestros Hermanos en todo lo que arriba queda expuesto. A lo que añadimos, como punto aparte, su intervención franca y poderosa, ya directa, ya indirecta, en DEFENSA de la Obra contra los muchos obstáculos y tal vez persecuciones de que pueda ser objeto –porque la Alianza los ha tenido y seguirá teniéndolos-, contra los cuales la voz y la pluma sacerdotales son armas de extraordinaria eficiencia.

III Fortísima unión entre todos

Unión ente sí íntima y fraternal de todos los Sacerdotes regulares y seculares, en este gran movimiento y unión de todos ellos con las almas que forman el jardín de la Alianza.

No renunciamos, de ninguna manera, a la primitiva idea de fomentar y mantener la más estrecha HERMANDAD entre todos los Sacerdotes amantes de la Alianza, *regulares y seculares*. El amor que todos debemos profesar a la Alianza y a las almas virginales que en ella viven y se santifican, debe ser un lazo y un estímulo para acrecentar la caridad sobrenatural y la hermandad espiritual que debe reinar entre nosotros. Los 25 años pasados dan bello testimonio de lo que ha sido esta cristianísima y apostólica fraternidad entre nosotros y los óptimos frutos que ha producido en nuestras almas.

Lejos, pues, de que la nueva modalidad de la Alianza en lo que atañe a nosotros, venga a desvirtuar y aminorar esta hermandad y este contacto espiritual que hasta el presente hemos mantenido tan ardiente, tan puro y tan sobrenatural entre nosotros, el afianzamiento que la Iglesia ha dado a la Obra con su aprobación, ha de influir poderosamente en la estabilización y arraigo de nuestras mutuas relaciones y lazos de unión y alianza con todos. La verdad de la Alianza es fundamento de la verdad de nuestro movimiento sacerdotal. Si Dios y la Virgen han bendecido y favorecido la Alianza, no habremos quedado nosotros excluidos de tales tesoros.

La nueva forma de estas relaciones con la Obra no nos distancia de ella, ni de su poderosa influencia y virtud en nuestra vida sacerdotal. La inmaculada y abnegada, pura y sacrificada vida de la Alianza, practicada hasta el heroísmo por tantos miles de almas, seguirá espoleándonos hasta lograr vivirla nosotros con ellas y como ellas.

No pocos de nuestros Hermanos son hoy tal vez más sacerdotes, merced a esta influencia salvadora que sobre ellos ha ejercido la Alianza. Este influjo no sólo no disminuirá, sino que crecerá y aumentará desde que la Alianza, como Instituto Secular, viva canónicamente la vida de perfección por la práctica de los consejos evangélicos en el siglo.

Ni a ellas, ni a nosotros conviene una total separación.

No a ellas, porque la misma naturaleza, forma y vida de la Alianza requiere imperiosamente la continua asistencia del Sacerdote con sus múltiples y variados ministerios. La vida claustral no tiene acaso los problemas que a diario se le plantean a esta otra vida que en pleno siglo tiene que desarrollar la Alianza; problemas que sólo el Sacerdote, conocedor práctico de ellos, podrá solucionárselos satisfactoriamente. Y únase a esto la intensa colaboración que nosotros debemos realizar en favor de la Obra, con almas sedientas de perfección secular cristiana, «anhelantes de una pureza que en el mundo falta», de una vida de sacrificio y abnegación que hoy los cristianos y cristianas regalones rechazan de plano y de amor más «limpio», más elevado, más espiritual, más santo que, sin mezcla de terrenos afectos, quieren todo íntegro para Dios.

Y ¿quién marcará un rumbo tan especial y definitivo a estas almas, sino el Sacerdote conocedor de tales caminos y de tales formas de vida?

Pero tampoco una total separación nos conviene a nosotros. Y no nos conviene, porque estos ministerios sacerdotales apostólicos con estas almas, como arriba lo decimos, «ejercitándolos santamente, con pureza de intención, unión interior con Dios, generoso olvido y esforzada abnegación... han de aprovechar a nuestra vida interior». Lo dice así el Santo Pontífice, Pío XII, en su Motu Proprio *Primo Feliciter*.

Y ¿no responde a este nuestro pensamiento lo que acaba de decirnos el mismo Pontífice en su última Exhortación al Clero del

mundo, donde se insiste sobre la necesidad de la santidad, de la vida interior, de la piedad con convicción, del espíritu de fe, de las virtudes eclesiásticas, de la castidad sólida y probada, de la devoción al Santísimo Sacramento y a la Virgen, etc., todo lo cual se respira *vividamente* en la Obra de la Alianza?

Si el Sacerdote es poderosa ayuda a la Alianza para su santidad, también lo es la Alianza, con su vida, ejemplo y ambiente, para la santidad sacerdotal, en medio de un mundo que todo lo corrompe y paganiza.

IV Este movimiento no es para todos

Ilusoria sería semejante pretensión, si nos empeñáramos vanamente en querer empujar por este camino a todos nuestros Hermanos. No a todos puede llegar a interesar de momento este plan, esta vida y este apostolado; otros puede haber, y hay ¿quién lo duda? excelentemente superiores. No es intento nuestro arrastrar a todos violentamente a nuestro campo; bástanos, y con ello quedaremos satisfechos, que los que actualmente, atraídos libremente a él por el espíritu de Dios, se encuentren firmemente afianzados en este movimiento sacerdotal, acepten plenamente nuestras consignas y se ofrezcan a seguir las, no por obligada *sumisión*, sino por arraigada y plena *convicción*.

Necesitamos Sacerdotes en la Alianza. Pero:

a) Sacerdotes que totalmente sienten y quieren vivir el espíritu de la Alianza, porque, convencidos plenamente de que su propio *ser* sacerdotal les exige vida de santidad sacerdotal, aspiran con la mayor eficacia a la perfección evangélica por la práctica de los consejos evangélicos.

b) Sacerdotes que entienden que su misión sacerdotal no debe mirar única y exclusivamente a la salvación de la masa común de los fieles, sino que reconocen, como deber suyo apostólico, llevar hacia la perfección cristiana a aquellas almas selectas, llamadas por Dios a más altos designios, de unión y amor con El.

c) Sacerdotes que admiten, como verdad indiscutible, que el Evangelio íntegro y las enseñanzas de los Apóstoles y de los SS. Padres

son los únicos auténticos códigos y normas de vida que deben ser aplicados sin distinción a todos los cristianos: siguiendo en todo las directrices marcadas clara y terminantemente por el divino Maestro, cuando dijo: «*Intrate per angustam portam*»...«*Qui autem solverit unum de mandatis istis minimis*»...«*Nolite conformari huic saeculo*»...«*Qui vult venire post me abneget*»...; y condenando enérgicamente los procedimientos *modernos*, a los cuales cabalmente hace alusión el Santo Pontífice en la IV parte de su Exhortación al Clero del mundo; procedimientos no tradicionales, de un espíritu suave y comprensivo, de adaptación al medio-ambiente, de ascetismo muy limado, de virtudes espontáneas, de piedad con dulces, etc.

d) Sacerdotes que miran los acontecimientos con espíritu de fe, que ven los males del mundo multiplicados, corrompidas las costumbres, violados los derechos de Dios, irritada la justicia divina, que no se aplaca sino poniendo por obra el mensaje de Fátima: «Oración y penitencia».

V. Se impone una revisión

Hemos mirado nuestro fichero y lo hemos confrontado con los Hermanos que íbamos saludando en nuestro camino por los Centros o de quienes nos han informado. Y a la verdad, de los muchos cientos de Sacerdotes que en él figuran, algunos, desgraciadamente bastantes, son francamente extraños a nosotros; ya hoy no tienen contacto con la Alianza, ni deben **de** sentir gran entusiasmo por ella, aunque tal vez lo sintieran cuando hace mucho dieron sus nombres.

Y a fin de cortar una estadística ficticia y ponernos en la verdad, hemos pensado renovar el fichero de los Sacerdotes de la Alianza dejando en él solamente a los que hayan de ser auténticos PROTECTORES de la Obra que, aun cuando *oficialmente* al margen de la misma, *prácticamente*, en su variadísimo ministerio, estén muy unidos a la Obra, y de los cuales, como ya se ha dicho, según la naturaleza del oficio que se les encomiende, dentro de la denominación general de «PROTECTORES DE LA ALIANZA» sean, unos Padres espirituales, otros consejeros o consultores; éstos abogados y defensores, aquéllos humildes capellanes, quiénes entusiastas

colaboradores, no pocos simplemente buenos amigos y simpatizantes de nuestro Instituto.

A este fin:

a) Todos aquellos Hermanos nuestros que, amando sinceramente la Obra, quieran, con alguno de los oficios indicados, figurar en nuestro fichero auténtico, se servirán llenar el adjunto boletín y entregarlo al Director o Delegado del Centro o Grupo donde radique su residencia, para que estos lo remitan a nuestras señas personales: San Agustín, 20 – 2.º (Madrid) (1).

b) Todos aquellos Hermanos nuestros que no hayan dado señales de vida para el 31 de Diciembre próximo, se entenderá que no desean seguir formando parte de nuestro movimiento sacerdotal y que, por tanto, quieren ser excluidos de él.

Madrid, 17 de Octubre de 1950.

ANTONIO AMUNDARAIN

(1).- No hay inconveniente alguno en que este boletín se nos remita directamente o se entregue a la Directora o Delegada respectiva de la Obra.

Seminator Casti Consilii

Diciembre 1950

SUPLEMENTO DE "Lilium inter spinas"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 89
AÑO X

¡Tanta austeridad!...

Tal vez, al leer nuestro anterior trabajo, los buenos Hermanos de la Alianza se habrán formado un juicio poco favorable acerca de los puntos que hemos señalado, como requisitos para que un sacerdote (secular o regular) pueda sentir con nosotros de la Alianza y ser su abnegado *protector*.

Para que vean nuestros queridos Hermanos, que no hemos procedido tan ligeramente y, como se dice, a humo de pajas, vamos a darles en este número de SEMINATOR una explicación, ofreciéndoles para su consideración dos o tres razones que a ello nos han inducido.

Primera razón: la índole de la Alianza

Y sea la primera la especial condición, vida y espíritu de esta bendita *grey* que todos apacentamos y dirigimos.

La Alianza es obra de elevados ideales que descansan sobre un nivel al que no pueden llegar los que viven pegados al barro de la tierra, ideales de una vida de perfección cristiana íntegramente espiritual y sobrenatural, opuesta totalmente a las máximas del mundo pagano o paganizado.

La Alianza es un mentís rotundo y manifiesto con que venimos a negar y condenar la vida absurda, indigna de todos los que sentimos en cristiano y opuesta en todo al auténtico Evangelio y a su divinísimo Protagonista, Jesucristo Señor nuestro; vida moderna que se quiere ofrecer hoy a las almas como perfecto ideal y modelo con ficciones de santidad.

La Alianza nació, como sabéis, en un arranque de generosa y valiente protesta contra las claudicaciones de un pueblo que, contagiado por aires extranjeros, venía a renegar de la sana, pura y austera solera cristiana de sus antepasados.

Algo parecido hizo la Alianza, a lo que hizo aquel insigne y valiente padre de los Macabeos, el cual, al ver la claudicación y apostasía de su pueblo que se entregaba a los gentiles y ofrecía incienso a los ídolos, salió con todos sus hijos a los montes de Modín a llorar la desgracia de sus hermanos, y entrando en la ciudad de este nombre, gritó a grandes voces, diciendo: «Todo el que tenga celo por la ley y quiera permanecer firme en la alianza del Señor, que me siga» (I Macab. II, 27).

Un puñado, no más, de almas fieles y decididas comenzó en la Alianza a vivir las consignas de una vida íntegra, limpia, austera y evangélica, contra la apostasía de muchas que, mezcladas con las *gentes*, ofrecían incienso de adoración a los ídolos de un paganismo disfrazado, que hoy pública y descaradamente tiene templos abiertos a sus falsos dioses.

Ese es el principio de la Obra de la Alianza; esa ha sido su inalterable conducta, su camino y su único plan en estos 25 años, y esa ha de ser en adelante, sin paliativos ni transigencias, su única ley y consigna de vida.

La Alianza ha derribado todos los ídolos que el mundo adora e incienso. La Alianza no se mezcla con tales dioses; su vida íntegra está consagrada a Cristo. La ley de Dios, sus consejos, su amor puro y perfecto, vividos en medio del mundo; esa es la Alianza.

Y siendo este el espíritu y la vida de la Alianza, no podemos poner, para guía y protección de estas almas, sino a aquellos sacerdotes incontaminados, que reniegan de la vida moderna y *transigente* y abrazan íntegramente las directrices marcadas con claridad por el divino Legislador.

Segunda razón: nuestro sacerdocio

Otra razón. Aun prescindiendo de la Alianza y de su vida especial a la que ayudamos, sólo nuestra altísima condición de Sacerdotes del

Señor nos obliga a vivir y enseñar, y *enseñar viviendo*, la doctrina inmaculada, íntegra, sin quitar ni tilde ni coma, tal como el divino Maestro nos la legó en el Santo Evangelio, donde las consignas son terminantes para todos los tiempos, épocas y circunstancias.

A esto se obliga todo Sacerdote de Cristo; mas con esto no convienen las modernísimas y novísimas corrientes que vienen soplado de fronteras adentro, haciendo ver y creer a los incautos, que, además de la sombría, solitaria y sangrienta vía del Calvario, hay caminos que conducen y rematan en las cumbres de una *santidad* simpática, con trayectorias nada duras y espinosas, sino suavísimas, alegres, armoniosas y llenas de encantos y de atractivos.

Esas falsas corrientes, que no han nacido en los claros manantiales de nuestros grandes clásicos e insignes santos: Ignacio, Francisco, Juan, Teresa, Alcántara, y Ávila, sino que nos vienen de otras fronteras y fuentes, por donde cabalmente, hace siglos, las llevaron en su más pura esencia evangélica nuestros conquistadores, y ahora nos las devuelven falsificadas y oscurecidas por el humo del paganismo.

Esas corrientes perniciosas y peligrosas que, por desgracia, han encontrado ambiente en algún sector de nuestro cristianísimo suelo, nosotros, los Sacerdotes de una Alianza de almas íntegramente evangélicas y de vida plenamente *crístocéntrica*, no podemos aprobarlas, ni tolerarlas, sino al contrario condenarlas con la palabra; la vida, las costumbres, la conducta y las virtudes eminentemente sacerdotales.

Ni para nuestra vida propia sacerdotal perfecta, ni para la dirección espiritual de almas tan selectas cabe connivencia ni participación con semejantes doctrinas y con tan medianos maestros.

Precisamente ahora, cuando todo se resquebraja y, sobre lo que estamos sufriendo, amenaza un diluvio de males sin precedentes; ahora, Hermanos ¿vamos a buscar remedio a estos males (castigos que nos amenazan) en una vida muelle y en una piedad de merengue, bañándonos en piscinas perfumadas, aireándonos en alegres jiras, entreteniéndonos en ruidosos deportes, descansando en lechos blandos, recreándonos en amenos festivales y danzando en romerías con toda clase de comodidades y atractivos?

Pues esas son las corrientes que privan hoy, y tras ellas con ciega locura se lanzan, arrastrados por su infernal influencia, no sólo los alejados de Dios y de la salvación, sino los que tienen a gala pertenecer a la legión de honor en las filas del cristianismo, y a ello estamos expuestos nosotros, los pastores y padres de ellos, si no vigilamos sobre nosotros mismos y sobre nuestra delicadísima misión.

Dos citas admirables

¡Cómo contrastan con ese plan y conducta reprobables de tantísimos cristianos las palabras que nuestro Santísimo padre, el Papa Pío XII, dirigió a los seiscientos Obispos reunidos aún hace poco tiempo en Roma con ocasión de la definición solemnísimas del Dogma de la Asunción de Ntra. Señora, y recibidos por Él en audiencia!

He aquí las que salieron, entre otras, del corazón entristecido y amargado del Papa, Vicario de Cristo: «La segunda intención de oración es la que invoca un máximo espíritu de mortificación, de penitencia y de sacrificio voluntario conforme a los preceptos de Dios y de la Iglesia. Este espíritu preciso para frenar el exceso a que se ha llegado en el lujo y en el frenesí del placer».

Y en la Exhortación al Clero del mundo, sobre la santidad sacerdotal, cuya lectura íntegra es interesantísima, dice así: «Como toda la vida del Salvador fue ordenada al sacrificio de sí mismo, así también la vida del sacerdote, que debe reproducir en sí la imagen de Cristo, debe ser con El, por El y en El un aceptable sacrificio».

«En efecto, el Señor... se ofreció a sí mismo, hostia de expiación, como Cabeza de la humanidad, y por eso, *al encomendar su espíritu en las manos del Padre, se encomendó a sí mismo a Dios como hombre para recomendarnos a todos los hombres.*

»Lo mismo ocurre en el sacrificio eucarístico: Cristo se ofrece a sí mismo al Padre por su gloria y por nuestra salud. Y en cuanto que El, sacerdote y víctima, obra como Cabeza de la Iglesia, ofrece e inmola no solamente a sí mismo, sino a todos los fieles...»

«Ahora bien, si esto vale de todos los fieles, con mayor título vale de los sacerdotes que son ministros de Cristo, principalmente por la celebración del sacrificio eucarístico...»

«El sacerdote... en tan estrecho contacto con los divinos misterios, no puede menos de tener hambre y sed de justicia o dejar de sentir los estímulos de igualar su vida a su excelsa dignidad y orientarla hacia el sacrificio, debiendo ofrecerse e inmolarse a sí mismo con Cristo...»

«San Pablo (dice)... *Revestíos de Nuestro Señor Jesucristo*. Este precepto... vale de modo especial para los sacerdotes. Pero revestirse de Cristo no es sólo inspirar los propios pensamientos en su doctrina, sino entrar en una vida nueva... que debe también conformarse a los sufrimientos del Calvario... que transforme al alma hasta el estado de víctima, para que participe íntimamente en el sacrificio de Cristo. Este asiduo trabajo no se lleva a cabo con vanas veleidades ni termina en deseos y promesas, sino que debe ser un ejercicio incansable y continuo que lleve a la renovación del espíritu... debe ser ejercicio de penitencia que frene y gobierne los movimientos del alma...

»El sacerdote debe, pues, intentar reproducir en su alma todo lo que ocurre sobre el altar. Como Jesucristo se inmola a sí mismo, así su ministro debe inmolarse con El».

De buena gana seguiríamos citando nuevos e interesantes pensamientos que el Santo Padre revela en este precioso documento.

Con lo dicho creemos quedan suficientemente claros los extremos que venimos apuntando en este trabajo; a saber, que nosotros somos, en expresión de San Pedro Crisólogo, *Sacrificio y Sacerdote de Dios*.

Que nuestro sacerdocio se ejercite, se manifieste y se consume en nuestro propio sacrificio. Es este el sello de los Sacerdotes de la Alianza.

Madrid, 17 de Noviembre de 1950

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Enero-Marzo 1952

SUPLEMENTO DE "Lirios"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 95
AÑO XIII

Sacerdotes protectores de la Alianza

Hace un año

Por los meses de noviembre y diciembre de 1950 hicimos un nuevo llamamiento a todos los Sacerdotes que hasta aquella fecha figuraban en nuestro fichero, para que, en conformidad con las normas y tenor de vida que allí mismo proponíamos, suscribiesen libre y espontáneamente el boletín de inscripción que se acompañaba.

Durante los trece meses transcurridos desde aquella fecha hasta hoy, nuestra nueva lista de Sacerdotes ha alcanzado la cifra de 225 Hermanos, entre regulares y seculares.

A estos solamente nos dirigimos hoy, y con ellos hemos de organizar el nuevo plan de vida, de actuación y apostolado en el Instituto de la Alianza, ajustándonos a lo que está determinado en las Constituciones.

Organización

Se establece una agrupación de Sacerdotes (regulares y seculares) con la misión exclusiva, además de su propia santificación, de prestar su ayuda sacerdotal, espiritual y cultural religiosa, al Instituto de la «Alianza en Jesús por María», dentro de los límites y atribuciones establecidos, y que se expresan en los arts. 71 y 78 de la Sección Tercera y arts. 1 a 6 inclusive de la Sección Séptima de las Constituciones de la Obra.

Con independencia plena y sin subordinación alguna a los Consejos y Dirección del Instituto, constituyen aquellos entre sí una como jerarquía sacerdotal, en esta forma:

1.º El primero y principal es el Asesor General, que asiste al Consejo General del Instituto y a toda esta organización sacerdotal.

2.º Inmediatamente unidos a él y formando un cuerpo de Consejo, están los Asesores Regionales que asisten a los Consejos de este nombre en la Alianza y a los Sacerdotes de su jurisdicción.

3.º Siguen los Asesores Locales, de Centros y Grupos, con los mismos fines, jurisdicción y subordinación.

4.º A estos se agregan todos los demás Sacerdotes Protectores de la Alianza.

Dos grupos

En conformidad con el art. 4.º de la Sección Séptima y el 78 de la Tercera de las Constituciones, los Sacerdotes de la Alianza se clasifican en dos grupos. El primero menos numeroso lo forman los Sacerdotes ASESORES NATOS, y el segundo, más numeroso y menos principal, los simples PROTECTORES DEL INSTITUTO.

El *Asesor nato* es el que en la Alianza, como padre, maestro y abogado, guarda la más estrecha unión y comunicación con las aliadas de su jurisdicción. Su misión delicada, prudentísima y santa es la siguiente:

a) Atender en consulta privada a la Directora de su Organización, a cada uno de los miembros de su Consejo y a las aliadas que, en particular, soliciten de él luz y orientación en los casos relacionados con el Instituto.

b) Cumplir este oficio de *asesor* en las reuniones, consejos, asambleas, etc. de su jurisdicción, cuando a ellos sea invitado y en ellos se pida su consejo.

c) Trasmitir las órdenes y mandatos generales que den los respectivos Prelados, de palabra o por escrito, para todos los fieles de su Diócesis, y los que, con carácter particular, dirijan exclusivamente al Instituto o a los Sacerdotes del mismo.

d) Explicar y resolver, por sí o por otros, todo cuanto la Iglesia con su divino magisterio decreta y ordene, ya para el bien general de los fieles, ya también para la recta ordenación y vida de los Institutos.

e) Defender y proteger a la Alianza y a sus miembros contra toda persecución o simple oposición o simple obstáculo de que pueda ser objeto por parte de sus enemigos.

f) Prestar ayuda a la Obra en todos aquellos ministerios que el celo y amor a la Obra les sugiera, y los consejos y las almas se lo pidan.

El *Sacerdote protector* no guarda tan íntima relación con la Alianza, ni es tan continúa su asistencia a los oficios o cargos en su ministerio sacerdotal con la Obra.

No obstante, él es también el buen pastor y padre que ama la Alianza y con celo y sacrificio se ofrece a apacentar y guiar, en medio del mundo, a esta escogida grey que se le confía.

Su misión, que es delicadamente sacerdotal y preferentemente espiritual, no se implica en negocios y asuntos de gobierno, organización y dirección del Instituto. Para eso está el Sacerdote Asesor.

Sus oficios son: a) Confesor prudente, celoso, piadoso y asiduo de estas almas selectas, que requieren atención especial.

b) Director y maestro espiritual de conciencia, delicado magisterio que debe ejercitarse con la ciencia y virtud competentes, para acertar en los caminos de perfección cristiana por donde van estas almas.

c) Instructor idóneo, ya en materias de vida espiritual (su campo preferido), ya también en todo lo que afecta a la formación *integral* (art. 28 de las Constituciones).

d) Encargado de retiros espirituales mensuales y tandas de ejercicios anuales en las Casas de la Alianza, maestro de liturgia, sabio catequista, director de canto y música religiosa, etcetera.

e) Capellán humilde y servicial para todos los actos de culto que la Obra tenga a bien organizar, etc.

Algo especial

Misión especial de todos los Sacerdotes, asesores y protectores, ha de ser:

a) La más entusiasta cooperación con la Alianza en el apostolado por el *triumfo de la pureza*, dentro y fuera de la Obra, con las mismas normas que a ellas se fijan en el art. 15 de las Constituciones, y otras que su celo por este ideal ponga a su alcance.

b) La invitación a otro gran apostolado, al que nos llama insistentemente el Santo Padre, Pío XII, el de la formación de estas y otras muchas almas sedientas, en la vida de perfección cristiana por la práctica de los consejos evangélicos, ejercicio de la vida interior, de oración, de abnegación, colocándolas de «espaldas al mundo y de cara a Dios» y llevándolas por las rutas de nuestros gloriosos clásicos.

Tenor de vida

Para responder digna y eficazmente a su delicada misión, todos estos Sacerdotes deben vivir:

a) El auténtico espíritu de la Alianza, encarnado en el triple lema: *pureza, amor y sacrificio*, virtudes características que se deben practicar por los Sacerdotes tan perfecta y señaladamente como se practican entre los miembros del Instituto.

b) Vida sacerdotal, destacadamente ejemplar, de oración y austeridad, eucarística y extraordinariamente mariana, interior y de retiro, apostólica y de estudio.

c) Para aquellos Sacerdotes (solamente seculares) que se sientan llamados por Dios al estado de perfección a tenor de la Constitución «Provida Mater Ecclesia» y tengan arrestos para seguirla libremente y sin compromiso alguno, fuera de su propia conciencia, un ensayo o prueba de perfección cristiana por la práctica de los consejos evangélicos, cuya forma y alcance podrán fijarse oportunamente a petición de los interesados (artículo 3, Sección Séptima).

Otras condiciones

Será complemento necesario en esta Organización:

a) La plena conformidad, por todos sus miembros, con el sentir general de la Alianza, expresado en las Constituciones, libros, asambleas y acuerdos legítimamente aprobados.

b) La total aceptación de los apartados especiales que se detallan en el art. 3 de la Sección Séptima.

c) El sumo interés en estudiar y conocer suficientemente, en sus fundamentos y comentarios, toda la Alianza, según lo requiera la misión o cargo que a cada uno se confíe.

Madrid, 2 de Febrero de 1942.

ANTONIO AMUNDARAIN

Artículos de las Constituciones que se citan en las normas precedentes

SECCIÓN PRIMERA

Art. 15.- El primero y principal apostolado *suyo*, especial de la Alianza, es el del TRIUNFO DE LA PUREZA...

La Alianza realiza este apostolado:

a) por medio de la oración unida al sacrificio, pidiendo a Dios, por intercesión de la Purísima Virgen, el triunfo de la pureza en el mundo.

b) Distribuyendo con profusión estampas, que contienen la oración por el triunfo de la pureza.

c) Propagando libros, folletos, revistas y hojas volanderas que tratan de la excelencia y belleza de esta virtud.

d) Desarrollando una labor intensa en escuelas, colegios, catecismos, academias, oficinas, talleres, hogares, etc., en favor de ella.

e) Moviendo hábilmente campañas contra la pornografía, espectáculos, libros, revistas, modas, etc.

f) Mostrándose, en público y en privado, como perfectos modelos de pureza en toda su conducta.

SECCION SEGUNDA

Art. 28.- La FORMACION ALIADA consiste en modelar las almas que a la Obra pertenecen, en el propio espíritu y vida aliada, bajo el triple aspecto: a) de su fisonomía física exterior, b) de una suficiente cultura intelectual profana, y c) de su formación religiosa con el ejercicio de los consejos evangélicos en los moldes de la Obra y a tenor de la Constitución «Provida Mater Ecclesia».

Esta formación se llama *esencial*, cuando se concreta a los puntos fundamentales de la Obra, e *integral*, cuando a lo fundamental se añade todo cuanto ayuda a perfeccionar y completar en sus detalles la formación fundamental.

SECCION TERCERA

Art. 71.-...Como presidente de honor. Sin otro oficio que el de dirigir las preces y oraciones de ritual y asesorar con sus luces, consejos y orientaciones, es conveniente invitar a las juntas a un Sacerdote Protector de la Obra.

Art. 78.- MISION SACERDOTAL.- En cada Organización y sus respectivos Consejos, sin potestad en el gobierno de la Obra, ni dirección en ella, sólo como prudentes asesores y protectores de la misma, se pedirá la colaboración y ayuda de Sacerdotes (regulares y seculares) expresamente designados para este ministerio.

Fuera de ellos, deben también ser invitados, en particular a dirigir Ejercicios espirituales, días de retiro mensuales, conferencias sobre temas que interesan a las hermanitas, otros Sacerdotes simpatizantes de la Obra.

Todos ellos, independientemente de la Alianza, pueden agruparse para estos fines y otros de su propio aprovechamiento espiritual, en la «Organización Sacerdotal de Protectores de la Alianza».

SECCIÓN SÉPTIMA. *Sacerdotes de la Alianza.*

Art. 1.- INDEPENDENCIA DE LA ALIANZA. La Alianza, en conformidad con el art. 78 de sus Constituciones, se rige y gobierna por sí sola, independiente de todo elemento extraño a sus propios miembros. En ella la primera autoridad es la Directora, y ésta con su Consejo gobierna y dirige toda la Obra. Por tanto, los Sacerdotes no tienen atribuciones ni derechos de ninguna clase en la dirección y gobierno del Instituto.

Art. 2.- MISION SACERDOTAL. La misión del Sacerdote en el Instituto se reduce a los ministerios propiamente sacerdotales, encaminados directamente:

- a) al aprovechamiento espiritual de sus miembros;
- b) a la dirección espiritual de las almas;
- c) a la ordenación de los cultos y actos de piedad;
- d) al magisterio, en nombre de la Iglesia, en materia de Dogma, Evangelio, Moral, Ascética, etc.;
- e) a consultorio en los asuntos más arduos y oscuros, ya doctrinales, ya prácticos del Instituto;
- f) a la ayuda y protección en los trances difíciles y apurados;
- g) a la defensa de la Obra contra los obstáculos y persecuciones de que pueda ser objeto. En todo actuarán como solícitos *Protectores de la Obra.*

Art. 3.- QUIENES SON.- CONDICIONES. Los Sacerdotes de la Alianza (regulares y seculares) son:

- 1) Los que totalmente sienten y viven el espíritu de la Alianza, convencidos plenamente de que su propio *ser* sacerdotal les exige vida sacerdotal de *santidad*, aspirando con la mayor eficacia a la perfección evangélica por la práctica de los consejos evangélicos.

2) Los que entienden que su misión sacerdotal no mira únicamente a la salvación de la masa de fieles cristianos, sino que reconocen, como deber suyo apostólico especialísimo, la perfección cristiana de aquellas almas selectas llamadas por Dios a las intimidades de su Divino Corazón.

3) Los que entienden que el Evangelio íntegro y las enseñanzas de los Apóstoles y de los SS. Padres de la Iglesia son los únicos fundamentos que deben ser aplicados, sin distinción, a todos los cristianos. Y lo hacen:

a) *siguiendo* en todo las directrices marcadas clara y terminantemente por el Divino Maestro, cuando decía: «Intrate per angostam portam...», «Qui autem solverit unum de mandatis istis minimis...», «Docentes servare *omnia*...», «Nolite conformari huic saeculo...», «Qui vult venire post me *abneget*...»;

b) *condenando* procedimientos modernos y novedades perniciosas, no tradicionales, de excesiva suavidad, de criterios comprensivos, de adaptación al medio ambiente, de ascetismo muy limado, de virtudes espontáneas y sin vencimientos, de piedad cómoda y fácil.

4) Los que enfocan los acontecimientos, no con miras puramente humanas, sino con espíritu de fe, y ven los males del mundo multiplicados, corrompidas las costumbres, violados los derechos de Dios, irritada la justicia divina, que sólo se aplaca cumpliendo los mensajes de Fátima: «Oración y penitencia».

Art. 4.- OTRAS CONDICIONES. Lo dicho es suficiente para que, *en general*, un Sacerdote pueda pertenecer a esta Organización. Mas es de capital importancia establecer entre ellos cierta división.

En el art. 78 de las Constituciones se dice que «como prudentes asesores y protectores de la Alianza, se pedirá la colaboración y ayuda de Sacerdotes expresamente designados para este ministerio».

Y aparte de ellos, serán invitados a dirigir ejercicios, días de retiro, etc. Sacerdotes simpatizantes de la Obra, constituyendo todos ellos una «Organización Sacerdotal de Protectores de la Alianza».

De donde se deduce que, del conjunto de estos Sacerdotes, el Consejo General ha de elegir expresamente algunos, a quienes de modo especial se encomendará una misión más delicada en la Obra y cuyo cumplimiento requerirá mayor conocimiento teórico y práctico del Instituto.

Debe, pues, existir un cuerpo de Sacerdotes especializados que, además de las condiciones arriba indicadas, reúnan las siguientes:

1) Conocimiento teórico más completo de la doctrina y disciplina del Instituto.

2) Grande amor y celo por la Obra y por las almas que viven o puedan vivir en ella.

3) Conformidad de vida con el espíritu del Instituto y con sus fines característicos, como son: austeridad de vida en medio del siglo; espíritu evangélico; amor y celo por la virtud de la pureza; criterio recto y uniforme sobre las Constituciones con los Consejos que dirigen y gobiernan la Obra, sin tratar de imponer el suyo personal, por ventajoso que se crea.

Por otro lado, aunque no posean en el mismo grado estas condiciones, pertenecerán a esta Organización aquellos otros Sacerdotes (regulares o seculares) que, conformes con el criterio expuesto arriba simpatizan con la Obra, la aman, la encomiendan a Dios y a la Virgen, la apoyan en la medida de sus fuerzas, ya con su ayuda moral (ministerios sacerdotales), ya con su ayuda material (limosnas, suscripciones, cuotas).

Art. 5.- Esta Organización tendrá:

a) Participación en las gracias y privilegios que la Iglesia se digne otorgarle.

b) Participación especial en las oraciones, sacrificios, sufragios y ayuda de todos los miembros del Instituto.

c) Derecho a la revista y libros de la Obra y a la insignia correspondiente.

*Art. 6.- Dicha insignia se impondrá únicamente en los actos que esta Organización irá preparando periódicamente para *solos los Sacerdotes de la Alianza.**

Seminator Casti Consilii

Marzo-Dicbre. 1952

SUPLEMENTO DE "Lirios"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 96
AÑO XIII

Andemos en la verdad

Cada vez es mayor la confusión. Ya se habla y se escribe de espiritualidad; pero se obra y se vive según la carne.

El mundo, aún el cristiano, no piensa ni juzga las cosas según el espíritu, sino con el criterio de la carne.

Sabemos que la ley es espiritual; pero nosotros, por desgracia, somos carnales y condenados a ser esclavos de nuestras concupiscencias. (Rom. VII).

Tras ellas va arrastrándose el mundo y en ese torbellino vamos también confundidos nosotros.

No aprobamos todo lo que hacemos, porque tenemos conciencia clara de la verdad; pero lo hacemos, porque la fuerza del ambiente nos esclaviza...

¡Oh, qué hombre tan infeliz soy yo! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte, o mortífera concupiscencia? Gratia Dei per Jesum Christum. (idem).

El vértigo de la vida actual se parece a una galerna o huracán que lo envuelve y arrastra todo. El afán de gozar hace corto el tiempo, y se vive deprisa, y su ritmo precipitado nos alcanza también a nosotros, sin poder dar reposo y paz a nuestro espíritu.

Preciso es que venga San Pablo con aquella exhortación a los Romanos:

«Ahora, pues, hermanos míos, os ruego encarecidamente por la misericordia de Dios, que le ofrezcáis vuestros cuerpos como una hostia viva y santa y agradable a sus ojos, que es el culto racional que debéis ofrecerle».

«Y no queráis conformaros con este siglo, antes bien transformaos con la renovación de vuestro espíritu, a fin de acertar qué es lo bueno y lo más agradable y lo perfecto que Dios quiere de vosotros».

»El amor sea sin fingimiento. Tened horror al mal y aplicaos perennemente al bien, amándoos recíprocamente con ternura y caridad fraternal, procurando anticiparos unos a otros en las señales de honor y de deferencia.

»Estad siempre unidos en unos mismos sentimientos y deseos, no blasonando de cosas altas, sino acomodándoos a lo que sea más humilde...» (Rom. XII).

Nuestra clasificación

Puesto que somos totalmente jerárquicos, debemos movernos en esta santa Institución con la aprobación y bendición de nuestros respectivos Prelados.

A este fin, antes de enviar a cada uno de nuestros Hermanos el TITULO de Sacerdote de la Alianza, hemos querido someter todas las listas a los respectivos Prelados, para que las aprueben libremente o las modifiquen según crean conveniente.

Así lo saben todos que su señor Obispo está enterado del cargo y misión que cada cual ocupa en el Instituto.

Como siempre se retrasa algo más de lo previsto el despacho de estos asuntos, nuestros Hermanos sabrán tener un poco de paciencia. Lo advertimos especialmente a los que se sienten impacientes suspirando por el día de hallarse en su puesto y en su campo.

Comprenderán nuestros Hermanos que, dada la seriedad e importancia de esta Organización Sacerdotal, que ayuda a la Alianza y vive su espíritu, es preciso que los nuevos que deseen pertenecer a ella, no den ese paso, sino después de enterarse bien del plan, espíritu, condiciones, obligaciones, consignas, etc. que se publicaron en el número anterior de SEMINATOR (Enero-Marzo 1952), y, entonces, suscriben la petición con su propia firma.

Normas de actuación

Es mandato repetido por la Sagrada Congregación y consta en el artículo 78, Sección 3ª y artículo 1.º Sección 7ª de nuestras Constituciones, que copiamos a continuación, que la Alianza se rija y gobierne por sí misma.

ART. 78. *Misión sacerdotal.*- En cada organización y sus respectivos Consejos, sin potestad en el gobierno de la Obra ni dirección en ella, sólo como prudentes asesores y protectores de la misma, se pedirá la colaboración y ayuda de Sacerdotes (Regulares y Seculares) expresamente designados para este ministerio...

ART. 1.º *Independencia de la Alianza.*- La Alianza, en conformidad con el artículo 78 de sus Constituciones, se rige y gobierna por sí sola, independiente de todo elemento extraño a sus propios miembros. En ella la primera autoridad es la Directora y ésta con su Consejo gobierna y dirige toda la Obra. Por tanto, los Sacerdotes no tienen atribuciones ni derechos de ninguna clase en la dirección y gobierno del Instituto.

En conformidad con estos artículos, el Sacerdote no pasa de ser un buen consejero. El Sacerdote no manda, no dispone, no obliga...El Sacerdote aconseja, orienta, asesora, explica, aclara, da luz...

Toda la autoridad está en las Directoras y los Consejos reunidos.

Por consiguiente:

1.º) Los primeros que debemos conformarnos con el criterio, resolución y disposiciones de la Obra en el gobierno y dirección de la misma, somos nosotros. Daremos nuestra opinión; pero no la impondremos nunca. En nada podemos coartar la libertad de los mandos de la Obra.

2.º) En lo que toca a la formación: a) por lo que se refiere a la *religiosa*, los fundamentos de nuestro Credo, catequística, moral, principios de la vida espiritual, ascética y mística, etc., son campo reservado al Sacerdote, el cual es el maestro, apóstol y guía en estas materias. A falta suya –caso lamentable pero probable-, podrán sustituirle las aliadas previamente preparadas y capacitadas para estas materias.

b) En lo que atañe a la formación *específica*, peculiar, propia aliada, sólo entienden los propios miembros del Instituto, preparados previamente para esta misión.

3.º) En la admisión de nuevos miembros entiende el Consejo Local. Nosotros presentamos las candidatas, con el informe que sobre cada una podemos dar con más o menos garantía y seguridad. Digo con más o menos garantía, porque, si sólo conocemos a la pretendiente a

través de la rejilla, podemos fácilmente sufrir una decepción. Sólo la fe en las palabras que oímos de ellas, no es suficiente.

Por eso, el informe nuestro se completará con la vista y examen que las encargadas hacen de la misma persona y de sus obras y costumbres; después de lo cual, el Consejo libremente acordará lo que proceda, y nosotros callaremos, sin volver a la carga con nuevas insistencias.

Y a fe que es grave este punto, ya que se trata de abrir o cerrar la puerta de un Instituto. Esto obliga a examinar bien la vocación de las aspirantes, en la que llevan su buena parte de responsabilidad los confesores; mas a ello debe acompañar la conformidad con las condiciones y requisitos que se detallan en las Constituciones, sobre los que deben hacer riguroso examen los Consejos, únicos autorizados. Este flaco es corriente entre nosotros, y lo salvaremos cediendo y dejando que digan ellas la última palabra.

4.º) Podemos también faltar a este capítulo por el extremo opuesto. Ocurren con frecuencia casos algo originales entre algunos confesores de la Obra, a quienes acuden almas buenas, delicadas e inquietas, en demanda de consejo, y éstos, a primera vista, sin previo conocimiento de la consultante, resuelven categóricamente la duda, marcándoles casi infaliblemente el camino que han de seguir. Hay aquí grave peligro de alucinación y engaño por ambas partes. Dejemos siempre a los Consejos la última resolución.

5.º) Acerca de las penitencias corporales, algunos de nuestros Hermanos han mostrado su poco de disgusto. Es advertencia que nos hacen de arriba y con gran oportunidad. Estas almas, llevadas de su gran fervor y amor, fácilmente pueden caer en una imprudente exageración, llegando a contagiarse con la misma causa y razón al propio confesor, el cual, sin fijarse en otros detalles, llegaría fácilmente a autorizar maceraciones excesivamente fuertes. Las Directoras, que deben conocer mejor por fuera (y aun por dentro) a su gente, controlarán con mejor acierto estos extremos. Además de que este punto entra de lleno en la disciplina interna del Instituto.

Se exceptúan las penitencias sacramentales y las muchas y pequeñas mortificaciones.

6.º) En los Ejercicios espirituales que dirigen nuestros Hermanos dentro del espíritu y método de San Ignacio, se advierte: a) que hagan su

plan y distribución de materias, teniendo en cuenta la condición especial de *almas que aspiran a la perfección*; b) que se trata de una vocación definida y concreta, y no de jóvenes que vienen del mundo a resolver el asunto de su elección de estado; c) que *nunca* deben, en un mismo acto, mezclar aliadas con religiosas, pues, aunque en muchos puntos convengan unas y otras, es necesario (si es que queremos dirigir bien los ejercicios) tocar extremos exclusivamente aliados, en alguno de los cuales puedan suscitarse confusiones o molestas interpretaciones. Si algún otro Instituto nos cede su casa para estos retiros, ha de ser con reserva e independencia absolutas.

7.º) Para la validez de las juntas de los Consejos, nuestra asistencia a ellas no es de necesidad. Asisten sólo los asesores natos, y éstos, cuando sean invitados por la Directora del Consejo respectivo, y con la actuación que dice su nombre, de asesorar.

8.º) La colaboración a la Revista «LIRIOS» no está prohibida a los Sacerdotes, sino que, al contrario, se recomienda, se suplica y se agradece.

Madrid, 20 de Octubre de 1952

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminador Casti Consilii

Enero-Marzo 1953

SUPLEMENTO DE "Lirios"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 97
AÑO XIV

El misterio de la Pasión

Comenzamos estas cuartillas, cuando ya las debieran tener en sus manos nuestros venerables Hermanos, los Sacerdotes de la Alianza.

Si no llegan con oportunidad para este año, sírvanles de aviso para el que viene, a no ser que el olvido, por tan largo tiempo, no venga a dejarlas sin ningún provecho.

Un hecho lamentable nos llama la atención, Hermanos queridos...

Los Sacerdotes somos los que, por consagración y por oficio, inmolamos y sacrificamos el Cordero de Dios, Jesucristo, Cordero que quita los pecados del mundo.

Este Cordero es el «memoriale perpetuum» de Jesús, «Cordero y Sacerdote», a la vez, que se sacrificó en el ara de la Cruz.

De donde resulta que nadie guarda relación tan íntima con el sacrificio de la Cruz, como el Sacerdote, el cual todos los días conmemora y renueva el Sacrificio del Calvario en el santo monte del altar. Y esta especial relación le obliga a tener memoria perenne, constante y piadosa de este sacrificio, cruento y doloroso, que Jesús ofreció por la redención del mundo; ya que, como dice el apóstol San Pedro, hemos sido redimidos «non corruptibilibus auro vel argento, sed pretioso sanguine quasi Agni immaculati Christi».

Y este es el caso que lamentamos: que nosotros, tan próximos al monte del Calvario y a la sagrada Víctima, no sepamos recordar más a menudo, meditar con más piedad, explotar con más interés, convertirlo en ejercicio más frecuente de piedad y de devoción, predicar con más asiduidad y más fuego al mundo e instruir a las almas con más

diligencia y esmero sobre los frutos extraordinarios que dimanar de este gran misterio.

Nadie tiene tan grave obligación de conocer el misterio de la Sagrada Pasión como el Sacerdote, y nadie sabe ni puede explotar más provechosamente esta divina mina, como aquel, a quien se han comunicado todos los poderes sobre el sagrado cuerpo, sangre, padecimientos y méritos de Jesucristo. De todo este infinito tesoro es legítimo administrador el Sacerdote, desde aquel momento en que el divino Maestro dijo a sus discípulos en la última cena: «Haec quotiescunque feceritis in mei memoriam facietis».

El Sacerdote debe comenzar por sentir él mismo una extraordinaria piedad y devoción a este gran Misterio de la Pasión de Jesús, ya por la asidua meditación de todos sus pasos desde el Cenáculo hasta el sepulcro, ya por la práctica de actos de piedad para honrar, glorificar y agradecer al Señor sus imponderables padecimientos, como también para pedir, por sus méritos, especiales gracias de contrición, de perdón, de purificación, don de lágrimas, fervor y amor.

Una vez que el Sacerdote haya llegado a sentir y penetrar en el espíritu esta gran piedad y amor entrañable a la sagrada Pasión, brotará en su corazón, como fruto inmediato y con gran celo, el deseo de que este gran misterio repercuta con gran fuerza en las almas.

Este Sacerdote no se contentará con predicar dos o tres veces al año los misterios de la divina Pasión de Jesucristo, sino que buscará oportunidades para ofrecer a las almas este efficacísimo y sabrosísimo manjar con la frecuencia que le es posible, cuyos frutos serán nuevo estímulo para centuplicar sus esfuerzos.

Ante todo, los Sacerdotes debemos meditar con frecuencia y gran piedad sobre la sagrada Pasión; no quedándonos en la parte externa y sensible de los dolores físicos que produce afectos de compasión, piedad, lágrimas, etc., sino penetrando en el secreto en el alma de ese terrible drama. «Magnum nescio, dice Gilbert. Abb. quid illud est, et vere magnum, quod vel dici non debuit, vel dici non potuit... Secretum tuum tibi, bone Jesu... Jam illud pensat affectus, quod non penetrat intellectus... Cur non, bone Jesu, illud latens nobis comunicas...? Dulcis quidem cibus est manna; sed secrete reconditus in urna... quem non novit nisi pia credulitas et intentio pura».

El Padre Granada tiene estas bellas frases: «Entre los medios que la divina Sabiduría podía ordenar para nuestra salud, el de la sagrada Pasión era el que más convenía ya para la reformación y cura de nuestro entendimiento. Pues, ¿qué cosa se puede imaginar de mayor eficacia para hacer estimar la virtud e incitar el amor de ella, que ver lo que el Hijo de Dios y Sabiduría eterna hizo sobre esta causa?

»Para alcanzar esta ciencia no hay necesidad de estudiar filosofía, ni astrología, ni aun de sabe leer, porque muchos religiosos legos y mujercitas y doncellas ignorantes que, con sólo el conocimiento que alcanzan de este misterio por lo que oyen... vienen, a alcanzar tan grandes conocimientos de la bondad y caridad y misericordia y de las otras perfecciones suyas, cuanto nunca filósofos pudieron alcanzar.

»Quien esto atentamente considerare, entenderá que la Cruz, además de ser árbol de la vida, es también un libro perfecto que nos enseña todo lo que debemos creer y hacer».

De San Buenaventura son estas otras palabras: «Devota meditatio passionis Jesu a malis omnibus te servabit, bona singula tibi dabit, in praesenti Dei gratia te ditabit, in futuro sua gloria te dotabit».

Y dice San Bernardo: «Emplead toda la vigilancia de vuestro corazón, para que no se os pasen infructuosamente los misterios de este sagrado tiempo. Disponed vasos limpios, almas devotas, sentidos despiertos, afectos sobrios, conciencias puras.

»Todos los cristianos en este santo tiempo o más de lo acostumbrado o fuera de lo acostumbrado, se ejercitan en la piedad, muestran la modestia, siguen la humildad, se componen con gravedad, para que de algún modo parezcan que se compadecen de Cristo paciente. Tienen presente la pasión de Cristo, la cual, aun el día de hoy mueve la tierra, parte las piedras, abre los sepulcros...».

Escuchemos a nuestro gran maestro el B. Juan de Ávila: «No debéis considerar la Pasión y tener compasión, como quien mira este negocio de talanquera, sino como quien ha de acompañar al Señor en el mismo padecer.

»Y con mirarle a El, cobrad vos esfuerzo para beber su cáliz con El, por mucho que os amargue. Y lo primero en que le habéis de imitar sea en la exterior aspereza y mortificación de vuestro cuerpo, para que tengáis alguna semejanza con el suyo divino».

No hay autor que haya dedicado algunas páginas a la sagrada Pasión de Jesús, que no abunde en estas graves ponderaciones.

Y si a todo cristiano le es tan útil y provechosa la consideración asidua de la sagrada Pasión, ¿por qué no ha de serle al sacerdote, a quien tan de cerca le alcanzan estos santísimos misterios?

De la meditación salen actos piadosos.

El uso de un hermoso crucifijo de tamaño regular sobre nuestro pecho sacerdotal, que, aplicando a él con frecuencia nuestra mano, podamos estrechar devotamente, es el primer acto silencioso y mudo de piedad.

Para salvar a un moribundo no tenemos otra arma más poderosa y más eficaz que un crucifijo, llevado a sus labios y a su corazón.

Un misionero que va en busca de almas a tierras de infieles, sale armado de un crucifijo... ¿Es que sólo para tales casos sirve el crucifijo?

Cinco besos a mi crucifijo en sus cinco llagas, con una invocación y fervorosa petición es otro acto de piedad, que fue tradicional entre nuestros antepasados.

La vía dolorosa, acompañando a Jesús hacia el Calvario en catorce paradas o estaciones, magnífico ejercicio de piedad, si se sabe hacer con el espíritu y recogimiento que pide a todos la Iglesia.

¡Lástima que no sobresalgan entre nosotros los Sacerdotes una piedad y devoción a Cristo paciente, siquiera tanto como a Cristo eucarístico!...

Marzo de 1953.

Antonio AMUNDARAIN.

Para otro año

No culpamos a nadie; la culpa la hacemos nuestra, y nos pueden cargar con ella todos nuestros queridos Hermanos.

La indecisión nos tuvo en suspenso un par de meses, y, cuando decididamente dimos el primer paso, era ya demasiado tarde. Pues tenemos experiencia de que a nuestros hermanos es preciso dar tiempo para que tomen sus resoluciones.

Fueron seis los que nos enviaron su aviso de conformidad, señalando cada cual fecha conveniente y lugar ventajoso para sí y para los demás. Queríamos y esperábamos creciese, siquiera tres veces, este cortísimo número de inscritos; pero no han pasado de otros tres los que a última hora se han adherido.

Con toda la pena de nuestro corazón nos hemos visto obligados a suspender los actos anunciados, suplicando una indulgencia benigna a nuestros colegas y rogándoles se aprovechen de las tandas que para Sacerdotes se anuncian oportunamente en todas las Diócesis.

Los pocos que nos avisaron su asistencia a estos actos, abundan en un mismo pensamiento, a saber: en el bien espiritual muy señalado que nos puede hacer el conocer y vivir en plena posesión el espíritu sobrenatural de un Instituto, aun cuando de él no seamos miembros en ningún sentido.

La misión de ayudar a estas almas *aliadas* en su Instituto, nos obliga a estudiar y saber a fondo la doctrina y la disciplina íntima por que se rige y vive. Y como «*nemo dat quod non habet*» el saber y el ayudar nos llevará a obrar, a vivir y a ser como ellas.

De suerte que, quien, por amor a estas almas y al espíritu que las anima, se ha inscrito en esta Organización, sin ser de hecho miembro del Instituto, prácticamente vive como tal, y puede considerársele como sacerdote secular de un Instituto.

Y esto pide que los tales sacerdotes, ya para este su bien fundamental espiritual, ya también para dar, sin salirse un ápice de sus cauces, esta vida a las *aliadas*, se reúnan en actos peculiares suyos, *aliados* que los formen y los unan dentro de este especialísimo régimen y vida.

Por eso, si por lo expuesto arriba este año nos vemos obligados a suspender los actos sacerdotales de la *Alianza*, no renunciamos a ellos

definitivamente. Esto nos acarrearía un doloroso y fatal fracaso en la misión que la Obra de la Alianza nos confía.

Con los 250 sacerdotes inscritos en esta Organización ¿por qué no podríamos preparar una o dos jornadas anuales con una asistencia media de 50 Hermanos, divididos entre norte y sur?

Si Dios quiere, desde el principio del curso inmediato, mes de Octubre o Noviembre, comenzaremos la preparación de estas jornadas a las que nuestros buenos colegas deben *arrimar el hombro*, para mayor y mejor éxito de las mismas.

Admitiremos todas las sugerencias y opiniones de nuestros hermanos en este sentido.

Zumárraga, fiesta de San Juan Bautista, 1953.

ANTONIO AMUNDARAIN

NOTA.- Conforme a lo que acabamos de exponer, rogamos y encarecemos a nuestros amadísimos hermanos que, desde el recibo de este número de SEMINATOR CASTI CONSILII hasta el 31 de Agosto próximo, se tomen la molestia de manifestarnos, con santa libertad, lo que opinan sobre el precedente proyecto, a fin de que, procurando conciliar, hasta donde sea posible, los pareceres de los más, podamos trazar el plan definitivo del verano próximo de 1954.

Con que así, ya lo saben: el número de SEMINATOR siguiente (Julio – Septiembre) recogerá en sus páginas los distintos pareceres de nuestros hermanos y el último de este año (Octubre – Diciembre) dará el primer avance del programa que en números sucesivos ha de irse perfilando.

¡Que nadie falte a dar su autorizado parecer!

Seminator Casti Consilii

Julio-Diciembre
1953

SUPLEMENTO DE "Lirios"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 98
AÑO XIV

Nuestra Misa

Acabo de oír una en mi Parroquia.

En dieciocho minutos la hemos despachado, con Comunión «intra Missam», y no de difuntos.

De lo que el celebrante *decía* no puedo juzgar, por encontrarme lejos del altar y no era posible escucharle; de lo que *hacía* sí respondo, pues le tenía ante mis ojos a pleno sol... eléctrico.

No entro en detalles litúrgicos, algunos de los cuales eran pasables no más. El acto censurable que me ha llamado la atención, indevoto y de mal ejemplo, era cuanto directamente tenía relación con la Sagrada Hostia.

A fe que no debía de ser tan viva y actual la fe de aquel hermano mío, y los que oíamos su Misa, sentíamos hondamente la baja temperatura de su alma, que repercutía en la nuestra con escalofrío fatal.

Muchos males encierra este descuido:

El primero y más grave el desacato e irreverencia a Dios. Sobre estos sacerdotes recaen las quejas amargas que Dios dirigía a los sacerdotes de la antigua ley, acusándolos de sacrílegos y de profanadores del templo y de los sacrificios que en él ofrecían, con irreverencia que aún excedía a la de los paganos con sus falsos dioses.

La Augusta Víctima del Calvario, tan irreverentemente manoseada y con tan poco respeto y piedad ofrecida en el altar, significa y revela un desconocimiento completo o una inadvertencia y olvido culpables del gran Misterio de nuestros altares, por parte de los que debiéramos temblar en su divina presencia.

Otro mal gravísimo el abuso que hacemos de un tesoro incomparablemente precioso y de infinito valor, tanto para nuestro

propio bien personalísimo, como para bien de las almas cuya salvación se nos encomienda y se nos impone.

Y mal gravísimo también el que, por nuestras irreverencias y poca devoción y respeto, entibiamos la fe de los fieles y los retraemos de este augusto misterio.

No tiene en su mano el Sacerdote fuerza, resorte, acción y elemento vital más poderoso y eficaz para su propia santificación y el bien de las almas, que su santa Misa. Ahí, Jesucristo prolonga toda la virtud y acción redentora de su vida y de su muerte en sacrificio, puesto todo en manos y a disposición del sacerdote.

Tan corto es el alcance que damos a la eficacia de nuestra Misa, que casi toda ella la reducimos al bien que resulte en favor de la persona, por cuya intención se nos ha dado el estipendio; y si éste no abunda, no sentimos escrúpulo alguno en dejarla de celebrar con harta frecuencia.

Si el Sacerdote no tiene idea más alta y más exacta de la grandeza de este tremendo Misterio, ¿cuál será la que tengan de él los fieles que sólo saben lo que a través de la conducta de su sacerdote se les descubre?

Estos descuidos eran notablemente más graves y frecuentes en tiempo del Beato Maestro Juan de Ávila nuestro gran Patrono, el cual en vehementes exhortaciones al clero decía estas recias palabras: «Acordémonos, Padres, de la obediencia, humildad y amor con que Dios obedece a la voz del hombre en las palabras de la Consagración...

»Libre albedrío tenemos los sacerdotes; mas, si piedras o demonios no somos, viendo que el Señor se ata a nuestras palabras y se deja prender con cadenas de amor de nuestras indignas manos, ni tenemos corazón, ni lengua, ni ojos, ni manos, ni pecho, ni cuerpo para ofenderle, porque nos veremos todos enteros consagrados al Señor...

»Párense, Padres míos, bien a pensar en su rincón, cuando se aparejan para decir Misa; ¡con qué afectos, gemidos y lágrimas y compasión puesto el Señor en la Cruz, derramando la sangre por fuera, oraba por dentro por todo el mundo! y procuren de pedir semejanza de aquel espíritu, parte de aquel Corazón, para que, pues, nos llegamos a rogar en su nombre por todo el mundo y le tenemos en el altar en las manos, tengamos en el corazón la semejanza de sus gemidos...

»Padres, Sacerdotes, ¡qué bienaventurados fuéramos!... ¡qué confusión para nosotros, que nos contentamos con decir Misa! Y ¡qué de paso! Y ¡qué de prisa!, ¡sin amor, sin agradecimiento! ¡Bienaventurado aquel Sacerdote que, cuando tuviere a Cristo en sus manos, sintiere lo que sintió el viejo anciano Simeón...».

Estas lecciones huelgan en nuestros Hermanos, los Sacerdotes de la Alianza. Mas las negligencias lamentables de hermanos tibios sirven alguna vez para espolearnos en nuestro camino de fervor hacia una vida sacerdotal mejor.

Los que aspiramos a la perfección, no hemos de encontrar mejor punto de partida para nuestra vida interior, de intimidad, de amor y de unión con nuestro Dios, que la celebración devota, pausada, atenta y amorosa de nuestra santa Misa. Únase a esto el sagrado compromiso que hemos hecho, en nuestro sacerdocio, de apacentar un rebaño de tan escogidas ovejas, cuyo diario sacrificio de obras va unido al incruento que nosotros ofrecemos y del que ellas participan por nuestro ministerio.

Dolorosa es en verdad la confidencia que alguna vez hemos tenido que recoger de labios de estas almas sobre el modo poco edificante con que dice su Misa algún sacerdote de su iglesia. Y mirad, Hermanos, que estas almas captan bien y saben justamente lo que un Sacerdote debe ser en el altar, cuando dice su Misa.

EL ESCLAVITO.

Buenos augurios

En el último número del SEMINATOR dimos una nota de cómo y por qué hubimos de suspender los actos sacerdotales que proyectábamos para el pasado verano; caso sensible, por lo mucho que esperábamos de aquella jornada, como lo hemos visto siempre. Al mismo tiempo, volvíamos a lanzar la idea de reanudar los trabajos de aquel proyecto para el próximo verano de 1954, prometiendo a nuestros hermanos ocuparnos a tiempo de su preparación, para que todos, sin prisas y sin esperas de última hora pudiesen trazar sus planes.

Muy pronto tuvimos la satisfacción de recibir atentísimas respuestas que las hemos ido archivando y de las cuales van aquí algunas para aliento y consuelo de los demás.

Dice uno: «Soy un admirador, un entusiasta y un propagandista de la ALIANZA; por donde voy, predico esta Obra y siembro esta semilla. Soy un sacerdote que me gustaría asistir a las convivencias y ejercicios de la Obra».

Dice otro: «Recibí el último número de SEMINATOR»... Me parece muy necesarias para nosotros estas jornadas. No podemos amar la Alianza, Instituto Secular, si no la conocemos, y nada podemos dar de lo que no tenemos. ¿Qué podemos dar a estas almas selectas y verdaderamente escogidas, si no llevamos atesorado en nuestros corazones un grande amor a la pureza angélica y un conocimiento pleno de la virginidad aliada con sus diversos problemas?... Soy el último de los sacerdotes aliados; mas, según mi humilde manera de ver las cosas, juzgo necesario reunirnos todos los Hermanos, buscando puntos estratégicos, que a los competentes toca aclararnos y señalarlos. Un servidor será uno de los asistentes, con la gracia de Dios».

Escribe un tercero: «Me es grato dirigirle estas letras secundando sus deseos de uniformidad de criterios para organizar tandas de ejercicios y otros actos en la Alianza. Mi modesta opinión sobre el particular es que, entre nosotros los sacerdotes si no es posible cada año por circunstancias que tal vez lo impidan, al menos cada dos años haya una o dos tandas de ejercicios espirituales en una o dos regiones distintas... Con todo, no pierdo de vista el bien que ocasiona y la

satisfacción que se goza en las charlas de convivencia, como me recuerdan las habidas en Ávila hace dos años».

Y aún queda otro que dice: «Lamento en gran manera que, por nuestro silencio, se hayan suspendido los ejercicios y convivencias de los sacerdotes de la Alianza este año.

Hace poco tiempo que conozco de cerca la Obra, y trabajo entusiasmado en ella. Abrigaba la ilusión de asistir por vez primera este año, y he aquí que anuncia usted la suspensión de los actos anunciados. Confío que otro año lo podré realizar. No se desanime de organizar estos actos, aunque vea en silencio a todos estos sus hermanos; que no es por falta de interés. Por mi parte, yo los juzgo necesarios para formarnos en el verdadero espíritu de la Alianza, y muy convenientes para que todos los sacerdotes tengamos criterios uniformes sobre la formación espiritual que hemos de dar a las aliadas, conforme a las normas del Instituto.

...Vean el lugar más céntrico para la mayoría de los sacerdotes y determinen fechas, en la segunda quincena de Julio para la primera tanda, que la aceptaríamos muchos... y, si quedaba número considerable de sacerdotes, organizar una segunda tanda a últimos de Agosto. Total, que debemos interesarnos todos los sacerdotes por asistir a estos ejercicios que serán muy nuestros»

Bien respiran estos nuestros amados Hermanos. Y creemos que aun los que callan tienen el mismo pensamiento que abarca las mismas ideas fundamentales: importancia de los Institutos seculares y por ende de la Alianza, etc., etc.

Y como respiran estos hermanos, respiramos también nosotros. Dos tandas en distintas fechas y distintos lugares; una de las cuales para toda la región del Norte y Castilla en Valladolid, o Vitoria a fines de Julio, y la otra para todas las demás regiones en Madrid y en la primera quincena de Septiembre.

Esperamos nuevas sugerencias de nuestros Hermanos, fin de concretarlo todo y organizarlo definitivamente.

ANTONIO AMUNDARAIN

Seminator Casti Consilii

Enero-Marzo 1954

SUPLEMENTO DE "Lirios"
(Exclusivo para los Sacerdotes de la Alianza)

NÚM. 99
AÑO XV

Jueves sacerdotal

No hace aún veinticuatro horas que he tenido la dicha de asistir a un fervoroso Jueves Sacerdotal.

Entre los actos de aquella piadosa función eucarística, uno muy importante fue la plática que nos dirigió un Hermano, Sacerdote de la Alianza.

Los que ya vivimos muchos lustros de Sacerdocio podemos juzgar entre aquellos primeros años y estos últimos. El esfuerzo de la familia y el propio personal nos habían encumbrado a esta sublime dignidad. Fuera de alguna alma encerrada en el claustro o alguna otra beata, nadie se ha ocupado de ayudar a una vocación sacerdotal, ni en el orden temporal ni en el espiritual.

En los tiempos en que el Sacerdote pudo vivir con relativa holgura, tuvo quizás un recuerdo piadoso, dejando una beca a su muerte, único recurso que para una vocación pobre han tenido los Seminarios.

Este gran descuido del pueblo cristiano tuvo tal vez entonces su explicación y causa en nosotros mismos. El sacerdocio era simple carrera, entre otras muchas, con vistas a un problema puramente temporal y económico. Si el mismo candidato miró tan bajamente la razón de su sacerdocio, ¿por qué otro lado pudo mirarla el seglar? Un porvenir bonitamente resuelto y redondeado, mediante una honrosa carrera, con ganancias por diferentes conceptos.

La vida de un cura, que descansaba sobre estos tres o cuatro fundamentos: Misa y olla, breviario y chocolate, visita a los enfermos y paseo con los de la merindad, era una vida tranquila, cómoda, suficientemente desahogada y con derecho a la estimación de las gentes.

Hace medio siglo ésta era la vida corriente de un cura de pueblo. Las tareas dominicales (con excepciones) y de días festivos de precepto,

más la administración de los sacramentos marcaban la trayectoria de la vida sacerdotal de aquellos tiempos. Ni el sacerdote, ni sus buenos admiradores y allegados podían encontrar suficiente altura de miras y de ideales, para abrir entre los indiferentes y despreocupados obras de protección y ayuda de vocaciones sacerdotales.

Uno de estos cristianos fríos e indiferentes decía en cierta ocasión a una buena madre (q. e. p. d.): «Sí, Teresa, nosotros en el pueblo necesitamos el cura; pero a mí en particular no me hace falta».

En tal ambiente era poco menos que imposible promover campañas en favor de los Seminarios, aumento del clero y santificación del sacerdote secular. Las miras de perfección evangélica y de santidad nadie las veía en éste; para quien aspirase a la santidad el medio único era hacerse fraile. El hábito y el convento eran los que únicamente daban el sello de santidad a las vocaciones.

El fomento de las vocaciones eclesiásticas y la ayuda a los Seminarios y centros de formación tuvieron aquí su gran inconveniente y hasta su explicación; vivíamos los estudiantes de patrona, con pensión modestísima, en sociedad con los universitarios, sin otra vida espiritual que la vulgar de todo cristiano, con confesión y comunión mensuales reglamentarias y unas pocas prácticas de piedad.

El azote de la persecución y la poda de miles de Sacerdotes, héroes sacrificados en aquellos años de prueba, han cambiado completamente el aspecto y la disposición de nuestro sacerdocio y su altísima misión.

Hoy el Sacerdocio, no precisamente por lo que mira a su especial cultura (que no es ésta la diferencia más destacada), sino en el orden de su perfección sacerdotal y vida de santidad, ha experimentado un cambio consolador. La santidad sacerdotal es hoy una inquietud para los mismos candidatos.

Y a eso va unido el celo por la gloria de Dios y los ardores de apostolado en las almas. Misa y olla y cierto «modus vivendi» poca fuerza tienen hoy en un candidato; otros más altos y más perfectos fines se proponen los que piensan subir las gradas del altar.

Y siendo este un hecho que se palpa todos los días, el concepto sobre el sacerdocio católico es extraordinariamente mejor aún entre los más indiferentes y despreocupados.

De este concepto, que es el verdadero, del sacerdocio católico, es consecuencia y fruto la preocupación de todo cristiano en favor del sacerdote y el establecimiento del Día pro Seminario, el fomento de vocaciones eclesiásticas, la creación de becas, los Jueves sacerdotales y las cruzadas de oración por los mismos fines.

No es vano egoísmo, ni interés demasiado personal el que nosotros mismos, los sacerdotes, solicitemos esta cooperación de las almas piadosas. Nadie pudo calificar de egoísta el fervoroso sermón de nuestro Hermano, al hablar en él de la necesidad de ayudar a la clase para su formación y santificación, puesto que se trata de mejorarla y capacitarla para mucho bien de todos los hijos de la Iglesia.

El ministerio del sacerdote con las almas ha adquirido tal relieve y tanta trascendencia en nuestros días, que su importancia y grandeza coloca al *hombre de Dios* sobre toda otra misión y destino, ya humano, ya divino en la tierra.

Desde que es un hecho la necesidad de que el mundo vuelva a Dios y de que se incremente una vida más espiritual y elevada, el sacerdote es el único hombre llamado a ejercer esta delicada misión.

Y él es el primero que debe despertar la conciencia de los católicos para que en número y en santidad crezca el sacerdocio y fructifique su vida y su acción en las almas.

Tenemos en la Alianza un Hermano que ha entendido esta verdad. Así la entiendan todos los demás.

Madrid, Febrero de 1954.

ANTONIO AMUNDARAIN

ÍNDICE

AÑO I (1939)

Artículos

Noviembre-Diciembre 1939

Presentación y ofrecimiento

Nuestro saludo

¿Para qué?

¿Cómo será?

Números

1

AÑO I (1940)

Artículos

Enero-Febrero 1940

Nuestra formación.....1

¿Con la Obra o con los suyos?

Marzo-Abril 1940

Nuestra formación (segunda charla)..... 2

Mayo-Junio 1940

Programa máximo.....3

Julio-Agosto 1940

El cielo.....4

Septiembre-October 1940

Nuestras impresiones.....5

¿Una sorpresa?

Plan de propaganda II

Noviembre-Diciembre 1940
Concretando el programa6
Los boletines

AÑO I (1941)

Artículos

Números

Enero-Febrero 1941
Unión de almas consagradas.....7

Primera reunión de consultores

Plan de propaganda III

Marzo-Abril 1941
Aspirando eficazmente a la perfección.....8

Mayo-Junio 1941
Nuestro Lema.....9

Llamamiento a una reunión

Julio-Agosto 1941
Excelencia de la virtud angélica.....10

Circular

AÑO IV (1944)

Artículos

Números

Enero 1944

Recordando aquellos días.....13

Febrero 1944

Los «Sacerdotes de la Alianza».....14

Marzo 1944

Perfectamente unidos.....15

Abril 1944

Consejo a los colaboradores.....16

Mayo 1944

Conocimiento de la Alianza.....17

Junio 1944

Amor a la Alianza..... 18

La Alianza ¿qué es?

La Alianza ¿qué es? II Las vírgenes de la Parroquia

Octubre 1944

“Viven el espíritu de la Obra”.....21

¿Ha llegado la hora?

Noviembre 1944

“La encomiendan”.....22

La Alianza ¿qué es? III Vírgenes – Consagradas – Seglares

Diciembre 1944

“Apoyan... y defienden”..... 23

¡Dichosas faldas!

AÑO V (1945)

Artículos

Números

Enero 1945

“Propagan”.....24

La Alianza ¿qué es? IV Aspirando a la perfección

¡Sí que la apoyan!

Febrero 1945

¿Cómo “propagan”?.....25

La Alianza ¿qué es? V Perfección seglar

Marzo 1945

Asisten a los Ejercicios Espirituales.....26

Temas para la Convivencia sacerdotal

La Alianza ¿qué es? VI Escuela de sacrificio

Abril 1945

Asisten a las Convivencias.....27

La Alianza ¿qué es? VII El Evangelio vivido

Mayo 1945

Asisten a los demás actos.....28

La Alianza ¿qué es? VIII Levadura activa dentro de la masa del cristianismo

Junio 1945

Los «Sacerdotes de la Alianza» en Vitoria.....29

Julio 1945

“Seminator”.....30

La Alianza ¿qué es? IX Apostolado viviente

Agosto-Octubre 1945
¡¡Bendiciones!!.....31

Noviembre 1945
Grito de alarma.....32
Hagámoslo

Diciembre 1945
A la conquista.....33
Nuestra medalla

AÑO VI (1946)

Artículos

Números

Enero 1946
“In novitate vitae”.....34
Nuestros actos sacerdotales
¿De seglar a religiosa?

Febrero 1946
Cooperadoras de A. J. M.35
Mirando al porvenir

Marzo 1946
Buena ocasión.....36
Un Director modelo
Más sobre nuestras casas

Abril 1946
La obra sacerdotal con las aliadas.....37
¿Alianza de más amplitud?

| | |
|--|-----------|
| Mayo 1946 | |
| ¡Cuánto puede un sacerdote! | 38 |
| La Alianza como Jesús | |
| Junio 1946 | |
| Francamente ascetas | 39 |
| ¿Masonería blanca | |
| El fallo definitivo | |
| Julio 1946 | |
| Sobre la oración | 40 |
| Non sunt multiplicanda entia | |
| Agosto 1946 | |
| La Santa Misa | 41 |
| Lamentables equivocaciones | |
| Septiembre 1946 | |
| El boletín de actos | 42 |
| La Alianza en Valladolid | |
| Octubre 1946 | |
| La Comunión en la Alianza | 43 |
| Dos hermanos que viven | |
| Nuestro apostolado | |
| Noviembre 1946 | |
| La Alianza ante el Sagrario | 44 |
| ¡También las casadas! | |
| Diciembre 1946 | |
| Lecturas | 45 |
| No estamos desamparados | |

AÑO VII (1947)

Números

Artículos

Enero 1947

Sacerdotes por las almas.....46
Instrucciones a las Cooperadoras

Febrero 1947

El sacerdote y las almas47
Un aniversario nuestro
Para la formación de Cooperadoras

Marzo 1947

Selección de almas.....48
Hermanitas y Cooperadoras

Abril-Mayo 1947

Constitución Apostólica “Provida Mater Ecclesia”.....49

Junio 1947

Amor a las almas.....50
Consultorio

Julio 1947

Lo que todos pueden hacer. Pensar.....51

Agosto 1947

Lo que todos pueden hacer. Oración52
La vida económica

Septiembre 1947

Lo que todos pueden hacer. Sacrificios.....53
La vida económica (cont)

| | |
|--|-----------|
| Octubre 1947 | |
| Lo que muchos pueden hacer. Lo de todos..... | 54 |
| Otra vez el artículo 16 | |
| Noviembre 1947 | |
| Lo que muchos pueden. La palabra de Dios..... | 55 |
| ¿Contra el artículo 16? | |
| Diciembre 1947 | |
| Lo que muchos pueden. Confesores..... | 56 |

AÑO VIII (1948)

Artículos

Número

| | |
|---|-----------|
| Enero 1948 | |
| A los pastores..... | 57 |
| Los moralistas | |
| Febrero 1948 | |
| Lo que pueden muchos (cont.)..... | 58 |
| La perfección y los centímetros | |
| Marzo 1948 | |
| Lo que muchos pueden... | |
| Para nuevos campos, operarios capacitados..... | 59 |
| Nuestras jornadas sacerdotales | |
| La vida interior | |
| Abril 1948 | |
| Lo que muchos pueden... | |
| La obra de santificación de las almas..... | 60 |
| Sin llamar la atención | |

Mayo 1948
Antes de segar... Seminador.....61
Vestirse con gusto

Junio 1948
Siembra y siega62
Se van a espantar

Julio 1948
A los que quieran enterarse63
Los sueños, sueños son

Agosto 1948
La mies dorada.....64
Un cobarde

Septiembre 1948
Almas – Trigo.....65

Octubre 1948
Nuevos cursos66
Mutua colaboración
La Alianza misionera
Ejercicios Espirituales en la Alianza

AÑO IX (1949)

Artículo

Número

Enero 1949
Un compás de espera.....68
Importantísimo

Marzo 1949
Inter vestibulum et altare70

| | |
|--|-----------|
| Abril 1949 | |
| Orar por la remisión de los pecados | 71 |
| Algo más grave | |
| Mayo 1949 | |
| Confirmando lo dicho | 72 |
| Jornadas sacerdotales de la Alianza | |
| Junio 1949 | |
| Pascite | 73 |
| Nuestra Convivencia | |
| Julio 1949 | |
| La virginidad | 74 |
| Agosto 1949 | |
| La Alianza sacerdotal a Madrid..... | 75 |
| Formación y formadores | |

AÑO X (1950)

Número

Artículos

| | |
|---|-----------|
| Febrero 1950 | |
| Nuestra epifanía | 80 |
| Marzo 1950 | |
| La Alianza “Instituto Secular” | 81 |
| Exiit qui seminat | |
| ¿Al margen? | |
| Abril 1950 | |
| A los que dudaban..... | 82 |

| | |
|---|-----------|
| Mayo 1950 | |
| Almas de oración y reparación..... | 83 |
| Una recomendación valiosísima | |
| Junio 1950 | |
| Campañas veraniegas..... | 84 |
| Toda la verdad de la Alianza | |
| Julio-Agosto 1950 | |
| Estabilización | 85 |
| Noviembre 1950 | |
| Nuestra postura | 88 |
| Diciembre 1950 | |
| ¡Tanta austeridad! | 89 |

AÑO XIII (1952)

Artículos

Número

| | |
|---|-----------|
| Enero-Marzo 1952 | |
| Sacerdotes protectores de la Alianza | 95 |
| Artículos de las Constituciones que se citan en las normas precedentes | |
| Marzo-Diciembre 1952 | |
| Andemos en la verdad | 96 |

AÑO XIV (1953)

Artículo

Números

Enero-Marzo 1953

El misterio de la Pasión97

Abril-Junio 1953

Para otro año

Julio-Diciembre 1953

Nuestra Misa.....98

Buenos augurios

AÑO XV (1954)

Artículo

Números

Enero-Marzo 1954

Jueves Sacerdotal.....99

